

# LA REINA EXILIADA



CINDA WILLIAMS CHIMA

Tras *El rey demonio*, la aventura continúa

Lectulandia

Obsesionado con la muerte de su madre y de su hermana, Han Alister viaja hacia el sur para comenzar a recibir educación en Casa Mystwerk, en el Vado de Oden. Pero es imposible huir del peligro: los Bayar, la poderosa familia de magos, lo acechan intentando recuperar el amuleto que les robó. Además, Casa Mystwerk tampoco es un lugar tan seguro: allí Cuervo, un mago misterioso, se convierte en su tutor para enseñarle todo lo que sabe sobre las artes más oscuras de la bujería, tras sellar un pacto del que Han podría arrepentirse.

Por otra parte, la princesa Raisa ana'Marianna escapa de un matrimonio forzoso acompañada por su amigo Amon. El lugar más seguro para ella es Casa Wien, la academia militar en el Vado de Oden, donde logrará conseguir la educación que necesita para convertirse en la próxima reina de los Lobo Gris. Pero cuando los caminos de Han y Raisa se cruzan, el orden de sus vidas se ve trastornado por completo.

**Lectulandia**

Cinda Williams Chima

# **La Reina exiliada**

**Los Siete Reinos - 2**

ePub r1.0

sleepwithghosts 25.01.15

Título original: *The Exiled Queen*  
Cinda Williams Chima, 2010  
Traducción: Borja Folch

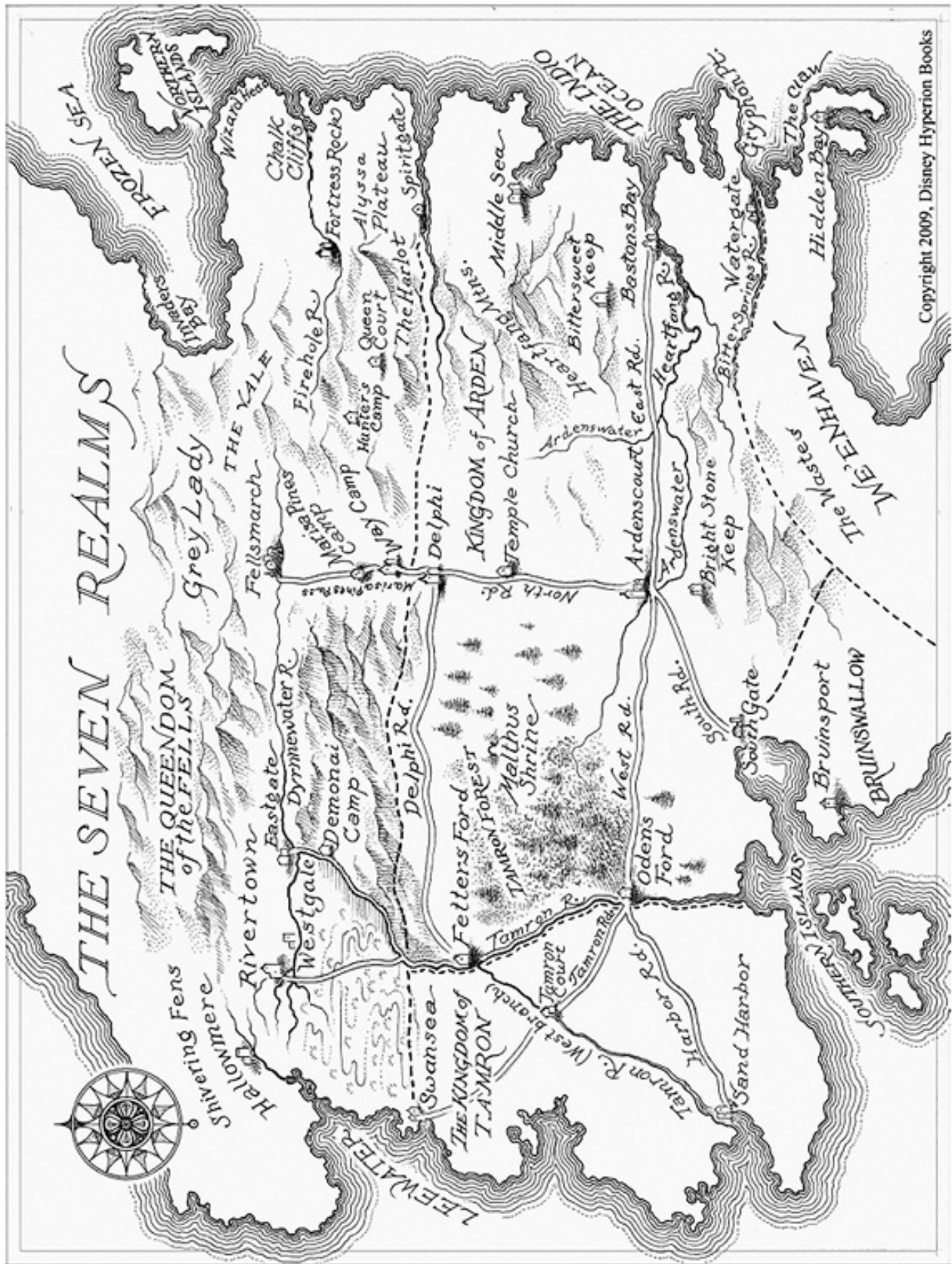
Editor digital: sleepwithghosts  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Linda y Mike, que comparten  
un mundo de barbies de ensueño  
y arrolladoras.  
Gracias por aguantar a todos  
los animales parlantes.*



## La Muralla Occidental

El teniente Mac Gillen de la Guardia de la Reina de los Páramos encorvó la espalda contra el viento que aullaba desde los gélidos páramos del norte y el oeste. Tras atar las riendas en el cuerno de la silla, dejó que su caballo, *Marauder*, recorriera a su aire el último kilómetro cuesta abajo hasta la plaza fuerte de la Puerta del Oeste.

Gillen se merecía algo mejor que aquel desdichado puesto en aquel mísero rincón del Reino de los Páramos. Patrullar la frontera era una labor que correspondía al ejército regular, a los mercenarios extranjeros, llamados franjeros, o a la milicia local de las Tierras Altas. No a un miembro de elite de la Guardia de la Reina.

Sólo llevaba un mes fuera de la ciudad, pero aun así ya echaba de menos el arenoso vecindario de Puente del Sur. En Puente del Sur había una variedad de distracciones con las que amenizar las rondas nocturnas: tabernas, casas de juego y chicas guapas. En la capital había tenido contactos de altos vuelos con los bolsillos bien llenos, lo cual suponía un montón de oportunidades para hacer trabajillos extra por cuenta propia.

Pero después todo se torció. Los prisioneros de la Cárcel Militar de Puente del Sur se habían amotinado, y una rata de alcantarilla llamada Rebecca le había quemado el rostro con una tea encendida, dejándolo tuerto y con la piel roja y brillante, con una cicatriz de tejido arrugado.

A finales de verano se había llevado a Magot, Sloat y algunos más a recuperar un amuleto robado en el Mercado de los Harapos. Llevó a cabo la misión a escondidas, obedeciendo las órdenes de lord Bayar, Gran Mago y consejero de la reina. Registraron aquellas ruinosas caballerizas de arriba abajo, e incluso cavaron en el patio de la cuadra, pero no encontraron el aciago objeto ni a *Pulseras Alister*, el ladrón que lo había robado.

Cuando interrogaron a los andrajosos que vivían allí, la mujer y su mocosa sostuvieron que no tenían ni idea de quién era *Pulseras Alister* y que no sabían nada sobre ningún amuleto. Al final, Gillen había quemado el lugar, reduciéndolo a cenizas con todos sus moradores dentro. Un castigo ejemplar a modo de advertencia para los demás ladrones y mentirosos.

Percibiendo la falta de atención de Gillen, *Marauder* mordió el bocado y se echó a galopar desmañadamente. Gillen volvió a tirar de las riendas, recuperando el control con jactancia para disimular su enojo. Gillen fulminó a sus hombres con la mirada, borrándoles la sonrisa de la cara.

Sólo le faltaría eso: caerse y partirse el cuello en una carrera cuesta abajo hacia ninguna parte.



Algunos considerarían como un ascenso el destino de Gillen en la Muralla Occidental. Le habían otorgado la insignia de teniente y tenía a su cargo un lúgubre torreón y a un centenar de exiliados como él, todos ellos miembros del ejército regular, además de su propio escuadrón de casacas azules. Sus atribuciones de mando eran mayores que las de su antiguo puesto en el Cuartel de Puente del Sur.

Como si gobernar una pocilga mereciera celebración.

El torreón de la Puerta del Oeste custodiaba la Muralla Occidental y el deprimente villorrio de la Puerta del Oeste. La muralla separaba los montañosos eriales de los Páramos de los estremecedores pantanales de los Álamos Temblones. Los Álamos, inexploradas tierras bajas de ciénagas y marjales, eran demasiado densos para nadar en ellos y demasiado flojos para ser arados; eran intransitables después de las severas heladas que seguían al solsticio, salvo a pie.

En resumidas cuentas, el control del fuerte de la Puerta del Oeste ofrecía escasas oportunidades a un hombre emprendedor como Mac Gillen, quien sabía de sobra lo que era su nuevo destino: un castigo por haber fracasado en dar a lord Bayar lo que éste quería.

Tenía suerte de seguir con vida tras la decepción del Gran Mago.

Gillen y su patrulla chapotearon por las calles adoquinadas del pueblo y desmontaron en las caballerizas de la fortaleza.

Cuando Gillen condujo a *Marauder* a la caballeriza, su suboficial de guardia, Robbie Sloat, se golpeó la frente a modo de saludo.

—Han venido res visitantes de Fellsmarch a verle, señor —dijo Sloat—. Lo aguardan en el torreón.

La esperanza prendió en Gillen. Aquello quizá significara que por fin llegaban nuevas órdenes desde la capital. Y tal vez supusieran el final de su inmerecido exilio.

—¿Han dicho quiénes son? —Gillen lanzó los guantes y la capa empapada a Sloat y se pasó las manos por el pelo para peinarse.

—Han dicho que sólo hablarían con usted, señor —respondió Sloat. Titubeó un instante—. Son jóvenes de sangre azul. Casi unos críos.

La chispa de esperanza se apagó. Probablemente se tratara de arrogantes hijos de la nobleza de camino hacia las academias de Vado de Oden. Lo último que necesitaba.

—Han exigido alojarse en el ala de los oficiales —prosiguió Sloat, confirmando los temores de Gillen.

—Parece como si ciertos nobles creyeran que esto es un albergue para mocosos aristócratas —masculló Gillen—. ¿Dónde están?

Sloat se encogió de hombros.

—En el casino de oficiales, señor.

Sacudiéndose el agua de lluvia, Gillen entró en la fortaleza a grandes zancadas. Antes de acabar de cruzar el patio interior oyó música: una *basilka* y una flauta dulce.

Gillen abrió con el hombro las puertas del casino de oficiales y encontró a tres



muchachos, apenas mayores de edad, agrupados junto al fuego. Habían abierto el barril de cerveza del aparador, y cada uno tenía una jarra vacía ante sí. Los muchachos lucían la expresión aturdida y saciada de quien se ha dado un festín desmedido. Los restos de lo que había sido un suntuoso banquete estaban esparcidos por la mesa, incluido el escamondado cadáver de un gran jamón que Gillen había reservado para sí.

En un rincón se encontraban los músicos, una bonita joven a la flauta dulce y un hombre, probablemente su padre, a la *basilka*. Gillen recordó haberlos visto en el pueblo, tocando en las esquinas para ganarse unas perras.

Al entrar Gillen, la tonada cesó y los músicos palidecieron, abriendo los ojos como platos, igual que animales atrapados antes de ser sacrificados. El padre abrazó a su temblorosa hija, le acarició la cabeza rubia y le dijo algo en voz baja.

Haciendo caso omiso de la irrupción de Gillen, los muchachos, sentados junto al fuego, aplaudieron cansinamente.

—No ha sido gran cosa, pero mejor eso que nada —dijo uno de ellos con una sonrisita de suficiencia—. Igual que el alojamiento.

—Soy Gillen —dijo Gillen en voz alta, para entonces convencido de que no sacaría provecho alguno de aquel encuentro.

El más alto de los tres se puso de pie con desenvoltura, echando hacia atrás su negra melena. Al ver la cicatriz del semblante de Gillen se estremeció, arrugando con repugnancia su aristocrático rostro.

Gillen apretó los dientes.

—El cabo Sloat me ha dicho que queríais verme —dijo.

—Así es, teniente Gillen. Soy Micah Bayar, y éstos son mis primos, Arkeda y Miphis Mander. —Hizo un ademán hacia los otros dos, que eran pelirrojos, uno delgado, el otro de complexión robusta—. Vamos camino de la academia de Vado de Oden pero, como pasábamos por aquí, antes de salir de Fellsmarch me pidieron que le transmitiera un mensaje. —Desvió la mirada hacia el cuerpo de guardia vacío—. Quizá podríamos hablar ahí dentro.

Con el pulso acelerado, Gillen reparó en las estolas que cubrían los hombros del muchacho, bordadas con halcones encorvados. El emblema de la familia Bayar.

Sí. Ahora veía el parecido; había algo en los ojos del muchacho y en la prominente estructura ósea de su rostro. El pelo negro del joven Bayar tenía reflejos rojos de mago.

Los otros dos también lucían estolas, aunque con un emblema diferente. Gatos de los Páramos. Así pues, los tres eran magos en ciernes, y uno de ellos el hijo del Gran Mago.

Gillen carraspeó, hecho un manojo de nervios.

—Por supuesto, Su Señoría, faltaría más. Espero que la comida y la bebida hayan sido de vuestro agrado.

—Han resultado..., saciantes, teniente —repuso el joven Bayar—, aunque me

temo que no me han sentado muy bien.

Se dio unos golpecitos en el vientre y los otros dos muchachos soltaron una risotada.

«Cambia de tercio», pensó Gillen.

—Sois el vivo retrato de vuestro padre. En cuanto os he visto he sabido que erais su hijo.

El joven Bayar arrugó la frente, miró de soslayo a los músicos y volvió a clavar sus ojos en Gillen. Abrió la boca como para decir algo pero Gillen siguió hablando para manifestar su opinión.

—No fue culpa mía, ¿sabéis?, me refiero a lo del amuleto. Ese *Pulseras Alister* es despiadado y astuto. Pero su padre eligió al hombre adecuado para el trabajo. Si alguien es capaz de encontrar a Alister, ése soy yo, y además recuperaré el talismán. Basta con que regrese a la ciudad para conseguirlo.

El muchacho permaneció absolutamente imperturbable, mirando a Gillen con los ojos entrecerrados y los labios prietos, denotando desaprobación. Luego meneó la cabeza y se volvió hacia sus primos.

—Miphis, Arkeda. Quedaos aquí —dijo Bayar—. Bebed más cerveza, si sois capaces de tolerarla. —Señaló a los dos músicos—. No perdáis de vista a esos dos. Que no salgan de aquí.

El joven Bayar hizo una seña a Gillen con el dedo.

—Usted venga conmigo.

Sin volverse para ver si Gillen lo seguía, se fue derecho hacia el cuerpo de guardia.

Confundido, Gillen fue tras él. El joven Bayar se puso a mirar por la ventana que daba al patio de la cuadra, apoyando las manos en el dintel de piedra. Aguardó hasta que la puerta se hubo cerrado a sus espaldas antes de volverse hacia Gillen.

—Cómo puede ser tan..., cretino —dijo el muchacho, con el semblante pálido, la mirada dura y resplandeciente como el carbón de Delphi—. Me cuesta creer que mi padre contratara a alguien tan estúpido. Nadie debe saber que está empleado por mi padre, ¿lo entiende? Si llegan rumores de este asunto a oídos del comandante Byrne, las consecuencias serán graves. Podrían acusar de traición a mi padre.

A Gillen se le secó la boca.

—Claro. Por supuesto —balbuceó Gillen—. Yo..., esto..., había dado por sentado que los demás aprendices de brujo iban con usted, y...

—No se le paga para que haga suposiciones, teniente Gillen —dijo Bayar. Dio unos pasos hacia Gillen con la espalda muy tiesa; la brisa que entraba por la ventana meció sus estolas.

Mientras Bayar se fue aproximando, Gillen retrocedió hasta topar con la mesa del cuerpo de guardia.

—Y cuando digo nadie, quiero decir nadie —prosiguió Bayar, acariciando un colgante de aspecto maligno que llevaba al cuello. Era un halcón tallado en una gema

roja; un talismán como el que Gillen no había logrado encontrar en el Mercado de los Harapos—. ¿Con quién más ha hablado de esto?

—Con nadie, juro por la sangre del demonio que no se lo he contado a nadie más —susurró Gillen, con el miedo cual cuchillo clavado en el vientre. Estaba en guardia, con los pies ligeramente separados, listo para saltar hacia un lado si el aprendiz de brujo le lanzaba una llamarada—. Sólo quería asegurarme de que Su Señoría supiese que hice todo lo posible por recuperar esa talla pero que no hubo manera de encontrarla en ninguna parte.

El muchacho hizo una breve mueca de desagrado, como si se tratase de un tema en el que prefiriese no abundar.

—¿Sabía que mientras usted: registraba el Mercado de los Harapos en busca del amuleto, Alister atacó a mi padre y por poco lo mató?

«Sangre y huesos», pensó Gillen, estremeciéndose. Desde que era el señor de la calle de la banda de los harapientos, Alister tenía fama de ser audaz, violento y despiadado. Ahora daba la impresión de que el muchacho también tenía ganas de matar.

—¿Está..., está bien lord Bayar?

«¿Está muerto Alister?»

El joven Bayar contestó la pregunta formulada y la tácita.

—Mi padre se ha recobrado. Alister, por desgracia, escapó. A mi padre le cuesta perdonar la incompetencia —agregó—. De cualquiera.

El tono avinagrado de la voz del muchacho cogió a Gillen desprevenido.

—Sí, claro —dijo Gillen, que retomó el hilo de su discurso, impelido a exponer sus razones—. Aquí estoy perdiendo el tiempo, mi señor. Enviadme de vuelta a la ciudad y daré con el tipo ese, lo juro. Conozco las calles, y conozco a las bandas que las gobiernan. Tarde o temprano, Alister aparecerá en el Mercado de los Harapos, por más que su madre y su hermana sostuvieran que hacía semanas que se había largado de allí.

El joven Bayar entornó los ojos y se inclinó hacia delante, apretando los puños.

—¿Su madre y su hermana? ¿Alister tiene una madre y una hermana? ¿Todavía están en Fellsmarch?

Gillen sonrió de oreja a oreja.

—En todo caso quemadas, me figuro. Prendimos fuego a su casa con ellas dentro.

—¿Las mató? —preguntó el joven Bayar, mirándolo de hito en hito—. ¿Están muertas?

Gillen se humedeció los labios sin saber en qué la había pifiado.

—Bueno, me dije que eso serviría para que todo el mundo supiera que más vale decir la verdad cuando Mac Gillen pregunta.

—¿Cómo se puede ser tan idiota! —Bayar negó lentamente con la cabeza, sin apartar los ojos del rostro de Gillen—. Podríamos haber usado a la madre y la hermana de Alister para que saliera de su escondrijo. Podríamos haberle ofrecido

cambiarlas por el amuleto. —Cerró el puño en alto—. Podríamos haberlo capturado.

«Huesos», pensó Gillen. Nunca atinaba a decirle lo correcto a un mago.

—Entiendo que lo veáis así, pero, creedme, un maleante como Alister tiene el corazón más frío que el río Dyrnne. ¿Cree Su Señoría que le importa lo que le suceda a su madre y su hermana? Qué va. Sólo le importa él mismo.

El joven Bayar desdeñó tal idea con un ademán.

—Ahora nunca lo sabremos, ¿verdad? Sea como fuere, mi padre no requiere de sus servicios para dar caza a Alister. Ha encomendado esa tarea a otros. Han conseguido limpiar la ciudad de bandas callejeras, pero no han tenido suerte en hallar a Alister. Tenemos motivos para pensar que se ha marchado de la Marca de los Páramos.

El muchacho se frotó la frente con el pulpejo de la mano, como si tuviera dolor de cabeza.

—No obstante, si alguna vez su camino se cruzara con el de Alister por casualidad o a propósito, mi padre desea que sea llevado ante su presencia, sano y salvo y con el amuleto. Por descontado, si usted lo consigue recibirá una generosa recompensa.

El joven Bayar trató de mostrarse indiferente, pero la tirantez en torno a sus ojos decía otra cosa.

«El muchacho odia a Alister», pensó Gillen. ¿Era porque Alister había intentado matar a su padre? En cualquier caso, Gillen tuvo claro que de nada serviría insistir en la cuestión de su regreso a Fellsmarch.

—De acuerdo, pues —dijo, esforzándose por disimular su desilusión—. Bien. ¿Qué os trae por la Puerta del Oeste? Habéis dicho que me traíais un mensaje.

—Un asunto muy delicado, teniente, y que exige mucha discreción.

El muchacho dio a entender que dudaba que Gillen tuviera la menor discreción. Fuera eso lo que fuese.

—Os aseguro, mi señor, que podéis confiar en mí —dijo Gillen con entusiasmo.

—¿Se ha enterado de que la princesa Raisa ha desaparecido? —preguntó Bayar a bocajarro.

Gillen hizo lo posible por mantener el semblante impasible.

—¿Desaparecido? No, mi señor, no estaba enterado. Apenas nos llegan noticias aquí arriba. ¿Alguien tiene idea...?

—Creemos posible que intente abandonar el país.

«Ajá, entonces es que se ha fugado», pensó Gillen. ¿Sería por una rencilla entre madre e hija? ¿Un romance con quien no correspondía? ¿Un plebeyo, quizá? Las princesas Lobo Gris tenían fama de testarudas y aventureras.

En una ocasión había visto a la princesa Raisa de cerca. Era menuda pero bastante bien formada, con una cintura que un hombre podía abarcar con las manos abiertas. Entonces, Raisa le echó un vistazo con sus cautivadores ojos verdes y luego le susurró algo a la dama que estaba a su lado.

Eso era antes. Ahora las mujeres le daban la espalda cuando se ofrecía a invitarlas a tomar algo.

Antes, la princesa podía impresionarse y sentirse atraída por alguien como él, un hombre de mundo, un militar. Incluso había acariciado pensamientos de cómo sería...

La voz de Bayar puso fin a su ensimismamiento.

—¿Me está escuchando, teniente?

Gillen se esforzó para volver al asunto que estaban tratando.

—Sí, mi señor. Por supuesto. ¿Qué ha sido lo último?

—He dicho que también nos parece plausible que haya buscado cobijo en casa de los parientes cabezacobriza de su padre, ya sea en Demonai o en los Pinos de Marisa.

—Bayar se encogió de hombros—. Ellos sostienen que no está allí, que debe de haberse dirigido hacia el sur, fuera del reino. Pero la frontera meridional está bien vigilada. De modo que quizás intente marcharse por la Puerta del Oeste.

—Pero... ¿Adónde va a ir? Hay guerra en todas partes.

—Quizá no esté pensando con claridad —dijo Bayar, al tiempo que un rubor le teñía la tez pálida—. Por eso es decisivo que la interceptemos. La princesa heredera tal vez se ponga en peligro. Es posible que vaya a algún lugar donde no podamos alcanzarla. Eso sería..., desastroso.

El muchacho cerró los ojos, toqueteándose las mangas. Cuando al abrirlos de nuevo vio a Gillen mirándolo, giró sobre sus talones y volvió a asomarse a la ventana.

«Vaya —pensó Gillen—. O el chico es un actor consumado, o en verdad está preocupado».

—O sea que debemos estar alerta por si viene a la Puerta del Oeste —dijo Gillen—. ¿Es eso lo que estáis diciendo?

Bayar asintió sin volverse.

—Hemos procurado mantener este asunto en secreto, pero corren rumores de que se ha fugado. Si los enemigos de la reina la encuentran antes que nosotros, bueno..., puede figurárselo.

—Por supuesto —dijo Gillen—. Esto... ¿Se sabe si viaja acompañada?

Bien. Ésa era una manera inteligente de plantearlo para averiguar si se había fugado con alguien.

—No lo sabemos. Es posible que vaya sola o que esté cabalgando con los cabezacobriza.

—¿Qué quiere exactamente que haga lord Bayar? —preguntó Gillen, creciéndose un poco.

Ahora el muchacho se volvió hacia él.

—Dos cosas. Queremos que mantenga vigilada la frontera para interceptar a la princesa Raisa por si intenta cruzarla por la Puerta del Oeste. Y necesitamos que un destacamento de guardias de confianza vaya al Campamento Demonai a comprobar que no está allí.

—¡A Demonai! —exclamó Gillen, menos alegre—. Pero..., no puede ser... No

estaréis pensando en que nos enfrentemos a los guerreros Demonai, ¿verdad?

—Claro que no —dijo Bayar, como si Gillen fuese idiota—. La reina ha informado a los Demonai de que su guardia visitará los campamentos de las tierras altas para interrogar a los salvajes. No pueden negarse. Por lo tanto, estarán al quite de su visita, de modo que tendrá que investigar a fondo para averiguar si la princesa está allí o ha pasado por allí.

—¿Seguro que nos están esperando? —preguntó Gillen. Los marismeños eran una cosa, ni siquiera utilizaban armas de metal. Pero los Demonai... No abrigaba el menor deseo de luchar contra ellos—. No quiero terminar lleno de flechas con la punta de cobre. Los Demonai tienen venenos que ennegrecen el...

—No se apure, teniente Gillen —dijo Bayar bruscamente—. Estará absolutamente a salvo, a no ser, por supuesto, que le sorprendan husmeando.

Enviaría a Magot y Sloat, decidió Gillen. Eran los más aptos para esa tarea. Sería mejor que él se quedara y vigilara la eventual aparición de la princesa. Eso requeriría mano izquierda y tener la mente despejada. Y discreción.

—Me figuro que va a necesitar al menos una compañía de soldados para efectuar una búsqueda minuciosa.

—¡Una compañía! Sólo cuento con un centenar de soldados en total, aparte de un escuadrón de guardias —dijo Gillen—. No me fío de los mercenarios. Tendrá que ser una sección, no puedo prescindir de más hombres.

Bayar se encogió de hombros; no le correspondía a él resolver los problemas de Gillen.

—Pues que sea una sección. Iría yo mismo en persona pero, siendo mago, tengo prohibido aventurarme en las Montañas de los Espíritus. —Bayar volvió a acariciar la llamativa joya que llevaba al cuello—. Y seguro que mi participación suscitaría preguntas embarazosas.

«Claro que suscitaría preguntas», pensó Gillen. ¿Por qué iba a participar en asuntos militares un aprendiz de mago? La protección de las reinas Lobo Gris era tarea de la Guardia de la Reina y del ejército.

—Nos gustaría que se pusiera manos a la obra sin más demora —dijo Bayar—. Que su pelotón esté listo para partir mañana. —Gillen abrió la boca para decirle el sinfín de razones que lo hacían imposible, pero el joven Bayar levantó la mano, con la palma hacia fuera—. Bien. Mis compañeros y yo nos quedaremos aquí hasta su regreso.

—¿Vais a quedaros aquí? —balbuceó Gillen. Justo lo que le faltaba—. Escuchad, si la reina quiere que nos adentremos en las Espíritus en pos de la princesa, debería enviar refuerzos. No puedo dejar la Muralla Occidental sin protección mientras nosotros...

—Si localiza a la princesa, la traerá para que asumamos su custodia —prosiguió Bayar, haciendo caso omiso a las objeciones de Gillen—. Mis primos y yo la escoltaremos hasta que se reúna con la reina.

Gillen estudió al muchacho con recelo. ¿Le estarían tendiendo una trampa? ¿Por qué debía entregar la princesa a aquellos aprendices de mago? ¿Por qué no llevarla él mismo de regreso a Fellsmarch y ganarse así la gloria y la posible recompensa dineraria?

A veces, cuando hacía encargos para el Gran Mago no tenía muy claro para quién trabajaba; si para el mago o para la reina. Pero aquello era muy gordo. Tenía intención de que la operación le valiera algo más que la eterna gratitud de los Bayar.

El joven Bayar habló como si leyera los pensamientos de Gillen.

—En caso de que encuentre a la princesa y nos la entregue, le pagaremos una recompensa de cinco mil coronas y nos encargaremos de que regrese a un buen puesto en Fellsmarch.

Gillen tuvo que hacer un esfuerzo para no quedarse boquiabierto. ¿Cinco mil coronas? Eso era una fortuna. Más de lo que esperaba que los Bayar pagaran por llevarse el mérito de devolver a la princesa a la corte. Allí había algo más. Algo que más le valía no saber por si alguna vez lo interrogaban.

Ahora resultaba mucho más atractivo que Sloat y Magot se arriesgaran a adentrarse en las Espíritus. Y aún había más motivos para que Gillen mantuviera en estrecha vigilancia la frontera.

—Será para mí un orgullo hacer cuanto esté en mi mano para contribuir a que la princesa regrese junto a su madre la reina —dijo Gillen—. Contad conmigo.

—No me cabe duda —repuso Bayar secamente—. Elija a hombres que sepan mantener la boca cerrada y no les cuente más que lo imprescindible para llevar a cabo la misión. No es preciso que ninguno de ellos esté al corriente del acuerdo al que hemos llegado.

De una bolsa que llevaba atada a la cintura sacó un pequeño retrato enmarcado se lo mostró a Gillen.

Era la princesa Raisa, sólo su torso, luciendo un vestido escotado que revelaba buena parte de su piel color miel. Una nube de negros cabellos le enmarcaba el rostro, y llevaba una pequeña corona, relumbrante de joyas. Tenía la cabeza ladeada y esbozaba una sonrisa, con los labios separados, como si estuviera a punto de decir algo que a él le hubiese gustado oír. Incluso había algo escrito: «A Micah, todo mi amor, R».

Había algo en ella, no obstante, algo familiar, que él...

La mano de Bayar sujetó el brazo de Gillen, causándole escozor a través de la lana de la guerrera, y por poco dejó caer el retrato.

—Deje de babear, teniente Gillen —dijo Bayar, en tono áspero—. Asegúrese de que sus hombres se familiarizan con el aspecto de la princesa. Y recuerde que lo más probable es que vaya disfrazada.

—Enseguida me pongo manos a la obra, mi señor —dijo Gillen. Retrocedió e hizo una reverencia a modo de despedida antes de que el joven Bayar pudiera cambiar de parecer. O volver a cogerle del brazo—. Daré instrucciones a Cook para



que os prepare lo que deseéis.

—¿Qué piensa hacer a propósito de los músicos? —preguntó Bayar con brusquedad.

Gillen lo miró, pestañeando.

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó—. ¿Queréis que se queden aquí? Quizás hagan más llevadera la espera, y la chica es guapa.

El joven Bayar meneó la cabeza.

—Han oído demasiado —dijo—. Tal como he dicho, nadie debe relacionarlo con mi padre ni saber que trabaja para él. —Al ver que Gillen, todavía confundido, fruncía el ceño, agregó—: Es culpa suya, teniente, no mía. Yo me ocuparé de mis primos, pero usted es quien debe encargarse de los músicos.

—Entonces —dijo Gillen—, ¿me está diciendo que los eche?

—No —respondió Bayar, alisándose las estolas de mago sin mirar a Gillen a los ojos—. Le estoy diciendo que los mate.

## La zona fronteriza

Han Alister frenó su jamelgo en el punto más alto del Paso de los Pinos de Marisa. Oteó la recortada parte sureña de los Queens en dirección a las llanuras de Arden, que quedaban al otro lado. Aquellos montes eran ajenos a él, habían sido el hogar de reinas fallecidas tiempo atrás cuyos nombres jamás había oído. Los picos más altos, piedra fría desnuda de vegetación, se hincaban en las nubes. Las laderas más bajas relucían de álamos aureolados por el follaje otoñal.

La temperatura había caído en picado a medida que ascendieron, y Han había ido añadiendo capas de ropa según las fue necesitando. Ahora llevaba el gorro de lana bien calado y tapándole las orejas, y la nariz le escocía a causa del aire gélido.

Hayden *Bailarín de Fuego* arrimó su caballo al de Han para contemplar el panorama.

Habían salido del Campamento de los Pinos de Marisa dos días antes. El campamento del clan estaba estratégicamente ubicado en el extremo norte del paso, la vía principal que atravesaba las Montañas de los Espíritus hasta la ciudad de Delphi y las llanuras de Arden. El camino que comenzaba como la Avenida de las Reinas en la capitalina ciudad de Fellsmarsh menguaba hasta tener una anchura poco mayor que la de un sendero de caza en la parte más alta del desfiladero.

Pese a ser temporada alta, habían hallado poco tráfico comercial a lo largo del sendero; sólo unos cuantos demacrados refugiados que huían de la guerra civil de Arden.

Bailarín señaló al frente, hacia la ladera sur.

—Lord Demonai dice que antes de la guerra las filas de carros circulaban de la mañana a la noche durante la temporada, subiendo bienes de las llanuras. Comida, principalmente: grano, ganado, fruta y verdura.

Bailarín ya había viajado antes por el Paso de los Pinos de Marisa, en expediciones comerciales, con Averill Lightfoot, mercader y patriarca del Campamento Demonai.

—Ahora los ejércitos se lo tragan todo —prosiguió Bailarín—. Además, buena parte de las tierras de cultivo han sido arrasadas, de modo que no producen nada.

«Otro largo invierno en los Páramos», pensó Han. El inicio de la guerra civil de Arden se remontaba hasta más allá de lo que Han alcanzaba a recordar. Su padre había fallecido allí, sirviendo como mercenario para uno de los cinco sanguinarios príncipes Montaigne; todos ellos hermanos, y todos reclamando el trono de Arden.

El caballo de Han resollaba tras el largo ascenso desde el Campamento de los Pinos de Marisa. El aire estaba enrarecido en aquella altitud. Han revolvió las

enmarañadas crines de su montura y lo rascó detrás de las orejas.

—Tranquilo, *Ragger* —murmuró—. Tómame tu tiempo.

*Ragger* enseñó los dientes a modo de respuesta y Han se rió.

Han se sentía orgulloso de ser propietario de aquel caballito tan malhumorado, el primero que había poseído jamás. Era un jinete consumado de caballos prestados. Había pasado todos los veranos acogido en las cabañas de las tierras altas, pues su madre lo enviaba allí desde la ciudad, convencida de que sobre él pesaba una maldición.

Ahora todo era diferente. Los clanes le habían proporcionado su caballo, ropa, pertrechos, comida para el viaje, y le habían pagado la matrícula de la academia de Vado de Oden. No por caridad, sino porque esperaban que el endemoniado Han Alister demostrara que era un arma eficaz contra el poder del Consejo de Magos.

Han había aceptado su oferta. Acusado de asesinato, huérfano por las malas artes de sus enemigos, perseguido por la Guardia de la Reina y el poderoso Gran Mago Gavan Bayar, no había tenido elección. La presión de las tragedias pasadas lo empujaba hacia delante; la necesidad de huir del recuerdo de lo que había perdido, el deseo de estar en algún lugar distinto al que había estado hasta entonces.

Eso y una ardiente sed de venganza.

Han se metió la mano dentro de la camisa y tocó distraídamente el amuleto de la serpiente que crepitaba sobre la piel del pecho. El poder fluyó de él al talismán, aliviando la presión mágica que se había ido acumulando a lo largo del día.

Se había convertido en un hábito, esa descarga de poder que de lo contrario podría desatarse sin control. Necesitaba tranquilizarse constantemente, comprobando que el amuleto seguía en su sitio. Han le había cobrado un extraño apego desde que se lo robara a Micah Bayar.

El talismán había pertenecido a su antepasado *Alger Aguabaja*, conocido por la mayoría de la gente como el Rey Demonio. Entretanto, el amuleto del Cazador Solitario que había hecho para él la matriarca del clan, Elena Demonai, languidecía sin usar en su alforja.

Debería odiar el talismán *Aguabaja*. Había pagado por él con la vida de su madre y de Mari. Había quien decía que el amuleto era un objeto de magia negra, que sólo servía para hacer el mal. Pero a sus casi diecisiete años era lo único que tenía para mostrar, aparte del chamuscado libro de cuentos de Mari y del relicario de oro de su madre. Eso era cuanto quedaba de una temporada desastrosa.

Ahora él y su amigo *Bailarín* iban de camino a Casa *Mystwerk*, la academia de magos de Vado de Oden, e iniciarían su formación como magos bajo el patrocinio de los clanes.

—¿Estás bien? —*Bailarín* se inclinó hacia él, frunciendo el ceño de su rostro cobrizo con preocupación, el pelo revuelto al viento cual serpientes de cuentas—. Pareces hechizado.

—Estoy bien —dijo Han—. Aunque me gustaría no tener que soportar más este

viento.

Incluso con buen tiempo, el viento rugía sin tregua en el desfiladero. Y ahora, a finales del verano, traía consigo el cortante anuncio del invierno.

—La frontera no puede quedar lejos —dijo Bailarín, cuyas palabras se llevaba el viento nada más pronunciarlas—. En cuanto la crucemos, estaremos cerca de Delphi. Quizá durmamos bajo techo esta noche.

Han y Bailarín viajaban disfrazados de comerciantes de los clanes, conduciendo una recua de caballos cargados de artículos varios. El atuendo del clan les proporcionaba cierta protección. Igual que los arcos que llevaban colgados al hombro en bandolera. La mayoría de los ladrones sabía que no convenía enfrentarse con miembros de los clanes de las Espíritus en su propio territorio. El viaje sería más arriesgado una vez que cruzaran a Arden.

Mientras descendían hacia la frontera, fue como si retrocedieran de estación, volviendo del principio del invierno al otoño. Pasada la línea de los árboles, primero unos pinos achaparrados y luego el bosque de álamos se cerraron en torno a ellos, procurándoles cierto alivio del viento. La ladera iba siendo menos empinada y la capa de tierra fértil más profunda. Comenzaron a ver pequeñas granjas diseminadas, levantadas en torno a acogedoras casitas de labranza, y prados tachonados de robustas ovejas montañesas de largos y retorcidos cuernos.

Un poco más adelante comenzaron a encontrar signos de la enconada guerra que se librara en el sur. Medio ocultos entre la hierba había objetos desechados; alforjas vacías y restos de uniformes de soldados huidos, tesoros domésticos que se habían convertido en una carga excesiva en el sendero cuesta arriba.

Han divisó una muñeca de trapo en la cuneta, aplastada en el fango. Frenó con la intención de desmontar y recogerla para limpiarla y regalársela a su hermanita. Entonces recordó que Mari estaba muerta y que ya no necesitaba muñecas.

La aflicción era así. Poco a poco se convertía en un dolor sordo, hasta que una simple visión, sonido u olor te golpeaba como un martillazo. Pasaron por varias haciendas quemadas, las chimeneas erguidas como lápidas en tumbas profanadas. Y luego un pueblo entero arrasado por las llamas, con los restos de un templo y una casa del consejo.

Han miró a Bailarín.

—¿Esto lo hicieron llaneros?

Bailarín asintió.

—O mercenarios descarriados. Hay un fuerte en la frontera, pero no hacen un buen trabajo patrullando este camino. Los guerreros Demonai no pueden estar en todas partes. El Consejo de Magos sostiene que los magos podrían subsanar este descuido, pero que no están autorizados ni tienen las herramientas apropiadas, y echan la culpa a los clanes. —Bailarín puso los ojos en blanco—. Como si fueras a encontrar a algún mago aquí, viviendo a la intemperie, aunque tuvieran permiso para hacerlo.

—Para el carro —dijo Han—. Cuidado con lo que dices. Nosotros somos magos viviendo a la intemperie.

Ambos se echaron a reír del doble sentido de la chanza. Habían llegado a compartir una especie de humor negro sobre su apurada situación. Costaba lo suyo dejar atrás el hábito de burlarse de la arrogancia de los magos; la clase de bromas que los desposeídos hacen sobre los poderosos.

Llegaron a un cruce de caminos que desde el este y el oeste convergían hacia el paso. El tráfico se volvió denso y lento como la nata. Los viajeros avanzaban despacio en sentido contrario, hacia los Pinos de Marisa, desde donde lo más probable era que prosiguieran hasta Fellsmarch. Hombres, mujeres, niños, familias y viajeros solitarios, grupos que el azar había formado o que se habían juntado para sentirse más protegidos.

Cargados de fardos y bolsas, los refugiados caminaban en silencio, con los ojos hundidos, incluso los niños, como si dedicaran todas sus energías a poner un pie delante del otro. Adultos y jóvenes por igual portaban garrotes, palos y otras armas improvisadas. Algunos estaban heridos, con harapos ensangrentados enrollados en la cabeza, los brazos y las piernas. Muchos vestían ropa ligera de las llanuras y algunos iban descalzos.

Debían de haber salido de Delphi al alba. Si habían tardado todo ese tiempo en recorrer esa distancia, sería imposible que franquearan el paso antes del anochecer. Y luego aún quedaban dos días de marcha hasta los Pinos de Marisa.

—Van a congelarse, ahí arriba —dijo Han—. Los pies se les harán jirones con las rocas. ¿Cómo van a llegar a lo alto los pequeños? ¿Es que no tienen cabeza?

Un chiquillo que tendría cuatro años estaba plantado en medio del camino, llorando con los puños apretados, el rostro transido de sufrimiento.

—¡Mamá! —gritaba en la lengua del llano—. ¡Mamá! ¡Tengo hambre!  
No había ninguna mamá a la vista.

Apremiado por la culpabilidad, Han sacó una manzana de su morral. Se inclinó en la silla, alcanzándosela al niño.

—Toma —dijo sonriendo—. Prueba esto.

El niño dio un traspié hacia atrás, levantando los brazos a la defensiva.

—¡No! —chilló, presa del pánico—. ¡Lárgate!

Se cayó sobre su culito, pero siguió gritando como un poseso.

Una niña demacrada de edad indefinida arrancó la manzana de la mano de Han y salió corriendo como si la persiguieran mil demonios. Han la contempló impotente.

—Déjalo correr, Caza Solo —dijo Bailarín, usando el nombre que el clan había puesto a Han—. Supongo que han tenido una mala experiencia con jinetes. No puedes salvar a todo el mundo, ¿sabes?

«No puedo salvar a nadie», pensó Han.

Después de una curva las fortificaciones de la frontera aparecieron abajo; un fuerte en ruinas y una irregular muralla de piedra, los huecos cerrados con pinchos de

hierro y alambrada de espinas a falta de una reparación mejor. La muralla se extendía a través del paso, culminando en los picos de ambos lados, y en su centro se alzaba una maciza torre que formaba un arco sobre el camino. Una breve fila de carros de mercancías, reatas de bestias de carga y caminantes que se dirigían al sur cruzaba la puerta a paso de tortuga mientras que el tráfico hacia el norte fluía sin trabas.

Alrededor del fuerte había surgido, como una colonia de setas tras un aguacero de verano, un pueblo, si cabía llamarlo así. Consistía en cobertizos, cabañas destartaladas, tiendas y carromatos. Un corral rudimentario guardaba unos pocos caballos huesudos y vacas con las costillas marcadas.

Unas manchas de brillante azul se arracimaban junto a la puerta como un puñado de ásteres otoñales. Casacas azules. La Guardia de la Reina. La aprensión recorrió el espinazo de Han como un dedo helado.

¿Por qué estarían montando guardia en la frontera?

—Que controlen a los refugiados que entran, lo comprendo —dijo, frunciendo el ceño—. Querrán evitar que entren espías y renegados. Ahora bien, ¿por qué iba a importarles quién sale del reino?

Bailarín miró a Han de arriba abajo, mordiéndose el labio.

—Bueno, es evidente que buscan a alguien. —Hizo una pausa—. ¿Crees que la Guardia de la Reina se tomaría tantas molestias para capturarte?

Han se encogió de hombros, deseoso de negar tal posibilidad. Si lo consideraban tan peligroso, ¿no preferirían tenerle fuera del reino y no dentro?

—Resulta insólito que Su Majestad la reina haya montado todo este tinglado por un puñado de sureños muertos —dijo—. Más aún teniendo en cuenta que las matanzas han cesado.

—Tú clavaste un puñal a su Gran Mago —señaló Bailarín—. Tal vez haya muerto.

Cierto. Ahí lo tenía. Aunque Han en realidad no podía creer que lord Bayar hubiese muerto. De acuerdo con su experiencia, el mal pervivía y el inocente moría. Aun así, quizá los Bayar habían convencido a la reina de que merecía la pena todo aquel esfuerzo adicional para ponerle las esposas.

«Pero los Bayar quieren recuperar su amuleto», pensó Han. ¿Correrían el riesgo de que se lo quitara la Guardia de la Reina? Bajo tortura, cabía que la historia de la pieza saliera a la luz.

De todos modos, ¿no se suponía que él estaba de parte de la reina? Recordó las palabras de Elena *Cennestre* el día que le soltó la verdad a bocajarro.

«Cuando completes tu formación, regresarás aquí y usarás tus poderes en defensa de los clanes y de las reinas de la dinastía legítima».

Lo más probable era que nadie le hubiese dicho nada a la reina Marianna. Estarían procurando mantenerlo en secreto.

—Lo que está claro es que no te buscan a ti —dijo Han, apartando la mirada de Bailarín—. Separémonos, así será más seguro. Tú ve delante. Yo te seguiré.

Eso evitaría actos heroicos por parte de Bailarín si prendían a Han.

Bailarín recibió la propuesta con un resoplido desdeñoso y burlón.

—Claro. Incluso con el pelo cubierto, es imposible que pases por miembro de un clan si abres la boca. Deja que hable yo. Por aquí pasan muchos mercaderes. Todo irá bien.

Aun así, Han reparó en que Bailarín tensaba la cuerda de su arco y que corría la daga que llevaba al cinto para tenerla más a mano.

Han también preparó sus armas y luego remetiÓ dentro del gorro las mechas sueltas de cabello rubio. Debería haberse tomado el tiempo necesario para teñirse de oscuro otra vez, y así resultar menos reconocible. La supervivencia no le había parecido nada especialmente importante hasta ahora. Han introdujo la mano debajo de la camisa y tocó su amuleto. Deseó por enésima vez saber más sobre cómo utilizarlo. Un poco de hechicería podría venirles muy bien en una situación difícil.

No, tal vez no. Mejor que nadie supiera que *Pulseras Alister*, atracador acusado de homicidio, de repente se había convertido en mago.

Con una lentitud exasperante, se fueron aproximando a la frontera. Al parecer la Guardia estaba cumpliendo su cometido minuciosamente.

Cuando llegaron al principio de la cola, dos guardias agarraron las bridas de sus caballos, deteniéndolos. Un guardia montado con pañuelo de sargento interpuso su montura delante de ellos. Estudió sus semblantes, torciendo el gesto.

—¿Nombres?

—Bailarín de Fuego y Caza Solo —dijo Bailarín en la lengua común—. Somos comerciantes de los clanes de los Pinos de Marisa, y nos dirigimos a Ardencourt.

—¿Comerciantes? ¿O espías? —le espetó el guardia.

—No somos espías —dijo Bailarín. Tranquilizó a su caballo, que sacudía la cabeza y ponía los ojos en blanco a causa del tono del guardia—. Los comerciantes no se meten en política. Es malo para hacer negocios.

—Habéis estado sacando provecho de la guerra, y todo el mundo lo sabe —replicó el chaqueta azul, exhibiendo la actitud habitual de los oriundos del Valle para con los clanes—. ¿Qué lleváis?

—Jabón, perfumes, sedas, artículos de cuero y medicinas —contestó Bailarín, apoyando una mano en sus alforjas con aires de propietario.

Aquello era bien cierto. Tenían planeado entregar aquellas mercancías a un comprador de Ardencourt para contribuir al pago de sus estudios y su manutención.

—Veamos.

El guardia soltó las correas de las alforjas del primer caballo y revolvió los artículos que había dentro. Emanaron aromas de sándalo y pino.

—¿No lleváis armas ni amuletos? —inquirió el sargento—. ¿Algún objeto mágico?

Bailarín enarcó una ceja.

—No hay mercado para artículos mágicos en Arden —sentenció—. La Iglesia de



Malthus lo prohíbe. Y no traficamos con armas. Es demasiado arriesgado.

El sargento les escrutó el semblante, con la frente arrugada, un tanto perplejo. Han mantuvo la mirada en el suelo.

—No sé —dijo el guardia—. Los dos tenéis los ojos azules. A mí no me parecéis de los clanes.

—Somos mestizos —explicó Bailarín—. Nos adoptaron de bebés en los campamentos.

—Más bien diría que te raptaron —repuso el sargento—. Lo mismo que a la princesa heredera. La Hacedora se apiade de ella.

—¿Qué pasa con la princesa heredera? —preguntó Bailarín—. No estamos enterados.

—Ha desaparecido —explicó el sargento. Parecía ser de esas personas que disfrutan dando malas noticias—. Hay quien dice que se ha fugado. Yo pienso que no es posible que se haya marchado sola.

«O sea que se trata de eso», pensó Han, alegrándose un poco. Las medidas adicionales en la frontera no tenían nada que ver con ellos.

Pero el chaqueta azul aún no había terminado. Miró en derredor como para asegurarse de que tenía apoyo y luego dijo:

—Hay quien dice que la raptó tu gente. Los cabezacobrizas.

—Eso no tiene ningún sentido —protestó Bailarín—. La princesa Raisa tiene sangre de clan por parte paterna, y estuvo tres años acogida en el Campamento Demonai.

El chaqueta azul dio un resoplido.

—Bueno, en la capital no está, de eso están seguros —dijo—. Tal vez venga hacia aquí; por eso controlamos a todo el mundo que cruza la frontera. La reina ofrece una gran recompensa para quien la encuentre.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Bailarín, como si estuviera olisqueando aquella gran recompensa.

—Ella también es de sangre mezclada —dijo el chaqueta azul—, pero dicen que aun así es muy guapa. Es baja, y tiene el pelo negro muy largo y los ojos verdes.

Han se sintió acechado por el recuerdo de los ojos verdes de Rebecca Morley, que había entrado en la Cárcel Militar de Puente del Sur y arrebatado de las manos de Mac Gillen a tres miembros de la banda callejera de los harapientos. Aquella descripción encajaría con Rebecca. Y con otras mil chicas.

Desde que su vida se había ido al traste, Han no había vuelto a pensar en Rebecca. No mucho, al menos.

Finalmente el sargento decidió que ya los había retenido bastante.

—De acuerdo, pues. Seguid. Más vale que os andéis con cuidado al sur de Delphi. Los combates son encarnizados allí abajo.

—Gracias, sargento —estaba diciendo Bailarín cuando una nueva voz interrumpió la conversación, fría y cortante como la hoja de un cuchillo.

—¿Qué está pasando, sargento? ¿A qué viene tanta demora?

Han levantó la vista y vio a una muchacha de su misma edad que, a lomos de su caballo, se abría paso con bravuconería entre los viajeros a pie agrupados en torno a la puerta, como si no le importara atropellar a unos cuantos.

No podía dejar de mirarla. No se parecía a ninguna otra chica que hubiese visto antes. Su melena rubio platino estaba recogida en una única trenza que le llegaba hasta la cintura, realzada por una mecha roja que la recorría en toda su longitud. Las pestañas y las cejas eran del color de la pelusa de los álamos y los ojos, de un pálido azul porcelana, como un cielo después de la lluvia. La envolvía un nimbo de luz, prueba de su poder descontrolado.

Montaba un semental gris de las llanuras, de sangre tan pura como la suya, sentada muy erguida en la silla, como para acrecentar su ya de por sí considerable estatura. Sus rasgos angulosos le resultaron familiares. No era un rostro bello, pero sí difícil de olvidar. Sobre todo cuando tenía el ceño fruncido. Como ahora.

Su chaqueta corta y la falda pantalón de montar eran de telas buenas, ribeteadas de cuero. Las estolas de mago que le cubrían los hombros ostentaban la insignia del halcón encorvado, y un reluciente amuleto colgaba de una gruesa cadena de oro que llevaba al cuello. Un halcón con un pájaro cantor en las garras.

Han se estremeció, su cuerpo reaccionó antes que su embotada mente. El halcón encorvado. Pero esa insignia pertenecía a...

—Lo siento, lady Bayar —farfulló el sargento, con la frente perlada de sudor a pesar del frío que hacía—. Sólo estaba interrogando a estos mercaderes. Para asegurarme, mi señora.

Bayar. Él era a quien le recordaba la chica, a Micah Bayar. Sólo había visto al hijo del Gran Mago una vez, el día en que Han se había apoderado del amuleto que le había cambiado la vida para siempre. ¿Qué relación tendría ella con Micah? Parecía tener la misma edad. ¿Hermana? ¿Prima?

—Agarra tu amuleto —murmuró Bailarín a Han, que deslizó la mano bajo su chaqueta de piel de ciervo—. Te quitará poder y así a lo mejor no se fija en tu aura.

Han asintió y apretó el talismán con disimulo.

—Estamos buscando a una chica, idiota —iba diciendo lady Bayar, mientras sus pálidos ojos echaban un vistazo a Han y Bailarín—. Una chica morena y medio enana. ¿Por qué pierdes el tiempo con estos dos cabezacobriza? —agregó, empleando el nombre que en el Valle designaba a los miembros de los clanes.

Los dos guardias que sujetaban los caballos de Bailarín y Han los soltaron de inmediato.

—Fiona. Cuidado con lo que dices.

Otro mago frenó detrás de lady Bayar, un muchacho de más edad con el pelo pajizo y el cuerpo rollizo en exceso. Sus estolas de mago lucían insignias de cardos.

—¿Qué?

Fiona lo fulminó con la mirada y él se encogió como un cachorro asustado.

«O le gusta la chica o le teme —pensó Han—. Tal vez ambas cosas».

—Fiona, por favor. —El joven mago carraspeó—. Yo no describiría a la princesa Raisa como enana. De hecho, la princesa es bastante...

—Si no es enana, ¿entonces qué? —le interrumpió Fiona—. ¿Retacona?

—Bueno, yo...

—Y es morena, ¿no? Bastante oscura, en realidad, a causa de su sangre mezclada. Admítelo, Wil, lo es.

Por lo visto Fiona no se tomaba nada bien que la corrigieran.

Han se esforzó por evitar que la sorpresa asomara a su semblante. Tampoco era que fuese un entusiasta de la reina y su linaje, pero lo último que habría esperado era oír hablar así a un Bayar.

Fiona puso los ojos en blanco.

—No entiendo qué ve en ella mi hermano. Sin duda tú tienes más criterio para juzgar a las mujeres.

Sonrió a Wil, dándole vueltas al amuleto, y Han comprendió por qué el joven mago estaba prendado de ella.

Wil se sonrojó.

—Sólo opino que deberíamos mostrar cierto respeto —susurró, inclinándose hacia ella de modo que el sargento no alcanzara a oírlo—. Es la heredera al trono Lobo Gris.

Bailarín hizo avanzar su cabalgadura, confiando en cruzar la frontera mientras los magos seguían enzarzados en su discusión. Han hincó las rodillas en los costados de *Ragger* y lo siguió, manteniendo la cabeza gacha y mirando hacia otro lado. Ya habían pasado ante los magos, entrado en la puerta y casi escapado cuando...

—¡Eh, vosotros dos! Un momento.

Era Fiona Bayar. Han maldijo para sus adentros, y acto seguido adoptó una expresión de hombre corriente. Se volvió en la silla y vio que la maga lo miraba fijamente.

—¡Mírame, chico! —ordenó Fiona.

Han la miró directamente a los ojos azul porcelana. El amuleto crepitó entre sus dedos, y algún espíritu maligno le hizo levantar el mentón y decir:

—Ya no soy un chico, lady Bayar.

Fiona se quedó petrificada, mirándolo de hito en hito, sujetando las riendas con una sola mano. La larga columna de su cuello se le movió al tragar.

—No —dijo ella, humedeciéndose los labios con la lengua—. No eres un chico. Y tampoco tienes acento de cabezacabriza.

Wil se aproximó y le tocó a Fiona el brazo, como queriendo reclamar su atención.

—¿Conoces a este..., comerciante, Fiona? —preguntó con manifiesto desdén.

Pero Fiona siguió mirando a Han.

—Vas vestido como un comerciante —susurró, casi para sí misma—. Llevas atuendo de cabezacabriza y no obstante tienes aura.

Han se miró de reojo y vio, para su horror, que el resplandor mágico que emanaba de él era espantosamente innegable, incluso a la media luz de la tarde. En todo caso, era más brillante de lo usual; el poder relumbraba bajo su piel como el sol en el agua.

Pero se suponía que el amuleto debía sofocarlo, absorberlo.

Quizás, en momentos problemáticos, emanaba más magia de la que el talismán podía absorber.

—No es nada —dijo Bailarín enseguida—. Es por manejar objetos mágicos en los mercados de los clanes —explicó—. A veces ocurre. Pero no dura.

Impresionado, Han le guiñó el ojo a su amigo. Bailarín había desarrollado un gran talento para distraer a la autoridad, como dirían en el Mercado de los Harapos.

Bailarín agarró la brida de *Ragger*, tratando de tirar del caballo para que avanzara.

—Bueno, aunque nos encantaría quedarnos y resolver acertijos de hechicería, tenemos que seguir adelante si no queremos dormir en el bosque.

Fiona hizo caso omiso de Bailarín. Seguía mirando fijamente a Han con los ojos entornados y la cabeza ladeada. Respiró hondo y se puso aún más tiesa.

—Quítate el gorro —le ordenó.

—Respondemos ante la reina, hechicera. No ante ti —dijo Bailarín—. Vamos, Caza Solo —gruñó.

Han mantuvo los ojos clavados en Fiona sin soltar el amuleto. La piel le hormigueaba mientras la magia y el desafío se propagaban en él como coñac. Despacio, deliberadamente, cogió el gorro con la mano libre, se lo quitó y sacudió el pelo. El viento que bajaba a través del Paso de los Pinos de Marisa se lo revolvió, apartándoselo de la frente.

—Lleva este mensaje a lord Bayar —dijo Han—. Manteneos alejados de mi camino o toda vuestra familia caerá.

Fiona se quedó mirándole. Por un momento pareció que hubiese perdido el habla. Finalmente dijo con voz ronca:

—Alister. Eres *Pulseras Alister*. Pero..., eres mago. Es imposible.

—Sorpresa —dijo Han. Irguiéndose en los estribos, agarró el amuleto con una mano y extendió la otra. Sus dedos se retorcieron echando una maldición como si tuvieran vida propia, y palabras mágicas brotaron espontáneamente de su boca.

El camino se hinchó y reventó al surgir de la tierra un seto de espinos que formó un muro de púas entre Han y Bailarín y los otros magos. En cuestión de segundos alcanzó la altura de la cruz de los caballos.

Asustado, Han soltó el amuleto y se limpió la mano frotándola contra sus mallas como si así pudiera borrar los indicios de magia. La cabeza le daba vueltas, pero enseguida se le aclaró. Miró a Bailarín, que contemplaba a Han como si no diera crédito a sus ojos y oídos.

La lengua de Fiona finalmente se soltó.

—¡Es él! ¡Es *Pulseras Alister*! ¡Intentó matar al Gran Mago! ¡Detenedlo!

Nadie se movió. El muro de espino seguía creciendo, extendiendo sus ramas

hacia el cielo. Los chaquetas azules miraban boquiabiertos al mercader, que se había convertido en un presunto asesino que hacía crecer setos de espinos de la nada.

Bailarín abrió el brazo, lanzando espirales de llamas en todas direcciones. El seto humeó y de pronto se encendió. *Ragger* se encabritó, tratando de derribar a Han. Los guardias se tumbaron cuerpo a tierra, tapándose la cabeza y gimiendo de miedo.

Han golpeó con los talones los ijares de *Ragger* y el espantado caballito salió de estampida a través de la puerta, seguido de cerca por Bailarín, que iba agachado sobre los lomos de su cabalgadura con el pelo al viento. Delante de ellos, los viajeros se apartaban de su camino, saltando a las cunetas de ambos lados del camino. Detrás de ellos, Han alcanzaba a oír órdenes gritadas y atronadoras trompetas.

Crepitaron las ballestas; los guardias disparaban a ciegas por encima de la puerta fortificada. Han pegó la cabeza al cuello de *Ragger* para resultar un blanco más difícil.

Fiona gritó:

—¡Prendedlo vivo, idiotas! ¡Mi padre lo quiere vivo!

Después de eso ya no hubo más ballestas, lo que fue una bendición porque el camino entre la frontera y Delphi era ancho y ascendía levemente. Una vez que sus perseguidores saltaran o rodearan la barrera de Han, él y Bailarín serían blancos bastante fáciles.

Han se volvió a tiempo de ver a Fiona abrir un agujero a través del seto en llamas. Los dos magos lo cruzaron de sopetón, seguidos por tres poco entusiastas guardias montados. Probablemente, los chaquetas azules no albergaban deseo alguno de enfrentarse con alguien capaz de lanzar fuego y espinas.

—Aquí vienen —gritó Han, instando a *Ragger* a correr más.

—Supongo que han decidido cruzarse en tu camino —respondió Bailarín a voz en cuello.

Han sabía que Bailarín tendría mucho que decirle después. Si es que había un después.

Los magos ya estaban ganando terreno, acortando distancias. Al final los alcanzarían: con aquel amplio camino y sus veloces caballos de las llanuras llevaban las de ganar. Era imposible que él y Bailarín vencieran a dos magos mejor entrenados que ellos. Por no mencionar a todo un pelotón de casacas azules.

«¿Cómo se te ha ocurrido hacer eso?», se dijo Han a sí mismo. Por más defectos que tuviera, la estupidez no era uno de ellos. Quizá fuese tentador enfrentarse a Fiona Bayar, pero nunca involucraría a Bailarín por una rencilla en un combate que estaba abocado a perder.

Han recordó la magia que había sentido correr por sus venas como una bebida destilada. Y como una bebida destilada, le había hecho perder la cabeza. Probablemente porque no sabía lo que estaba haciendo. Sujetando las riendas con más fuerza, se resistió a agarrar el amuleto otra vez.

—Tenemos que salir de este camino —gritó, escupiendo polvo—. ¿Hay algún

sitio donde podamos desviarnos?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —contestó Bailarín, gritando a su vez. Miró hacia delante, entrecerrando los ojos para protegerlos del sol poniente—. Ha pasado mucho tiempo. —Siguieron galopando cosa de un kilómetro más, y entonces Bailarín gritó —: Oye, ahí arriba hay un sitio donde quizá los podamos despistar.

El camino de Delphi seguía el curso de un arroyo de agua clara, compartiendo el valle cavado a través de las Montañas de los Espíritus del sur. Bailarín miraba hacia el lado izquierdo, buscando un punto de referencia. Han cabalgaba a su lado, corriendo como alma que lleva el diablo.

—Aquí cerca, el arroyo de Kanwa Creek gira al oeste y la carretera sigue hacia el sur —dijo Bailarín—. Podemos desviarnos y seguir el arroyo y a lo mejor nos libramos de ellos. Es un cañón muy estrecho, rocoso y empinado. Hecho para caballos pequeños, no para caballos de las llanuras. Busca una roca con forma de oso dormido.

Más valía que el desvío no quedara lejos. Como el ruido de sus perseguidores iba en aumento, Han se volvió y vio que tenían a los dos magos a sólo tres o cuatro cuerpos de caballo detrás de ellos. Cuando Fiona vio que Han los miraba, se irguió en los estribos y soltó las riendas. Palpándose el cuello, extendió la otra mano.

Una llamarada salió disparada hacia Bailarín. De no haber ido Fiona cabalgando, quizás hubiese dado de lleno en el blanco.

Por suerte, sólo chamuscó la grupa de *Wicked*. El animal relinchó y giró bruscamente a la izquierda, chocando con *Ragger*, y por poco los hace salir a todos del camino.

Han hizo lo posible para que su cabalgadura no se cayera mientras Bailarín tiraba de las riendas para enderezar la cabeza de *Wicked*.

El mensaje estaba claro: Fiona Bayar quería a Han con vida, pero Bailarín era blanco legítimo.

Han desenvainó su espada, esperando hallar a sus perseguidores encima de ellos. Al volverse le sorprendió ver a Fiona y Wil rezagándose, esforzándose por recuperar el control de sus caballos encabritados. Los casacas azules se amontonaban detrás de ellos, procurando no chocar con los dos magos. Al parecer, sus monturas purasangre no estaban entrenadas para llevar a la grupa jinetes que lanzaban llamas.

—¡Ahí está! —exclamó Bailarín, señalando una enorme roca granítica que interceptaba buena parte del camino, estrechándolo por la izquierda. Ciertamente, parecía un oso dormido con la cabeza apoyada en las zarpas. Como si reconociera en ella un santuario, *Wicked* echó a correr más deprisa, seguido de cerca por *Ragger* y Han.

Los casacas azules y los magos debían de haberse organizado porque Han oía de nuevo a los caballos que retumbaban tras ellos.

Han y Bailarín rodearon el promontorio rocoso y sus perseguidores los perdieron de vista un rato. Justo al otro lado, el terreno caía vertiginosamente en una sucesión

de empinadas terrazas de roca. El arroyo de Kanwa Creek se precipitaba en una serie de cascadas entre escarpadas paredes de roca hasta desaparecer en el abismo. El rugido del agua resonaba en el cañón.

—¿Pretendes bajar por aquí?

Han miró en derredor en busca de una alternativa. *Ragger* era su primer caballo, y no quería dejarlo cojo en la primera semana de expedición. Por no mencionar la posibilidad de que tropezara y ambos cayeran de cabeza al precipicio.

Bailarín instó a *Wicked* a bajar la primera pendiente sembrada de piedras.

—Ya he pasado por aquí otras veces. Prefiero arriesgarme con Cañón del Kanwa que con lady Bayar.

—De acuerdo —dijo Han—. Pasa tú delante, ya que puedes avanzar más deprisa. Ya te alcanzaré.

Han razonó que sería menos probable que Fiona disparase si él iba en la retaguardia.

Lo bueno era que a nadie se le ocurriría pasar por allí si tenía otra opción. Sobre todo a lomos de caballos del llano.

Bailarín y *Wicked* desaparecieron cuesta abajo tras una curva del cañón, descendiendo deprisa y temerariamente. Bailarín y su caballo llevaban juntos dos años. Han dio rienda suelta a *Ragger* y dejó que siguiera a *Wicked* a su ritmo, reprimiendo la tentación de espolearlo. Han quería perderse de vista antes de que los magos rodearan la roca del oso dormido y comenzaran a lanzarles llamas desde lo alto.

*Ragger* elegía con buen pie su camino por el empinado cañón, lanzando piedras al vacío. El animal se arrimaba tanto a la pared de piedra que Han se rasguñó la rodilla derecha con la roca, rasgándose las mallas y la piel.

Cuando alcanzaron el nivel del arroyo, él sorteó una serie de cascadas y luego chapoteó agresivamente a través de las aguas someras, ansioso por adelantar a su rival.

Han se volvió y miró hacia arriba. En lo alto del cañón vio a dos jinetes; sus auras de mago los enmarcaban contra el cielo. Estaban discutiendo; sus voces airadas le llegaban a través del cañón.

Han supuso que Fiona insistía en perseguir a Han y Bailarín cañón abajo, y que Wil se oponía.

«Buena suerte, Wil», pensó Han, y espoleó a *Ragger* con los talones.

Bajaron unas pocas gargantas empinadas más, pasando por salientes tan estrechos que dieron a Han la sensación de estar pisando el aire. «No mires abajo», pensó, manteniendo los ojos clavados en el sendero. Avanzaban con una lentitud frustrante si se comparaba con lo que habrían recorrido en el camino.

Han volvía la vista atrás a menudo, pero no vio ni oyó a sus perseguidores. Al cabo de varias horas se detuvieron en un prado para abreviar los exhaustos caballos. El sol se había ocultado tras las altas cumbres, la penumbra de debajo de los árboles



devino más densa y volvió a hacer frío pese a que se encontraban a mucha menos altitud. Han no tenía ningunas ganas de seguir el sendero a oscuras.

No importaba. Habían cruzado la frontera y, al menos por el momento, parecían haberse librado de sus perseguidores.

Han se tumbó bocabajo y con las manos ahuecadas bebió agua del arroyo.

El agua era clara y estaba muy fría.

—¿Qué te ha cogido en la frontera? —inquirió Bailarín, poniéndose en cuclillas a su lado y hundiendo la cantimplora en el arroyo para llenarla—. Ya casi teníamos vía libre y has tenido que echarlo todo a perder. ¿Cruzar la frontera sin que te reconocieran no era lo bastante emocionante para ti?

Han se secó la boca con la manga y se sentó de nuevo sobre los talones.

—No sé por qué lo he hecho. No sé explicarlo.

—¿No podías dejarte puesto el gorro?

Bailarín volvió a poner el tapón de corcho a la cantimplora y se echó agua a la cara para limpiarse el polvo del camino.

—Ha sido como si el amuleto produjera una reacción de poderes —dijo Han—. No sé si hay algo malo en la magia que le doy o si es porque no sé lo que me hago.

Maldito por el demonio, había dicho su madre. Quizá fuese verdad.

Pese a que en general era de trato fácil, Bailarín no había terminado. De hecho, apenas había comenzado.

—¿No podías mantener la boca cerrada? A partir de ahora voy a llamarte Glitterhair.<sup>[1]</sup> O Talksalot.<sup>[2]</sup>

—Lo siento —dijo Han. No tenía más que decir. Era lógico que Bailarín estuviera enfadado. Había sido una proeza insensata e innecesaria. Bailarín nunca había visto ese lado de él. Era como si hubiese regresado a su época de señor de la calle de la banda de los harapientos, con toda su pulsión de muerte.

—¿Dónde aprendiste a lanzar sortilegios? —insistió Bailarín—. Me habías dicho que no sabías nada de magia. Ni siquiera sabías que eras mago hasta hace un par de semanas. Yo he intentado enseñarte lo poco que sé, y luego vas tú y haces un seto de espino de la nada. Quizá tendrías que enseñarme tú a mí.

—No sé cómo lo he hecho —admitió Han—. Simplemente ha ocurrido. —Seguro que Bailarín pensaba que le ocultaba cosas, que no quería compartir con él todo lo que sabía. Visto que Bailarín no decía nada, Han agregó—: Yo tampoco sabía que supieras lanzar llamas.

—Porque no sé —repuso Bailarín, con la voz invadida por el sentimiento de traición—. Me sale sin querer cuando tengo mucho miedo.

Se levantó, se sacudió el polvo de las mallas y se marchó a atender a los caballos.

Han sacó el amuleto del cordón y le dio vueltas con las manos, examinándolo en busca de claves. Tenía que aprender a controlarlo. De lo contrario, no había garantía de que aquello no volviera a suceder.

Ahora los Bayar sabían que era mago y que se dirigía hacia el sur. Al menos no

sabrían qué se proponía ni adónde iba. A Han le gustó bastante la idea de que los Bayar estuvieran preocupados, preguntándose dónde volvería a aparecer y qué haría cuando lo hiciera.

## Un otoño húmedo

Raisa tiritaba y se arrebujó en la capa de lana. Empapada de lluvia y glaseada de hielo, seguramente pesaba más que ella misma. Se acercó más al fuego, extendiendo las manos heladas. La tela mojada comenzó a soltar vapor.

Acaso si se sentase literalmente encima de las llamas volvería a entrar en calor. Ya olía como un cordero mojado asándose sobre las brasas.

Habían tardado una semana en cruzar las tierras altas que mediaban entre el Campamento Demonai y la Muralla Occidental. Una semana de tiempo glacial y tempranas nevadas otoñales, de acurrucarse apiñados en las tiendas mientras el viento bramaba fuera. Raisa había supuesto ingenuamente que el tiempo mejoraría cuando descendieran hacia Leewater, el océano del oeste que no había visto jamás.

Pero se había equivocado. Las primeras nevadas de las tierras altas se convirtieron en aguanieve y chubascos gélidos; implacables tormentas que volvían peligrosos los caminos. Llevaban una semana acampados en aquel desdichado lugar. Habían plantado las tiendas en un pequeño cañón que los protegía de las peores arremetidas del viento, y aguardaban a que el tiempo escampara.

Habría sido más fácil viajar siguiendo el valle del río Dyrnne, que discurría a través de una brecha de las Espíritus desde la Marca de los Páramos hasta la Muralla Occidental. Pero en el camino fácil era demasiado probable que los interceptaran.

—¿Lady Rebecca?

Raisa tardó un momento en darse cuenta de que se dirigían a ella. Cuando levantó la vista, vio que la cadete Hallie Talbot le alcanzaba un tazón de té.

—Llámame Morley —dijo Raisa automáticamente, aceptando el té. Tomó un sorbo de líquido caliente. No debería permitir que Hallie la atendiera, pero decir que no requería más fuerzas que las que le quedaban.

Rebecca Morley era su alias, adoptado para ocultarla de quienes daban caza a la princesa heredera de los Páramos, huida. Los demás Lobos Grises creían que era hija de la pequeña nobleza y que sus padres habían pagado un soborno para que ingresara en la academia militar de Vado de Oden. Nadie sabía quién era realmente salvo su amigo Amon Byrne.

Al principio del viaje, Raisa había pedido a Hallie que le cortara el pelo para cambiar de imagen. La cadete la complació, sirviéndose de su puñal. La destreza de Hallie como peluquera dejaba mucho que desear. El resultado fue un corte desigual que le llegaba al lóbulo de la oreja por un lado y al mentón por el otro.

El cabello de Raisa siempre había sido un atributo que alimentaba su vanidad; largo y abundante, una masa ondulada que le caía casi hasta la cintura. Era su rasgo

físico sobresaliente. Cerró los ojos y alargó el cuello, recordando cómo solía peinarla Magret con un cepillo de cerdas de jabalí...

—Estaríais más caliente y seca en vuestra tienda, mi..., Morley —dijo Hallie, irrumpiendo en sus pensamientos otra vez—. Aquí cogeréis una pulmonía.

Raisa se contuvo de replicar secamente. En el campamento parecía que siempre estuvieran unos encima de los otros. Todo era difícil, desde encender un fuego hasta usar el retrete. El aburrimiento y la falta de intimidad los volvían a todos irritables.

Bueno, al menos volvía irritable a Raisa. Los demás se lo tomaban con calma.

—Si paso más tiempo contemplando cuatro paredes de lona me volveré loca —gruñó Raisa.

Al principio había compartido tienda con Amon, Mick Bricker y Talia Abbott. Dormían tres por tienda, con Raisa como cuarta dado que era la que estaba de más. Era lo justo en un pelotón de nueve más uno. Resultaba apretujado pero acogedor.

Entonces se despertó en plena noche y se encontró acurrucada contra Amon, abrazándole el pecho, con la nariz hundida en su camiseta de lana. De niños habían dormido así cientos de veces.

Esta vez era diferente. Raisa cobró conciencia de golpe al percibir y reconocer el olor corporal, el latido del corazón debajo de su brazo, el cuerpo rígido de Amon. Amon estaba tendido boca arriba, quieto como una piedra, como si ella fuese una víbora que pudiera atacarlo si se movía. Yacía pegado a la pared de la tienda, con los ojos abiertos, los puños cerrados, la frente perlada de sudor. Respiraba deprisa y en modo superficial, como si le doliera algo.

Cuando Amon vio que estaba despierta, se zafó y salió de la tienda.

Después de hacerlo, cambió a Mick por Hallie y se trasladó a otra de las tiendas, dejando juntas a las tres guardias femeninas.

No era que se hubiese arrojado a él a propósito. No era como si le hubiese atacado.

Amon era inconsecuente. La mitad del tiempo insistía en que ella actuara como cualquier otro soldado, la otra mitad dictaba normas especiales que sólo se aplicaban a ella. Raisa nunca salía a patrullar y nunca montaba guardia sola. A los demás les dijo que era porque se trataba de una cadete de primer año y que ellos tenían más experiencia. Se había convertido en la peor clase de bravucón.

Tenían un montón de comida, pero era asquerosa: galletas duras y carne seca de origen desconocido, queso que se enmohecía con la humedad. Las frutas y frutos secos no estaban mal, pero comían más cantidad de la que Raisa podía tolerar. A mediodía, si no se terminaba su ración, Amon le daba la lata hasta que se la comía.

—Estás perdiendo peso, Morley. Aquí arriba necesitas protegerte del frío. En cuanto comencemos a movernos, tendrás que seguir el ritmo. No quiero que te desmayes por haber comido poco. Nadie va a llevarte aunque seas toda piel y huesos.

Y así sucesivamente.

¿Y qué si perdía peso? A cualquiera le pasaría en aquellas circunstancias.

Entrenaban cada mañana. Caminaban kilómetros describiendo un amplio círculo alrededor del campamento, hiciera el tiempo que hiciese. Amon designaba cada día a alguien para que midiera fuerzas a la espada con Raisa, para trabajar en su postura, su resistencia, su forma física. Todos cumplían su turno excepto Amon Byrne. Seguramente sabía lo desigual que sería el enfrentamiento.

Aun así, los asaltos siempre resultaban humillantes. Y agotadores. Todos los miembros de la Manada de Lobos tenían un alcance superior al suyo. Podían mantenerse alejados con total seguridad y arrearle a su antojo, golpearla con la parte plana de la hoja mientras la mantenían en danza sin parar. Era como tener ocho hermanos y hermanas mayores que se metieran con ella todo el tiempo.

—Si vas a ser cadete —le decía Amon—, competirás contra personas que practican esgrima desde que aprendieron a agarrar un palo.

Personas como Amon, que siempre había sabido que sería soldado como su padre.

Quizá quería entrenarla lo suficiente para agotarla, para hacerle renunciar a la idea de ocultarse entre los guerreros cadetes de Casa Wien. La idea de Byrne era que permaneciera en el recinto del monasterio, enclaustrada con los novicios, trabajando en el jardín, leyendo y estudiando tratados de curación y haciendo labores de aguja con los oradores.

Allí sería más difícil que la reconocieran estudiantes de su tierra. Pocos fellsianos acudían a la Escuela del Templo de Vado de Oden. Había escuelas igual de buenas cerca de casa.

Raisa sabía que mezclarse con los demás estudiantes era temerario, pero había aceptado ese riesgo. Ya había pasado suficiente tiempo en un claustro. Quería aprender cosas del mundo real.

Raisa dejó su tazón encima de una roca, se abrazó las piernas enfundadas en pantalones y apoyó la barbilla en las rodillas.

¡Dulce Hanalea encadenada!, qué harta estaba de todo aquello.

Hallie estaba de guardia en el campamento. Talia Abbott estaba patrullando, buscando posibles problemas en un radio de cinco kilómetros. Todos los demás se apiñaban dentro de las tiendas. Excepto Amon, que había desaparecido como de costumbre.

Amon usaba el nombre de Morley como un palo para mantenerla a distancia. Para enterrar el recuerdo de la infancia que habían pasado juntos, terminando sus frases respectivas, usando sus activos y talentos para apoyarse y defenderse mutuamente.

Aquel Amon más joven le había enseñado a resistir los embates del mundo material, duro y alborotado de fuera de la corte. Le había enseñado las habilidades que su madre había descuidado: montar a pelo, tirar con el arco y una agresiva y peligrosa forma de fútbol que se jugaba a caballo. Le había enseñado juegos de taberna: dardos, naipes y dados.

Amon había sido el conducto a través del cual las habilidades que él aprendía de

su padre y sus primos mayores y en las calles de Fellsmarch se transmitían a Raisa. Entrenaban con espadas de madera. Le enseñó a lanzar el puñal y a afilar una hoja de verdad. Cuando Raisa cumplió doce años, le enseñó a dejar fuera de combate a un oponente en una pelea callejera en cuanto él mismo lo aprendió.

Raisa tenía sus propias habilidades para contribuir a sus empresas infantiles. Como es natural, la gente respetaba su linaje, otorgándole una autoridad que no siempre poseía. Con Raisa al frente, podían conseguir cualquier cosa.

«Pues claro que tenemos permiso para montar solos —le decía al mozo de cuadra con despreocupada confianza—. Ensilla a *Defuils spawn* y a *Thunderheart*. Sí, esos dos. Sí, la reina está de acuerdo. ¿De verdad quiere molestarla?»

»Por supuesto que Amon está invitado a la fiesta, autorizado a comer en la cocina, a elegir armas del arsenal real, a montar el caballo que quiera».

Tuvieron suerte de sobrevivir a su fama. Y lo pasaron en grande.

Luego Amon cumplió trece años, la edad en que un guerrero cadete era enviado a Casa Wien, la academia militar de Vado de Oden. Raisa se había marchado al Campamento Demonai para educarse con la familia de su padre. Habían estado separados más de tres años.

Amon había regresado a Fellsmarch a los diecisiete, alto, delgado y apuesto, una atractiva combinación de soldado de mucho mundo y amigo de familia. Ahora Raisa quería que le enseñara otras cosas, o aprenderlas junto a él, pero Amon se mostraba poco dispuesto a colaborar. Unos pocos besos tentativos: eso fue lo máximo que hicieron. Al principio él parecía interesado, pero ahora...

No había ninguna posibilidad de que llegaran a casarse. La madre de Raisa había dejado claro que no aprobaría ningún devaneo con un oficial de la Guardia. ¿Era eso lo que hacía que Raisa estuviera tan obsesionada con él? ¿O era porque estaba acostumbrada a conseguir todo lo que quería?

Eso no podía ser. La amenaza de un matrimonio forzoso con un mago la había enviado al exilio. Un matrimonio que violaba el Náeming, el acuerdo que había puesto fin a las guerras entre los magos y los clanes. Había días en los que parecía que a nadie le costara tanto conseguir lo que quería como a la princesa heredera de los Páramos.

Aun así, el corazón de Raisa latía más deprisa cada vez que estaba cerca de Amon Byrne. Se fijaba en todo lo que hacía él; la manera de moverse, la manera de estar montado en un caballo, la manera en que ladeaba la cabeza y se mordía el labio cuando trataba de resolver un problema, la manera en que al final de la jornada se rascaba la incipiente barba.

Cada vez que Amon dirigía sus ojos grises hacia ella, la sangre le corría alocadamente por las venas, calentándole todo el cuerpo..., a no ser que estuviera discutiendo con él. Cosa que últimamente hacían muy a menudo. A veces parecía que la provocara adrede.

Y ahora la estaba evitando. Raisa estaba convencida. Amon se marchaba del

campamento casi a diario durante varias horas.

Ella no sabía adónde iba, pero no podía dejar de pensar que lo hacía a causa de ella. Raisa estaba inquieta y cansada de pasar el rato sentada, muerta de frío.

En la corte parecía que nunca tuviera tiempo para pensar. Allí pensaba demasiado. Daba vueltas a las cosas como un perro royendo un hueso.

«Quizá te considere una amiga —especuló—, y no quiere estropear esa amistad convirtiéndola en algo más.

»Bueno, sois amigos, pero últimamente apenas te habla.

»O a lo mejor está interesado pero te ve inalcanzable. Tiene miedo de dar un paso y verse rechazado o humillado.

»O tal vez sea el condenado honor de los Byrne lo que se está interfiriendo. Te encuentra atractiva pero sabe que vuestra relación no tiene futuro, de modo que no va a involucrarse.

»Lo que ocurre es que no sabe cómo decirlo. Nunca se le ha dado bien hablar».

Raisa estaba acostumbrada a hablar consigo misma. No era como la veleidosa Missy Hakkam, que soñaba con cada oficial que veía de uniforme y se imaginaba matrimonios con petimetres de rancio abolengo con grandes palacios y diminutos cerebros.

«Me voy a buscarlo —pensó Raisa—. Hablaremos con franqueza, sin lágrimas ni dramatismo, y solucionaremos esto».

Pero tenía que hallar la manera de escabullirse sola.

—Me parece que voy a descansar un rato en mi tienda —le dijo a Talbot.

Hallie gruñó indicando aprobación y añadió un tronco al fuego.

Raisa dejó el tazón vacío allí donde estaba, entró a gatas en la tienda, que sólo estaba una pizca más caldeada que el exterior. Buscó la vaina de su espada y se la ató. Agachándose en la parte trasera de la tienda, lanzó la espada por la abertura del toldo impermeable. Luego se tumbó boca arriba y se arrastró por debajo de las lonas de la pared posterior hasta el exterior lluvioso.

Una vez de pie, envainó la espada. Manteniéndose detrás de las tiendas, fue hacia la entrada del cañón hasta que alcanzó la tienda del retrete, que estaba un tanto alejada de las demás. Aguardó hasta que Hallie estuvo distraída amontonando troncos, y entonces se escabulló entre los árboles hasta salir del cañón.

Raisa había aprendido a seguir rastros con los guerreros Demonai. Inspeccionó el suelo hasta localizar una huella de bota medio helada entre las hojas amontonadas. Más allá, otra, donde el agua se encharcaba y congelaba. Descubrió el sendero que habían trillado en la nieve medio derretida del suelo las idas y venidas de Amon.

Raisa le siguió la pista, secándose la lluvia de la cara y quitándose escarcha de las pestañas. El sendero discurría durante un rato junto a un riachuelo de agua clara medio congelada, y luego torcía bruscamente hacia el oeste para subir hasta un prado. Raisa se detuvo a escrutar entre los árboles que bordeaban el prado.

Amon estaba en medio del prado, en bombachos y camiseta. El cinto de la espada

y el resto de su equipo estaban ordenadamente apilados en un extremo del campo.

Sujetaba una vara con las dos manos y se movía sin parar, agachándose, retorciéndose, dando vueltas, la vara, un sibilante borrón al blandirla sobre la cabeza, echarla hacia delante, levantarla y rozar con ella el suelo. Era una danza complicada, y saltaba a la vista que llevaba un buen rato practicándola. Tenía el rostro perlado de sudor y mechadas de pelo oscuro mojado pegadas en la frente. La piel emanaba vapor en el aire glacial.

Raisa se quedó contemplándolo, observando los músculos tensos del pecho y los brazos, y todas sus buenas intenciones se le olvidaron por completo. Amon era hermoso e infalible, y no estaba nada cohibido. Seguía entrenando como si hubiese decidido agotarse. No daba la impresión de estar disfrutando. Más bien parecía cumplir un castigo. Desde donde estaba escondida, Raisa oía la aspereza de su respiración.

En nombre de Nuestra Señora, ¿cómo era posible que no llevara guerrera? Raisa comenzó a tiritar, pues el frío penetraba más adentro ahora que había dejado de moverse.

Permaneció inmóvil un rato más mientras perdía todo el coraje. Eso de espiarlo estaba mal. Fuera lo que fuese lo que estuviera haciendo, para Amon era un momento de intimidad. Ya encontraría otra ocasión para decirle lo que pensaba. Volvería al campamento, entraría a hurtadillas en su tienda y aguardaría allí hasta que él regresara.

«Eres un cobarde», pensó.

Pero antes de que hubiese dado un paso, Amon hizo una pausa en medio de una secuencia, con la vara horizontal delante de él, se volvió y miró directamente hacia donde estaba escondida Raisa.

—¿Rai? —susurró.

¿Cómo lo sabía? Tímidamente, salió del bosque. Se quedaron mirándose de hito en hito a través de la extensión de hierba helada y arbustos desmochados.

—Venía a buscarte —dijo Raisa finalmente—. Me estaba preguntando qué hacías.

—¿Has venido sola? ¿Dónde está Hallie? —inquirió Amon, mirando en derredor como si la otra cadete también pudiera estar oculta en la maleza.

«Se supone que Hallie me está vigilando —pensó Raisa—. Para que luego me venga con que soy un soldado más».

—Me escabullí. Ella creía que estaba en mi tienda.

—No tendrías que haber venido. No es seguro que andes sola por aquí.

—Si no es seguro para mí, tampoco lo es para ti —repuso Raisa—. ¿No tienes frío?

—No, no tengo —dijo Amon, como si no se le hubiese ocurrido hasta entonces.

El silencio los envolvió de nuevo.

—Es impresionante. Lo que estabas haciendo —dijo Raisa—. ¿Cómo se llama?

Amon estudió el arma que tenía en las manos como si hubiese olvidado que



estaba allí. Parecía ausente, distraído.

—Me lo enseñaron los marismeños. Ellos lo llaman «varapalo». Sus varas están hechas de acacia; es muy dura, crece en los marjales. No usan armas de metal, pero una vara pesada es letal en manos de un maestro vareador.

Cerró la boca, como queriendo cortar el flujo de palabras; en un instante había hablado más que en un mes.

—¿Había marismeños en la academia? —preguntó Raisa, sorprendida—. ¿Fue allí donde lo aprendiste?

Amon negó con la cabeza.

—No. Pasé tres meses en los Álamos durante uno de mis cursos en Casa Wien. Mi patrocinador era Cadri, el señor de los marjales.

—¿Esto es lo que haces cada día cuando te marchas?

Amon titubeó antes de asentir.

—Más o menos. Me entreno..., en varias disciplinas. Ayuda a aliviar la tensión.

¿Tensión? Raisa lo miró entornando los ojos. Su vida allí era desdichada, cierto, con toda la lluvia y el hielo y el viento y la mala comida y demás. Pero, en opinión de Raisa, había más tedio que tensión. Casi deseaba que ocurriera algo emocionante para romper la monotonía y cortar el aburrimiento.

¿Le preocupaba realmente la posibilidad de un ataque? Parecía poco probable, pese a las advertencias de Amon. Todavía estaban en los Páramos, y el Campamento Demonai mantenía bien patrullada aquella zona. Además, ¿quién iba a aventurarse a salir con semejante tiempo si no era absolutamente necesario?

Quizá fuese tan sólo el estrés de saber que su padre contaba con él para mantener a salvo a la princesa; de no saber qué ocurriría cuando llegaran a Vado de Oden.

Hacía mucho tiempo que no se divertían. Raisa se quitó los guantes, los remitió dentro de su abrigo y fue a grandes zancadas hacia él.

Amon levantó la vara en horizontal, marcando una barrera entre ambos.

—Será mejor que regresemos al campamento —dijo, señalando en esa dirección con la cabeza.

Raisa se detuvo a dos palmos de él y lo miró a los ojos.

—Amon, ¿podrías enseñarme?

—¿Enseñarte qué? —preguntó él, entrecerrando los ojos.

—Esa danza de combate. A luchar con una vara.

Agarró la vara, resbalosa por el hielo. Quizá no se le diera bien el manejo de la espada, pero podría aprender aquello.

Amon negó con la cabeza.

—Pesa demasiado para ti.

—Carga tú con el peso. Muéstrame sólo los movimientos. Si da resultado, siempre podré conseguir una vara más liviana.

Raisa ya estaba comenzando a ver el resultado de usar la vara. Que fuese menuda no importaría tanto si contaba con una vara larga para mejorar el alcance y la

contundencia de sus golpes. Con una vara reforzada, podría vencer a un espada. Y el peso le fortalecería los músculos de los hombros y los brazos.

—Podrías hacerte daño —contestó Amon, que parecía mirar a todas partes menos hacia ella.

—No soy tan frágil —le espetó Raisa—. Y además procuraré no hacerte daño a ti. Amon carraspeó.

—Sólo digo que..., no es buena idea que nos enfrentemos.

—¿En serio? ¿Por qué no?

—Hazme caso, ¿de acuerdo?

Amon nunca había sido de los que se amedrentaban ante las chicas competentes. Y nunca se dejaba ganar en las competiciones físicas contra ella porque fuese una mujer. Igual que ella no le daba cuartel en aquellas áreas en las que sobresalía. ¿Acaso le enojaba que Raisa quisiera formar parte de su vida militar? Tal vez había sido un alivio para él estar lejos de ella, irse a Vado de Oden y vivir con personas menos exigentes.

—Soy más fuerte de lo que piensas —insistió Raisa. Tenía que serlo, después de tanta instrucción—. Oye, no es preciso que luchemos uno contra el otro. Probemos esto. —Pasó por debajo de la vara horizontal de modo que quedó en el círculo de sus brazos, entre él y la vara. Entonces le dio la espalda y agarró la vara con ambas manos, situándolas junto a las de Amon—. Ahora dame parte del peso y ensayemos algunos movimientos.

Amon soltó un prolongado suspiro de contrariedad. Y de resignación. Al cabo de un instante Raisa notó el peso de la vara en sus manos. Amon le hablaba al oído, y ella notaba su aliento cálido en el cuello.

—Gira a la derecha, blándela en alto, baja hacia el suelo, híncala al frente. Vuelve a girarte deprisa a la izquierda, ahora dobla la cintura.

Era como una extraña danza en la que no podías ver el rostro de tu pareja, sólo oír su voz. Resultaba sorprendentemente armoniosa, sujetos como estaban, conectados por el peso de la vara. Amon daba la impresión de poner mucho esmero en no chocar con ella. Sus brazos le presionaban los hombros, no obstante, y notaba el calor de su cuerpo en la espalda, quitándole el frío.

Raisa sólo oía el silbido de la vara, el crujido de la hierba helada al pisarla, el sonido de la respiración de ambos. Sentía un hormigueo en la piel, anticipando cada contacto entre ellos.

Poco a poco, Amon le fue dando más parte del peso. Raisa se esforzaba por mantener la vara en movimiento, inhalando aire frío en jadeos ásperos, sudando bajo sus gruesas ropas.

Entonces ocurrió. Resbaló sobre un trozo de hielo, Amon intentó seguirla, las piernas se les enredaron y ambos cayeron al suelo. Amon quedó encima de ella, pero se las arregló para apoyarse en los brazos y no aplastarla. Raisa oyó un chasquido cuando la vara aterrizó a cierta distancia. De modo que al menos no se golpearon a sí

mismos.

Raisa soltó una risita nerviosa y, al cabo, rió abiertamente, resoplando de regocijo, incapaz de liberarse.

—Somos una pareja peligrosa, Amon Byrne.

Le apretó el pecho con las manos y entonces reparó en que él no se estaba riendo. Sus ojos grises reflejaban frustración. Amon deslizó sus manos bajo la cabeza de Raisa y la besó, apretándola con fuerza contra el suelo helado. Ella le rodeó el cuello con las manos y correspondió al beso.

«Por Nuestra Señora —pensó—. Me encanta besar a Amon Byrne».

Entonces él se zafó de ella y se levantó.

—Por la sangre del demonio —dijo Amon, con el rostro ceniciento. Se agachó, como si estuviera enfermo—. Lo lamento, Vuestra Alteza. No podemos hacer esto.

¿Vuestra Alteza? Raisa lo miró pestañeando, pensando que era lo mejor que le había ocurrido en mucho tiempo. Pero justo entonces una voz los interrumpió.

—Apártate de la princesa heredera.

La frase coincidió con el susurro metálico de unas espadas al ser desenvainadas.

Raisa se volvió a toda prisa, desenvainando la espada a su vez, quedando en cuclillas. Una docena de jinetes había surgido de los árboles, todos vestidos con el uniforme de camuflaje de las patrullas de reconocimiento de la Guardia de la Reina. Uno de ellos llevaba un pañuelo de cabo atado al cuello. Su rostro le resultó familiar.

Amon escrutó el límite del bosque, donde estaban su espada y su ropa, pero uno de los guardias hizo girar a su caballo y cargó contra él, blandiendo un garrote enorme con un clavo en la punta.

—¡Amon! —gritó Raisa.

Amon saltó hacia un lado. El garrote no le dio en la cabeza pero le golpeó el hombro, haciéndolo caer al suelo.

Los demás guardias desmontaron. Dos de ellos asieron los brazos de Amon y lo pusieron de pie. La sangre que le manaba de la herida salpicaba el suelo helado.

El cabo hurgó en su costal y con mucho aspaviento sacó un pequeño retrato enmarcado. Miró el retrato y luego a Raisa, y asintió satisfecho antes de volver a guardarlo.

—Vuestro pelo es distinto, pero no cabe duda de que sois vos —dijo.

—¿Qué significa todo esto? —inquirió Raisa.

—Calmaos, Vuestra Alteza —dijo el cabo—. Ahora estáis a salvo.

—Ya estaba a salvo antes, cabo —dijo Raisa, dirigiéndose hacia Amon y sus captores, blandiendo la espada delante de ella. Sería una estupidez enfrentarse a una docena de hombres armados con una sola espada, pero la embargaba el deseo de atacar a alguien—. Es ahora cuando me siento en peligro. Liberad al cabo Byrne de inmediato y dadme una explicación.

—Hemos visto que el cabo Byrne os atacaba, Vuestra Alteza —dijo el oficial, lanzando una mirada de advertencia a sus compañeros de armas—. Quién se lo

hubiese figurado, siendo el hijo del Capitán de la Guardia de la Reina.

—No me estaba atacando —dijo Raisa—. Estábamos practicando defensa personal.

—No os preocupéis, Vuestra Alteza —prosiguió el cabo—. Sin duda os habéis llevado un buen susto al veros a merced de un miembro de vuestra propia Guardia. Pero nos aseguraremos de que no vuelva a haceros daño —agregó, con una sonrisa escalofriante.

De repente Raisa recordó dónde había visto al cabo antes.

Era Robbie Sloat, que había estado de guardia en la Cárcel Militar de Puente del Sur el día en que ella y Amon rescataron a los harapientos.

—Íbamos de camino al Campamento Demonai para ver si estabais allí, princesa —dijo Sloat—. Ahora ya no es preciso que vayamos.

Sloat gritó unas cuantas órdenes y los demás guardias recogieron la espada y el cinto con la daga de Amon y le ataron las manos a la espalda. Cogieron la espada de Raisa pero no se molestaron en registrarla ni en atarle las manos.

¿Cómo había terminado Sloat allí, tan cerca de la Muralla Occidental?

Fuera lo que fuese lo que anduviera haciendo allí, Raisa tuvo claro que tenían un problema serio.

Sloat se enfrentó a Amon, haciendo caso omiso de Raisa.

—Bien, cabo Byrne, me consta que no has venido a pie hasta aquí. ¿De dónde has venido? ¿Dónde están tus caballos y los otros que van contigo?

Amon no dijo nada, con el rostro severo y resuelto y una mirada tajante.

Sloat le dio un puñetazo en el vientre y Amon se dobló en dos, expeliendo el aire de un soplido. Tras un largo momento se puso derecho pero siguió sin decir nada.

—Cabo Sloat —dijo Raisa, que disfrutó al verle dar un respingo al oír que lo llamaba por su nombre—. Ya basta. Yo misma le diré lo que quiere saber.

—No, Vuestra Alteza —dijo Amon, negando con la cabeza—. No le contéis nada.

—Hemos traído a tres escuadrones con nosotros, son soldados de las Tierras Altas, leales a la dinastía —dijo Raisa, mirando a Sloat a los ojos—. Llegarán aquí de un momento a otro.

Sloat se rió con jactancia, pero aun así echó un vistazo en derredor.

Raisa insistió en su argumento.

—Cuando mi madre se entere de lo que habéis hecho, descubriréis qué significa venganza para una reina Lobo Gris.

Espoleado a hablar con franqueza por el susto, Sloat espetó:

—¿Ah, sí? Bueno, pues sabed que no vamos a llevaros ante la reina. Al menos no de inmediato.

—¿Qué? —Ahora le tocó a Raisa asustarse—. ¿Por qué no? ¿A qué viene todo esto?

Sloat sonrió.

—No debéis preocuparos, Vuestra Alteza. Vamos a llevaros ante el teniente

Gillen, y él dice que la reina no será ningún problema.

—¿Gillen? ¿Mac Gillen?

Aquél era el sargento de pelo grasiento y dientes rotos que había torturado prisioneros en la Cárcel Militar de Puente del Sur y amenazado con sentarla en el potro de tortura. ¿Por eso lo habían ascendido a teniente?

Los pensamientos se agolpaban en la mente de Raisa. Gillen estaba en Puente del Sur, ¿no? ¿Qué diablos podía tener que ver con...? Daba igual. Gillen era repugnante, pero sólo era el ejecutor. Sería otro quien moviera los hilos. Sloat debía de estar convencido de que nunca lo ahorcarían por ello, pues de lo contrario no le contaría tantas cosas.

Miró a Amon, ensangrentado y maniatado, con los brazos aún inmovilizados por dos guardias renegados que sin duda conocían su fama como luchador. Al ver su expresión resuelta y concentrada, Raisa comprendió que estaba buscando una manera, la que fuera, para dar la vuelta a aquella intolerable situación.

Sloat se puso los guantes.

—Muy bien, marchémonos de aquí —dijo—. Cabalgaréis conmigo, Vuestra Alteza.

Agarró a Raisa del brazo y tiró de ella hacia su caballo.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó uno de los guardias que sujetaba a Amon.

—Llevadlo al bosque y matadlo —dijo Sloat—. Nosotros vamos pasando.

—¡No os atreveréis! —dijo Raisa, forcejeando para zafarse.

—Pues va a ser que sí, Vuestra Alteza —respondió Sloat con una sonrisa burlona, agarrándole con fuerza la muñeca mientras saltaba a lomos de su caballo—. Veréis, el cabo Byrne enloqueció de deseo y secuestró a la princesa a la que debía proteger. Cuando nosotros intentamos rescatarlos, opuso resistencia y murió. Y vos mantendréis la boca cerrada porque no querréis que se sepa que teníais una aventura con un soldado.

Mostrándose complacido con la historia que acababa de sacarse de la manga, Sloat se agachó y tendió la otra mano con la intención de subir a Raisa a la silla para sentarla delante de él.

Cuando tuvo el rostro petulante de Sloat a su altura, Raisa tensó los dedos y se los clavó en los ojos, una técnica que Amon le había enseñado hacía un montón de años. Sloat aulló, cruzándole el rostro con un revés tan fuerte que Raisa cayó de espaldas al suelo, expeliendo todo el aire de los pulmones.

Raisa escupió sangre que le manaba de un labio partido. El cabo, todavía montado, se alzaba imponente sobre ella, frotándose los ojos, con la cara lívida de ira. Luego se enderezó, con los ojos saltones, la ira volviéndose pura sorpresa. Se palpó la espalda, se estremeció de nuevo, perdió el equilibrio y, al caerse del caballo, por poco aplastó a Raisa. Terminó con la cabeza y los hombros en el suelo y un pie atrancado en un estribo. Tenía dos flechas con las plumas negras clavadas en la espalda.

Flechas Demonai.

Se armó la trifulca. Los guardias se echaron cuerpo a tierra para ponerse a cubierto, incluso los captores de Amon, que lo abandonaron en medio del campo. Los caballos rompieron las sogas y se metieron en el bosque. Asustado por el cuerpo que tiraba de su estribo, el caballo de Sloat relinchó y pateó, y Raisa tuvo que rodar por el suelo hacia un lado y el otro para evitar que le diera una coz.

Tras cruzar el campo corriendo en zigzag, Amon se abalanzó contra el caballo de Sloat para que no arrollara a Raisa.

—¡Corre! —gritó, señalando hacia los árboles con la cabeza—. ¡Ponte a cubierto!

Constituía un blanco muy fácil, reteniendo con la espalda el caballo, de pie en medio del campo. Raisa se puso de pie de un salto y corrió agachada hacia Amon. Se sacó el puñal del cinto y cortó las cuerdas que le ataban las manos.

—Son Demonai —jadeó Raisa al oído de Amon—. Los arqueros. De nuestra parte.

Más flechas Demonai volaron trazando arcos sobre el prado, y otros dos guardias cayeron, uno con una flecha clavada en el cuello. El ataque aún daba más miedo porque los arqueros eran silenciosos, aparentemente invisibles.

Amon tiró de Raisa hasta el borde del bosque, donde la empujó contra un árbol.

—Quédate aquí —gruñó Amon. Recogió su vara y regresó al prado, blandiéndola contra los renegados que huían en todas direcciones.

—¡Amon! —gritó Raisa—. Ten cuidado.

No estaba segura de que los Demonai distinguieran a Amon del resto de los guardias.

Todo terminó en cuestión de minutos. Amon se encontró solo en medio del prado, respirando pesadamente. Todos los guardias habían caído, cuatro de ellos a manos de Amon y su temible vara.

Raisa apaciguó al asustado caballo de Sloat y arrancó del estribo la bota del guardia fallecido. En el límite del bosque, unas sombras se juntaron y vinieron hacia ellos, algunas arrastrando los cuerpos de los guardias que habían buscado cobijo entre los árboles. De pronto había media docena de Demonai en el prado, ataviados con sus casi invisibles capas de viaje.

Dos de ellos se encaminaron hacia Raisa. A uno, alto y con ojos de ave de presa, lo reconoció como el guerrero Reid Demonai, a quien llamaban Nightwalker. Llevaba la melena dividida en numerosas trenzas envueltas con hilos de colores. Raisa lo había conocido en Demonai, aunque no solía pasar mucho tiempo en el campamento. Era tan sólo dos años mayor que Raisa, pero ya era toda una leyenda, exaltado y mortífero, objeto de mucha especulación por parte de las chicas de los campamentos.

De hecho, él y Raisa habían vivido un breve romance durante su estancia en el Campamento Demonai, pero luego encontró que un romance con Reid conllevaba enfrentarse a diario con él, en una especie de guerra de egos.

La muchacha que lo acompañaba aparentaba tener más o menos la misma edad que Raisa y, gracias a sus largas piernas, se movía con una gracilidad natural que

Raisa le envidió de inmediato. Llevaba suelta su rizada cabellera negra, sin adornos de ninguna clase. Aunque vestía los colores Demonai y estaba armada, no lucía el amuleto de guerrera Demonai colgado al cuello.

—Comprueba si queda alguno vivo —dijo Reid a la muchacha, que se alejó para arrodillarse junto al guardia caído más próximo.

—Princesa Raisa, ¿qué tal va todo? —preguntó Reid con calma, como si hubiesen coincidido en los festejos de la cosecha.

Pero sus ojos lo delataron. Brillaban de entusiasmo y alegría. Con el rostro y la ropa salpicados de sangre de casacas azules, el guerrero Demonai parecía eufórico, lleno de júbilo por el reciente combate. A Nightwalker le gustaba demasiado el derramamiento de sangre.

—¿Te ha hecho daño la gente del Valle? —preguntó, reparando en su uniforme de cadete al mirarla de arriba abajo—. He visto que los guardias te golpeaban.

Alargó la mano y pasó el pulgar por la comisura de la boca de Raisa, y luego se secó la sangre en las mallas.

—Estoy bien, Nightwalker —dijo Raisa, que se lamió un dedo para frotarse la cara—. Te ruego que aceptes mi agradecimiento por el servicio prestado al linaje.

Reid inclinó la cabeza, aceptando el cumplido, sin quitarle los ojos de encima de una manera que la mayoría de las chicas encontraba irresistible.

Raisa percibió la presencia de Amon a su lado y se volvió. Había encontrado su guerrera y el cinto y los llevaba puestos.

La herida del hombro aún manaba sangre a través de la tela.

—Cabo Byrne, le presento a Reid Demonai, apodado Nightwalker —dijo Raisa—. El cabo Byrne es miembro de mi guardia personal —explicó a Reid.

—¿Hijo de Edon Byrne? —preguntó Reid. Cuando Amon asintió, Reid dijo—: Conozco a tu padre. Un hombre honesto del Valle —agregó, como si eso fuera algo insólito.

—¿Lleváis a un curandero con vosotros? —preguntó Raisa—. El cabo Byrne está herido.

—No será necesario, Vuestra Alteza —dijo Amon, inexpresivo—. No es grave. Reid desvió la mirada de Raisa a Amon.

—Has luchado bien, cabo —reconoció Reid—. Una vez que estabas..., libre.

La joven guerrera regresó tras haber concluido su inspección.

—Todos muertos —dijo.

—Lástima —repuso Reid—, me habría gustado que quedase al menos uno vivo para interrogarlo. —Ladeó la cabeza hacia la muchacha que estaba junto a él—. Os presento a Pájaro Cavador del Campamento de los Pinos de Marisa, aprendiz de guerrera. Hoy sus flechas han abatido a tres enemigos.

La muchacha inclinó la cabeza, sonrojándose.

«Pájaro Cavador es un caso grave de “Reid Demonitis”», pensó Raisa.

—Has luchado muy bien —dijo, sonriendo a la guerrera—. Estoy convencida de

que no tardarás en llevar el nombre y el amuleto Demonai.

—Gracias por acudir en nuestra ayuda —terció Amon, impulsado por su implacable sinceridad—. De no haber sido por vosotros, ahora estaría muerto y la princesa, cautiva.

Reid se encogió de hombros como si no tuviera importancia.

—Lo cual plantea una pregunta —prosiguió Amon—. ¿A qué se debe que estuvierais aquí?

—Patrullamos esta zona a menudo —dijo Reid—, en busca de magos e intrusos. La presencia de la Guardia en estos pagos viene siendo más bien escasa.

—Así pues, ¿no nos estabais siguiendo? —preguntó Amon.

Reid entornó los ojos. Los desvió un momento hacia Pájaro Cavador antes de volver a mirar a Amon.

—Bueno, sí. Os seguíamos.

Raisa sospechó que quizás habría mentido si la muchacha no hubiese estado presente.

—Os habríamos acogido con gusto en nuestra fogata —prosiguió Amon.

—Velábamos por la seguridad de la princesa heredera —admitió Reid sin presentar disculpas.

—Muy bien —dijo Amon—. Pues suerte que estabais aquí —dijo sin sonreír—. Deberíamos regresar al campamento —agregó, mirando a Raisa—. Es probable que a estas alturas Hallie os eche de menos, y más vale que sigamos viaje. El teniente Gillen quizá no ande lejos.

—Seríais bienvenida como huésped en el Campamento Demonai, Rosa Silvestre —dijo Reid, usando el nombre de clan de Raisa—. Nos alegraría ofrecer os escolta.

—Venimos de allí —dijo Raisa—. Nos dirigimos a la Puerta del Oeste. Voy a marcharme de los Páramos por una temporada, hasta que... arregle las cosas con la reina.

—¿Estáis segura de que eso es prudente? ¿Abandonar las Espíritus? —preguntó Reid, enarcando una ceja.

Raisa sintió un hormigueo de inquietud, el regreso de antiguos presentimientos.

—No es que quiera marcharme —dijo—. Es sólo que ahora mismo no me parece prudente quedarme.

—Podemos protegeros, Vuestra Alteza. Nadie os pondrá un dedo encima, en Demonai. —Sonrió y tocó el arco que llevaba en bandolera—. Nadie debería arrebatarnos vuestros derechos de nacimiento. Os insto a que aceptéis la protección de los clanes.

Raisa se mordió la lengua para no responderle con aspereza. Al fin y al cabo, Nightwalker acababa de salvarla de... Gillen, para empezar. Pero no le gustó la insinuación de que estuviera huyendo.

¿No era precisamente eso lo que estaba haciendo? ¿No debería quedarse y mantenerse firme? Cuando fuese reina, no podría eludir los conflictos.



Como Raisa no decía nada, Reid insistió, alentado por su silencio.

—Habida cuenta de los peligros que hay aquí arriba, las llanuras pueden parecer más seguras, pero eso es pura ilusión. Lejos de la protección de los campamentos, seréis vulnerable a los ataques de los asesinos de los llanos.

—Lo que me preocupa no es mi propia seguridad —espetó Raisa—. No tengo intención de iniciar una guerra. No nos lo podemos permitir ahora mismo. Destrozaría el país.

—Ya va siendo hora de dar una lección a los magos —dijo Reid—. No podemos seguir apaciguándolos mientras ellos pisotean...

—Si tuviera intención de apaciguar a los magos, a estas alturas ya estaría casada —interrumpió Raisa—. Protegeré la dinastía Lobo Gris, pero no elegiré entre mis padres. Dejaré que el tiempo enfríe los ánimos y que prevalezca el sentido común.

—Me parece a mí que la princesa Raisa ha dejado claras sus intenciones —dijo Amon—. Si no hay nada más, debemos regresar y levantar el campamento antes del anochecer.

Reid miró fijamente a Amon un largo momento. Luego se volvió hacia Raisa e inclinó la cabeza.

—Por supuesto, Vuestra Alteza. Sólo deseaba haceros saber que contáis con otras opciones. Naturalmente, será un honor escoltaros de regreso a vuestro campamento.

Se volvió en redondo hacia Pájaro Cavador, que seguía la conversación con sumo interés y no poca sorpresa.

«Es probable que hasta hoy nunca haya visto a nadie decir que no a Nightwalker», pensó Raisa.

—Agrupad a los caballos sueltos —ordenó Reid a Pájaro Cavador—. Buscad buenas monturas para la princesa Raisa y el cabo Byrne.

«A Reid Demonai le gustaría vivir una guerra —se dijo Raisa—. Ha nacido para ello».

## Delphi

«Las ciudades de montaña son todas diferentes», pensó Han.

Las ciudades de montaña son todas iguales.

La arquitectura se supedita a la geografía en una ciudad de montaña. En Delphi, las casas y los demás edificios se apiñaban como si hubiesen ido deslizándose por las laderas, formando un revoltijo en el espacio disponible a orillas del río.

Las casas construidas en una pendiente son engañosas: una planta en la parte trasera y cuatro en la fachada. A Han le recordaban elegantes chicas muy maquilladas que habían conocido tiempos mejores. Se apoyaban en la ladera de la montaña y extendían sus largas faldas hasta el fondo del valle, con las sucias enaguas en las alcantarillas. Las calles eran estrechas, tortuosas y adoquinadas; en las montañas la piedra era abundante y barata.

Apretujadas en la garganta rocosa del Kanwa, las calles se desviaban como un borracho en torno a los obstáculos más pequeños, a veces cambiando de dirección por completo. O eso le parecía a Han, aunque probablemente cualquiera que no conociera el Mercado de los Harapos habría pensado lo mismo.

Era noche cerrada cuando por fin descendieron a la ciudad. Una asfixiante cortina de humo espesaba el aire, exigiendo un esfuerzo adicional para respirar.

—Huele peor que Puente del Sur —dijo Han, arrugando la nariz. El hedor era diferente y, como mínimo, extraño.

—Aquí queman carbón para calentarse y cocinar —explicó Bailarín—. El humo se queda atrapado en el valle. En invierno es peor; los fuegos arden día y noche.

Había dinero en la ciudad. Entremezclados con tiendas, negocios y moradas más humildes se erigían palacios y casas de buena posición. Algunas de las casas ocupaban manzanas enteras, con fachadas de ladrillo y piedra tallada.

—Dueños de minas —explicó Bailarín—. Pero incluso los mineros ganan buenos salarios. La guerra de Arden ha atizado el mercado del hierro y el carbón, y los precios son altos. Lightfoot dice que a las gentes de Delphi no les importa el aire apestoso. Dicen que respiran dinero. Les ha permitido mantener su propio ejército y permanecer independientes tanto de Arden como de los Páramos.

A medida que se aproximaban al centro de la ciudad, las calles se iban atestando de viandantes y el bullicio hizo pensar a Han en Fellsmarch un día de mercado.

La multitud era variopinta; hombres y mujeres negros oriundos de Bruinswallow, ataviados con las holgadas vestimentas a rayas de los sureños. Isleños del Sur con su piel morena, intrincadas joyas y el pelo negro rizado. Isleños del Norte con las piernas largas, el cabello rubio y los ojos azules, algunos con aura. Múltiples idiomas

colisionaban en las calles. De las posadas y tabernas salían músicas exóticas.

Había otros indicios de la prosperidad que traía consigo la guerra: elegantes comercios con toda suerte de artículos; joyerías con relucientes escaparates, tiendas de comida preparada que ofrecían platos exóticos y extraños aromas a especias.

—Busquemos un sitio donde comer —dijo Han, resistiendo la tentación de sisar un pedazo de pan salado a un vendedor ambulante. El hambre siempre parecía avivar sus antiguos hábitos, pero sabía de sobras que no le convenía hurtar nada en territorio desconocido y sin una vía de escape despejada.

No necesitas robar para comer, se recordó a sí mismo, palpando la bolsa de dinero remetida en sus mallas como si fuese un talismán.

Aunque estaba mucho más al sur, la ciudad parecía más oscura que Fellsmarch, pues todo lo recubría una capa de hollín que engullía la luz.

—¿No tienen faroleros aquí? —preguntó Han, mientras sus cansadas cabalgaduras cruzaban lenta y pesadamente un charco de luz que se derramaba desde la estrecha fachada de una iglesia ceñida por tres empinadas escaleras. Un clérigo vestido de negro, con un sol naciente dorado estampado en el manto, barría las hojas y la tierra del umbral, lanzando una lluvia de desechos sobre sus cabezas.

Bailarín negó con la cabeza.

—Ni faroles ni faroleros —dijo. Toqueteó su amuleto, emitiendo un haz de luz con las puntas de los dedos mientras Han lo miraba con envidia. Han tocó su propio talismán, y la fuerza le crepitó por el brazo, explotando en llamas que salieron disparadas hasta la mitad de la calle, asustando a los transeúntes.

Azorado, metió la mano culpable debajo de su otro brazo.

—¡Demonios! —gritó alguien en habla Común—. ¡Brujos! ¡Blasfemos!

Han levantó la vista sorprendido y vio que el sacerdote de las vestiduras negras se abalanzaba escaleras abajo, blandiendo la escoba sobre la cabeza como si de un arma se tratase, con el semblante crispado de ira.

*Ragger* resbaló hacia un lado, poniendo los ojos en blanco y enseñando los dientes al sacerdote encolerizado. Han hincó los talones y el caballo embistió hacia delante, alejándole del peligro. Bailarín agachó la cabeza y tiró de *Wicked* hacia un lado, esquivando por poco la sibilante escoba.

El sacerdote gritó a sus espaldas:

—¡Abominaciones! ¡Rameras del mal! ¡Fuera de aquí, maléficos instrumentos del Quebrantador!

Agitó la escoba hacia ellos, al parecer creyendo que los había ahuyentado.

—¡Cierra el pico, repugnante cuervo de Malthus, o te retuerzo el pescuezo! —gritó al sacerdote un corpulento minero barbudo, haciendo que la gente se partiera de risa. El sacerdote se retiró al interior de la iglesia, empujado por un coro de abucheos y amenazas.

—¿A qué venía todo eso? —preguntó Han cuando estuvieron a una distancia prudente—. Me han llamado muchas cosas, pero hasta ahora nadie me había llamado

ramera del mal.

—Bienvenido a la Iglesia de Malthus —dijo Bailarín, sonriendo—. La iglesia estatal de Arden. Se han introducido en Delphi, pero adivino que no gozan de demasiada popularidad aquí arriba.

El Orador Jemson había hablado sobre la Iglesia de Malthus en la Escuela del Templo de Puente del Sur. Tras el desastre del Quebrantamiento, el antiguo imperio de los Siete Reinos se desmembró. En los Páramos, el viejo credo había perdurado, sostenido por los templos donde los oradores impartían enseñanzas sobre la dualidad de la Hacedora y el Quebrantador, y sobre las Montañas de los Espíritus, donde moraban los muertos y las santas reinas.

En Arden, tras el Quebrantamiento, apareció un influyente orador que había pulido y abreviado la antigua fe, dándole una nueva dirección. San Malthus atribuyó el Quebrantamiento al disgusto de la Hacedora con los magos que lo habían causado. La magia, afirmaban sus enseñanzas, no era un don sino el instrumento del Quebrantador, y los magos eran demonios a su servicio. La reina Hanalea en concreto era vista como una especie de bella arpía, una libertina sin ningún escrúpulo.

Desde entonces la Iglesia de Malthus había prosperado como iglesia estatal de Arden.

—¿Crees que seremos recibidos de este modo en Arden? —bromeó Han.

Bailarín sonrió irónicamente.

—Creo que cuantos menos hechizos hagamos en Arden, mejor.

Aquello era nuevo para Han; la idea de que la magia fuera de algún modo pecaminosa. Los clanes despreciaban a los magos, pero se trataba más de un asunto histórico y de abuso de poder. Los clanes, al fin y al cabo, tenían su propia magia.

Sólo el rey Demonio Alger *Aguabaja*, antepasado de Han, era considerado inequívocamente malvado.

—Este sitio parece bueno —dijo Han, señalando un edificio de dos plantas con un amplio porche delantero abarrotado de vecinos y soldados. La taberna se llamaba La Jarra y el Cordero, y el cartel de la entrada mostraba a un sonriente cordero levantando una jarra de cerveza.

Han tenía buen ojo para las tabernas y posadas. Habían sido su segundo hogar desde su niñez, lugares donde la comida, la bebida y las ganancias fáciles se daban a la vez. Sabía qué locales merecían una visita por los olores que emanaban de ellos y por la clientela que los frecuentaba.

Han y Bailarín desmontaron. Bailarín se quedó con los caballos mientras Han se abría paso entre el gentío hasta el porche y el ruidoso interior.

Los parroquianos de dentro eran iguales a los que ocupaban el porche salvo por varias familias sentadas en torno a unas mesas. Algunos habían venido directamente de las minas, con la ropa ennegrecida de hollín y los ojos brillantes en sus rostros mugrientos. Había soldados apoyados contra las paredes, enfundados en uniformes variopintos: los sobrios tonos pardos de Delphi, el escarlata de Arden, mercenarios

desempleados que no lucían color alguno, así como unos cuantos de las Tierras Altas.

El resto lo componían estudiantes, comerciantes y queridas.

Han se desprendió de unas cuantas de sus preciadas coronas, las llamadas perras gordas, para alquilar una habitación y gastó un par de peniques adicionales para darse un baño. Desde luego, Delphi era una ciudad cara.

Han y Bailarín condujeron sus caballos por un angosto callejón hasta el establo de la parte trasera de la posada, pidieron raciones extra de grano y entraron en la taberna por la puerta de atrás.

La cena estaba incluida en el precio de la habitación, y consistió en estofado de cerdo (no de cordero), un pedazo de pan moreno y una jarra de cerveza.

Han pidió una mesa en un rincón y se sentó de espaldas a la pared, cerca de la puerta trasera. De este modo podía ver todas las idas y venidas sin llamar la atención.

La camarera le rondaba, flirteando. Al principio Han lo atribuyó a su encanto personal hasta que cayó en la cuenta, un tanto sorprendido, de que pese al tiempo que llevaban de viaje, tanto él como Bailarín presentaban un aspecto tan próspero como el de cualquier otra persona presente en la estancia.

A Han lo habían echado de un montón de tabernas en el Mercado de los Harapos y Puente del Sur por sospechoso de ser manilargo y de hacer trampas jugando a las cartas. Por eso y por su crónica incapacidad de pagar. Se encontró con que le gustaba bastante estar sentado a una mesa para comer hasta saciarse, tratando de ligar con chicas guapas sin miedo a tener que salir corriendo.

—¿Qué noticias hay sobre la guerra del sur? —preguntó Han a la mofletuda camarera. Le tocó el brazo—. ¿Quién está ganando?

La camarera se inclinó hacia Han.

—El mes pasado hubo una gran batalla cerca de la capital, señor. Vencieron los ejércitos del príncipe Geoff, o sea que ahora controla Ardenscourt. Se ha autoproclamado rey.

—¿Qué pasa con los demás hermanos? ¿Se han rendido? —inquirió Han, preguntándose si la guerra terminaría pronto y qué consecuencias tendría para su futuro que así fuera.

La muchacha se encogió de hombros.

Lo único que sé es lo que oigo en la taberna. Creo que el príncipe Gerard y el príncipe Godfrey todavía están vivos y, que yo sepa, no se han rendido.

—¿No hay ninguna princesa? —preguntó Han.

La camarera lo miró entrecerrando los ojos.

—Pues claro que hay una princesa. Lisette. Pero en Arden las princesas sólo sirven de florero. Y para casarlas.

Han miró a Bailarín, que se encogió de hombros. ¿Cómo ibas a saber con certeza si el heredero de un rey pertenecía realmente a su linaje? Desde luego, las gentes del llano eran bien peculiares.

Han siguió con la vista a la camarera cuando ésta se alejó, preguntándose a qué

hora terminaría de trabajar.

Prosiguió su examen de los demás parroquianos. No tardó mucho en establecer quién iba armado y quién no, qué armas portaban, y quién llevaba el monedero bien cargado. Al cabo de un rato ya sabía quién jugaba bien a las cartas, quién ya la taba, y quién hacía trampas en ambos juegos.

Tal habilidad era fruto de la breve temporada que había pasado Han desempeñándose como tahúr. Aquella clase de latrocinio era más difícil de demostrar, si se te daban bien los naipes. Era menos probable que los chaquetas azules te metieran preso por vaciar bolsillos jugando a las cartas.

Pero había aprendido que era fácil verse acorralado en un bar lleno de jugadores hartos de perder. También que los apostadores enojados son muy capaces de partirte la crisma tanto si saben con certeza que haces trampas como si no. Sobre todo si sólo tienes trece años y aún no has pegado el estirón.

Bailarín estuvo tenso e inquieto durante toda la cena, sobresaltándose con cualquier ruido repentino, ya fuere el de las ollas y sartenes en los fogones o el de unos borrachos hablándose a gritos. Pese a su conocimiento de Delphi y del estilo de vida de sus habitantes, no le gustaban las ciudades en general ni, desde luego, las multitudes. En cuanto terminó de comer se levantó.

—Me voy arriba —anunció.

—He encargado un baño —dijo Han generosamente—. Dátelo tú primero.

Bailarín le observó con recelo.

—No te metas en líos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, *Cennestre* Bailarín.

«De acuerdo, madre». Han sonrió a la espalda de Bailarín cuando éste se volvió. Hizo una seña a la camarera y pidió sidra. Tenía la intención de estar alerta y mantener la mano lejos del amuleto.

Han observaba despreocupadamente la mesa vecina, donde cuatro parroquianos echaban una partida de nobles y plebeyos, un juego de naipes de los Páramos que Han conocía muy bien. El hombre sentado de cara a Han estaba haciendo trampas, no cabía dudarlo. Muy ufano con su atuendo de las llanuras de Arden, tenía la cara redonda picada de viruelas. Aunque en la sala común hacía fresco, se secaba el sudor de la cara con un pañuelo grande. Perras chicas, perras gordas y pagarés se amontonaban frente a él, evidenciando su éxito.

Han no tardó mucho en entender su sistema. El fullero se movía mucho para ser alguien tan corpulento, y no paraba de agitar las manos para distraer a los demás. Se servía de dicha distracción al barajar, al repartir y al descartarse. Ganaba casi todas las manos en las que le tocaba dar y buena parte de las demás, perdiendo sólo las veces suficientes para no levantar sospechas.

Han no se impresionó. El fullero era el típico compinche con un estilo de juego agresivo y bravucón. Los jugadores listos iban y venían, percatándose enseguida de que estaban en desventaja. Pero una jugadora se quedó hasta el final, tratando

obstinadamente de recuperar sus pérdidas.

Estaba sentada de espaldas a Han, con un sombrero de ala bien calado, el cuello levantado y la espalda encorvada. Han supuso que era una chica a punto de ser mayor de edad, una isleña del sur a juzgar por su piel y sus rizos. Bajo el abrigo que le iba grande, lucía los colores favoritos de las islas Meridionales, aunque la ropa no le quedaba bien, como si se tratase de prendas prestadas, donadas o robadas.

Había en ella algo que le resultaba familiar; el modo en que inclinaba la cabeza y bailaba en la silla, sacudiendo la pierna como si fuese incapaz de estarse quieta. Han alargó el cuello, pero no alcanzó a verle bien la cara por culpa del sombrero.

Han siguió bebiendo sidra e intentó hacer caso omiso del drama que se estaba representando delante de él, pero sus ojos volvían a posarse una y otra vez en la chica y sus apuestas, cada vez más desesperadas. Se quedó sin dinero y continuó con pagarés.

«Debería ser más lista —pensó Han—. Cualquiera que gana tanto está haciendo trampas».

Finalmente el llanero apuró su jarra de cerveza y golpeó con ella la mesa.

—Bueno, hora de cobrar —dijo a voz en cuello—. Mace Boudreaux sabe retirarse mientras la suerte todavía le sonrío.

Dos jugadores pusieron mala cara, recogieron sus reducidas ganancias y se marcharon.

La isleña no se levantó. Permaneció paralizada un momento y luego se inclinó hacia delante.

—Ni hablar. Sigamos jugando. Tienes que darme una oportunidad de tomarme la revancha —dijo. Su voz era dulce y musical, con la conocida cadencia de las islas Meridionales.

A Han se le erizó el vello al reconocerla.

—Lo siento, chica, he terminado —dijo Mace Boudreaux—. Parece que tienes la suerte en contra. Es hora de pagar.

Se embolsó el dinero que tenía delante y lo guardó a buen recaudo en distintos escondrijos de sus ropas. Acto seguido deslizó los pagarés en dirección a la chica.

Ella miró fijamente los trozos de papel que quedaron en la mesa delante de ella.

«No lo tiene —pensó Han—. Está acabada».

—Vuelvo enseguida con lo que falta —dijo la chica, poniéndose de pie de un salto y volviéndose hacia la puerta.

La mano del fullero salió disparada y agarró a la chica por la cintura, tirando de ella hacia él.

—No pienso perderte de vista hasta que pagues.

La chica intentó zafarse.

—No llevo tanto dinero encima. Tengo que ir a buscarlo a mi habitación.

Boudreaux pegó su cara a la de la chica.

—Pues entonces te acompaño —dijo, humedeciéndose los labios y mirándola de

arriba abajo con lascivia—. Si no tienes el dinero, tal vez haya una manera de que lo ganes.

La chica lo escupió en la cara.

—Ni lo sueñes, seboso de mierda, pechugón afeminado, rata de cloaca...

—¿Quieres que te arresten? —gruñó Boudreaux, limpiándose el escupitajo y zarandeando a la chica de mala manera.

La chica se puso tensa. Han dedujo por las heridas de cuerda que tenía en las muñecas y los tobillos que ya había estado en prisión. Supuso que no deseaba volver.

—Voy a llamar a la guardia —amenazó Boudreaux, levantando la voz—. Tengo mis derechos.

Sin pensárselo dos veces, Han se encontró de pie junto a su mesa.

—Vamos, un poco de calma. Sólo es una partida amistosa, ¿verdad? No creo que sea preciso involucrar a la Guardia, ¿eh?

Dio una palmada al fullero en la espalda y le dio un puñetazo en el hombro, sonriendo como un chico de campo borracho.

Boudreaux fulminó a Han con la mirada, molesto con la inesperada intromisión.

—Será amistosa siempre y cuando la chica pague lo que debe. Tengo mis derechos.

—Seguro que encuentran una solución.

Han dio media vuelta para encararse a la chica, y por poco se cae a causa de la sorpresa.

Era *Gata* Tyburn, que había reemplazado a Han como señor de la calle de los harapientos. Ella le devolvió la mirada sin pestañear. Han cerró los ojos, volvió a mirar y la chica siguió siendo Gata. Había cambiado, y no para mejor. No era de extrañar que al principio no la hubiese reconocido.

Siempre había sido delgada, pero ahora estaba en los huesos, como un consumidor de hojas de *razorleaf*. Sus ojos daban la impresión de ocuparle la mitad de la cara, y su mirada era turbia y apagada, probablemente por la bebida y el *razorleaf*. Siempre había sido orgullosa pero ahora se la veía derrotada. Los agujeros de las orejas y la nariz no ostentaban ninguna joya de plata, y las pulseras y esclavas también habían desaparecido. Todo ello estaba amontonado delante del fullero.

Su rostro decía que la última persona que esperaba ver en el mundo era Han Alister.

Han se agarró al brazo de Boudreaux para no perder el equilibrio y disimular su asombro. Al hacerlo, cogió subrepticamente un mazo de cartas de la mesa y se lo metió en el bolsillo mientras se devanaba los sesos.

¿Qué hacía ella allí? Gata había nacido en las islas pero, desde que la conocía, nunca se había alejado demasiado de las pocas manzanas que constituían el Mercado de los Harapos. ¿Por qué iba a marcharse cuando tenía una buena banda, un buen territorio y una buena vida?

Más importante aún, ¿cómo podía ayudarla a salir del lío en que se había metido?



Sin duda no le haría ningún bien acabar en un calabozo de Delphi.

Podría acusar a Boudreaux de hacer trampas, pero hacía mucho tiempo que había aprendido a mantener la boca cerrada en una taberna excepto si conocía a la clientela. Por lo que podía percibir, estaba rodeado por los mejores amigos de Boudreaux.

Gata seguía mirando fijamente a Han como si éste se hubiese levantado de la tumba para darle un frío beso de cadáver.

—Acércate, chica —dijo Han arrastrando las palabras y agarrándola por el codo—. Tenemos que hablar un momento tú y yo.

Gata se puso tensa al notar la mano de Han, pero dejó que éste la arrastrara hasta donde no pudiera oírles el fullero picado de viruelas.

Cuando estuvieron a una distancia segura, a Han se le pasó la borrachera de golpe.

—¿Qué haces aquí? —dijo entre dientes.

—Podría hacerte la misma pregunta —replicó Gata.

—Yo he preguntado primero.

El semblante de Gata se endureció.

—Tuve que marcharme del Mercado de los Harapos.

—¿Quién es ahora el señor de la calle? —preguntó Han, tartamudeando—. ¿Qué ha sido de Velvet?

—Velvet está muerto —dijo Gata—. Todos lo están..., o desaparecidos. Ahora ya no hace falta un señor de la calle en el Mercado de los Harapos. —Se estremeció y clavó sus mugrientas uñas en el abrigo—. Vinieron justo después de que tú te marcharas. Mataron a todo el mundo. Yo sigo viva porque no estaba allí.

—¿Quién vino? —preguntó Han, porque parecía lo normal aunque en realidad ya lo sabía.

—Demonios. Como los que liquidaron a los sureños —respondió Gata, evitando mirarlo a los ojos.

Han tenía la boca más seca que el polvo.

—¿Fueron...? ¿Me buscaban a mí?

—Como ya he dicho, yo no estaba allí. —Aquello no era una respuesta—. No sabía dónde te habías ido. Pensé que también te habían liquidado.

Huesos. Dejaba un rastro de muerte tras él, incluso cuando se marchaba. No era de extrañar que Gata estuviera nerviosa.

—Siento mucho lo de Velvet —dijo Han—. Y..., todo lo demás.

Gata se limitó a mirarlo con los ojos muy abiertos, negando con la cabeza.

—¡Venga ya, chica! —rugió Boudreaux—. ¿Vais a pasaros toda la noche hablando o qué? Quiero mi dinero.

Han le hizo un gesto al fullero para que se callara y se acercó más a Gata.

—¿Cuánto le debes aquí al amigo? —susurró.

—¿Por qué? —inquirió Gata con su acostumbrado encanto—. ¿Acaso es asunto tuyo?

—No dispongo de toda la noche —dijo Han—. ¿Cuánto?

Gata echó un vistazo a la sala, como buscando la manera de eludir la pregunta.

—Veintisiete perras gordas y pico —dijo.

Por la sangre y los huesos de Hanalea. Han tenía dinero, pero no el suficiente para saldar su deuda y llegar hasta Vado de Oden. Y tampoco quería arruinarse pagando a un tramposo.

Inclinó la cabeza hacia Boudreaux.

—Está haciendo trampas, ¿sabes?

—¡Te equivocas! —dijo Gata entre dientes—. Las estoy haciendo yo.

Han tuvo que aguantarse la risa.

—Bueno. —Se rascó la barbilla—. Él lo está haciendo mejor.

Gata se llevó subrepticamente la mano al puñal que llevaba al cinto.

—Maldito ladrón inmundo. Tendría que habérmelo figurado. Bien, veamos qué pinta tiene sin sus...

—No. —Han le sujetó el brazo para aplacarla—. Jugaré en tu lugar y recuperaré el dinero.

Gata se apartó bruscamente de él.

—Lárgate, Pulseras. No quiero tu ayuda. Me he metido en esto yo sola y saldré a mi manera.

—¿Cortándole el cuello? —Han negó con la cabeza—. En el Mercado de los Harapos, quizá. Pero no querrás meterte en líos tan lejos de casa.

Gata meneó la cabeza.

—No quiero estar en deuda contigo —dijo.

Bueno, eso podía entenderlo.

—No me debes nada. Soy yo quien tiene una deuda de sangre contigo.

Una vez más, Gata negó con la cabeza sin decir palabra, tragando saliva varias veces.

—Déjame hacerlo —insistió Han—. Por favor.

—De todos modos, el fullero se ha salido con la suya —dijo Gata—. No jugaré. Ya lo ha dicho.

—Conmigo sí —repuso Han, sacando un abultado monedero que sacudió bajo la nariz de Gata.

Gata volvió a abrir los ojos como platos. Se echó el pelo para atrás, procurando hacerlo de improviso, como si viera semejante cantidad de plata a diario.

—¿Y qué pasa si pierdes?

—Confía en mí. No perderé. Soy mejor que él —dijo Han, mirándola de hito en hito deseoso de que le creyera aunque no tenía ni idea de si ella lo haría—. Tú sígueme la corriente, ¿de acuerdo?

Dando la espalda al fullero, se preparó para el juego, ordenó su dinero y arregló la baraja mientras Gata lo miraba pasmada.

—Todo listo. Vamos —dijo Han, sujetándola del brazo y regresando dándose

aires a la mesa de Boudreaux como si fuera el gallo del corral—. Cubriré la deuda de la chica —le dijo al fullero—, si juegas conmigo.

—¿Jugar contigo? —dijo Boudreaux con desdén—. Ni hablar. Ya te he dicho que he terminado. Si quieres pagar lo que debe la chica, adelante, muchacho. Si es que te alcanza el dinero.

—Mi padre es mercader —dijo Han, adoptando una expresión ofendida—. Tengo un montón de dinero. ¿Ves? —Plantificó su bolsa llena en la mesa, y al hacerlo volcó la jarra de cerveza del fullero, derramando lo que quedaba—. Vaya, lo siento —dijo—. Ha sido sin querer.

Arrancó el pañuelo de Boudreaux del bolsillo del fullero y limpió torpemente la cerveza vertida.

—Los ojos de Boudreaux se clavaron en el monedero. Era mucho más de lo que Gata le debía.

—Bueno —dijo, sentándose otra vez en su silla—, quizá pueda quedarme un ratito más. —Llamó a la camarera chasqueando los dedos—. Tráeme otra cerveza —dijo, con una sonrisa de avidez.

Han devolvió el pañuelo empapado a Boudreaux y se sentó enfrente del fullero, como si tal cosa. De un tiempo a esa parte le costaba muy poco dejar su impronta, ahora que ya no estaba en el juego. Resultaba más fácil creer a un muchacho de dieciséis años cargado de dinero contante y sonante que a un crío de doce. Fue esa falta de respeto para con los pequeños lo que le había obligado a olvidarse del juego para dedicarse a los hurtos y vagar por las calles.

Ahora estaba mejor preparado para el timo. Podía interpretar el papel de hijo de mercader improvisándolo por primera vez. Toda una impronta, sin la menor duda.

—Siéntate aquí, chica —dijo Han, dando unas palmadas al asiento de la silla contigua y lanzando una mirada lasciva a Gata—. Tráeme suerte.

Gata se apoyó en el borde de la silla, procurando mantenerse apartada de él como si temiera que le contagiara picores. Las manos entrelazadas en el regazo, el semblante duro e inescrutable.

—Das primero, chaval —dijo Boudreaux de manera insulsa. Típico de fullero. Que la víctima gane primero para animarla a apostar más fuerte en la siguiente mano.

Han barajó las cartas y, en un momento dado, le falló la mano y las desparramó por la mesa. «Cuidado —pensó—. No sobreactúes». Las recogió y volvió a barajarlas con la intensa y adormilada atención de quienes van muy borrachos.

Resultó bastante fácil ganar la primera mano. Boudreaux dobló la apuesta, meneando la cabeza con pesadumbre, antes de que hubiera demasiado dinero en la mesa.

—¡Ja! —se jactó Han, estrechando la mano de Gata, que dio un respingo y se soltó—. Ya me estás trayendo suerte.

Gata se limitó a mirarlo sin sonreír.

«¿Por qué, Alister, por qué te enredas en estos asuntos?», pensó Han.

En la mano siguiente, Boudreaux repartió las cartas y ganó, aunque Han se guardó de soltar mucho dinero antes de pedir ver el juego. Después de eso, se fueron turnando unas cuantas veces y, al final, Han le llevaba diez perras gordas de ventaja. Siguió interpretando el papel de necio borracho, celebrando a voz en cuello su buena estrella y exclamándose cuando perdía.

Han ni siquiera había marcado el mazo todavía. El pañuelo estaba fuera de juego y Han había arruinado los trucos de prestidigitación de Boudreaux insistiendo en cortar el mazo antes de repartir. Además, era de natural afortunado con las cartas.

Tal como su madre decía siempre, «Afortunado en las cartas o afortunado en la vida. Una cosa o la otra. No las dos».

El entusiasmo de Boudreaux menguaba al mismo ritmo que sus ganancias. Gata se limitaba a estar sentada poniendo mala cara, como si Han estuviera jugándose su dinero.

«Ha llegado la hora de poner fin a esto —pensó Han—. Le daré una buena lección al fullero, dejaré que Gata se marche con su dinero y me iré a la cama». El mazo volvió a sus manos, y esta vez lo agarró cual fullero y lo manipuló a conciencia mientras lo barajaba. Observó el rostro de Boudreaux mientras éste ojeaba sus cartas. El fullero se llevó la mano al pecho como si fuese un bebé y Han supo que ya era suyo.

Apostaron cada vez más alto y pronto hubo montones de perras gordas en medio de la mesa. El fullero pidió una carta y Han le pasó el demonio que decidiría el juego. Han abrió sus cartas en abanico protegidas por sus manos, las observó, se humedeció los labios con nerviosismo y siguió igualando las apuestas del fullero cada vez.

Gata miraba alternativamente a Han y a los montones de dinero del centro de la mesa, moviéndose como hacía siempre que estaba nerviosa. Si Han perdía, pasaría mucho tiempo en la sombra.

Pero no iba a perder.

Para entonces varios clientes habían ido viniendo desde la barra para ver la partida.

—¿Qué pasa con la plata de la chica? —preguntó Han, señalando el bote con la mano cuando las apuestas aumentaron—. Ponla y la igualo con perras gordas.

Sonrió a Gata.

Boudreaux empujó los aretes, las pulseras y los pendientes de Gata hasta el centro de la mesa.

—Lo veo —dijo, abriendo sus cartas sobre la mesa—. Trío de demonios, manda el rojo.

Levantó la vista hacia Han y le dedicó una sonrisa rapaz.

Desde luego era una buena mano. Muy buena, a decir verdad. Aquella mano lo vencería casi todo, excepto...

—Cuatro reinas, Hanalea encabeza la dinastía.

Han expuso sus cartas en la mesa y se retrepó, mirando atentamente al fullero.

Durante un prolongado momento cargado de tensión, Boudreaux no dijo nada. Miraba fijamente la mesa como si no diera crédito a lo que estaba viendo. Con su grueso dedo índice revolvía las cartas que tenía delante como si pudieran revelarle algo más.

El fullero de los llanos abría y cerraba la boca como un pez fuera del agua, y sólo tras varios intentos consiguió articular algún sonido.

—¡Esto..., esto no está bien! —bramó, dando un puñetazo a la mesa que hizo peligrar su segunda jarra de cerveza.

Han se apresuró en meter sus ganancias en el morral y se lo echó al hombro, dejando suficientes perras gordas encima de la mesa para pagar la deuda de Gata. La clave en tales situaciones era largarse cuanto antes.

Boudreaux, encolerizado, entornó sus ojillos de cerdo. Alargó el brazo como impulsado por un resorte y agarró la pechera de la camisa de Han.

—No tan deprisa —masculló.

—¡Suéltame! —dijo Han, tratando de zafarse.

—¡Eres un tramposo! —gritó Boudreaux, sacando un largo puñal curvado de debajo del abrigo y apoyándolo contra el cuello de Han—. Un tramposo, un ladrón y un farsante.

Los curiosos que rodeaban la mesa dieron un paso atrás.

El cuchillo fue una mala sorpresa. La mayoría de los fulleros y demás tramposos eran cobardes en el fondo, razón por la que elegían aquella modalidad de depredación. Pero Boudreaux pesaba más del doble que Han, y Han sabía por experiencia propia que no existía nadie más iracundo que un timador timado.

Han pensó en el talismán que tenía bajo la camisa, en la navaja y el puñal que llevaba al cinto, preguntándose si conseguiría alcanzar alguno sin que le cortaran el cuello.

—Ahora —dijo el fullero con su rostro rubicundo a pocos centímetros del de Han, que olía su aliento a cerveza—. Dame la bolsa, muchacho, y a lo mejor no te corto las orejas.

Concentrado como estaba en la cuchilla que tenía bajo la barbilla, Han no siguió demasiado bien el curso de lo que sucedió a continuación. Boudreaux dio un grito y desapareció, golpeando el suelo con fuerza suficiente para abollarlo. Su puñal salió volando por los aires y faltó poco para que decapitara a un minero que roncaba dulcemente en una mesa cercana.

Han se echó para atrás, alejándose del peligro. Boudreaux agitaba las piernas en el suelo como si le hubiese dado un ataque. Y detrás de él, esquivando hábilmente sus espasmos, estaba Gata retorciéndole el cuello con un garrote.

«Oh, vaya», pensó Han. Gata era una hábil impostora, además de un demonio con el cuchillo.

El rostro del fullero se puso colorado, luego azul, y los ojos se le salían de las órbitas de una manera alarmante. Gata se agachó encima de Boudreaux y le habló a

media voz, explicándole la lección que quería que aprendiera.

Los aspavientos de Boudreaux disminuyeron, volviéndose menos organizados.

—¡Gata! —Han salió de su asombro y le puso una mano en el hombro—. Suéltalo. No querrás que te ahorquen por un tipo como éste.

Gata levantó la vista hacia Han, pestañeando como si acabara de salir de un trance. Soltó a Boudreaux y se sentó en cuclillas, metiéndose el garrote en el bolsillo.

Un alboroto en la parte delantera atrajo la atención de Han. Un conglomerado de uniformes marrones taponaba la entrada, los colores de la Guardia de Delphi. Han renegó, pues sabía que se había quedado demasiado rato. Se levantó lentamente y puso de pie a Gata. Sin soltarle la mano, Han comenzó a retroceder hacia la puerta trasera, pero un minero barbudo del tamaño de una montaña les cortó el paso.

—Más vale que te quedes, muchacho, y que aceptes lo que te va a caer por lo que has hecho —gruñó, sonriendo como si se muriera de ganas de ver el espectáculo.

—Yo no he hecho nada —protestó Han; el estribillo de su vida entera. Era su sino verse envuelto en una pelea en una taberna en un país extranjero y acabar en el calabozo. Significaría el súbito final de su carrera como mago mercenario para los clanes. Defraudaría a Bailarín, que tendría que proseguir el viaje a solas. ¿Qué había sido lo último que Bailarín le había dicho antes de subir a acostarse? «No te metas en líos».

Han empuñó su cuchillo, buscando el camino más despejado hasta la puerta. Luego lo fue soltando poco a poco. Quizá consiguiera franquear la puerta, pero no podría escaparse sin dejar rastro dado que Bailarín estaba arriba y sus caballos, en el establo.

Gata se soltó de un tirón y sacó sus propios puñales, manteniéndolos ocultos contra los antebrazos.

—¿Qué está pasando aquí? —inquirió uno de los chaquetas marrones. Llevaba anudado al cuello un pañuelo de oficial con los colores de las llanuras. Señaló a Boudreaux, todavía en el suelo. El fullero se frotaba el cuello y respiraba jadeando—. ¿Qué le ha pasado? —preguntó el oficial.

Han abrió la boca, pero el minero se le adelantó.

—Ese fullero ladrón Mace Boudreaux por una vez ha sido vencido a las cartas. Resulta que es un mal perdedor. Ha asaltado al muchacho que le ha derrotado y hemos tenido que reducirlo.

Para gran asombro de Han, las cabezas que lo rodeaban asintieron en silencio.

—¿Quién lo ha reducido? —insistió el oficial.

—Lo hemos hecho entre todos —dijo el minero, fulminando a los presentes con la mirada como desafiándolos a contradecirlo—. Todos hemos tomado parte.

Según parecía, Gata no era la única que había perdido dinero jugando con Boudreaux, y éste no contaba con las simpatías de los parroquianos.

—¿Dónde está el muchacho que ha ganado? —inquirió el guardia.

Por un momento, nadie habló, pero entonces el minero de Han lo empujó hacia

delante.

—Aquí lo tenéis —dijo—. Es éste.

El chaqueta marrón miró a Han de arriba abajo como si le costara creerlo.

—Eres bueno con las cartas, ¿eh, muchacho? —preguntó enarcando una ceja.

—Me defiendo.

Notó más que vio a Gata acercándose a su lado. Igual que en los viejos tiempos, cuando Gata le cubría la espalda. El chaqueta marrón sonrió y alargó la mano.

—Pues me gustaría invitarte a beber —dijo, y los demás clientes silbaron, aplaudieron y patearon el suelo.

«Vivir para ver —pensó Han—. Nunca sabes quién hay en la sala cuando te metes en una pelea».

No le fue fácil salir de allí después de eso. Boudreaux se recuperó y se escabulló sin llamar la atención. Han tuvo que rehusar una docena de invitaciones a beber, pues de lo contrario habría terminado debajo de la mesa. Gata se retiró a un rincón, aparentemente esfumada entre las sombras, pero cada vez que Han se volvía a mirarla encontraba sus ojos clavados en él.

«Seguramente quiere su dinero», pensó Han.

Ya casi era la hora de cierre cuando finalmente consiguió librarse de la bienintencionada muchedumbre y se reunió con Gata en su mesa. Sacó del morral un puñado de perras gordas y las contó.

Ella le observaba en silencio. Han no esperaba que le diera las gracias efusivamente, pero aun así..., Gata solía tener mucho que decir.

Empujó los montones de monedas a través de la mesa hacia ella.

—Aquí tienes, has recuperado tus pérdidas con creces.

Gata miró el dinero pero no hizo ademán alguno de cogerlo.

—¿Qué pasa contigo? —inquirió—. Allí donde vas, la gente te allana el camino. Entras como un desconocido y terminas con todo el mundo brindando por ti.

—¿Pero qué dices? —gruñó Han—. No tengo nada: ni familia, ni un lugar donde vivir, ni un modo de ganarme la vida.

Gata alargó el brazo y toqueteó dubitativa la manga de la chaqueta de Han, como si todavía pudiera convertirse en vapor y humo.

—Llevas ropa buena y nueva, y un monedero repleto. ¿Has vendido un buen botín o qué? —Han se sintió aún más culpable de inmediato. Apretó los labios y negó con la cabeza—. ¿Por qué has arriesgado tu alijo por mí? —insistió Gata.

—Porque no es mi alijo —dijo Han—. Se lo quité a Boudreaux antes de comenzar la partida.

Como si fuese un ladrón sacado de los cuentos que robaban a los ricos para dar a los pobres. El pobre era él, por lo general.

—Si ya tenías su dinero, ¿por qué has jugado con él? —preguntó Gata.

Han se encogió de hombros.

—Alguien tenía que derrotarlo y he pensado que podría hacerlo yo. En ningún

momento se me ha ocurrido que fuese a sacar un cuchillo.

No dijo en voz alta el resto de lo que pensaba. Si vences a alguien en lo que hace mejor, es probable que se venga abajo.

Gata lo miró como si no acabara de creerle.

—Todavía no has contestado. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Adónde vas?

Han se encogió de hombros.

—También yo tuve que marcharme de los Páramos. Pensamos que podríamos probar suerte en Ardencourt —mintió. Cuanta menos gente supiera adónde iban, mejor.

Gata enarcó una ceja.

—¿Pensamos?

—Viajo con un amigo —dijo Han, dejando que Gata hiciera las suposiciones que quisiera—. ¿Qué me dices de ti? No sabía que te dedicaras a hacer trampas en el juego.

—Aún estoy aprendiendo, como cualquier idiota puede ver —contestó, frunciendo el ceño.

—Bueno, no ganarás suficiente dinero hasta que tengas más práctica marcando los naipes. Más te valdría encontrar otro tipo de trabajo, entretanto.

—Lo he buscado —dijo Gata cabizbaja—. Llevo aquí un par de semanas. He intentado que me cogieran en las minas, pero no te contratan si llevas la marca de ladrón.

Levantó la mano derecha, marcada según la ley de la reina. Al menos no se la habían cortado.

—¿Cómo terminaste aquí arriba, de todos modos? —preguntó Han.

—Iba de camino a un lugar que se llama Vado de Oden.

Han estaba tomando un sorbo de sidra y por poco lo inhaló. Tosiendo, dejó el tazón sobre la mesa.

—¡Vado de Oden! ¿Por qué vas allí?

—Fue idea del Orador Jemson —dijo Gata, jugueteando con los montoncitos de monedas—. Allí hay buenas escuelas, según dice. Quería que fuera a la Escuela del Templo.

—¿Y por qué no ir a la Escuela del Templo de Puente del Sur? —preguntó Han, tratando de figurarse lo que aquello supondría para él—. ¿Por qué te envió Jemson a un lugar tan lejano como Vado de Oden?

—Si todavía estuviera en Puente del Sur, estaría muerta. Igual que Velvet. —Gata se quitó el sombrero bruscamente y golpeó la mesa con él—. Me estaban dando caza los demonios que mataron a los demás. Sólo era cuestión de tiempo que me capturasen. Así que Jemson me dijo que me marchara a Vado de Oden. Siempre me está pinchando para que vaya a estudiar música, y está muy unido a la directora de la Escuela del Templo de allí. Le soltó todo el rollo de que toco tan bien la *basilka* que parezco un coro de ángeles, y me inscribió. Pagó mi matrícula; dijo que la princesa



Raisa da dinero a los estudiantes del Templo de Puente del Sur. Me dio un caballo viejo y algo de dinero, y me puso en camino.

Gata se rascó los rizos con la mano. Se le daba bien tocar la *basilka*. En el Mercado de los Harapos tocaba para matar el rato hasta que anochecía, hora en que los harapientos salían a trabajar. Algunos días Han se quedaba tumbado escuchándola medio adormecido, dejando que la música lo transportara a otros lugares.

—Jemson dice que si estudio música y arte, y aprendo a leer y escribir y hablar bien, quizá podría colocarme como doncella de una señora o maestra o algo así. — Gata dio un resoplido—. Como si fueran a contratar a una ladrona marcada...

Han procuró hacerse a la idea de Gata como doncella de una señora.

Gata levantó la vista y descifró su expresión.

—Olvídalo. He llegado hasta aquí y he decidido que no iré. Jemson cree que me tiene acorralada, pero no pienso hacer los votos.

—No tienes que hacer votos para ir a la Escuela del Templo —dijo Han—. Hay quien los hace pero tú...

—Me da igual. Yo no pinto nada allí, con un atajo de aristócratas. Son dulces como la sidra cuando los tienes delante, pero luego se mofan de ti a tus espaldas.

«Tiene miedo —pensó Han—. Tiene miedo de que se burlen de ella. Miedo de no ser lo bastante buena. Quizá no le falte razón». ¿Qué sabía él sobre Vado de Oden? Nada.

Gata empujó el dinero hacia Han y se levantó.

—Me alegra lo que has hecho, pero no puedo aceptar esto.

Han no hizo ademán de recogerlo.

—Es tu dinero. No el mío. Tan sólo se lo he hecho devolver a un ladrón. Si no lo coges, se lo estarás dando al personal —dijo Han, y Gata negó con la cabeza obstinadamente, mordiéndose el labio—. Escucha. Así es como yo lo veo. Tengo mucho de lo que responder. Estoy en deuda contigo. Déjame hacer esto, ¿quieres?

Era verdad. Deseaba con urgencia aliviar la carga de culpa que pesaba sobre sus hombros.

—Si quieres hacer algo por mí, esto es lo que quiero —dijo Gata de repente—: llévame contigo.

—¿Qué? —Han la miró boquiabierto. La velada estaba siendo un sinfín de sorpresas—. ¡Ni siquiera sabes lo que estamos haciendo!

—No importa —replicó Gata—. Yo no estoy hecha para vivir en un templo, diga Jemson lo que diga. Te lo juro. Será igual que antes.

Como cuando Han era el señor de la calle de los harapientos y Gata, su mano derecha. Y algo más.

Han contempló a Gata con recelo. Como Velvet había muerto, ¿estaría buscando reavivar lo que una vez hubo entre ambos? Parecía una mala idea. Cuando estaban juntos, peleaban como dos gatos metidos en un saco. Bastante dramatismo había ya en su vida, tal como estaban las cosas.

Como si le hubiese leído el pensamiento, Gata dijo:

—Si sales con una chica, no me entrometeré. Esto es estrictamente un trato de socios. Estrictamente negocios.

Los pensamientos sonaron en la cabeza de Han como monedas en un tarro. Gata pensaba que asociarse con su antiguo señor de la calle era una buena manera de evitar ir a la escuela. Pero el caso era que él se dirigía a una escuela. No necesitaba una banda ni tenía con qué mantenerla. Había estado gastando dinero, no ganándolo, de modo que no había nada que repartir.

Miró a Gata. Ella lo fulminó con la mirada, agitando el pie porque Han tardaba demasiado en responder. Éste no pudo evitar recordar que cuando quiso ir al Campamento Demonai con Pájaro y ella lo rechazó, también tenía buenas razones para hacerlo.

Si Han la rechazaba, sin duda volvería a su vida de antes. Si volvía con las bandas, moriría antes de cumplir los veinte, con demonios o sin ellos. Los cabecillas nunca llegaban a viejos.

Tal vez Jemson llevara razón; quizá la escuela fuese realmente lo que necesitaba. Nadie agradecería a Han que intentara salvarla, pero quizás había un modo de hacerlo.

—Puedes venir —dijo Han finalmente—, pero nosotros también vamos a Vado de Oden. Si vienes conmigo, tendrás que ir a la escuela.

—¿Qué? —Se quedó de una pieza, apretando tanto las manos contra la mesa que los nudillos se le pusieron blancos—. ¡Menuda patraña!

—Es la verdad —dijo Han—. ¿Por qué crees sino que...?

—¡Mentiroso! —Gata meneó la cabeza, echando chispas por los ojos—. Eres un miedica, un mentiroso de tomo y lomo, *Pulseras Alister*, eso es lo que eres. Y no estás yendo a Vado de Oden ni por casualidad.

Gata retiró la silla haciéndola chirriar y se levantó con los puños cerrados, temblando de rabia.

—Te lo juro —dijo Han, poniéndose de pie y manteniendo la mesa entre ambos por si Gata lo atacaba con una navaja—. Perdona. Tendría que habértelo dicho antes pero pensé que tú...

—Cállate, Pulseras. Si no querías que fuera contigo, no tenías más que decirlo. —Recogió su dinero y lo metió en su morral—. Te crees que porque eres guapo todas las chicas quieren irse contigo. Bueno, pues no eres tan guapo como para que yo no pueda encontrar a otro.

Se marchó de la taberna hecha una furia, dando un portazo al salir.

«Bueno —pensó Han—. Al menos sigue siendo la misma de siempre».

## En los Álamos

Después del encontronazo con los guardias renegados en la vertiente occidental, Raisa temía tropezarse con más problemas en la Puerta del Oeste. Pero cuando llegaron a la Muralla Occidental de madrugada no vieron ni rastro de Mac Gillen. Los guardias que custodiaban la puerta pertenecían en su mayoría al ejército regular, una mezcla de casacas grises de las Tierras Altas y mercenarios con ribetes a rayas.

El sargento al mando, no obstante, era un Guardia de la Reina que se llamaba Barlow. Cuando Amon dijo a Barlow que eran cadetes que viajaban a Vado de Oden vía la Puerta del Este, el sargento reaccionó con mofa.

—De modo que no queréis atravesar Arden, ¿eh? Vosotros los cadetes preferís no ensuciaros el uniforme, ¿verdad? —dijo con tono cáustico, poniendo los ojos en blanco—. No queréis manchar de sangre vuestras relucientes armas antes de presumir de ellas en la escuela.

Se trataba del típico desdén que los soldados chusqueros mostraban por los formados en las academias. Los miembros de la Manada de Lobos se enfurecieron, pero Amon hizo caso omiso. Parecía ensimismado, teniendo menos que decir que lo que acostumbraba desde el incidente con Sloat y el rescate por parte de los guerreros Demonai.

Decepcionado al ver que Amon no picaba el anzuelo, Barlow agregó:

—Muy bien, cabo, si piensas que este camino es más seguro que viajar a través de Arden, pronto descubrirás que no es así.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Amon, finalmente prestando plena atención a Barlow.

El sargento escupió al suelo.

—El camino nuevo es intransitable. Los marismeños lo destrozaron. Tiraron un montón de rocas al desfiladero.

Amon lo miró de hito en hito.

—¿Cómo dice? Yo ayudé a construir ese camino. ¿Por qué iban a hacer algo así?

—Los marismeños han estado haciendo incursiones a lo largo de la frontera para robar ganado y comida —dijo Barlow—. Pusimos fin a los asaltos, así que estropearon el camino. Ahora, si quieres bajar a los Álamos, hay que tomar el camino viejo. Y eso significa bajar por el precipicio y aferrarte a las rocas heladas con las uñas de los pies. Los caballos nunca lo lograrán.

—Sigo sin comprender por qué destruyeron el camino —insistió Amon—. Se construyó hace sólo un año y medio. Diríase que eso va en contra de sus intereses.

El sargento se encogió de hombros, evitando la mirada de Amon.

—Supongo que ya no somos bienvenidos allí abajo. De todos modos, si conseguís bajar el precipicio sin partiros la crisma, descubriréis por qué lo llaman los Álamos Temblones. Veréis cómo tiritáis. Desearéis haber ido por el otro lado. Los marismeños os oirán llorar por vuestras mamás.

—Me figuro que habla por experiencia propia, señor —terció Raisa.

Su comentario suscitó sonrisas entre los demás Lobos y una mirada de advertencia por parte de Amon.

—Estuve allí hace poco más de un año —dijo Amon a Barlow—, y no tuve ningún problema. Paré en Rivertown y en Hallowmere.

—No me digas, ¿en serio? —El sargento se humedeció los labios y tragó saliva—. Bueno, pues ahora hay problemas. Escaramuzas a lo largo de toda la frontera. Baños de sangre por todas partes.

—¿Tan mal están las cosas, realmente? —preguntó Raisa—. No nos hemos enterado de nada de esto en la capital.

—Escúchame bien, cadete —dijo Barlow, y sus mejillas caídas se sonrojaron de irritación—. Los marismeños tienen planes especiales para bocados como vosotros. Os usarán como comida para los lagartos de agua. Así es como ofrecen sacrificios a sus dioses.

—Los lagartos de agua no existen, señor —dijo Raisa, poniendo los ojos en blanco.

El sargento dio un resoplido.

—Ya, eso lo dices ahora. Veremos qué dices después. Si es que vives para contarlo. Los lagartos de agua crecen hasta medir treinta metros de largo y sus dientes son del tamaño de una espada, ancha, e igual de afilados. Hablé con un hombre que vio a uno tragarse una balandra entera con todo el mundo a bordo.

—Iremos con cuidado, señor —dijo Amon—. Gracias por la advertencia. Y ahora, andando, Morley —le dijo a Raisa—, o tendréis que plantar las tiendas a oscuras.

«¿Y ahora qué? —se preguntó Raisa—. ¿Vamos a hacer a pie todo el camino hasta Vado de Oden? Si no podemos llevarnos los caballos con nosotros, no tendremos otra opción».

El sargento levantó la mano.

—Un momento —dijo—. Vosotras tres. Las cadetes. ¿Cómo os llamáis?

—¿Por qué lo pregunta, señor? —preguntó Amon, interponiendo su caballo entre los Lobos y el sargento.

—Bueno... —El sargento levantó la vista hacia la torre del fuerte, frunciendo el ceño—. Ahí arriba hay unos aprendices de mago que quieren ver a todas las damas que crucen por aquí.

—¿Y eso por qué, señor? —dijo Hallie, arrastrando las palabras—. Si está haciendo de casamentero, no me interesan los magos, lo digo sólo por si acaso.

Los Lobos Grises se rieron burlones y Barlow se puso más rojo.

—Según parece la princesa heredera se ha fugado o la han raptado o algo por el estilo —dijo el sargento—. Así que ahora montan guardia por si cruza la frontera por aquí. Ahora bien, como ya he dicho, sería una estúpida si tomara este camino.

—¿Por qué están persiguiendo a la princesa los magos? —preguntó Amon, procurando parecer despreocupado—. ¿No deberíamos ser nosotros quienes lo hiciéramos?

—Bueno, eso es lo que pensé —reconoció Barlow—. Aunque nunca se sabe, en los tiempos que corren. Los magos se están metiendo donde no los llaman.

—Señor, me sorprende que unos magos vengan a un lugar tan remoto como éste —dijo Raisa, intentando mantener firme la voz—, estando como están tan acostumbrados a tener servicio, buena comida y todo eso.

—Ahí le has dado —dijo el sargento Barlow, mirando a Raisa con un poco más de aprobación—. Hay tres, y no son mucho mayores que tú. Dicen que uno es el hijo del mismísimo Gran Mago.

«¡Micah!» A Raisa se le secó la boca y tuvo un escalofrío. Se volvió hacia Amon, tan inexpresivo como cualquier estatua de un templo.

—El teniente Gillen dijo que les diéramos cuanto quisieran —prosiguió Barlow—, pero han estado comiéndose y bebiéndose lo mejor que teníamos, acostándose a las tantas y durmiendo hasta tarde, exigiendo esto y aquello, y nunca están contentos con lo que les damos.

»Al principio se quedaron aquí abajo, en la puerta, pero hay tan poco tráfico que supongo que pensaron que no merecía la pena perder el tiempo. Así que ahora no puede molestárseles pidiendo que bajen en persona, sino que quieren que detengamos a todas las damas que lleguen y que mandemos aviso para que bajen a echarles un vistazo. —Carraspeó y escupió al suelo—. Como si tuviéramos personal de sobra. Envié medio escuadrón al Campamento Demonai y todavía no ha regresado.

Raisa levantó la vista hacia la torre de la fortaleza, una imponente estructura de piedra con troneras que dominaban el camino. Apartó la vista enseguida, reprimiendo el impulso de taparse la cara. Se le erizó el vello de la nuca y el corazón le latió con más fuerza. En ese mismo instante, Micah Bayar podría estar observándola.

El recuerdo de su traición aún le dolía. Micah la había embrujado con sus besos de mago y la ayuda de un amuleto de seducción ilegal. «Creo que podríamos estar muy bien juntos, le había dicho. Una vez que hayamos pasado por esto». Y «esto» significaba un matrimonio forzado con él.

—Bueno, señor, yo diría que Talbot, Abbott y Morley son soldados, no damas —dijo Amon con serenidad, aunque apretaba tanto las riendas que se le pusieron blancos los nudillos—. Bastante malo es ya que los magos metan las narices en asuntos que no les incumben. ¿Cree que el teniente Gillen querría que interceptaran el paso de unos cadetes de la Guardia de la Reina?

El sargento Barlow lo meditó un momento.

—¿Sabes qué?, me parece que no. —Se fijó en la trenza pajiza de Hallie, la piel

morena de Talia y el pelo mal cortado de Raisa—. Ninguna de vosotras es partidaria de la princesa, además.

Miró por encima del hombro hacia la fortaleza.

—Pero quizá será mejor que os marchéis antes de que los aprendices de mago salten de la cama.

Sin demorarse en aceptar el consejo del sargento, sus caballos traquetearon sobre el pavimento de canto que rodeaba la fortaleza y pasaron entre dos grandes estatuas de piedra tallada: la reina Hanalea y su hija Alyssa, fundadoras del nuevo linaje de reinas. Las antiguas reinas estaban cara a cara en ambos lados de la puerta, y sus largas sombras señalaban el camino. Raisa resistió la tentación de volverse a mirar por encima del hombro. Siguieron avanzando hasta que perdieron de vista la fortaleza.

—Ha faltado poco —dijo Raisa, frenando para hablar al oído de Amon—. Si Micah hubiese estado en la puerta...

No terminó la frase. Amon asintió.

—Gracias a la Hacedora que Barlow no tenga ningún aprecio por los magos.

—¿Qué pasa con los marismeños? —preguntó Raisa—. ¿Crees que sólo intentaba asustarnos?

Amon meneó la cabeza.

—No lo sé. Lo que ha dicho carece de sentido. —Apartó la vista de Raisa y gritó —: ¡Eh, Garret, adelántate y comprueba el estado del camino, a ver si lo que dice el sargento Barlow es verdad!

—A la orden, cabo Byrne —dijo Garret, hincando los talones en los ijares de su cabalgadura.

—¿Cuándo puede desobedecer una orden un soldado? —preguntó Raisa.

Amon juntó sus cejas morenas y echó la cabeza para atrás, mirándola por encima de la nariz.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Quiero saber qué podré esperar de mi Guardia en el futuro.

—Bueno, a los soldados se les enseñan dos reglas fundamentales. Una es que obedeces órdenes, incluso las que no te gustan, incluso aquellas con las que no estás de acuerdo. Si no lo haces, cometes insubordinación. La otra es que seguir órdenes no es excusa para ser injusto o poner en peligro la vida de otros soldados innecesariamente. Un buen soldado es una persona que piensa.

Raisa le miró pestañeando.

—Pero... ¿no es contradictorio?

Amon asintió.

—Es el dilema del soldado. La mayor parte del tiempo es bastante sencillo. Si tu comandante te dice que limpies las letrinas, lo haces aunque no quieras hacerlo. Si tu comandante te dice que tú y tus hombres encabecéis una carga, lo haces aunque tengas miedo. Si te dice que te retires, abandonas el campo aunque te hierva la

sangre.

Raisa asintió, acercando a *Switcher* al caballo de Amon.

—¿Cuándo puedes decir que no?

—Si desobedeces una orden, más vale que tengas un buen motivo. Muchas veces tienes que tomar esa decisión en un instante. Ése es el problema con la Guardia hoy en día. Hay demasiados soldados que no conocen la diferencia entre el bien y el mal.

Raisa apoyó la mano en la rodilla de Amon. Su pierna era todo músculo y hueso bajo la sarga de camuflaje, y Raisa sintió el habitual flujo de energía que corría entre ambos.

—¿Consideras que distingues el bien del mal? —preguntó Raisa.

—En efecto —dijo Amon, bajando la vista a la mano de Raisa—. Mi padre se aseguró de que así fuera. —Lo dijo con tanta vehemencia que Raisa se abstuvo de replicar. Al cabo de un momento, Amon prosiguió—. Pero no basta con distinguir el bien del mal. Necesitas el coraje necesario para hacerlo correcto, incluso cuando lo que más quieres en este mundo es hacer lo que está mal.

Dicho esto, espoléó a su caballo y rompió el contacto con la mano de Raisa.

Un par de kilómetros más adelante, Raisa percibió un ruido: un rugido sordo y melancólico, que iba en aumento a medida que avanzaban.

Mientras habían estado conversando, los demás se les habían adelantado. Mick cabalgaba de regreso hacia ellos.

—Son las Cascadas del río Dyrnne, señor. Tenga cuidado. Estamos casi encima de ellas.

Tampoco era que pudieras llegar a ellas inadvertidamente. Al frente, una gélida neblina blanca ocultaba el sendero. Al entrar en ella, a Raisa se le perló la piel y el pelo le formó mechones mojados. La punta de la nariz le goteaba. Amon se subió el cuello de la guerrera del uniforme y se echó el pelo de la frente para atrás.

Ahora que estaban apiñados cerca del río, Raisa pudo oler la ligera pero familiar pestilencia de la ciudad donde nació. Arrugó la nariz.

Un muro bajo cercaba el camino por ambos lados. Al frente, el río se dividía en torno a varias islas rocosas y espumeaba a lo largo de una serie de rápidos violentos mientras se acercaban a la escarpadura. *Switcher* se volvió asustadizo, saltaba nervioso y sacudía la cabeza.

En aquel punto, el Camino Nuevo torcía hacia el este, descendiendo en una serie de curvas muy pronunciadas hasta el fondo del valle. El camino viejo continuaba derecho, siguiendo el curso del río. Era poco más que un sendero pedregoso.

Garret aguardaba en el empalme.

—Es verdad, señor. El camino nuevo es intransitable. Está destrozado a cosa de un kilómetro de aquí.

«¿Y ahora qué?», pensó Raisa. ¿Tendrían que regresar por el paso de la Puerta del Oeste y arriesgarse a toparse con Micah Bayar otra vez? Quizás esta vez no tuvieran tanta suerte.

—Supongo que tendremos que tomar el camino viejo —dijo Amon.

«¿Te refieres a ese en el que hay que agarrarse con las uñas de los pies?», pensó Raisa.

—¡Desmontad! —ordenó Amon, y luego le dijo a Raisa—: Cuidado. Las rocas son resbaladizas, incluso para los caballos. Y si se asustan pueden precipitarse al abismo.

Los Lobos Grises saltaron de las sillas y agarraron nerviosos las riendas de sus animales. Continuaron a pie, haciendo crujir la extraña grava gris del sendero.

Y de pronto estuvieron al borde del mundo que Raisa conocía, contemplando un mar de neblina. Los halcones volaban en círculos sobre el borde del precipicio, impulsados hacia el cielo por las corrientes de aire ascendente.

—Señora de la luz —musitó Raisa. Dio un paso atrás, sintiéndose mareada, como si pudiera ser arrastrada por el incesante movimiento del agua. Amon le agarró el brazo para sostenerla.

El río Dyrnne se derramaba por el borde de un amplio saliente y caía atronador hacia el valle. El río era verde oscuro hasta llegar al borde y luego explotaba en rociones espumosos al chocar con las rocas que encontraba al caer. La neblina se pegaba al pelo y la ropa para acto seguido congelarse, de modo que en cuestión de minutos parecían una expedición de ancianos canosos.

Aquél era un lugar sagrado, cargado de historia. Durante la Guerra de la Conquista de los Magos, la reina Regina, la última reina libre del antiguo linaje, se vio atrapada con un reducido ejército de leales al borde de la escarpadura. Arrojó a sus hijas al abismo y luego saltó detrás de ellas para evitar que las capturasen. Pero el río se negó a engullir a la reina y las princesas, amortiguó su caída y las escupió con vida en la orilla de abajo. Un milagro por obra y gracia de la Hacedora.

Después de aquello, Regina inclinó su orgullosa cabeza, sabiendo que la estirpe estaba destinada a perdurar y que su redención residía en algún lugar del futuro. Las reinas pasaron trescientos años en cautividad antes de que el Quebrantamiento las liberase.

Avanzando con sigilo, Raisa atisbó por el borde del precipicio. Era como asomarse a un mar lechoso con los rasgos ocultos bajo un manto de neblina. Los Álamos Temblones eran un océano de hierba y árboles achaparrados, ninguno lo bastante alto para atravesar las nubes que flotaban a ras de suelo.

Raisa se estremeció, helada por la humedad y la perspectiva de descender a aquella neblina. Los Páramos sostenían que gobernaban los Álamos Temblones, pero Raisa nunca había estado allí y, que ella supiera, la reina Marianna tampoco. ¿Cómo podían reclamar lealtad a una tierra que conocían tan poco?

Tallado en un lado del risco, junto al río vio el borroso trazado de un sendero pedregoso, innegablemente poco utilizado. En lo alto del precipicio se erguía una fortaleza abandonada, con los muros en mal estado, inclinados y desmoronados por repetidas heladas y deshielos, y, junto a ella, un pequeño santuario dedicado a la reina



Regina. Una estatua de mármol presidía el lugar, manchada y desgastada por los elementos: la intrépida reina acunando a dos bebés. Raisa hizo la señal de la Hacedora y se arrodilló en la hierba ante el altar de la reina.

«Tenemos que honrar más las viejas costumbres —pensó—. Ésta es mi sangre, mi herencia, abandonada y descuidada. Antaño gobernamos en los Siete Reinos y ahora apenas si somos capaces de administrar uno».

Concluida su plegaria, se volvió y descubrió que Amon había subido hasta donde se encontraba ella. Estaba erguido, con las manos metidas en las axilas para calentarlas, y el viento le revolvía el pelo; estudiaba la pendiente del precipicio, como si realmente tuviera intención de bajar por allí.

—¿Eso es un camino? —preguntó Raisa, poniéndose de pie. Seguro que no.

—Éste era el único camino antes de que construyéramos el nuevo. Los marismeños no van a caballo, de modo que no necesitan un camino que sirva para que pasen caballos y carros.

—¿Y tú ayudaste a construir el camino nuevo?

—Pues sí. Mi padre ofreció el sudor de mi frente a cambio de que aprendiera las costumbres de los marismeños. —Hizo una pausa, mordiéndose el labio—. Tienen un sistema de deudas y pagos que llaman *gylden*. Son orgullosos; prefieren que estés en deuda con ellos que estarlo contigo.

»Lord Cadri es el gobernante de los marismeños. Hace años, mi padre lo salvó de morir desangrado tras un accidente de caza. Desde entonces ha estado intentando encontrar la manera de saldar el *gylden*, y mi padre tratando de que siga estando en deuda con él. No porque espere una recompensa, sino porque es una ventaja para los Páramos. Mi padre pidió a lord Cadri que me acogiera durante un verano. Eso debería de haber saldado parte de la deuda, pero ayudé a trazar y construir el camino nuevo..., de modo que sigue debiéndole *gylden* a mi padre.

—¿La reina Marianna está al corriente de todo esto? —preguntó Raisa.

Amon se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que no. Nunca ha prestado demasiada atención a los Álamos, habida cuenta de la guerra en Arden y otros problemas más acuciantes. Mi padre procura asegurarse de que no sea preciso informarla. No me ha gustado nada enterarme de que hay conflictos en la frontera.

Raisa no pudo evitar recordar a su madre advirtiéndole que se olvidara de cualquier sueño de emparejarse con Amon. «Son soldados y eso es lo que siempre serán», le había dicho la reina.

«No tienes ni idea del tesoro que posees en los Byrne, madre», pensó Raisa.

—¿Cómo bajaremos? —preguntó, secándose el aguanieve de la cara.

Amon se arrodilló al borde del precipicio para examinar un aparato de metal oxidado atornillado a la roca.

—Usaremos cuerdas de seguridad —dijo Amon—. Es demasiado arriesgado bajar sin atarse.

Se volvió y gritó órdenes a los demás Lobos, que sacaron rollos de cuerda de sus alforjas.

—¿Y los caballos? —preguntó Raisa.

—También bajarán atados.

Amon abrió con el hombro la puerta podrida de la pequeña fortaleza. Raisa oyó que revolvía cosas en el interior. Salió minutos más tarde, manchado de tierra y con el pelo lleno de telarañas pero satisfecho consigo mismo. Iba cargado de correas de cuero, accesorios de hierro y arneses.

Raisa miró todo ese material con recelo. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿En qué medida lo habían deteriorado la podredumbre y los roedores? *Switcher* sacudió la cabeza y resopló, como si advirtiera la consternación de Raisa. Raisa acarició el morro de la yegua para tranquilizarla.

Con destreza, Amon hizo una lazada con una cuerda en la gran polea enganchada al saliente rocoso y la aseguró con un pasador de hierro. Luego ató un arnés de amplias cinchas de cuero en torno a su cuerpo y entre las piernas y lo sujetó a la cuerda.

—¿Cómo sabes que funcionará? —preguntó Raisa, imaginando a los caballos asustados golpeándose contra las rocas del precipicio, rompiéndose las patas.

—Ya lo he hecho antes. —Amon se volvió hacia Mick y Hallie—. Primero bajaré yo, aseguraré el otro extremo y veré cómo está la situación en el fondo. Tiraré tres veces de la cuerda para que sepáis cuándo tirar de mí.

Amon se puso unos guantes de piel de ciervo. Agarró la cuerda con ambas manos, retrocedió hasta el borde del precipicio y dio un salto. Lo perdieron de vista.

Reprimiendo un grito de consternación, Raisa se asomó al precipicio y miró hacia abajo. El precipicio caía en picado desde el saliente; sólo se veía el abismo. Amon ya estaba unos treinta metros más abajo, haciendo correr la cuerda por la polea y sirviéndose de las piernas para mantenerse apartado de la pared. Al cabo de un momento lo engulló la neblina.

«Ya lo ha hecho antes», se dijo Raisa a sí misma. ¿Cuántos secretos más estaría ocultando?

Tardaron casi todo el día en bajar los caballos, los soldados y todos sus pertrechos hasta el fondo del precipicio. Los Lobos Grises cortaron varios troncos gruesos de pino que utilizaron para construir un cabrestante con el que bajar a los caballos. Amon vendó los ojos de los animales antes de descenderlos mediante grandes arneses fabricados a tal fin. Estas medidas mantuvieron a los animales alejados de la rocosa escarpadura de modo que no se hirieran, y redujo al mínimo su pánico y el tumulto. Para alivio de Raisa, las cinchas de cuero resistieron.

Raisa descendió cuando había tantos guardias en lo alto como en el fondo del precipicio. Salvo por una fea magulladura en el codo que se hizo al golpearse contra la pared, alguna abrasión en las manos a causa de la cuerda y una señal en el muslo donde la correa le rozó, llegó ilesa. El descenso le resultó excitante; era como volar.

Y a ello contribuyó el no poder ver lo lejos que quedaba el fondo por culpa de la niebla.

Amon se mostró sumamente aliviado cuando la vio sana y salva a su lado.

—No le cuentes nunca esto a la reina, ¿de acuerdo? —dijo Amon, como si no hubiera ya toda una lista de cosas que más valía no contarle a Marianna—. Y no le digas a mi padre que has bajado sola.

Para cuando todos estuvieron a buen recaudo en el fondo, ya empezaba a oscurecer. Plantaron las tiendas a la sombra de la pared de roca y tuvieron que aplicarse para encender hogueras en la brumosa humedad. Tras abreviar y dar de comer a los caballos, devoraron una cena fría. Nadie habló mucho. La gélida niebla parecía apretarlos por todos los costados.

—Me sorprende que nadie haya venido a recibirnos —dijo Amon—. Los marismeños suelen tener bien vigiladas las Cascadas. Habría sido lógico que vinieran a conocer a quien está tan loco como para usar el camino viejo. Rivertown sólo queda un poco más al sur, a orillas del río. Mañana pararemos allí a presentar nuestros respetos y pedir permiso de paso.

El viento arreció con el anochecer, y la neblina se removía y arremolinaba como una cohorte de espíritus inquietos. En varias ocasiones Raisa creyó ver pálidos rostros que los miraban desde los árboles, con ojos como agujeros abiertos en mortajas. Fue un alivio meterse en la tienda con Talia y Hallie y cerrar la portilla, dejando fuera el misterioso paisaje.

¿Cómo sería vivir allí siempre, cercada por la neblina?

La mañana siguiente los Lobos Grises se despertaron temprano y levantaron el campamento sin que los instaran a ello. Todo el mundo parecía ansioso por montar y proseguir la marcha.

El río Dyrnne parecía transformado. Encrespado y alborotado antes de las cataratas, se convertía en un plácido río de aguas mansas que se bifurcaba lánguidamente en un sinfín de afluentes.

El paisaje era extraño; acolchados prados de hierba alta surcados por tantos arroyos que resultaba difícil saber dónde era firme el terreno. Había árboles caídos por doquier, como si un gigante hubiese jugado a los bolos, pudriéndose y cubiertos de ásperos hongos blancos. La neblina se había congelado durante la noche, y la escarcha del suelo crujía al pisar a. El hielo vidriaba las lagunas y todas las briznas de hierba, amitas y ramas, transformando el marjal en un mundo surrealista desprovisto de color.

—Antes esto era más seco —dijo Amon—. Construyeron una represa aguas abajo del río Tamron, y el agua retrocedió hasta estos humedales. Eso fue lo que mató a los árboles.

La opacidad que los rodeaba resultaba opresiva. Un enemigo podría estar acechando a pocos metros y no tendrían manera de saberlo. Además la humedad parecía mojar y distorsionar los ruidos de modo que Raisa era incapaz de determinar

desde dónde y cuán lejos llegaban.

A Raisa le castañeteaban los dientes, y no sólo a causa del frío. Era como caminar a través de una pesadilla en la que en cualquier momento un demonio podía agarrarte con sus dedos fríos, reclamándote para el Quebrantador. Los cadetes escrutaban la blancura, forzando la vista, con las manos siempre prestas a empuñar las armas. Su alegría habitual se había deshecho en la gélida humedad.

Después de media hora de caminata doblaron un meandro del río y Rivertown surgió entre las tinieblas. Al menos lo que quedaba de ella.

—Por la sangre del Demonio —susurró Amon—. ¿Quién habrá hecho esto?

Tampoco era que Rivertown hubiese sido gran cosa, para empezar, sólo un grupo de frágiles viviendas situadas en torno a un pequeño templo a la orilla del río. Ahora estaba en ruinas; casi todas las construcciones, derruidas o quemadas. Había unas cuantas barcas medio hundidas en la orilla que asemejaban caparzones de cangrejos, con los cascos perforados o aplastados. Una serie de pilotes se alejaban del ribazo, los restos de lo que había sido un pequeño embarcadero.

Los Lobos Grises desmontaron para inspeccionar el lugar en busca de rastros de quienes habían vivido allí. Al menos no encontraron cadáveres, aunque quizá los habían arrojado al río o los supervivientes se los habían llevado con ellos.

Amon se agachó y cogió una canasta para el pescado entretejida con cordel y carrizos. Le dio la vuelta entre las manos y la pinchó con el dedo índice.

—Bueno, esto era Rivertown —dijo con gravedad—. Parece que aquí no ha habido nadie desde hace un par de meses, como mínimo.

—¿Crees que los atacaron o que lo destruyeron ellos mismos antes de abandonarlo? —preguntó Raisa.

Amon se encogió de hombros.

—No lo sé, pero supongo que los atacaron o los ahuyentaron. Estas gentes no tenían gran cosa. Se lo habrían llevado todo consigo, si hubiesen podido. —Pestañeando para quitarse gotas de lluvia de los ojos, miró río abajo—. Tal vez fueran mercenarios que subieran desde el sur, aunque es muy difícil decirlo con los indicios que hay aquí.

—Me pregunto adónde irían —dijo Raisa—. Los marismeños, quiero decir.

—¿Quién sabe? —Amon silbó para llamar a los demás Lobos que se habían desperdigado por el pueblo—. Creo que lo único que podemos hacer es seguir adelante —dijo cuando se hubieron reunido todos—. Tened las armas a mano y no os separéis. Morley, tú irás conmigo.

Prosiguieron cabalgando, recorriendo lo que parecieron kilómetros, siguiendo el curso del río hasta que, tal como Amon había predicho, éste se dividía en una red de arroyos por aquel laberinto inexplorado. Raisa había confiado en que la niebla escampara, pero daba la impresión de que no hacía más que espesarse. Resultaba imposible orientarse mirando el cielo. Delante, detrás..., en derredor todo era blancura lechosa.

La fría humedad comenzó a calar en los dedos de las manos y los pies de Raisa, penetrando lentamente hasta su mismísima médula hasta que comenzó a tiritar. Quizá no volvería a entrar en calor nunca más.

Amon sacó su brújula y los encaminó hacia el sur. Ahora que ya no seguían el río, la marcha todavía era más dificultosa. Chapoteaban al cruzar charcas y matorrales de hierba afilada que rasgaban las patas de los caballos y los pantalones de lona gruesa de los cadetes. Desmontaron y condujeron a los caballos a pie, preocupados porque sus monturas pudieran pisar agujeros ocultos y lastimarse. La luz fue cambiando a medida que el sol se fue poniendo, siendo éste el único indicio del transcurso del tiempo, salvo el creciente cansancio de Raisa y un vacío en el vientre que le avisaba de que no había comido nada en horas.

Siguió adelante con arrojo, dando tres pasos por cada uno de Amon. En varias ocasiones él la sostuvo cuando tropezó, como si supiera cuándo iba a perder pie.

Finalmente, el terreno ascendió un poco. El suelo devino más firme cuando atravesaron un bosquecillo de arbustos achaparrados de hojas correosas cubiertas de hielo.

Amon gruñó satisfecho.

—Éste es el sitio que buscaba. Es el terreno más alto en kilómetros a la redonda. Es el lugar más seco que hay en los Álamos y, si la niebla se disipa, podremos echar un vistazo alrededor. Podemos parar a pasar la noche un poco más adelante.

Mick rezongó.

—¿Tenemos que quedarnos en esta... mierda otra noche, señor?

—¿No podemos seguir adelante? —Garret flexionaba las manos enguantadas y las golpeaba contra los muslos tratando de desentumecerlas—. Prefiero caminar que sentarme y congelarme.

—La cabecera del río todavía queda lejos —dijo Amon—. No vamos a librarnos de esto hasta dentro de unos días, en esta época del año. Además, no podemos caminar a oscuras. Nos partiremos la crisma o terminaremos hundidos hasta la cintura en una ciénaga.

—¡Arriba ese ánimo, Garret! —dijo Hallie, tan jovial como siempre—. Te sentirás mejor en cuanto encendamos un fuego y hayas comido algo.

—Si es que logramos encender un fuego con esta humedad —rezongó Mick.

A Raisa le gustaba tan poco como a los demás la idea de pasar la noche en aquel gélido marjal, pero se moría por arrimarse a una hoguera. Avivó un poco el paso.

Caminaban en fila india, conduciendo a sus caballos, con una niebla tan espesa que apenas veían a la persona que llevaban delante, cuando un grito desde atrás hizo que la columna se detuviera.

—¡Hallie! ¿Dónde estás? —Una prolongada pausa—. No es momento de hacer tonterías. ¡Hallie!

Nada.

—¿Qué pasa, Mick? —gritó Amon desde su puesto en la cabeza.

—Es..., es Hallie, señor. Ha desaparecido.

Hallie era quien cerraba la marcha.

—¿Desaparecido? ¿Hace cuánto? —preguntó Amon.

—Menos de cinco minutos, señor. Acabo de volverme y no estaba.

Amon renegó.

—Os he dicho que no os separéis.

—Y así lo hemos hecho, señor —insistió Mick—. Iba justo detrás de mí, lo juro.

—¡A formar! —gritó Amon, y los Lobos Grises se agruparon, sujetando con fuerza las riendas de sus caballos, con los rostros pálidos e inquietos—. Muy bien. La encontraremos. No puede andar lejos.

»Garret, Talia, Morley y yo encenderemos un fuego y montaremos el campamento. El resto formad dos equipos de tres y explorad el sendero. Regresad en un cuarto de hora. Y tened cuidado. Ataos unos a otros si es preciso. No quiero tener que explicar a mi padre cómo perdí a mis hombres en los Álamos.

Habitualmente habría habido pullas y abucheos en respuesta a semejante orden, pero nadie parecía estar de humor para bromas.

Los otros seis cadetes desaparecieron en la neblina, desandando lo andado.

Raisa preparó un fuego metódicamente, sacando yesca seca de su morral envejecido por los elementos y un pedernal de los que usaban los clanes de sus alforjas. Amon y Garret plantaron las tiendas mientras Talia montaba guardia. Dejaron las armas al alcance de la mano.

Transcurrieron quince minutos, luego veinte, luego veinticinco, y ninguno de los otros Lobos regresó. Raisa no tardó en tener encendido el fuego, protegido de las miradas indiscretas por un murete de juncos y barro. Tendió unas cuerdas para poner a secar sus ropas mojadas. Tras sacar el pan duro, la carne ahumada y la fruta seca que constituiría la cena, puso agua a hervir para el té. Se obligó a sí misma a fingir que todo iría bien.

A medida que el tiempo fue pasando, Amon pasó de estar impaciente e irritado a tenso y poco comunicativo. Se sobresaltaba al menor ruido, y había infinidad de ruidos en el marjal que los rodeaba; ramitas heladas que crujían y hierba escarchada que susurraba como si unas manos invisibles la acariciara. La neblina se arremolinaba en torno a ellos, formando siluetas monstruosas a la luz de la hoguera.

Amon estaba de pie contemplando las llamas. La luz glaseaba las duras facciones de su rostro. «Sólo tiene diecisiete años —pensó Raisa—. Sólo es un año mayor que yo y, sin embargo, le han asignado esta inmensa responsabilidad. Si algo malo nos sucede a los demás, se culpará a sí mismo puesto que está al mando. ¿Hasta qué punto es justo?»

Entre la neblina, un caballo relinchó. Amon, empuñando la espada, corrió hacia donde estaban amarrados los animales.

Desapareció entre la niebla, con la espada delante de él.

—¡Hallie!

Su grito llegó a oídos de Raisa amortiguado por el aire denso.

Poco después reapareció, tirando de un animal sin jinete.

—Es el de Hallie —dijo concisamente, atándolo junto a los demás.

Talia y Garret exploraron los alrededores del campamento, recogiendo cuanto pudiera quemarse y poniendo cuidado en no perderse de vista. Amon atendió a los caballos, pero no les quitó todos los arreos, como si previera que quizá tuvieran que marcharse a la carrera.

«¿Adónde iríamos?», pensó Raisa. Ningún indicio hacía más recomendable un lugar concreto en aquel laberinto inexplorado. Nada sugería que un sitio fuese más seguro que otro. Lo mejor sería quedarse allí, donde aún era posible que los demás lograsen encontrar el camino de vuelta. Entró a gatas en las tiendas y comenzó a preparar los camastros, diciéndose a sí misma que los demás estarían agotados y con ganas de acostarse pronto si regresaban.

Estaba terminando en la tercera tienda cuando oyó un grito que se interrumpió bruscamente. Luego pasos presurosos, alguien que corría haciendo crepitar el matorral y los gritos de Amon.

—¡Garret! ¡Talia!

Raisa se quedó petrificada, conteniendo el aliento. Un instante después se sobresaltó cuando Amon abrió la portilla de la tienda, se acurrucó a su lado y le habló al oído.

—Se han marchado —dijo—. Son los marismeños, tienen que serlo. No sé cuántos son, pero creo que debemos suponer que nos superan en número.

—¿Tenemos que huir? —susurró Raisa.

—Si huimos también nos capturarán. Voy a intentar que vengan para averiguar qué está sucediendo. No es propio de ellos atacar sin que los provoquen.

—Tal vez las cosas han cambiado desde que estuviste aquí —dijo Raisa, y en cuanto lo hubo dicho se arrepintió al ver el dolor y la culpabilidad del semblante de Amon.

Amon le pasó una alforja.

—Aquí dentro hay un poco de comida y pertrechos. Voy a salir a pedir una reunión. Tú quédate aquí dentro y escucha. Si las cosas se tuercen, sal por detrás y escapa. Quizá consigas eludirlos, siendo una persona sola.

¿Cómo sería oír cómo asesinaban a Amon y luego salir huyendo sola por aquel espantoso marjal con sus asesinos pisándole los talones?

—No. No me iré —respondió Raisa—. Permaneceremos juntos, pase lo que pase. Moriremos juntos, si es preciso.

—Por favor, Raisa —dijo Amon, apretándole las manos con tanta fuerza que le hizo daño—. Esto es culpa mía. No tendríamos que haber venido por este camino. Pensé que sabía en qué nos estábamos metiendo, pero tendría que haber hecho caso a Barlow. Dame una oportunidad de salvarte aunque sea perdiendo a los demás.

—Todos creímos que ésta era la mejor manera de cruzar la frontera —dijo Raisa

—. Incluso tu padre. Ahora no pienso cuestionarlo. Pase lo que pase, creo que juntos estaremos más seguros. —Raisa gateó hasta la entrada de la tienda—. Ahora, salgamos. Me parece mejor que vayamos en su busca que esperar a que vengan por su cuenta.

—De acuerdo. —Adelantándose un poco, Amon le apoyó una mano en la espalda—. Pero mantente en un segundo plano, por favor. No quiero que sepan quién eres en realidad. Voy a pedir una negociación.

Salieron a la inquietante vacuidad del campamento. Amon fue a buscar su vara. Sosteniéndola con las palmas hacia arriba, la levantó horizontalmente delante de él y luego la dejó en el suelo en medio del claro. Se apartó de ella, dando tres pasos largos hacia atrás, y luego gritó algo en lo que Raisa supuso que debía de ser el idioma de los marismeños.

Un idioma más que desconocía. ¿Por qué no lo había estudiado nunca?

La respuesta era ésta: sus tutores y consejeros de Fellsmarch consideraban que los marismeños eran poco menos que salvajes. No utilizaban armas ni herramientas de metal, no montaban acaballo y vivían con simplicidad, en viviendas que trasladaban de un sitio a otro.

Amon aguardó una respuesta y, al no recibir ninguna, repitió la llamada. Tras la tercera repetición, unas siluetas surgieron de la neblina y se aproximaron a ellos.

Eran tres; un joven, en realidad un chico, dos o tres años menor que Raisa, y un hombre y una mujer de mediana edad. Tenían las mismas cejas negras pobladas y la misma nariz recta y prominente. Vestían prendas claras semejantes a togas que hacía difícil distinguirlos en la gélida neblina. Los tres portaban varas de combate como la de Amon.

El joven se encaró con Amon. En contraste con la sencilla arma de Amon, su vara presentaba intrincadas tallas de peces, serpientes y otras criaturas fantásticas. Era lo bastante pequeña para adaptarse a su estatura y su complexión delgada. Su atuendo presentaba decoraciones más elaboradas que las de sus acompañantes, bordado con pálidos hilos de plata con un motivo que imitaba los reflejos del sol en el agua rizada y escamas de pez.

—Buen día, Dimitri —saludó Amon en lengua común, extendiendo los brazos hacia el joven.

—Cabo.

Dimitri no hizo ademán de corresponder al gesto de Amon sino que se mantuvo donde estaba, agarrando su vara, con el rostro impassible. Amon ladeó la cabeza, estudiando el semblante de Dimitri, y retiró las manos, dejándolas caer en los costados.

—Buen día, Adoni y Leili —dijo Amon, volviéndose hacia el hombre y la mujer de más edad. Éstos permanecieron tiesos y carentes de expresión, con sus varas en ristre.

Tras una incómoda pausa, Dimitri se agachó y dejó su vara en el suelo junto a la



de Amon. Se puso recto y dio un paso atrás.

Amon se sentó sobre los talones, mostrándose aliviado.

El hombre y la mujer siguieron el ejemplo de Dimitri aunque ninguno de los dos parecía contento de hacerlo. Flanqueaban a Dimitri, situados a ambos lados y un poco por detrás de él.

—¿Podemos hablar en lengua Común para que todos nos entendamos? —dijo Amon, señalando a Raisa con un ademán. Dimitri miró a sus compañeros y éstos se encogieron de hombros—. ¿Compartiréis mi fuego? —preguntó, mostrando la pequeña fogata que había encendido Raisa.

Los marismeños fruncieron el ceno, renuentes a aceptar si quiera aquella pequeña muestra de hospitalidad.

«Huesos —pensó Raisa, tiritando—. Está claro que nos van a matar».

Finalmente, Dimitri se quitó la capa, la arrojó al suelo y se sentó encima de ella. Los otros hicieron lo propio, acomodándose con las piernas cruzadas en torno al fuego.

Amon también se sentó, y Raisa se sentó a su lado.

—Ella es Rebecca Morley —dijo Amon, tocando el hombro de Raisa.

—¿Estáis esposados? —preguntó Leili a bocajarro. Irónicamente, la lengua Común siempre sonaba más formal que las otras lenguas que se usaban en los Siete Reinos.

—No. —Amon negó con la cabeza, al tiempo que se sonrojaba—. Es cadete. De primer año.

—Otra soldado, pues —dijo Dimitri.

—No es una soldado —repuso Amon—. Sólo una estudiante.

—Sigue siendo soldado —dijo Dimitri, mirando a Adoni y Leili, que asintieron.

La inquietud de Raisa aumentó. «Son sus consejeros —pensó—. Los mira en busca de orientación. Y ellos nos odian».

—¿Ahora eres lord? —preguntó Amon a Dimitri.

—Así es —dijo Dimitri, toqueteando con timidez los intrincados bordados de los dobladillos de sus mangas.

—¿Qué hay de tu padre? —preguntó Amon con su franqueza habitual—. ¿Dónde está?

—Mi padre murió en Rivertown —contestó Dimitri.

—Lamento recibir tal noticia sobre lord Cadri —dijo Amon—. ¿Cómo sucedió?

—¿Por qué has venido aquí con soldados? —saltó de repente Dimitri.

—Estamos cruzando —explicó Amon—, camino de la academia de Vado de Oden. Me detuve en Rivertown para pedir que nos bendijeran el viaje y me encontré con que había desaparecido.

—Sí —dijo Dimitri—. Rivertown ha desaparecido. Destruida por soldados de los Páramos a mediados del verano.

¡Dulce Hanalea! Raisa abrió la boca y acto seguido volvió a cerrarla sin decir

nada.

—En la Muralla Occidental me dijeron que ha habido conflictos a lo largo de la frontera —dijo Amon—. ¿Qué está ocurriendo?

El hombre mayor habló en la lengua del pantanal, gesticulando vivamente.

Dimitri miró a Raisa y le tradujo lo dicho.

—La Reina de los Páramos nos envía un río Dyrnne lleno de venenos. Cada día va a peor. Los peces no pueden vivir en un agua que también mata las plantas que recolectamos para comer. Nuestros hijos enferman y mueren. Sin embargo, cuando protestamos, ella no hace nada. Esto ha sido un problema durante mucho tiempo, pero ahora es peor de lo que ha sido nunca.

Amon asintió.

—Lo sé. Han llegado a la Marca de los Páramos montones de refugiados de la guerra de Arden. Acampan en las orillas y vacían los orinales en el río. Así ha empeorado una situación que ya era mala.

El río llevaba en malas condiciones desde donde alcanzaba la memoria de Raisa. La red de alcantarillado de Fellsmarch se había construido cientos de años atrás, durante alguna remota y próspera época en la que se velaba por los servicios públicos. Ahora, con el coste de mantener un ejército de mercenarios y la progresiva disminución en la recaudación de impuestos debido a la caída del comercio a causa de la guerra, parecía que nunca hubiera suficiente dinero para pagar las reparaciones.

Los clanes se quejaban de que enviaban un río limpio desde las Espiritus orientales para que luego los habitantes del Valle lo utilizaran como vertedero de basuras.

—Si ya no podemos alimentar a nuestras familias —prosiguió Dimitri—, no tenemos otra alternativa que robar a los demás, sobre todo a quienes han causado el problema. De manera que hemos enviado asaltantes al otro lado de la frontera a hacer acopio de alimentos en Tamron y los Páramos.

—Y la Guardia destruyó Rivertown como represalia —dijo Amon.

Dimitri asintió.

—Sí. Yo estaba fuera entonces. Bajaron desde la fortaleza de lo alto de la escarpadura, usando el camino que tú y yo construimos. Quemaron y derribaron todas las casas, perforaron las barcas, destruyeron los muelles, se llevaron las redes, las herramientas, el pescado seco y el grano que habíamos almacenado para el invierno. Mataron a todos los que no huyeron, desde ancianos a bebés. Ataron de pies y manos a los niños y los arrojaron vivos al río para que se ahogaran.

Raisa recordó lo que Barlow había dicho. «Los marismeños han estado haciendo incursiones a lo largo de la frontera para robar ganado y comida. Hemos puesto fin a los asaltos».

—Sangre y huesos —murmuró—. Lo siento mucho.

Dimitri miró a Raisa, frunció el ceño con aire reprobatorio y luego se volvió de nuevo hacia Amon.

—Mi madre está muerta, igual que mis hermanas. Mataron a la mayoría de los hombres del pueblo, a mi padre y al suyo, a mis hermanos, a todos mis tíos excepto Adoni. Quienes escaparon están refugiados en Hallowmere, junto al mar. —Dimitri hizo un gesto de impotencia—. Los que siguen vivos seguramente morirán de hambre este invierno. Sacamos algo de pescado del mar, pero nuestras barcas no están construidas para las tempestades de invierno del Leewater. Y de nuestro acopio de comida para el invierno no ha quedado nada.

—Dimitri, Adoni, Leili, esto no puede quedar así —dijo Amon, con sus ojos grises oscurecidos de ira—. No voy a permitirlo. ¿Sabes quién mandaba a los que os atacaron?

—Qué más da —dijo Leili con amargura—. Los soldados son todos iguales. —Abrió los brazos vacíos—. Mis hijos han muerto.

—Ahora yo soy lord en sustitución de mi padre —dijo Dimitri—. El tío Adoni y la prima Leili son mis consejeros. Hemos seguido cruzando la frontera para robar lo que podamos a los de los montañeses. Hemos destruido el camino nuevo para dificultar el paso de hombres, caballos y armas. Pero tarde o temprano los montañeses se descolgarán por la escarpadura y atacarán Hallowmere, y es probable que nos empujen al mar. Esto es una lucha a muerte. Así que comprenderás por qué los soldados no sois bienvenidos.

—No hemos venido a luchar. Y lo sabéis —dijo Amon.

—¿En serio? —repuso Adoni, con expresión dura e impasible.

—¿Dónde están los demás cadetes? —preguntó Amon, mirando a Dimitri a los ojos—. ¿Siguen vivos?

—Siguen vivos —dijo Dimitri. Raisia recobró el ánimo hasta que Dimitri añadió —: Pero no por mucho tiempo.

—Me conoces y conoces a mi padre —dijo Amon. Se sentó muy erguido, con las manos en las rodillas—. Mi padre le salvó la vida a tu padre. Nunca te hemos mentido. Lo único que queremos hacer es seguir hasta Tamron y dejaros en paz.

—No hay paz que valga —dijo Dimitri—. Ahora ya no.

Adoni se inclinó hacia Dimitri y le dijo algo en la lengua del pantanal.

—Mi tío dice que mi deuda ha sido saldada con las muertes de mi padre y mis tíos. Los Páramos nos deben *gylden* por cientos de vidas. Vuestras muertes contribuirán a saldar esa deuda.

—Mi padre no tuvo nada que ver con la destrucción de Rivertown —repuso Amon—. Jamás ahogaría a un niño. Lo más probable es que ni siquiera sepa lo que ha ocurrido.

—Es el capitán de la Guardia de la Reina —dijo Leili en la lengua Común—. Es responsable, junto con la reina y el ejército. Quizá la pérdida de su hijo le ayude a reconocer el sufrimiento que ha causado.

—Tú y tus compañeros moriréis honorablemente —terció Adoni—, porque tu padre es un hombre honorable.

—Sabéis que no soy vuestro enemigo —dijo Amon, mirando uno por uno a los marismeños—. Como tampoco lo son mis cadetes. Mi padre tiene voz en la corte. Si nos dejáis marchar, me aseguraré de que hable en vuestro nombre. Matarnos no solucionará nada, y lo pondréis en contra vuestra. Generaréis una deuda de honor que nunca podréis pagar.

Raisa sabía lo que Amon estaba pensando. Si matáis a la princesa heredera, no habrá posibilidad de reconciliación. Jamás.

—Lo siento —dijo Dimitri—. Eras mi amigo. Quizá podamos ser amigos de nuevo en la otra vida. Pero no en esta tierra. Ahora nos dividen demasiadas muertes.

«Se ha rendido —pensó Raisa—. Piensa que todo ha terminado. Es como un muerto viviente aguardando a dejar de respirar. Y su pueblo pagará por ello».

Raisa miraba fijamente la neblina, parpadeando para quitarse de los ojos gotas de lluvia helada y lágrimas de frustración. La niebla se arremolinó, fundiéndose en una gigantesca loba gris clara sentada de cara a ella, con la lengua asomando entre dientes afilados como cuchillas. Sus ojos verdes resplandecían a la luz de las llamas y una escarcha de hielo brillante le plateaba el pelaje.

El Lobo Gris, el tótem de su linaje. Significaba riesgo. Oportunidad. Momento crucial.

«Me niego a morir aquí —dijo Raisa a la loba—. Sólo tengo dieciséis años. Me queda mucho por hacer».

La loba se sacudió, lanzando pedacitos de hielo al fuego que crepitó y despidió chispas hacia el cielo. Mostró los dientes, gruñendo, y luego soltó tres hipidos agudos.

¿Era alguna clase de señal? ¿Un camino que seguir?

Raisa se puso de rodillas, inclinándose hacia delante con los puños apretados.

—Si teníais intención de matarnos a todos —dijo a Dimitri—, ¿por qué habéis aceptado esta reunión? —Los tres se volvieron hacia ella; su furia los pilló por sorpresa—. Decís ser el líder de vuestro pueblo. Si lo sois, tenéis que salvarlo.

Dimitri la miró pestañeando.

—No lo entiendes —comenzó.

—Creo que sí —replicó Raisa—. Destruyeron Rivertown. Mataron a vuestra familia. Es algo espantoso. El disgusto os tiene abrumado. Os sentís paralizado. Le ocurriría lo mismo a cualquiera que estuviera en vuestro lugar. Pero vos no podéis permitir os el lujo de regodearos en el dolor.

Amon agarró la rodilla de Raisa.

—Cállate, Morley —gruñó.

—Tiene que oír esto —dijo Raisa—. ¿Qué importa que no le guste? De todos modos va a matarnos. —Se levantó y caminó de un lado al otro, golpeándose la palma de la mano con el puño para poner más énfasis en sus palabras—. Sabéis que no somos vuestros enemigos. Sabéis que no suponemos un peligro para vosotros. Y sabéis que matarnos no mantendrá al ejército de los Páramos fuera de vuestro

territorio. El único motivo que tenéis para matarnos es la venganza, a fin de equilibrar la deuda que a vuestro juicio ha contraído con vos la reina de los Páramos. —Dio media vuelta, encarándose a Adoni y Leili—. Es muy fácil. Vuestros consejeros os alientan a hacerlo. Ellos también lloran a sus muertos, y os hará sentir bien a corto plazo. Sentiréis que estáis haciendo algo, cuando ahora mismo os sentís impotentes.

»Pero sois responsable de vuestro pueblo, y matarnos será pernicioso para vuestra gente. Los gobernantes no pueden elegir el camino más fácil. No siempre puedes hacer lo que quieres hacer.

Amon se quedó inmóvil, con las manos apoyadas en los muslos, como si al moverlas pudiera provocar una explosión. Adoni y Leili miraban a Raisa con una mezcla de asombro e irritación.

—Cállate, chica —gruñó Adoni—. No necesitamos que un soldado novato de las tierras altas nos dé un sermón sobre lo que podemos y no podemos hacer.

Pero Dimitri levantó la mano para acallar a su tío sin apartar los ojos de Raisa.

—Dices que no puedo vengarme. ¿Qué puedo hacer entonces? —preguntó secamente.

—Podéis tomar la decisión que sea mejor para los Álamos sin tener en cuenta vuestros propios deseos. Prescindiendo de la usanza. Podéis hacer algo inteligente. Si dejáis que nos vayamos, el cabo Byrne trasladará vuestro agravio a su padre y a la reina. Será vuestro defensor, y yo también.

Raisa se dio cuenta de que esa promesa quizá fuese difícil de mantener dado su autoimpuesto estatus de exiliada. Ya encontraría la manera. De un modo u otro. Si sobrevivía.

Regresó junto al fuego y se puso en cuclillas delante de Dimitri.

—¿Qué es más probable que beneficie a vuestro pueblo, asesinarlos o dejarnos marchar?

—Esta chica es una hechicera —dijo Leili a Dimitri—. ¿Por qué deberíamos creerle?

Dimitri juntó las manos y se golpeó la barbilla con los índices, pensando.

Acaso sospechando que su sobrino vacilaba, Adoni habló.

—Lord Dimitri, podríamos dejar que el cabo Byrne se marchara. Así el capitán Byrne estaría en deuda contigo. Luego matamos al resto —dijo, y fulminó a Raisa con la mirada, como si fuese la primera de la lista.

—Eso es inaceptable —dijo Amon—. Soy responsable de mi escuadrón. No me marcharé, dejándolos morir. ¿Crees que mi padre daría la bienvenida a un cobarde?

—La elección es tuya —dijo Leili, encogiéndose de hombros—. Quédate y muere con ellos, si insistes.

Dimitri seguía mirando fijamente a Raisa, como si estudiara su semblante en busca de pistas. Luego miró más allá de ella, hacia donde la loba gris aguardaba en el bosque sin perder detalle de la reunión en torno al fuego. Dimitri se puso tenso, pestañeó y se frotó los ojos.

Raisa se volvió, siguiendo su mirada. La loba se levantó, se sacudió y se fue trotando hasta que la cola desapareció en la niebla.

Dimitri se levantó bruscamente, pálido y resuelto.

—Leili, Adoni, hablemos en privado.

Se alejaron un poco y mantuvieron una acalorada discusión.

—Vete —dijo Amon a Raisa—. Los distraeré para que puedas escapar.

—No —dijo Raisa—. Me quedo. Dimitri merece la oportunidad de tomar la decisión correcta. Si huyo, parecerá una estratagema y os matarán a ti y a los demás.

—Bah. Lo más probable es que de todos modos estemos rodeados —masculló Amon, escrutando la niebla—. Estás loca, lo sabes, ¿verdad? —agregó sin mirarla.

«No, loca no —pensó Raisa—. Estoy enfadada. Me repugna y consterna lo que se ha estado haciendo en nombre de la dinastía Lobo Gris».

Los tres marismeños regresaron junto a la hoguera. Adoni y Leili estaban sumamente descontentos, cosa que dio esperanzas a Raisa.

—He tomado una decisión —anunció Dimitri—. Dejaremos que tú y tus cadetes viváis, cabo, de manera que podáis transmitir nuestra queja formal a tu padre y él pueda usar su influencia sobre la reina. ¿Dais vuestra palabra de honor de que lo haréis? —Miró a Amon y luego a Raisa—. ¿La hechicera incluida?

—Haré cuanto esté en mi mano para que vuestras quejas lleguen a oídos de quien corresponde —dijo Raisa, y luego se mordió el labio, consciente de que no se había expresado como un soldado.

—¿Dónde encuentras cadetes como ésta, cabo Byrne? —Dimitri enarcó una ceja. Se volvió hacia Adoni y Leili—. Id a buscara los demás soldados —dijo—. Yo aguardaré aquí con los de las tierras altas. —Viendo que titubeaban, agregó—: Como he dicho, no son nuestros enemigos.

Los consejeros de Dimitri abandonaron el campamento, volviendo la vista atrás varias veces.

Dimitri aguardó hasta asegurarse de que no pudieran oírle y entonces dijo:

—Uno de nuestros destacamentos de asalto trajo noticias de las tierras altas. Dicen que la princesa heredera de los Páramos se ha fugado. —Dimitri miró de hito en hito a Raisa al decirlo. Amon avanzó un poco, interponiéndose entre Raisa y Dimitri—. ¿Por qué motivo crees que huyó? —preguntó, todavía mirando a Raisa.

—A lo mejor quería saber lo que estaba ocurriendo realmente en el mundo con vistas a ser mejor gobernante —dijo Raisa, encogiéndose de hombros, no sin percibir la extrema desaprobación de Amon.

—Dicen que ya está haciendo las cosas a su manera —dijo Dimitri—. Dicen que ha fundado una obra benéfica que se llama Misión Rosa Silvestre para educar y alimentar a los pobres de vuestra capital.

—Hace lo que puede, lord Dimitri —dijo Raisa—. Rosa Silvestre es el emblema y el nombre de clan de la princesa heredera. Esperad, os lo enseñaré.

Cruzó el campamento hasta donde estaban atados los caballos, abrió una alforja,

poniendo cuidado en moverse despacio y deliberadamente. Sacó un trozo de seda bordado con su motivo de la rosa mosqueta. Regresó junto a Dimitri y se lo dio.

—Este pañuelo lleva el emblema de la princesa heredera. En cuanto la princesa regrese a Fellsmarch, podéis utilizarlo como muestra de amistad. Si alguna vez necesitáis su ayuda o tenéis que hacerle llegar un mensaje, enviad este pañuelo con el mensajero y os garantizo que seréis escuchado.

Dimitri permaneció inmóvil durante un largo momento, con la tela colgada en sus manos. Luego la guardó cuidadosamente dentro de su guerrera e inclinó la cabeza.

—Algún día, mi señora, la princesa heredera será reina —dijo Dimitri—. Y me deberá *gylden* —añadió, sonriendo.

Raisa correspondió a su sonrisa.

—Desde luego que sí —dijo—. Y, algún día, tal vez enseñéis a la princesa Raisa a jugar a *sticking*.

—Estaré aguardando la ocasión. Por el momento, le enviaré una prueba de mi amistad para que me recuerde. —Dimitri recogió su vara, la sostuvo con las palmas abiertas y se la alcanzó a Raisa—. Para la futura reina de los Páramos. De todos modos, ya casi me queda pequeña —agregó, irguiéndose tanto como pudo.

Raisa aceptó la vara con solemnidad, notando su equilibrado peso en sus manos.

—Me aseguraré de que la reciba. Parece tener la medida justa.

Lord Dimitri se volvió hacia Amon.

—Voy a devolver las armas a tus soldados. Pero tienes que prometer que no las usarán contra nosotros.

Adoni, Leili y una docena más de marismeños surgieron de la neblina, conduciendo a Mick, Talia, Hallie y los demás Lobos Grises. Los cadetes formaron un grupo aparte, y se quedaron mirando alternativamente a Amon y Raisa y a sus captores, sin decir nada.

Garret y Hallie se veían magullados y apaleados, como si hubiesen peleado con encono. El resto parecía alterado, pero por lo demás no había nada que temer.

—Devolvedles las armas —ordenó Dimitri. Los marismeños devolvieron espadas, dagas, puñales, arcos y carcajes. Los moradores del pantanal les entregaron los objetos metálicos con evidente desagrado. Raisa metió su nueva vara en el tahalí, junto con su espada.

Dimitri bosquejó un mapa en el suelo para mostrarles el camino.

—La neblina debería escampar a medida que avancéis hacia el sur. Encontraréis la cabecera del Tamron a dos días de marcha.

Les ofreció pan para el viaje, pero Amon lo rechazó educadamente, sin duda pensando en los marismeños que estaban pasando hambre en Hallowmere.

Montaron y dirigieron sus ponis hacia el sur otra vez, confiando en la brújula de Amon y en las indicaciones de Dimitri. Ninguno de los Lobos volvió la vista atrás, como si haciéndolo pudieran romper el hechizo que se había adueñado de sus captores.

Hallie aguardó hasta estar bien lejos antes de acercarse a su caballo al de Amon.

—¿Qué ha pasado allí atrás? Creía que los dos estabais muertos y que nosotros no tardaríamos en estarlo, cuando de repente nos desatan, nos conducen de vuelta al campamento y nos tratan como si se tratara de un error.

—Morley ha explicado a Dimitri cuáles son las responsabilidades de un gobernante —dijo Amon. Sus ojos grises estudiaron a Raisa con ardiente curiosidad, como si así fuese a entender qué clase de magia había empleado.

—¿Cómo dices? —Hallie miró a Raisa y luego a Amon—. No lo capto.

—Según parece, Morley es una hechicera —dijo Amon, y pese a las preguntas de Hallie, no dio más explicación.



## Los demonios de las llanuras

Han y Bailarín salieron de Delphi por la mañana temprano después de la partida de cartas, sin haber vuelto a ver a *Gata* Tyburn. Han se preguntaba qué decidiría hacer Gata; quedarse en Delphi, seguir viajando o regresar a casa.

El chaqueta azul de la frontera llevaba razón en una cosa: al sur de Delphi, Arden era un lugar peligroso. Han y Bailarín cabalgaban a través de un paisaje marcado por la guerra: haciendas quemadas y cosechas pisoteadas por botas de soldados. Si el príncipe Geoff tenía intención de declarar la victoria tal como había dicho la camarera, se iba a encontrar con la mitad del trabajo hecho.

Rudos mercenarios y soldados armados atestaban los caminos, con y sin uniforme, algunos luciendo desconocidas insignias de las distintas familias en guerra: el Halcón Rojo, el Águila Bicéfala, la Torre sobre el Agua y el Cuervo en el Árbol.

Han y Bailarín los evitaban a todos. Lo último que querían era que los reclutara el ejército de un insignificante caudillo para acabar muriendo en una guerra entre extranjeros. Dormían en los bosques, a menudo sin el confort de una hoguera que tal vez atraería la atención de ojos poco amistosos. Los numerosos rodeos les estaban costando un tiempo valiosísimo.

A medida que viajaban hacia el sur, las colinas se allanaban formando altiplanos que luego descendían hacia vastas llanuras salpicadas de bosques donde el viento, el agua y el hombre moldeaban la tierra. Incluso en los bosques, Han se sentía extrañamente expuesto y vulnerable. Estaba acostumbrado al reconfortante marco de los montes y las colinas, de los muros y los edificios que definían y aproximaban el horizonte.

Han no lograba quitarse de encima la inquietante sensación de que estaban siendo vigilados y seguidos. Ponía trampas por arte de magia en torno a sus campamentos, pero desistió de hacerlo porque los mapaches los mantenían en vela toda la noche.

Eso fue lo más peligroso que se aproximó a ellos. Achacó su inquietud al hecho de hallarse en terreno desconocido y al persistente recuerdo de la persecución de que había sido objeto en los Páramos.

Han entendió por qué Arden era llamado el Granero de los Siete Reinos. La tierra era profunda, fértil y negra, menos propensa a los afloramientos de roca que el huesudo esqueleto de los Páramos. Han había confiado en poder complementar sus provisiones de galleta, embutido y fruta seca con alimentos frescos de las granjas que encontrasen por el camino. Pero encontraron muy poco que buscar y menos aún que comprar. Era como si una plaga de la época del Quebrantamiento hubiese asolado los campos, acabando con cualquier cosa comestible.

Aunque los días de otoño se acortaban y la niebla envolvía los campos por la mañana, el clima daba la impresión de haberse detenido en el final del verano. Viajaban lo bastante deprisa para mantenerse por delante del cambio de estación.

Cuando ya no pudieron soportar más el hedor de los cadáveres que llevaban demasiado tiempo en el camino ni engullir otra ración de galleta y salchichón duro, paraban en posadas, evitando la sala común salvo para la cena. Llevaban sus amuletos pero los mantenían ocultos bajo la ropa, procurando no buscarse problemas en un reino donde la magia estaba prohibida.

En las posadas, él y Bailarín compraban velas, se retiraban a su habitación y se enfrascaban en la lectura de los libros de encantamientos que Elena les había dado. Cuando acampaban, ensayaban trucos de magia, aprovechando la limitada experiencia de Bailarín. Durante las largas jornadas a caballo, mantenían la mano en sus amuletos, haciendo acopio de poder para los días venideros.

Bailarín estudiaba otro libro que tenía, delgado y maltrecho, con las páginas de papel cebolla escritas en lengua de los clanes e ilustraciones de amuletos y talismanes. En su diario dibujaba objetos mágicos y emblemas de poder.

«Sigue empeñado en ser mago», pensaba Han.

Aunque cada noche Han terminaba extenuado, a menudo dormía mal, con el amuleto entre las manos. Algunas noches lo asaltaban extrañas pesadillas, imágenes de lugares donde no había estado jamás, personas a las que no conocía. Casi nunca recordaba esos sueños, pero se levantaba cansado, con dolor de cabeza, como si hubiese seguido estudiando hasta entrada la madrugada.

Después del episodio en la frontera, Han recelaba de los accidentes mágicos, pero como mejoró su capacidad de control, no se produjeron nuevos arrebatos de poder. Podía plantar un seto espinoso donde quisiera, cosa que resultaba inútil las más de las veces, pero era el hechizo más sofisticado que conocía.

A veces le carcomía la preocupación. Si el amuleto había pertenecido alguna vez al rey Demonio, si éste lo había usado tal como Han lo estaba haciendo ahora, quizás estuviera cargado de magia negra demoníaca. Quizá lo volvería loco, igual que a su antiguo propietario.

Pero estas preocupaciones no podían competir con el seductor atractivo del talismán, con su capacidad para absorber poder y devolverlo transformado. Los hechizos que él y Bailarín probaban eran simples y prácticos. En aquellos días, nunca necesitaban pedernal y hierro para encender el fuego; podían hacerlo surgir de la nada. Estudiaban encantamientos para calmar a los caballos y engatusar a los peces para que saltaran de los arroyos a sus manos. Usaban trucos de viajero para ahuyentar a los mosquitos, hacer nudos deprisa e impedir que la lluvia les empapara la ropa.

En ocasiones, Han daba saltos de impaciencia, frustrado por el retraso en el viaje y preocupado de que hubiera demasiado que aprender en un lapso de tiempo insuficiente. ¿Cuánto tardaría en aprender todo lo que necesitaba saber? ¿Y qué haría luego con ello? ¿Ponerse al servicio de los clanes, tal como había prometido?

¿Luchar contra el Consejo de Magos en nombre de una reina que lo había traicionado y que, para empezar, probablemente no deseaba su ayuda? ¿O hallaría una manera de utilizarlo en su propio interés?

Ojalá ese don le hubiese sido entregado a tiempo para salvar a su madre y a su hermana. Ahora le parecía el colmo de la ironía: un remedio recibido tras la muerte del paciente.

Eso traía sin cuidado a los ancianos del clan. Lord Averill y Elena *Cennestre* lo habían noqueado y maniatado, estrangulando la magia que ahora inundaba su ser. Lo habían visto esforzarse por alimentar a su familia en las calles del Mercado de los Harapos y no abrieron una espita de poder hasta que convino a sus intereses. Para entonces, su madre y Mari ya habían muerto.

Han daría su lealtad a determinadas personas, como a Willo, la madre de Bailarín y Matriarca de los Pinos de Marisa, al Orador Jemson del Templo de Puente del Sur, al eremita Lucius Frowsley, así como a Gata y a Bailarín; el resto la guardaría para sí, aguardando vigilante hasta que pudiera sacarle provecho. Nadie volvería a tomarle el pelo.

A medida que se aproximaban a la ciudad de Ardencourt, el tráfico en el camino se hizo más denso. Los soldados pululaban cual los ladrones en el Mercado de los Harapos. Han y Bailarín optaron por viajar de día. Era mejor diluirse entre la multitud a pleno día que llamarla atención en la oscuridad.

Cerca de la capital, las granjas eran mayores y parecían estar bajo la protección de algún poderoso señor, probablemente el rey Geoff. Los campesinos trabajaban en los campos, cosechando trigo, avena, legumbres y heno, mientras guardias armados supervisaban la faena. Han se preguntó si los guardias estaban allí para proteger a los labradores o para que no dejaran de trabajar.

Los manzanos crujían sobrecargados de fruta; variedades que Han no había visto hasta entonces, verdes, amarillas y rosas además de rojas. El Halcón Rojo de Arden ondeaba en las haciendas que flanqueaban el camino, y los soldados llevaban la insignia en todas partes. El recién nombrado rey Montaigne controlaba con garra de hierro la capital y las propiedades que la rodeaban, pero su influencia no parecía extenderse mucho por el resto del país.

Encontraron más templos de los llanos, construidos en el crudo y austero estilo de la Iglesia de Malthus. Se cruzaron con grupos de sacerdotes y hermanas que a ojos de Han parecían bandadas de cuervos negros.

—Dicen que todos sus sacerdotes son hombres —señaló Bailarín—. Qué raro.

—¿Qué hacen las hermanas? —preguntó Han.

—Mayormente rezar. Cantar y enseñar. Hacer buenas obras.

Han y Bailarín planearon rodear la ciudad y alcanzar el Camino de Tamron por el oeste, pero no tardaron en darse cuenta de que la ciudad era inmensa, muy extensa y descuidada, y que rodearla los apartaría demasiado de su ruta.

Esa noche pararon en una posada de las afueras. Congregaba gente variopinta:

soldados, granjeros e incluso un par de cuervos de Malthus.

La cena consistió en muslos de pollo y pan moreno, acompañados por la empalagosa sidra dulce del sur. En su tierra se agradecería un fuego encendido en el hogar en esa época del año, pero en aquella agradable noche templada la puerta permanecía abierta y la chimenea, apagada.

Media docena de hombres ocupaban dos mesas, exigiendo comida y bebida a voz en cuello cada vez que se les terminaba. Tenían aspecto de soldados aunque no llevaban ninguna insignia ni uniforme. Uno de ellos, un veinteañero bajo, fornido y sin afeitar, tenía una incandescencia en torno a él que lo señalaba como poseedor del don al irradiar magia. Han lo miró con curiosidad. El soldado debía de tener un amuleto, quizás oculto bajo la camisa, pero no parecía conocer el truco para descargarse de magia y atenuar su aura. Por suerte para él, sólo podían verla quienes poseían el don.

Una hermana cubierta con un velo estaba sentada sola a la mesa más próxima a la puerta. Delante tenía un plato medio vacío, pero cada dos por tres reclamaba al camarero para que le rellenara la jarra.

«A las siervas de Malthus les gusta la cerveza», pensó Han, divertido. Había visto al menos a una en cada taberna y sala común desde que habían llegado a los llanos.

En cambio, el alto y delgado sacerdote malthusiano acurrucado en un rincón del fondo picoteaba su cena, absorto en la lectura de un libro grande con las páginas de papel cebolla, encuadernado en cuero. Varias llaves doradas de gran tamaño pendían de un cordón atado a la cintura del sacerdote, siendo éste su único adorno salvo por unas gafas decoradas con piedras preciosas que colgaban de la cadena que llevaba al cuello.

El sacerdote levantó la vista de repente, sorprendiendo a Han, que lo observaba. Frunciendo el ceño, volvió a agachar la cabeza sobre el libro sagrado que tenía encima de la mesa. Al menos Han supuso que se trataba de un libro sagrado. Costaba imaginar aquel rostro avinagrado leyendo una novela romántica o un relato de aventuras. Curiosamente, el sacerdote no usaba gafas para leer el texto.

Han terminó su comida y se retrepó en la silla, relajado y sociable.

—¿Listo para subir? —preguntó Bailarín, que había terminado mucho antes que Han. Como de costumbre, Bailarín tenía ganas de subir a su cuarto a leer y estudiar hechizos, alejado de la multitud.

Han, sin embargo, no abrigaba el menor deseo de abandonar la sala común y esconderse en la minúscula habitación sin ventanas del desván. El aire estaría viciado y haría calor, y tendrían que estar a oscuras o comprar velas puesto que no entraba luz natural. Además, una atractiva camarera le había guiñado el ojo, y estaba pendiente de ver si podía suceder algo más.

—Quedémonos un rato —dijo Han, untando mantequilla en un pedazo del pan fresco de la taberna, tan distinto de la dura galleta que comían cuando viajaban.

Bailarín se encogió de hombros y asintió, bostezando para dejar clara su postura.

El sacerdote se había vuelto a poner sus peculiares gafas y escrutaba la habitación. Cuando su mirada pasó por donde estaban Han y Bailarín, se puso tenso y los observó, con los ojos desmedidamente grandes, como los de un búho, a través de las lentes.

El sacerdote se quitó las gafas y los fulminó con la mirada.

—¡Pecadores! —exclamó—. ¡Idólatras!

Han y Bailarín permanecieron inmóviles un momento.

—¿Crees que se refiere a nosotros? —preguntó Bailarín sin mover los labios.

—¿Cómo puede saber que somos pecadores? —susurró Han, procurando adoptar un aire de educada confusión. ¿Para eso servían las gafas? ¿Para localizar pecadores?

El sacerdote se levantó con un frufú de telas y fue muy indignado hacia ellos, señalándolos con un brazo extendido y el otro agarrando su colgante del sol naciente, como un mago haría con su amuleto.

—¡Arrepentíos, norteños! —gritó—. Arrepentíos y aceptad la santa iglesia y os salvaréis.

Han se puso de pie y ladeó la cabeza indicando la escalera. Tal vez si se retirasen arriba, tal como Bailarín había propuesto, ese hombre se calmaría.

—Déjelo, padre Fossnacht —dijo el soldado con el don, sonriendo—. Si ahuyenta a los pecadores, este sitio se quedará sin clientes.

Otros dos soldados se levantaron y recogieron los libros y papeles del padre Fossnacht, entregándolos acto seguido al sacerdote.

—Váyase a casa y rece por ellos, ¿de acuerdo? —dijo uno.

El sacerdote se marchó, lanzando miradas por encima del hombro.

—Gracias —dijo Han al soldado con el don—. ¿Hace eso muy a menudo?

—El padre Fossnacht es inofensivo, sólo demasiado ferviente al predicar la buena nueva de la Iglesia de Malthus —dijo el soldado—. No lo habréis tomado a mal, espero.

Tendió la mano y Han se la estrechó, preguntándose si el soldado notaría el ardor de su hechicería. Aparte de transmitir poder, la mano del desconocido estaba encallecida por el uso de las armas.

—Me llamo Marin Karn —dijo—. Os invito a otra ronda para compensar las molestias. —Hizo una seña hacia la barra—. Sidra, ¿verdad?

Han asintió, pues no veía otra salida. Quería rehusar, y le constaba que Bailarín también. Si hubiesen ido arriba de buen principio, el incidente no habría tenido lugar. Pero parecía que lo más acertado era no ofender a quienes habían intervenido en su favor. Sobre todo habida cuenta de que eran soldados..., y de que el tal Karn quizá supiera que poseían el don.

Karn trajo dos jarras de sidra del bar.

—Bien, diría que en efecto sois norteños, por vuestra forma de hablar —comentó Karn, arrimando una silla a su mesa—. ¿Qué os trae por Arden?

—Somos mercaderes —dijo Han, ciñéndose a la coartada establecida. Tomó un

trago de sidra que le supo más amargo que dulce. Debían de ser los posos del fondo del barril—. Tenemos las mejores telas, cuentas y adornos que hayas visto en los Siete Reinos. ¿Tienes alguna amiga especial? Tenemos artículos de regalo que conquistarían el corazón de cualquier dama.

Karn negó con la cabeza.

—No, no tengo ninguna amiga. —Miró a Han especulativamente, luego se inclinó y dijo—: ¿No tendréis objetos mágicos, por casualidad?

Han meneó la cabeza.

—Eso no está permitido en las llanuras.

Karn se rió.

—Sólo era por si acaso, colega. Tenía que preguntar. Sin ánimo de ofender.

—Tú y tus compañeros —dijo Bailarín—, ¿sois hombres del rey?

Seguramente Bailarín se preguntaba si inquiría sobre objetos mágicos en calidad de algún rango oficial.

—¿Nosotros? —Karn se encogió de hombros sin comprometerse—. Somos mercenarios; entre misiones, por decirlo así. Estamos a la espera de ver qué surge.

Bailarín volvió a bostezar y apoyó el mentón en el puño, pareciendo todavía más soñoliento que antes. Se había bebido la sidra deprisa, probablemente confiando en poder irse arriba.

Han tomó otro trago de sidra, notando el sabor amargo mezclado con el empalagoso dulzor. Comenzó a sentirse confuso y atontado.

Miró a Bailarín, que estaba tumbado encima de la mesa, con la cabeza gacha, respirando profunda y regularmente.

—Me parece que tu amigo ya ha tenido suficiente —dijo Karn—. Se la ha bebido bastante deprisa.

Era bien cierto, pero la sidra no pegaba tan...

Hierba de tortuga. Han miró a Karn pestañeando, anonadado por el descubrimiento. Era hierba de tortuga, y mucha, mezclada con la sidra. La hierba de tortuga te dejaba sin sentido en cuestión de minutos.

Han agarró su puñal y lo desenvainó. Intentó levantarse, pero el cuerpo ya no obedecía sus órdenes. La fatiga se adueñaba de él y le cerraba los ojos por más que intentara evitarlo.

—Vaya, vaya —dijo Karn, arrancándole el puñal de las manos—. Me parece que esta sidra era más fuerte de lo que creíais. Será mejor que os acompañemos a casa.

—Déjanos en paz. Nos alojamos aquí —farfulló Han a modo de protesta. Sentía los labios entumecidos.

Karn metió la mano bajo la camisa de Han y agarró el amuleto de la serpiente.

—¡Aaaaagh! —chilló, soltándolo y golpeando repetidamente la mano contra el muslo.

Han se acurrucó con ademán protector en torno a su amuleto.

—Déjalo correr, aprendiz mojigato, o te...

Se calló, incapaz de recordar lo que pretendía hacer.

Karn no volvió a intentar cogerle el amuleto. En lugar de eso, él y otro soldado pusieron a Han de pie. Otros dos soldados sacaron a Bailarín a rastras por la puerta.

«¿Qué significa eso? —pensó Han, aferrándose al amuleto y clavando inútilmente los pies en el suelo—. ¿Para qué nos quieren?».

Y a partir de ahí no pensó nada más.

Han se despertó con un terrible dolor de cabeza y el estómago revuelto, síntomas de la escasa calidad de la hierba de tortuga. Nunca había probado nada tan malo.

Estaba tumbado en un camastro de paja sobre un suelo de piedra, tapado con una manta mugrienta. En cuanto la cabeza dejó de darle vueltas, se incorporó con cuidado. No fue fácil: tenía las manos atadas a la espalda, los tobillos también. Puso a prueba los nudos, tratando de liberar las manos raspando las cuerdas contra el suelo de piedra. Lo único que consiguió fue terminar con las muñecas magulladas y peladas. Las ataduras de las muñecas le apretaban tanto que sentía los dedos torpes como morcillas. Iba disfrazado como un inocentón en un Día del Templo.

Bailarín yacía bocabajo cerca de él, atado del mismo modo, todavía profundamente dormido. Se encontraban en una habitación oscura, apenas iluminada por la luna que se colaba a través de los postigos de las ventanas y por debajo de la puerta. El frío aire nocturno entraba por las grietas de las paredes y corría a ras de suelo, helando a Han. No olía a ciudad. El ruido de ramas en lo alto y el canto de los grillos indicaban que se hallaban en el campo.

El talismán de Han había desaparecido. De un modo u otro habían encontrado la manera de quitárselo. Experimentó un agudo sentimiento de pérdida, como si alguien le hubiese arrancado el corazón. Ahora todo el poder que había almacenado estaba en manos de otra persona.

Bailarín se despertó, gimiendo débilmente. Seguramente tenía el mismo dolor de cabeza que Han.

Han se acercó a toda prisa a su amigo.

—¡Bailarín! —dijo—. ¡Despierta!

Bailarín abrió los ojos, aunque tardó unos instantes en enfocar el rostro de Han. Luego, de esa manera tan suya, recobró la consciencia con serenidad.

—¿Qué está pasando? —susurró con los labios cuarteados—. No llevo mi amuleto.

—Fueron esos soldados de la sala común. Querían nuestros talismanes. No entiendo cómo sabían que los teníamos.

—Uno de ellos tenía el don —masculló Bailarín—. Ese tal Karn. —Volvió a cerrar los ojos—. Me encuentro muy mal.

—Nos drogaron con hierba de tortuga —explicó Han.

—Si lo único que querían eran nuestros amuletos, ¿por qué estamos aquí?

Bailarín tenía la impresión de que la lengua le había crecido, y seguía arrastrando las palabras al hablar por culpa de la droga.

Han se encogió de hombros, gesto que se tradujo en un doloroso hormigueo en los brazos.

—¿Crees que puedes desatarte?

Bailarín comprobó sus ataduras y negó con la cabeza. Quien fuere que lo había atado sabía lo que se hacía.

Han recorrió la habitación con la vista en busca de algo afilado, cualquier cosa capaz de deshilar la cuerda. Un hogar de piedra tenía posibilidades. El hogar estaba frío, pero quizás hubiese una rejilla de hierro o piedras ásperas que podría usar para liberarse.

Han había comenzado a moverse en dirección al hogar cuando oyó voces y pasos que se aproximaban. Una llave hizo ruido en la cerradura, la puerta se abrió de golpe e irrumpieron tres hombres en la habitación.

Uno era Marin Karn, el soldado con el don que los había drogado y secuestrado. Karn llevaba una gran linterna que dejó en la repisa de la chimenea, desde donde lo iluminaba todo con una luz pringosa. Llevaba unas alforjas al hombro, y Han supo de inmediato que los amuletos estaban dentro. Lanzó una mirada a Bailarín, que asintió con los ojos clavados en las alforjas.

El segundo hombre era esbelto, de estatura mediana, con el pelo castaño encanecido y los ojos de un azul sin brillo. Iba vestido para servir como soldado de sangre azul. El broche prendido a su capa lucía la divisa de un halcón rojo, y su ropa estaba hecha a medida con las mejores telas. Pero la espada que llevaba al cinto estaba hecha para ser usada, y todo indicaba que la había usado a menudo.

Pocos años mayor que ellos, se movía con el peligroso garbo de un gato de los paramos.

El tercer hombre era el sacerdote malthusiano que se había enfrentado a ellos en la sala común de la posada. Se aproximó y, muy erguido, bajó la vista hacia Han y Bailarín como si fuesen malignos, peligrosos, fascinantes pero indefensos depredadores. A Han le recordó a aquellos tipos que en el Mercado de los Harapos pagaban para ver a un oso viejo y malhumorado encadenado a un poste.

De cerca, el sacerdote apestaba a sudor rancio y fanatismo.

El aristócrata se quitó los costosos guantes y se golpeó la palma de la mano con ellos mientras contemplaba a Han y Bailarín, torciendo el gesto con desdén.

—¿Son éstos? —El aristócrata empujó a Han con la puntera de su bota—. ¿Éstos son los magos norteños de quienes me habéis hablado?

—¡Magos! —gritó Karn a Han y Bailarín en lengua Común, como un voceador esperando que su colección de animales salvajes diera un espectáculo mejor—. Inclinaos ante Gerard Montaigne, rey de Arden.

Han agachó la cabeza obedientemente mientras pensaba a toda velocidad. ¿El rey de Arden? Han no sabía gran cosa acerca de la nobleza, pero algo le inducía a pensar



que el rey de Arden no dormía en una granja destartalada.

—¿Estás seguro que nadie sabe nada de esto? —preguntó Montaigne a Karn. Hablaba en la lengua sureña, pero se parecía lo suficiente a la Común para que Han pudiera entenderle—. ¿Qué hay de tus hombres? Los soldados no saben mantener la boca cerrada.

—Piensan que son dos espías norteños —dijo Karn—. Les dije que quería interrogarlos en privado. Están patrullando, de manera que no os habrán visto entrar.

—Aun así, esto sigue sin gustarme —dijo Montaigne, con voz crispada y fría—. Os dije que no quería tener nada que ver con la brujería. —Desvió la mirada hacia el sacerdote—. Me sorprende que os hayáis implicado en esto, padre, habida cuenta de la postura de la iglesia ante quienes usan la magia.

El padre Fossnacht toqueteó las llaves que llevaba en la cintura.

—He realizado un estudio sobre los magos y sus costumbres. Son criaturas malignas y repugnantes, sí, pero creo que, debidamente contenidos, pueden ser de utilidad.

—Les damos una oportunidad —terció Karn—. Pueden arrepentirse y usar su brujería a mayor gloria de san Malthus, o morir en la hoguera.

La piel de Han se erizó como si las llamas ya le estuvieran lamiendo la carne.

—Los *principia* no comparten esta opinión —dijo Montaigne.

Fossnacht dio un respingo.

—Cierto, hay diversidad de opiniones sobre si los brujos pueden salvarse por otros medios que no sean las llamas. Resulta que yo creo que el punto de vista del padre Broussard es bastante..., corto de miras. —Hizo una pausa y levantó los ojos al cielo—. Por otra parte, Su Santidad también cree que el príncipe Geoff debería ser coronado en Ardencourt porque es el hijo mayor aún con vida de nuestro difunto rey. Los *principia* sostienen que la sucesión debe ser por orden de nacimiento. Sin embargo, resulta que yo creo que la mano de la Hacedora está en esta guerra. Si vos vencéis, y creo que así será, sin duda será voluntad de la Hacedora que seáis coronado rey.

Montaigne se rascó la barbilla, asintiendo. Han constató que al joven príncipe le agradaba aquella línea de pensamiento.

—Si voy a correr un riesgo como éste, quiero hacerlo con ciertas garantías de éxito —dijo Montaigne—. Sin embargo me traéis a dos muchachos desaliñados. Si poseyeran alguna habilidad mágica, nunca los habríais apprehendido.

Karn carraspeó.

—Tienen poco aspecto de encantadores, cierto, pero como vos mismo acabáis de decir, es poco probable que hubiésemos logrado capturar a un encantador completamente capacitado. Éstos serán más tratables. No sé cuánta formación han recibido, pero sus amuletos están repletos de poder.

—¿Qué sabes tú sobre estas cosas? —preguntó Montaigne, fulminando a Karn con la mirada, y Karn desvió la vista hacia otro lado.

«Este príncipe de Arden no sabe que su capitán posee el don —pensó Han—. Karn se lo ha ocultado. Y no sin buenos motivos, al parecer».

—Si empleamos un arma que no comprendemos, es probable que nos estalle en la cara —prosiguió Montaigne—. ¿Recuerda lo que ocurrió con la pólvora?

Karn no dijo nada. Seguramente sabía cuándo hablar y cuándo callar. Han se preguntó cuánto sabría en realidad el capitán sobre magia y encantadores, como él los llamaba. ¿Cabía concebir que hubiese recibido formación en un lugar como Arden, donde la magia estaba prohibida?

Montaigne se mordió el labio.

—Si los talismanes son tan potentes, ¿no podríamos quedarnos con los amuletos y deshacernos de estos dos? —preguntó, como si Han y Bailarín fueran meros envoltorios mágicos que uno pudiera tirar a la basura. O bien el príncipe de Arden suponía que no entendían la lengua de la llanura, o bien le traía sin cuidado.

Fossnacht negó con la cabeza.

—Los encantadores y los amuletos funcionan juntos, Excelencia. De nada sirven uno sin el otro.

—Además, estos encantadores deben de haber protegido sus amuletos para que no los pueda usar nadie más —agregó Karn—. Me salieron ampollas en la mano cuando intenté coger el talismán del chico rubio.

Karn levantó la mano, envuelta en vendajes.

Han no miró a Bailarín aunque sabía que ambos estaban pensando lo mismo; no tenían ni idea de cómo proteger sus amuletos. No sabía por qué Karn no podía tocar su talismán, a no ser que el poder que Han había acumulado en él fuese incompatible con el de Karn.

A no ser que estuviera maldito por el demonio.

Lo único que sabía era que la pérdida de su amuleto le había dejado con una sensación de vacío y angustia. Se sentía despojado y ansioso por recuperar la magia perdida. ¿Cómo era posible que le hubiese cogido tanto apego en tan poco tiempo? Deseaba recuperarlo cuanto antes.

—Los aprendices de encantador se volverán contra nosotros en cuanto tengan ocasión —arguyó Montaigne—. Jamás podremos confiar en ellos.

El padre Fossnacht revolvió en su morral y sacó dos pares de esposas plateadas y dos juegos de llaves.

—Esto son antiguos objetos mágicos llamados «amarraencantadores». Se los compré a un mercader que traficaba con artefactos mágicos. Los cabezacobriza los hicieron durante las guerras contra los encantadores para controlar a los prisioneros con poderes. Se los pones a los encantadores y te quedas con la llave. Si desobedecen una orden, quien posee la llave puede infringirles terribles dolores. Con el tiempo, los condiciona a obedecer. —El sacerdote hizo una pausa. Posó su mirada sobre Han, fría como las manos de un carnicero en invierno, poniéndole la carne de gallina—. Si lo deseáis, puedo haceros una demostración, Majestad.

«Puedes intentarlo», pensó Han, esperando que tuvieran que desatarlo para ponérselas. Había llevado pulseras mágicas toda su vida hasta que Elena *Cennestre* del clan *Demonai* se las quitó. No estaba en absoluto dispuesto a llevar manillas otra vez si podía evitarlo.

Montaigne cogió uno de los juegos de esposas y lo examinó como si fuese un atractivo pero peligroso juguete nuevo. Sin levantar la vista, dijo:

—No será necesario. Váyase, padre. Regrese a la ciudad. Ya le notificaremos lo que decidamos.

El padre Fossnacht tomó aire como para protestar. Acto seguido suspiró e inclinó la cabeza.

—Muy bien, Vuestra Majestad. Estaré en mis aposentos del recinto de la catedral, aguardando vuestra decisión. Podéis mandarme aviso del modo acostumbrado. —El sacerdote metió el juego de esposas en su morral y extendió la mano hacia el príncipe—. Excelencia, si no necesitáis...

—Me quedaré con éstas —dijo el príncipe de Arden.

El sacerdote hizo una reverencia y se fue, volviendo atrás la mirada varias veces, descontento por dejar en manos ajenas sus juguetes de tortura. Estaba claro que quería un asiento en la mesa.

Montaigne seguía mirando fijamente las esposas.

—¿Cómo usaría a estos dos encantadores contra los ejércitos de Geoff, capitán Karn?

Al oír esto, los turbios ojos marrones de Karn se encendieron de entusiasmo.

—En las guerras contra los encantadores, los magos podían prender fuego a docenas de soldados a la vez. Podían invocar la niebla para que el enemigo cayera por los acantilados. Sembraban miedo y fatiga entre la tropa enemiga hasta que daban media vuelta y huían. Hablaban con los pájaros y los usaban como espías, y usaban poderes mágicos para interrogar a los prisioneros. Rompían sitios atravesando murallas.

—Todo eso cuesta mucho de creer —dijo Montaigne, pasándole las esposas a Karn.

—Hay relatos escritos de testigos fiables en los archivos de la iglesia —dijo Karn—. El padre Fossnacht los ha estudiado.

—Si esto llega a hacerse público, podría volver en contra nuestra a algunos de los *thanes* más piadosos —repuso el príncipe.

—Pero el padre Fossnacht dice... —comenzó Karn.

—Cedric Fossnacht es ambicioso —interrumpió Montaigne—. Y voluble como una mujer. No ha perdonado a la iglesia que lo pasara por alto cuando defendía los *principia*. Piensa que un nuevo rey en Arden podría ser beneficioso para su ascenso.

—Nada hay de malo en ello —dijo Karn—. Necesitamos clérigos que nos apoyen.

—Es un riesgo demasiado grande —replicó Montaigne.

—Con el debido respeto, todo entraña riesgos, Vuestra Majestad —dijo Karn, escogiendo las palabras como quien camina sobre brasas—. Estamos perdiendo. Duprais y Botetort siguen de vuestro lado, pero Matelon ya está vacilando. Geoff controla la capital y la mayor parte del reino.

—¿Y de quién es la culpa, capitán? —Montaigne toqueteó un intrincado anillo que llevaba en la mano izquierda—. Usted es mi estrategia, usted dirige mis ejércitos, por consiguiente, usted es el responsable de la situación actual.

El príncipe mascó cada «usted» como si fuese pan duro.

Karn levantó las manos con las palmas hacia arriba.

—Los *thanes* están cansados. Han vaciado sus arcas y descuidado sus cosechas durante diez largos años. Sólo quieren que la guerra termine.

—La guerra terminará cuando yo ocupe el trono de Arden, no antes —sentenció Montaigne—. Si los *thanes* quieren paz, deberían jurarme lealtad. —Hizo una pausa, clavando su gélida mirada en el capitán—. ¿Acaso también está pensando en irse con Geoff?

—No, Vuestra Majestad —dijo Karn—. Soy un soldado leal, y vos lo sabéis. Además, Geoff nunca me reclutaría después de lo que sucedió en Brightstone Keep. —Torció el gesto—. Ofendí su sensibilidad al ordenar el saqueo de la ciudad y la matanza de sus habitantes. Él tiene sus principios. Si Geoff se sale con la suya, acabaré colgado por ello.

«Karn ya hablado con Geoff —pensó Han—. Y ésta es la respuesta que obtuvo».

Montaigne contempló a Handy a Bailarín durante más de un minuto y luego meneó la cabeza.

—No. Bastante tengo con no poder fiarme de los *thanes*. No voy a entrar en batalla con dos encantadores a mis espaldas —concluyó.

—Pero, Vuestra Majestad —protestó Karn—, ¿qué queréis que haga con estos dos?

—Matarlos —dijo Montaigne, dando media vuelta.

—¿Nos mataréis sin saber qué somos capaces de hacer? —protestó Han en lengua Común—. ¿Ni siquiera queréis ver una demostración? Devolvednos los amuletos y os daremos un espectáculo de magia como nunca lo habéis visto.

Montaigne se detuvo en el umbral y se volvió para mirar a Han. Su semblante era tan frío y duro como los acantilados de la escarpadura.

—Sin duda —dijo. Y se marchó.

Karn se quedó mirando la puerta un buen rato. Luego renegó de mala manera y arrojó las esposas mágicas contra la pared.

Han casi sintió compasión por el capitán. Karn estaba intentando ganar una guerra para su príncipe y su príncipe no colaboraba.

Pero su compasión por Karn duró poco. Después de fulminar a Han y a Bailarín con la mirada como si todo fuese culpa suya, Karn cruzó la habitación y recogió sus alforjas.

Tras arrodillarse al lado de ellos, Karn desabrochó la correa y sacó tres grandes paquetes envueltos en cuero. Abrió los envoltorios de cuero y les mostró los tres amuletos: el talismán de la serpiente, el Bailarín de Fuego de Bailarín y el Cazador Solitario que Elena había hecho para Han.

El amuleto del rey Demonio llameó, proyectando una nauseabunda luz verdosa sobre el rostro de Karn, como si supiera que se hallaba en manos enemigas.

Karn empuñó una daga de asesino e, inclinándose hacia ellos, apretó la punta contra el cuello de Bailarín.

—Muy bien, aprendices de encantadores —gruñó—. Quitad los maleficios a estos talismanes y decidme cómo se usan.

—Es imposible que tú puedas usarlos —dijo Bailarín, echando para atrás el tronco para disminuir la presión de la daga—. Nos necesitas vivos.

—¿En serio? —dijo Karn, apretando más la daga hasta que brotó un hilo de sangre—. ¿Estás seguro?

—¿Por qué íbamos a contarte nada? —inquirió Han—. De todos modos nos matarás.

—Ajá —dijo Karn—. Así es. Pero hay distintas maneras de morir. Maneras lentas y maneras rápidas. Maneras complicadas y maneras fáciles. A lo mejor te dejo mirar mientras rebano a este salvaje, cachito a cachito. Luego te tocará el turno a ti.

Los ojos color barro de Karn cobraron un brillo febril. El joven capitán sin duda ejecutaría la tarea con entusiasmo. La mente de Han, enturbiada por la droga, buscaba ideas. No sabía cómo lograr que Karn pudiera usar el amuleto, aun suponiendo que quisiera hacerlo.

De nada serviría gritar pidiendo socorro. Han había estado escuchando atentamente desde que se había despertado. Sólo había oído insectos nocturnos y ramas agitadas por el viento.

Montaigne y Karn querían mantener en secreto sus flirteos con la magia. Los habían llevado a un lugar apartado, lejos de la capital que controlaba el hermano mayor de Gerard.

—De acuerdo —dijo Han—. Desharé el maleficio. Pero tienes que soltarme las manos. —Al ver que Karn fruncía el ceño, agregó—: También necesitaré mi amuleto. Tengo que sostenerlo. Sólo el encantador que pone el hechizo protector puede quitarlo.

Karn miró a los ojos de Han un largo momento y luego asintió a regañadientes.

—Muy bien. Pero intenta cualquier cosa y tu amigo es hombre muerto.

Como si eso fuese una amenaza. Ambos estarían muertos antes de una hora si Karn se salía con la suya. Y si mataba a Bailarín deprisa, sería una verdadera bendición.

Han dudó que Bailarín lo viera de igual modo.

Karn puso a Han bocabajo y cortó con su cuchillo las cuerdas que le ataban las manos, dejándole los pies atados.

Han flexionó los dedos, respirando de manera sibilante a causa del dolor mientras la sangre volvía a circularle por las manos. Rodó por el suelo y se incorporó, estiró los hombros, tomándose su tiempo, deseoso de recuperar la agilidad antes de dar el siguiente paso. Karn cogió una esquina del envoltorio de cuero del amuleto y lo arrastró cerca de Han. Acto seguido agarró un puñado de pelo de Bailarín y le echó la cabeza para atrás, apoyando la daga en su garganta.

Han cogió el amuleto con ambas manos. El poder le estremeció el cuerpo entero, quitándole el dolor y sustituyéndolo por una ira despiadada que sólo quería destruir al hombre que tenía delante, que nada le importaba la daga en el cuello de Bailarín. El corazón le palpitaba con fuerza. Un hechizo le vino a los labios, y abrió la boca para pronunciarlo.

La puerta volvió a abrirse de golpe. Han se volvió, extendiendo el brazo hacia los intrusos.

Era Gerard Montaigne, con los ojos fuera de las órbitas y los labios morados bajo la luz cetrina de la linterna. Y, detrás de él, empujándolo hacia delante, estaba *Gata Tyburn*, con su garrote en torno al cuello del príncipe de Arden y su daga apoyada en las costillas.

## Otra vez en camino

Durante un instante que pareció eterno, nadie se movió. Luego Bailarín dio un cabezazo contra la barbilla de Karn, que soltó la daga. El arma cayó entre ambos. En lugar de intentar recogerla, Karn se abalanzó contra Gata y Montaigne. Los tres cayeron al suelo, formando una maraña de brazos y piernas, mientras Montaigne y Karn gritaban pidiendo auxilio.

Bailarín localizó el cuchillo de Karn. Agarrándolo con los pulpejos de las manos, se echó para atrás contra el arma, cortando así las cuerdas. El amuleto de Han escupió *motu proprio* ondas de poder, y la linterna estalló, despidiendo por doquier trozos de cristal y aceite en llamas. La habitación se sumió en la oscuridad, salvo por la luz que emitía el talismán del rey Demonio. Han se echó la cadena al cuello y metió el amuleto dentro de su camisa. Usando un trozo de cristal, cortó las ataduras de los tobillos. Acto seguido se puso a palpar el suelo en busca de los demás amuletos.

Gata se plantó a su lado. De un modo u otro había escapado de la confusión mientras Karn arrastraba hacia la puerta al aspirante a rey de Arden.

—Venga —dijo entre dientes—. Tenemos que largarnos. Hay soldados en el bosque y, con todo este jaleo, van a venir a la carrera.

Bailarín se arrodilló, inclinándose hacia delante, buscando también los talismanes.

—Aquí está el tuyo —dijo, alcanzando a Han el amuleto del Cazador Solitario manchado de sangre. Bailarín debía de haberse cortado las manos al buscar a tientas por el suelo.

Gata se quedó perpleja, mirando el amuleto.

Fuera de la granja, se oyeron pisadas acercándose. Los soldados de Montaigne ya llegaban.

—¡Vuestra Majestad! —gritó alguien—. ¿Qué ocurre? ¿Algo va mal?

—¡A mí! —gritó el príncipe de Arden—. Me están atacando unos asesinos norteños.

Los soldados se empujaban entre ellos, tratando de entrar todos a la vez, embotellándose en la puerta.

Desesperado, Han metió la mano debajo de la camisa y agarró el amuleto de la serpiente. Una vez más, el poder se adueñó de él. Extendió el brazo y pronunció un hechizo que no conocía. Karn se lanzó contra su príncipe, derribándolo justo cuando los dedos de Han comenzaron a lanzar llamaradas que envolvieron a los soldados apiñados en el umbral. Han olía la lana quemada y la carne chamuscada mientras los soldados intentaban salir por donde habían entrado. Se agolparon en la entrada,

chillando de miedo y maldiciendo a quienes les bloqueaban el paso.

Han notaba los latidos de su corazón en el pecho. Ya había matado antes, pero siempre había sido en peleas callejeras, puñal contra puñal. Nunca con magia.

Se obligó a soltar el talismán y al volverse se encontró a Gata mirándolo boquiabierto.

—Tiene que estar por aquí —dijo Bailarín, todavía en cuclillas.

—Déjalo —dijo Han, tirando del brazo de Bailarín—. No te servirá de nada si estás muerto.

«Qué fácil para mí decirlo —pensó—. Yo tengo dos amuletos».

Bailarín por fin se levantó, abandonando la búsqueda con manifiesta renuencia, apretándose contra la camisa las manos que le sangraban.

—Vámonos.

La entrada estaba bloqueada por un montón de cadáveres humeantes. Han golpeó la ventana con las dos manos y los postigos explotaron hacia fuera. Se sentó en el dintel, pasó las piernas por encima y saltó al suelo. Bailarín y Gata se deslizaron detrás de él.

Alguien gritó:

—¡Están allí!

Como era de esperar, nadie se puso a perseguirlos.

Huyeron a todo correr, zigzagueando a través del patio de la granja, saltando por encima de gallineros y en torno a edificios anexos hasta que alcanzaron el reconfortante cobijo de los árboles.

El miedo les imprimía una velocidad que los soldados del príncipe de Arden no podían igualar. Pasaron del bosque al campo abierto, brincando por los surcos, atravesaron sembrados de maíz bordeados de setos y muros de piedra. Incluso cuando ya no se oía ningún ruido de persecución, siguieron corriendo, enfilando un sendero que se unía a un camino más importante varios kilómetros más allá.

Al fin se agazaparon detrás de un seto alto para recobrar el aliento. Han cayó desplomado, con la cabeza gacha, deseando que el corazón dejara de latirle tan deprisa. Se sentía débil, con un cosquilleo por todo el cuerpo, como si hubiese estado mascando *razorleaf*.

Bailarín tenía mucho peor aspecto que Han; pálido, tembloroso, sudado. Apoyó la cabeza en las manos como si ésta no pudiera sostenerse por su cuenta.

—¿Cómo lo has hecho? —inquirió Gata, escrutando el rostro de Han como si ella fuese la que merecía respuestas. Le cogió las muñecas y le volvió las palmas hacia arriba—. ¿Cómo has aprendido a lanzar llamas así?

—¿Y tú qué estás haciendo aquí? —replicó Han—. Pensaba que no querías venir con nosotros. —Entonces le vino a la mente aquella sensación de estar siendo observado que lo había obsesionado desde que partieran de Delphi—. Nos has estado siguiendo, ¿verdad? En un par de ocasiones me pareció oír que alguien merodeaba por el campamento.



—Bueno, menos mal que lo hice —dijo Gata—. Visto que te he salvado la...

Se quedó muda. Miró fijamente el pecho de Han con los ojos muy abiertos y luego alargó el brazo hacia su amuleto.

—No lo toques —le advirtió Han, metiéndolo debajo de la camisa.

—Esto es lo que los demonios andaban buscando —susurró Gata—. En el Mercado de los Harapos. No paraban de preguntar sobre un talismán metido en una bolsa, un objeto mágico con forma de serpiente y...

—¿Cuándo estuviste hablando con demonios? —inquirió Han—. ¿Y por qué tendría...?

—¡Sangre y huesos! —interrumpió Gata, mirándolos a los dos como si les hubiesen salido cuernos—. Sois unos malditos hechiceros, eso es lo que sois. Cómo es posible.

—¿Vosotros dos ya os conocíais? —dijo Bailarín, apretando el pulpejo de una mano contra la frente como si le doliera.

Gata se puso medio a gatas y se apartó de ellos, con los ojos entornados y un puñal en cada mano. Parecía sinceramente aterrada.

—Déjalo, Gata —dijo Han conciliador—. Y guarda tus puñales. Somos magos, es verdad, pero no vamos a hacerte daño.

Gata dejó de retroceder, pero tampoco se atrevió a acercarse de nuevo. Se humedeció los labios y señaló a Bailarín con un puñal.

—¿Quién es él, a todo esto? No sabía que existieran hechiceros cabezacobriza.

—Es una larga historia —dijo Han, que todavía no tenía muy claro qué preguntas quería contestar—. *Gata Tyburn*, te presento a *Hayden Bailarín de Fuego*. Bailarín es mi amigo del Campamento de los Pinos de Marisa. Conozco a Gata del Mercado de los Harapos. Éramos los jefes de una panda de buscavidas.

Gata y Bailarín se miraron mutuamente al tiempo que los dos mundos de Han colisionaban en aquella tierra extranjera.

—Es un cabezacobriza —soltó Gata—. ¿Qué haces con él?

Como si el hecho de que Bailarín fuese un cabezacobriza eclipsara el que ambos fuesen magos.

—Es mi amigo —dijo Han—. He pasado casi todos los veranos con los clanes desde que era pequeño.

«Excepto los tres veranos que he pasado con Gata, como señor de la calle en el Mercado de los Harapos», pensó.

—¿Cómo has dado con nosotros aquí? —preguntó Han a Gata para cambiar de tema.

—Vi cómo se os llevaban de la posada esos soldados y supuse que tenías problemas —dijo Gata, todavía mirando agresivamente a Bailarín—. Así que os seguí. —Soltó un resoplido—. No daba crédito. El gran *Pulseras Alister* cayendo por una jarra de sidra con hierba de tortuga.

Han tuvo una revelación.

—Tú eras la hermana malthusiana que bebía como un carretero —dijo, recordando la figura con velo de la sala común. De las últimas varias salas comunes, ahora que lo pensaba.

—Al menos no me caí debajo de la mesa como un aprendiz beodo —dijo Gata, sonriéndose con suficiencia.

—Bueno, gracias por rescatarnos —dijo Han—. Probablemente nos has salvado la vida.

—De probablemente, nada —terció Bailarín, sonriendo a Gata—. Gracias. Has pensado deprisa. Eres muy buena con el garrote.

—En fin —dijo Gata, mirando a Han y haciendo caso omiso de Bailarín—, creo que debéis tener más cuidado. Creo que necesitáis ayuda. —Miró a Bailarín torciendo el labio y se echó la melena rizada para atrás—. ¿Tenéis planes de montar un banda nueva en Ardencourt o qué? —Se estrujó el pelo y lo ató con un trozo de tela. Su pañuelo de *Ragger*—. Me ha dado la impresión de que hay un montón de bolsillos llenos y poca competencia. Creedme, nadie se enfrenta a un hechicero por cuestiones de territorio.

«Nunca se ha creído que fuéramos de camino a Vado de Oden —pensó Han—. Da por sentado que iba a volver a la vida de antes dejándola al margen».

—Escucha —dijo Han—. Bailarín no es de mi tropa. Como ya he dicho, nos dirigimos a Vado de Oden, y no para vaciar bolsillos, precisamente. Vamos a ir a la escuela.

—¿Por qué no vienes con nosotros? —propuso Bailarín, como caído del cielo, pues nada sabía del ofrecimiento de Jemson—. Allí va a la escuela todo tipo de gente, y enseñan toda clase de cosas. Tiene que haber algo que te interese.

Han y Gata le miraron sorprendidos.

—No necesito tu compasión, cabezacobriza —gruñó Gata—. Te crees que porque eres íntimo de *Pulseras Alister* puedes...

—Cállate —ordenó Han—. Puedes venir con nosotros, pero si lo haces tendrás que llevarte bien con Bailarín y tendrás que ir a la escuela. No pienses que no te agradezco que nos hayas salvado la vida, pero éste es el trato. Lo tomas o lo dejas, ¿sí?

—¿Lo eliges a él antes que a mí? —dijo Gata pasmada.

—Él no me pide que elija.

Gata dio un respingo y se abrazó a sí misma. La luz oblicua de la luna al declinar sólo le iluminaba parcialmente el rostro, reluciendo en las lágrimas que le resbalaban por las mejillas.

¿Gata Tyburn llorando?

—Vamos, vamos —dijo Han—. No puede ser tan malo como todo eso.

—Vendré —dijo Gata, enjugándose los ojos con las mangas y sorbiendo—. Iré a la Escuela del Templo. No tengo otro sitio adonde ir. Todos han muerto. No puedo quedarme en el Mercado de los Harapos ni en ninguna otra parte de la ciudad.

Han la miró en silencio, otra vez dominado por la culpa. En cierto sentido, era responsable de ella. Él había sido la causa de todas sus pérdidas.

Aun así, le picaba el instinto. ¿Por qué iba Gata a querer nada con él, cuando podía culparlo de la pérdida de cuanto tenía, los harapientos, su territorio, Velvet? Debería odiar su misma estampa. Y Gata no era de las que perdonaban.

Salvo que, como ella decía, no tuviera elección.

—De acuerdo —dijo Han—. Asunto zanjado. Ahora debemos irnos. En cuanto dejen de darnos caza por aquí, quizá vayan a buscarnos a la posada. Nos conviene llegar antes que ellos, recuperar los caballos y seguir nuestro camino.

No iba a dejar atrás a su caballito, después de haber aguantado una vida entera para poseer uno.

Bailarín había guardado silencio todo este tiempo, pero ahora negó con la cabeza.

—Vosotros adelantaos. Yo vuelvo. No puedo dejarlo allí sin más.

—Dejar... Ah, tu amuleto. —Han apoyó la mano en el hombro de Bailarín, y Bailarín se movió irritado, como si ya supiera lo que iba a decirle—. No puedes volver —dijo Han—. Te matarán.

—Puedo entrar y salir de su campamento sin que se enteren de que estoy allí —insistió Bailarín—. Me reuniré con vosotros en la posada. Si veis que no llego, marchaos sin mí.

—¿No crees que lo habrán vuelto a guardar? —dijo Han—. ¿No crees que estarán esperando que regreses a por él? No sabemos cuántos soldados tienen allí. ¿Quieres acabar luchando en la guerra de Arden?

—¿Y qué demonios hago yo en Vado de Oden sin un amuleto? —Bailarín levantó las manos con las palmas hacia arriba—. ¿Acarrear agua y encender fuegos? ¿Limpiar las letrinas?

Han se sintió culpable por tener dos amuletos cuando Bailarín no tenía ninguno. «El amuleto del Cazador Solitario fue hecho para mí —pensó—. Debería darle a Bailarín el talismán Aguabaja».

Pero no quería hacerlo. El amuleto Aguabaja bullía de poder; lo había estado cargando durante semanas. El talismán del Cazador Solitario se veía oscuro y vacío, en comparación; como un templo sin consagrar.

Pero dado que no se había conectado con él, tal vez establecería un vínculo con Bailarín.

Además, cada vez que alguien intentaba tocar el talismán de la serpiente, se quemaba.

Han se quitó del cuello el amuleto del Cazador y lo suspendió delante de Bailarín.

—Prueba con éste. No lo he usado. Al fin y al cabo, la mayoría de los magos no dispone de amuletos hechos a medida. Tienen suerte de tener uno cualquiera.

Bailarín miró fijamente el amuleto que daba vueltas ante sus ojos, torciendo el gesto como un mercader ante un diamante de pasta con un engarce de hojalata dorada. Alargó un dedo receloso y lo tocó. Se encendió a modo de saludo y el poder

fluyó entre los dos.

Bailarín suspiró, meneando la cabeza.

—Tendré que empezar de cero —dijo. Pero cogió el amuleto del Cazador que le ofrecía Han, se lo colgó del cuello y lo metió debajo de la camisa. El amuleto comenzó a absorber poder de inmediato y su aura perdió intensidad.

¿Sería Karn capaz de utilizar el talismán de Bailarín? «Espero que acaben todos quemados», pensó Han.

Trepó a un árbol para ver mejor. Las luces de Ardencourt se desvanecían al este bajo el sol naciente. Dedujo que se encontraban a pocos kilómetros al oeste de la ciudad.

Saltó al suelo.

—Tardarán un buen rato en organizarse. Podemos estar de vuelta en la posada a la hora del desayuno —dijo Han—. Una vez en la ciudad, no se atreverán a perseguirnos a plena luz. Andando.

## El Vado de Oden

Los Lobos Grises tardaron más de una semana en llegar a la frontera del Reino de Tamron. La maraña de arroyos de los Álamos finalmente se unía para formar el ancho y perezoso Tamron. El río serpenteaba hacia el sur, envolviendo islas y barras de arena como si en realidad le trajera sin cuidado llegar alguna vez al lugar al que se dirigía.

Los marismeños surcaban las aguas a su antojo, impulsando sus balsas y botes con pértigas, pues apenas había corriente contra la que bregar. Los Lobos viajaban mayormente de noche, manteniéndose bien apartados de las orillas y dando amplios rodeos en torno a los pueblos de los marismeños. Después de la experiencia en Rivertown, no sabían cómo serían recibidos.

Cruzaron la frontera una noche, cuando la luna ya se había puesto. No tenían por qué tomarse tantas molestias. El fuerte que se cernía sobre el camino del río en la ribera de Tamron estaba abandonado, ocupado sólo por gatos monteses y ejércitos de ratones que convivían amigablemente. El patio del establo estaba cuajado de zarzas y malas hierbas. Parte de la mampostería había sido desguazada para aprovecharla en otras construcciones.

—Tamron debe de haber enviado sus ejércitos al sur y al este para reforzar la frontera con Arden —dijo Amon, dando un puntapié a un cubo oxidado que había en la hierba—. Parece que no les preocupan demasiado los marismeños.

Esa noche durmieron cobijados en las ruinas del castillo. Amon indicó a Raisa un rincón de lo que sin duda había sido el casino de oficiales y él se acostó con su petate junto a la puerta. Los demás Lobos buscaron sitios donde dormir en el patio.

Raisa veía las estrellas por las aberturas que dejaba la madera podrida del techo. Daba gusto estar rodeada de recios muros después de su experiencia en los Álamos, sin embargo no paraba de dar vueltas en el lecho, incapaz de dormir. Una vez más, puso en entredicho su decisión de abandonar los Páramos. La añoranza era como una piedra fría debajo del esternón.

Las montañas la reclamaban, todas las reinas muertas en sus tumbas de piedra. «Raisa», susurraban. «Raisa *ana*'Marianna *ana*'Lissa y todas las demás *ana*'s hasta Hanalea. Vuelve a casa».

«Me niego a cooperar en la nueva esclavización de la dinastía Lobo Gris», pensó.

Finalmente se levantó, fue hasta la entrada y se plantó al lado de Amon Byrne, que yacía acurrucado en su manta. Amon se volvió boca arriba y abrió los ojos.

—¿Qué sucede? —susurró—. ¿Por qué estás levantada?

—¿Por qué nunca puedo acercarme a ti? —inquirió Raisa.

Amon se incorporó y se frotó los ojos con los pulpejos de las manos.

—¿Por qué no lo intentas de día?

Raisa dio un resoplido.

—Si no puedo hacerlo cuando duermes como un tronco, ¿cómo quieres que espere poder hacerlo cuando te hallas despierto?

—Sólo digo que sería más conveniente de día —dijo Amon, bostezando.

«Oh, claro». Raisa metió las manos en los bolsillos.

—Perdona. No tenía intención de despertarte. Es sólo que no puedo dormir.

Se miró los pies enfundados en gruesos calcetines de lana que apenas necesitaba en aquel extraño clima sureño.

—Hummm. —Amon se pasó la mano por el pelo enmarañado—. Ven. Siéntate —dijo, dando palmaditas sobre un banco de piedra que había junto a la puerta. Raisa se sentó. Amon salió de bajo las mantas; sólo llevaba pantalones de montar, se sentó a su lado.

Raisa tomó una mano de Amon entre las suyas y apoyó la cabeza en su hombro. Recorrió las venas del dorso de la mano de Amon con el índice. Las manos de Amon eran grandes, con los dedos firmes, capaces. Raisa adoraba esas manos.

Una voz le susurró en la cabeza: «Me apoyaré en Amon Byrne el resto de mi vida».

Tras un breve silencio, Amon dijo:

—Por si sirve de algo, creo que tomaste la decisión correcta. Marchándote de los Páramos, quiero decir.

Raisa lo miró pestañeando.

—¿Cómo has sabido que es eso lo que me preocupa?

—Por pura casualidad —dijo Amon, mirando hacia otro lado y encogiéndose de hombros—. Tú no eres de las que huyen de un combate, y sabes defenderte de casi cualquiera en igualdad de condiciones; Ahora bien, ¿cómo vas a enfrentarte a tu madre y al Gran Mago a la vez?

—Pero mi madre es la reina —dijo Raisa—. ¿Cómo puedo contar con que los demás se arrodillen ante mí, si me rebelo contra mi señora? ¿Cómo va a confiar mi pueblo en mí si huyo?

Amon bajó la vista a sus manos entrelazadas. Por una vez no retiró la suya.

—Tú eliges una batalla que puedes ganar y eliges el momento y el lugar para hacerlo. No permitas que lo elija el enemigo.

—¿Eso es lo que os enseñan en Casa Wien?

—Es lo que dice mi padre. Los Bayar no se habrían arriesgado a forzar este matrimonio y enfurecer a los clanes si no estuvieran seguros del resultado.

Raisa suspiró. De un modo u otro, en la solitaria oscuridad de aquel otoño tan peculiar, lo que había ocurrido en el Castillo de Fellsmarch el día de su onomástica parecía un farragoso melodrama protagonizado por otra persona.

—A lo mejor se equivocan. Los Bayar, quiero decir.

—Sí, a lo mejor —dijo Amon, en tono poco convincente, dando a entender que lo dudaba.

—A veces la reina se opone a lord Bayar —insistió Raisa, que por alguna razón sentía el impulso de defender a su madre—. Tal vez se trate más de una cuestión de influencia que de control.

—Tal vez. Aun así, estarías casada con Micah Bayar si te hubieses quedado.

Micah. Raisa levantó la vista a las estrellas, tratando de disipar el recuerdo del rostro de Micah, de los besos que habían crepitado a través de ella como llamas en un papel.

—Hablemos de lo que ocurrirá cuando lleguemos a Vado de Oden —dijo Raisa, con repentinas ganas de cambiar de tema.

—Me figuro que no has reconsiderado la idea de ir a la Escuela del Templo —dijo Amon con escasas esperanzas.

Raisa suspiró.

—Menos el tiempo que estuve en el Campamento Demonai, he estudiado arte, música y lenguas toda mi vida. Necesito aprender algo diferente. —Miró a Amon a la cara, deseosa de que la entendiera—. Ir a Vado de Oden es arriesgado, pero también una oportunidad. Ninguna reina Lobo Gris ha estudiado allí, al menos recientemente. Aprenderé cosas que mi madre no me puede enseñar. El reino se encuentra en estado de sitio, y se nos está acabando el tiempo.

Raisa de repente se dio cuenta de que estaba apretando la mano de Amon con mucha fuerza, y aflojó un poco el apretón.

Amon la miró de soslayo.

—¿Por lo que ocurrió con los Bayar?

Raisa negó con la cabeza.

—No son sólo ellos. Es como si me fueran quitando el suelo que piso. —Se rió con amargura—. Parezco mi madre, la reina melancólica. Ahora bien, a diferencia de ella, no estoy dispuesta a canjear soberanía por protección. —Hizo una pausa—. El problema con el don de la profecía es que nunca estás segura de si tus visiones son ciertas o si sólo estás de capa caída.

»Lord Bayar lleva razón en una cosa: nos atacarán por el sur en cuanto los Montaigne dejen de luchar entre sí. Nunca seré soldado, pero necesito saber más sobre diplomacia, política y estrategia militar. Tengo que conocer mejor a mis enemigos.

—O sea que quieres ir a Casa Wien.

Raisa asintió.

La luna se liberó de un velo de nubes y su luz bañó las ruinas.

—Micah y Fiona Bayar estarán en Casa Mystwerk como alumnos de primer año —dijo Amon, enarcando una ceja—. Y los Mander también.

Raisa suspiró.

—Supongo que me toparé con ellos tarde o temprano.

—Tal vez será tarde, si tenemos suerte. —Amon se rascó la nariz—. Una ventaja de Casa Wien es que está en la otra orilla del río que Mystwerk. Los guerreros, ingenieros y contables, las artes prácticas, estudian en ese lado del río. Los magos, sanadores y artistas del templo lo hacen en el otro lado. No suelen mezclarse mucho entre sí.

—¿En serio? —dijo Raisa sorprendida—. ¿Por qué no?

Amon sonrió, y sus dientes blancos resplandecieron en contraste con su piel bronceada.

—Cualquier mago novato con toga roja que se aventure por la ribera de Casa Wien tiene muchas probabilidades de ser arrojado al río. En nuestra orilla la mayoría son sureños, y no les interesa nada que tenga que ver con la magia.

—¿No se lo piensan dos veces antes de meterse con un mago? —preguntó Raisa.

—Sería lo lógico —respondió Amon, asintiendo—. Pero hay normas muy estrictas sobre los ataques con magia dentro de la academia. Cualquier clase de agresión, en realidad. Habrás oído hablar de la Paz de Vado de Oden, supongo.

Raisa asintió.

—Resulta asombroso que logren hacerla respetar. Y dado que la escuela está entre Arden y Tamron, me sorprende que nadie haya intentado hacerse con ella.

—Tanto a Arden como a Tamron les encantaría adueñarse de la academia, con todas sus riquezas y conocimientos —dijo Amon—. Arden no aprueba las enseñanzas de Mystwerk porque forma magos. La Iglesia de Malthus quiere cerrar Mystwerk, y ya han intentado invadirla alguna vez. Pero el cuerpo docente y los estudiantes luchan por defenderla. Allí están los magos más poderosos, los mejores militares e ingenieros de los Siete Reinos. Nadie se ha metido con ellos en mucho tiempo.

Raisa aguardó con interés, pero Amon parecía resuelto a abreviar.

—¿Crees que ingresar en Casa Wien será un problema? —preguntó Raisa.

—Mi padre me dijo que había escrito cartas de recomendación a los directores de la Escuela del Templo y de Casa Wien. Pasó un tiempo enseñando en Casa Wien, así que tiene cierta influencia. —Amon hizo una pausa, como ponderando si debía proseguir—. Aunque el director de Casa Wien es Taim Askell, y tiene un carácter difícil.

—¿Difícil? ¿Por qué?

—Aguardemos a ver qué pasa —dijo Amon—. No quiero invocar un problema que tal vez no se presente. —Miró al cielo—. ¿Pero me prometes que irás a la Escuela del Templo si no puedes ingresar en Casa Wien?

—Aguardemos a ver qué pasa —repitió Raisa.

«Entraré —se dijo a sí misma—. No pienso perder el tiempo en Vado de Oden».

—Si te reconocen, quizá tengas que marcharte de inmediato —dijo Amon, apretándole la mano.

Raisa asintió.

—Lo entiendo. Pero no se me ocurre un lugar más seguro al que ir. Arden, no.



Tamron sería una posibilidad, supongo —dijo, pensando en Liam Tomlin.

—¿Y por qué no más al sur? ¿A Bruinswallow o We'enhaven? —inquirió Amon.

—Para empezar, fuiste tú quien sugirió Vado de Oden —dijo Raisa—. Además, no conozco a nadie en Bruinswallow ni en We'enhaven. Ése es mi gran problema. No he estado en ninguna parte, no conozco a nadie fuera de mi propio reino excepto a las personas que acudieron a la fiesta del día de mi onomástica. —Hizo una pausa, pero Amon no sonrió—. Soy incapaz de someterme al control de otra persona. Y quiero estar lo bastante cerca como para enviar un mensaje a mi madre.

Amon entrecerró los ojos.

—Supongo que no lo dices en serio, Rai. Es demasiado peligroso.

—Es preciso que sepa que estoy viva —insistió Raisa—. Y que la siga queriendo y que regresaré. No quiero que tenga la menor duda sobre eso.

—¿Cómo tienes planeado enviar un mensaje de manera que no se descubra directamente tu paradero? —preguntó Amon—. Aquí estoy yo, preocupándome de que no te tropieces con Micah, y tú entretanto haciendo planes para ponerte en pie y hacerle señas a lord Bayar, diciéndole: ¡aquí estoy!

—No voy a escribir a lord Bayar —gruñó Raisa.

—Viene a ser lo mismo —replicó Amon—. Además, debido a la guerra no es precisamente fácil enviar un mensaje de Vado de Oden a los Páramos.

—¡No sé cómo lo haré! —espetó Raisa—. ¿Por qué siempre es tan peligroso todo lo que me propongo hacer? Todo lo que merece la pena, al menos. A veces hay que correr riesgos.

Amon masculló algo entre dientes.

—¿Qué has dicho, cabo? —inquirió Raisa—. No te he oído bien. —Amon apretó la mandíbula y miró fijamente al frente, juntando las cejas—. ¿Qué? —insistió Raisa.

—He dicho, Vuestra Alteza, que la diferencia entre tú y yo es que si te haces matar, no tienes que culparte cada día del resto de tu vida.

Raisa notó el calor de sus mejillas al ruborizarse.

—¿De verdad piensas que alguien se propone matarme? —dijo a media voz—. Si me reconocen y capturan, ¿no es más probable que me hagan regresar a los Páramos para que me case con Micah? —Se encogió de hombros—. Si ocurre eso, ya me las arreglaré. Mientras siga viva, encontraré la manera. Una cosa te prometo: nunca seré una reina cautiva.

Amon levantó la vista al cielo y la luz plateada de la luna le pintó el rostro, el pecho y los brazos. Parecía que estuviera debatiendo si debía hablar.

—Antes has mencionado una profecía —dijo Amon finalmente—. No logro quitarme de encima la sensación de que estás arriesgando algo más que un mal matrimonio. —Carraspeó e hizo un ademán señalando el camastro de Raisa—. Más vale que duermas un poco, Alteza. Mañana nos espera un largo camino.

Comparado con los Páramos, donde buena parte de la tierra era demasiado rocosa y empinada para cultivarla, todo Tamron parecía domado y cultivado. Grandes plantaciones de frutales se extendían hasta el río, y las ramas de los árboles se vencían cargadas de melocotones, manzanas y extrañas frutas naranjas y amarillas que hacían que Raisa arrugara los labios al morderlas.

Campos de trigo, alubias, maíz y calabazas circundaban grandes casas solariegas, y estaban tachonados de cabañas para los campesinos que labraban los campos. Las casas eran prósperas, elegantes edificios con ventanas hasta el suelo, y era evidente que no se habían construido pensando en defenderlas. Tamron vivía en paz hasta donde alcanzaba la memoria.

Costaba creer que se estuviera librando una guerra tan sólo a unos cientos de kilómetros al este.

Amon se relajó ostensiblemente una vez que hubieron cruzado la frontera, volviéndose casi hablador para ser un Byrne. Había poco que cazar, de modo que adquirirían provisiones en los mercados de los pueblos que encontraban por el camino. Amon siempre se aseguraba de que pagaran un precio justo por todo.

Raisa recuperó un poco de peso sin que fuera preciso insistirle para que devorase la nutritiva y sabrosa comida sureña. Lo que ganó fue mayormente musculatura puesto que seguían entrenando a diario. Raisa practicaba regularmente con su nueva vara y la encontraba sorprendentemente eficaz, incluso contra una espada. Su manejo del hierro también iba mejorando, aunque nunca llegaría a ser una campeona, a causa de su estatura.

Mientras seguían el río Tamron hacia el sur, cayó en la cuenta de cómo la geografía, el clima y el terreno condicionaban la economía de las naciones, con sus pros y sus contras.

Las industrias que prosperaban en el norte se nutrían de materiales fáciles de conseguir: piedras preciosas, oro y plata, lana, pieles y cuero. El Valle era la única extensión de tierra cultivable.

Por consiguiente, comprando y vendiendo artículos producidos por ellos mismos o por otros, los clanes se habían convertido en maestros del comercio. Pero eso volvía vulnerables los Páramos en tiempos de guerra, al interrumpirse el comercio. Resultaba difícil mantener alimentado al pueblo.

Cuando los Siete Reinos se unieron, los bienes, el dinero y las personas circulaban libremente entre ellos, haciendo que el todo fuese más fuerte que cada una de sus partes constituyentes.

Viajando a través de Tamron, Raisa pensaba en el príncipe Liam Tomlin, heredero del trono de Tamron, que había asistido a la fiesta de su onomástica. Hacía sólo dos meses pero parecía que hubiese transcurrido toda una vida desde que su flirteo en el Gran Salón se viera interrumpido por Micah Bayar. ¿Qué habría sucedido si Micah

no se la hubiese llevado a lo que pretendía que fuese una boda clandestina?

Liam había manifestado que buscaba una novia rica. Tras lo poco que había visto de Tamron, Raisa comenzaba a darse cuenta de que el heredero de aquel reino pondría mucho sobre la mesa. Ella no tenía ningún interés en renunciar a su reino pero «¿cómo resultaría —pensó—, casar los intereses de los Páramos con los de Tamron?». Antes del Quebrantamiento habían estado unidos como dos de los Siete Reinos gobernados por las reinas Lobo Gris.

Raisa estaba resuelta a hacerse con el control de su futuro matrimonial, a llevar a cabo sus propios planes. Había una gran diferencia entre casarse por el bien de los Páramos y convertirse en instrumento de ambiciones ajenas a ella.

A medida que se aproximaban a Vado de Oden había más tráfico en el camino; carros que transportaban productos alimenticios, grano, incluso cerdos y pollos a los mercados. También había estudiantes y, entre éstos, la variedad era increíble. Algunos iban en grandes carruajes, con escolta de hombres armados, sirvientes y carros de equipaje.

—Alumnos de primer año —dijo Amon, sonriendo—. Novatos. Van a llevarse una buena sorpresa. No en vano llaman «el gran nivelador» a Vado de Oden. Todo el mundo dispone del mismo espacio: una cama con un cajón debajo. Tendrán que enviar la mayor parte de sus cosas de vuelta a casa o buscar un almacén fuera de la academia.

Algunos estudiantes iban a caballo, solos o en grupo, en monturas que iban de purasangres a percherones, de saludables a aquejados de garbanzuelo. Otros iban a pie, con mochila y zapatos desgastados por la caminata. Pasaban carros de alquiler en cuyas cajas traseras los estudiantes daban bandazos a causa del traqueteo, cerrando los ojos para protegerlos del polvo.

Las posadas del camino estaban atestadas de gente. Cuando conseguían encontrar mesa para cenar, los rodeaban académicos de todos los rincones de los Siete Reinos, incluso de Bruinswallow, We'enhaven y las islas. El clamor de idiomas diferentes hacía que Raisa aguzara el oído para poner a prueba sus conocimientos, pero aquellas gentes hablaban mucho más deprisa que sus tutores.

Los Lobos Grises tropezaron con amigos a lo largo del camino; otros cadetes que regresaban a Casa Wien. Como cadete novata, Raisa despertaba un considerable interés. Varios muchachos entablaron conversación con ella. Un soldado de Tamron resultó especialmente insistente, prodigándole cervezas y halagos, hasta que la implacable mirada de Amon lo ahuyentó.

—Parecía majo —dijo Raisa, observando cómo se batía en presurosa retirada.

—Lo conozco —dijo Amon sin rodeos—. Y no lo es.

Las tiendas de las aldeas y los vendedores ambulantes exhibían artículos que los estudiantes podían necesitar: papel de muchos colores, plumas y arena secante; enciclopedias de varios centímetros de grosor encuadernadas en cuero que los vendedores aseguraban que contenían todos los conocimientos.

Un tendero se cernía sobre un estante de gafas para los ojos cansados tras muchas horas de estudio. Otro ofrecía tarros de pigmentos, rollos de papel y lienzo, pinceles de todas las medidas, bloques de madera y pequeños buriles para tallar imágenes para imprimir.

Ya casi anochecía cuando coronaron un pequeño promontorio y la academia apareció ante ellos. Desde aquella distancia, podría haber sido una fortaleza dividida en dos por el río Tamron, protegida por altas murallas de piedra. Chapiteles de templos, cúpulas doradas y tejados sobresalían de la muralla, reluciendo bajo el sol poniente como la espléndida cobertura de un pastel de piedra.

El tráfico había disminuido. Los estudiantes más espabilados habían llegado antes de la hora de la cena y sin duda ya estaban sentados a la mesa. Como haciendo honor a este pensamiento, la barriga de Raisa gruñó sonoramente.

Amon frenó con dificultad. Su caballo, *Vagabond*, tenía ganas de seguir adelante, como si ya oliera la cena que le aguardaba en el establo.

Raisa estaba menos segura del recibimiento de que sería objeto como acompañante inesperada. Confiaba en poder darse un buen baño caliente. Ella y *Switcher* olían de manera muy semejante. Si alguna vez había deseado impresionar a Amon Byrne con sus recién adquiridos belleza y *glamour*, tal ocasión había pasado a la historia. Amon la había visto en toda su fealdad.

Amon, por supuesto, parecía bien adaptado a la vida en el camino. Vivir a la intemperie le confería una pátina de dureza que, en todo caso, lo hacía más atractivo, incluso sin afeitar.

—Se está haciendo tarde —dijo Raisa, instando a *Switcher* a acercarse a *Vagabond*—. Tal vez deberíamos buscar una posada y presentarnos en Casa Wien por la mañana.

—Hoy tendremos que dormir en la residencia de estudiantes —dijo Amon—. Las posadas estarán llenas porque el curso comienza dentro de pocos días. Hemos llegado de noche adrede; es menos probable que nos topemos con algún conocido fuera de la puerta o en la ribera donde está *Mystwerk*.

—Sabes que tarde o temprano me reconocerán —dijo Raisa, hablando en voz baja para que los demás no la oyeran—. Tendremos que hacernos a la idea.

—Cuanto más tarde, mejor —refunfuñó Amon. Contemplaba la ciudad, acariciando el cuello de su caballo—. Todo irá sobre ruedas mientras nadie sepa quién eres. En cuanto se enteren, será imposible protegerte.

—La mayoría de mis súbditos no me ha visto nunca de cerca. —Sonrió con cierta sorna—. Y quienes lo han hecho no me reconocerían sin una tiara en la cabeza.

Amon no correspondió a su sonrisa. Se volvió en la silla para dirigirse a los demás.

—Quedaos aquí y que los caballos descansen. Yo bajo a comprobar que todo esté en orden.

Sin aguardar respuesta, hincó los talones en los ijares de *Vagabond* y emprendió

el descenso al valle.

Amon estuvo fuera dos horas. Cuando regresó, su expresión era más bien sombría y resignada.

—Todo va bien —anunció, contradiciendo lo que traslucía su porte—. He hablado con el maestro Askell y tenemos alojamiento en la residencia de estudiantes para esta noche. Nos vamos.

Mientras descendían la larga colina hasta el río, Raisa se aproximó a Amon.

—¿Qué está pasando? —preguntó—. ¿Qué ha dicho el maestro Askell?

—Quiere reunirse contigo —dijo Amon, frotándose la nuca.

—Eso es bueno, ¿no?

—Depende.

No entraron en la academia por la puerta principal sino que la circundaron hasta la abertura del lado sur. Dos cadetes les hicieron pasar y la cerraron a sus espaldas.

*Switcher* seguía a *Vagabond* sin apenas requerir indicaciones de Raisa, que así pudo dedicarse a contemplar el recinto de la academia.

La escuela presentaba el tamaño de una ciudad pequeña, pero tenía más espacio verde que cualquier ciudad que Raisa hubiese visitado. Antiguos edificios de piedra salpicaban el césped, conectados por galerías cubiertas con el pavimento de ladrillos y plantas que florecían de noche enroscadas a las columnas. La embriagadora fragancia se derramaba sobre ellos, empujada por una brisa tibia y húmeda. Las luces resplandecían en las cocinas y los comedores. Casi todos los estudiantes todavía estaban cenando, si bien unos pocos habían iniciado el paseo de regreso a sus residencias, charlando y llamando a sus amigos en todas las lenguas de los Siete Reinos. Los restantes enfilaban la calle principal hacia el río, libres de tener que hacer deberes dado que las clases no habían comenzado.

—¿Qué son estos edificios? —preguntó Raisa, señalando.

—Ésta es la orilla de *Mystwerk* —explicó Amon. Indicó una construcción de piedra con elaborados ornamentos que ocupaba más de una hectárea—. Eso es *Mystwerk Hall*, la parte más antigua de la academia. Supuestamente la academia se fundó cuando un mago construyó una cabaña en la ribera y comenzó a aceptar aprendices.

Raisa estudió *Mystwerk Hall*, inclinando la cabeza hacia atrás para ver la mole del campanario. ¿Estaría Micah Bayar en algún lugar de su interior?

¿Cuánto tiempo la había aguardado Micah en la Muralla Occidental? ¿Había renunciado a sus planes de venir a Vado de Oden en busca de ella?

Cruzaron junto a intrincados herbarios tapizados de flores, unas conocidas, otras no.

—Éstos son los jardines de los sanadores —dijo Amon, al advertir el interés de Raisa—. Aquí vienen gentes de todas partes a formarse como sanadores y también a tratarse enfermedades.

Más adelante, un puente de piedra trazaba un arco muy alto sobre el río,

flanqueado de tiendas y tenderetes, en su mayoría cerrados por la noche. Las tabernas seguían abiertas, y grupos de estudiantes se congregaban en la calle.

—El puente y las tiendas de la Calle del Puente son una especie de zona fronteriza donde se mezclan estudiantes de ambas orillas —dijo Amon. Señaló a Raisa con la mano enguantada—. O sea que tú ni debes acercarte a la Calle del Puente.

Amon los condujo a través del puente. De una taberna salieron voces a la quietud de la noche, seguidas por dos estudiantes enzarzados en un combate de lucha libre. Uno llevaba uniforme de color pardo, el otro, una toga roja de mago. Más estudiantes salieron de la taberna y formaron un arco iris con los colores de las escuelas.

—Será una desavenencia filosófica cualquiera —observó Amon, poniendo cuidado en rodear la turba.

—¿Qué hay de la famosa paz? —preguntó Raisa.

Amon se rió.

—La guardia del rector se encarga de las peleas entre estudiantes. —Señaló hacia tres hombres de aspecto serio con uniforme gris que se acercaban a grandes zancadas por la calle, dirigiéndose hacia los estudiantes que luchaban—. Hay muchos por aquí, sobre todo por la noche, y si te pillan te llevan ante el rector —dijo Amon—. Si eres reincidente o has cometido una infracción grave te expulsan de la academia, y no hay apelación que valga. Por lo general, los estudiantes procuran resolver sus diferencias entre ellos.

Llegaron al otro lado del puente y bajaron a las calles de la orilla de Casa Wien. Allí los edificios eran de construcción más reciente, aunque seguían teniendo cientos de años de antigüedad y eran de la misma piedra gris que sin duda procedía de una cantera cercana. Las residencias de estudiantes eran más sobrias, más utilitarias. No obstante, su arquitectura presentaba una austera belleza muy del agrado de Raisa.

La academia de guerreros estaba instalada en un complejo de construcciones, una ciudadela con plaza de armas, fundiciones, residencias, establos, edificios de aulas y pastos para las monturas.

—Todos los estudiantes dejan sus caballos ahí —dijo Amon—. Tanto si están en Casa Wien como en otras escuelas.

Pasaron junto a varias construcciones largas y bajas que, a juzgar por el olor, debían de ser los establos. Se detuvieron delante de uno de ellos y desmontaron. Raisa quitó la silla a *Switcher*, la ató y almohazó. Un cadete los condujo a una hilera de compartimentos. Se aseguraron de que abrevaran y dieran grano a sus monturas antes de echarse las alforjas al hombro y dirigirse a un gran edificio de piedra. Sobre el umbral aparecía grabado CASA WIEN.

En la entrada había un portero sentado a una mesa con un gran libro de registro delante de él.

—Amon Byrne se presenta con su compañía de los Páramos —dijo Amon—. Antes he hablado con el maestro Askell.

El portero asintió.

—Bienvenido de nuevo, comandante. El maestro Askell dice que se alojen en Grindell Hall. Todos ustedes —puntualizó el portero, hablando en voz baja a Amon.

¿Comandante? La mente agotada de Raisa no podía lidiar con aquello. Por eso se dedicó a repasar despreocupadamente los nombres y fechas grabados a ambos lados de la entrada: una lista de comandantes de clase que se remontaba al Quebrantamiento. Se fijó en un nombre que conocía y lo leyó con más detenimiento. El apellido Byrne aparecía a intervalos regulares a lo largo de los últimos mil años. Las fechas más recientes correspondían a Edon Byrne, el padre de Amon. Y a Amon Byrne.

Notó la presencia de Amon detrás de ella, como un hormigueo entre los omóplatos.

—Hay muchos Byrne ahí arriba —dijo Raisa, señalando.

—Es una especie de tradición. —Le cogió las alforjas y se las pasó a Mick—. Vosotros id a instalaros en Grindell —ordenó—. Coged ropa de cama para Morley y para mí, y dejad las cosas de Morley en el tercer piso. Talbot y Abbott, dormís con Morley. Cuando tengáis las camas hechas y el equipaje guardado, id al comedor. No nos esperéis.

Se volvió hacia Raisa.

—Tú ven conmigo, Morley. El maestro Askell nos espera.

«¿Tenemos que ir a verlo ahora?», pensó Raisa. El cansancio había superado al hambre, y se moría de ganas de meterse en la cama. En voz alta, dijo:

—Contaba con poder darme un baño antes de verle. ¿Al menos podría lavarme la cara?

—Más vale que seamos puntuales —dijo Amon—. Le preocupará más tu aspecto si se aviene a aceptarte.

Los demás Lobos cogieron mantas y sábanas de un pequeño almacén y salieron del edificio por una puerta lateral. Raisa y Amon subieron pisando fuerte la escalera de piedra hasta el tercer piso. Amon llamó a una gruesa puerta de madera.

—Adelante —dijo una voz grave.

Taim Askell estaba de pie delante de su escritorio cuando entraron. Era alto, quizás un poco más alto que Amon, pero seguramente pesaba una vez y media más que él. Su musculosa corpulencia colmaba la habitación pese a que el despacho era de buen tamaño. Tenía el rostro surcado de arrugas por largos años de sol e inclemencias, y las patas de gallo indicaban que había sonreído en algún momento del pasado.

Ahora no sonreía.

Su toga doblada descansaba sobre el respaldo de una silla; por lo demás, la habitación estaba ordenada y despejada, con cada cosa en su sitio salvo una serie de papeles esparcidos encima del escritorio.

Las estanterías de libros forraban las paredes, llenas de volúmenes encuadernados

en cuero negro con estampaciones de oro en los lomos, historias de campañas militares. Un mapa de los Siete Reinos cubría la pared enfrentada a la puerta, y un mapa enmarcado de Carthis en tinta sepia ocupaba un lugar destacado detrás de su escritorio.

—Maestro Askell —dijo Amon en lengua Común, golpeándose el corazón con el puño a modo de saludo—. El comandante Byrne se presenta como se le ordenó, con la aspirante Rebecca Morley, señor.

Raisa imitó el saludo de Amon, preguntándose cuánto sabía el maestro Askell.

—Descansen, comandante y..., candidata Morley —dijo el director Askell en lengua Común con acento de Arden—. Siéntense —agregó, indicando dos sillas de respaldo recto. Fue más una orden que una invitación.

Raisa se sentó muy recta en el borde del asiento y apoyó las manos en los muslos. Procuraba parecer más alta y robusta de lo que era. Más merecedora de ser admitida.

Askell no se sentó. En vez de hacer eso se irguió imponente ante ellos dos como el Quebrantador en el Día del Juicio. Como si no tuviera intención de dedicarles más de cinco minutos de su tiempo.

—Les aseguro que esto será breve —dijo el maestro Askell, corroborando la primera impresión de Raisa—. He adoptado la costumbre de interrogar a todos los aspirantes que quieren ser admitidos en Casa Wien, sobre todo a los que solicitan privilegios especiales.

—¿Privilegios especiales, señor? —Raisa miró a Amon, que miraba al vacío moviendo un músculo de la mandíbula—. No estoy segura de a qué os referís, señor.

Raisa prefirió pecar por exceso y no por defecto en lo de decir señor.

—¿Qué es lo que espera exactamente de nosotros, Morley? —preguntó Askell, cruzando los brazos.

Su tono hostil instó a Raisa a hablar.

—Yo diría que mis expectativas son similares a las de los demás cadetes, señor. Cuento con sacar provecho de mis estudios con el cuerpo docente de Casa Wien, así como del trato con la gran diversidad de estudiantes de la academia.

—¿De verdad? —Askell ladeó la cabeza—. ¿Y cómo, exactamente, beneficiará a Casa Wien su presencia aquí? ¿Y al mundo en general?

Raisa lo miró pestañeando, su mente cansada fue demasiado lenta en contestar.

—Pues...

Askell siguió avanzando demoledor.

—El comandante Byrne me dice que procede de la nobleza, que aun siendo mujer es la heredera de su linaje, según es... costumbre en el norte —dijo Askell.

Viendo su expresión, Raisa dedujo que no aprobaba tal costumbre.

—Atraemos a muchos aspirantes de familias nobles. Muchos más de los que podemos hospedar. Algunas familias ven la carrera militar como el medio para reforzar el carácter o corregir ciertas deficiencias físicas. Otras la ven como un modo de deshacerse de hijos descarriados o de hijas poco prometedoras.



Aun agotada como estaba, la actitud de Askell avivó el genio de Raisa.

—Os aseguro, director Askell, que mis padres no me enviaron aquí por ninguna de esas razones, señor —declaró fríamente.

Askell enarcó una ceja.

—Eso parece. Viene sin una carta de presentación de sus padres, cosa bastante inusual. Así pues, tal vez se fugó para alistarse en el ejército. A lo mejor ve esto como una manera de rebelarse contra ellos.

—No me escapé para alistarme en el ejército, señor —dijo Raisa—. Estoy aquí porque busco una educación que me prepare para cumplir con mis obligaciones con mi familia y con los Páramos.

—Lo que sí tenemos es una carta de recomendación de nuestro ex alumno Edon Byrne. —Askell hizo una pausa, como si esperase que Raisa hiciera algún comentario, pero ella no dijo nada—. Y su propio comandante ha solicitado un alojamiento especial para usted. Esto suscita inmediata inquietud. Por lo general, los candidatos aguardan a ser admitidos para solicitar un trato preferente. ¿De verdad piensa que Casa Wien es un buen lugar para usted?

—Maestro Askell, quizá yo... —comenzó Amon, pero el director negó con la cabeza.

—He preguntado a Morley, comandante —dijo Askell sin apartar los ojos de Raisa—. Debo asegurarme de que su presencia aquí no sea una distracción que afecte negativamente a la educación de los demás cadetes. Tenemos una responsabilidad para con ellos, así como con usted. Nuestros estudiantes se organizan en grupos cohesionados. Los casos de favoritismo atentan contra eso.

Raisa miró a Askell de hito en hito.

—Tengo curiosidad, señor, acerca del alojamiento que el comandante Byrne ha solicitado en mi nombre —dijo—, puesto que ha decidido no decirme nada al respecto.

Durante un largo momento, Askell no respondió, como si lo dicho por Raisa no fuese lo que había esperado. El director se dirigió indignado al aparador, cogió una tetera y la puso a calentar en el hogar.

Dio media vuelta y se apoyó en la repisa de la chimenea.

—El comandante Byrne ha solicitado que todos los cadetes de los Páramos que están bajo su mando, y eso la incluye a usted, se alojen juntos en Grindell Hall, cuando nuestra política es mezclar cadetes de los distintos reinos tanto en las residencias como en las aulas. También se sale de lo común que los alumnos de primer grado como usted se alojen con los de cuarto grado como el comandante.

»Por si esto fuera poco, también ha pedido que le preparemos un protocolo de estudios a medida, protocolo que cruza los límites de las escuelas para combinar ciencia militar, riguroso entrenamiento físico, geografía, diplomacia, historia y finanzas. De hecho, ha propuesto un protocolo que probablemente la mantendrá ocupada todas las horas del día y muchas de la noche.

—¿Cómo? —dijo Raisa, sin hacer el menor esfuerzo por ocultar su sorpresa—. No tenía ni idea, señor, de que el comandante Byrne hubiese puesto tanto interés en planificar mi educación.

Se volvió para mirar a Amon, que evitó sus ojos. Al ver las manchas de color en sus mejillas, Raisa comprendió cuánto le había costado emplear su ascendencia sobre Askell para intentar asegurarse de que le dispensara un trato especial. Amon no solía actuar de ese modo.

Se encaró de nuevo a Askell.

—No obstante, señor, debo decir que me parece perfecto.

—Llega tarde a la academia —dijo Askell—. Los demás cadetes de su edad ya llevan tres años aquí. Sería un desafío para usted llegar a dominar el protocolo habitual, y no digamos ya uno tan..., exigente.

—Estoy acostumbrada a trabajar duro, señor —dijo Raisa, alzando el mentón—. He recibido algo de instrucción. En los Páramos estuve acogida en los clanes de las Espíritus durante tres años.

—No me diga —repuso el director, y su rostro exhibía el desdén de los llaneros por los clanes—. No acierto a ver qué relación tiene eso con su eventual admisión en una academia militar.

«Edon Byrne dice que monto como un guerrero Demonai», estuvo tentada de decir Raisa.

—Si me permitís, ése es el motivo por el que he propuesto un protocolo un poco diferente para Morley, señor —dijo Amon—. Como bien sabéis, buena parte de los tres primeros años en la academia se centra en el entrenamiento físico: habilidad en el manejo del caballo, orientación, seguimiento de pistas, supervivencia. Se da un notable solapamiento con lo que Morley aprendió en los campamentos de las tierras altas. Morley también ha entrenado a conciencia durante el último mes con el armamento de los llanos. A mi juicio encontraréis que...

—Si pudiera hacerse en un mes, seríamos mucho más eficientes, ¿no es verdad, comandante Byrne? —dijo Askell, vaciando un sobre de té en la tetera. Usando un trapo para protegerse la mano, la llevó a su escritorio y la dejó sobre un salvamanteles desgastado.

Finalmente, se sentó en su silla de respaldo alto y miró a Raisa como quien mira a un niño que a todo reacciona de forma exagerada. Raisa había visto aquella mirada a menudo, y era algo que siempre la irritaba.

—¿Realmente tiene intención de ser soldado, Motley? —preguntó Askell—. ¿No le parecería más sensato estudiar las ciencias blandas? La curación, el arte y la filosofía también son materias importantes. Sería una línea de estudios más acorde con su condición.

—¿Con mi condición o con mi género, señor? —dijo Raisa—. Habéis dicho que Casa Wien está llena de hombres emancipados y duques. Sólo veo un aspecto en el que son diferentes a mí.

—En Casa Wien hay mujeres —dijo Askell fríamente—. Sin duda el comandante Byrne se lo habrá dicho.

—Hay mujeres, en efecto —respondió Raisa, con voz temblorosa por la ira—. Y todas son del norte, y seguramente hijas de soldados, ¿me equivoco? Nada de damas de alcurnia.

Askell la miró detenidamente y luego negó con la cabeza.

—Nada de damas de alcurnia —admitió. De modo que al menos era sincero.

Raisa se levantó, con los puños apretados en los costados.

—En respuesta a vuestra pregunta, señor, debo decir que no, no tengo intención de servir como soldado. Pero los reyes, los duques y los lores han estado enviando a sus herederos a Casa Wien durante más de mil años no para convertirlos en soldados, sino para que fuesen mejores dirigentes.

»Me han atiborrado de filosofía, arte y las demás ciencias blandas, como vos las llamáis. Si bordar, cantar o recitar sirvieran para resolver una crisis, estaría bien preparada. He venido aquí porque se dice que es el mejor lugar de los Siete Reinos para conseguir una sólida formación. He venido aquí para llenar las carencias de mi educación, para prepararme para cuando llegue el momento en que deberé tomar decisiones por mi cuenta, y entonces los conocimientos sobre liderazgo, ingeniería y ciencia militar quizá supongan la diferencia entre el éxito y el fracaso. —Raisa miró un momento a Amon, que permanecía inmóvil salvo por sus ojos grises, que pasaban de Askell a ella sin cesar—. Lo que el comandante Byrne ha propuesto me parece justo lo que necesito. Pero entrenaré como un simple soldado si eso es lo que tengo que hacer para conseguir una buena formación. Viviré donde dispongáis. No os pido un alojamiento especial. Si fracaso, fracaso. Pero entretanto a lo mejor aprendo algo. Señor.

Raisa hizo una reverencia al maestro y lo saludó como había hecho Amon.

—Gracias por vuestro tiempo, señor. Os dejo para que podáis discutirlo con el comandante Byrne.

Se retiró, sabiendo que había echado a perder cualquier posibilidad que tuviera de quedarse en Casa Wien.

Lágrimas de furia le asomaron a los ojos mientras bajaba la escalera pisando fuerte. Se detuvo en el rellano del segundo piso para serenarse antes de seguir bajando. ¿Cuándo se había vuelto tan importante que la admitieran en Casa Wien? Dos meses antes ni siquiera tenía planes de venir a Vado de Oden. ¿Acaso sólo era un deseo pueril de algo que le negaban? ¿Quizá no lo había deseado hasta toparse con la renuencia de Askell?

Por otra parte, dos meses antes no estaba al corriente de los traicioneros planes de Gavan Bayar para subvertir el Náeming y hacerse con el poder casando a su hijo con la futura reina de los Páramos. Tenía que regresar bien armada para librar las batallas que la aguardaban en el futuro.

Amon Byrne se había convertido en una persona taimada. ¿Cuándo había urdido

su nuevo plan de estudios y cuándo tenía planeado hablar con ella al respecto? Era muy arrogante por su parte, sin embargo no dejaba de conmovérsela.

¿Qué haría si Askell se negaba a admitirla? No había mucho donde elegir. Tenía que quedarse en el refugio que le procuraba Vado de Oden. Pero si cruzaba el río para ir a la Escuela del Templo, sería mucho más probable que la vieran Micah Bayar o sus amigos. Además, perdería la protección de los Lobos Grises.

Raisa preguntó al portero de la planta baja cómo se iba a Grindell Hall. Seguro que la dejarían dormir allí una noche, aunque al día siguiente la pusieran de patitas en la calle.

Cuando llegó al dormitorio, los demás Lobos Grises ya habían cenado. Habían traído platos para Raisa y Amon, pero Raisa había perdido el apetito. Se acurrucó en un sillón demasiado mullido junto al frío hogar de la sala común mucho después de que los otros se hubiesen acostado, aguardando el regreso de Amon con una taza de té entre las manos.

Finalmente, reconoció sus andares. Amon se detuvo en el umbral, que enmarcó su alta silueta, donde se quedó mirándola.

—Pensaba que ya estarías durmiendo —dijo Amon.

—¿Qué ha dicho Askell? —inquirió Raisa.

Amon se aproximó a la luz y se arrodilló a su lado. Cerró su tosca mano sobre las de ella y aquella extraña energía desbocada fluyó de nuevo entre ellos. Pareció que el tiempo se contrajera y que viera ante sí la misma escena repitiéndose en la distancia, un futuro que los encontraría envejeciendo juntos.

¿Una profecía? A Raisa se le puso la piel de gallina y el pulso se le aceleró. ¿Qué significaba?

—¿Qué te pasa? —susurró Amon, con una expresión divertida—. ¿Últimamente te he dicho que eres una mujer asombrosa, Alteza?

—Últimamente, no —contestó Raisa, tragando saliva—. Mejor dicho, nunca.

—Lamento no haberte hablado de mi idea —dijo Amon—. Supuse que el maestro Askell se negaría de plano y no quería que te llevaras un chasco. Pensé que estarías más dispuesta a ir a la Escuela del Templo si no sabías que se me había ocurrido una alternativa.

—¿Qué ha dicho Askell? —repitió Raisa.

—Dimitri llevaba razón. Eres una hechicera —dijo Amon, meneando la cabeza—. El maestro Askell ha aprobado tu protocolo y tu alojamiento. Comienzas pasado mañana.

## Camino al oeste

Han se alegró de dejar a sus espaldas la capital de Arden. El camino de Tamron discurría tan recto como la cuerda de un arco a través de la llanura que mediaba entre Ardencourt y el río Tamron. Avanzaban a buen ritmo dado que no había montes que rodear, sólo algún que otro río o arroyo que cruzar. Pero en algunos lugares los puentes estaban destruidos y tenían que recorrer largas distancias río arriba o río abajo hasta dar con un vado. A menudo encontraban transbordadores improvisados que prestaban servicio a los viajeros del camino que iban del este al oeste.

Abundaban evidencias de la guerra que se estaba librando: granjas quemadas, compañías de infantería marchando, sólidas fortalezas cerradas a cal y canto con banderas de combate ondeando en lo alto, grandes campamentos de soldados. Repetidamente, el grupo de Han se apartaba del camino para esconderse en los árboles y así evitar las patrullas a caballo que ostentaban los muchos colores de las facciones enfrentadas.

Encontraron campos de batalla en los que su presencia ahuyentaba a los cuervos y a las aves carroñeras de los cuerpos en descomposición. Las carroñeras volaban en círculos encima de ellos, quejándose groseramente, y en cuanto ellos se marchaban reanudaban su macabro festín. En varias ocasiones vieron horcas con el apestoso fruto de ejecuciones recientes.

«Una buena época para los cuervos», pensó Han. Era imposible que llegaran a tiempo para el día de la apertura del curso, retrasados como iban por haber salido tarde y por los numerosos rodeos.

Gata no iba a gusto con ese caballo que Jemson le había prestado: era una bestia poco agraciada y perezosa, casi con tan mal genio como *Ragger*. Gata iba clavada en sus lomos como si montara un erizo, sumamente incómoda, imposible de desplazarse. Las cosas fueron mejor cuando Han convenció a Gata de que lo cambiara por el caballo de refresco y usar el suyo para el equipaje.

La gran habilidad de Gata para manejarse en las calles de poco le servía en el campo, cosa que la ponía de un humor huraño y susceptible. No estaba acostumbrada a ser la segunda en nada.

Han y Bailarín se turnaban para enseñar a Gata los secretos de la vida en el bosque, como el seguimiento de pistas y la caza con arco. Sus reflejos eran rápidos y precisos, y siempre se le habían dado bien las armas blancas de todo tipo. Cuando tuvieron éxito con la caza, enseguida aprendió a despellejar y despiezar a los animales.

Se la veía apagada, muy diferente de la Gata que Han recordaba al frente de los

harapientos. En el pasado el orgullo y la obstinación de Gata la habían metido en serios problemas. Ahora se mostraba irritable, como un perro que ha recibido demasiadas patadas.

Manifestaba un persistente prejuicio contra Bailarín por el crimen de ser miembro de un clan. Resultaba irónico que Gata, siendo de las islas Meridionales, hubiese adoptado en tal medida las actitudes del Valle.

Continuaban viajando de noche. Cuando se aproximaba el alba, buscaban un lugar resguardado donde pasar el día. Han y Gata ponían unas cuantas trampas mientras Bailarín encendía una fogata y montaba el campamento. Comían, dormían unas pocas horas y luego se incorporaban y sacaban sus libros.

Bailarín alternaba entre su libro de brujería *Demonai* y el libro de hechizos. Han memorizaba los hechizos y luego se esforzaba en conseguir que su amuleto hiciera lo que él quería. Unas veces lo lograba, otras no, pero al menos no hubo más chorretadas de poder ni extrañas conductas autodestructivas.

Acababa de librarse de aquel círculo vicioso justo allí, en medio de ninguna parte.

Mientras estaban enfrascados en la lectura, Gata permanecía con ellos. A veces sacaba su *basilka* y tocaba melodías dulces y melancólicas capaces de hacerle saltar las lágrimas a cualquiera, aunque no comprendieras la letra. Bailarín a menudo dejaba de leer y se inclinaba hacia delante, se abrazaba las rodillas y cerraba los ojos, escuchándola.

Ahora bien, cuando empezaban a practicar hechizos, Gata se marchaba indignada del campamento y no regresaba hasta horas después. Así dejaba claro que no quería tener nada que ver con la magia.

A Bailarín todavía le desagradaba el amuleto sustituto, aunque seguía cargándolo de poder.

—Esto no acaba de ir bien —dijo, señalándolo—. Es como si estuviera ocurriendo algo entre el amuleto y yo..., algo que me resulta ajeno.

Han se encogió de hombros.

—Tal vez todos sean así —aventuró. Vaciló un instante y luego apretó sus dedos contra el talismán *Aguabaja*—. A veces parece que éste ya tenga conocimientos y poder dentro de sí. He pensado que quizá sea porque..., porque soy quien soy. O por quien lo poseyó antes que yo.

Bailarín frunció el ceño.

—¿Crees que está maldito? ¿O crees que el maldito eres tú?

—Tal vez ambas cosas —masculló Han.

¿Y si fuese verdad lo que Elena le dijera a su madre? ¿Y si él estuviera maldito porque la sangre del rey Demonio corría por sus venas? Desde luego, la suerte de su familia había sido nefasta durante los últimos mil años: de rey de los Siete Reinos a ratero muerto de hambre.

—¿Por qué? ¿Quién lo poseía antes? —preguntó Bailarín.

Sobresaltado, Han miró hacia donde estaba Gata sentada con su *basilka*. Se había

olvidado de su presencia.

Han no quería mentir a Gata pero tampoco quería asustarla más de lo que ya estaba diciéndole que estaba usando el antiguo amuleto del rey Demonio.

—Bueno —dijo—, había pertenecido a lord Bayar. El Gran Mago.

Gata lo miró pestañeando. Luego se levantó, dejando a un lado la *basilka*.

—Pues parece que te ha causado un montón de problemas —dijo Gata—. A lo mejor tendrías que devolverlo.

Dio media vuelta y desapareció en el bosque.

Han y Bailarín la observaron alejarse.

—Bueno —dijo Bailarín—, por si sirve de algo, no creo que estés maldito. De lo contrario, me mantendría bien alejado de ti. —Ladeó la cabeza, contemplando el amuleto de Han—. En cuanto al talismán, lo más probable es que sea extremadamente poderoso y que no sepas lo que estás haciendo. Al menos aguarda hasta que aprendas un poco antes de decidir nada.

## Cadete

Raisa abrió los ojos y aún era oscuro, pero oyó que Hallie y Talia ya se habían levantado. Un destello de luz, y la lámpara quedó encendida. Cerró los ojos, cegada por el resplandor, deseando poder seguir durmiendo. Pero si lo hacía se quedaría sin desayunar. Y necesitaría un buen desayuno para aguantar toda la mañana. Tras cuatro semanas de clases, ya había aprendido esa lección.

Con un suspiro entrecortado retiró las mantas, puso los pies en el suelo se levantó en ropa interior, bostezando y estirándose. La chaqueta del uniforme estaba puesta a secar en el respaldo de una silla.

Los cadetes llevaban uniformes de gamuza que había que lavar casi a diario en aquel húmedo clima otoñal. Cuando marchaban por la plaza de armas el barro les manchaba los bombachos hasta las rodillas. Debido a eso, o quizás al color beis, los estudiantes del otro lado del río los llamaban «espaldas sucias».

Raisa palpó su chaqueta. Seguía empapada. Nada llegaba a secarse del todo en aquel deprimente clima. Apartó de su mente el recuerdo de una vida en la que la ropa limpia aparecía por arte de magia cada vez que la necesitaba. Y con varios conjuntos entre los que elegir.

«Alguien había lavado aquellas prendas», pensó. Y las había remendado, además de llevar a cabo el sinfín de pequeñas tareas que ahora tenía que hacer ella misma, y cumpliendo con el nivel de exigencia militar.

Amon había dispuesto las cosas de manera que no hubiera prefecto residente en Grindell House, y así Raisa, Talia y Hallie podían compartir el piso de arriba. Eso significaba que tenían que compartir las obligaciones del prefecto: mantener limpias las zonas comunes y los lavabos, así como hacer la colada para disponer de sábanas limpias. Cuando el frío comenzó a hacerse notar, acarreaban leña para los hogares desde el almacén de intendencia que estaba junto al río.

Hallie ya había terminado de asearse; aquella chica era sorprendentemente eficiente. Se limitaba a peinarse el pelo hacia atrás para atárselo con un cordón, se lavaba la cara, y ya estaba lista.

Raisa se ahuecó su casquete de pelo y con tristeza contempló su reflejo en el espejo de metal bruñido. ¿Le habría sido más fácil llevar el pelo largo? Podría recogerlo en una coleta. Pero con lo espeso que era tardaría tanto en secarse como la chaqueta. Se lavó la cara con agua fría y se puso el uniforme empapado, haciendo una mueca cuando la tela pegajosa le tocó la piel.

No tardaría en entrar en calor.

Raisa entró en la sala, donde Talia estaba despatarrada en un sillón, con las



piernas colgadas sobre un brazo, leyendo a la luz de una lámpara. Levantó la vista del libro y sonrió, y puso un dedo entre las páginas a modo de punto.

Talia era de sangre mezclada, igual que Raisa; su madre era de los clanes y su padre oriundo del Valle, miembro de la Guardia de la Reina. Siempre se levantaba temprano para leer el Libro del Templo antes de clase. Y cuando no lo hacía, se enfrascaba en una de sus novelas de amores lésbicos que sonrojarían a más de un lector.

Talia era una persona de intereses variados.

—¿Estáis listas? —preguntó Hallie desde la puerta—. Si no nos damos prisa, volveremos a quedarnos sin salchichas.

Al menos Hallie y Talia habían dejado de llamarla «lady Rebecca» tras haberla oído maldecir como un carretero cuando *Switcher* le pisó un pie.

Las tres bajaron disparadas la escalera y por poco chocan con Mick, que estaba dando saltos por la sala común, intentando zurcir sus calcetines sin quitárselos.

—Mala idea —dijo Raisa mientras abría la puerta empujándola con el hombro.

—El muy tonto cree que, si nos da lástima, alguna se ofrecerá a zurcírseles —dijo Hallie—. Me parece que los va a llevar con agujeros mucho tiempo.

Riéndose burlonamente, cruzaron el sombrío patio interior hasta el comedor, donde adormilados cadetes ya hacían cola para servirse el desayuno.

«Al menos no tengo que cocinar», pensó Raisa mientras echaba un cucharón de gachas en su cuenco, añadiendo melaza y leche y, sí, un par de salchichas. Ésa era una de las ventajas de entrenar de buena mañana: aún no se había terminado la carne.

Llevó la bandeja hasta la mesa larga, se sentó y comenzó a engullir las gachas. Era una mala manera de comenzar el día, pero se negaba a que quedara una sola cucharada en el cuenco cuando sonara la campana de la primera hora de clase.

Aquel trimestre estaba matriculada a un seminario sobre Historia de la Guerra en los Siete Reinos; a una clase de economía llena de contables con los dedos manchados de tinta; a un curso de estrategia militar y armamento; y a un intensivo de lengua ardeniense. Además tenía que hacer instrucción a diario con los cadetes de primer grado. Esto último, justo después de desayunar.

—Bueno, Rebecca —dijo Talia, sentándose al lado de Raisa—. ¿Qué me dices, te gusta alguno de éstos? —Señaló con la cuchara a la mesa contigua—. ¿Qué te parece el del final? El pelirrojo. Barrett. Dicen que es un tipo de lo más animado y alegre.

Barrett estaba en su clase de Historia de la Guerra. Raisa lo miró apreciativamente, masticó y tragó.

—No es mi tipo —dijo, negando con la cabeza.

—Pues entonces Sanborn —dijo Talia, señalando a un muchacho fornido de piel morena—. Es de los reinos del sur, We'enhaven, me parece. Dicen que es calmado y formal.

Raisa dio un tremendo bostezo.

—No entiendo cómo te quedan energías para romances.

—Eres demasiado quisquillosa —dijo Talia—. Tampoco es que tengas que casarte con ellos.

—Déjala en paz, Talia —intervino Hallie—. A lo mejor está preñada de alguien de su tierra. Algún joven lord o un rico mercader. Es de alta cuna, ya lo sabes. Quizás apunte más alto que Barrett o Sanborn.

—Eso no impide que pueda tener un novio en la escuela —insistió Talia.

Talia se había impuesto la misión de hacer de celestina. Ella y Pearlie Greenholt, responsable de la armería, estaban locamente enamoradas, y Talia quería compartir su dicha con todo el mundo.

—Ándate con cuidado, Rebecca —aconsejó Hallie—. Talia y Pearlie son lunáticas. No tienen que preocuparse de tener hijos.

El término lunática aludía a las cofrades del Templo de la Luna que había en los Páramos, mujeres que preferían a otras mujeres antes que a los hombres. Talia era cofrade; lo llevaba siendo desde los doce años. Pearlie no lo era oficialmente: era ardeniense.

Hallie se levantó.

—Escucha a Talia y acabarás con un bebé en el vientre.

Se dio unas palmaditas en la barriga para poner más énfasis y regresó a la cola de la comida con la espalda muy tiesa.

Hallie era madre soltera de una hija de dos años, de nombre Asha. Había tenido que dejarla en Fellsmarsh con sus padres. Era una chica curtida, poco propensa a cavilaciones románticas. Hallie no tenía de qué preocuparse. Raisa eludió diestramente todas las insinuaciones y proposiciones de Talia. Tampoco era cuestión de decirle que estaba enamorada de su comandante.

Justo lo que le faltaba para sus planes de tantear el terreno antes de casarse.

Raisa apreciaba sinceramente a Hallie y Talia, disfrutaba con su compañía y admiraba sus agallas y determinación. Talia amaba a quien amaba sin preocuparse de que las solteras estuvieran mal vistas en los reinos sureños. Hallie estaba resuelta a proseguir con su educación aunque añoraba terriblemente a su hija.

Habían trabado amistad pese a todos los secretos que las distanciaban.

Tener amigas era algo nuevo para Raisa. En la corte las relaciones eran competitivas, con una peligrosa carga política, y todo el mundo se disputaba los puestos más cercanos a quienes ostentaban el poder. No se podía confiar en nadie, cualquier motivación resultaba sospechosa. Amon había sido su único amigo de verdad, y ahora esa relación cargaba con su propio bagaje.

No era de extrañar que Hanalea se disfrazara para mezclarse con su pueblo. Era el único modo de averiguar cómo era realmente la gente.

La campana que avisaba del comienzo de las clases resonó en el comedor. Raisa llevó su bol y su cuchara al mostrador y enfiló hacia la puerta.

—¡Dale un beso a Pearlie de mi parte! —le gritó Talia mientras salía a la oscuridad otoñal.

Los cadetes ya estaban corriendo dando vueltas a la plaza de armas cuando Raisa llegó. Se quitó la chaqueta y la dejó a un lado, sabiendo que no tardaría en sudar.

Tras media hora de correr, estaba agotada. Luego hicieron instrucción con armas en grupo. Empuñando varas, cargaban de un lado al otro del campo en una línea de diez en fondo, aullando como almas en pena hasta que Raisa se quedó ronca y los brazos le pesaban tanto que apenas lograba no arrastrar la vara por el suelo.

Así se combatía en la llanura, y a Raisa le resultaba totalmente ajena aquella manera de guerrear. En un paso de montaña no había espacio para que los soldados maniobraran en formación. Los guerreros de los clanes luchaban individualmente o en grupos reducidos, con una táctica que alternaba el ataque y la retirada. Pero esa clase de combate requería guarecerse y en las llanuras no había dónde ocultarse.

El oficial de instrucción finalmente dio el alto y Raisa entregó su vara a Pearlie, que las iba apilando en estantes.

—Talia te manda un beso —dijo Raisa.

Pearlie se puso colorada y sonrió, radiante de placer. Talia era la primera novia de verdad de Pearlie.

«Bah —musitó Raisa, al recoger la chaqueta para dirigirse a los baños—. Amor por todas partes, y ninguno para mí».

El sol comenzaba a salir mientras cruzaba el patio interior de Casa Wien para la primera clase del día, la Historia de la Guerra, a cargo del maestro Askell.

A Raisa le había sorprendido que el maestro impartiera un curso para novatos. Askell era un profesor muy bueno, apasionado y entendido en la materia, y con una experiencia práctica de la que muchos académicos carecían. Salpicaba las lecciones con ejemplos reales, muchos de ellos de su propio pasado. Había combatido en lugares tan remotos como Carthis, usando toda suerte de tácticas y armamentos.

Raisa había estudiado la historia de los Siete Reinos con sus tutores en el Castillo de Fellsmarch, pero ésta era otra clase de historia, centrada en el arte militar y animada por la diversidad de los estudiantes de su clase. Procedían de todos los rincones de los Siete Reinos, y Raisa no tardó en darse cuenta de que existía más de una verdad acerca del pasado.

Debido a la ausencia de barreras naturales, siempre había habido más intercambios entre Arden, Tamron, We'enhaven y Bruinswallow; e incluso con los reinos isleños. Los reinos sureños compartían costumbres, lenguas, credos... una misma visión general del mundo.

Los Páramos habían quedado aislados, consumidos por sus propios problemas. Como consecuencia de ello, los pueblos de las montañas eran objeto de mucha especulación, fascinación y desinformación.

Lo poco que los llaneros sabían sobre los Páramos les llegaba a través de los mercaderes que bajaban de las montañas a vender artículos metálicos, joyas y otros productos de las tierras altas; y a comprar los alimentos que se cultivaban en los suelos profundos y el clima más benévolo de las llanuras. Los comerciantes de los

clanes eran personajes exóticos y románticos que sabían contar cuentos.

Raisa era la única estudiante de los Páramos en la mayoría de sus clases, incluso las militares.

Como de costumbre, Raisa había llegado al aula desde la casa de baños en el último momento y, por consiguiente, se vio obligada a sentarse en la primera fila cuando Askell subió al estrado. Se apresuró a sacar su tintero y papel. Siempre tomaba muchos apuntes en las clases de Askell.

El maestro distribuyó sus notas encima de la mesa y pasó revista a la clase, como solía hacer siempre. Ese día su mirada se demoró en Raisa más de lo normal. Raisa se irguió y le sostuvo la mirada.

—Esta mañana hablaremos del uso de la magia en la guerra —anunció Askell—. De modo que la lección versará sobre los hechiceros de los Páramos y los clanes de las Espíritus, aunque también guarde relación con ciertos elementos de Carthis.

Un murmullo recorrió el aula, como una racha de viento entre los álamos.

Raisa dio un golpecito en el pupitre con su pluma, sorprendida de que el maestro empleara la terminología exacta para aludir a los pueblos de los Páramos que tenían el don. Casi todos los ardenienses se referían a los magos como blasfemos, idólatras y encantadores, y tildaban a los clanes de paganos y salvajes.

Como si le hubiese leído el pensamiento, un cadete novato de Tamron levantó la mano. Era Barrett, el chico que Talia había señalado a la hora del desayuno.

—¿De verdad tenemos que perder tiempo con eso? Ninguno de los presentes usará nunca esas tácticas.

La conducta del cadete daba a entender que Askell había propuesto una lección de conjuros para invocar al demonio o de técnicas de tortura.

Pensándolo bien, el tema de las técnicas de tortura sin duda habría sido mejor recibido.

—Principiante Barrett, ¿debemos suponer que tiene el don de predecir el futuro? —dijo Askell—. ¿Está en condiciones de prometer que ninguno de los presentes usará tácticas mágicas en el futuro, y que tampoco entrará en guerra con alguien que las utilice?

—Por supuesto que no, señor —farfulló Barrett—. Pero parece poco probable que...

—Son las tácticas poco probables las que serán su perdición —interrumpió Askell—. No aquellas para las que esté preparado. Ojalá nuestros enemigos fueran tan cooperadores. —Sus ojos volvieron a pasearse por el aula—. ¿Alguna otra objeción? ¿No? Pues entonces abordemos la curiosa y simbiótica relación entre los clanes de las Espíritus y los hechiceros que los invadieron desde las islas Septentrionales, una relación erizada de conflictos a lo largo de los últimos mil años.

Por una vez, Raisa tenía ventaja sobre sus compañeros de clase. Pero no tardó en darse cuenta de que Askell sabía mucho más que ella sobre el uso de la magia durante las guerras de conquista de los magos, y sobre el que hiciera de ella el rey Demonio

en la época del Quebrantamiento. Después de mil años de paz en el norte, no había sido una materia prioritaria en su educación.

Ahora bien, ¿llegaría a serlo en el futuro? ¿Qué ocurriría si estallaba una guerra entre Arden y los Páramos? Raisa echó un vistazo al aula. Más de un tercio de los estudiantes eran ardenienses. ¿Cómo podría utilizar sus bazas fellianas para repeler una invasión desde el sur?

Un repentino silencio la sacó de su ensoñación. Levantó la vista y vio que todo el mundo la estaba mirando. Incluido Askell.

—Lo..., lo siento, señor. Creo que estaba..., distraída —dijo Raisa, dándose una azotaina mental. Tenía que acostumbrarse a responder a su nombre ficticio.

—Ahora que la primeriza..., ah..., Morley vuelve a estar con nosotros, repetiré la pregunta —dijo Askell—. Alguien ha preguntado si un amuleto cargado de magia por un hechicero puede ser utilizado por cualquier persona, tenga o no el don. Yo, francamente, no lo sé. He pensado que usted quizá sabría contestar a esa pregunta, dado que es norteña.

—Yo..., no lo sé con certeza, pero creo que no —dijo Raisa—. He oído que el poder acumulado en un amuleto sólo puede usarlo el mago que lo ha cargado.

—Gracias, Morley —dijo Askell—. Así pues, hemos visto que las tácticas empleadas por Alger *Aguabaja*, conocido como el rey Demonio, eran a un tiempo innovadoras y devastadoramente eficaces.

Algunos estudiantes hicieron el signo de Malthus para protegerse contra la magia del demonio.

Askell puso los ojos en blanco.

—Yo no confiaría en san Malthus para protegerme de un ataque mágico —dijo—. Veamos. Algunos eruditos sugieren que *Aguabaja* quizá viajó a Carthis y se formó con brujos de allí. Yo no he encontrado fuentes primarias que lo corroboren. Lo que sí sabemos es que antes del Quebrantamiento estaba bien acuartelado en Dama Gris con la reina Hanalea y un arsenal de armas. Podría haber rechazado a los ejércitos de los Siete Reinos indefinidamente, pero fue traicionado por alguien de dentro. —Askell levantó la vista de sus notas—. Rodeaos de gente de confianza —dijo—. Si no lo hacéis, todo el armamento y las tácticas del mundo no bastarán para salvaros.

Cuando la clase terminó, Raisa recogió sus apuntes y los metió en el macuto. Luego se fue en busca de Askell, que estaba guardando sus notas.

—Ha sido una clase magnífica, maestro Askell —dijo Raisa, sonriendo—. Gracias. He aprendido muchas cosas. Tenéis un conocimiento asombroso sobre un tema del que apenas se habla en mi tierra.

Askell dejó de apilar papeles y la miró fijamente un momento.

—Gracias, principiante Morley —dijo secamente—. De pronto parece que todo merece la pena.

Raisa lo miró pestañeando.

—Señor —dijo—. ¿He hecho algo malo para que yo no os guste?

Askell suspiró.

—Principiante Morley, no gustar implica cierto grado de interés, cierto compromiso o enfoque, como con un adversario. —Meneó la cabeza—. No. No me desagrada en particular. Pero tampoco me gusta.

Raisa sostuvo la mirada de Askell un prologado momento.

—Gracias, señor —dijo finalmente—. Eso me tranquiliza.

Raisa lo saludó, llevándose el puño al pecho. Dio media vuelta y salió del aula.

Al menos, si alguna vez estallaba una guerra entre Arden y los Páramos, la arrogancia ardeniense obraría en su favor.

## Casa Mystwerk

Una tarde de finales de septiembre, finalmente Han y su grupo llegaron a Vado de Oden, cuatro semanas después de que las clases hubiesen comenzado. Cruzaron la puerta oriental de la academia bajo una lluvia torrencial, por el lado de Casa Wien. Los guardias de la puerta les indicaron cómo llegar al patio de Casa Mystwerk, que quedaba cruzado el puente.

La calle principal serpenteaba entre los edificios de la academia. Han examinaba el recinto con interés. Como las campanas de las torres del templo daban las cuatro, estudiantes envueltos en capas con capucha salían en tropel de los umbrales, corrían por las galerías cubiertas y chapoteaban en los charcos que había entre los edificios. Todos parecían tener prisa.

Unos pilares de piedra identificaban los colegios —Casa Factor, Casa Merchant, Casa Isenwerk—, diseñados y construidos con el fin de dedicarlos a la enseñanza. Las escuelas se erigían en torno a herbosos patios interiores y consistían en aularios, bibliotecas y residencias. La academia recordó a Han el Templo de Puente del Sur, sólo que a una escala mayor.

Las residencias de estudiantes también eran impresionantes; de tres y cuatro pisos de altura, construidas de ladrillo y granito, con grandes chimeneas de piedra y portales de medio punto.

Vado de Oden era como una pequeña ciudad, pero sin partes feas o peligrosas. Incluso bajo la lluvia, parecía estar iluminada, con sus relucientes edificios de piedra como joyas engastadas en prados verdes, los arriates de flores como bordados en vestidos de damas. Todo se veía todavía verde y lozano aunque el otoño ya estaba muy avanzado en las montañas de donde procedían.

—El puente debería de estar por ahí —dijo Bailarín al pasar ante el edificio con el rótulo de Casa Wien—. Las cuadras están justo enfrente, a este lado del puente, pero la Escuela del Templo y Mystwerk quedan al otro lado del río. Dicen que no es prudente que quienes poseen el don se demoren en este lado.

—¿Por qué no? —preguntó Han, mientras Bailarín incitaba a *Wicker* a seguir adelante, atajando entre dos edificios largos y bajos que olían a heno y caballos. Al pasar entre los establos, los caballos de dentro relincharon a modo de saludo y *Ragger* contestó con un resoplido.

—Los cadetes de Casa Wien no se tratan con los estudiantes de Mystwerk —dijo Bailarín. Se volvió hacia Gata—. Cuando hayamos dejado los caballos, ¿te parece bien que vayamos primero a Mystwerk y luego a la Escuela del Templo?

Gata se encogió de hombros y puso los ojos en blanco, como si estuviera

dispuesta a aguardar para siempre.

—A lo mejor puedo compartir cuarto con vosotros —le dijo a Han—. Aunque yo esté en la Escuela del Templo.

—Lo preguntaremos —dijo Han. Desconocía por completo las normas y no sabía cuántos estudiantes compartían una misma habitación. Le asaltó un pensamiento espantoso. Quizá todos los principiantes dormían en la misma habitación. Quizá le tocaría compartirla con los Bayar y nunca podría cerrar los ojos.

—¡Caza Solo!

El grito de advertencia de Bailarín lo sacó de su ensimismamiento. Han levantó la vista y vio que una muchacha se había vuelto hacia él en medio del patio, de cara a él. Como iba con la cabeza gacha para protegerse de la lluvia, no lo había visto. Han frenó en seco, salpicándola copiosamente.

La muchacha se sacudió el agua de la capa y lo fulminó con la mirada.

—Mira por dónde vas, ¿estamos? Por poco me atropellas.

Han le entrevió el rostro ensombrecido por la capucha antes de que diera media vuelta y se marchara, casi a la carrera, con la cabeza gacha contra el viento y la lluvia torrencial.

Han se quedó mirando cómo se alejaba, sin habla a causa de la sorpresa. Luego dijo:

—¿Rebecca?

La muchacha desapareció entre los edificios.

Los recuerdos se sucedieron en su mente como escenas de una obra inacabada: el estudio de Jemson en el Templo de Puente del Sur, Rebecca tocándole el rostro magullado con la mano fría, diciendo «¿Quién te ha hecho esto?», como si estuviera dispuesta a luchar en su defensa; Rebecca, acurrucada en un rincón de su escondrijo en el Mercado de los Harapos, fulminándolo con la mirada, desafiándolo a que intentara acercarse a ella. Y finalmente, pavoneándose al salir de la Cárcel Militar de Puente del Sur, orgullosa como una reina, al frente de doce harapientos liberados.

—¿Qué pasa? —preguntó Bailarín, mirando a la muchacha que huía—. ¿Quién es?

Han se encogió de hombros.

—Me he confundido. Se parece a alguien que conocí hace tiempo.

Gata dio un resoplido.

—Qué raro que le hagas ojitos a una chica nada más llegar —espetó con sarcasmo. Desmontó y condujo su cabalgadura hacia la puerta del establo.

Han titubeó, mirando todavía el lugar por donde había desaparecido la muchacha. Aunque no fuese Rebecca, las chicas no solían salir huyendo de él.

Probablemente no había sido de mucha ayuda que la hubiese dejado empapada.

Poco importaba. Bastante complicada era ya su vida. Han saltó a tierra y siguió a Gata.

Tras haber dejado los caballos estabulados, cruzaron un puente de piedra



flanqueado de tiendas y tabernas que estaban comenzando a abrir sus puertas. Los aromas a ternera, panceta y salchichas asándose flotaban en el aire.

Ese día no se habían detenido para almorzar a causa de la prisa por llegar a Vado de Oden antes de que anocheciera. La barriga de Han hizo ruido de tripas, y éste se preguntó si deberían detenerse o ver si les darían algo de cena en la residencia. Pero Bailarín y Gata siguieron adelante y Han fue tras ellos, no sin volver la vista atrás varias veces, apenado.

Mystwerk Hall tenía el tamaño de la catedral de Fellsmarch, era un gran edificio al que habían añadido otras construcciones sin orden ni concierto. Las alas del edificio combatían por el espacio, divididas en la parte anterior por el templo original, formando un círculo en torno a una plaza de armas sita en la parte trasera. El templo lo coronaba un campanario muy alto cuyas ventanas parecían ojos entrecerrados.

Cada parte hubiese sido hermosa por separado pero el conjunto transmitía una crispada tensión que no fue del agrado de Han.

Un estudiante mayor que ellos ocupaba un escritorio en la entrada del edificio, con la cabeza gacha sobre un manuscrito de trazos delgados e inseguros, mientras con una mano se retorció un mechón de pelo sumamente rizado. Era de tez morena, tal vez oriundo de Bruinswallow, y su toga estaba ribeteada con bordados de hilo de oro.

Han y sus amigos vacilaron en el umbral, aguardando a que reparasen en ellos, pero el joven parecía absorto en la lectura y no levantó la vista.

—Los bordados indican que es un diplomado —susurró Bailarín, toqueteando la sencilla manga de su atuendo.

—¿Qué es un diplomado? —preguntó Han, deseando saber más sobre dónde se estaba metiendo.

—Ha aprobado dos series de exámenes. Primero, eres principiante. Luego, secundario y luego, diplomado. Si aprueba la tercera serie, se graduará como doctor y podrá ser profesor —dijo Bailarín—. Tres años de lectura, escritura y enseñanza, y puede solicitar plaza de decano.

Bailarín había estado estudiando el funcionamiento de Vado de Oden durante meses.

Bailarín carraspeó ruidosamente.

—Perdón —dijo en lengua Común.

El diplomado levantó la vista distraídamente, como si su mente aún anduviera por algún remoto camino.

—Oh. Lo siento. Soy Timis Hadron, diplomado de turno —dijo en lengua Común con un marcado acento. Los miró de arriba abajo, reparando en los estragos que el viaje había hecho en su apariencia—. ¿Acabáis de llegar?

—Soy Hayden *Bailarín de Fuego* —dijo Bailarín, y él es Hanson Alister. Somos estudiantes del nuevo trimestre en Casa Mystwerk. Lamentamos llegar tarde; hemos tenido ciertos problemas al viajar a través de Arden.

Hadron asintió.

—No sois los únicos. Otros tres estudiantes principiantes de Mystwerk llegaron ayer y otros dos aún están por llegar. Es una desgracia que la Paz no alcance el territorio de Arden, ¿cierto?

Se acercó un libro de registro y leyó la lista de nombres. Clavó el índice en la página.

—Ajá, sí. La decana Abelard ha preguntado por vosotros varias veces. Le aliviará saber que ya estáis aquí. —Miró a Gata, que cambiaba el peso de pie nerviosamente—. ¿Y ella es...?

—Es *Gata Tyburn* —dijo Bailarín—. No está matriculada en Mystwerk, pero esperábamos que pudiera alojarse con nosotros.

—No se admiten sirvientes —dijo Hadron, apuntando algo en el libro de registro sin levantar la vista—. Os lo tendrían que haber dicho cuando os matriculasteis.

—¡No soy una sirvienta! —espetó Gata, dando una palmada sobre el libro de registro.

—Novias tampoco —dijo Hadron. Levantó los ojos asustado cuando Gata le agarró de la toga, le dio un tirón y lo fulminó con la mirada.

Gata estaba tensa. Han lo notó.

—Gata, suéltale —dijo, apoyando una mano en el brazo de Gata—. No es un enemigo.

A regañadientes, Gata soltó la prenda y dio un paso atrás.

—Ni guardaespaldas —prosiguió Hadron, dando golpecitos al manuscrito con su pluma.

—Gata es principiante en la Escuela del Templo —dijo Han.

—Vaya. —Hadron se retrepó en la silla y contempló a Gata con renovado interés—. Mis disculpas, principiante Tyburn. Los principiantes de Mystwerk a menudo llegan con todo un séquito de sirvientes y cuentan con que nos encarguemos de buscarles alojamiento. Se quedan estupefactos cuando les decimos que no es posible. Si eres principiante del Templo, te alojarás en el mismo templo.

—No quiero quedarme en el templo —rezongó Gata—. ¿No puedo quedarme aquí?

Hadron negó con la cabeza.

—Los principiantes se hospedan en las residencias asignadas. —Hizo una pausa—. Felicidades por haber logrado la admisión en la Escuela del Templo; las plazas están muy reñidas. —Gata se desanudó el pañuelo y volvió a recogerse el pelo—. Te gustará, ya lo verás —prosiguió Hadron—. Es el mejor alojamiento del campus. Mucho mejor que el de ellos —agregó, señalando con el mentón a Han y Bailarín.

—Pues entonces que se queden ellos conmigo —dijo Gata entre dientes.

—No te preocupes —dijo Bailarín—. Todo irá bien. Seguro que no está lejos. Pasaremos muchos ratos juntos.

—Como si quisiera acurrucarme contigo... —dijo Gata, cruzándose de brazos.

Mientras hablaban, entraban algunos estudiantes en parejas y grupos de tres, y sus

togas hacían frufnú al arrastrarse por el suelo de piedra. Observaban a los recién llegados con curiosidad, señalándolos y murmurando, toqueteando sus amuletos.

Han echó un vistazo a la vestimenta de viaje que lo señalaba como miembro de los clanes, y se sintió fuera de lugar. Se irguió, echó los hombros para atrás y endureció la expresión.

—Organicemos el alojamiento para vosotros dos, ¿de acuerdo? —dijo Hadron a Han y Bailarín—. Habéis dejado los caballos en los establos, ¿verdad?

Al ver que Han asentía, Hadron les acercó un mapa hecho con tinta y lápiz.

—Los principiantes de Mystwerk duermen en Hampton Hall, que está aquí. — Señaló el lugar y los miró con ademán de disculpa—. No es el mejor alojamiento porque os contáis entre los últimos en llegar, pero al menos estaréis cobijados. El prefecto os dará ropa de cama y os acompañará a vuestra habitación. Los comedores quedan aquí. —Volvió a señalar un lugar del mapa con el dedo—. El toque de queda es a las diez en punto, y algo más tarde los días del templo. Todos los principiantes deben estar en sus respectivas residencias antes de esa hora, excepto si están reunidos con un profesor o participando en un grupo de debate u otra actividad autorizada.

Gata torció el labio sin tratar de disimular su asombro ante una lista de normas tan larga, pero Han mantuvo el rostro impassible. Llevaba correteando por las calles desde que era un crío. Su madre hacía mucho tiempo que había renunciado a decirle cuándo entrar y salir.

Ya se las compondría para eludir las normas.

—Los prefectos ponen carteles con los horarios. Mañana deberíais asistir a clase. Informaré a la decana Abelard de vuestra llegada. Tanto ella como el resto del cuerpo docente os aconsejarán sobre en qué asignaturas tendréis que poner os al día.

Hadron volvió a acercarse el manuscrito.

—¿Alguna otra aclaración? —preguntó a modo de cortés despedida.

—No, gracias —contestó Han, y salió el primero de MystWerk Hall.

—No pienso dormir en ningún templo —rezongó Gata cuando aún no habían bajado siquiera la escalinata de la entrada.

—No tienes elección si pretendes quedarte aquí —dijo Han—. La Marca de los Páramos queda muy lejos.

—¿Por qué no lo pruebas, al menos? —terció Bailarín—. Siempre estarás a tiempo de irte. Entretanto, tienes casa y comida; no estás en la Marca de los Páramos ni en zona de guerra.

Gata no se dignó contestar.

Han sabía que más valía no insistir.

—Ésa debe de ser la Escuela del Templo —dijo, señalando un edificio de piedra con altísimas torres que se alzaba al otro lado del patio—. Está muy cerca. Vayamos a nuestra residencia y echemos un vistazo a tu alojamiento. Y luego nos vamos a comer algo.

Hampton Hall parecía ser uno de los edificios más antiguos del campus; una

construcción de cuatro plantas a la sombra de inmensos robles, con el sendero de piedra desgastado por el paso de millones de pies a lo largo de miles de años.

La sala común olía a lana húmeda y humo de leña. Había dos estudiantes encorvados sobre una mesa cerca del hogar, jugando a nobles y plebeyos. Cuando Han, Bailarín y Gata entraron, levantaron la vista y les dieron un buen repaso. Arrugando sus aristocráticas narices, reanudaron su partida.

El prefecto de la residencia, Dilbert Blevins, era un sujeto de mediana edad con los ojos inyectados en sangre y la nariz que moqueaba sin cesar, que se comportó como si hubiesen llegado tarde a propósito.

—Os lo advierto, muchachos, no queda gran cosa, así que no quiero oír una sola queja al respecto —dijo en cuanto se hubieron presentado—. Ya he oído bastantes quejas. —Su mirada recelosa se detuvo en Gata, que llevaba el petate colgado de un hombro y la *basilka* del otro—. No podéis tener chicas en las habitaciones —dijo.

—Ya lo sabemos —respondió Han, pensando que quizás estarían mejor alojados en el templo—. Ha prometido que..., nos ayudaría a instalarnos.

—Ya veo —dijo Blevins entre dientes—. Bueno, si va a subir, yo os acompaño. —Miró su reducido equipaje—. ¿Sólo lleváis esto? Bueno, al menos no habéis traído todas vuestras pertenencias como hacen algunos.

«Ahí te equivocas de pleno —pensó Han—. Esto es todo lo que poseo».

Blevins entregó a Han y a Bailarín sendas pilas de libros y les tiró a la cara los fardos de ropa de cama. Pasó delante y enfiló una empinada escalera que ascendía dando vueltas y más vueltas. En cada rellano una ventana estrecha atravesaba los gruesos muros de piedra, dejando entrar la deprimente luz que permitía la lluvia. Entorpecido por la multitud de bolsas que llevaba, faltó poco para que Han diera un traspie en los escalones desiguales.

Mientras fueron subiendo, Blevins prosiguió con una incesante letanía de quejas, mayormente sobre los estudiantes con altas expectativas.

Han se preparó para lo peor. «Por malo que fuera aquello —pensó—, haré que funcione. Para empezar, no pasaré mucho tiempo en mi habitación».

El tramo de escalera hasta el cuarto piso era incluso más estrecho que los anteriores, como si la última planta hubiese sido un desván convertido en espacio habitable. El rellano era más espacioso en ese piso, pero los techos en ambos extremos eran bajos a causa de la inclinación del tejado.

Blevins los condujo por un oscuro pasillo que se abría a la derecha, avanzando como si lo guiara el instinto. Al final del pasillo había dos puertas, una a cada lado. Blevins sacó una gran llave del bolsillo de su toga y abrió las dos puertas.

—Las puertas no se cierran nunca con llave para que los prefectos puedan inspeccionar —dijo Blevins, fulminando a Gata con la mirada por si no le quedaba claro.

Han estrechó su amuleto con la mano.

—¿Sin cerrar? ¿Pero qué pasa con...?

—Los estudiantes deberían dejar sus objetos valiosos en casa —dijo Blevins—. Los principiantes duermen en habitaciones de dos, pero como sois los últimos estudiantes, y dado que estas habitaciones son las más pequeñas, cada uno tendrá la suya. El baño está en el tercer piso.

—¿Cada cual tiene su propia habitación? —preguntó Han, echándose para atrás sorprendido.

—No te entusiasmes demasiado —dijo Blevins, limpiándose la nariz con la manga.

Han echó un vistazo a los cuartos. Idénticos en tamaño y amueblamiento, eran minúsculos y con el techo inclinado, encajados en los gabletes, en realidad, con ventanas de cristal emplomado delante de las puertas.

Han eligió la habitación de la izquierda y dejó su talego y la ropa de cama encima del colchón de paja.

Gata hizo ademán de seguirle, pero Blevins le espetó:

—Las chicas se quedan en el pasillo.

El aire estaba viciado y olía a rancio pese a lo avanzado de la estación, y Han tuvo claro que en verano aquella habitación resultaría sofocante.

Un pequeño hogar agujereaba el muro de la fachada, con un montón de leña apilada al lado, pero Han supuso que nunca llegaría a necesitar encenderlo para calentarse.

La cama ocupaba casi todo el suelo. Podía tenderse en ella con la cabeza en una pared y los pies en la otra. Un baúl a los pies de la cama contendría holgadamente todos los bienes materiales de Han. El escritorio y la silla de respaldo recto arrimados a la ventana aprovecharían la escasa luz natural para estudiar. Había una jofaina para lavarse y una alfombra trenzada cubría parte del suelo de piedra.

No le gustó que sólo hubiese un lugar por donde entrar y salir, pasando por la escalera, aunque la ventana parecía lo bastante grande como para deslizarse fuera. Lo probaría cuando Blevins se hubiese marchado. Abrió un poco la ventana de guillotina, dejando que entrara aire fresco y unas cuantas gotas de lluvia. Acarició el vidrio con las yemas de los dedos. Un alero impedía que entrara agua, aunque también podría ser un obstáculo para subir al tejado de encima.

Han sonrió, meneando la cabeza. Al fin y al cabo, era el lugar más lujoso en el que hubiera dormido jamás. Le asombró que meros estudiantes gozaran de semejantes alojamientos, y que cada uno durmiera en su propia cama, y además en su propia habitación.

Abrió la bolsa que Blevins le había dado. Dentro había sábanas de algodón y mantas, una mullida almohada de plumas, una pastilla de jabón de sebo y dos togas de Mystwerk de lana carmesí; según parecía, todas eran de la misma talla. Tocó el delicado tejido y dejó las togas a un lado para probárselas después.

Han regresó al pasillo, donde Bailarín aguardaba con Gata y el prefecto Blevins, quien, al parecer, no iba a irse a ninguna parte mientras la chica permaneciera en el

cuarto piso.

—¿Dónde podemos cenar? —preguntó Han a Blevins, que seguía poniendo mala cara, como si todavía esperase recibir quejas a propósito de las habitaciones.

—El comedor está al otro lado del patio, junto a las cocinas —dijo Blevins—. Sirven a todos los de Mystwerk y del Templo. Tienen vuestros nombres. El horario de comidas está colgado abajo, en la sala común, y si llegáis tarde, pues a pasar hambre.

Han se volvió hacia Gata y Bailarín.

—Vayamos al puente esta noche, después de pasar por la Escuela del Templo —dijo Han, consciente del dinero de los clanes que llevaba en el bolsillo—. Tengo ganas de celebrar nuestra llegada.

—A muchos estudiantes de Mystwerk les gusta La Corona y el Castillo —dijo Blevins—. Sirven cena caliente y una buena jarra de cerveza por un precio razonable.

Bajaron la escalera, salieron de la residencia y prescindieron de las galerías, atajando a través del patio hacia las torres del templo.

Las clases habían terminado y ahora el campus bullía de estudiantes a pesar de la copiosa lluvia. Casi todos llevaban capas de fieltro encima de las togas de académicos, con las que protegían de la humedad sus libros y papeles. Unos pocos resplandecían de poder, y fueron los que llamaron la atención de Han. En su mayoría se dirigían a los comedores, aunque unos cuantos que iban mejor vestidos se separaron del grueso de estudiantes y enfilaron hacia el puente.

El templo también parecía ser uno de los edificios más antiguos del campus. Se hallaba junto al río, rodeado de jardines de diseño formal y pabellones que llegaban hasta la orilla. La fachada del edificio daba al patio del templo y por un portal de medio punto se accedía al santuario y las aulas. Si era como el de Puente del Sur, las alas laterales con amplios soportales albergarían los dormitorios.

Había estudiantes sentados bajo los porches, al abrigo del tejado. Unos se acurrucaban en sillas de mimbre, leyendo; otros le daban al pedal de la rueca o inclinaban la cabeza sobre sus labores de bordado. Un círculo de pupilos acomodados en cojines observaban a un maestro que aplicaba pintura a un lienzo. La sala común de la residencia quedaba justo detrás de la puerta lateral de los soportales. Una estudiante del templo presidía la entrada bajo una pared de casilleros para el correo, con una tela extendida delante de ella, un despliegue de pequeñas herramientas y trocitos de madera precortada dispuestos sobre la tela. Estaba haciendo marquetería con maderas exóticas.

Levantó la vista y sonrió a Han y a sus amigos cuando la puerta dio un portazo a espaldas de los nuevos estudiantes, dedicándoles una sonrisa tan resplandeciente como sombrío era el rostro de Gata. Llevaba toga blanca, pero su mata de pelo estaba recogida con un pañuelo de vivos colores identificables.

Han se animó. Era una isleña del Sur, igual que Gata. Un buen signo, ¿verdad?

—Bienvenidos a la Escuela del Templo —dijo la muchacha, con la cadencia propia de las islas—. La Hacedora os bendiga.

—Y también a ti —dijo Gata automáticamente. Había pasado una buena temporada en la escuela de Jemson.

—Me llamo Annamaya Dubai, ¿en qué puedo servirlos?

—Soy Gata. Er..., Tyburn —dijo Gata, rascando la alfombra con la punta del pie—. El Orador Jemson envió una carta en mi nombre.

Miró hacia otro lado, distraída, mientras las notas de una flauta llegaban flotando desde el porche.

Annamaya se levantó con un frufú de tejido. Era casi tan alta como Han, robusta y huesuda. Se aproximó deprisa y abrazó a Gata como si fuese una prima rica de quien llevara tiempo sin tener noticias, pese a que Gata estaba empapada de lluvia y sucia de polvo del camino.

Gata se quedó paralizada, demasiado asombrada para moverse.

—¡Caterina! ¡Gracias a la Hacedora! Estábamos muy preocupadas.

¿Caterina? Han miró a Bailarín y enarcó una ceja. ¿Quién lo hubiese dicho?

—La decana Torchieri sentirá tanto alivio —prosiguió Annamaya, rebosando entusiasmo; las palabras manaban de ella como agua de un grifo abierto—. Tu habitación ya está lista, aunque la puedes cambiar si lo prefieres. Queda justo al lado de la mía, con vistas al jardín. Estamos muy contentas de tenerte aquí. Nos morimos de ganas de oírte tocar. Quizá deberíamos programar un recital una vez que te hayas instalado. Veo que has traído tu propia *basilka*. ¿Tocas algún otro instrumento?

Gata seguía inmovilizada, como un venado tratando de decidir si huir de un cazador o confiar en pasar desapercibido.

Annamaya siguió hablando por los codos sin aguardar a que respondiera.

—Te mostraré tu habitación. Ésta es el ala de las chicas, así que es justo aquí arriba.

Cogió el talego que Gata llevaba al hombro y lo colgó del suyo, antes de agarrarla por el brazo. Han se dio cuenta de que Gata quería arrebatárselo.

Annamaya comenzó a subir por la escalera tirando de una asombrada Gata. Han y Bailarín titubearon, pero Annamaya se volvió por encima del hombro y les hizo una seña para que subieran.

—Venid a ver dónde se alojará Caterina.

Han y Bailarín siguieron a las dos muchachas por la amplia escalera de peldaños bajos hasta una galería que conducía a la parte trasera del edificio.

—Esto es como un palacio —susurró Han a Bailarín, En realidad, nunca había estado en un palacio, pero supuso que deberían parecerse a aquel lugar, con suelos de mármol y barandillas labradas y techos altos y resplandecientes apliques encendidos día y noche. Era como el Templo de Puente del Sur, sólo que más grande y más elegante. Mucho más grande y mucho más elegante. Aun así, resultaba tranquilizador, no intimidante, con sus serenas superficies y grandes espacios abiertos.

Doblaron la esquina hacia un pasillo posterior donde se alineaban dos hileras de

puertas. Annamaya eligió una de la derecha y la abrió.

La habitación era más grande que las que habían asignado a Han y a Bailarín, pero seguía siendo acogedora, con las paredes pintadas de azul oscuro. La gran cama tenía dosel de luminosas telas a rayas. Atriles, un escritorio y una mesa de dibujo llenaban el hueco de la ventana. En la pared de la izquierda había una gran librería. En la parte de atrás, dos puertas entornadas daban a un balcón con vistas a los jardines y el río. La brisa entraba por la rendija de las puertas, trayendo aromas a lluvia y flores. Con buen tiempo, el sol entraría a raudales.

Han había pensado que su habitación era lujosa. Nada comparada con aquélla.

Gata se quedó pasmada en el umbral, mirándolo todo. De repente dio media vuelta para encararse a Annamaya.

—¿Es una broma? —inquirió—. ¿Así es como os burláis de la chusma? Lo digo porque no es divertido, es mezquino.

Annamaya torció el gesto, consternada.

—¿No te gusta? Ya sé que es pequeña y que el baño está abajo, pero... Bueno, para mí, la vista del jardín merece la pena.

Han fue hasta las puertas posteriores y contempló los jardines. Luego se volvió hacia Annamaya.

—Va en serio, ¿verdad? Ésta es su habitación. Sin engaños.

Annamaya asintió, retorciéndose las manos.

—Podrías quedarte aquí por ahora, y al menos refrescarte un poco. Hablaré con la gobernanta a ver qué más hay disponible.

—¿Qué tengo que hacer para quedarme en esta habitación? —preguntó Gata, juntando las cejas con recelo—. ¿Qué clase de sitio es éste? ¿Quién más vive aquí?

—Sólo tú —dijo Annamaya, un tanto perpleja. Miró a Han y a Bailarín en busca de pistas—. No..., no está permitido que nadie se quede en nuestros dormitorios. Sólo lo digo por si no lo sabías.

Fue de un lado a otro de la habitación, señalando sus ventajas cual mercader en un mercado, mientras Gata se mordía el labio sin decir esta boca es mía.

—Si necesitas más ropa de cama, hay un armario al final del pasillo. Y cuando quieras darte un baño, no tienes más que decírselo a la gobernanta y ella...

Gata levantó una mano para interrumpir el discurso.

—Está bien —dijo con voz ronca—. La habitación está bien. Todo está bien, me gusta. Gracias.

Annamaya ladeó la cabeza, mostrándose poco convencida. Temerosa de que Gata sólo estuviese siendo educada.

—De acuerdo. Si estás convencida. Bien, los horarios de los principiantes están colgados en la sala común. Vendré a buscarte por la mañana para llevarte a ver a la maestra Johanna. ¿Sabes cómo llegar a los comedores o...?

—Esta noche vamos a la Calle del Puente —dijo Han.



Mientras cruzaban el patio hacia la Calle del Puente, Gata tuvo un bajón; se la veía abatida.

—¿Estás bien? —preguntó Han—. Annamaya parece... simpática.

—¿Por qué me meten en un palacio? —dijo Gata—. No podré pegar ojo en ese palacio. Tendré miedo de ensuciar las sábanas.

—Deben de tener estudiantes de todas partes —dijo Bailarín—. Te acostumbrarás.

Gata gruñó.

—¿Qué les habrá contado Jemson sobre mí? No quiero tener que estar a la altura del cuento que les haya soltado.

—Conociendo a Jemson, seguro que les ha dicho la verdad —dijo Han—. No te tendería una trampa.

—Es un soñador —rezongó Gata—. Siempre cree que eres mejor de lo que en realidad eres.

Han se encogió de hombros.

—Es un soñador, cierto. Y dice que es bueno tener sueños.

La Corona y el Castillo, la taberna que les había recomendado Blevins, se hallaba casi al principio del puente. Parecía que en efecto se trataba de un local concurrido, la sala común estaba atestada y maravillosos olores emanaban de las cocinas. Los clientes eran casi todos estudiantes de Mystwerk. Han reparó en que había varias togas rojas colgadas en los respaldos de las sillas.

Han pidió una mesa en un rincón.

—Invito yo —anunció, recordando que tenía algo concreto que celebrar.

—¿Invitas tú? —Bailarín ladeó la cabeza—. ¿Y eso por qué?

—Es mi onomástica —dijo Han—. Hoy cumpla diecisiete.

Bailarín salió de su confusión.

—Cierto. Es septiembre. Se me había olvidado. —Sonrió—. Feliz onomástica, Caza Solo —dijo, estrechándole la mano.

Han no quería que su onomástica pasara desapercibida ese año. Su decimosexto, el último en compañía de su madre y Mari, no lo había celebrado. No tenían dinero para las tradicionales fiestas de onomástica. Desde entonces, le había visto los ojos a la muerte tantas veces que resultaba imposible contarlas.

Han miró a Gata, y de nuevo pensó en todos los harapientos y sureños muertos. Ahora ya sería un hombre viejo en las calles. Casi ningún señor de la calle de banda llegaba a cumplir los diecisiete.

—A partir de ahora celebraremos todas nuestras onomásticas —proclamó—. ¿Cuándo es la tuya? —preguntó a Gata.

Gata se encogió de hombros.

—No lo sé. Tampoco sé cuántos años tengo, así que no me preguntes.

—Pues elige un día —dijo Han—. Después del solsticio, quizá. Necesitamos una fiesta para esas fechas.

Pidieron cuencos de sopa de alubias y jamón, pan moreno y grandes jarras de sidra. La sopa estaba deliciosa, con sus trocitos de carne y un rico caldo de cebolla. Gata y Bailarín brindaron con Han un sinfín de veces, golpeando la mesa con las jarras para poner más énfasis. A cada ronda, los brindis fueron más tontos, más extravagantes.

—¡Por Han *Comemuerte* Alister, Azote de los Siete Reinos! —proclamó Bailarín.

Han alzó su jarra, pero no pudo evitar volverse para ver si alguien lo había oído. Nadie parecía prestar atención a su pequeña fiesta. Casi todos los demás parroquianos eran mayores que Han y tenían el aspecto propio de los aristócratas, con capas hechas a medida, botas de cuero fino y demasiadas pieles para el tiempo reinante.

Los ricos manejan el dinero de manera distinta a como lo hacen los pobres. Lo usan despreocupadamente, soltándolo como si procediera de un suministro inagotable. Tenían a la camarera corriendo de un lado a otro, acarreado jarras de cerveza.

Han miró a Gata, que contemplaba la escena por encima del borde de su jarra de sidra. Habría un montón de dinero fácil para una ratera habilidosa.

Pero aquélla era la ocasión de que Gata se convirtiera en otra cosa. Han sabía por experiencia lo mucho que costaba salir del mundillo. Cuando él quiso hacerlo, lo amenazaron sus enemigos. O bien no creían que hubiese cambiado, o esperaban aprovecharse de ello. Sus amigos lo tentaban, nerviosos ante su rechazo de la vida y el vacío que había dejado atrás.

Los bebedores más empedernidos comenzaron a llegar después de haber cenado en los comedores, y la lluvia los hacía entrar del porche a la sala común. Se apretujaban entre la muchedumbre apiñada junto a la puerta, intentando arrimarse al bar. Como la taberna acabó de bote en bote, no quedaba ni una mesa libre. Los recién llegados se apoyaban contra las paredes, haciendo malabarismos con las jarras de cerveza y los platos de carne asada.

Han pidió otra ronda de bebidas y una tarta de canela para compartirla entre los tres.

Se sentía a gusto en las tabernas: de chaval habían sido su segundo hogar, un lugar alejado de los sórdidos tugurios donde solía vivir. Siempre había acción en las tabernas, buenas mozas y chicos elegantones, pandilleros y bellezones que hacían la calle.

Han tendría que adoptar nuevos hábitos si quería triunfar allí. Tendría que aprender a pasar horas en la biblioteca aunque le dieran las tantas. De modo que tenía la impresión de que su decimoséptima onomástica era tanto un principio como un final.

Han miró a Gata, que había estado engullendo su segunda ración de cocido. Aunque todavía tenía el cuenco medio lleno, había dejado de comer para clavar los ojos en la puerta, toqueteándose los rizos tal como hacía cuando se ponía nerviosa.

Han siguió su mirada. Tres magos acababan de entrar juntos, y sus auras

iluminaban la penumbra del bar. Estaban de espaldas a Han, sacudiéndose la lluvia de sus costosas capas y mirando en derredor.

—¿Ésta es la mejor taberna del pueblo? —dijo el más alto, revelando una melena negra al quitarse la capucha—. Pues va a ser un año muy largo.

La fría voz aristocrática le tocó la fibra sensible a Han. Su sensación de bienestar se esfumó.

Los otros dos se rieron burlones.

—A lo mejor la comida es buena —dijo el más bajo y fornido, esperanzadamente. Se quitó la capucha, descubriendo su pelo rojizo.

A Han se le erizó todo el vello del cuerpo. Miró a los recién llegados con los ojos entornados, toqueteando su amuleto, deseoso de que se volvieran para poder verles el rostro.

—Al menos aquí el servicio es más atractivo que en Los Cuatro Caballos —dijo el más alto, volviéndose para comerse con los ojos a una camarera que se abría paso a través de la atestada habitación. Hablaba con la precisión de quien sabe que ha bebido demasiado y está acostumbrado a controlarse—. Me parece que a Los Cuatro Caballos le pusieron ese nombre por sus camareras.

—Qué va —dijo el más esbelto—. El nombre se lo pusieron por lo que meten en la olla.

Su manera de arrastrar las palabras indicaba que también estaba borracho.

La camarera guapa pasó cerca de ellos con una bandeja. El mago alto le agarró el brazo y por poco derrama las cervezas.

—Oye, tú —dijo—. Queremos mesa para tres.

La muchacha dio media vuelta para mirarlo con cara de pocos amigos.

—¿Ves alguna mesa para tres en alguna parte? —le espetó.

—Pues echa a alguien —dijo el mago—. No tenemos ganas de comer de pie.

—Tendréis que aguardar vuestro turno como todos los demás. Ahora suéltame el brazo y aparta tus manos de mago.

Trató de zafarse sin éxito.

El mago terminó de volverse de cara a Han, y la linterna le alumbró el rostro. Las facciones duras y angulosas le resultaron familiares, como si las tuviera grabadas en la memoria. El recuerdo lo estremeció.

Eran Micah Bayar y sus primos, los hermanos Mander, Miphis y Arkeda. Era quien había incendiado la montaña sagrada de Hanalea y desencadenado una serie de acontecimientos que habían desembocado en la muerte de Mari y su madre y en la destrucción de su antigua vida.

Micah era el hijo de Gavan Bayar, el Gran Mago de los Páramos, que seguramente aún le estaría dando caza. Micah era hermano de Fiona Bayar, que los había perseguido a él y a Bailarín a través de la frontera hasta Delphi. Han agarró su amuleto, apretando la piedra intrincadamente tallada. Éste siseó al entrar en contacto con su palma húmeda.

—Te soltaré cuando nos encuentres una mesa —dijo Micah, tirando de la camarera hacia él. La bandeja se cayó, salpicando cerveza a la altura de la cintura, y las jarras rodaron por el suelo.

La magia fluyó a través de Han, haciendo que le rodara la cabeza. La sacudió en un intento por despejarse y acto seguido se puso de pie de un salto y la silla cayó al suelo a sus espaldas.

—¡Caza Solo! ¡Aguarda! —dijo Bailarín con apremio en voz baja, pero Han no le hizo el menor caso y comenzó a caminar hacia los magos. La multitud se fue apartando a su paso hasta que Han se plantó delante de Micah y la camarera.

—Suelta a la chica, Bayar —dijo.

Los negros ojos turbios de Micah le echaron un vistazo con desinterés y de pronto se abrieron y enfocaron. Su semblante traslució puro miedo. Bajó la vista a la navaja que Han empuñaba con la mano derecha. Luego volvió a mirarlo a la cara.

—Alister —susurró—. Pero..., no puede ser. Tú no puedes... Tú no...

—Bayar —dijo Han. No sonreía. La ira le ardía en la garganta como si fuese coñac. Podría hacer callar a Bayar en el acto.

Ninguno de los presentes lo detendría. Estaría muy lejos de allí antes de que reaccionaran siquiera. El truco consistía en mirar a los ojos de los posibles héroes, caminar lentamente hasta que llegabas fuera y entonces...

—¡Por la Sangre del Demonio! ¡Me estás quemando! ¡Suéltame! —dijo la camarera, liberando el brazo de un tirón. Se quedó allí mismo, conteniendo las lágrimas, mirando la huella ampollada que la mano de Bayar le había dejado en el brazo.

Micah parecía tan sorprendido como ella.

—Lo..., lo siento —tartamudeó—. Ha sido sin querer. No tenía intención...

—Cierra el pico —dijo Han—. No quiere oírte. A vosotros, los Bayar, os gusta meteros con quienes no pueden defenderse. Como camareras, ropavejeros y bebés.

Sus palabras resonaron alto en el repentino silencio, y la expresión de disculpa se borró del semblante de Micah. Los primos de Micah se situaron a ambos lados de él, aunque se quedaron un paso atrás.

«Estos dos no se jugarán el pellejo por él —pensó Han—. Micah Bayar no duraría mucho como señor de la calle de una banda callejera».

La multitud murmuró cuando la camarera dio media vuelta y huyó, abriéndose paso hacia la puerta.

—No sé de qué estás hablando —dijo Micah. Desvió los ojos hacia la camarera que se marchaba y volvió a clavarlos en Han—. No quería hacerle daño.

—¿Por qué no pruebas a hacerme daño a mí? —dijo Han, moviendo la navaja de atrás a delante frente al rostro de Micah, usando un truco de navajero. Con la otra mano agarraba el amuleto mientras los parroquianos iban retrocediendo.

—Caza Solo —dijo Bailarín detrás de él, en voz baja y firme para no asustarlo—. Recuerda por qué estamos aquí. Este tipo no merece la pena.

Han soltó el amuleto, pero siguió empuñando la navaja.

—¿Me has seguido hasta aquí? —inquirió Micah—. Si es así, te advierto que...

—Estudio aquí, igual que tú —interrumpió Han.

Micah pestañeó como un bobo, atontado por el exceso de bebida.

—¿Tú? ¿Sabes siquiera leer y escribir? No es posible que hayan bajado el nivel hasta ese punto.

—Bueno —dijo Han—, te han admitido a ti.

El enojo borró la expresión burlona del rostro de Micah.

—Eres un ladrón —gruñó Micah, echando chispas por los ojos—. Un ladrón y un asesino. Te hemos estado buscando por todos los Siete Reinos. —Bajó la mirada al amuleto de Han—. Ese amuleto pertenece a mi familia y me lo robaste a mí. Ahora devuélvemelo.

Micah hizo ademán de coger el amuleto de Han. Han no hizo nada para impedirse. Cuando la mano de Micah se cerró en torno a él, el amuleto despidió una llama y Micah retiró la mano de golpe, renegando y lamiéndose los dedos quemados. Lo intentó otras dos veces, y otras dos veces el amuleto de la serpiente impidió que lo agarrara.

Los parroquianos se rieron con disimulo, nerviosos.

—Pero... ¿Cómo has...?

Micah miró el amuleto como si éste le hubiese traicionado.

—¿Quién es el ladrón, Bayar? —dijo Han, sosteniendo otra vez el amuleto con la mano—. ¿A quién pertenece realmente? ¿Hasta cuándo tenemos que remontarnos? Soy un intrigante raso, comparado contigo. Tú procedes de una familia de ladrones y asesinos.

La mano que empuñaba la navaja emanaba luz, y Han apretó los dientes, conteniendo el hechizo que amenazaba con salirle espontáneamente de los labios.

—Tú no eres mago —dijo Micah, todavía con los ojos clavados en el amuleto—. ¿Cómo es posible que puedas siquiera tocarlo? ¿Qué le has hecho?

—¿Estás seguro? —susurró Han—. ¿Estás seguro de que no soy mago?

Apartó la mano del amuleto y la extendió junto con la otra hacia Micah.

El poder se acumuló bajo su piel, resplandeciendo en sus dedos, iluminando el rostro perplejo de Micah.

—¿Cuándo te convertiste en mago? —preguntó Arkeda Mander, como si Han se las hubiese ingeniado para introducirse en su círculo de aristócratas.

Trastabillando hacia atrás, Micah buscó su talismán debajo de la ropa con una mano, extendiendo la otra hacia Han.

Como no quería poner a prueba el amuleto Aguabaja, Han agarró con el puño la toga de Micah y tiró de él, apoyándole la hoja de la navaja en la garganta.

—Suelta tu talismán o te rebano el cogote —murmuró Han.

Micah dejó caer ambas manos, con los ojos casi bizcos fijos en la hoja.

—¡Caza Solo! —repitió Bailarín—. ¡No!

—Más vale que estudies, Bayar —dijo Han, con el rostro pegado al de Micah—. Yo también estoy en Casa Mystwerk. Más vale que estudies y que te des prisa si quieres estar a mi altura.

Lo dijo a sabiendas de que desafiar en público a Micah Bayar probablemente era una de las ideas más estúpidas que había tenido a lo largo de un año muy malo.

Pero o bien hacía eso o bien le cortaba el cuello en el acto, delante de docenas de testigos. Su furia había menguado. No había sobrevivido hasta los diecisiete años en las calles por ser un estúpido.

La puerta de la taberna se abrió de golpe y entró la camarera al frente de cuatro guardias del rector con sus uniformes grises.

—Son ellos, Max —dijo la camarera, señalando a Han y a Micah—. Son esos de ahí.

Han se apartó de Micah, metiéndose de nuevo la navaja en la manga.

Él y Micah se metieron las manos en los bolsillos; la viva imagen de la inocencia.

Max sacó una libreta encuadernada en cuero.

—¿Algún otro herido? —preguntó, tras lamer la punta de su lápiz, fulminando a los presentes con la mirada.

Nadie le miró a los ojos ni dijo palabra.

«Qué diferentes de los chaquetas azules —pensó Han—. Armados con una libreta en lugar de una porra».

Max señaló a un estudiante desplomado sobre una mesa en medio de la habitación.

—¡Hurd! ¿Qué has visto?

Hurd se encogió de hombros.

—No he visto nada. No he visto ninguna pelea. —Miró nervioso a la camarera y apartó la vista—. Tampoco es que diga que Rutha esté mintiendo. Sólo que yo no lo he visto. Debía de estar dormido.

Bostezó exageradamente y volvió a apoyar la cabeza encima de la mesa.

Max miró a Han y a Micah.

—¿Nombres? —preguntó.

—No hay necesidad de dar nombres, ¿verdad, señor? —dijo Han, encogiéndose de hombros—. En realidad no ha ocurrido nada. Sólo han sido cuatro gritos y amenazas.

Max dio un resoplido.

—Eso lo dirás tú. Rutha, ¿cuál de los dos te ha quemado?

—El hechicero moreno. El rubio salió en mi defensa.

Los ojos de Han pasaron de Max a Rutha.

No daba crédito.

Por una vez no le echaban las culpas a él.

Max fulminó a Micah con la mirada.

—¿Nombre? —Viendo que Micah no contestaba, agregó—: Si no me dices tu

nombre, pasaras la noche en el calabozo del rectorado.

—Micah Bayar —masculló Bayar.

—¿Dónde te hospedas? —prosiguió Max.

Micah puso los ojos en blanco, levantando la vista al techo. O bien no quería decir dónde vivía, o bien era un comentario sobre su pobre alojamiento.

—En Hampton Hall.

Han y Bailarín se miraron. Bayar se alojaba en la misma residencia que ellos, la peor de todo el campus. Cosa que tenía sentido puesto que también había llegado tarde. ¿En qué había estado enredado, para llegar tarde a la escuela?

—¿Eres principiante o qué? —preguntó Max.

—Sí —contestó Micah—. Estoy en Casa Mystwerk. He llegado de los Páramos esta mañana. Ya que está apuntando apellidos, debería saber que mi padre es...

—Y tú deberías saber que aquí no toleramos peleas —dijo Max, arrollando las palabras de Micah—. No importa quién sea tu padre. Los principiantes no se enteran de nada, pero aprenden deprisa o se largan. Tendrás que aprender a controlar tu genio y guardarte tus manos mágicas para ti.

Igual que un maleante callejero, Max barrió con los ojos a su público cautivo antes de volver a fijarlos en Micah.

—Te lo estoy advirtiendo por las buenas. Si causas otro problema irás a ver al rector. Y al rector no le dará ningún miedo expulsarte si eres demasiado estúpido para aprender a tener mejores modales.

Max se inclinó hacia Han y Micah.

—Los asaltos mágicos son harina de otro costal. Usad vuestros amuletos para atacar a cualquiera y no habrá juicio que valga. Expulsión inmediata. ¿Entendido?

Han tragó saliva, contento de haber resistido a la tentación de dejarse llevar por su amuleto. Probablemente Max ya había largado el mismo sermón muchas otras veces para aleccionar a principiantes aristócratas acostumbrados a salirse con la suya en su tierra.

—No soy yo quien debería estar contestando preguntas. ¡Es un ladrón! —dijo Micah, señalando a Han—. Me robó el amuleto.

—¿Tan pronto? —preguntó Max, pasando una página de su cuaderno—. ¿Cuándo ha sido eso? Pensaba que habías dicho que acababas de llegar.

—Ocurrió en nuestra tierra —dijo Micah—. Mis primos lo vieron todo.

Los hermanos Mander asintieron al unísono, como marionetas atadas a las mismas cuerdas.

—Yo también estaba allí —dijo Bailarín, saliendo de entre las sombras para situarse a la derecha de Han—. Y lo recuerdo de forma diferente.

Bayar pareció todavía más asustado al ver a Bailarín.

—¿Tú? ¿Qué haces tú aquí?

—Lo mismo que todos los demás. He venido a estudiar —dijo Bailarín. Había soltado su amuleto, y ahora también él resplandecía a causa del poder acumulado.

—Pero si tú eres hijo de los clanes —dijo Bayar, humedeciéndose los labios, a todas luces más nervioso por la presencia de Bailarín que por la de Han—. Tú no... —Se calló. Seguramente iba a decir «tú no tienes el don», cuando la evidencia que tenía delante estaba más clara que el agua—. ¿Qué uso podría dar un cabezacobriza a lo que aprenderás aquí?

—Para ser alguien que acaba de llegar, encuentro que te has formado muchas opiniones —dijo Max, guardando su cuaderno—. No tenemos jurisdicción fuera de Vado de Oden. Me trae sin cuidado lo que ocurriera en vuestra tierra. Tenéis que dejar eso atrás.

Para entonces, Micah había recuperado el control de sí mismo. Por más cosas que pudieran decirse de él, lo cierto es que aprendía deprisa. Se volvió hacia Rutha, la camarera, que estaba observando la escena.

—Me disculpo por la herida y mi ruda conducta —dijo, inclinando la cabeza—. Ha sido inexcusable. Por favor, ve a un curandero y que me envíe la factura a Hampton Hall.

Rutha asintió, sorbiéndose la nariz.

—Sólo ten más cuidado de ahora en adelante.

—Puedes darlo por hecho —dijo Micah. Se volvió hacia Max—. Señor —dijo—, mis disculpas por este incidente. No volverá a recibir quejas de mí.

—Bien —dijo Max, un poco más calmado—. Confío en que así sea. Ahora daos la mano y seguiré con mis quehaceres.

Han miró a Micah Bayar de hito en hito y sonrió; todo un desafío de un señor de la calle de banda callejera. Le tendió la mano. Tras un instante de vacilación, Micah se la estrechó. El poder se encendió entre ambos en un duelo mágico que terminó en tablas.

Micah se arrimó a Han.

—Guárdate bien las espaldas, Alister —dijo; sonriendo para no llamar la atención de Max. Soltó la mano de Han y dio un paso atrás.

Micah se envolvió los hombros con la capa, abrochándosela al cuello con un intrincado cierre. Miró a Bailarín y a Gata, que seguía acurrucada en la mesa del rincón. Micah sonrió deliberadamente e hizo una reverencia que fue puro sarcasmo. Gata se estremeció y encorvó la espalda, con cara de pocos amigos.

Ahora que Han lo pensaba, resultaba sorprendente que Gata no hubiese abierto la boca durante su careo con Bayar. ¿Tendría miedo de los magos, después de lo que les había ocurrido a los harapientos?

Todavía sonriendo como para sí, Micah inclinó la cabeza ante Han.

—Alister Te deseo suerte.

Hizo una seña a los Mander para que le siguieran y salió de la taberna.



## Resucitado de entre los muertos

Raisa estaba aguardando a Amon en la sala común de la residencia cuando éste regresó de su última clase. Delante de ella, encima de la mesa, había varios mapas de los Siete Reinos. Se suponía que estaba escribiendo un ensayo sobre cómo la geografía había condicionado las grandes batallas del pasado, pero le costaba concentrarse. De hecho, lo único que había escrito hasta entonces era el título «Cómo la geografía ha condicionado las grandes batallas del pasado».

Seguía lloviendo a cántaros, y Amon le pareció cansado y aburrido mientras se quitaba la capa mojada. Cinco días a la semana le tocaba turno de patrulla a las seis y media de la mañana, y su última clase sobre Armamento Moderno no terminaba hasta las diez de la noche.

—Por la Sangre de Hanalea —rezongó Amon, colgando la capa—. Hay que tener un talento muy especial para hacer que el armamento resulte aburrido. —Dio un gran bostezo—. ¿Crees que recordamos lo que oímos en sueños?

Sacudió la tetera para comprobar el nivel del agua y la puso a hervir.

—Está vivo —dijo Raisa, incapaz de contenerse más—. Lo he visto: a *Pulseras Alister*.

—¿Qué?

Amon se dejó caer en una silla y se quitó las botas. Se inspeccionó los pies, arrugó la nariz y comenzó a quitarse los calcetines.

—*Pulseras Alister* —repitió Raisa—. Está aquí.

Amon dejó de quitarse los calcetines y levantó la vista, frunciendo el ceño.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Estaba cruzando el patio que hay junto a los establos y por poco choca conmigo.

Los calcetines cayeron al suelo.

—¿Qué pintaría Alister en Vado de Oden? No tiene ningún sentido. —Amon se inclinó hacia delante, con las manos en las rodillas y la expresión dura y atenta—. ¿Hablaste con él? ¿Te ha reconocido?

Raisa negó con la cabeza.

—No creo. En cuanto lo he reconocido, he echado a correr.

—¿Has echado a correr? —Amon enarcó una ceja—. ¿No has pensado que podías levantar sospechas?

—Bueno, sí —dijo Raisa, un tanto irritada—. No sabía qué hacer. Lo último que me esperaba era verlo aquí. Tú me dijiste que había muerto.

—Se le da por muerto —dijo Amon, como si *Pulseras* les hubiese gastado una

broma pesada por estar vivo. Hizo una pausa y se mordió el labio—. ¿Estás segura de que era él?

Raisa le miró con el ceño fruncido.

—Sé que era él.

La tetera silbó. Amon se levantó de la silla y fue descalzo hasta el hogar.

—¿Quieres un poco de té? —preguntó, echando unas cucharadas de hojas en un tazón y sirviéndose agua.

—Era *Pulseras Alister* —repitió Raisa testaruda, pasando por alto su pregunta. Amon le sirvió una taza de todos modos y la dejó en la mesa delante de ella.

Parecía algo menos agitado, y Raisa supo que Amon se estaba convenciendo de que ella se había confundido.

—Ha estado lloviendo todo el día —dijo Amon, sentándose de nuevo—. Así que me figuro que llevaría una capa con la capucha puesta.

«Bueno, sí —pensó Raisa, negándose a decirlo en voz alta—. Pero sé lo que he visto». Su pelo rubio necesitaba urgentemente un buen corte y sus ojos azules eran tan brillantes como los recordaba en su terriblemente atractivo rostro.

La última vez que lo había visto estaba cubierto de cortes y magulladuras, cortesía de la Guardia de la Reina. Ahora su rostro estaba marcado por otra clase de heridas —sufrimiento, pérdida y traición— y traslucía una cautela impropia de él.

—A veces cuesta distinguir a una persona de otra cuando van abrigadas así —insistió Amon.

Raisa se frotaba la frente, tratando de recordar todos los detalles. Ahora que lo pensaba, el muchacho que había visto en el patio del establo montaba un caballito de los clanes. Iba vestido con ropas caras de mercader: una capa de fieltro y botas de cuero bueno.

Aquello no tenía sentido. Alister era un barriobajero. ¿Cuándo habría aprendido a montar a caballo? ¿Dónde habría conseguido uno? ¿Y por qué iba a ir vestido como un mercader?

La certidumbre de Raisa comenzó a desmoronarse. ¿Tantas ganas tenía de que Alister estuviera vivo que había invocado a un fantasma? ¿Sería que el parecido de Pulseras con un desconocido le había avivado su recuerdo?

—Aunque estuviera vivo, ¿qué estaría haciendo aquí? —dijo Amon, su voz, un constante goteo contra las esperanzas de Raisa.

—No lo sé —contestó Raisa, demasiado obstinada para ceder—. A lo mejor también va a la escuela. O quizá solamente se esconda aquí hasta que las cosas se calmen en los Páramos. Igual que yo.

—Él no es como tú, Rai —dijo Amon—. Es un ladrón y un asesino, y tú eres...

—Tienes razón, por supuesto. No existe nadie como yo —dijo Raisa, abrazándose las rodillas y sintiendo pena por sí misma.

Amon se revolvió el pelo mojado que le quedó alborotado en todas direcciones.

—¿Por qué tengo la impresión de que esperas que fuese él?

—Bueno —concedió Raisa—. Espero que no esté muerto.

Desde que se enteró de que Alister había muerto asesinado, se había sentido vacía y culpable. Le había fallado. Igual que la reina había fallado a todos los desdichados habitantes del Mercado de los Harapos y Puente del Sur.

—Si vas a abrigar esperanzas, mejor espera que esté vivo y feliz en algún lugar lejos de aquí —dijo Amon—. Tarde o temprano te reconocerán, pero quisiera posponerlo lo máximo posible.

Sacó un fajo de papeles de su macuto y los encajó en un rincón libre de la mesa.

—Alister no sabe quién soy en realidad —dijo Raisa. Sopló el té para enfriarlo y tomó un sorbo con cautela—. De modo que no puede delatarme.

Amon hacía girar su pluma entre los dedos.

—Lo investigaré —concedió—. Veré si hay alguien matriculado con ese nombre en Casa Wien o Isenwerk. Si ha venido aquí a estudiar, lo más probable es que sea para formarse como soldado o ingeniero. —Bajó la cabeza hacia sus deberes y comenzó a garabatear notas—. A no ser que pienses que va a recibir las órdenes sagradas. El Orador Jemson estaba muy impresionado con él.

Amon Byrne tenía mucha gracia gastando bromas.

Raisa lo miró un rato y luego se retrepó en su silla.

—Tienes razón. Seguramente me he equivocado.

Amon siguió trabajando, de modo que Raisa volvió a su tarea, tratando de hilvanar frases con gran esfuerzo y poco entusiasmo.

Procuró hacer caso omiso del dolor que sentía debajo de las costillas, que bien podía deberse a la decepción.

## Hechicería para principiantes

Han se restregó los ojos con ambas manos y dejó a un lado el libro de hechizos menores. No era mal lector, había sido el primero de la clase en la Escuela del Templo de Puente del Sur, pero aquel vocabulario le resultaba totalmente ajeno. Tampoco ayudaba mucho el haberse levantado antes de la salida del sol, después de pasar la noche en vela angustiado. Tan sólo era su primer día de clase y ya estaba ebrio de fatiga.

Con el amuleto agarrado, recorrió el perímetro de su habitación, equivocándose al intentar decir en voz alta el hechizo. Cuando hubo dado dos vueltas enteras, se detuvo en medio del cuarto y miró en derredor.

No ocurrió nada. Ninguna llamarada chamuscó las paredes (buena señal). Ninguna reluciente red de protección cubrió las puertas y ventanas (quizás una mala señal). El libro lo describía como un hechizo de protección contra quienes quisieran hacerle daño. ¿Cómo iba a saber si funcionaba sin un enemigo con el que probarlo?

El enemigo vivía dos pisos más abajo. Y todavía no había decidido qué hacer al respecto.

Ya había soportado todo un sermón de Bailarín sobre el asunto la noche anterior, cuando Micah se marchó de la taberna y Han quiso seguirlo.

—Déjalo correr —le había dicho Han, cortándole el paso—. No sabes lo bien armado que pueda estar ni tampoco qué sabe. No comiences una pelea sin saber si puedes ganar.

—La pelea ya ha comenzado —dijo Han—. Comenzó en Hanalea.

«Aunque la guerra se inició con mi madre y Mari», añadió para sus adentros.

—Tiene un amuleto y, seguramente, sabe cómo usarlo —dijo Bailarín—. A diferencia de nosotros.

—Ya has oído lo que ha dicho —arguyó Han—. Va a ir a por mí. Más vale que lo liquide yo primero. —Era cuanto conocía: la ley de la calle, o matas o te matan—. Estará muerto sin que le dé tiempo a gritar un hechizo.

Bailarín puso una mano en el brazo de Han.

—Y si haces eso, ¿de quién crees que sospechará el rector? Si querías matarlo, no tendrías que haberte enfrentado con él en público. —Han frunció el ceño pero no rebatió el argumento. Le constaba que Bailarín tenía razón—. Si vas a por él, tendré que cubrirte. Nos expulsarán a los dos —dijo Bailarín.

Han negó con la cabeza.

—No. Nunca te he pedido que...

—Ahora mismo sabe menos sobre ti que tú sobre él —interrumpió Bailarín,

consciente de que estaba ganando terreno—. Le diste una buena sorpresa. Está desconcertado. Aguardará hasta que tenga más información antes de dar el siguiente paso. Puedes aprovechar ese tiempo, Caza Solo.

«Pero Micah tampoco se quedaría de brazos cruzados —pensó Han—. ¿Sería capaz de vivir con ese constante hormigueo entre los omoplatos?»

Hubiera preferido tener una charla con Micah en un callejón para tranquilizarse.

La voz de Bailarín irrumpió en sus pensamientos.

—Vengo de desayunar —dijo desde el umbral—. Te he traído algo.

Han levantó la vista a tiempo de ver el paquete envuelto en una servilleta que Bailarín le lanzó. Tirando de una esquina, vio que contenía una galleta con queso y jamón.

—Gracias —dijo Han, y le dio un mordisco.

—He visto a Gata en el comedor —dijo Bailarín.

—¿Cómo está? —preguntó Han, confiando en que una noche de sueño la hubiese puesto de mejor humor.

—Bien —dijo Bailarín—. Todavía se la ve como embrujada. Esa Annamaya de anoche estaba con ella. La acompañará a sus clases y la ayudará a conseguir los libros que necesita.

Cuando salieron de la taberna la noche anterior, acompañaron a Gata hasta la Escuela del Templo. Para entonces parecía haberse quedado sin ganas de discutir, cosa que preocupó a Han, dado que no recordaba haberla visto así nunca. La dejaron en la puerta, abrazada a sí misma como si esperara doblarse y desaparecer.

Han no quería dejarla allí, pero ya había rondado bastante como para saber que no había modo alguno de llevar una vida clandestina entre las murallas de la academia.

La guardia del rector estaba por todas partes, los espacios comunes rebosaban de luz y no había sitios baratos donde pasar la noche. Sería como intentar sacar a una pandilla fuera del recinto de un castillo.

Gata tendría que acostumbrarse.

Las campanas de la Torre de Mystwerk sonaron una vez. Era hora de ponerse en camino.

Han metió su libro en el macuto y revisó lo que contenía: el libro de hechizos que le había dado Elena, un volumen muy grueso de hechizos de alguien llamado Kinley que le había proporcionado Blevins, un fajo de papel nuevo y el plumier. En el Templo de Puente del Sur, nunca llevaba libros a clase porque no poseía ninguno. Como tampoco papel, lápices o tinta, salvo los que le daba Jemson cuando llegaba allí.

En Puente del Sur, sólo a Jemson le importaba que acudiera a clase o no.

No había tenido ningún problema en hacerse respetar. Los demás estudiantes también venían de la calle. Hablaban igual que él, usando la jerga que habían oído toda la vida.

Aquello era diferente. Sus compañeros de clase se habían criado en familias de

hechiceros aristócratas. Habían visto hechizos desde muy pequeños. Quizá les habían enseñado antes de que les dejaran siquiera tener amuletos, teniendo a su disposición bibliotecas enteras dedicadas a la hechicería.

—¡Vamos a llegar tarde! —dijo Bailarín, disipando la niebla de preocupación en que estaba sumido Han. Bailarín se había puesto la toga de estudiante y llevaba el macuto al hombro.

—Ya voy.

Han se puso la toga roja por la cabeza, metió los brazos en las mangas y la alisó para que le tapara la ropa. Le gustaba llevar puesta la toga, lo hacía sentirse aceptado.

Al bajar la escalera, Han se subió el dobladillo de la toga para que no se le enredaran los pies. Tardaría algún tiempo en acostumbrarse a llevarla.

Hacía una mañana limpia y fresca, todavía típicamente cálida aunque había menos humedad en el ambiente. La luz del sol caía oblicua sobre los prados, reluciendo en la hierba perlada de rocío. Los senderos estaban llenos de estudiantes con sus togas multicolores, todavía bostezando y pestañeando para acabar de despertarse. Han se terminó la galleta mientras caminaban.

El aula se encontraba en el segundo piso de Casa Mystwerk y daba al río Tamron. Las gradas de piedra formaban un semicírculo en torno a un podio central elevado. Cuando Han y Bailarín llegaron, había estudiantes ocupando sus asientos, sacando libros y papeles de sus macutos. En total eran quince alumnos, dispuestos como caramelos en una caja, todos con el mismo envoltorio.

Han se detuvo en el umbral y paseó los ojos por el aula. Localizó a Bayar y a los hermanos Mander en la última fila, hacia la izquierda, arracimados como uvas prematuras.

Micah estaba despatarrado en su asiento, con las manos apoyadas contra la mesa que tenía delante y la cabeza echada hacia atrás, mirando fijamente a Han. Lucía ostentosamente el amuleto del halcón encima de la toga.

«Bueno —pensó Han—, al menos estaban todos allí en lugar de revolviendo su habitación en busca del talismán que les había robado».

Por más que buscaran, no encontrarían nada. Como todos los ladrones, Han era renuente a dejar dinero en su habitación, de modo que llevaba el monedero encima. El talismán pendía de su cuello y sus libros estaban en su macuto.

Han sonrió, asintió y saludó con la mano a Micah, y faltó poco para que le mandara un beso. Encontró un sitio en la parte derecha de la segunda fila, desde donde no perdería de vista a Micah. Bailarín se instaló en un asiento vacío que había a su lado.

En el conjunto de la academia, casi todos los estudiantes eran llaneros. A juzgar por lo que Han adivinaba sin el indicio de la vestimenta, en su clase casi todos eran norteños. Había tres hechiceros de tez aceitunada, seguramente mestizos de Bruinswallow o de las islas Meridionales. Dos eran muy pálidos, con el pelo casi blanco, tal vez oriundos de las islas Septentrionales, lugar de origen de los magos.

Algunos tenían mechas rojas propias de magos.

Por descontado, ninguno era de Arden.

Han se tocó el pelo rubio, quizás un regalo de Alger *Aguabaja*.

Igual que Micah, los demás estudiantes llevaban sus amuletos encima de la toga como si se tratara de la marca distintiva de una banda. Era la única manera que tenían de presumir. Los talismanes eran muy diversos. Algunos eran enormes y muy adornados, como incensarios del templo incrustados de joyas; valían una fortuna sólo en materiales. Otros eran pequeños y sencillos, de oro y plata y de formas simples, a menudo imágenes del mundo natural. Los había que reproducían animales y plantas y casi parecían tener vida propia, resplandeciendo con el elegante conocimiento del oficio propio de los clanes. Seguramente muchos eran reliquias de familias de hechiceros, transmitidas de padres a hijos y recargados por los artistas de los clanes para las nuevas generaciones.

Cuando trabajaba en las calles, Han había traficado con «destellos embolsados», según se llamaban en jerga los objetos mágicos. Los robaba a tenderos descuidados o en domicilios particulares. Por suerte para él, nunca intentó quitarle uno directamente a un mago. Ahora sabía que sería más fácil arrancar una muela y escapar pasando desapercibido.

El elemento mágico de un talismán se llamaba destello. Al principio Han había supuesto que cuanto más elaborado el amuleto, más destello contenía, más poder. En sus tratos con peristas descubrió que no siempre era cierto. Los materiales de los que estaban hechos tenían más que ver con la riqueza del mago que con el poder del objeto.

Han sacó el amuleto de la serpiente y dejó que colgara encima de su toga. Tenía más de mil años de antigüedad y no era muy llamativo, aunque seguramente era el talismán más potente del aula.

Bailarín también exhibió su amuleto, el Cazador Solitario que le había prestado Han. Éste se preguntó si el amuleto que Elena había hecho para él sería permanente o temporal. Resultaría preocupante saber que su amuleto con el tiempo perdería poder. Estaba comenzando a comprender por qué los magos no estaban contentos con el poder que los clanes ejercían sobre ellos.

Han miró a Micah, que cuchicheaba con sus primos. Le dio un escalofrío. No estaba acostumbrado a compartir territorio con un enemigo. O lo echabas tú, o te echaba él. O lo liquidabas tú, o te liquidaba él y la vida seguía. Al menos para uno de los dos.

Se abrió la puerta lateral y un mago en silla de ruedas entró en el aula. Aunque las mangas de su toga ostentaban galones de maestro, aparentaba tener sólo tres o cuatro años más que los estudiantes novatos. Tenía el pelo color canela, la piel pálida y una expresión amargada, como si contara con verse decepcionado.

Cuando llegó a la base del podio sacó dos muletas y se levantó de la silla.

El murmullo de voces se fue convirtiendo en un silencio incómodo mientras el

maestro subía con dificultad los peldaños hasta el atril, donde dispuso un fajo de papeles y un libro muy manoseado. Su amuleto, que brillaba con el sol que entraba a raudales por las ventanas, consistía en un gran cristal de cuarzo tallado en forma de torre del homenaje.

No pasó lista, sino que paseó la mirada entre los estudiantes congregados, deteniéndose un momento en Han y Bailarín.

—Ustedes son..., ah... Bailarín y Alister, supongo —dijo, bajando la vista y revolviendo sus papeles—. Yo soy el maestro Gryphon. Tengo la peligrosa e insatisfactoria tarea de enseñar hechicería a los principiantes. Qué suerte tenemos de que la clase de principiantes de este año sea tan..., excepcionalmente variada. Me siento bastante..., en contexto.

Han miraba fijamente al maestro, sin saber si acababa de insultarlos o si se estaba burlando de sí mismo.

Gryphon levantó los ojos de sus papeles. Eran de un sorprendente color verde azulado, y cuando Han lo miró de hito en hito, tuvo un escalofrío. Pese a la enfermiza palidez del maestro, su rostro era atractivo y resultaba chocante en aquel cuerpo desgarrado.

—El diplomado Hadron me ha dicho que ustedes dos han viajado a través de Arden para venir aquí. Arden es un lugar peligroso para cualquiera hoy en día, pero sobre todo para los hechiceros. Lo cual plantea la siguiente pregunta: ¿son ustedes estúpidos, no instruidos o meramente insensatos?

Bien. Aquello sin duda sí que era un insulto. Han no pudo evitar mirar a Micah, que levantó la mirada al techo disimulando una sonrisa.

Han no alteró su expresión.

—He tenido ideas mejores —dijo, encogiéndose de hombros.

La sorpresa asomó al semblante del maestro mientras algunos estudiantes se burlaron. Entonces los ojos de Gryphon repararon en el amuleto de Han y se abrieron con desmesura. Gryphon miró a Han a la cara, estudiándolo con suma curiosidad.

—Es interesante el que eligiera un camino tan peligroso, Alister —dijo finalmente—. Según parece no le da miedo la oscuridad.

Han sospechó que no se refería al camino de Arden ni por casualidad.

—Bueno —dijo Han, sosteniendo su mirada verde azulada—, a veces no hay alternativa.

—Siempre hay una alternativa —sentenció Gryphon. Abrió su grueso libro y dijo —: Hablando de viajes, les pedí que leyeran el capítulo doce de Kinley, donde refiere los retos de viajar al Aediion. Kinley nos explica...

La puerta del aula se abrió y entraron otros dos estudiantes. Han los miró, igual que todos los demás. Eran Fiona Bayar y Wil, su incondicional enamorado, quienes los habían seguido a él y a Bailarín cruzando la frontera hasta Delphi.

Se les veía castigados por el viaje y malhumorados, de modo que Han supuso que habían venido a clase directamente después de soltar su equipaje en las respectivas



residencias. Wil tenía el rostro bronceado por el sol, pero Fiona estaba tan pálida como siempre, como si el sol no se atreviera a penetrar en su piel gélida. Se había deshecho la trenza y la melena le caía ondulante hasta más abajo de los hombros.

Llevaba ropa de viaje: un suéter de punto basto, chaqueta de pana y bombachos de lona que mostraban sus largas piernas. Nada de togas de estudiante.

Fiona paseó su fría mirada por el aula. Cuando sus ojos se toparon con el maestro Gryphon, se abrieron con sorpresa.

—¡Adam! —gritó, como si la clase entera no estuviese mirando. Volviéndose hacia Wil, dijo—: Mira, Wil, es Adam Gryphon, ni más ni menos.

«Por la sangre del demonio —pensó Han—. Mi profesor de hechicería es amigo de los Bayar. No me extraña que esté tan nervioso».

Fiona avanzó a grandes zancadas y alargó el brazo hacia el maestro Gryphon como si esperase que éste le besara la mano.

—Mi padre me dijo que habíais recibido las órdenes sagradas, pero no tenía ni idea de...

El maestro Gryphon se había puesto rojo como una frambuesa; una transformación asombrosa. No hizo ademán alguno de tomarle la mano sino que agarró el atril con tanta fuerza que se le pusieron blancos los nudillos.

—Diríjase a mí como maestro Gryphon, principiante Bayar —dijo—. Y aunque forme parte del cuerpo docente de Casa Mystwerk, sepa que no he hecho los votos ni tengo intención de hacerlos.

Fiona retiró la mano al darse cuenta de que Gryphon no iba a besársela.

—¿En serio? Debo haberlo entendido mal. Lo cierto es que parecía una buena opción para alguien en vuestra..., situación.

—¿Una buena salida para un lisiado, quiere decir? —dijo el maestro Gryphon en voz baja—. Tal vez lo sea. Qué suerte que usted y el principiante Mathis hayan llegado sanos y salvos. La próxima vez les ruego que se pongan un atuendo apropiado para asistir a clase. Bien, ahora vayan a sentarse para que podamos continuar la lección. Esta constante afluencia de estudiantes nos está retrasando.

«La lengua mordaz se ha suavizado», pensó Han.

Fiona se echó el pelo para atrás por encima de los hombros y se volvió hacia el graderío para buscar un asiento libre. Su mirada se detuvo en Han y Bailarín, sentados en la segunda fila. Se quedó paralizada, poniéndose incluso más pálida de lo que ya estaba.

—Alister —musitó—. No puedo creerlo.

Wil la cogió del codo.

—Vamos, Fiona —dijo.

Fiona no se movió.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Inclinándose hacia delante, extendió las manos temblorosas hacia Han como si se muriera de ganas de cerrarlas en torno a su cuello.

Han apoyó las manos en la mesa que tenía delante, obligándose a no efectuar ningún movimiento defensivo.

—Tu hermano te pondrá al día —dijo Han, señalando a Micah con la cabeza—. Y ahora, ¿te importa? Ya que llegas tarde a clase, lo menos que puedes hacer es sentarte y callar. He venido aquí a aprender cosas.

Tamborileó con los dedos sobre la tapa de su libro y enarcó las cejas.

Fiona seguía mirando fijamente a Han como si no diera crédito a sus ojos.

Wil le tiró del brazo.

—Sentémonos —dijo en voz baja.

Fiona dejó que Wil finalmente la arrastrara hasta un asiento de la última fila.

Aún no había ocupado su sitio cuando el maestro Gryphon gritó:

—¡Alister! ¿Qué nos dice Kinley sobre los riesgos y ventajas de viajar al Aediion?

«Demos la bienvenida al maestro de lengua mordaz».

Han tragó saliva y comenzó a sudar.

—No lo sé —dijo.

—¿No? —Gryphon suspiró—. Esto sí que es decepcionante. Bien, pues defina el Aediion para el resto de la clase.

—Lo siento..., yo... Es que..., no lo he leído —admitió Han. En lugar de eso, había estado probando hechizos de protección en su cuarto.

Alguien se rió burlonamente. Por el rabillo del ojo, Han vio la sonrisita de suficiencia de Micah. Notaba los ojos de Fiona clavados en la espalda como si fuesen atizadores al rojo vivo.

—¿No? —El maestro chasqueó—. Está aquí para aprender, pero no, según parece, dispuesto a aprender. ¿Espera que yo haga todo el trabajo?

—No —dijo Han, negando con la cabeza.

—¿Espera que meta conocimientos en el buche de su mente?

—No.

—¿No, qué?

—No, señor —dijo Han.

Gryphon se inclinó hacia delante, hablando a media voz, aunque lo bastante alto para que el resto de la clase le oyera.

—¿Está convencido de que éste es realmente su sitio, Alister?

—Sí, señor —dijo Han, mirando desafiante a los ojos del maestro.

Gryphon hizo una pausa y luego, todavía fulminando a Han con la mirada, dijo:

—A ver, Darnleigh: ¿Riesgos y ventajas?

—El Aediion es el mundo de los sueños —dijo un muchacho muy formal de tez aceitunada—. Con la formación adecuada, el apoyo de un amuleto potente y una estrecha conexión con otra persona, teóricamente es posible comunicarse a distancia. Ésa es la ventaja.

—¿Teóricamente, dice? ¿No se lo cree? —Gryphon ladeó la cabeza.

—Es bastante frecuente que algunos eruditos digan que sólo se trata de un mito; otros dicen que era algo corriente antes del Quebrantamiento pero que desde entonces no se tiene constancia.

—¿Cuáles son los riesgos que describe Kinley? —le apuntó Gryphon.

—Bueno, el Aediion puede ser tentador —dijo Darnleigh—, porque un hechicero experimentado puede darle forma según sus deseos y esperanzas. Es posible perderse en él y no regresar nunca más al mundo real. Además, puedes quedar atrapado si tu amuleto se queda sin poder almacenado. Finalmente, Kinley dice que si te matan en el mundo de los sueños, mueres en la vida real.

—¿Qué podría matarte en un sueño, Stefan? —preguntó un muchacho muy rubio de las islas Septentrionales, poniendo los ojos en blanco—. He tenido un montón de pesadillas pero siempre me despierto vivo.

—La magia —contestó Darnleigh, dando golpecitos a la página con el dedo—. Sólo la magia puede matarte en el Aediion.

—¿Qué pruebas presenta Kinley? —preguntó Gryphon—. ¿Por qué deberíamos creer que está diciendo la verdad? ¿Silverhair?

—No deberíamos —se mofó el isleño del Norte—. Kinley repite leyendas de siglos pasados sin ponerlas en tela de juicio. Sus libros están llenos de monstruos mitológicos, como lagartos de agua y dragones que nadie ha visto jamás.

—¿Es posible que alguna vez existieran? —preguntó Gryphon—. Tal vez se extinguieron durante el Quebrantamiento. En tal caso, ¿es posible que persistan restos de la gran magia que era común antes del Quebrantamiento en rincones inexplorados del mundo?

—Ya no quedan rincones inexplorados hoy en día —contestó Silverhair—. Ya no quedan secretos.

—Kinley recurrió a fuentes primarias —terció Darnleigh—. Sus bosquejos se fundamentan en relatos de testigos oculares. Incluso llevó a cabo sus propios experimentos para corroborar lo que le contaban.

—Experimentos que nadie ha sido capaz de reproducir en los tiempos modernos —repuso Silverhair.

—Tal vez el problema resida en las herramientas que usamos ahora —dijo Darnleigh, tocando su amuleto—. Éstos son mucho más limitados que los de la magia antigua. Los cabezacobriza se niegan a proporcionarnos las herramientas que necesitamos. Tenemos que comprar talismanes antiguos en el mercado negro o usar reliquias de familia.

El debate se fue acalorando, envolviendo a Han, que se sentía ignorante e inculto. Sus compañeros de clase habrían escuchado discusiones semejantes desde la niñez. Compartían un disgusto y una frustración comunes por haberse perdido la edad de oro de la magia.

Han se apretó la frente con el pulpejo de ambas manos, sintiéndose fuera de lugar. En las calles del Mercado de los Harapos nunca había oído hablar de Kinley.

Gryphon defendía ambos lados de la cuestión, reavivando el debate cuando languidecía. No volvió a meterse con Han. Quizá pensara que le había dejado las cosas bien claras. El maestro también dejó en paz a los Bayar. Daba la impresión de que les hubiesen concedido un montón de tiempo para estudiar.

Gryphon tampoco llamó a Bailarín, haciendo caso omiso cuando levantaba la mano.

Han se esforzó por contener su enfado. Sólo se trataba de un tipo de batalla diferente, una batalla que tendría que aprender a ganar. ¿Desde cuándo había sido justa la vida?

Aunque saltaba a la vista que Gryphon era ducho en la materia, Han no podía evitar compararlo con el Orador Jemson. El amor de Jemson por la historia se derramaba sobre ti hasta que acababas hundido en ella hasta el cuello y embriagado. Pero siempre se aseguraba de que todos sus estudiantes se mantuvieran a flote.

«No puedes controlar lo que hace Gryphon —pensó Han—. ¿Qué puedes controlar tú?»

«Puedes venir a clase preparado —pensó—. Cueste lo que cueste».

Gryphon dejó que el debate se prolongara un rato más y luego levantó las dos manos, con las palmas hacia fuera, para ponerle fin.

—Muy bien, pues, probemos un experimento por nuestra cuenta —dijo—. Por favor, vayan a la página trescientos noventa y tres.

El pasaje se titulaba «El Portal del Aediion» y consistía en frases de hechicería, como versos libres que salpicaran la página.

—Ahora elijan pareja; preferentemente alguien a quien ya conozcan —dijo Gryphon—. Quien no tenga pareja que levante la mano.

Han se volvió hacia Bailarín, que asintió encogiendo los hombros.

Arkeda se emparejó con Miphis, y Fiona con Wil. Micah se quedó sin pareja puesto que en el aula había un número impar de alumnos.

—Principiante Hayden —dijo Gryphon, reparando de repente en Bailarín—. Quizá deberías emparejarte con alguien más experimentado, como Bayar. —Señaló en dirección a Micah con la cabeza—. Yo puedo trabajar con Alister.

Bailarín negó con la cabeza.

—No, gracias, señor. Conozco a Alister. Me quedo con él.

—Si insiste... —dijo Gryphon, con una expresión avinagrada—. Usted va conmigo, Bayar.

Micah mostró indiferencia encogiéndose de hombros, pero Han pensó que parecía aliviado.

«¿Gryphon se está metiendo conmigo otra vez? —se preguntó Han—. ¿Quería emparejarse conmigo por alguna razón? ¿O quería emparejar a Bailarín con Micah? ¿O no ha pasado nada en absoluto?»

—Esto debería ser más fácil que comunicarse a distancia. Pónganse cara a cara y agarren sus amuletos —ordenó Gryphon—. Aun a riesgo de llevarme un chasco,

supondré que todos los han cargado de poder cuando prepararon la clase.

Al menos Han había hecho eso, almacenando magia durante el largo viaje hasta Vado de Oden.

—Ahora elijan una ubicación, un lugar que ambos conozcan —dijo Gryphon—. Y no se vayan todos a La Corona y el Castillo. Quiero tener noticia de sitios diferentes.

Bailarín se inclinó hacia Han.

—La laguna del Arroyo de la Vieja —propuso. Era un lugar que quedaba en las faldas del Hanalea y que ambos conocían muy bien, donde el antiguo patrono de Han, Lucius Frowsley, pasaba la mayor parte de su tiempo.

Un lugar al que, como magos, tenían prohibido ir.

—Lean el hechizo entero —dijo Gryphon—. Apréndanlo de memoria, pues no hay garantía de que Kinley esté a su disposición en el Aediion. Las tres primeras frases abren el portal; las tres últimas permiten cerrar el portal y regresar a la realidad.

El maestro les concedió unos minutos para hacerlo, aguardando hasta que todos levantaron la vista del libro.

—¿Están todos listos?

Los alumnos asintieron con la cabeza. Algunos estudiantes estaban pálidos y preocupados, otros se inclinaban hacia delante con entusiasmo, otros ponían los ojos en blanco como si aquel ejercicio fuese una estúpida pérdida de tiempo.

—Lean las primeras tres líneas para abrir el portal —dijo Gryphon—. En voz baja, por favor, para no distraer a sus compañeros. Si ambos tienen éxito, encontrarán a su pareja en el mundo de los sueños. Fíjense bien en el entorno, pues lo que ven es un reflejo de ustedes. Fíjense también en que pueden cambiar de apariencia a su antojo. Intercambien mensajes con su pareja y vuelvan de inmediato al aula.

»Lo repito: no se queden en el Aediion más que unos pocos minutos. En cuanto todos hayan finalizado el ejercicio, referirán sus experiencias. —Hizo una pausa—. Me consta que algunos de ustedes ven con escepticismo la obra de Kinley, pero aun así espero que se esfuercen en esto.

Con el amuleto agarrado, Han leyó las primeras líneas del hechizo mientras a su alrededor los demás susurraban el texto en un batiburrillo de acentos distintos.

Por un instante se vio envuelto en una oscura nada. Acto seguido la luz del sol irrumpió en su pensamiento, cayendo a raudales entre amarillentos álamos temblones, relumbrando en las aguas del Arroyo de la Vieja. Las hojas giraban y bailaban en la corriente. Han se estremeció; hacía frío, más frío que en Vado de Oden, y poco después se encontró vistiendo una chaqueta de piel de ciervo decorada con flecos y cuentas al estilo de los clanes, y calzando mocasines forrados de borreguillo. Asombrado, acarició la suave piel.

¿Aquello era real? Parecía muy real; el viento que se arremolinaba encima del Hanalea olía a nieve. Le levantaba el pelo de la frente y hacía que las hojas de los

álamos vibraran sobre su cabeza.

Miró arroyo arriba. Bailarín caminaba hacia él, vestido con mallas y su holgada guerrera predilecta, llevando una caña de pescar y una canasta para peces.

—¿Qué te parece? —preguntó Han—. ¿Es esto?

Bailarín se encogió de hombros.

—Ya veremos si ambos recordamos lo mismo cuando nos marchemos.

Se quedaron perplejos un momento.

—Gryphon ha dicho que intercambiáramos mensajes —dijo Han—. Yo te diré algo a ti y luego veré si te acuerdas. Tú haz lo mismo. —Pensó un momento—. *Gata Tyburn* está prendada de ti —dijo, manteniendo una expresión seria.

Bailarín ladeó la cabeza.

—¿En serio? ¿Por qué lo dices?

Han no tenía muy claro por qué lo había dicho, salvo que sabía que Bailarín no lo olvidaría.

—Es tímida —dijo Han—. Le cuesta expresarse.

—Pues Fiona Bayar está loca por ti —repuso Bailarín—. No te quita el ojo de encima.

Ambos se echaron a reír. Han se animó. Daba gusto estar de nuevo en los Páramos, en terreno conocido, aunque sólo fuese en el mundo de los sueños.

—Más vale que regresemos —dijo Bailarín.

Han agarró su amuleto, listo para pronunciar el hechizo de cierre, cuando el aire que tenía delante se onduló como la superficie de una laguna cuando el viento la alcanza. Se fundió y endureció, desplazando luz hasta que tuvo ante sí la imagen de una persona.

Era un hombre joven, unos seis años mayor que Han, vestido con ropa lujosa, de estilo aristocrático. Tenía el pelo negro azabache, los ojos de un brillante azul. El sol relucía en los numerosos anillos que llevaba en los dedos.

El desconocido pestañeó, mirando en derredor, y una sonrisa triunfante se le dibujó en el semblante como si hubiese hecho algo extraordinario.

Han miró de reojo a Bailarín pero, al hacerlo, su amigo brilló y se desvaneció, apagándose como una pavesa en la noche.

—¡Bailarín! —exclamó Han, dando un paso hacia el sitio de donde había desaparecido.

—¡Eh! ¡Espera! ¡No te vayas todavía! —dijo el desconocido en la lengua de los Páramos.

—¿Quién eres? —preguntó Han, retrocediendo, pensando que nadie debería aparecer allí sin que él lo hubiese invitado—. ¿Cómo has llegado aquí?

¿Sería alguien de su clase, entrometiéndose? Han no lo reconocía pero eso no significaba nada. Gryphon había dicho que podías cambiar tu apariencia, de modo que podía ser cualquiera disfrazado, incluso uno de los Bayar. Micah y Fiona seguramente tenían los amuletos más potentes de la clase, después del suyo.

¿Era posible que Micah supiera llegar a un lugar donde no había estado nunca? Aunque, por otra parte, la primera vez que se vieron fue en el monte Hanalea.

—Llámame Cuervo —dijo el desconocido. Se pasó la mano por el pelo, acicalándose como un cuervo que se arreglara las plumas con el pico—. ¿Y tú eres...?

—Dime cómo has llegado hasta aquí o lárgate —le espetó Han, y una navaja apareció por arte de magia en su puño. Con amuleto o sin él, seguiría recurriendo a las navajas si se veía en un aprieto.

Se balanceaba ligeramente, listo para saltar hacia un lado o el otro, recordando lo que había dicho Darnleigh momentos antes en el aula.

—Kinley dice que si te matan en el mundo de los sueños, mueres en la vida real.

—Por favor —dijo Cuervo—, escúchame. Te prometo que valdrá la pena.

Dio un paso al frente. Han lo dio hacia atrás.

—Te lo advierto, soy un as de la navaja.

—Es sensato ser cauto en tu situación. —Cuervo no paraba de cambiar: de traje formal a vestimenta corriente y luego a toga de decano. O era incapaz de decidir qué le sentaba mejor o le gustaba disfrazarse—. Yo al menos te he dicho cómo me llamo —prosiguió Cuervo—. Es más de lo que has hecho tú. ¿Pertenece a la Casa de Aerie? —Hubo algo raro en la manera de preguntarlo, algo que disparó todas las alarmas en la cabeza de Han.

Han titubeó.

—¿La Casa de Aerie?

—La familia Bayar. ¿Eres uno de ellos? Tomándolo todo en conjunto, yo diría que no. —Estudió el semblante de Han—. Vaya —dijo Cuervo sonriendo—. Ya veo que no. De hecho, no son amigos tuyos. —Han se esforzó por mantener una actitud de maleante—. Así pues, cuéntame, ¿cómo te apoderaste de ese amuleto? —preguntó Cuervo, con los ojos clavados en el amuleto de Han.

—¿Piensas decirme por qué estás aquí? —inquirió Han—. Y estate quieto, ¿quieres?

Cuervo finalmente se decidió por el atuendo aristocrático. Su chaqueta parecía hecha a medida, con las costuras rematadas con hilo brillante y las mangas acampanadas. Han pensó que era guapo, si te gustaban los de su tipo.

Cuervo extendió la mano abierta hacia Han, como si quisiera sentir su calor.

—Eres bastante poderoso, ¿sabes? —Cuervo ladeó la cabeza, evaluando a Han—. Y eres bien parecido. Incluso bastante guapo, a pesar de tu forma de hablar.

¿Quién se había creído que era para juzgar la forma de hablar y el aspecto de Han? ¿Y por qué tendría que importarle a Han?

—No soy ningún petimetre, si eso es lo que estás pensando —dijo Han—. Sin ánimo de ofender.

Cuervo se rió.

—Espero que no —dijo, como si fuese un chiste muy divertido—. ¿El amuleto se

lo robaste a ellos? —preguntó Cuervo—. Si es así, debo decir que estoy impresionado. ¿Qué te propones hacer con él? ¿Sabes que lo tienes tú? ¿Tienes un plan?

Han no dijo nada ante semejante torrente de preguntas.

Cuervo meneó la cabeza.

—¿No hay plan? Eso no está bien. Los Bayar seguro que tienen un plan. Más te vale ser previsor o no conservarás ese amuleto mucho tiempo.

—No contestaré a ninguna pregunta hasta que sepa quién eres en realidad —dijo Han.

—Lo comprendo. —Cuervo se mordió el labio, meditabundo—. Muy bien. Esto es lo que puedo contarte. Formo parte del cuerpo docente de la academia. Llevo tiempo buscando un estudiante del que ser su mentor, alguien capaz de dominar la magia de alto nivel. También necesito que no tenga miedo de apartarse un poco de las reglas. El hecho de que estés aquí, y en posesión de ese amuleto, me dice que quizá seas tú la persona que he estado buscando. —Han abrió la boca para hablar, pero Cuervo levantó la mano—. No voy a contarte nada más hasta que sepa que puedo fiarme de ti. Todavía es posible que estés confabulado con mis enemigos.

—¿De qué conoces a los Bayar? —preguntó Han, toqueteando su amuleto, sin haber decidido si quedarse o marcharse.

—Digamos que somos rivales políticos —dijo Cuervo—. Necesito aliados que posean el don. A cambio, te ayudaré a defenderte de ellos.

—¿Ayudarme cómo? —preguntó Han.

Cuervo dio otro paso hacia Han, mirándolo fijamente a los ojos.

—Puedo enseñarte a usar ese amuleto. Puedo enseñarte cosas maravillosas.

Los ojos de Cuervo relumbraban, su voz era grave y persuasiva, casi suplicante.

—No quiero oír más patrañas —dijo Han—. Si quieres hablar conmigo, ven a verme en la vida real. Ahora me voy —agregó, evocando las frases de regreso.

—Tenemos que reunirnos en el Aediion —dijo Cuervo—. Es peligroso que nos vean juntos.

Han lo miró de hito en hito.

—¿Qué quieres decir?

—No sabes lo vulnerables que somos. —Cuervo respiró como si fuese a decir algo más, pero luego apartó la vista, perturbado—. Se nos acaba el tiempo —dijo—. No le cuentes a nadie este encuentro. A nadie, ¿entendido? Si los Bayar se enteran de esto, te matarán y se adueñarán del amuleto para impedir que nos reunamos de nuevo. —Hizo una pausa para que Han lo asumiera y luego agregó—: Me reuniré contigo dentro de una semana, a medianoche, en el Aediion. El campanario de Mystwerk es un sitio muy privado. ¿Sabes dónde está?

Han lo miró pestañeando; mil preguntas se agolpaban en su mente.

—Claro que sé dónde está —contestó—. ¿Pero qué te lleva a pensar que...?

—No pueden vernos juntos —repitió Cuervo—. El Aediion es el único lugar



seguro. Entretanto recarga tu amuleto. Si no puedes venir la semana próxima, ven la siguiente. Abre el portal a medianoche. Y ven solo.

Titiló y desapareció.

De repente, Han fue consciente de que tenía un tremendo dolor de cabeza. Gimió, abrió los ojos y vio el adusto semblante de Gryphon.

Por un momento creyó que tal vez estaba enfermo, pero enseguida se le pasó. Bajó la vista a su amuleto y vio la mano de Gryphon cerrada en torno a él, justo debajo de la suya. El maestro lo agarraba con tal fuerza que tenía los nudillos blancos y el rostro perlado de sudor.

—Soltadlo —dijo Han con un hilo de voz, tirando de los dedos de Gryphon con la otra mano.

—Usted primero —respondió Gryphon—. No quiero que vuelva a escabullirse.

A regañadientes, Han soltó el amuleto y se secó la mano sudada en los bombachos. Estaba tendido en el suelo del aula con la cabeza apoyada en un abrigo. Detrás de Gryphon vio un montón de caras: los demás alumnos de la clase.

Micah Bayar torció el gesto como si lamentara que Han se hubiera reincorporado al mundo de los vivos. Han no vio a Fiona.

Gryphon tocó la frente de Han con una mano caliente y finalmente soltó el amuleto.

—Ya estás fuera de peligro —dijo—. Parece que la Hacedora protege a los incapaces.

El maestro estaba sentado en el suelo, con la toga subida por encima de las rodillas. Tenía las piernas llenas de cicatrices y con la piel apergaminada como si se hubiese quemado. Unos tutores ortopédicos le cogían de los tobillos hasta más arriba de las rodillas.

Gryphon siguió la mirada de Han. Ceñudo, dio un tirón a la tela para taparse.

—¿Qué pasó? —preguntó Han, lamentando que lo hubiese sorprendido mirando—. En el Aediion, quiero decir —agregó enseguida.

—Hemos demostrado, más allá de toda duda, que usted es idiota, Alister —dijo Gryphon—. Ha conseguido agotar por completo tanto su propia energía como la del amuleto. Por eso ha necesitado mi ayuda para regresar. Espero que el viaje haya valido la pena.

Las puertas del aula se abrieron de golpe y una mujer alta, de facciones angulosas, irrumpió seguida por Fiona. Los cabellos de la desconocida eran lisos y largos hasta el mentón, de un gris acerado con mechadas de rojo mago. El dobladillo de su toga estaba ricamente bordado, y las múltiples bandas de terciopelo de las mangas indicaban que era una gerifalte.

—¿Qué está ocurriendo, maestro Gryphon? —inquirió—. La principiante Bayar me ha dicho que un estudiante tiene problemas.

—¡Decana Abelard!

Gryphon agarró sus muletas y trató de levantarse, avergonzado de que lo hubiese

sorprendido en el suelo.

—¿Puedo ayudaros? —preguntó Bailarín, agachándose a su lado. Gryphon asintió. Bailarín lo cogió por debajo de los brazos y le ayudó a incorporarse. Gryphon se lo quitó de encima en cuanto estuvo erguido. Bailarín le pasó las muletas.

—No hay ningún problema —dijo Gryphon—. El principiante Alister ha tardado más de la cuenta en regresar del Aediion.

—¿Del Aediion? —La decana Abelard miró a Han, mordiéndose el labio—. ¿De veras?

Gryphon asintió.

—Ahora se está recuperando.

La decana Abelard se recogió las faldas y se arrodilló al lado de Han. Le puso el dorso de la mano en la mejilla. Han tuvo la impresión de que ardía porque tenía muy fría la piel.

—Denle un poco de agua al muchacho —ordenó Abelard, y alguien salió corriendo a buscarla. Poco después apareció un vaso y Han se lo bebió todo de un trago.

Alguien más se arrodilló junto a ellos, apretando la cadera de Han con las rodillas. Han volvió la cabeza. Era Fiona, con los labios abiertos y sus pálidos ojos clavados en su semblante.

—¿Qué le sucede? —preguntó Fiona. Al inclinarse sobre él, sus cabellos acariciaron la mejilla de Han—. ¿Sobrevivirá?

—Si ha vivido hasta ahora, es de esperar que sí —dijo Abelard—. Ha hecho bien en venir a buscarme.

Hizo ademán de coger el amuleto de Han, pero apartó la mano bruscamente al ver su diseño.

—Una interesante elección, Alister —murmuró, alisándose las estolas de maga—. Tenemos que hablar sobre esto. Entre otras cosas. —Y entonces, sin apartar los ojos del rostro de Han, dijo en voz más alta—: Maestro Gryphon, la clase ha terminado.

Gryphon se volvió de cara a los estudiantes que miraban boquiabiertos.

—El principiante Alister nos ha demostrado cuál es el precio del descuido y la arrogancia combinados con la ignorancia. Tomen nota. —Hizo una pausa para que lo asimilaran—. Para mañana quiero dos páginas de cada uno de ustedes contando sus experiencias en el Aediion, que compartiremos con el resto de la clase. Pueden retirarse.

Los alumnos recogieron sus cosas. Han percibió la vibración de los pies y las miradas que le lanzaban mientras salían a regañadientes. Fiona no se movió, como si esperase pasar inadvertida.

—Usted también, Fiona —dijo Gryphon—. Y usted, Hayden. Fuera.

Las rodillas de Fiona se apartaron del costado de Han cuando se puso de pie. Han la oyó alejarse, abrir y cerrar la puerta.

—Me quedo para acompañar a Alister a su habitación —dijo Bailarín—. O al

curandero. Allí donde tenga que ir.

Abelard levantó la vista hacia Bailarín, reparando en su obstinada expresión. Suspiró.

—De acuerdo. Pero salga un momento, por favor. Tenemos que hablar con Alister en privado.

Bailarín negó con la cabeza, con sus ojos azules fijos en la decana.

—No voy a...

—No te preocupes —dijo Han, despidiéndolo con un ademán—. Todo irá bien.

Estaba comenzando a encontrarse mejor. Un hilo de sudor en el vientre le indicó que la magia volvía a acumularse.

Abelard aguardó hasta que Bailarín hubo cerrado la puerta antes de hablar.

—Bien, Alister —dijo a media voz, agarrándole una muñeca—. Cuéntemelo.

El poder fluía hacia su ser. Resultaba difícil oponer resistencia, tan vacío como estaba.

—¿Qué queréis que os cuente? —preguntó Han. Como le siguió mirando de hito en hito, dijo—: Lo único que recuerdo es que me dio un mareo, y luego supongo que me desmayé. Creo que en realidad no ha ocurrido nada. Mágico, quiero decir.

—Alister formaba pareja con el cabezacobriza que acababa de salir —dijo Gryphon—. Su amigo regresó al cabo de unos minutos, pero Alister se quedó hasta que lo he arrastrado de vuelta por la fuerza. Estaba gastando poder como un loco. Había vaciado su amuleto casi del todo.

Abelard frunció el ceño.

—¿Cuánto tiempo ha estado ido?

El maestro titubeó.

—Unos quince minutos.

—¡Quince minutos! —Abelard se puso derecha y miró a Gryphon—. Es un principiante, maestro Gryphon. Un niño, en lo que a la magia respecta. ¿Por qué no ha intervenido antes?

Gryphon daba la impresión de querer escapar de la despiadada mirada de la decana.

—Yo formaba pareja con otro alumno porque el número de estudiantes era impar.

—¡Parece mentira! —explotó Abelard—. ¿Cómo pretende supervisar a los estudiantes si usted también intenta viajar al Aediion?

Gryphon sostuvo la mirada de la decana.

—Ha sido una irresponsabilidad. —Hizo una pausa—. No volverá a suceder, os lo garantizo.

Abelard se volvió hacia Han.

—¿El maestro Gryphon les advirtió de las consecuencias de quedarse demasiado rato? —preguntó Abelard.

Tal como lo dijo, Han no tuvo claro si le estaban juzgando a él o a Gryphon.

Han cambió de postura en el duro suelo.

—Nos ha dicho que regresáramos enseguida.

—¿Les ha dicho por qué era tan importante regresar enseguida? —prosiguió Abelard.

Han miró a Gryphon, que tenía los ojos clavados en el techo.

—Hablamos de ello. Si vacías tu amuleto cuesta más regresar.

—Si vacías tu amuleto, no hay modo de regresar —puntualizó Abelard—. Permaneces en el mundo de los sueños para siempre y tu cuerpo queda abandonado. Estás muerto.

«Vaya, menuda noticia». Han se sintió mareado.

—¿Entonces creéis en lo que Kinley dice sobre el mundo de los sueños? Lo digo porque parece que la mayoría de la gente piensa que ni siquiera existe.

Abelard asintió.

—Creo que viajar al Aediion es algo poco común pero posible. Podría ser una herramienta muy poderosa si lográramos dominarla. —La decana toqueteó un mechón de sus cabellos plateados—. Cada otoño hacemos este ejercicio con los principiantes. Cuando los alumnos presenten sus relatos mañana, la mayoría lo habrá intentado sin éxito. Algunos se inventarán historias como si lo hubiesen logrado. Otros, los no creyentes, ni siquiera lo habrán intentado.

»Pero de vez en cuando encontramos estudiantes como usted y..., Hayden, que lo han conseguido. La mayoría son lo bastante listos como para seguir las instrucciones. Su amigo cerró el portal por su cuenta y regresó. Usted se quedó en el Aediion demasiado tiempo. Eso es muy peligroso, Alister.

—¿Qué os hace pensar que lo he conseguido? —preguntó Han, sintiéndose traspasado por las miradas de la decana y el maestro.

—Estaba utilizando cantidades prodigiosas de poder —dijo Abelard. Su rostro anguloso y afilado traslucía tal avidez que puso a Han receloso—. Su amuleto está vacío.

—A lo mejor es porque no sabía lo que estaba haciendo —dijo Han. Ante la duda, la experiencia le había enseñado a negarlo todo una y otra vez—. No me había preparado el ejercicio. Cuando mi hechizo no dio resultado a la primera, insistí. Supongo que perdí la noción del tiempo.

—¿Sostiene que no ha ido a ninguna parte? —preguntó Abelard.

—Que yo recuerde, no —contestó Han.

Abelard lo miró con el ceño fruncido y puso los ojos en blanco.

Han normalmente era un mentiroso consumado, pero al parecer no lograba engatusar a aquellos dos.

—Ocurriera lo que ocurriese —dijo Gryphon con dureza—, tiene que seguir mis instrucciones si quiere seguir en mi clase.

—El maestro Gryphon tiene razón —dijo Abelard—. Si persiste en correr riesgos, poniéndose en peligro usted mismo y a los demás, me veré obligada a expulsarlo y le confiscaré el amuleto. ¿Entendido?

Han agarró su amuleto. «Inténtalo», pensó, mirándola de hito en hito.

Para su sorpresa, Abelard sonrió.

—No me suena su nombre. Alister... —dijo la decana, volviéndole a dar un buen repaso—. Y su forma de hablar es..., curiosa. ¿Dónde vive? ¿Cuál es su Casa? A lo mejor conozco a su familia.

—Soy del Mercado de los Harapos —dijo Han. Una vez que empezó, no pudo parar de hablar—. Antes vivía en la Calle de los Adoquines, encima de la cuadra, hasta que se quemó. Digamos que ahora estoy de mudanza, dado que mi familia ha muerto. Mi madre era Sali Alister, mi hermana se llamaba Mari. Mi madre trabajaba casi siempre de lavandera, y aparte de eso robaba harapos. ¿Sabe quiénes eran los harapientos?

Atónita, Abelard negó con la cabeza.

—No..., no...

—Ya lo sabrá —dijo Han, mirando a la decana a los ojos.

Abelard carraspeó.

—Es posible que su amuleto sea el responsable de su éxito —dijo. Alargó el brazo y tocó el amuleto de la serpiente con cautela, como si pudiera morderla. Debía de estar totalmente vacío de poder puesto que no reaccionó lo más mínimo ante su contacto.

Han se estremeció, resistiendo a la tentación de arrebatarárselo de la mano. Era como si se la hubiese metido en el pecho y le agarrara el corazón.

—¿Dónde ha conseguido esto? —preguntó Abelard inclinándose sobre él.

—Lo compré en un mercado de los clanes. De segunda mano —dijo Han.

—Pensaba que podía ser una pieza hecha por encargo —dijo la decana—. Con más capacidad de la normal, dado que es tan amigo de los cabezacobriza. Eso explicaría muchas cosas.

—¿Pensáis que puedo permitirme una pieza por encargo? —preguntó Han—. Los amigos son amigos hasta que llega la hora de hacer negocios. Así es como funcionan las cosas en los mercados.

—Pocos hechiceros elegirían una pieza con este diseño —dijo Abelard. Hizo una pausa—. ¿Sabe quién más llevaba un amuleto como éste?

—No tengo ni idea —mintió Han. Se sentía cansado y acosado, despojado de su encanto habitual.

—Es una reproducción del amuleto que llevaba el rey Demonio —dijo Abelard.

Han fingió sorprenderse.

—Vaya. Supongo que por eso me salió tan barato.

—¿Le interesa particularmente la magia negra, Alister? ¿Se trata de eso? —preguntó Abelard con una voz aterciopelada.

—Quiero aprender todas las clases de magia —dijo Han—. Por eso estoy aquí.

—Hay quienes supondrían ciertas cosas sobre usted basándose en ese amuleto, Alister —dijo Abelard—. Personas que creen que todos los caminos deberían estar

abiertos para quienes buscan el saber. Los mismos que creen que el fin justifica los medios.

Abelard se levantó de repente, de modo que ahora su silueta negra se alzaba imponente por encima de Han, recortada contra la luz de las ventanas. Se agachó y le tendió las manos para ayudarlo a ponerse de pie y sentarlo en una silla. La decana tenía una fuerza sorprendente.

—Avisé a su pareja —le murmuró a Gryphon.

Gryphon gritó:

—¡Principiante Hayden!

Cuando Bailarín regreso del pasillo, Abelard dijo:

—Hayden, Alister y yo hemos estado hablando sobre sus experiencias en Aediion. ¿Usted qué recuerda?

Los ojos de Bailarín iban de Han a Abelard, como si sospechara que le habían tendido una trampa. Han intentó enviarle un mensaje con la mirada.

—Bueno —dijo Bailarín—, no recuerdo gran cosa.

—¡Por la sangre y los huesos del rey Demonio! —explotó Abelard—. Limítese a decirme lo que recuerda. —Cuando Bailarín volvió a mirar a Han, Abelard le agarró el mentón y le giró la cabeza—. Míreme a mí, principiante.

Bailarín toqueteó su amuleto como para tranquilizarse.

—Antes de empezar quedamos en reunirnos en nuestra tierra, en un sitio que conocemos en Hanalea. Luego...

—¿Qué van a saber ustedes dos sobre Hanalea? —interrumpió Abelard—. Los magos tienen prohibido ir allí.

—Yo nací en Hanalea —dijo Bailarín con serenidad.

—Usted es de un clan de las Montañas de los Espíritus, ¿me equivoco? —dijo Abelard como si no hubiese estado hablando a sus espaldas—. Nunca había visto que saliera alguien con el don de esos campamentos.

—Soy mestizo —dijo Bailarín, sin entrar en detalles—. Después de pronunciar el hechizo vi a Han caminando hacia mí. Era como si titilara, como cuando ves a alguien iluminado por una hoguera, y su ropa no paraba de cambiar. —Hizo una pausa—. Supongo que estaba soñando.

—¿Y...? —le apuntó Abelard—. ¿Qué sucedió entonces?

—Bueno hablamos un poco. Y luego..., eh..., me desperté.

La decana entornó los ojos.

—¿Y Alister no regresó con usted?

Bailarín negó con la cabeza.

—Cuando abrí los ojos, Han estaba desplomado encima de la mesa. Esperé a que despertara. Todos los demás estaban despiertos, excepto Micah Bayar y el maestro Gryphon. Fiona fue a buscarlos. Entonces el maestro Gryphon se despertó y vino a ayudar a Han.

Abelard acercó la mano al amuleto de Bailarín, que reaccionó brillando. Abelard

apartó la mano enseguida.

—A diferencia de Alister, usted no ha vaciado su amuleto por completo. O ha sido listo y ha seguido las instrucciones, o no ha estado en ninguna parte.

Sonrió con un aire crispado.

—Alister. A menudo trabajo con estudiantes excepcionales, incluso principiantes. Se reunirá conmigo en mi despacho dentro de cuatro semanas. Entretanto veré qué puedo averiguar acerca de usted.

Se dirigió al podio, cogió el Kinley y se puso a hojearlo.

Fue su manera de indicar que se marcharan, de modo que pudiera conversar a solas con Gryphon.

«Huesos», pensó Han. ¿Qué podría averiguar la decana sobre él en un mes? ¿Y qué haría con esa información?

—Hayden, acompañe a Alister a su habitación y encárguese de que descanse un rato —dijo Gryphon—. Tendrá que devolver poder a su amuleto antes de la clase de mañana. No se olviden de la redacción. Y permítanme sugerirles que la próxima vez se preparen la lección —agregó, levantando la voz mientras se dirigían a la puerta.

Al ir a cruzar el patio cubierto de hierba, Bailarín sostuvo a Han por el codo para que no perdiera el equilibrio. Han se soltó de un tirón.

—No voy a morir —dijo.

—Estás frío como el río Dyrnne, ¿lo sabes, verdad? —dijo Bailarín—. Siempre estás más caliente que yo, pero ahora es al revés.

Desconcertado, meneó la cabeza.

—¿Ha sido real? —preguntó Han, dando un puntapié a un montón de hojas secas—. ¿Realmente nos hemos encontrado en el Arroyo de la Vieja?

Bailarín asintió, mirándolo de reojo.

—Has dicho que Gata estaba prendada de mí.

—Y tú has dicho que Fiona Bayar me desea —dijo Han, enarcando una ceja.

—Y así es, Caza Solo —repuso Bailarín, sonriendo—. De verdad.

—O sea que Abelard quiere trabajar conmigo pero no contigo —dijo Han—. Me pregunto por qué será.

—Soy un cabezacobriza —arguyó Bailarín—. Ahí tienes el motivo. —Puso los ojos en blanco—. Tampoco es que se me parta el corazón.

—Si me enseña algo útil, te lo pasaré —dijo Han. Caminaron un momento en silencio—. ¿Has visto algo más? —preguntó Han—. Antes de que cerraras el portal.

Bailarín negó con la cabeza.

—¿Algo como qué?

—Ha aparecido alguien más justo cuando te ibas. Un mago de sangre azul un poco mayor que nosotros. Se hacía llamar Cuervo. ¿No le has visto?

Bailarín se encogió de hombros.

—No. ¿Era alguien de la clase?

—No lo he reconocido, pero de todos modos tenía que ser alguien de Mystwerk

—dijo Han—. Me ha dicho que era profesor.

—¿Cómo ha dado con nosotros en Hanalea? ¿No hay que poder visualizar un lugar si quieres visitarlo en el Aediion? —dijo Bailarín.

Han se encogió de hombros.

—Ni idea. No sé cómo funciona todo esto. Pero a lo mejor alguien nos oyó decir dónde íbamos a encontrarnos —dijo Han.

«Quizá debería regresar y leer el texto», pensó.

—Pero ¿qué ha sucedido? —preguntó Bailarín—. ¿Te ha dicho algo?

Han recordó lo que Cuervo le había dicho: «No comentes esto con nadie».

No tenía por qué hacer lo que Cuervo le había ordenado.

—Me ha dicho que quería aliarse conmigo contra los Bayar. Se ha ofrecido a enseñarme magia. Y entonces Gryphon me ha hecho volver.

Bailarín adoptó un aire ceñudo y se quedó mirando a Han. Finalmente dijo:

—Bueno, has tenido suerte, Caza Solo. Fiona ha salido en busca de Abelard porque Gryphon y Micah han estado fuera casi tanto rato como tú. Estábamos empezando a pensar que ninguno de los tres iba a volver. Yo he estado a punto de abrir el portal para regresar cuando te has despertado. Gryphon ha venido corriendo y te ha reanimado.

—Ya —dijo Han—. Bueno, si realmente ha ido al Aediion, debe de estar lleno de energía. Aún le quedaba un montón de poder, y a mí casi se me había terminado.

—¿Cómo han quedado las cosas con Cuervo? —preguntó Bailarín.

Han dio un resoplido.

—No le he dicho ni que sí ni que no, pero no soy idiota. Me parece arriesgado tomar lecciones de alguien que no conozco en un lugar del que no conozco las reglas.

«Igual que en Vado de Oden», pensó.

Las campanas de la Torre de Mystwerk anunciaron el final de las primeras clases, lo cual significaba que tenían un cuarto de hora para dirigirse río abajo y asistir a la clase siguiente en Healer's Hall. Algo sobre amuletos y talismanes.

—Te acompaño a Hampton y luego me iré a clase —dijo Bailarín.

—No pienso volver a Hampton —replicó Han, torciendo hacia la galería que corría paralela al río—. No quiero perderme la clase. Bastante atrasados vamos ya.

—Pero el maestro Gryphon ha dicho...

—No le diremos nada, ¿de acuerdo?

Pero las palabras de Cuervo seguían resonando en su cabeza, como un estribillo imposible de olvidar.

«Puedo enseñarte a usar ese amuleto. Puedo enseñarte cosas maravillosas».



## La Cena de la Decana

Cuando al día siguiente Han regresó a la clase de Gryphon procuró no hacer nada que llamara la atención sobre su persona. Su amuleto todavía estaba escaso de poder, aunque lo había estado cargando toda la noche. Lo mantuvo sujeto con la mano toda la mañana, y éste le fue chupando energía con gran avidez.

Su redacción sobre la visita al Aediion fue tan superficial como las de los demás alumnos. Gryphon mantuvo los labios prietos mientras la escuchaba, pero cuando Han terminó tan sólo dijo:

—Gracias, Alister. Sin duda es un relato de lo más sorprendente.

Micah y Fiona presentaron redacciones igual de imprecisas.

Han leía y estudiaba a Kinley como un poseso, en busca de respuestas. No podía preguntar a Gryphon porque así sólo conseguiría atraer la atención del maestro. Después del incidente con Abelard, dejaron el tema del Aediion para siempre. El maestro seguía metiéndose con Han en sus clases: cada dos por tres se abatía sobre él como un ave de presa con las alas rotas y el pico afilado. Era como si culpara a Han de haberle causado problemas con la decana Abelard.

Cada noche Han se quedaba despierto hasta tarde preparando las clases a fin de ser menos vulnerable a las mofas. La amenaza de ser humillado resultaba extraordinariamente motivadora.

El resto de los alumnos también padecía lo suyo, sólo que no tan a menudo como Han. Gryphon hacía llorar a Darnleigh, ponía en ridículo a los hermanos Mander y trataba a Bailarín como si fuese idiota. A veces incluso los Bayar eran objeto de difíciles interrogatorios, aunque Han tenía la impresión de que la cuchilla verbal de Gryphon era menos afilada en su caso. Particularmente con Fiona.

Durante la semana siguiente, la decana Abelard entró en clase en dos ocasiones y se sentó al fondo del aula. Tamborileaba con los dedos sobre el pupitre, adusta y sin sonreír, con un leve resplandor en su amuleto. Durante estas sesiones Gryphon se quedaba sin saber qué decir porque perdía el hilo de su pensamiento.

Micah y sus primos pasaban poco tiempo en Hampton Hall, de modo que Han apenas los veía excepto en clase. Preferían La Corona y el Castillo, donde cada noche se juntaban con Fiona, Wil y una nutrida cohorte de principiantes de Mystwerk con quienes Micah estaba muy unido. Era lógico. La mayoría de los compañeros de clase de Han procedía de los Páramos; era posible que se conocieran desde que eran niños.

Han se obligaba a ir a La Corona y el Castillo de vez en cuando, sólo para alardear, aunque el bar se sumía en el silencio cuando él entraba, y los amigos de Micah indefectiblemente guardaban sus monederos y protegían sus amuletos si él se

les acercaba.

Al cabo de siete semanas del primer trimestre, se comunicó a los principiantes que la decana Abelard ofrecería la primera Cena de la Decana en Mystwerk Hall el Día del Templo. Se esperaba que asistieran todos los alumnos, diplomados y profesores de Mystwerk.

A Han no le apetecía lo más mínimo volver a ver a la decana Abelard. Sólo había transcurrido una semana desde su cara a cara con ella. Aún se aferraba a la débil esperanza de no tener que hablarle.

Mientras se vestía para la cena, se alegró del anonimato que la toga le otorgaba al taparle la ropa. Se había bañado, afeitado y peinado, y había sacado brillo a su amuleto con una gamuza. No se le ocurría qué más podía hacer para estar presentable.

Mystwerk Hall resplandecía de luz cuando Han y Bailarín cruzaron el patio. La entrada estaba salpicada de togas rojas. Por una vez no llovía, aunque un viento fresco del norte anunciaba que el tiempo iba a cambiar.

Los criados de librea de Mystwerk les indicaron cómo llegar al Gran Salón, en cuyas largas mesas relumbraban la vajilla, la cristalería y los cubiertos, muchos más de los que parecían necesarios cuando ni siquiera habían servido la comida.

Grandes estandartes colgaban de los altos techos: emblemas de casas de magos, entre los que se contaba el de los Halcones Encorvados de los Bayar.

«¿Cuál sería su estandarte, si tuviera uno?», se preguntó Han.

Aunque todo el mundo vestía la toga reglamentaria, la mayoría la llevaba decorada con estolas que mostraban la enseña de sus respectivas casas de magos, y con las insignias y bordados que denotaban su rango académico. Muchos lucían joyas además de sus amuletos: anillos llamativos en los dedos, gruesas cadenas y brazaletes de oro. Incluso con su plumaje rojo, Han sentía que no iba vestido con la elegancia apropiada para la ocasión, como si fuese el más humilde de los gorriones.

Han localizó a los Bayar en medio de un grupo de estudiantes en la otra punta de la sala. Mientras le observaba, Micah miró a Han y dijo algo que hizo reír con sorna a los demás. Fiona también estaba de cara a Han y cuando levantó la vista sus miradas se encontraron. Ella se la sostuvo un largo momento, con el semblante duro y frío como el mármol, y luego se volvió hacia Wil.

Han sintió el consabido cosquilleo del miedo entre los omoplatos. Adentrarse en el terreno de los aristócratas era como caminar por las calles de Puente del Sur sin el distintivo de tu pandilla o una reputación que te protegieran.

Tocando el amuleto para serenarse, adoptó el aire desafiante que usaba en las calles.

En un rincón había un bar donde servían bebidas, y él y Bailarín se encaminaron hacia allí, sorteando grupos de estudiantes y profesores.

Mientras avanzaban, los envolvían las conversaciones. Han captó algunos retazos: las palabras «Mercado de los Harapos», «barriobajero» y «cabezacobriza» le

golpearon los oídos como notas amargas.

Han inspeccionó el despliegue de brillantes botellas, toneles y barriles del bar. No sólo había cerveza y sidra, sino también coñac, vino y Whisky. Han pensó en Lucius Frowsley, en su propiedad de Hanalea, y se preguntó si su destilería seguiría en marcha y quién se encargaría de la producción.

Tanto Han como Bailarín pidieron sidra.

Aquella cena sería bastante difícil de manejar incluso con la cabeza despejada.

Adam Gryphon entró en la sala en su silla de ruedas, maniobrando expertamente entre el gentío en dirección al bar.

«Es una lástima que no pudiera utilizar la silla siempre», pensó Han. Pero la academia estaba plagada de escalones, bordillos, adoquines y otros obstáculos peligrosos.

Alguien tiró de la manga de Han, que dio media vuelta y por poco derrama su sidra.

Se encontró con el rostro de una chica extremadamente pálida y con el pelo negro de punta, muy corto y con mechones de rojo mago. Llevaba la túnica roja bordada con ribetes de diplomada y las manos llenas de anillos, y buena parte de la piel visible estaba cubierta de brillantes tatuajes metálicos que parecían joyas pintadas. El dibujo daba la impresión de ondularse y moverse por su cuenta.

—Son talismanes y protectores —explicó la chica, acariciando un símbolo que lucía en el dorso de la mano—. Para protegerme de los maleficios.

—Vaya —dijo Han, buscando algo adecuado que decir—. ¿Alguien intenta lanzarte un maleficio?

La chica asintió y luego se puso de puntillas para poder susurrarle al oído.

—Soy Mordra DeVilliers —dijo, como si eso lo explicara todo.

—Yo soy Han Alister —dijo Han. Señaló a Bailarín con la cabeza—. Y él es Hayden *Bailarín de Fuego*.

—Ya lo sé —dijo Mordra DeVilliers, mirando a uno y a otro con ojos grandes y solemnes—. ¿Es verdad que eres un ladrón y un asesino?

Han se quedó mirándola.

No había el menor indicio de juicio en su rostro, sólo ávida curiosidad. Como no contestó enseguida, ella se le anticipó.

—Dicen que eres un criminal conocido, y que intentaste matar a lord Bayar. —Se volvió hacia Bailarín—. Y también dicen que tú eres un espía cabezacobriza.

Bailarín miró a Han.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó.

Mordra ladeó la cabeza hacia el rincón donde estaban los Bayar.

—Ajá. —Han se rascó el cogote—. ¿Y tú qué opinas?

—Bueno —dijo ella, asintiendo a Bailarín—, está claro que eres un cabezacobriza. —Se volvió hacia Han—. Y tú hablas como un chico de la calle, aunque no se note en tu ropa. —Le escrutó el semblante—. Pero pareces bastante

despiadado, con todas esas cicatrices.

«¿En qué se notaba que hablaba como un chico de la calle?», se preguntó Han. Si apenas había hablado.

—Siendo así, ¿crees que deberías estar hablando con nosotros? —preguntó—. Podría ser arriesgado.

Mordra se encogió de hombros.

—A mí tampoco me tienen bien considerada porque procedo de los reinos de las tierras bajas. La decana Abelard me trata con consideración porque cree que tengo talento. —Extendió el brazo para mostrar los adornos de su toga—. Soy la diplomada más joven de la historia de Mystwerk.

—Debes de ser la mar de sabia —comentó Han.

—Si eres listo, también se fijará en ti —dijo Mordra—. La decana Abelard da clases especiales a los estudiantes de Mystwerk que tienen potencial.

—¿Qué tipo de clases? —preguntó Han.

Una vez más, Mordra se puso de puntillas, sujetándose al brazo de Han para mantener el equilibrio.

—Magia prohibida —susurró, y su cálido aliento hizo cosquillas en la oreja de Han—. Hechizos muy poderosos.

Una voz glacial interrumpió su conversación.

—Cállate, Mordra.

Asustada, Mordra se echó para atrás y faltó poco para que se cayera. Han levantó la mirada y vio que Fiona se las había arreglado para cruzar toda la estancia sin que él se diera cuenta.

—Cállate tú —replicó Mordra, ya recobrada del susto, cerrando los puños.

—Siempre andas vomitando tonterías como una principiante borracha —prosiguió Fiona, poniendo los ojos en blanco—. Alister es un matón callejero. No le interesa tu vida de fantasía.

—En realidad, me parecía fascinante —dijo Han—. Mordra me estaba contando que...

—Déjalo correr —interrumpió Mordra—. ¿Dónde te sientas?

—Donde haya sitio, supongo —dijo Han. Lejos de los Bayar y de la decana, pensó para sus adentros. Y quizá también lejos de Mordra. Tal vez fuese la única que estaba dispuesta a hablar con él pero su cháchara comenzaba a cansarle.

—Tienes un sitio asignado, ¿no lo sabías? Yo estoy en la mesa de la decana —dijo Mordra.

—¿Cómo sabes dónde tienes que sentarte? —preguntó Han.

Siempre parecía que le faltase información que todos los demás conocían.

—Hay tarjetas en los sitios —dijo Mordra—. Deberías dar una vuelta y buscar la tuya. Ya casi es hora de sentarse.

El sitio de Han resultó que también estaba en la mesa de la decana. Con los dos Bayar, Adam Gryphon, otro diplomado y otro profesor. Ideal para pasar inadvertido.

Bailarín estaba sentado en una mesa cercana con varios miembros de la pandilla de los Bayar. Éstos pusieron los ojos en blanco, torcieron el gesto y se apartaron de él como si oliese mal. Bailarín suspiró y adoptó su expresión de comerciante.

Era como si la decana hubiese decidido incomodar a todo al mundo a propósito.

Han estaba sentado entre Mordra y Fiona, con Micah enfrente de ellos, junto al maestro Gryphon.

Fiona, muy tiesa, mantenía la vista al frente como si lograra fingir que Han no estaba justo a su lado.

Por suerte, los criados llegaron presurosos con la sopa, que sirvieron en cuencos delante de cada comensal.

Era un caldo claro con trozos de verdura flotando en él. «Una cena bien magra», pensó Han, sorprendido. Había esperado un banquete más espléndido. Cogió una cucharada y sopló para enfriarla. Tenía un sabor entre salado y ahumado, como de cebolla y setas secas.

«Confiemos en que nos den segundo plato —pensó—. O al menos un poco de pan para acompañar». Tomó unas cuantas cucharadas más y de pronto reparó en que nadie más estaba comiendo.

Al otro lado de la mesa, Micah lo miraba con las yemas de los dedos juntas y una ceja enarcada. Mordra se arrimó a él.

—Se supone que hay que esperar a que todo el mundo esté servido y la decana nos haya dado la bienvenida —dijo en un susurro lo bastante alto como para que se oyera en las mesas vecinas. Risitas ahogadas recorrieron el salón.

Han dejó la cuchara, notando que la sangre le subía a la cara.

Resultaba que la sopa no era la cena, era lo que venía antes de la cena. La cena consistió en codornices asadas con patatas y zanahorias, pastelillos y frutas empapadas en coñac y flambeadas, todo ello regado con tres vinos distintos y licores dulces en copas diminutas.

Nadie más llevó su vaso de sidra a la mesa.

Si bien intentó seguir lo que los demás iban haciendo, cada dos por tres Han se equivocaba de tenedor, comía las cosas en distinto orden o ponía la salsa que no tocaba, y Mordra lo corregía con su cuchicheo, haciendo que la sala se sumiera en mudos ataques de risa.

Los únicos que no reían eran la decana Abelard, Bailarín, Mordra y Fiona.

¿Fiona?

Durante toda la cena Fiona bebió vino pero comió muy poco, revolviendo la comida en el plato, poniendo mala cara, hasta que los criados lo retiraban. Tamborileaba con los dedos sobre la mesa y no paraba quieta en el asiento.

«¿Sentarse a mi lado le quita el apetito?», pensó Han.

En varias ocasiones, el maestro Gryphon trató de entablar conversación con Fiona, pero ella parecía distraída, como si apenas oyera su voz.

Finalmente se arrimó a Han para dirigirse a Mordra.

—¡Para de una vez! —siseó, justo cuando Mordra abría la boca para advertir a Han de que estaba usando el cuchillo equivocado para untar mantequilla en un panecillo.

—¿Cómo dices? —dijo Mordra, parpadeando.

—¡Eres la menos indicada para corregir modales! —Fiona prosiguió con la voz crispada como el acero en el solsticio—. Eres un desastre.

Mordra levantó la barbilla.

—Sólo estaba intentando...

—Mantente alejada de Alister o serás más paria de lo que ya eres —le advirtió Fiona.

—¡Cerrad el pico las dos! —explotó Han, golpeando la mesa con ambas manos abiertas, haciendo vibrar la porcelana y derramando vino de las copas—. Sería más fácil comer en medio de una reyerta en una taberna que sentado entre vosotras dos.

Se hizo un silencio mortal.

Fiona arrastró la silla hacia atrás y se levantó.

—Decana Abelard, os ruego me excuséis. No me encuentro bien.

Y salió majestuosamente de la sala sin volver la vista atrás.

Han miró al otro lado de la mesa y se topó con la mirada de Micah, que entornaba los ojos evaluando la situación. Gryphon siguió con la vista a Fiona hasta que desapareció por el umbral, y luego clavó sus extraños ojos en Han, con el semblante pálido y furioso. La decana Abelard apoyó los codos en la mesa y la barbilla en las manos, con un ligero asomo de sonrisa en los labios.

A partir de ese momento Han también dejó de comer porque no quería arriesgarse a oír más lecciones de Mordra. Ella siguió parlotando y él le respondió con monosílabos.

Finalmente, la interminable cena terminó. Los estudiantes y los profesores se juntaban en grupos y conversaban. Han y Bailarín salieron del salón por la puerta trasera para no tener que cruzarse con nadie.

—¿Tenemos que pasar por esto cada mes? —masculló Han, que notaba el succulento banquete como un yunque en la barriga—. ¡Malditos huesos!

—¿Fiona Bayar y Mordra DeVilliers estaban peleando por ti? —El viento agitaba las ramas en lo alto y Bailarín se subió el cuello. Cuando Han lo fulminó con la mirada, agregó—: A mí me ha parecido que sí.

—No entiendo de qué iba todo eso —dijo Han—. Fiona no quiere que nadie hable con nosotros. Quizá quiere aislarnos más de lo que ya estamos.

—Quizá te quiere todo para ella —dijo Bailarín.

—Sí, hombre, claro. —Caminaron un rato en silencio—. Me pregunto quién asiste a las clases de Abelard —caviló Han—. Me gustaría saber en qué anda metida.

Mientras rodeaban Mystwerk Hall, una luz brilló en la galería, captando la atención de Han que, al entrecerrar los ojos, vislumbró la silueta de una toga entre las sombras, un rostro anguloso iluminado desde abajo.

Encima de sus cabezas, se oyó un crujido de piedra que resonó en los oídos de Han. Sin mirar hacia arriba, se abalanzó sobre Bailarín y ambos salieron despedidos y aterrizaron despatarrados en la hierba del patio.

Han se puso de pie de un salto. Un revoltijo de tejas y piedra rota cayó estrepitosamente al suelo, justo donde ellos estaban un instante antes. Empuñando el puñal, Han salió disparado hacia la galería, corriendo en zigzag para no ser un blanco fácil. Pero allí no había nadie.

—¿Qué pasa? —preguntó Bailarín, justo detrás de él—. ¿Qué has visto?

Han meneó la cabeza y se llevó un dedo a los labios. Volvió a escrutar el pasillo.

Según parecía, una gran galería del segundo piso se había resquebrajado y hecho añicos contra los adoquines. Algunos trozos eran más grandes que su cabeza. Cualquiera de ellos podría haberlos matado si llega a darles.

Mientras observaban, una multitud de estudiantes y profesores doblaron la esquina y se apiñaron en torno a los escombros. No se percataron de la presencia de Han y Bailarín en la penumbra de la galería.

Ninguno de los Bayar acudió.

Han tocó el hombro de Bailarín y señaló con la cabeza en dirección a su residencia.

Durante todo el camino de regreso, Han mantuvo el puñal en una mano y el amuleto en la otra, con los sentidos alerta por si les tendían una emboscada.

Blevins levantó la vista cuando pasaron por la sala común.

—¿Ya ha terminado la cena? —dijo.

—¿Ha vuelto alguien más del banquete? —preguntó Han.

Blevins negó con la cabeza.

—Sois los primeros.

Subieron hasta el cuarto piso. Han cerró la puerta de lo alto de la escalera y volvió a comprobar sus barreras mágicas. Recorrió el pasillo hasta su habitación con suma cautela y abrió la puerta. No había nadie dentro. Se asomó a la ventana. Oyó las voces excitadas de los curiosos que aún estaban junto a los escombros de Mystwerk Hall.

Han dio media vuelta y vio a Bailarín en el umbral.

—Había alguien en la galería del otro lado del patio —explicó Han—. Ha lanzado un hechizo justo antes de que la galería se nos viniera encima.

—¿Estás seguro? —preguntó Bailarín—. El viento puede haber soltado una de las cornisas. Ha estado aullando todo el día.

—Quien lo ha hecho quería que pareciera que ha sido culpa del viento —dijo Han.

—¿No has visto quién era?

Han negó con la cabeza.

—Alguien alto, con toga de mago.

La luz del amuleto había iluminado brevemente el rostro del atacante, pero se

había extinguido tan deprisa que no estaba seguro de quién era.

Aunque tenía sus sospechas. Fiona habría tenido tiempo de sobras para ponerse en posición. O Micah podría haber salido corriendo por la puerta principal a tiempo para aguardarlos cuando doblaran la esquina del edificio.

Aquella vez habían tenido suerte pero ¿quién sabía cuánto iba a durarles?



## Amigos y enemigos

Amon en efecto revisó las listas de estudiantes inscritos en Casa Wien e Isenwerk, tanto de primer como de segundo grado, sin encontrar a ningún Alister. Cabía la posibilidad de que Pulseras se hubiese matriculado con un nombre falso, pero si acababa de llegar a Casa Wien, sin duda Raisa o él mismo lo habrían vuelto a ver en los comedores o las bibliotecas. Como ése no fue el caso, Raisa admitió» a regañadientes que se había confundido.

—Recuerda que no debes ir a la Calle del Puente —le dijo Amon.

A medida que transcurrían las semanas, Raisa comenzó a estar más a gusto con su nueva identidad de cadete principiante. Jamás habría engañado a alguien que la conociera bien, pero en cuanto a los demás, la guerrera de cadete y el corte de pelo parecían ser un disfraz increíblemente bueno para una princesa. Se cruzaba con algunos paisanos en el comedor y en los patios, pero ninguno la reconoció.

Taim Askell era tan bueno como su espada. El programa de estudios que habían tramado para Raisa la tenía corriendo desde primeras horas de la mañana hasta que caía rendida en la cama en el cuarto piso de Grindell Hall. Ni siquiera los ronquidos de Hallie le impedían dormir.

No podía quejarse. Era lo que había pedido; no, exigido. Y ahora pagaba por ello. Nada de ensoñadoras sesiones de bordado ni de música de cámara ni de pintura de paisajes en el jardín. Nada de perezosas tardes tomando el té y cotilleando en la terraza.

De hecho, era como si la terraza no existiera.

El hecho de que no hubiera prefecto ni gobernanta en Grindell Hall podría haber alentado que se infringieran las normas, pero todos estaban tan cansados que ni se les ocurría hacerlo. Como comandante de cuarto año, Amon hacía cumplir a rajatabla el toque de queda a sus compañeros cadetes, aunque rara vez se le encontraba en la residencia. De todos modos, Raisa siempre estaba medio dormida cuando llegaba la hora del toque de queda, tratando de leer unas cuantas páginas más antes de apagar la vela. Algunas noches llegaba a dormirse, desplomada sobre el escritorio, con la cara apoyada en las páginas de su libro de historia. Quizá parte de él le penetraría a través de la piel.

Se mantenía alejada de la Calle del Puente, aunque tenía grandes tentaciones de ir cuando Talia y Hallie la invitaban a salir con ellas. Se decía a sí misma que no tenía tiempo para ir a las tabernas. Al menos así se ahorraba los incesantes ardides de casamentera de Talia.

No tardó en tenerle pavor a recitar de memoria las lecciones de Historia de la

Guerra. Las clases de los maestros y decanos eran tres veces por semana pero las de recitado se sucedían a diario. Estas sesiones estaban a cargo de diplomados que moderaban los debates y ponían exámenes orales y escritos. De modo que tenían mucho poder, particularmente sobre los principiantes.

Sus recitados de historia los conducía un diplomado ardeniense que se llamaba Henri Tourant.

Siendo el hijo menor de un *thane*, Tourant al parecer había decidido que un puesto académico proporcionaba oportunidades que no encontraría en su tierra; oportunidades para intimidar y humillar estudiantes durante el día y para perseguir otros placeres por la noche.

Tourant era un tirano, y tenía la típica actitud ardeniense para con las mujeres: arrogante y condescendiente. Enseguida dejó clara su opinión: las mujeres deberían inscribirse en cualquier otra escuela en vez de hacer perder el tiempo al profesorado de Casa Wien y de las demás academias viriles. Pese a los mil años transcurridos desde el Quebrantamiento, Arden aún parecía incapaz de asimilar que una vez había sido gobernado por una mujer.

Tourant era un hombre pequeño; en estatura y en todos los demás aspectos. Tenía unos labios finos y crueles y el pelo castaño rizado, que llevaba largo. Ya le estaba clareando en la coronilla, aunque sólo era unos pocos años mayor que Raisa. Su rostro tenía rasgos de reptil, con el mentón hundido y la nariz puntiaguda.

También tenía algo de dandi, y a menudo se quitaba la toga académica para exhibir sus mejores galas.

Tourant se pavoneaba delante de los alumnos, yendo de un lado al otro del aula y hablando casi todo el tiempo durante lo que supuestamente era un debate. Rara vez se ceñía al tema en cuestión y daba la impresión de tener un conocimiento muy superficial de la materia. Un debate de verdad habría sido muy útil, pero las clases de Tourant eran una pérdida de tiempo.

Raisa casi siempre se sentaba en la última fila y aprovechaba para hacer deberes. Pero ese día el tema era la magia en la guerra, y le costó concentrarse en otra cosa y mantener la boca cerrada cuando Tourant parloteó sin parar, desaguando desinformación como una cañería de retrete rota.

«Estoy aprendiendo autocontrol», pensó Raisa, con los puños prietos ocultos en el regazo. Una habilidad muy valiosa.

La cosa fue empeorando. Una beata del Templo bastante fanática, oriunda de Arden, proclamó que los guerreros Demonai iban a la guerra desnudos.

—Aunque son fabulosamente ricos, los salvajes norteños llevan toda su riqueza en forma de joyas —prosiguió la beata—. Combaten desnudos salvo por los macizos collares y brazaletes de oro que señalan su estatus. Y las aljabas para sus flechas.

—Caramba, eso debe de ser digno de verse —dijo Tourant, sonriendo. Su mirada se posó en Raisa, fría y repugnante como el beso de un demonio—. Morley, ¿usted es mestiza, verdad? ¿Alguna vez ha entrado en batalla desnuda? ¿Cuál es la idea,

distraer al enemigo?

Raisa apartó de su mente una imagen de Reid Nightwalker galopando en cueros entre los árboles.

—Si lo pensáis bien, señor, os daréis cuenta de que no puede ser verdad —dijo Raisa, eligiendo con tiento cada palabra antes de escupirla—. Cualquiera que fuera desnudo por las montañas pasaría frío incluso en verano. En un invierno norteno, moriría congelado.

—Están acostumbrados al frío —terció la beata—. Ni siquiera lo notan.

—Es cierto que estamos acostumbrados al frío —dijo Raisa—. Mucho más que los llaneros. Pero todo tiene un límite. Los clanes son famosos por sus herreros y orfebres, de modo que sí, se ponen joyas. Pero también se visten con cuero, pieles y tejidos —dijo, recordando los grandes telares funcionando sin tregua en los pabellones.

—Hay quien sostiene que a los salvajes les crece un denso pelaje en invierno, como a los lobos —dijo Tourant, como si fuese un asunto a debatir seriamente entre eruditos—. Por eso los llaman Lobos Grises. —Este comentario fue recibido con unas cuantas carcajadas, aunque muchos estudiantes se revolviéron incómodos en sus asientos—. ¿Es verdad, principiante Morley?

—¡No es verdad! —dijo una chica escultural de tez cobriza y con acento de Tamron sin que le hubieran preguntado—. Mi familia trata con mercaderes de los clanes constantemente. El que viene a vernos más menudo es muy educado y va bien vestido; desde luego, no es un salvaje, aunque sabe cómo conseguir lo que quiere.

—Mira por dónde, principiante Haddam —dijo Tourant, guiñándole un ojo—. Se diría que le gusta ese comerciante. Cuando dice que sabe cómo conseguir lo que quiere, ¿a qué se refiere exactamente?

Haddam se sonrojó enojada y abrió la boca para hablar, pero Tourant señaló a otro estudiante que había levantado la mano.

—Gutmark. ¿Usted qué cree?

—Las reinas de los Páramos son brujas —dijo un chico muy serio de Bruinswallow—. Hechizan a sus hombres para que las dejen gobernar.

—Las reinas de los Páramos gobiernan por la misma razón que los reyes de Tamron y Bruinswallow —dijo Raisa—. Linaje, historia, educación y capacidad.

—Hay magia demoníaca en las montañas del norte —dijo otro alumno de las islas Meridionales—. El rey Demonio nació y murió allí, y sus huesos contaminan el reino hasta el día de hoy. La tierra te hace ampollas en los pies y las plantas se marchitan.

—Allí crecen plantas —repuso Raisa—, sólo que no son las mismas que crecen aquí. ¿De dónde piensas que vienen todas vuestras medicinas y perfumes?

—Brujería —dijo la beata ardeniense, estremeciéndose—. Jamás me pondría esos perversos perfumes. Enturbian la mente y conducen a pecados carnales. Cuando me gradúe voy a ser misionera. Me iré a vivir con los salvajes de las montañas y ayudaré a civilizarlos y enseñarles la fe verdadera —dijo.

Raisa intentó imaginarse a aquella chica tan ingenua enfrentada a su padre, Averill Lightfoot, lord Demonai, empeñada en civilizarlo. Su abuela, la Matriarca Elena *Cennestre*, se la comería viva.

—Vaya, pues que tengas suerte —dijo Raisa, poniendo los ojos en blanco. Acto seguido se estremeció cuando una voz retumbó desde el fondo del aula.

—Diplomado Tourant, ¿alguna vez ha estado en los Páramos?

Todo el mundo se volvió para encontrarse con la imponente figura del maestro Askell.

Tourant se sonrojó.

—No, señor, no es la clase de lugar al que yo...

—¿Quién ha estado en los Páramos? —preguntó Askell, paseando la mirada por las filas de asientos—. Que se ponga de pie.

Raisa se levantó. Fue la única.

—¿Nadie más? ¿Ni siquiera una breve visita? —insistió Askell. Todos miraron al suelo—. ¿Alguien tiene amigos, parientes o socios comerciales que sean del norte?

Esta vez Haddam se levantó entre un frufú de telas, fulminando con la mirada a Tourant.

Askell suspiró.

—Pueden sentarse, Morley y Haddam. —Lo hicieron—. Como director de Casa Wien y profesor de Vado de Oden, me gusta pensar que desempeño un papel muy importante en su educación. Pero no es cierto. Lo que hace tan efectivo a Vado de Oden es la diversidad de sus estudiantes, que proceden de todos los rincones de los Siete Reinos.

»Los cadetes espabilados aprovecharán esta oportunidad. Se callarán y escucharán a los expertos que haya entre ellos, a quienes hablen fundamentándose en la experiencia personal. En el futuro, si se vuelven a encontrar en la paz o en la guerra, estarán mejor preparados para llevar a cabo su trabajo. Quienes se basen en la experiencia triunfarán. Quienes abracen mitos, insinuaciones y rumores fracasarán. ¿Lo comprenden?

—¡Sí, señor! —resonó en el aula.

Askell esbozó una sonrisa.

—Prosiga, diplomado Tourant —dijo. Dio media vuelta y salió del aula.

Raisa se volvió a tiempo de captar la mirada ponzoñosa de Tourant. «Bueno —pensó—. Ya tengo un enemigo».

A partir de ese día, el maestro Askell apareció más a menudo en sus clases. Sobre todo en las de exposición oral. Raisa notaba un cambio en la actitud y la conducta de Tourant, y al levantar la vista de sus apuntes se encontraba con el maestro apoyado contra la pared del fondo del aula. Al final de una clase de lengua, lo vio sentado entre los alumnos y se preguntó cuánto tiempo llevaba allí. Solía entrar inadvertido durante un acalorado debate o en medio de un examen oral. Y volvía a marcharse cuando había visto lo que fuera que hubiese ido a ver.

El rendimiento de Raisa en el aspecto físico de su formación como soldado seguía mejorando, pero era consciente de que nunca sería una experta. Era demasiado menuda y ligera para manejar con destreza la mayoría de las armas de los llanos, a pesar de haber fortalecido notablemente su musculatura. Era medianamente competente como arquera y una amazona consumada. Sobresalía en geografía, seguimiento de pistas y supervivencia, gracias a su entrenamiento en los campamentos.

También se le daba bien la economía, otra ventaja de su estancia en los mercados de los clanes.

Le gustaba compartir habitación con Hallie y Talia. A medida que fueron pasando más tiempo juntas, comenzaron a tratarla más como una igual y menos como un objeto frágil.

Hallie parecía una adulta comparada con sus compañeras. Era grandota, vocinglera, fuerte y gregaria, pero callaba y se ponía triste cuando su hija aparecía en la conversación. Tenía un pequeño bosquejo de Asha que sacaba y contemplaba varias veces al día, como si temiera olvidar la cara de su niña. Le enviaba cartas cada semana, y también regalitos, aunque nunca sabía si llegaban a su destino.

Raisa pidió a Hallie que le mostrara el retrato de Asha una noche en que ambas se quedaron estudiando hasta tarde para preparar un examen.

—Es muy guapa —dijo Raisa, contemplando el dibujo de una niña de expresión solemne con enormes ojos azules y un halo de finos cabellos claros—. ¿Quién te hizo el dibujo?

—La hermana del cabo Byrne, Lydia. Él le pidió que lo hiciera cuando me matriculé y me uní a los Lobos.

—Tuvo que ser una decisión difícil. Venir aquí, quiero decir —dijo Raisa.

Hallie se encogió de hombros.

—Estaba en el ejército regular, en las tierras altas, cuando descubrí que estaba embarazada. —Miró a Raisa—. No soy idiota, estaba tomando hierba doncella, pero es difícil ceñirse a un horario cuando estás en el ejército, viajando sin parar.

»Fui a casa para tener a mi hija, pero necesitaba trabajar para mantenerla. Lo único que sé hacer es servir como soldado, pero aborrecía la idea de regresar al ejército porque entonces siempre estaría alejada de ella. Se me ocurrió alistarme en los chaquetas azules pero hoy en día es necesario tener formación. —Titubeó un momento, como decidiendo cuánto quería contar—. Pensé que debía intentar encontrar un señor de la calle competente y unirme a su banda. Sólo que si me pasara algo malo, Asha se quedaría sola. Yo soy el único sostén suyo y de mis padres.

«Estas personas toman decisiones terribles a diario —pensó Raisa—. Y yo que pensaba que la vida de la clase trabajadora era simple».

—Entonces el Orador Jemson del Templo de Puesto del Sur me dijo que había una obra benéfica que se llamaba Misión Rosa Silvestre —prosiguió Hallie—. Dijo que si me admitían podía conseguirme dinero para pagar la matrícula de Casa Wien.

«¡La Misión Rosa Silvestre!» Raisa levantó la cabeza.

—¿En serio? —Impulsivamente, cogió las manos de Hallie—. ¡Oh, qué buena noticia!

Hallie ladeó la cabeza y miró a Raisa entornando los ojos.

—Bueno, sí. De manera que ya te puedes imaginar el resto. Me aceptaron y aquí estoy. Y cada Día del Templo compro una rosa a la florista del puente y la llevo al altar de la princesa Raisa. Y cuando vuelva a casa espero que me asignen a su servicio. Así podré estar con Asha y velar por la seguridad de la dama.

—A lo mejor lo consigues —dijo Raisa, que carraspeó.

—A lo mejor.

Hallie guardó el retrato de Asha.

En clase, Raisa estudiaba estrategias de combate desarrolladas por Gydeon Byrne hacía muchos siglos. Lydia Byrne había diseñado el prototipo de un estoque de dos filos que seguía utilizándose. Dwite Byrne había renovado las funciones de los soldados montados en una época en la que la caballería había caído en desuso.

Raisa y Amon tenían aquello en común: ambos sentían la presión de ser herederos de antiguas dinastías destacadas por sus logros.

Amon era diestro con las armas y sacaba buenas notas en las demás materias, pero no era el más importante, el más fuerte ni el más rico de los cadetes de su clase en Vado de Oden. No se ganaba a sus compañeros invitándolos a cerveza y sidra en la Calle del Puente para luego irse a dormir de madrugada, trastabillando cogidos del brazo.

Irradiaba serenidad, como si supiera quién era y adónde iba. Era un amarradero firme en un mar cambiante. Era sincero y mantenía la palabra, y era implacablemente justo. Hacía que la gente quisiera seguirlo.

«Puedo aprender de él —pensó Raisa—. Yo tiendo a poner nerviosa a la gente, no a calmarla».

Amon seguía entrenándola en el manejo de la vara que le había regalado Dimitri. Había días en que sólo lo veía entonces; se iba de la residencia antes de que ella se levantara de la cama y cuando regresaba, Raisa ya dormía como un tronco. Como comandante de clase, asistía a interminables reuniones y participaba en el gobierno de la escuela. Al menos ése era el cuento. Raisa seguía pensando que evitaba estar a solas con ella.

Sin embargo, a veces levantaba la vista, incluso en el comedor, y encontraba aquellos ojos grises clavados en ella.

—Creía que a este sitio lo llamaban el gran nivelador —le dijo a Amon al cerrar un libro tras una larga jornada. Hacía ocho semanas que había comenzado el trimestre, las ocho semanas más excitantes y agotadoras de su vida.

Amon levantó la vista de su dibujo de ingeniería.

—Y lo es.

—Entonces, ¿por qué el maestro Askell se avino a ponernos a todos en la misma residencia? ¿Y por qué aprobó un plan de estudios especial para mí, si todo el mundo recibe el mismo trato?

—Es el mismo —dijo Amon—, hasta que deja de serlo.

Prosiguió con su tarea hasta que la mirada fulminante de Raisa le obligó a levantar la vista otra vez. Se apoyó en el respaldo y comenzó a hacer girar la pluma entre los dedos. Se había convertido en un hábito.

—El maestro Askell sabe quién eres —dijo—. Se lo conté.

Raisa por poco escupe el té.

—¿Qué? ¿No fuiste tú quien dijo que era tan importante que nadie supiera quién soy?

Amon asintió.

—Cierto. Lo dije. Pero tenía que convencerlo de que teníamos que alojarnos aquí, en Grindell Hall, lo cual va contra las normas. Aunque técnicamente eres una principiante, yo quería que estuvieras con estudiantes de cuarto. —La pluma se cayó al suelo y se agachó para recogerla—. No quería pasarme las noches en vela preguntándome si estabas segura en una residencia de la otra punta del campus. Quería que alguien con autoridad estuviera informado por si algo sale mal.

—¿Confías en él?

—Sí. Confío en él.

Raisa recordó su entrevista con el maestro Askell.

—Por eso me lo hizo pasar tan mal. Esperaba que me pusiera temperamental y exigente.

Amon asintió.

—Exacto. Sólo se avino a concederte lo que querías porque contaba con que suspenderías enseguida. —Sonrió satisfecho de sí mismo—. No te conoce tan bien como yo.

—Ha estado apareciendo por mis clases —dijo Raisa.

—Eso lo hace siempre, pero en especial si tiene dudas sobre un estudiante en concreto. —Amon titubeó antes de seguir hablando—. Taim Askell es el heredero de una noble familia ardeniense. ¿Recuerdas cuando te preguntó si te habías fugado para unirse al ejército? Eso es precisamente lo que hizo él. Se embarcó para cruzar el Indio hasta Carthis y combatió en las guerras de allí, ascendiendo poco a poco desde soldado raso.

»Cuando regresó a los Siete Reinos decidió que necesitaba formación para convertirse en oficial y vino aquí. Mi padre era el comandante de su clase. Askell pensaba que mi padre era un niño con ínfulas, promovido a un cargo que le venía grande. Mi padre pensaba que Askell era un sabelotodo arrogante que debería callar y aprender algo.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Raisa.

—Mi padre nunca me ha explicado nada, pero cuentan que quedaron fuera del campus para resolverlo y que se sacudieron a base de bien. Entonces Askill se calló y aprendió algo, y junto con mi padre escribió un libro sobre las guerras de Carthis que contribuyó a que más adelante Askill consiguiera trabajo aquí. Está en la biblioteca, si quieres echarle un vistazo.

—¿Cómo fue cuando viniste a estudiar aquí con Askill? —preguntó Raisa.

—Un verdadero infierno los dos primeros años —dijo Amon, sonriendo—. Yo también lo veía mucho en mis clases. Pero la cosa terminó en que me nombró comandante de clase.



## Una reunión con la decana

En los días que siguieron a la cena con la decana, Han estuvo tan concentrado en la hechicería que se retrasó en otras asignaturas. Con tanto que aprender, debía establecer prioridades. Tenía especial interés en asimilar hechizos que impidieran que los edificios le cayeran encima.

Como todos ellos eran principiantes, compartía todas las clases con los Bayar y los Mander, lo cual suponía una constante distracción.

A Han la clase de curación le parecía inútil. Los clanes lo habían contratado para matar, no para curar, y las personas a quienes Han le hubiese gustado curar ya habían muerto.

El maestro Leontus era un curandero de mediana edad con la cabeza absolutamente calva. Poseía el don y ponía gran empeño en interesar a sus alumnos en la profesión que había elegido, cosa harto complicada de lograr. En su mayoría, los hechiceros estaban acostumbrados al poder y al privilegio; no eran precisamente bondadosos. Y el pobre Leontus padecía de una honestidad inquebrantable. Era objeto de ofensas despiadadamente sinceras.

—Los sanadores que poseen el don asumen las enfermedades y heridas de sus pacientes. Esto conlleva un considerable dolor, sufrimiento y gasto de poder. — Leontus hizo una pausa y miró por encima de las gafas—. Pero existen estrategias que pueden utilizarse para minimizar los daños en tu cuerpo y recobrar fuerzas tras una sesión de curación. Con el cuidado y la formación adecuados, no hay razón alguna para que un curandero con el don no alcance un tiempo de vida normal.

Mientras Leontus divagaba sobre los sacrificios y recompensas de la profesión de curandero, sus estudiantes soñaban despiertos con otros temas más atractivos o hacían deberes de otras asignaturas. A Han le costaba prestar atención durante las lecciones y las exposiciones orales.

Las lecciones sobre amuletos, talismanes y materiales mágicos las impartía Fulgrim Firesmith, un anciano apergaminado de los clanes. A Han le recordaba los insectos muertos que a veces encontraba por los caminos en verano; marrón, crujiente y reseco.

La creación de objetos mágicos era competencia exclusiva de los clanes y, por consiguiente, quedaba al margen de las aptitudes de los magos. De modo que se trataba más de una clase de historia que de otra cosa: un repaso de artefactos mágicos de un pasado remoto comparados con los que ahora tenían a su disposición. Todo ello no hacía más que avivar la frustración de unos estudiantes ya de por sí contrariados por las limitaciones de las herramientas mágicas modernas.

Las lecciones de Firesmith eran aburridas a morir pero difíciles de ignorar. Firesmith era sordo como una tapia, de modo que gritaba sus lecciones a todo volumen.

Sus enseñanzas partían de un texto antiguo tan frágil que hacía desfilas a los estudiantes para que vieran las amarilleadas ilustraciones a lápiz y tinta para así evitarse el riesgo de levantarlo del atril.

Han tenía una urgencia desmedida, un impaciente deseo de concentrarse en materias que tuvieran aplicación inmediata. Ya tenía un poderoso amuleto. Quería saber más acerca de los hechizos y maldiciones que le capacitarían para utilizarlo. Hubiese preferido tener el doble de clases de hechicería y olvidarse de lo demás.

Y no porque le encantara la idea de pasar más tiempo con Gryphon.

Sus pensamientos lo llevaban una y otra vez a Cuervo y su oferta de tutoría. Aprender hechicería con Cuervo le resultaba más apetecible que soportar a Gryphon. Suponiendo que Cuervo fuese de fiar.

Bailarín, no obstante, parecía fascinado con Firesmith y sus viejos libros polvorientos. Tomaba apuntes con ahínco y hacía preguntas minuciosas sobre la teoría y el oficio hasta que Fiona ponía los ojos en blanco y reprimía bostezos con la mano.

—¿De verdad te interesa todo eso? —preguntó Han a Bailarín mientras cruzaban el patio a mediodía. Volvía a llover, del cielo plomizo caía un aguacero frío y deprimente. Un viento que helaba los huesos lanzaba gotas como agujas de hielo contra sus rostros—. A mí me cuesta no dormirme. Hay muchas cosas que aprender y eso no sirve para nada práctico.

—Pues a mí me interesa —dijo Bailarín, arrastrando los pies entre las hojas empapadas—. ¿Te acuerdas? Antes de que todo esto comenzara, yo quería estar de aprendiz con Elena *Cennestre* para ser orfebre y hacer talismanes.

—Ya lo sé. —Han se volvió para mirar a una chica guapa que chapoteaba por el patio, riendo con las faldas arremangadas, mostrando un hermoso par de piernas. La chica se metió en una galería y desapareció. Se volvió de nuevo hacia Bailarín—. ¿Alguna vez has hecho un objeto mágico?

Bailarín asintió.

—Cuando era más joven. Piezas sencillas, pero al parecer funcionaban.

—Pero..., ahora eres hechicero —señaló Han—. Y los magos no pueden...

—Sigo siendo de los clanes —dijo Bailarín, levantando la barbilla—. Me trae sin cuidado lo que digan los Demonai. No he renunciado a mi vocación.

—Pero ¿cómo aprenderás a trabajar con materiales mágicos? —preguntó Han—. Elena no te enseñará, por más que tengas el don de forjar talismanes.

—Firesmith dice que la biblioteca de aquí tiene la mejor colección de textos sobre materiales mágicos de los Siete Reinos —dijo Bailarín.

Subieron la escalinata del comedor y se cobijaron en el porche. Bailarín sacudió la cabeza, lanzando agua en todas direcciones, y luego se apartó de la puerta para que

no le oyeran los demás estudiantes que entraban en tropel.

—Pero los artesanos de los clanes aprenden colocándose de aprendices —dijo Han—. Firesmith tampoco te enseñará, si sabe lo que te propones.

—No quiere saber lo que me propongo —dijo Bailarín—. Está entusiasmado con tener un alumno que demuestra verdadero interés. Me he inscrito en un proyecto especial con él para el próximo trimestre. —Se metió las manos en los bolsillos y enfiló hacia la entrada—. Aprenderé por mi cuenta si es preciso.

«Bailarín tiene una espina clavada que más vale pasar por alto —pensó Han—. Elige sus batallas y juega para ganar».

Justo en ese momento una chica del templo de tez morena los vio. Se apartó del corro de estudiantes del Templo y cruzó el porche hacia ellos.

Era *Gata Tyburn*; aunque Han no la habría reconocido si no hubiese abierto la boca. Su melena de rizos hirsutos había sido domeñada y recogida en una trenza que le caía sobre el hombro izquierdo. Vestía pantalones blancos y una túnica larga, también blanca, con dos cortes en los lados para facilitar los movimientos. Han no la había visto nunca tan limpia, salvo por el cinturón de cuero manchado que se había abrochado encima de todo para sujetar su puñal. Todavía llevaba aros de plata en las orejas, la nariz y los dedos. Entre eso, las cicatrices de arma blanca y las marcas de ladrona en las manos, constituía un inusual maridaje de lo sagrado y lo profano.

Llevaban dos semanas sin verla, aunque no porque no lo hubiesen intentado. Varias veces habían visitado la residencia del Templo pero les habían dicho que no podía atenderlos. Y ella tampoco había ido a verlos.

Han no daba crédito a sus ojos.

—Gata, estás..., yo..., creo que nunca... ¿Qué te ha pasado?

—Me metieron en una bañera y, mientras me estaba lavando, me robaron la ropa y me encasquetaron esto. —Dio un tirón al dobladillo de la túnica—. Me dijeron que tenía que estar aislada..., escondida en la Escuela del Templo durante dos semanas y pensar sobre mi vocación. —Hizo una mueca—. No tardé tanto.

No me sobran las opciones, que digamos.

Mientras hacían cola en el comedor, Gata prosiguió con su letanía de quejas.

—El sol aún no ha salido cuando las campanas se ponen a tocar y tenemos que saltar de la cama para ir a la meditación matutina. Luego todo son campanas, campanas, campanas y clases, clases, clases todo el día. Cuatro horas. Lectura, escritura y matemáticas. —Cogió dos manzanas y una naranja y se las metió en el macuto—. Después de comer es mejor. Hay clase de música, baile y dibujo.

Tras servirse sopa en los cuencos, se sentaron a una mesa larga.

Gata usó su puñal para trocear la hogaza de pan moreno que había en medio de la mesa.

—Me gustaba más la escuela de Puente del Sur. Sólo tenías que ir cuando te apetecía.

—¿Te apetecía a menudo? —preguntó Bailarín, mojando pan en su cuenco.

—Iba casi todos los meses —dijo Gata, untando un montón de mantequilla en su pedazo de pan.

—Quieres decir que ibas una vez al mes, el día que repartían pan de canela —puntualizó Han, ganándose una mueca de Gata.

—Tú llevas años sin ir —repuso Gata—. No has puesto un pie desde que eres señor de la calle.

Bueno. Había estado allí en una ocasión. Mac Gillen y sus casacas azules le habían dado una paliza tremenda y fue a pedir refugio al Orador Jemson en el Templo. El cabo Byrne quiso llevárselo preso y Han tomó a Rebecca Morley como rehén. Parecía que todo eso hubiese sucedido en otra vida.

—Yo tampoco estoy acostumbrado a estar sentado en un aula —dijo Bailarín—. En los campamentos te enseñan como aprendiz: un profesor, un alumno.

—¿Pues por qué viniste? —preguntó Gata, sin apartar los ojos de su cuenco—. No he visto a ningún otro cabezacobriza por aquí.

—Aquí no enseñan profesiones de los clanes —dijo Bailarín—. No tendría sentido.

Gata se encogió de hombros.

—Según cuentan, os pasáis todo el tiempo robando bebés, convirtiendo animales en monstruos y haciendo venenos y talismanes para brujos. —Lamió la mantequilla de su pedazo de pan—. No me extraña que a la gente no le guste que bajéis a los llanos.

—Cierra el pico, Gata —gruñó Han—. No hables de cosas que no sabes.

—Los clanes tienen el don de los materiales mágicos, la curación y la magia terrena —dijo Bailarín a Gata—. La gran magia, la que usan los magos, no es competencia de los clanes. Por eso he tenido que venir aquí —explicó sin alterarse lo más mínimo, como si las pullas e insultos de Gata le resbalaran.

—Hay gente que dice que los isleños del Sur deberían quedarse en sus islas —dijo Han, sintiendo la necesidad de dar la cara por Bailarín dado que éste no iba a hacerlo por sí mismo—. Todos tenemos que sacar el mayor provecho. Tiene que haber algo que te guste en la Escuela del Templo.

Gata se comió una uña.

—Me gusta la música —admitió a regañadientes—. Hay todo lo que quieras. *Basilkas*, flautas, arpas y clavicémbalos. Coros de canto. Recitales sin parar. La maestra Johanna me dio otra *basilka*, dijo que podía quedármela mientras esté en la escuela. También dijo que tienen maestros que pueden darme lecciones de cualquier otro instrumento. Que yo elija. —Se metió un puñado de uvas en la boca—. No para de darme la lata para que dé recitales. Tocar delante de gente. No sé si lo quiero hacer.

«Esa maestra Johanna es lista —pensó Han—, si ya se ha dado cuenta de que la mejor manera de ganarse a Gata es mediante la música».

—Te han aceptado y mira hasta dónde has llegado —dijo Bailarín—. Deberías

aprovecharlo. Me encantaría oírte tocar.

Gata se movió nerviosamente, retorciendo un mechón de pelo con el índice y el pulgar.

—Es que no sé hasta cuándo voy a estar aquí. No tiene sentido enredarse con algo que no va a durar. La gente comienza a creer que es dueña de un trozo de ti.

Han puso su servilleta en la mesa.

—Tampoco es que tengas que irte corriendo a ninguna otra parte, ¿verdad? Por eso estamos todos aquí. En casa no tenemos nada ni a nadie.

—No tienes ni idea de quién soy ni de por qué estoy aquí —dijo Gata. Se levantó y salió hecha una furia del comedor.

—Eso es bien cierto —dijo Han, mirando cómo se alejaba, meneando la cabeza. Se volvió hacia Bailarín—. No tienes por qué aguantar que se meta de esta manera con los clanes, ¿sabes?

—No pasa nada. He oído cosas peores en el Valle. —Bailarín apartó su cuenco—. ¿Te vienes conmigo a la biblioteca?

Han negó con la cabeza.

—Luego. Después de cenar, a lo mejor. Ahora iré a Hampton a soltar los libros y luego tengo que ir a ver a Abelard. —Puso los ojos en blanco—. Y no es que me muera de ganas, ya sabes.

Han cruzó el patio hasta Hampton Hall. La residencia parecía desierta; todos los estudiantes estaban comiendo o en clase. Subió de dos en dos la escalera hasta el piso de arriba. Al llegar al rellano, notó un olor apestoso. Excrementos. Tapándose la cara con la manga, miró hacia ambos lados del pasillo. La puerta de su habitación estaba abierta. Sacó el puñal y caminó de puntillas por el pasillo, sujetando con fuerza el amuleto con la otra mano. Manteniendo el cuerpo ladeado, asomó la cabeza por el marco de la puerta para ver la habitación.

Estaba totalmente destrozada. Habían sacado la ropa del baúl y la habían hecho jirones, habían tirado los libros de los estantes y estaban hechos trizas, la lámpara estrellada contra el suelo con el aceite empapando el entarimado. Habían arrancado la ropa de la cama, que también estaba rota y esparcida. Y al parecer habían vaciado varios orinales llenos a rebosar encima de todo ello.

Se puso hecho una furia.

Los hechizos protectores no habían servido de nada en absoluto. Y sabía con toda exactitud quién era el responsable. Alguien que sabía que Han estaría en el comedor. Alguien que Han no recordaba haber visto allí.

Le acudieron a la mente las palabras de Micah: «Sé dónde vives, Alister, y dispongo de mucho tiempo».

Dio media vuelta, corrió hasta el rellano y se abalanzó escaleras abajo camino de la habitación de Micah Bayar en el segundo piso. En el segundo escalón tropezó y salió volando, rodando por las escaleras, chocando contra la pared del tercer rellano de tal modo que rebotó y siguió cayendo por el siguiente tramo.

Han podría haber muerto, pero sabía cómo reaccionar en una caída. Rebotó un par de veces durante el descenso, cosa que lo ralentizó un poco, y se las arregló para taparse la cabeza con los brazos antes de aterrizar dolorosamente sobre el hombro derecho en el segundo rellano, con la cabeza colgando en el primer escalón. Faltó poco para que siguiera rodando por el tramo final. El puñal le salió despedido de la mano y fue a caer con un sonido metálico a los pies de la escalera.

Perdió el conocimiento un instante. Cuando volvió en sí, estaba aturdido y unas manchas negras flotaban ante sus ojos. Tenía el brazo derecho entumecido y un dolor atroz en el hombro. La sangre le goteaba en los ojos de una brecha abierta en la frente.

Han oyó unos pasos que se acercaban, pero, por el momento, no se podía mover.

—¿Está muerto? —preguntó alguien con voz temblorosa de miedo y excitación—. Tiene que estarlo. No me imaginaba..., ha sido un trompazo increíble.

Han reconoció la voz. El Mander delgado..., Arkeda.

—Larguémonos antes de que venga alguien.

Alguien se agachó encima de él y le palpó el cuello. El Mander gordo..., Miphis.

—No lo toques —dijo entre dientes una tercera persona en la lengua de los Páramos—. Dale la vuelta y levántalo por la cadena.

Inequívocamente, era Micah Bayar.

Las manchas desaparecieron y Han vio un par de botas de lujo junto a su cabeza. Agarró la espinilla del que lo estaba palpando y le dio un buen tirón. Miphis chilló y se cayó por el último tramo de escaleras, aterrizando con un golpe sordo contra el suelo de piedra de abajo.

Han gritó como un loco, acurrucándose para proteger su amuleto. Oyó maldiciones, pasos presurosos, portazos, a Blevins berreando preguntas que sonaban cada vez más alto a medida que se aproximaba hasta que se arrodilló al lado de Han, chillándole al oído.

—Por los huesos del demonio, chico, ¿qué te ha pasado?

Han escupió sangre que le manaba de la lengua mordida, junto con un trozo de diente. Se puso de lado y se incorporó, sujetándose el codo derecho con la mano izquierda para mantener el brazo contra el cuerpo.

Volvió a ver manchas oscuras cuando el peso del brazo tiró de la clavícula. Apoyándose contra la barandilla con los labios ensangrentados, Han dijo:

—Me he caído por la escalera.

—Cuántas veces os he dicho que no corráis por esta escalera —dijo Blevins—. Hay peldaños con tablas sueltas y todos son de alturas distintas. Has tenido suerte de no romperte el cuello.

«Ya —pensó Han—. Soy un tipo con suerte». Levantó la vista hacia el tercer piso y la paseó hasta el primero, aunque mover la cabeza le hacía daño. No había nadie a la vista excepto Blevins y él mismo. Así que Miphis se las había arreglado para levantarse y marcharse por su propio pie.

—¿Ha visto a alguien más en la escalera?

Blevins negó con la cabeza.

—No. ¿Por qué?

El prefecto secó la frente de Han con un pañuelo mugriento.

—Alguien ha puesto mi cuarto patas arriba. Estaba... viniendo a decírselo.

Blevins se puso colorado.

—A vuestra edad ya tendríais que saber que gastar bromas sólo trae quebraderos de cabeza, ¿me oyes? Tenéis que arreglar estas cosas entre vosotros.

El mensaje estaba claro: no cuentes con que yo intervenga. Tampoco era que Han lo quisiera ni que contara con ello. Estaba acostumbrado a librar sus propias batallas.

«Esto es más que una broma —pensó Han—. Y encontraré la manera de ponerle fin. Tengo que hacerlo si quiero sobrevivir».

—¿Puede ir a buscar mi navaja? —pidió Han—. Me parece que está abajo. La he soltado al caer.

El prefecto bajó el tramo de escalera y al cabo de un momento regresó con el puñal de Han. Lo metió en la vaina y se puso de pie, sin dejar de apoyarse contra la barandilla.

—¿Tienes algo roto? —preguntó Blevins.

—La clavícula, quizá —masculló Han, a causa del dolor.

Blevins agarró el codo izquierdo de Han como si pensara que se iba a caer.

—Pues entonces hay que llevarte a que te vea un curandero.

—Un momento. Quiero echar un vistazo. Ver si hay una tabla suelta o qué.

Pese a las quejas de Blevins, Han subió penosamente la escalera, apretando los dientes por el daño que le hacían el hombro y el brazo.

Ajá. Habían tendido un cordel grueso a la altura de las rodillas de un lado a otro de la escalera, justo debajo del rellano del cuarto piso, donde alguien que fuera con prisa no lo vería. Desfundó el puñal, lo cortó y se lo metió en el bolsillo antes de regresar junto a Blevins.

—Lo que pensaba —dijo Han—. Una tabla suelta.

Por suerte, el maestro Leontus estaba en su consulta. No se parecía en nada a ninguna otra consulta que Han hubiese visto hasta entonces. Ni rastro de los manojos de hierbas y los tarros de unguento que Willo tenía siempre la mano. Nada de utensilios para extraer esencias de plantas. Ningún paciente convaleciente en los cuartos de atrás. Todo estaba limpio y ordenado, despejado y vacío, excepto una estantería con libros sobre hechizos curadores. Peculiar.

El mago curandero diagnosticó una clavícula rota, la barbilla fracturada, una brecha en la cabeza y varios golpes y magulladuras.

Blevins se fue a informar a la decana Abelard de que Han Alister estaba con Leontus y que por lo tanto no podría asistir a la cita.

Al menos había sacado algo bueno de ello. Como decían a propósito de la fiebre veraniega, tal vez matase a tus amigos y a tu familia, pero seguro que también

mataría a algunos de tus enemigos.

Sin embargo, Abelard le mandó recado de que quería verlo igualmente, en cuanto le hubieran curado las heridas.

Han se tumbó en una mesa para que el diplomado de Leontus pudiera limpiarle la sangre del pelo y lavarle la herida de la frente. Había sangrado profusamente, pero otras veces había sido peor. Una cicatriz más que añadir a su colección.

Los aristócratas de Fellsmarch contrataban a magos sanadores, pero jamás ponían un pie en el Mercado de los Harapos. Ser curado por arte de magia era un asunto muy peculiar. Leontus impuso las manos en la clavícula de Han y un frío flujo de magia pareció absorber el dolor. Han se fue sintiendo mejor mientras que Leontus cada vez presentaba peor aspecto. El mago hizo una pausa cuando Han supuso que estaban empatados.

—¿Cómo te encuentras, muchacho? —preguntó Leontus, procurando ser afectuoso. Había perdido color, tenía los ojos turbios y la piel perlada de sudor—. Quizá no estés del todo bien, pero...

—Ha hecho un trabajo increíble, gracias. —Han no se atrevió a pedirle más—. Estoy convencido de que acabaré de curarme por mi cuenta.

—Pongamos ese brazo en cabestrillo durante unos días; evita presiones sobre el hueso que se está soldando —dijo Leontus.

Mientras el curandero le ponía el cabestrillo, Han preguntó:

—¿Alguna vez utiliza remedios hechos de hierbas o plantas? Parece que ayudan a aliviar parte del...

Dejó de hablar al ver que Leontus torcía la boca con desdén.

—Si te refieres a los remedios de los cabezacobriza, son peligrosos y aún no se ha demostrado que den resultado —dijo Leontus muy serio—. No tienen cabida en la curación legítima.

Vaya. Han tenía un poco de corteza de sauce en su cuarto que utilizaba para aliviar el dolor. Al menos, solía hacerlo. Imposible saber dónde estaría ahora ni si sería seguro usarla.

—¿Un mago puede curarse a sí mismo? —preguntó Han. Eso sería muy práctico tal como estaban yendo las cosas. Quizá mereciera la pena prestar más atención a las lecciones de Leontus.

Leontus negó con la cabeza.

—No —dijo bruscamente—. Entonces no serían muy necesarios los sanadores, ¿no crees? Mira, echa un vistazo al espejo y a ver qué te parece.

Leontus giró un espejo de sobremesa para que Han pudiera verse la cara. Tenía un labio hinchado y el ojo derecho morado, tan inflamado que apenas se veía. La mejilla estaba llena de magulladuras pero habían desaparecido los cortes. Daba la impresión de que se curaría sin que le quedaran señales. Han se pasó la lengua por dentro de la boca y encontró el diente roto. Al menos no era un incisivo, cosa que sería de agradecer si alguna vez volvía a sonreír.



—Por la mañana estarás entumecido y dolorido —dijo Leontus—. Tienes que reposar y volver a cargarte de magia. —Acarició con el dorso de la mano la mejilla sana de Han—. Estás agotado. Es bastante frecuente. La magia del paciente contribuye a la curación.

El sol invernal ya se había puesto cuando cruzó renqueando el patio hacia Casa Mystwerk para acudir a su cita con Abelard. Los estudiantes se apiñaban en pequeños grupos entre los edificios, tiritando a causa de un viento cortante.

Haciendo caso omiso del dolor de cabeza, músculos y articulaciones, Han irguió la espalda, levantó el mentón e intentó hacer un buen papel por si alguien lo estaba observando. Pero en realidad se sentía como una vasija vacía, frágil y vulnerable. Realmente asustado.

Si se hubiese matado al caer, lo habrían achacado a un accidente. Había sido poco cuidadoso, y eso no se lo podía permitir. Existía un sinfín de otras muertes accidentales posibles. Bastaba con que Bayar y sus primos tuvieran suerte una única vez. Si no hallaba el modo de defenderse, sería un año muy largo.

O muy corto.

Las dependencias de Abelard eran suntuosas, un conjunto de habitaciones en el piso más alto de Casa Mystwerk, con vistas al río. El diplomado de la antesala entró a anunciar a Han y luego le hizo pasar al despacho.

La decana estaba sentada detrás de un escritorio enorme, hojeando un montón de papeles. En la pared que tenía detrás colgaba un estandarte con la divisa de un libro abierto de cuyas páginas brotaban llamas. Gruesas alfombras de We'enhaven cubrían el lustroso entarimado del suelo, reduciendo cualquier sonido a un susurro.

La decana dejó que Han aguardara un rato de pie antes de levantar la vista.

Sus ojos se abrieron como platos cuando vio el rostro del muchacho.

—Por la sangre del demonio, Alister, ¿qué le ha sucedido?

—Me he caído por la escalera —dijo Han—. ¿No os lo ha explicado el prefecto Blevins?

—¿En serio? —Se inclinó hacia delante y las mangas se amontonaron en la superficie del escritorio—. ¿Le importaría contármelo con más detalle?

—Las escaleras de Hampton son peligrosas —dijo Han, sentándose en la única silla libre sin aguardar a ser invitado—. Basta con dar un paso en falso.

Abelard lo miró de hito en hito un rato más.

—No es de los que se quejan, ¿verdad, Alister? Y sabe guardar un secreto. Eso está muy bien. —La decana apartó los papeles, tomándose su tiempo. Luego dijo—: He estado revisando su origen, tal como prometí. Y, según parece, lo que me contó es verdad, si bien incompleto. En efecto, procede del Mercado de los Harapos. De hecho, es un criminal: un ladrón y un asesino. La reina de los Páramos ha puesto precio a su cabeza por haber intentado matar al Gran Mago.

Han se limitó a sostenerle la mirada con firmeza. «Seguro que no soy el primer asesino matriculado en Casa Mystwerk —pensó—. Seguramente los asesinos gozan

de un reconocimiento especial».

Abelard se inclinó de nuevo y bajó la voz.

—¿De verdad intentó matar a Gavan Bayar?

—Se lo tenía merecido —dijo Han, sabiendo que de todos modos la decana ya se había formado una opinión sobre él.

Abelard se recostó, apoyando los pulpejos de las manos en el escritorio.

—Salta a la vista que no es estúpido, de ahí que me pregunte por qué corrió semejante riesgo.

—O él o yo —dijo Han—. La próxima vez apuntaré mejor.

Inesperadamente, la decana se echó a reír.

—No tiene ningún remordimiento. Me gusta.

«No soy yo quien debería lamentarlo», pensó Han.

La decana permaneció sentada en silencio, mirándolo otro buen rato.

—Bien, pues —dijo Han, corriéndose al borde de la silla—. Ya tenéis todas las pruebas contra mí. ¿Eso es todo? La curación me ha dejado agotado y me gustaría ir a tumbarme un rato.

Abelard levantó las dos manos indicándole que se quedara sentado.

—No tan deprisa —dijo—. Tengo algo que comentar con usted; una oportunidad.

—¿Oportunidad? —Han se recostó en la silla—. ¿A qué os referís?

—La situación política en los Páramos se está volviendo insostenible —dijo Abelard—. La tregua entre la dinastía Lobo Gris, los salvajes y el Consejo de Magos se está disolviendo. Los magos somos prisioneros de restricciones de otra época, fundamentadas en una tragedia que seguramente nunca tuvo lugar.

—El Quebrantamiento, queréis decir.

Abelard asintió.

—Las limitaciones sobre la magia y las armas mágicas, las limitaciones políticas impuestas a los magos, nos hacen débiles; demasiado débiles para defendernos. Muchos de nosotros consideramos que las guerras de Arden se extenderán al resto de los Siete Reinos. Aquí, en Vado de Oden, somos especialmente vulnerables, pues no hay ninguna cadena montañosa que nos proteja.

—Algo he oído —dijo Han, preguntándose por qué la poderosa decana de Casa Mystwerk le estaba largando semejante discurso a un tipo como él.

—Hay que obligar al pueblo del Valle y a los cabezacobriza a entrar en razón. En un futuro próximo habrá necesidad de magos con sus habilidades particulares —dijo Abelard.

—¿Mis habilidades particulares?

Abelard juntó las yemas de los dedos.

—Que estén dispuestos a derramar sangre cuando sea necesario. Que tengan..., experiencia en ese tipo de actividad.

Han carraspeó, pensando que no lo había entendido bien.

—¿Estáis buscando a un asesino?

—Necesito a alguien lo bastante flexible como para hacer lo que sea necesario. — Abelard se levantó y fue hasta las ventanas para asomarse al patio interior de Mystwerk—. Creo que está usted excepcionalmente capacitado; es brillante, fuerte y carece por completo de escrúpulos.

«Hay momentos oscuros —pensó Han— en los que todo el mundo sale al mercado a comprar asesinos».

Abelard se volvió hacia Han que, sin duda; entrevió renuencia en su rostro. Abelard pasó a un tratamiento más informal.

—No te preocupes. Serás bien recompensado, y nadie osará atacarte abiertamente mientras estés bajo mi protección. Tengo intención de regresar a los Páramos antes de que termine este año. Si demuestras que eres capaz, te llevaré conmigo. —Hizo una pausa y, al cabo, agregó con delicadeza—: Confío en que tu apego por ese mestizo cabezacobrizo no resulte ser un problema.

«Para mí no —pensó Han—. No pienso comprometerme contigo».

—He abandonado la vida de la calle —dijo Han—. Como bien sabréis, entre las clases, la lectura y el estudio apenas tengo tiempo para nada más. Y no me interesa la política.

—Eso está bien —dijo Abelard—. Así harás lo que se te diga. —Hizo una pausa y, al ver que Han no respondía, prosiguió—: Vamos, hombre. No voy a enviarte por ahí con una lista de personas para que las mates. Comenzaremos con un poco de formación especial. Trabajo con un grupo selecto de estudiantes con talento. Me gustaría que te unieras a nosotros.

Han se irguió y apoyó las manos en las rodillas. Aquél debía de ser el grupo que había mencionado Mordra DeVilliers.

—¿Qué queréis decir con lo de que trabajáis con ellos? —preguntó.

—Les proporciono instrucción que no figura en el programa de estudios y les doy a conocer poderosas herramientas mágicas. Serán el núcleo de nuestro ejército de magos y desempeñarán un papel decisivo en la lucha que se avecina.

—¿Quién más está en ese grupo? —preguntó Han.

—Casi todos son de cuarto grado, diplomados y maestros —dijo Abelard, apartando la vista—. Se trata de una oportunidad única para un principiante.

—¿Hay otros principiantes? —insistió Han.

Abelard suspiró exasperada.

—Los gemelos Bayar —contestó.

—Pues entonces no hay trato —dijo Han, levantando las manos—. Gracias de todos modos.

Abelard meneó la cabeza.

—Escúchame bien. La política entre magos es complicada. Tenemos algunos objetivos comunes: derrotar a los clanes y protegernos de los fanáticos del sur. Por consiguiente, necesitamos un ejército bien entrenado de soldados que posean el don. Pero no vamos a una cuando se trata de otros asuntos, como quién debe ser el Gran

Mago, quién preside el consejo y quién controla a la reina.

—Como os he dicho, no me interesa la política —dijo Han.

—Deberías saber que el Gran Mago y yo no somos aliados. Somos rivales, en realidad. Los Bayar han ejercido demasiado poder durante demasiado tiempo. Mi intención es derrocarlos.

Han levantó la cabeza y la miró fijamente. ¿Una lucha por el territorio entre magos aristócratas?

La decana sonrió sin separar los labios.

—No te sorprendas tanto. Me informarás directamente a mí. Y yo no carezco de influencia. Si nuestro arreglo da resultado, puedo ofrecerte cierta protección cuando regresamos a los Páramos. Me figuro que te gustaría regresar a tu tierra, ¿verdad?

—¿Por qué impartís clases especiales a Micah y Fiona Bayar si estáis enfrentada con su padre? —preguntó Han.

—La respuesta sencilla es que el Gran Mago insistió. Lo más probable es que estén aquí para vigilarme. —La decana torció los labios—. La respuesta más compleja es que necesitamos gran cantidad de magos bien formados para hacer frente a las amenazas de los clanes y de Arden. O sea que quizás haga algo contrario a mis propios intereses a corto plazo en aras de un mayor beneficio.

—Un mayor beneficio para los magos, queréis decir —dijo Han.

—Entre los que te cuentas tú, me parece —dijo Abelard secamente—. A largo plazo, necesito a alguien sin un plan propio que en caso necesario sea capaz de liquidar a adversarios que posean el don.

Han se levantó bruscamente de la silla y se sintió un tanto mareado.

—No, gracias.

Abelard echó la cabeza para atrás y miró a Han por encima de la punta de la nariz.

—¿Acaso piensas que tienes alternativa? —dijo en voz baja.

Han ya iba camino de la puerta, pero dio media vuelta para encararse con ella.

—Siempre hay una alternativa.

—Puedes cooperar conmigo, aprender cuanto puedas y actuar bajo mis órdenes, o ser expulsado de Casa Mystwerk y enviado de vuelta a los Páramos para que te ahorquen.

—¿Expulsado? —espetó Han, a quien se le secó la boca de golpe—. ¿Por qué motivo?

—Para empezar, de haber sabido que albergábamos a un criminal en busca y captura, no te habríamos admitido.

Caramba. Eso sí que era una alternativa..., entre dos opciones repugnantes.

—¿Por qué estáis tan interesada en mí? —preguntó Han—. ¿Por qué ibais a querer enrolar a alguien en vuestra tropa contra su voluntad?

—Porque es harto improbable que trabajes para Gavan Bayar —dijo Abelard—. O que llegues a hacerlo. Nunca te perdonará que intentaras matarlo. Jamás. Más te

vale confiar en que venza yo.

«Que seas la enemiga de mi enemigo no te convierte en mi amiga», pensó Han. Aunque se abstuvo de decirlo en voz alta.

—A pesar de tu educación, tu manera de hablar y tu historia, hay en ti algo casi aristocrático —dijo la decana—. Quizá sólo sea arrogancia, pero creo que podrías aprender a manejarte en la corte, con un poco de formación. No necesito un matón callejero. Lo que necesito es alguien que sepa moverse en esos círculos.

«También quiere una herramienta —pensó Han—. Alguien que nunca será aceptado por sus amigos de sangre azul, alguien que tenga que depender de sus dádivas para sobrevivir».

Observó a Abelard, pensando deprisa. Él nunca había sido de los que hacen planes a largo plazo, y últimamente su vida había consistido mayormente en ganar tiempo. Necesitaba pasar una temporada en Vado de Oden para desarrollar sus aptitudes de mago y estar protegido de sus numerosos enemigos.

Las clases adicionales tampoco le harían ningún daño. Abelard podía proporcionarle todo aquello, al menos hasta que descubriera que se estaba aprovechando de ella. Cuando eso ocurriera, dispondría de mejores armas para defenderse.

«¿Cuántas veces puedo prestar mis servicios antes de que los cabecillas de mis bandas se den cuenta?»

—De acuerdo —dijo Han, encogiéndose de hombros—. Me apunto.

La decana Abelard sonrió.

—Sabía que eras un chico listo —dijo.

—Con una condición.

Abelard enarcó sus depiladas cejas, reflejando asombro.

—¿Cuál es?

Han quería dejar clara su postura con los Bayar. Tenía que evitar futuras represalias.

—Los gemelos Bayar y sus primos me han estado persiguiendo por lo que le hice a su padre —dijo Han. Se tocó el mentón inflamado—. Esta tarde han intentado matarme. Tengo poca paciencia. Necesito que ponga fin a esto. A no ser que quiera que los liquide ahora mismo, cosa que haré si es preciso.

Abelard levantó ambas manos.

—No. Ni hablar. Sería del todo imposible que te llevara conmigo a la corte si alguien llega a relacionar su muerte contigo.

«Bueno, tienes sangre fría», pensó Han.

—Les dejaré bien claro que estás bajo mi protección —dijo Abelard—. No volverán a jugártela.

—Bien. —Han se rascó el cogote—. Pero aguardad hasta que vengan a quejarse de mí, ¿de acuerdo?

Abelard frunció el ceño.

—¿Qué motivo podrían tener para...?

—Antes tengo que darles una lección —dijo Han. Cuando Abelard abrió la boca para protestar, agregó—: No os preocupéis. Sobrevivirán. Y lo haré de tal forma que nadie podrá implicarme.

Entrelazando los dedos sobre el vientre, la decana lo miró de arriba abajo.

—Que no te descubran. Si eso ocurre, estás solo.

Han sonrió.

—Descuidad. —Se levantó—. ¿Algo más?

—Me reúno con mi grupo los miércoles. Aquí, en mi despacho —dijo Abelard—. Ven a las siete.

## En la Torre de Mystwerk

Cuando Han regresó a Hampton, Bailarín fue a su encuentro en lo alto de la escalera.

—Malas noticias. Mientras estabas fuera, alguien ha puesto patas arriba tu... ¿Qué te ha ocurrido? —inquirió, al ver mejor el rostro de Han—. ¿Es que te ha pegado o qué?

Han pestañeó con un solo ojo, sin comprenderle.

—¿Si me ha pegado quién?

—La decana Abelard. Vienes de verla, ¿no?

Han asintió.

—Vengo de verla, pero no me ha pegado. Me he caído rodando por la escalera. He tenido que ir a ver a Leontus.

—¿Qué? ¿Cómo has...?

Han le pasó el trozo de cordel a Bailarín.

—Los mismos que hicieron ese estropicio en mi habitación dejaron esto atado de un lado a otro de la escalera.

El rostro de Bailarín se endureció como el ámbar.

—¿Está enterado el prefecto Blevins?

—Sabe que me he caído por la escalera. Estaban intentando quitarme el amuleto cuando él llegó corriendo. De no haber sido así, ahora estaría muerto.

—¿Quiénes eran?

—Micah y sus primos. Salieron pitando cuando vino Blevins.

Se balanceó y agarró el poste de arranque de la escalera para mantenerse erguido. La caminata de regreso casi había acabado con él. Bailarín le tendió la mano para que no perdiera el equilibrio.

—Ven y siéntate antes de que te caigas por la escalera otra vez.

Han siguió a Bailarín por el pasillo hasta su habitación. La cama estaba deshecha, las sábanas apiladas en el pasillo y los jirones de tela, barridos.

—He pensado que mejor me ponía a arreglar esto. —Bailarín le señaló una silla—. Siéntate.

Han se sentía mal dejando que Bailarín hiciera todo el trabajo, pero no le quedaban fuerzas para discutir.

—Esto no volverá a suceder —dijo—. Lo digo para que lo sepas.

—Ya —dijo Bailarín escéptico, sacando una brazada de ropa destrozada de Han al pasillo—. ¿Acaso piensas que Blevins...?

—Blevins no moverá un dedo. Además, no está a cargo de todo el campus. —La ciudad universitaria que había creído tan segura ahora parecía un lugar peligroso—.

Tengo que hacerlo yo.

—Nosotros, querrás decir. —Como Han no contestó, Bailarín agregó—: ¿Qué tienes planeado? Tus hechizos protectores no han dado resultado, y no podemos quedarnos aquí día y noche.

—Voy a reunirme con Cuervo en el Aediion. Mañana por la noche. A ver qué se cuenta.

—Me parece que esa caída te ha reblandecido la sesera —dijo Bailarín, extendiendo sábanas limpias sobre un nuevo colchón de paja.

—No tengo elección. A mí no me achanta Bayar. Necesita que le den una buena paliza y pienso dársela yo.

—Ya no estás en el Mercado de los Harapos —dijo Bailarín—. Esto no es una guerra entre bandas.

—Eso es lo que tú crees.

Han movió los dedos de su brazo cautivo.

—Recuerda lo que ocurrió la última vez que fuiste al Aediion. Si te caes por la escalera, al menos habrá alguien cerca que te pueda ayudar.

—Nadie puede ayudarme si estoy muerto —dijo Han, palpándose el ojo hinchado.

—Si vas a por ellos con magia —repuso Bailarín— te expulsarán.

—Tengo que hacerlo yo, y tengo que hacerlo con magia porque ahí es donde creen que me llevan ventaja.

—Pero es que es cierto que te llevan ventaja.

Bailarín mojó un cepillo en un cubo de agua jabonosa y comenzó a fregar las paredes.

—Pues eso va a cambiar. —Han observó a Bailarín un rato—. Limpiaré tu habitación durante un mes —propuso—. En cuanto me quiten este cabestrillo.

Bailarín arrugó la nariz.

—Me debes un año entero de limpieza, después de esto —dijo—. Y si insistes en ir al Aediion, que sepas que voy contigo.

Han negó con la cabeza.

—Me dijo que fuera solo.

—Necesitas que alguien te cubra la espalda —repuso Bailarín.

—Quizá ni se presenta —dijo Han—. Ya ha pasado un mes.

—Espero que así sea —dijo Bailarín.

Han se quedó en su habitación todo el día siguiente, descansando y recargando su amuleto de modo que estuviera listo para su encuentro con Cuervo. Después del reposo y de un poco de corteza de sauce de Bailarín, Han se encontró bastante mejor y se vio con ánimo de ir al centro con Bailarín a comprar ropa nueva para reemplazar la que le habían destrozado, cosa que les llevó bastante tiempo. Para empezar, Han no



estaba acostumbrado a comprar ropa nueva. Había que tomar demasiadas decisiones: tejido, corte, color, estilo.

Por otra parte, la costurera se tomó su tiempo. Era una chica curvilínea de Tamron pintada con kohl y labios de color frambuesa. De entrada se comió con los ojos la figura maltrecha de Han, pero no tardó en comenzar a medirle todas las partes imaginables del cuerpo y a deshacerse en elogios del hombre en que lo convertiría cuando hubiese acabado con él.

Sus manos se demoraron más de lo necesario en los hombros, las caderas y los muslos de Han. Comparó el azul de los terciopelos con el de sus ojos; Al cubrirle el torso de tela, se arrimó y susurró:

—Ven tú solo a probarte las prendas.

Era bastante guapa, y Han habría recibido con agrado un ofrecimiento así en el pasado. Ahora el interés de la chica sólo conseguía que se sintiera cansado y acosado.

«Realmente estás vencido, Alister —pensó Han—. Necesitas un tónico».

Para entonces ya era demasiado tarde para cenar en el comedor, de modo que se dirigieron a la Calle del Puente. Volvieron a discutir sobre el Aediion durante la cena. Bailarín era más terco que una mula, y el debate prosiguió mientras iban a la Biblioteca Bayar.

—¡De acuerdo! —dijo Han, exasperado—. Nos reuniremos en el Aediion, en la Torre de Mystwerk. Nunca he estado ahí, así que tendremos que ir a ese lugar para poder encontrarlo en el mundo de los sueños. Nos marcharemos hacia las once y cuarto. Eso nos dará tiempo de entrar y prepararnos. Tú montarás guardia mientras yo cruzo al otro lado. Si no regreso, vienes en mi busca.

Bailarín aceptó a regañadientes.

Han apartó de su mente la inquietud que le causaba la idea de no ser capaz de regresar del Aediion. Y que Cuervo no estuviera allí.

La Biblioteca Bayar era un ornamentado edificio de piedra a orillas del río, conectado con Mystwerk Hall por una serie de galerías con arcadas de piedra que resguardaban a los estudiantes de las inclemencias del tiempo. La biblioteca recordaba a Han a la familia que la había construido: era intencionadamente intimidatoria.

Parecía un palacio de sabiduría, con sus barandillas labradas, sólidos alféizares de granito y enormes hogares encendidos hasta bien entrada la noche. Había cinco pisos principales, asignados a los estudiantes de primer, segundo y tercer grado, y otros dos con salas de lectura y auditorios para los maestros y decanos. Aún más arriba estaban los archivos a los que sólo se accedía mediante escaleras replegadas y reservadas a académicos entregados a su trabajo.

Han se agachó sin querer bajo la insignia del Halcón Encorvado tallada sobre la puerta, como si en cualquier momento fuera a sentir las garras abiertas clavadas en la piel del codo y el pico afilado desgarrándole la espalda.

En la sala de lectura para los alumnos de primer grado, los principiantes tenían

acceso a textos sobre magia tan poco comunes que ni siquiera los ricos herederos de las casas de magos podían permitirse tener un ejemplar. Cuando Han y Bailarín entraron, Han vio que Micah Bayar, Wil Mathis y los hermanos Mander ya habían ocupado el mejor sitio junto al fuego, con sus libros y papeles esparcidos sobre una gran mesa redonda.

Junto a la puerta había un diplomado para resolver dudas, emitir pases y asegurarse de que quienes usaban las salas de lectura no distrajeran a los demás de su trabajo.

Micah estaba encorvado sobre sus libros como si estudiara concienzudamente. Pasaba las páginas poco a poco y, de tanto en tanto, tomaba apuntes en una elegante libreta encuadernada en cuero.

Miphis Mander tenía la mirada perdida y mordisqueaba su pluma. Cuando vio a Han, se quedó boquiabierto y la pluma le cayó al suelo. Se puso a boquear como un pez fuera del agua.

Justo entonces, Fiona Bayar entró desde la sala adyacente cargada con un libro muy grande, marcando el punto con un dedo. Su expresión aburrida se tornó desconcierto cuando sus ojos se toparon con Han, fijándose en su magullado rostro y el brazo en cabestrillo. Miró a Micah, luego otra vez a Han y frunció el ceño.

Ella no estaba metida en esto, fue lo que constató Han. Creía que lo compartían todo pero ella no sabía nada de este plan. Se preguntó por qué.

Miphis dio un codazo a Micah. Micah levantó la cabeza con aire molesto, como si se dispusiera a gritarle a su primo. La estupefacción del semblante de Micah Bayar al ver a Han casi, sólo casi, hizo que valieran la pena las humillaciones y heridas del día anterior. Estupefacción que enseguida borró de su rostro.

Sus ojos se cruzaron y se sostuvieron la mirada.

—Sangre y huesos, Alister, ¿qué te ha sucedido? —dijo Micah, tocándose la barbilla con el índice—. ¿Otra pelea?

Miphis se rió con disimulo, mirando alternativamente a Han y a Micah.

—Me caí por la escalera —dijo Han—. De hecho, por poco me rompo el cuello.

—Quizá deberías poner más cuidado la próxima vez —dijo Micah, estirándose perezosamente.

El desconcierto de Fiona se convirtió en ira. Echó el brazo para atrás y lanzó el libro contra la cabeza de su hermano. Éste se agachó justo a tiempo. El libro pasó silbando por encima de él y se estrelló contra la pared con una fuerza tremenda.

El diplomado levantó la vista, fulminándolos con la mirada, pero decidió no intervenir al ver de quién se trataba. Wil Mathis fue a recoger el libro y se lo devolvió a Fiona, que se sentó al lado de Wil y abrió sus libros, con un rubor en las mejillas.

Fiona tenía un brazo peligroso. Han tomó nota para no olvidarlo.

También se preguntó qué podía estar ocurriendo entre los Bayar.

Han y Bailarín se sentaron a una mesa de un rincón. Cada cual eligió un libro y tomó apuntes de los capítulos que tocaban, y luego los volvieron a copiar para

intercambiarlos.

En varias ocasiones, Han levantó la vista y se encontró con Fiona mirándolo fijamente, con los ojos azules casi púrpuras a la luz parpadeante de las velas y agarrando con fuerza el libro que tenía ante sí encima de la mesa.

«Bueno, mira cuanto quieras, chica —se dijo Han a sí mismo, dándose masaje en la cabeza dolorida—. No puedo hacer más por mi aspecto. Esto ha sido obra de tu hermano».

Aquél era el meollo del asunto. En el mundo aristocrático, tu enemigo cenaba y bailaba contigo, diciéndote lindezas a la cara mientras se disponía a clavarte un puñal por la espalda.

A las diez Han dejó lo que estaba haciendo y cogió el Kinley para releer el capítulo dedicado al Aediion. Nunca había planeado regresar; ahora tenía que estudiar deprisa.

A las once en punto, Micah recogió sus libros y papeles y los guardó en su cartera. Se puso la capa, se echó la cartera al hombro y se detuvo ante el escritorio del diplomado para que le diera un pase, dado que ya regia el toque de queda de las diez.

Al parecer, Micah daba por concluida su jornada.

Esforzándose por concentrarse, preguntándose dónde había ido Micah, Han leyó y tomó apuntes hasta que las campanas de la Torre de Mystwerk dieron las once y cuarto. Cruzando una mirada con Bailarín, metió sus papeles en el macuto y encima de ellos el Kinley. Bailarín también recogió sus libros y papeles.

Han se levantó, se desperezó pese al daño y con una sola mano se cubrió con la capa, dejando oculto el macuto.

Asintió al diplomado, que había levantado la vista al ponerse él y Bailarín de pie.

—Bueno, ya va siendo hora de que volvamos a la residencia —dijo Han.

Han fue a pedir sus pases al diplomado. Miphis Mander dedicó una mirada repulsiva a Han y susurró:

—Cuidado al salir. El primer peldaño es criminal.

—¿Perdón? —dijo Han—. ¿Decías algo?

Se acercó a Miphis y se agachó como para oírle mejor.

Miphis se rió burlescamente, creciéndose, al parecer, por el estado en que se encontraba Han.

—He dicho que andes con cuidado ahí fuera. Ése..., eh. ¡Eh!

Se quedó sin aliento cuando el puñal de Han le rajó los bombachos de la cintura al tobillo; fue un gesto rápido y hábil que nadie vio antes de que el puñal desapareciera. Miphis se agarró los pantalones con ambas manos en un intento por no perder la compostura.

—Tienes suerte de que con el cuchillo sea tan bueno con la derecha como con la izquierda —dijo Han entre dientes. Fue una fanfarronada, pero tampoco exagerada. En voz más alta añadió—: Tú sí que debes andarte con cuidado ahí fuera. Hace un poco de frío para ir con el culo al aire.

Quienes ocupaban mesas cercanas se volvieron para mirar.

Fiona hizo ademán de ir a levantarse de la silla pero no llegó a hacerlo.

Han supuso que Miphis no intentaría cogerle el amuleto ya que tenía las dos manos ocupadas.

Bailarín ya tenía sus pases. Han cogió la linterna y se la llevó al vestíbulo. En lugar de salir por la puerta lateral, subieron la amplia escalera hasta el tercer piso y se escondieron en un rincón. Han tapó la linterna mientras Bailarín ataba una cuerda al asa. Han descorrió el pestillo de los postigos con la mano sana y los abrió, notando en el rostro el aire gélido de la noche.

Entrar y salir a hurtadillas de cualquier sitio era una habilidad que Han dominaba desde niño. Toda su vida la gente había intentado encerrarlo en lugares donde no quería estar o le había impedido el acceso a lugares a los que quería entrar.

Aun así, no era tarea fácil para un hombre con un solo brazo. Le alegró que Bailarín estuviera con él.

Se dio impulso para sentarse en el amplio alféizar, pasó las piernas al otro lado y saltó la escasa distancia que lo separaba del tejado de la galería. Al aterrizar, una teja se soltó y cayó al sendero de piedra de debajo, haciéndose añicos con un estrépito que sonó como un grito en plena noche. Se quedó paralizado pero nadie acudió.

«Te falta práctica», pensó Han. Y el brazo en cabestrillo afectaba su equilibrio.

Bailarín lo siguió con la linterna tapada. Recorrieron de puntillas el tejado de la galería, un piso por encima de cualquier guardia del rector o diplomado entrometido que patrullara los patios. Las galerías formaban una red de caminos secretos que podían llevarle casi a todos los sitios que quisiera sin ser visto.

Parecía que no había nadie más en la calle después del toque de queda, salvo dos enamorados envueltos en sus capas que se habían escondido en el rincón que formaban la galería y Mystwerk Hall. Estaban bien arrimados, con las manos entrelazadas, y hablaban en susurros.

Han sintió una punzada de remordimiento al pensar en Pájaro. Se preguntó si ella alguna vez pensaría en él. No. Había dejado muy claro que no quería volver a verlo nunca más.

Los amantes no repararon en que Han y Bailarín pasaban por encima de sus cabezas como dos almas en pena.

Tuvieron que caminar pegados a la pared hasta la primera ventana que se abría a Mystwerk Hall. Han sacó el puñal de debajo de la capa y lo metió entre los postigos, haciendo saltar el pestillo interior. Tiró de los postigos hacia él y se asomó a un aula vacía. Apoyando el trasero en el alféizar de piedra, se volvió y saltó adentro, cayendo de pie sobre el suelo del otro lado. Bailarín le pasó la linterna colgada de la cuerda y lo siguió.

«Esto seguramente no es lo que Leontus quería decir cuando me dijo que me lo tomara con calma», pensó Han, procurando ignorar el insidioso dolor del brazo y el hombro.

Bailarín destapó con cuidado un panel de la linterna y echó un vistazo desde la puerta del aula. Estuvo quieto un momento, escuchando con la cabeza ladeada, y luego hizo una seña a Han para que fuera hacia el pasillo.

Siguieron el pasillo hasta que llegaron a una escalera que subía. A Han le gustaban las escaleras de piedra: nunca crujían. Subieron más allá de las plantas reservadas a los diplomados y los maestros, apartándose de las puertas de los despachos y laboratorios donde había alguna luz encendida.

La puerta del campanario estaba cerrada, pero resultó fácil de abrir con una ganzúa de hierro que Han llevaba consigo. La puerta daba a una escalera más estrecha, esta vez de madera. Se retorció hacia arriba y los muros rozaban los codos de Han.

Las ratas correteaban delante de ellos, metiéndose en grietas invisibles. En lo alto de la escalera una puerta sin cerrar daba a la cámara de las campanas.

Tras destapar la linterna, Bailarín la dejó en un rincón y echaron un vistazo. Las cuerdas colgaban como fantasmagóricas colas de las cuatro enormes campanas que marcaban la cadencia de la vida de Han aquellos días. Una escalera de mano apoyada contra una pared permitía acceder al mecanismo de las campanas.

Han dio una vuelta a la estancia, fijándose en todos los detalles, de modo que pudiera regresar al Aediion. Se instaló en un rincón y sacó el ejemplar del Kinley de su macuto.

Bailarín se apoyó contra la pared, cerca de él. Sacó un cuaderno de notas que dejó en su regazo.

—¿Cuándo tendría que comenzar a preocuparme? —preguntó.

—Dame media hora —dijo Han.

—Eso es demasiado —objetó Bailarín—. No sabes qué cantidad de poder has sido capaz de almacenar. Prueba a quedarte menos tiempo esta primera vez.

—Puedo estar muerto dentro de cinco minutos —dijo Han—. O hago esto o no lo hago. Tengo mucho que aprender y ando escaso de tiempo.

Aun así, estaba nervioso. Sudaba a pesar del viento gélido que se colaba entre las paredes del campanario. Respiraba profundamente, procurando serenarse.

Esta vez Gryphon no estaría a mano para traerlo de vuelta si se quedaba más tiempo de la cuenta. Sólo cabía esperar que Bailarín pudiera sustituirle en caso necesario.

«Vigila tu espalda, había dicho Bayar. Sé dónde vives y dispongo de mucho tiempo».

La determinación de Han se volvió inflexible. Se puso el Kinley en el regazo y buscó el capítulo sobre el Aediion. Mirando en torno a la estancia, grabó en su memoria imágenes que lo anclaran a aquel lugar. Luego agarró el amuleto y pronunció el hechizo que abría el portal.

Volvió a engullirlo el torbellino de oscuridad. Cuando la luz regresó, Han estaba de pie en medio del suelo del campanario. La luna entraba por las ventanas

arqueadas, proyectando sombras en el suelo de madera e iluminando el polvo que flotaba en el aire. El polvo se concentró, tomó forma y se organizó hasta convertirse en Cuervo. Como si éste lo hubiese estado aguardando con ansia.

—Gracias a la Hacedora —dijo Cuervo, sumamente aliviado—. Estaba comenzando a pensar que te había ocurrido algo malo. No sabía si seguir viniendo o...

—Te escucharé —interrumpió Han—. Pero no prometo nada.

Cuervo descartó las palabras de Han con un ademán.

—No tengo la menor duda de que cuando veas el potencial de... —Se calló de golpe y entrecerró los ojos—. ¿Qué es eso que llevas puesto?

Han se miró la ropa. Llevaba mallas y camisa de los clanes, y no presentaba ni rastro de las heridas recientes. ¿Así era como se veía a sí mismo?

—Prueba esto —dijo el aristócrata. Las ropas de Han se reorganizaron, adquiriendo colores y adornos hasta que quedó vestido con un abrigo de terciopelo azul marino y con una camisa de lino inmaculada cuyas puñetas le tapaban parte de las manos; pantalones estrechos de color negro, un cinturón con hebilla de plata y botas de cuero negro. Han nunca había poseído mejor ropa que aquélla.

Cuervo sonrió.

—Mucho mejor. Y, para terminar... —Señaló.

Han se miró las manos, que de pronto estaban cargadas de anillos con piedras que iban de los rubíes a los diamantes pasando por las esmeraldas. Si fuesen reales, valdrían una fortuna.

—¡Oye! —exclamó Han, sacudiendo las manos como si así pudiera desprenderse de la bisutería—. Quítame esto o me largo.

Y así, sin más, las joyas desaparecieron y la ropa se transformó en un sencillo abrigo gris y unos bombachos negros. Aun así las prendas tenían un tacto distinto al estar confeccionadas con telas más suaves y cortadas a la medida de su cuerpo.

—Listos —dijo Cuervo, que suspiró y puso los ojos en blanco—. Ahora pareces un clérigo de los llanos. ¿Esto es lo que quieres?

—Lo que quiero es que dejes mi ropa en paz —dijo Han entre dientes—. No he venido aquí para jugar a los disfraces.

—Deberías vestirte como lo que aspiras a ser —dijo Cuervo—. Forma parte del juego.

Cuervo extendió el brazo delante de él, admirando los encajes de la manga y los numerosos anillos de los dedos, como un ropavejero probándose ropa que los aristócratas hubiesen tirado a la basura. Lo único sencillo que llevaba era el amuleto, un cuervo negro tallado en ónice con los ojos de diamante.

—Ya te lo dije. No soy un petimetre ni quiero serlo —dijo Han, que ya se estaba arrepintiendo de haber venido. No le gustaba que Cuervo pudiera cambiar a su antojo lo que los rodeaba. Apoyando la espalda contra la pared invocó un puñal y se aseguró de tener su talismán a mano.

Al levantar la vista vio que Cuervo se estaba aguantando la risa ante sus esfuerzos.

—¿Por qué no una espada? —propuso Cuervo.

Han se encontró empuñando una espada inmensa. La hoja llegaba casi hasta el techo y emanaba llamas azules.

Cuervo sonrió.

—¿Te gustaría..., una armadura, tal vez?

En un instante, Han cargaba con un pesado peto de oro y llevaba los brazos enfundados en guanteletes de cota de malla.

—Creo que me he excedido un poco —dijo Cuervo. La espada y la armadura desaparecieron tal como había aparecido.

Han fulminó a Cuervo con la mirada. No había acudido allí para que jugaran con él.

«Quizá debería retirarme y cerrar el portal ahora mismo», pensó. Agarró el amuleto. Resplandeció entre sus dedos como una estrella fugaz.

—Perdóname, por favor —dijo Cuervo, dando un paso al frente y levantando ambas manos—. Lo que pretendía explicarte es que tu puñal aquí no sirve de nada. Es una ilusión. No estoy diciendo que las ilusiones no puedan ser extraordinariamente poderosas. Pero la única manera de hacer daño a alguien en el Aediion es mediante el uso directo de la magia.

«Eso es lo que tú dices —pensó Han—. A mí todo me parece la mar de convincente».

—¿Estás al menos dispuesto a decirme cómo te llamas? —preguntó Cuervo.

—Me llamo Alister —dijo Han. Esperaba que a cambio Cuervo le dijera su verdadero nombre, pero no lo hizo. Parecía distraído, le llamaba la atención cualquier cosa que viera u oyera; el chacoloteo de los cascos de los caballos en la calle, las llamas en los hogares, el estampado de sus mangas de terciopelo. Era como un niño que lo examinara todo como si fuese nuevo y fascinante.

Un tipo peculiar, se mirara por donde se mirase. ¿Ese sujeto iba a ser su compañero?

—¿De dónde eres? —preguntó Han—. Tienes acento norteño, pero no te he visto en el campus.

—¿No te parece razonable que adopte un aspecto diferente en el Aediion si no quiero que me reconozcas en el mundo real? —dijo Cuervo—. Siempre cabe que te haya juzgado en modo equivocado, que me traiciones si sabes quién soy.

De modo que podía ser cualquiera.

Han estrechó con más fuerza el amuleto. «Quizá sea lo que quiere en realidad —pensó Han—. Mi amuleto». Cuervo le estaría dando coba hasta que tuviera ocasión de quitárselo. Bueno, Han no iba ser una presa fácil.

Como si Cuervo le hubiese leído el pensamiento, el amuleto de Cuervo se transformó hasta ser idéntico al de Han.

—Mira, ¿lo ves? No codicio tu amuleto. Ya tengo el mío —dijo.

En el mundo de los sueños era difícil distinguir lo que era real de lo que no.

—Oye —dijo Han—, dijiste que podías enseñarme magia.

—Así es —dijo Cuervo—. Lo que puedo enseñarte te convertirá en el hechicero más poderoso de los Siete Reinos. —Fue hasta una ventana y se asomó. Luego dio media vuelta y apoyó los pulpejos de las manos en el alféizar—. Pero todo tiene un precio —agregó.

«Ajá —pensó Han—. Ahora viene cuando el Quebrantador exige que le pague con mi alma». Bueno, ya había tratado con maniobreros otras veces. Sabía cuándo rechazar un mal acuerdo.

—¿Cuál es tu precio? —preguntó Han, fingiendo indiferencia.

—No invertiré mi tiempo en alguien que nunca haga un uso completo del don de conocimiento que ofrezco —dijo Cuervo—. Si vamos a ser aliados, espero constatar mejoras en todos los aspectos de tu vida: tu forma de hablar, tus modales, tu... atuendo.

Hizo un ademán, abarcando la vestimenta de Han.

Han lo miró fijamente, pillado por sorpresa.

—¿Quieres que me convierta en un maldito aristócrata? ¿Ése es tu precio?

Cuervo se estudió las manos, haciendo girar el elaborado anillo que llevaba en el índice derecho.

—El tiempo de que disponemos en el Aediion es limitado. No quiero desperdiciarlo enseñándote a moverte en sociedad. Seguro que puedes encontrar a otra persona te aleccione en esas disciplinas.

—Mira —dijo Han—. Apenas tengo tiempo para aprender todo lo que tengo que aprender, y menos para mejorar mis modales y mi forma de hablar.

Cuervo se acercó a Han, inclinándose hasta que sus narices prácticamente se tocaron.

—No subestimes a los Bayar. Hasta ahora te ha acompañado la suerte, pero sólo porque ellos te subestiman ti. Acabarán contigo si no aprendes; a plantarles cara en su nivel. Hace falta algo más que hechicería. Hace falta algo más que un poderoso amuleto. Se trata de política, y de la ley, y de ganarse a gente poderosa para tu causa. Eso requiere, como mínimo, saber expresarse bien.

—¿Qué más te da que me liquiden? —dijo Han—. A ti no te afecta si pierdo.

—Digamos que se trata de un ajuste de cuentas —dijo Cuervo, volviéndose para mirar por una de las ventanas de la torre—. Odio la Casa de Aerie —agregó en voz baja—. Destruyeron todo lo que me importaba.

«Pues entonces tenemos algo en común —pensó Han—. Si es que está diciendo la verdad».

Con todo, el aristócrata llevaba razón, si lo pensaba bien. Han tenía que aprender a luchar en su terreno. De lo contrario, no tardaría en hundirse. Recordó la humillante experiencia de la cena de la decana. Quizá mereciera la pena dedicar parte de su



tiempo a evitar repetir una escena semejante.

—De acuerdo —dijo Han—. Buscaré un profesor. Pero si quieres ayudarme, no puedo esperar hasta que aprenda a hablar como un cursi. Los Bayar ya han ido a por mí dos veces. A la tercera va la vencida.

Cuervo se puso tenso, y sus ojos azules brillaron en su pálido rostro.

—¿Han ido a por ti? ¿Qué quieres decir?

—Que han intentado matarme y quitarme el amuleto. Tengo que poner fin a eso.

Cuervo meneó la cabeza con un movimiento rápido y desdeñoso.

—No. Eso no lo voy a permitir —dijo, golpeándose la palma de una mano con el puño de la otra—. Finalmente he encontrado a alguien con quien creo que podré trabajar y no pienso dejarles... —Dejó la frase inacabada, como si de pronto recordara que Han estaba presente—. Los detendremos —dijo, con firmeza y resolución—. Te enseñaré un hechizo que los destruirá sin dejar ningún rastro que lo relacione contigo.

—No —dijo Han, sorprendido de que Cuervo se tomara tan a pecho su posible muerte—. Eso no es lo que quiero. Si lo hago, ya me veo trepando a la encina de la muerte dentro de nada.

—¿Cómo dices? —preguntó Cuervo, mirándole fijamente.

—Me enviarán de regreso a los Páramos para que me ahorquen —explicó Han—. Además, matar tampoco es tan impresionante. Cualquiera idiota puede matarte si quiere hacerse famoso, sin que le importe lo que le cueste. Por eso incluso los cabecillas más listos de las calles acaban cayendo, tarde o temprano. —Han se arremangó las mangas y le gustó el tacto de la buena lana—. Matar es una manera de encargarse de un rival, pero también demuestra respeto. Demuestra que es lo bastante importante como para que hables con él. Lo mejor es humillarlo. Ponerle en ridículo. Demostrarle que yendo a por ti se juega su reputación.

Cuervo se quedó mirando perplejo a Han, tan asombrado como si un adoquín de la calle se hubiese levantado del suelo para dar un discurso.

—Podría liquidar a esa cuadrilla, si quisiera. No necesito de tu ayuda para eso —prosiguió Han—. En eso soy bastante bueno. Pero no quiero hacerlo. Sólo necesito que lamenten haber ido a por mí y que se lo piensen dos veces antes de intentarlo otra vez. Así podré seguir con mis asuntos.

Cuervo arrugó la frente como si le sorprendiera que Han tuviera planes propios.

—¿Tus asuntos? ¿Cuáles son?

—Mis asuntos —repitió Han. Sabía guardar un secreto tan bien como Cuervo—. Quiero usar la magia para meter miedo a los Bayar. Quiero algo que nadie haya visto antes, de modo que yo no resulte sospechoso ni me expulsen.

—Vaya, vaya —dijo Cuervo, rascándose el mentón y contemplando a Han con renuente respeto.

—No pienses mucho rato, ¿de acuerdo? Tengo que hacer algo antes de que vengan a por mí otra vez —dijo Han—. Entretanto, hay que impedir que entren en mi

habitación. Quiero algo que no vaya a matar a nadie pero que los mantenga alejados —repetió para hacer hincapié—. ¿Tienes algo así?

—Por supuesto —dijo Cuervo, poniendo los ojos en blanco—. Aclarémoslo: ¿quieres algo que ahuyente a personas concretas? ¿O a todo el mundo menos a ti?

—Personas concretas. También necesito saber cómo burlar cualquier hechizo protector que hayan puesto ellos.

Cuervo extendió la mano y surgieron unas frases en forma de llamas sobre la pared de piedra de la torre.

—Ése es el encantamiento —dijo—. Tienes que pronunciarlo en cada entrada de tu habitación: puertas y ventanas. Áncalo a tus enemigos con esta frase, usando un pelo, sangre o carne de ellos. —Surgió otra frase—. Esto no sólo les impedirá entrar sino que los marcará para que sepas quiénes han intentado cruzar el umbral de tu habitación.

—¿Los marcará? ¿Cómo? —preguntó Han con recelo.

Cuervo sonrió torciendo la boca.

—Forúnculos y pústulas —dijo—. A mansalva. Bien, así es como se desarman los hechizos protectores que hayan dispuesto ellos. Es muy versátil, y no es preciso que sepas qué hechizo han utilizado.

Han leyó repetidas veces las frases hasta que estuvo seguro de haberlas memorizado, pero el nudo de sospecha que tenía en el estómago no se le deshacía.

—Estoy corriendo un gran riesgo con esto —dijo—. Si me cuelo en sus habitaciones y tu hechizo no da resultado me habré metido en un lío de almanaque. —Hizo un gesto con la mano—. Muéstrame algo. Quiero verte hacer magia en el mundo real.

Cuervo lo meditó un momento y al cabo dijo:

—Muy bien. Pero para hacerlo tendremos que salir del Aediion de una manera que no me delate. —Caminó derecho hacia Han. Han retrocedió pero chocó con la pared. El otro mago siguió acercándose hasta que pareció meterse dentro de Han, helándole los huesos como un viento gélido en las Espíritus.

—Ahora pronuncia el hechizo para cerrar el portal —dijo Cuervo dentro de su cabeza.

Han agarró su amuleto y pronunció el hechizo.

Una vez más, el paso por la oscuridad.

Bailarín levantó la vista, asustado, cuando Han abrió los ojos. La inclinación de la luz indicó a Han que estaba de regreso en la Torre de Mystwerk; la real. Llevaba su ropa habitual y el brazo en cabestrillo. Sintió una punzada en la clavícula, que de súbito le hacía daño.

Bailarín se puso de pie.

—¡Caza Solo! ¿Qué ha pasado? ¿Por qué has regresado tan pronto?

—Esto requiere muy poco poder, que es lo único que te queda —susurró Cuervo al oído de Han—. Usa el mismo hechizo para anclar a éste también.

Los dedos de Han describieron un hechizo y las palabras del conjuro manaron de su boca a medida que Cuervo hablaba a través de él.

Por un instante pareció que no sucedía nada. Luego Han oyó una ráfaga de ruido, miles de minúsculos movimientos a su alrededor. Las paredes del campanario parecieron cobrar vida, con ojos brillantes y rostros bigotudos y dientes de roedor.

Ratas y ratones manaban de cada grieta y resquebrajadura, aglomerándose en el suelo y avanzando hacia él como un mar gris afelpado coronado de ondulantes colas como gusanos.

Han oyó un aleteo encima suyo, y nubes de murciélagos cayeron de lo más alto del campanario, volando en picado hacia él, abriendo sus bocas triangulares llenas de dientes afilados como agujas.

—¡Aaah!

En un acto reflejo, Han levantó el brazo izquierdo para protegerse la cabeza y la cara, y rozó una piel curtida. Los murciélagos chocaban con él y se caían al suelo, extendiendo las alas como desconcertados.

Bailarín agarró la linterna y la hizo oscilar formando un arco amplio, obligando a los animales a retirarse. Han se reunió con él en su rincón y ambos pegaron la espalda a la pared.

Las ratas y ratones se deslizaban por debajo de la linterna de Bailarín y se arremolinaban a los pies de Han, hincándole sus afilados dientes en los tobillos. La magia era real. La magia había cruzado el portal. Y estaba anclada a él.

Han saltaba de un pie al otro, procurando sacudirse los roedores que le trepaban por los bombachos. Alargó el brazo con intención de canalizar poder contra aquella ingente horda. Entonces recordó que se hallaba en la torre de madera y piedra de Mystwerk Hall y que si lo hacía correría el riesgo de incendiar el edificio.

Agarrando el amuleto otra vez, Han pronunció el hechizo del seto de espinas, girando sobre sí mismo. Un matorral espinoso surgió en torno a ellos, tan denso e impenetrable que las ratas se quedaban clavadas en las púas. Bailarín pisoteó las pocas ratas que se habían colado mientras Han pegaba manotazos a los murciélagos que aún se lanzaban en espiral contra ellos.

—Buen trabajo —dijo Cuervo en el oído de Han, con voz grave y divertida—. Muy creativo. Ahora haz que se vayan.

Pronunció el hechizo correspondiente, hablando por boca de Han.

Como si alguien hubiese quitado el tapón del nauseabundo mar de roedores, éstos fueron engullidos por las paredes. Instantes después, Han y Bailarín estaban solos en la torre del campanario, rodeados por tres lados por un seto de espinos y por un círculo de ratas muertas.

El corazón de Han latía con fuerza. Tenía la camisa empapada en sudor. Se deslizó pared abajo hasta quedar sentado en el suelo.

Cuervo volvió a susurrarle al oído.

—Mañana a medianoche. El mismo lugar. Y, por favor..., carga un poco más de

poder en tu amuleto la próxima vez. Tenemos mucho que hacer y hay que trabajar de prisa.

Y desapareció.

—¿Caza Solo? —Bailarín se arrodilló a su lado—. Por la sangre y los huesos de Hanalea, ¿de qué iba todo esto?

Han se apartó el pelo húmedo de la frente y se quedó pensando hasta que la respiración y el pulso recobraron un ritmo normal. Levantó la vista hacia Bailarín y sonrió.

—Creo que ya sé cómo resolver nuestro problema con los ladrones —dijo.

## La camarilla de Abelard

El equipo de estudiantes excepcionales de Abelard se reunía en las dependencias de la decana, que Han ya conocía de su visita anterior. Las sillas rodeaban una mesa de madera pulida en una suntuosa sala de reuniones con vistas al río. Un aparador junto a la ventana ofrecía refrescos.

Han quiso llegar temprano. El maestro Gryphon también acudió pronto, de modo que pudiera entrar en la sala e instalarse antes de que llegaran todos los demás. Han se sorprendió al ver a Gryphon puesto que Abelard y él no parecían llevarse muy bien. Quizá su familia también tuviera influencia.

Timis Hadron, el diplomado que había recibido a Han el día de su llegada, circundó la mesa disponiendo material de escritura y libros delante de cada asiento.

Mordra llegó poco después. Para gran alivio de Han, tomó asiento al lado del maestro Gryphon. No le apetecía que volvieran a darle lecciones de modales en público.

Los Bayar se personaron con Abelard. La decana sin duda les había informado sobre su nuevo compañero de clase. Micah fingió ignorar a Han y encontró sitio en la otra punta de la mesa, cerca de la puerta. Los ojos de Fiona acariciaron a Han como dedos helados, erizándole el vello.

Se preguntó qué les habría dicho Abelard. Tal vez «no os preocupéis, es mi matón a sueldo».

Fiona y Mordra cruzaron miradas asesinas y luego se ignoraron mutuamente.

—Buenas noches —dijo Abelard, situándose junto a la silla vacía de la cabecera de la mesa—. He invitado a Hanson Alister a unirse a nuestros encuentros. Aunque Alister es principiante, creo que se darán cuenta de que tiene una peculiar gama de aptitudes que compartir con nosotros.

Apoyando una mano en el hombro de Han con aires de ama y señora, Abelard fue señalando uno tras otro a los demás asistentes.

—Timis Hadron es diplomado, pero pronto se presentará a sus exámenes de maestro. El maestro Gryphon no necesita presentación. Conoció a la diplomada DeVilliers en la cena y, por descontado, ya conoce a Micah y Fiona Bayar.

Abelard se sentó.

—Alister, cada semana uno de los miembros presenta un tema de hechicería avanzada y, cuando es posible, dirige a los demás en una demostración práctica. Por supuesto, es imposible probar ciertos tipos de magia sin poner en peligro nuestra seguridad. Otros no podemos dominarlos porque ya no disponemos de las herramientas que se utilizaban cuando esas técnicas se desarrollaron.

Han asintió.

—En realidad, algunas de dichas técnicas están prohibidas por el Náeming. Debido a ello, es imperativo que nada de lo que hacemos aquí se comente fuera de nuestro reducido círculo. ¿Lo comprende?

Han asintió de nuevo, sabiendo que su vida pendería de un hilo en cuanto Abelard descubriera que estaba trabajando para los clanes.

—Confiamos en que con el tiempo contribuya a nuestras sesiones —dijo Abelard—. Alistar tiene cierta pericia en el área de viajar al Aediion —explicó a los demás—. Y ha aceptado compartirla con el resto de nosotros.

«No recuerdo haber aceptado nada de eso», pensó Han, pero mantuvo la boca cerrada.

—Bien, prosigamos con el debate de la semana pasada —dijo Abelard. Se volvió hacia Timis Hadron—. Diplomado Hadron, tenga la bondad, por favor.

Hadron esparció unas cuantas notas encima de la mesa.

—Como la mayoría de ustedes ya sabe, me he dedicado a buscar pruebas de la existencia de la Armadura de los Reyes del Don —comenzó.

—Perdón —dijo Han, preguntándose si debería levantar la mano—. ¿La Armadura de los Reyes del Don?

Fiona se irguió y se puso a retorcer un mechón de pelo con el pulgar y el índice. Micah levantó la vista al techo.

—Los Reyes del Don de los Páramos acumularon una inmensa colección de armas y objetos mágicos —explicó Hadron—. Desaparecieron en tiempos del Quebrantamiento. Tal vez fueran destruidos por los clanes para evitar que cayeran en manos de los magos. Hay quien dice que el rey Demonio los escondió con la intención de recuperarlos más adelante. Una tercera teoría es que fueron confiscados por una de las casas de magos que sitiaron la fortaleza del rey Demonio en Dama Gris.

¿Fue imaginación de Han, o Hadron realmente había mirado a Micah y Fiona al decir esto último?

—Llevamos buscando la armadura desde que se instauró el Náeming y se restauró la dinastía Lobo Gris —terció Abelard.

«Vaya», pensó Han. Si alguien tenía la llave del almacén mágico, tenían que ser los Bayar. Habían estado en posesión como mínimo de un amuleto prohibido, el que ahora llevaba Han.

Hadron continuó dando cuenta de las vagas pruebas que había reunido.

—De modo que pienso que podemos decir con absoluta certeza que la armadura existió —concluyó—. La cuestión es: ¿sigue existiendo? Y, en tal caso, ¿dónde está? En esto es en lo que debemos profundizar.

Mientras Hadron peroraba, Han levantó la vista de sus apuntes y vio que Fiona, con la cabeza gacha, tenía la mano detenida encima del papel. Micah también parecía paralizado, con sus ojos negros clavados en Hadron y el rostro pálido, concentrado.

¿Les preocupaba que Hadron consiguiera descubrir su paradero? ¿Tenían planes de informar a su padre? ¿O era posible que tampoco ellos supieran dónde estaba? Tal vez estuvieran tan ansiosos como los demás por encontrarla.

Quizás Han podría vencerlos en esa batalla. Tomaba apuntes de prisa, manchando de tinta las hojas de papel.

—Hasta la fecha casi todos los esfuerzos se han centrado en las bibliotecas y los archivos de los templos de Fellsmarch —dijo Hadron—. Pero las pruebas registrales sugieren que muchos archivos anteriores al Quebrantamiento fueron traídos aquí, a Vado de Oden, a fin de salvaguardarlos. Por lo tanto podría haber material en la Biblioteca Bayar que nos ayudara a localizar la armadura.

—Eso sería como buscar una aguja en un pajar —dijo Gryphon—. ¿Han visto lo que hay allí arriba?

—¿Qué nos sugiere que hagamos, entonces? —preguntó Abelard a Hadron, haciendo caso omiso de Gryphon.

—Mordra y yo pasaremos aquí el verano —dijo Hadron—. Podríamos comenzar una búsqueda metódica entre los fondos de la Biblioteca Bayar.

Mordra arrugó la nariz ante tal propuesta, pero Hadron no lo vio.

—Cualquiera de ustedes que tenga previsto quedarse está más que invitado a colaborar —dijo Hadron. Nadie se ofreció voluntario. Carraspeó—. Piénsenlo. Ya me dirán cuál es su decisión.

—Gracias, Hadron —dijo Abelard—. Habida cuenta de la constante letanía de quejas por la falta de herramientas potentes a nuestra disposición, confío en que aquellos de ustedes que se queden a pasar el verano se unan a la investigación de los diplomados Hadron y DeVilliers. —Paseó la mirada entre los asistentes. Como nadie puso objeciones, prosiguió—. Ahora DeVilliers nos ilustrará sobre el tema de la posesión mágica.

La decana señaló a Mordra con la cabeza.

Mordra dio un golpecito al montón de papeles que tenía delante.

—La posesión es una técnica mágica que cobró importancia por primera vez durante la Guerra de la Conquista, cuando los Siete Reinos fueron invadidos por magos de las islas Septentrionales. También demostró su utilidad durante el Reinado de los Reyes del Don, tanto para mantener la paz como en actividades de contraespionaje. —Mordra miró a la concurrencia, como para asegurarse de que todos le estaban prestando la debida atención. Han se fijó en los tatuajes de sus brazos. Se retorcían y ondulaban sobre su piel. Apartó la vista—. Con el tiempo, los clanes de las Espíritus desarrollaron talismanes para defenderse contra la posesión, con lo cual se vio mermada su efectividad.

»Aun así, seguía utilizándose de manera generalizada hasta que se produjo el Quebrantamiento y dicha táctica fue prohibida por el Náeming. Se dice que el rey Demonio la utilizaba para eliminar a parejas de rivales. Poseía a uno de ellos y lo inducía a matar al otro. A continuación, el primero era ejecutado por el crimen

cometido.

«Caramba —pensó Han—. El bisabuelo Alger era la mar de listo. Me pregunto cómo se las ingeniaba la bisabuela Hanalea para sacarle partido».

Mordra prosiguió:

—Delante de ustedes tienen las tres variantes más comunes para activar el hechizo de posesión. Representan distintos grados de posesión. En algunos casos, la posesión se limita a precipitar actos que el poseído no habría llevado a cabo por su cuenta. En otros la posesión es completa y el mago poseedor tiene un control absoluto del sujeto. Una vez que la posesión ha tenido lugar es más fácil lograrla ulteriormente. El poseedor tiene que estar muy próximo al sujeto. El mejor resultado se obtiene con una víctima involuntaria ya que en ese caso difícilmente opondrá resistencia.

»Tenemos una confianza razonable en la veracidad de los encantamientos que hemos desenterrado de los archivos. —Mordra procedió a demostrar las frases y gestos usados para llevar a cabo tales hechizos—. Hay que señalar que nadie ha utilizado estos encantamientos con éxito desde el Quebrantamiento. Los amuletos modernos parecen no soportar este tipo de magia.

Encorvó la espalda, y cuando Han echó un vistazo alrededor de la mesa, todos estaban cabizbajos.

—Sin ánimo de ofender —dijo Gryphon—, ¿tiene sentido dedicar tanto tiempo a un hechizo que seguramente no podremos utilizar?

—¿Por qué no lo probamos? —sugirió Han—. No tenemos nada que perder. —Todas las cabezas se volvieron hacia él—. El maestro Gryphon tiene razón. Es como si nos quitaran un caramelo de la boca.

—¿Qué sugiere, Alister? —dijo Abelard secamente.

—Formemos parejas —dijo Han—. Veamos si alguien logra que resulte. —Hizo una pausa y luego agregó—: Yo iré con Micah.

Entrelazando los dedos sobre el pecho, toqueteó el amuleto de la serpiente y dedicó una sonrisa a Bayar.

Durante un prolongado momento, nadie dijo nada. Abelard miraba a Han y a Micah, como si intentara descifrar las intenciones de Han.

—De acuerdo —dijo la decana, encogiéndose de hombros—. ¿Por qué no?

—Yo elijo a Hadron —dijo Mordra. Han no estuvo seguro de si quería mantenerse alejada de Fiona o respaldada por un casi maestro.

—¡No! —dijo Micah, apretando las palmas de las manos sobre la mesa—. No pienso formar equipo con Alister. Que trabaje con otro.

Abelard apretó los labios.

—Principiante Bayar, ya hemos hablado sobre esto y...

—Quizá tengáis vuestras razones para invitar a un matón callejero a nuestras reuniones —dijo Micah, pálido como la nieve y furioso—, pero debéis recordar que esta rata de alcantarilla atacó a mi padre y casi lo mató.



En torno a la mesa, todos abrieron los ojos como platos.

Hubo quien hizo ademán de apartarse de Han.

—¿Qué pasa, Micah? —dijo Han, echando la cabeza para atrás y mirando por encima de la nariz al hijo del Gran Mago—. ¿Tienes miedo?

Toqueteó el amuleto del rey Demonio.

Micah se levantó.

—Tan sólo creo que si uno se relaciona con la hez se le pega el hedor. —Inclinó la cabeza hacia Abelard—. Decana Abelard, ruego me excuséis.

Dio media vuelta y se marchó. Fiona miró cómo se iba su hermano y luego se volvió hacia Han, entornando los ojos como para formarse un juicio sobre él. Parecía casi... impresionada.

Los demás también permanecieron inmóviles en sus asientos, lanzando cautelosas miradas a Han, que supuso que ninguno de ellos tendría ganas de emparejarse con él.

Abelard levantó la vista hacia el reloj de la pared.

—Se nos ha terminado el tiempo —dijo como si se alegrara de ello—. Qué lástima. La semana que viene el maestro Gryphon moderará un debate sobre encantamientos y su uso en la guerra.

Las sillas chirriaron contra el suelo cuando la camarilla de Abelard se batió en presurosa retirada.

## Sorprendido *in fraganti*

El diagrama de trazos delgados e inseguros parecía flotar en la página, y Raisa puso los ojos casi bizcos al obligarse a enfocar. «Terraplenes y trincheras utilizados contra los piratas en la costa del Indio después del Quebrantamiento». Se enfrentaba a un enésimo examen de historia militar.

«Menos mal que el trimestre ya casi ha terminado», pensó Raisa.

Apartó el libro a un lado y echó un vistazo en derredor. Pronto sería la hora de cenar, pero en la sala común sólo estaba ella. Aquélla era la única noche en que Amon no tenía obligaciones. Raisa tenía intención de interceptarlo y entablar una conversación de verdad con él. Las últimas semanas se había mostrado más escurridizo que nunca. Casi furtivo.

Hablando de actos furtivos, Raisa levantó el cartapacio, sacó de debajo unas pocas páginas escritas presurosamente y las releyó.

Madre:

Quiero que sepas que estoy sana y salva, y que espero que tú también te encuentres bien.

Me consta que soportabas una presión tremenda los días que precedieron a mi onomástica, y que creías sinceramente que un matrimonio con Micah Bayar era la mejor manera de mantenerme a salvo.

Tras haber leído esto, Raisa tachó lo de «un matrimonio con Micah Bayar» y lo substituyó por «el matrimonio que habías planeado para mí».

De este modo, si la carta caía en manos de quien no debía, podría ser de cualquier hija o hijo que había rehuido una boda no deseada.

Ruego tomes en consideración que lo que parece más seguro puede resultar ser lo más peligroso. Es posible que el peligro que veías venir fuese el matrimonio en sí mismo; un peligro para mí y también para ti.

Estoy deseando regresar a casa y explicarte mi postura en persona si encontramos el modo de hacerlo con seguridad. Me las arreglaré para que esta carta llegue a manos de mi padre y confío en que él te la mande a ti. Si eso sucediera, os pido por favor que quede entre los tres. Ya han atentado contra su vida una vez.

Si iniciamos un diálogo, tal vez hallemos la manera de que yo regrese a casa, que es lo que más deseo en este mundo. Aunque quizá sea egoísta, no puedo sino esperar que me eches de menos tanto como yo te extraño a ti. Por favor, no olvides que te quiero, y si bien el amor quizá no baste para salvar la brecha que nos separa, puede ser un buen punto de partida.

Hallie y Talia bajaron la escalera armando alboroto y Raisa escondió la carta en su macuto.

—¿Te vienes a cenar? —preguntó Hallie—. Me han dicho que hay jamón y repollo.

—Esperaré al cabo Byrne —dijo Raisa—. Iré con él.

Hallie y Talia cruzaron una mirada.

—No estoy segura de que venga a cenar —dijo Hallie, rascándose el lado de la nariz con el índice—. Me parece que tiene planes.

«¿Planes?»

—Ven con nosotras —insistió Talia—. Y luego vamos a tomar algo por ahí. Pareces una ermitaña.

Un trasfondo en lo que decían hizo que Raisa apretara los dientes.

—Estaré allí en cinco minutos —dijo con impostado buen humor—. Guardadme un poco de jamón.

Se dirigieron hacia la puerta volviendo la vista atrás varias veces con el semblante serio y preocupado.

Poco después Amon bajó la escalera. Llevaba el uniforme azul de gala, con pantalones de pinzas y el pelo perfectamente peinado hacia atrás. Por poco dio un traspie al ver a Raisa pero mantuvo el equilibrio y siguió bajando.

—Hola, Amon —dijo Raisa—. Estás muy guapo.

Amon se miró y tiró del dobladillo de la chaqueta para alisarla.

—Sí. Bueno. Gracias.

Raisa se levantó de la silla y fue a su encuentro.

—Esperaba que pudiéramos ir a cenar juntos, tal vez tendríamos ocasión de hablar. Últimamente no te veo nunca.

Amon permaneció inmóvil, como un colegial pillado en un renuncio, con los ojos fijos en el rostro de Raisa.

—Los dos tenemos mucho que hacer, Rai. Es lógico que no...

—Pues entonces vayamos a cenar —dijo Raisa, cogiéndole las manos.

Amon tragó saliva, y la nuez de Adán se movió ostensiblemente en su garganta.

—No puedo. Verás... Tengo que hacer una cosa.

El instinto de Raisa le avisaba a gritos de que la insistencia no haría más que partirle el corazón. Pero no supo contenerse.

—Pues voy contigo. Y luego, a lo mejor...

—No —dijo Amon—. Esta noche no. Tengo..., no podemos.

Raisa no lo había visto nunca tan abatido.

—Pero es tu noche libre —dijo Raisa, aun sabiendo que parecía desesperada. Pero no le importaba.

Amon asintió.

—Ya lo sé. Lo..., lo siento —susurró, con el rostro pálido y tenso.

Raisa trató de encontrar algo, cualquier cosa que pudiera hacerle cambiar de parecer. Que pudiera hacer que se quedara.

—Bueno —dijo Raisa, tragándose el sordo dolor de su vehemente deseo—. Entonces llévate esto contigo y piensa en mí.

Se besó las yemas de los dedos y, poniéndose de puntillas, las posó sobre los

labios de Amon.

Agarrándole la muñeca, Amon apretó la mano de Raisa contra su mejilla, suave por el reciente afeitado. Cerró los ojos, suspiró dos veces estremeciéndose y la soltó.

—Adiós, Raisa —dijo, con una inusual voz pastosa—. Ve a cenar. Volveré tarde. Y se marchó.

Raisa se quedó petrificada un instante antes de coger su capa y salir detrás de él.

Afortunadamente, las calles estaban llenas de gente. Los cadetes se dirigían a los comedores para cenar o paseaban hacia los restaurantes de la Calle del Puente. Amon caminaba rápidamente, de modo que Raisa tenía que darse prisa para no perderlo de vista. De repente Amon dio media vuelta para mirar atrás, pero ella se las arregló para esconderse a tiempo en un portal.

Raisa no tardó en darse cuenta de que Amon iba hacia la Calle del Puente. Y cuando él comenzó a subir la cuesta, Raisa se demoró un instante para ponerse la capucha antes de enfilear el puente. Era la primera vez que lo cruzaba desde el día en que había llegado.

Amon se detuvo en la floristería del puente y compró un ramillete de flores surtidas.

Raisa sofocó su desesperación. Una voz le susurraba en la cabeza: «¡Regresa!»

Pero no lo hizo.

Amon iba deprisa, como si conociera el camino, y torció hacia el patio que mediaba entre Mystwerk Hall y la Escuela del Templo. El prado marchito por el frío bullía con una mezcla de togas rojas de Mystwerk y atuendos blancos del Templo. Raisa echó la cabeza hacia atrás dentro de su capucha como una tortuga en su caparazón.

«¿Y si entra en Mystwerk Hall? —pensó Raisa—. Cruzar el puente ya ha sido bastante arriesgado. No puedo seguirlo ahí dentro».

Pero Amon tomó el sendero de piedra que conducía a la Escuela del Templo, girando hacia la entrada del extremo derecho. Delante de la maciza puerta de madera se detuvo un momento para alisarse el pelo antes de llamar con la aldaba.

Raisa se había quedado en el sendero principal, situada de tal modo que no pudo ver quién abría la puerta. Pero Amon hizo una reverencia y alargó el ramo de flores. Luego pasó al interior, cerrando la puerta a sus espaldas.

Raisa se quedó paralizada un buen rato en el sendero, sin saber qué hacer a continuación. El amplio porche estaba atestado de novicios y estudiantes, de modo que no era cuestión de arrimarse a la puerta a escuchar. Pero a lo mejor si rodeaba el edificio...

Por suerte, en la planta baja se abría una serie de altos ventanales y cristalerías para dar la máxima luz al interior. Raisa recorrió con sigilo el perímetro del edificio, entre el macizo de arbustos y los cimientos, mirando por cada ventana. Aunque algunos estarían cenando, Raisa vio novicios y estudiantes que estaban leyendo, descansando, bordando, pintando, tocando instrumentos y otras cosas por el estilo.

«Esto es lo que todo el mundo quería que hiciera yo», pensó Raisa, toqueteando la guerrera parda de su uniforme.

En la parte de atrás había un salón con un alegre fuego encendido en el hogar y bandejas de galletas y emparedados dispuestas en las mesas. Amon estaba allí, sentado junto al fuego con la espalda muy tiesa y las manos en las rodillas. Frente a él había una chica sentada con el atuendo del Templo, guapa y de tez olivácea, con una abundante melena rizada: una isleña del Sur. Sostenía el ramillete con una mano y de vez en cuando se lo acercaba a la nariz para olerlo.

En la sala había otras dos parejas, y una novicia de rostro sonrosado ocupaba un asiento en un rincón sin perder de vista a los jóvenes amantes.

Amon estaba de perfil, pero Raisa alcanzaba a ver la sonrisa tímida de la muchacha y sus grandes ojos negros, y a oír el murmullo de su conversación.

Cualquier idiota se daría cuenta de que la muchacha estaba enamorada de Amon Byrne.

Los ojos de Raisa se arrasaron en lágrimas. ¿Cómo era posible? ¿El honesto y franco Amon Byrne la estaba... engañando? Intentó desoír la voz interior que le decía que no podía estar engañándola porque, para empezar, ellos no mantenían una relación sentimental.

«No se miente a los amigos», se dijo Raisa a la defensiva. Amon había dejado de ser él mismo al ocultarle aquello.

Y de pronto, como en un mal sueño que se convierte en una pesadilla, vio que Amon se ponía tenso, cuadrando los hombros bajo la lana azul. Poco a poco volvió la cabeza hasta quedar directamente de cara a Raisa. Durante un momento que se hizo eterno, se quedó petrificada, incapaz de moverse, mirándolo de hito en hito. Entonces, con las mejillas ardientes, se dejó caer del alféizar y retrocedió a trompicones, como un cangrejo, atravesando el macizo de arbustos.

Se enderezó y huyó hacia la fachada del edificio. Apenas había recorrido unos metros cuando una mano le agarró con fuerza el brazo y le dio un tirón.

Raisa se volvió para encontrarse con otra isleña del Sur con el hábito del Templo, aunque ésta era lo menos parecido a una novicia que hubiese visto jamás. Llevaba muchos aretes en la nariz y las orejas, y agarraba con firmeza un siniestro puñal con la mano libre.

Y lo que aún era peor, le resultaba extrañamente familiar.

—¿A quién estás espiando, soldadita?

La chica dio una sacudida a Raisa.

—A nadie —dijo Raisa, tratando de zafarse—. ¡Suelta, que me haces daño!

—Quiero saber quién eres y qué... —Los ojos de la novicia se entrecerraron como si la reconociera—. Te conozco —dijo—. Te he visto en alguna parte.

—Tampoco es para sorprenderse. Yo también estudio aquí —dijo Raisa, aferrándose a la dignidad con ambas manos—. Sólo quería ver cómo es la vida en el Templo.

—Eres de los Páramos —dijo la novicia, estudiando con avidez el semblante de Raisa. Entonces abrió los ojos estupefacta—. Tú eras la chica que estaba con *Pulseras Alister*. Eres la que entró a la Cárcel Militar de Puente del Sur para sacar a los harapientos.

Era Gata. *Gata Tyburn*, el señor de la calle que había sustituido a *Pulseras* como líder de los harapientos. La antigua novia de *Alister*.

No era de extrañar que Raisa no la hubiese reconocido de entrada. El aspecto de Gata era muy diferente, casi cuidado, como un jardín lleno de hierbajos que un jardinero de gran talento hubiese arreglado. Tenía los ojos brillantes y claros, no turbios como antes, y había ganado peso.

¿Qué estaba haciendo en Vado de Oden?

—No sé de qué me hablas —dijo Raisa. De pronto recordó que había visto a *Pulseras Alister* cerca de los establos. ¿Habría alguna relación? Poco importaba. Tenía que escapar.

En un acto desesperado, arreó un puñetazo al vientre de Gata, esperando que ella no aprovechara para cortarle el cuello.

Por suerte, Gata estaba distraída y no vio venir el golpe. Se encogió y soltó el puñal. Raisa echó a correr otra vez, ahora manteniéndose alejada del recinto y el patio del Templo, en dirección a la Calle del Puente. Corría como si la persiguieran mil demonios.

## Desventura

Raisa no paró de correr hasta llegar a Grindell House. Cruzó la sala común como una exhalación, atrayendo las perplejas miradas de Mick y Garrett, que jugaban a las cartas, y de Talia y Hallie, que al final no habían salido. Subió a toda prisa la escalera hasta su habitación, cerró de un portazo y se desplomó bocabajo en la cama.

Poco después oyó que la puerta se abría discretamente.

—¿Rebecca? —Era Talia.

—Márchate —dijo Raisa con la cara hundida en la almohada, deseando tener una habitación para ella sola. Deseando ser una princesa otra vez para poder dar órdenes a quien le viniera en gana.

Como era de esperar, Talia no se marchó sino que se sentó en el borde de la cama.

—Creía que ibais a salir —farfulló Raisa.

—Cambiamos de idea —dijo Talia, acariciando el pelo de Raisa—. ¿Lo has seguido?

Raisa asintió, con el rostro todavía hundido en la almohada.

—¿Cuánto hace que sabíais que estaba viendo a alguien?

—Un poco. No lo ha guardado en secreto...

—Excepto conmigo —terminó Raisa.

Ojalá pudiera desaparecer. ¿Tan evidente era que estaba enamorada de Amon? ¿Cómo iba a mirarlos a la cara otra vez?

Talia masajeó los hombros de Raisa, hundiendo los dedos en sus músculos para deshacer los nudos de tensión.

—No quería hacerte daño.

—Ya. Por eso lo comentó con vosotros y todos os pusisteis de acuerdo en...

—No, no, no. —Las manos de Talia se detuvieron—. No fue así, ni mucho menos. No es muy buen mentiroso que digamos, y sí en cambio puñeteramente honorable. Ha estado muy abatido, por si no te has dado cuenta.

Raisa percibía el amor que encerraba la voz de Talia. Todos los miembros de los Lobos Grises amaban a Amon Byrne. Tenían eso en común.

La puerta se abrió y volvió a cerrarse, y Raisa se removió irritada.

—Vamos, mujer —dijo Talia—. Sólo es Hallie, que te trae una taza de té.

—Puedo traerte algo más fuerte, si quieres —dijo Hallie—. Tengo un poco de coñac que te dejará como una vela apagada.

Raisa negó con la cabeza. Necesitaba tener la mente despejada.

—No sabíamos lo que había habido entre vosotros —prosiguió Talia—. Ni qué promesas os habíais hecho, pero...

—Ninguna —dijo Raisa con amargura—. No había nada. Éramos amigos, eso es todo.

«Solía pensar que se me daba bien descifrar el carácter de las personas —pensó—. Yo amaba a Amon y estaba convencida de que él me amaba a su vez, o de que podría hacer que me amara si conseguía romper las barreras que le imponían la clase y el deber».

¿Podrían ser amigos de nuevo?

Le faltaban energías para preocuparse por haberse topado con *Gata Tyburn*. En ese momento, que le cortaran el cuello le parecía una escapatoria fácil.

Durante la hora siguiente, Hallie y Talia la tranquilizaron, le sirvieron sucesivas tazas de té e intentaron que comiera un poco. Buena parte del tiempo se limitaron a hacerle compañía, cogiéndola de las manos sin decir palabra. Entre el desengaño y la culpabilidad, Raisa se sentía apoyada por su mera presencia. Tal vez en eso consistiera tener amigos de verdad.

Finalmente, oyó el crujido de las escaleras y reconoció los andares de Amon.

—Si lo prefieres, nos quedamos —dijo Hallie enseguida—. Diga lo que diga el cabo.

Raisa negó con la cabeza.

—Tenemos que hablar. Hace mucho que deberíamos haberlo hecho.

Amon llamó a la puerta.

—¡Adelante! —dijo Talia, y Amon abrió la puerta. Se quedó mirándolas a las tres, demacrado y adusto.

Talia y Hallie besaron a Raisa en las mejillas.

—Estaremos abajo, si nos necesitas —dijo Talia, y ambas se marcharon, sorteando a Amon, a quien miraron con dureza.

La habitación se sumió en el silencio. Raisa se incorporó en la cama, con la espalda apoyada contra la pared y los brazos rodeando las rodillas.

Finalmente, Amon acercó la silla del escritorio de Raisa y se sentó al lado de la cama.

—Me alegra que hayas regresado sana y salva —dijo—. Tendría que haber ido en tu busca enseguida, en cuanto vi que habías cruzado el puente.

—Bueno. Habría sido un poco raro —dijo Raisa, apoyando la barbilla en las rodillas—. No vamos a hablar de que haya cruzado el puente, ¿verdad?

Amon negó con la cabeza.

—No. No hablaremos de eso.

Toqueteaba el pesado anillo de oro que llevaba en la mano izquierda. El anillo de los lobos que corrían en círculos.

Raisa casi deseaba hablar de lo del puente. Preferiría discutir con él que mantener la conversación que se avecinaba.

—¿Quién es ella?

Amon levantó la vista.



—Se llama Annamaya Dubai —dijo—. Su familia es de las islas Meridionales, tal como habrás deducido. Su padre es militar; sirve como mercenario en los Páramos. Es uno de los pocos mercenarios del ejército regular en quien mi padre confía.

—¿Cómo la conociste? —preguntó Raisa.

—Mi padre y el suyo lo arreglaron. Pensaron que haríamos buena pareja.

Parecía que hablara de una yunta de caballos de tiro.

—Bueno —dijo Raisa—. Desde luego, es alta.

—Basta, Rai —dijo Amon—. No me estoy disculpando por que me vea con ella. Me estoy disculpando por habértelo ocultado. Puedes emprenderla conmigo cuanto quieras, pero a ella déjala al margen. Es dulce, trabajadora y culta. Es una arpista excelente, con mucho talento. Y se le dan muy bien los caballos. Se ha criado en una familia de militares, de modo que comprenderá que mi primer deber es para con la Guardia.

Fue como si Raisa hubiese encajado un puñetazo en la cara. El corazón comenzó a latirle tan fuerte que llegó a pensar que Amon lo oiría.

—Tienes previsto casarte con ella —susurró.

Amon asintió, mirando al suelo.

—Cuando me haya graduado en la academia, no antes. Pero el plan es que anunciemos nuestro compromiso cuando regresemos a los Páramos en verano.

—¿Qué? —exclamó Raisa, levantando la voz—. ¿Vas a casarte y no me has dicho nada?

Amon alzó la vista hacia ella; sus ojos grises estaban anegados en culpabilidad.

—No tengo defensa. Obré mal y me consta. Me faltó coraje para decírtelo.

La conversación era como una sucesión de golpes. Raisa quería devolvérselos.

«Bueno, está claro que es cuanto uno podría desear en una esposa: una arpista caballuna», tuvo ganas de decir Raisa. Pero cuando miró a Amon, su expresión era tan sombría y desesperanzada que las palabras murieron antes de ser pronunciadas.

—No la amas —susurró.

—No he dicho eso.

—Pero es así. Lo noto. No intentes mentirme, no se te da bien.

Amon la miró a los ojos, y Raisa se dio cuenta de que estaba decidiendo si intentarlo de todos modos. Luego se encogió de hombros.

—Seré un buen marido para ella —dijo.

Y lo sería, salvo por el pequeño detalle de que no la amaba.

«Bien —pensó Raisa—, pues si va a casarse con alguien a quien no ama, ese alguien voy a ser yo».

—Antes de que lleves esto adelante, hay algo que deberías saber —dijo Raisa resueltamente—. Es importante que tomes una decisión bien fundada.

A juzgar por la expresión de Amon, diríase que se enfrentaba a un pelotón de fusilamiento.

—Rai, por favor. Antes de seguir hablando hay algo que debería haberte

explicado antes. Quería hacerlo, pero... Mi padre dijo que no debía porque nosotros...

—No. Escúchame tú —replicó Raisa—. Y luego tendrás tu turno. —Respiró profundamente—. Amon, eres mi mejor amigo. Siempre lo has sido. Eres el hombre más honorable que conozco. Y al parecer no eres la clase de persona que inicia una relación con una chica cuando sabe que no llegará a ninguna parte.

Amon mantenía su mirada gris clavada en el rostro de Raisa.

—No —dijo en voz baja—. No soy esa clase de persona.

Raisa le cogió las manos y le acarició las palmas con los pulgares. Necesitaba aquel contacto físico para que no le fallara el coraje.

—Yo acepté que nunca podríamos casarnos, pero estaba dispuesta a aceptarte fueran cuales fuesen las condiciones que me propusieras. —Sonrió—. Es lo que hacemos las reinas Lobo Gris; tomamos lo que podemos en lo que atañe al amor. Por eso nos llaman brujas y rameras en el sur.

Amon cerró los ojos; las pestañas le destacaban oscuras sobre su piel curtida por el sol. Sus manos estrecharon las de Raisa.

—Vuestra Alteza, os ruego que no digáis cosas que luego lamentaréis. No quiero que las cosas sean difíciles entre nosotros.

—No —dijo Raisa—. Creo que lamentaría no decirlas. Y las cosas ya son todo lo difíciles que podrían ser. —Hizo una pausa y, visto que Amon no decía nada, prosiguió—: Veamos. Me consta que debería contraer un matrimonio político que beneficiara a los Páramos y al linaje. Ahora bien, los tiempos cambian. Los Páramos jamás han enviado a una princesa heredera a Vado de Oden. Y aquí estoy yo, aprendiendo a desprenderme de viejas ideas para abrazar otras nuevas. Tiene que existir un modo de hacer que funcione.

—¿Hacer que funcione qué? —susurró Amon como un hombre agonizante que alarga el cuello, esperando el golpe de gracia.

—Te amo —dijo Raisa simplemente—. Te estoy pidiendo que te cases conmigo.

Raisa no hubiese sabido decir qué clase de respuesta esperaba pero, desde luego, no una expresión que mezclaba deseo, dolor y desesperación.

—No lo comprendes —susurró Amon, meneando la cabeza—. No puedo..., no podemos...

—Sé que eres joven —dijo Raisa enseguida—. Yo tampoco querría casarme tan pronto. Pero si nos casamos, quedaría descartado un posible matrimonio con Micah Bayar. Podemos regresar juntos a los Páramos, y eso acallará las habladurías de sentar a Mellony en el trono. Creo que la gente vería con mejores ojos una boda con un lugareño que con un forastero.

Desde luego los clanes recibirían a un Byrne con los brazos abiertos. Respetaban al padre de Amon, Edon Byrne. Y los Byrne no eran magos ni estaban en deuda con ninguna potencia extranjera.

El plan era muy coherente y tenía que lograr que él lo entendiera. Además de ser

práctico, era lo que ella deseaba. Pero Amon se quedó mirándose las botas.

—Me consta que hay obstáculos —prosiguió Raisa con premura—. Mi madre no dará su aprobación al vez tu padre adopte la misma postura. Pero... podemos vencerlos.

«Aprenderías a amarme —pensó—. Yo te enseñaré».

—No es tan sencillo —dijo Amon, retirando las manos—. No soy libre para casarme contigo.

A Raisa le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué significa que no eres libre? —Un pensamiento horrible le acudió a la mente—. ¿Me estás diciendo... que ya te has comprometido?

Se fijó en el anillo de oro de la mano izquierda de Amon, tan similar al suyo.

—No —dijo Amon—. No estoy comprometido. —Daba vueltas al anillo, deslizándolo por el dedo—. ¿Es mi turno? ¿Ya puedo hablar?

Raisa asintió pese a tener la espantosa sensación de que no iba a gustarle nada lo que Amon le iba a decir.

—Ya sabes que el cargo de Capitán de la Guardia de la Reina es un título hereditario en mi familia —dijo Amon—, por decreto de Hanalea desde hace mil años.

Raisa asintió. Los títulos hereditarios no eran inusuales, aunque sí más comunes entre la nobleza que entre los militares.

—La costumbre es que lo adopte el primogénito de cada generación. Al sucesor lo selecciona el capitán anterior para que sirva a la nueva reina cuando ésta ascienda al trono. —Hizo una pausa, como esperando una reacción por parte de Raisa, pero ella no dijo nada—. Me han elegido para que sirva como tu capitán —dijo Amon—. Mi padre me lo dijo antes de que nos viniéramos al sur.

—¡Oh! —dijo Raisa—. Muy bien. —Ahora que lo pensaba, no le cabía imaginar tener a su lado a nadie mejor—. Es una noticia maravillosa —dijo Raisa—. ¿Por qué no me has dicho nada hasta ahora?

—Verás, no es habitual elegir a un capitán antes de que la princesa heredera asuma el trono. Sería amenazador para la soberana reinante. Podría pensar que la princesa heredera, en connivencia con su guardia personal, intenta ascender al trono antes de tiempo.

—¡Oh! —dijo Raisa—. Bueno, supongo...

—Una vez efectuada la elección, no puede deshacerse, salvo si muere una de las partes. Ésa es otra razón para aguardar hasta que la princesa sea coronada reina.

¿De dónde salen todas estas reglas de las que nada sabía?, se preguntó Raisa. Un ejemplo más de la información que debería haberle transmitido la reina Marianna.

Aun así, tenía la impresión que Amon se estaba apartando del tema.

—¿Pero por qué me cuentas esto ahora? Las funciones de Capitán de la Guardia de la Reina encajan la mar de bien con las funciones de consorte. Tiene todo el sentido del mundo, sólo hace falta convencer...

—No es sólo un legado. Hay una parte de magia —dijo Amon.

—¿Una parte de magia? —Raisa se estremeció, el vello se le erizó como si acabara de entrar una ráfaga de viento por la ventana—. ¿Qué quieres decir?

—Veamos, ¿sabes que el Gran Mago está ligado a la reina de los Páramos de modo que ni él ni ella pueden hacer nada contrario a los intereses de la dinastía Lobo Gris?

—Por supuesto —dijo Raisa—. Aunque parece que a nuestro Gran Mago actual se le haya olvidado —agregó.

—Los capitanes también están ligados —dijo Amon—. Hay una ceremonia que preside un orador. Una vez establecido, el vínculo es permanente. Evita traiciones y garantiza el compromiso del capitán con la supervivencia de la dinastía.

Raisa tuvo que hacer un esfuerzo para no quedarse boquiabierta. Los Byrne eran como la franca voz de la razón frente al histrionismo de la magia, la hechicería innata de los clanes y las seductoras palabras de los oradores.

Estar ligada a Amon sólo podía ser beneficioso, ¿no? ¿Era concebible que pudieran estar más unidos de lo que ya estaban?

—¿Significa que pasaras por esa ceremonia de «ligazón» cuando me convierta en reina? —preguntó Raisa.

Amon negó con la cabeza.

—Ya se llevó a cabo. Antes de que me fuera de los Páramos. Mi padre pensó que era preciso hacerlo dado que ibas a salir de los Páramos y atravesarías una zona en guerra. Y también porque, como has dicho, podría haber una amenaza contra la soberanía de la reina actual.

Levantó la mano izquierda, mostrándole el anillo que llevaba en el dedo corazón. Raisa miró atenta los lobos que daban vueltas alrededor del grueso aro de oro.

—Ya estoy ligado a ti, Raisa. Para siempre.

Algo en su expresión dijo a Raisa que el vínculo tenía sus pros y sus contras. Procuró disimular su estupefacción.

—¿Realmente era necesario celebrar la ceremonia tan pronto? —preguntó—. Lo último que quiero es que la gente piense que estoy conspirando contra mi propia madre. Y no veo por qué motivo tu padre pensó que debía evitar que tú me traicionaras.

—Bueno, también tiene sus ventajas. A veces..., puedo predecir lo que vas a hacer y anticipar a tiempo peligros que vayas a correr y así prevenirlos. Percibo tu presencia, si bien de manera imperfecta.

Raisa recordó el día en que Sloat y sus renegados los atacaron en las Espíritus occidentales. Ella estaba escondida en el bosque, observando el entrenamiento de Amon con su vara. Y él se volvió como si hubiese percibido su presencia y dijo: «¿Rai?»

Y pocas horas antes, mientras estaba espiando por la ventana, se había vuelto para mirarla.

De repente hacía calor en la habitación. Raisa saltó de la cama, fue hasta la ventana y abrió los postigos. Luego se sentó en el borde del hogar.

—Bueno, gracias por contarme todo esto. Finalmente. Aunque todavía no veo qué relación guarda con...

—Un casamiento entre nosotros es un peligro para la dinastía —dijo Amon—. Ésa es la relación.

—Eso..., eso..., eso no es verdad —tartamudeó Raisa—. No puede ser. —Y entonces, al ver que Amon no decía nada, agregó—: ¿Qué te lleva a pensarlo?

—Desde la ceremonia, si..., si nos besamos, o si tengo tentaciones de... —Levantó las manos—. Estoy advertido de que debo guardar las distancias. Me lo impide...

—¿Te lo impide? ¿Te refieres a... la magia?

—Sí.

—¿Qué pasa? —preguntó Raisa con sarcasmo—. ¿Te cae un rayo o...?

—Me mareo. Y luego tengo un dolor insoportable. Siento que voy a desmayarme. Y... tengo que parar.

Se encogió de hombros.

—¿Cuándo te ha ocurrido? —preguntó Raisa.

—Bueno, aquella vez en el camino, cuando compartíamos tienda y tú..., eh..., te arrimaste a mí. Y luego cuando nos besamos, justo antes de que aparecieran Sloat y su tropa.

Raisa rememoró la reacción de Amon en ambas ocasiones. En verdad había parecido enfermo: pálido y sudoroso, y respirando con dificultad.

—¿Cómo sabes que no te la juegan tus propios escrúpulos? —dijo Raisa—. Quizá no sea la dinastía lo que corra peligro, sino el cacareado honor de los Byrne. Sabes que el amor entre nosotros está prohibido, de modo...

—¿Crees que estoy mintiendo? —Amon juntó sus oscuras cejas—. ¿Acaso piensas que esto es un ardid para disuadirte?

—Si es así, hay una manera más fácil de conseguirlo —dijo Raisa—. Basta con que digas que no me amas y te dejaré en paz.

—¿Qué?

—Lo acabo de decir. Sólo tienes que decir: «Rai, no te amo y nunca te amaré». Así de simple.

—Raisa, esto no nos está llevando a ninguna parte.

—¡Dilo!

Amon se rascó la cabeza y el pelo volvió a caerle sobre la frente. Se levantó de la silla y se puso a caminar de aquí para allá.

—¿Y bien?

Amon siguió caminando como un zorro en una jaula.

—¿Quieres hacer el favor de sentarte? Me estás poniendo nerviosa.

Amon regresó y se sentó a su lado. Mirando al suelo, masculló:

—No puedo decirlo.

—¿Por qué no?

—Porque no es verdad. —Levantó a vista hacia ella con los ojos arrasados en lágrimas y la voz quebrada apenas audible—. Te amo, Rai. Ojalá no fuese así, pero así es. ¿Estás satisfecha? ¿Esto lo mejora o lo empeora?

Raisa se quedó momentáneamente sin habla.

—Oh —dijo finalmente, con un hilo de voz. Permanecieron sentados uno al lado del otro pero sin tocarse, cada cual sumido en sus pensamientos. Al otro lado del río, la campana del Templo tocó una vez.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntó Raisa con los labios entumecidos.

Amon se enjugó las lágrimas con el pulgar y el índice.

—¿Lo de la barrera mágica o lo de que te amo?

—Bueno, ambas cosas.

—Nadie habla nunca con las reinas sobre la parte mágica —dijo Amon—. Sólo lo supo Hanalea porque fue quien lo comenzó. Aunque nos liguemos a un sujeto, en realidad nos ligamos al linaje. —Amon buscó los ojos de Raisa—. Hay ocasiones en las que actuamos contra el interés de una reina en concreto para preservar la dinastía.

Lo cual lo convertiría en traidor de una reina concreta.

—Entonces, ¿por qué me lo cuentas a mí —preguntó Raisa—, después de tantas generaciones?

—Bueno, como tú has dicho, los tiempos cambian —dijo Amon—. Ambos estamos infringiendo las reglas. Pero sobre todo porque eres increíblemente persistente. Pensaba que si te ignoraba y te evitaba, te darías por vencida y buscarías a otro.

—No estoy dispuesta a aceptar esto —dijo Raisa—. Tiene que haber una manera de sortearlo. No estás autorizado a casarte con una mujer a la que no amas. Lo prohíbo.

—Tengo que casarme, Vuestra Alteza. Y vos también.

«Para preservar el maldito linaje», pensó Raisa.

—¿Qué me dices de Lydia? Está casada.

—Todavía no tiene hijos —dijo Amon—. No hay nadie en la generación siguiente para tomar el relevo, cuando...

A Raisa se le cortó la respiración al caer en la cuenta. Fulminó a Amon con la mirada.

—Tu padre hizo esto a propósito para separarnos. Sabía que íbamos a viajar juntos a Vado de Oden y que la tentación sería irresistible.

Los ojos de Amon dijeron que sí aunque él no lo dijo en voz alta.

—Hiciera lo que hiciese, lo hizo por la dinastía —dijo Amon—. Es a lo que ha entregado su vida; más que a la familia, más que a cualquier otra cosa.

—Odio a tu padre —dijo Raisa, haciendo pucheros—. Nunca se lo perdonaré. Jamás de los jamases. No tenía derecho a tomar esa decisión por nosotros. —Se

quedaron un rato mirando al suelo con tristeza—. Escucha: probemos. A besarnos, quiero decir. Como si fuese un experimento.

—Bastante difícil es todo ya —dijo Amon—. ¿Cómo crees que lo he pasado yo? Soy de carne y hueso, por si no lo sabías.

—Sólo una vez. Por favor. No pienso rendirme sin presentar batalla. Quizá lo que ha ocurrido antes haya sido una coincidencia. Quizá tenía que ver con esa situación en concreto. Probablemente, el peligro para la dinastía era Sloat, y no algo que tuviera que ver con nosotros.

Amon suspiró. Tras una prolongada pausa, asintió.

—Tienes razón. Supongo que nunca lo sabremos con certeza si no lo probamos. Tal vez haya cambiado algo.

Raisa se volvió de cara a él. La expresión de Amon mezclaba recelo y esperanza. Raisa alargó la mano y le cogió el mentón, que ya comenzaba a estar áspero por la barba incipiente. Notó que Amon tragaba saliva.

Inclinándose hacia delante, posó sus labios sobre los de él, con ternura al principio, luego con más firmeza. Le rodeó el cuello con la otra mano y lo atrajo hacia sí, acariciando el pelo corto del cuello, recorriendo los huesos y los músculos. Se arrimó a él, notando que el corazón de Amon se aceleraba contra su pecho.

Amon deslizó los brazos en torno a ella y la estrechó en un desesperado abrazo.

Algo ondeó entre ellos y Amon comenzó a temblar. Tuvo un violento espasmo y, al cabo de nada, otro. Se apartó y se dobló en dos, agarrándose el vientre. Resbaló hasta el suelo, donde se retorció de dolor, respirando con dificultad.

—¿Qué te pasa? —preguntó Raisa, aunque ya lo sabía.

—Por la sangre del demonio —susurró Amon. Levantó los brazos, cubriéndose el cuello como para protegerse de unos agresores invisibles.

—¡Amon!

Raisa se arrodilló a su lado y le puso la mano en la frente. La tenía húmeda y fría, perlada de sudor.

—No... —dijo Amon, sacudiendo la cabeza de un lado a otro para librarse de su mano—. Lo siento. No... me toques. Por favor.

Raisa retiró la mano de golpe. El sufrimiento hizo que Amon se doblara en dos y gimiera:

—Dulce Hanalea, perdóname —gritó; desesperado de dolor, derramando lágrimas por el rabillo de los ojos. Las convulsiones lo sacudían como las olas contra un acantilado—. Perdona —susurró—. Lo siento.

Raisa fue corriendo a buscar la almohada de la cama y se la metió debajo de la cabeza para que no se golpeará contra el hogar de ladrillo. Lo tapó con su capa porque ahora parecía que estuviera tiritando.

Poco a poco, el ataque fue remitiendo. El cuerpo de Amon se relajó, los ojos se le cerraron y cayó dormido.

Raisa puso otro tronco en la chimenea y se sentó de espaldas al fuego, cerca de Amon pero sin tocarlo, velando su sueño. Tenía frío y, salvo por un dolor sordo debajo del esternón, se sentía entumecida e incapaz de llorar.

El amanecer encontró a la princesa heredera despierta, exhausta y completamente despojada de sueños.



## Un problema de bichos

Unas pocas semanas después de la primera reunión de Han con el grupo de Abelard, él y Bailarín regresaron a la residencia después de cenar.

Bailarín se sentó a su mesa de trabajo y abrió, uno de los libros de Firesmith. Dispuso al alcance de la mano carretes de alambre de oro, barras de plata y piedras semipreciosas. Había gastado una carretada de dinero en materiales para hacer talismanes. Menos mal que habían conseguido vender en los mercados los artículos que habían traído desde los Páramos.

Han sacó su cuaderno y repasó los apuntes que había tomado durante sus sesiones con Cuervo. No quería que le pillara desprevenido. Ojalá pudiera tomar apuntes en el mundo de los sueños y traérselos de regreso consigo. Quizá debería preguntar a Cuervo si era posible.

—¿Te reúnes con Cuervo otra vez? —preguntó Bailarín, trenzando alambres de distintos carretes. Ni siquiera intentó disimular su desaprobación.

—No tengo más remedio —dijo Han—. Estoy aprendiendo muchas cosas. Lo sabes de sobra.

Han siempre compartía con Bailarín lo que aprendía.

—Si es que algo de eso da resultado —dijo Bailarín—. Esos hechizos que usaste contra los Bayar..., ¿han surtido efecto?

Han se encogió de hombros.

—La verdad es que no lo sé. Pero al menos he entrado y salido de sus habitaciones sin ninguna pega.

Había aguardado hasta bien entrada la noche para bajar al segundo piso. Tras inutilizar los hechizos protectores siguiendo las instrucciones de Cuervo, se había colado en sus habitaciones y cortado un poco de pelo para anclarlos a sus propios hechizos.

—Hubiese dicho que entre las clases normales y lo que haces con Abelard tendrías más que suficiente —dijo Bailarín—. A estas alturas debes de estar repleto de conocimientos.

—Mira quién habla —dijo Han, señalando el trabajo de Bailarín—. Dedicas todo el tiempo libre a los amuletos y a encerrarte con Firesmith.

—Al menos yo sé quién es Firesmith —replicó Bailarín—. Y no tengo que ir al Aediion para reunirme con él. —Meneó la cabeza—. Espero que sepas lo que haces.

Justo entonces oyeron que alguien subía la escalera pisando fuerte.

—Blevins —dijo Han.

Bailarín cubrió su equipo de orfebrería mágica con una manta.

La cabeza y los hombros del prefecto aparecieron en lo alto de la escalera. Miró en derredor encolerizado mientras trataba de recobrar el aliento. Una de las ventajas de vivir en el cuarto piso era que Blevins sólo subía cuando no tenía más remedio que hacerlo.

—¿Qué hacen todos esos muebles en el rellano? —inquirió, indicando la pequeña sala común que habían improvisado.

—Los estamos aireando —dijo Bailarín.

Blevins gruñó.

—No estarán llenos de bichos, ¿verdad?

—¿Bichos? —repitió Bailarín, enarcando las cejas—. ¿Por qué lo pregunta?

—Parece que tenemos un problema de bichos en el segundo piso —explicó Blevins—. Hay tres habitaciones infestadas de ratas y ratones. Cada vez que creo que lo hemos solucionado, vuelven a aparecer de la nada.

—No es posible que sólo salgan en tres habitaciones —dijo Han, poniendo cuidado en no mirar a Bailarín—. En cuanto ves un ratón, sabes que tienes un problema en toda la casa.

—Lo único que se me ocurre es que esos chicos estén haciendo algo para atraerlos —masculló Blevins—. Los he trasladado a distintas habitaciones mientras ahumaba las suyas, y los bichos los siguieron como un enjambre de abejas.

—¿A quién? —preguntó Bailarín perplejo, frunciendo el ceño—. ¿A qué chicos se refiere?

—Al principiante Bayar y a los hermanos Mander. Han sido un problema desde el día que se instalaron. Siempre exigiendo esto y aquello, nunca satisfechos. Y ahora esto.

—Si no se apura, acabaremos infestados —dijo Han, haciendo una mueca—. Si ellos son la causa, ¿no podrían mudarse a otra residencia?

Blevins se rascó la barbilla.

—Hombre, hay habitaciones libres en otras partes, ahora que algunos principiantes han suspendido. Me encantaría librarme de ellos, pero ¿quién va a aceptarlos?

—A lo mejor no tiene por qué mencionar su... problema —dijo Han.

Bailarín seguía luciendo su expresión de comerciante serio, aunque las comisuras de la boca le temblaban.

—Desde luego, dormiría mejor sabiendo que se han largado —dijo—. No soporto los ratones ni las ratas.

Al día siguiente, cuando Han regresó a Hampton encontró a Micah y sus primos en plena mudanza hacia otra residencia. Han se detuvo en un extremo del patio y los observó. Incluso a esa distancia alcanzó a ver que Arkeda y Miphis estaban cubiertos de grandes pústulas rojas, como si hubiesen contraído una enfermedad virulenta. La tez de Micah estaba inmaculada, no obstante.

Han sonrió por lo previsibles que resultaban.

Cuando Micah reparó en Han, dejó sus pertenencias y se dirigió a grandes zancadas hacia él, con la capa ondeando a sus espaldas. Han separó las piernas y aguardó con los brazos cruzados.

—Me mudo —dijo Micah—. Hemos encontrado dependencias mejores en otra residencia.

—Ya lo veo —dijo Han. Señaló a los hermanos Mander con el mentón—. Por favor, llévate la plaga contigo.

Micah se sonrojó enojado.

—Leontus consiguió inutilizar el maleficio que usaste. Dijo que no había visto nada igual. Fui a ver a la decana y le dije que tú estabas detrás de esto, pero me exigió pruebas.

—¿No le bastó con tu palabra? —Han meneó la cabeza—. Me dejas pasmado.

—En lugar de expulsarte, Abelard me advirtió que no te pusiera un dedo encima —dijo Micah—. Dijo que si sufrías algún daño me expulsaría a mí. ¿Qué le has dicho? ¿Por qué se pone de tu parte?

Han se encogió de hombros.

—A lo mejor no cree que una rata de alcantarilla como yo sea capaz de echarte un maleficio.

—Yo al menos lucho mis propias batallas, Alister —dijo Micah.

—¿En serio? ¿Y exactamente por qué fuiste a hablar con la decana? —Han señaló a los hermanos Mander, picados de viruelas, que se mantenían a buena distancia, sin quitarles el ojo de encima—. No enviarías anoche a tus primos a hacer un recado mientras Bailarín y yo estábamos fuera, ¿verdad? Parece..., no sé..., que se sientan culpables. Quizá no tengan tantas ganas de obedecer órdenes la próxima vez.

—¿Crees que esto es una especie de broma? —dijo Micah—. No sé qué te propones conseguir, pero no vencerás.

—No estoy bromeando —repuso Han—. Voy totalmente en serio. Y voy a ganar.

Bayar hizo ademán de ir a decir algo más, pero al levantar la mirada vio que Gata cruzaba el patio en dirección a ellos.

Micah dio media vuelta y regresó a grandes zancadas hacia la residencia, recogió sus pertenencias y siguió a sus primos.

Gata agarró el brazo de Han.

—¿Qué ha pasado? —inquirió, clavándole los dedos en la carne—. ¿Qué quería Bayar? ¿Qué ha dicho?

—Se muda —dijo Han, que no vio motivo alguno para abundar en el asunto—. Eso es todo. —Sonrió a Gata—. ¿Qué tal te fue el recital? —preguntó—. Siento no haber podido asistir.

—No importa —dijo Gata, siguiendo con la mirada a Micah—. Nada importa.

Y se marchó, con la espalda encorvada como si cargara con el peso del mundo sobre los hombros.

## Sueño y vigilia

Han toqueteaba su amuleto mientras repasaba las frases del hechizo.

—¿Y bien? —dijo Cuervo impaciente, cruzado de brazos, golpeteando el suelo con el pie—. ¿Vas a intentarlo otra vez o no?

—Me estoy quedando sin energía —respondió Han—. Quizá sería mejor que lo probara cuando haya regresado.

—Si no te veo hacerlo, ¿cómo sabré que está bien hecho? —repuso Cuervo—. Es arriesgado que lo pruebes sin que alguien te supervise. Ahora bien, si no tienes aguante...

Se encogió de hombros.

—¿Sólo sabes esto? ¿Hechizos de ataque? ¿Maniobras de distracción y sorpresas desagradables? Ya no me cabe ni uno más.

Había días en que Han tenía ganas de lavarse las entrañas.

Cuervo puso los ojos en blanco.

—¿Qué otra clase de hechizos quieres aprender?

Han trató de encontrar una alternativa.

—No lo sé... ¿Hechizos de amor?

Cuervo ladeó la cabeza y le dedicó una mirada apreciativa.

—Seguro que no tienes dificultad alguna para satisfacer tus necesidades corporales, Alister —dijo—. Cualquier cosa que vaya más allá de eso es pura ilusión, una fábula que venden a los idiotas y los románticos.

Han enarcó las cejas.

—Eres un cínico de armas tomar, ¿sabes?

—Escucha —dijo Cuervo, clavando sus gélidos ojos azules en Han—. Debes decidir el orden de prioridades. Aerie volverá a ir a por ti. No dejarán de incordiarte hasta que resuelvas este asunto de manera permanente.

—El hechizo de los bichos dio resultado —dijo Han—. Micah Bayar y sus primos se han mudado a otra residencia.

—Pues claro que dio resultado, Alister —dijo Cuervo—. Lo que discuto es la táctica que eliges. Uno no reacciona a un atentado contra su vida dando una bofetada. Ni gastando una broma. —Cerró los ojos, procurando serenarse—. Me parece que no acabas de darte cuenta del gran peligro que corres. Ya he invertido mucho tiempo en ti. No quiero volver a empezar de cero con otro.

—Sé lo que estoy haciendo —replicó Han—. Sólo necesito que no se crucen en mi camino.

Cuervo se cruzó de brazos.

—No puedes permitirte demasiados remilgos.

No es eso, quiso decirle Han. Ya he matado antes. Pero fue de cerca, hombre a hombre; fue desagradable y necesario. No tendí una trampa mágica para que liquidara a mis enemigos limpiamente cuando yo estuviera lejos.

Visto que Han no respondía, Cuervo prosiguió:

—No van a dejarte nunca en paz mientras sigas poseyendo el amuleto. Y cuando los Bayar te asesinen, no será culpa mía.

—Estoy buscando un profesor, ¿de acuerdo? —dijo Han, irritado por la insistencia de Cuervo—. Pero no es tan fácil encontrarlo.

No quería que nadie de Mystwerk supiera que tomaba clases de modales. Y tampoco tenía ningún amigo de verdad aparte de Bailarín y Gata.

Para cambiar de tema, Han dijo:

—¿Qué sabes de la Armadura de los Reyes del Don?

Cuervo miró a Han sin mudar la expresión.

—¿Por qué lo preguntas? —dijo finalmente.

—Hemos hablado de ella en clase. ¿Crees que realmente existió?

Cuervo se encogió de hombros, toqueteándose los puños de la camisa.

—Estoy convencido de que una vez existió, pero no se ha demostrado que todavía exista.

—Hay gente que dice que la tienen los Bayar —dijo Han.

—Hay gente que es idiota —dijo Cuervo—. Si los Bayar estuvieran en posesión de la armadura, de nada serviría oponerse a ellos.

—Creo que la están buscando —dijo Han, atento a la reacción de Cuervo.

La mirada de Cuervo se desvió un momento a su amuleto antes de mirarle a la cara otra vez.

—Si es así, más vale esperar que no la encuentren —dijo.

—Eres Abelard —espetó Han de pronto, confiando en pillar a Cuervo por sorpresa—. ¿No es verdad?

Aquella era su última teoría, y encajaba. Abelard pertenecía al cuerpo docente, era un pozo de sabiduría y se oponía a los Bayar. Además, no querría que le vieran prestar demasiada atención a Han Alister. Bastante sospechoso resultaba ya que lo hubiese incluido en sus sesiones de tutoría. De este modo podría desentenderse de él cuando quisiera sin correr el riesgo de que Han la pusiera en evidencia.

Cuervo podía ser irascible, poco razonable, amedrentador, presuntuoso e impaciente. Igual que Abelard.

«O que Gryphon», pensó Han, otra vez indeciso. Cuervo era amargado y sarcástico, lo mismo que Gryphon.

Cuervo no se inmutó.

—No entiendo por qué te importa tanto saber quién soy. —Puso los ojos en blanco—. Los hechizos son reales, ¿no? Dan resultado, ¿no?

—Sí. —Han asintió—. Dan resultado. —Era cierto. Los hechizos de Cuervo

funcionaban muy bien tanto en el Aediion como fuera de él. Tan bien que a los maestros de Han les asombraba su rápido progreso.

—Si adivino quién eres, ¿me lo dirás? —preguntó Han.

Cuervo sonrió. Sabía ser encantador cuando se lo proponía.

—Eres implacable, Alister. Eso me gusta de ti.

«Abelard», pensó Han otra vez.

—Siendo aristócrata, ¿cómo se te ocurre hacerte llamar Cuervo?

—Ya sabes cómo son los cuervos —dijo Cuervo, borrando su sonrisa—. Rebuscan entre los huesos de los muertos.

Se quedó con la cabeza gacha, como perdido en sus recuerdos, mientras la luz de la ventana se extinguía en su pelo.

«¿Qué te hicieron, Cuervo? —se preguntó Han—. ¿Es posible que fuese peor que lo que me hicieron a mí?»

Cuervo podía ser un amargado, pero también lúcido, resuelto, persistente, brillante, trabajador, minucioso e increíblemente culto.

Cuervo a veces se metía en la mente de Han sin permiso para demostrar alguna parte complicada de un encantamiento. Tal vez resultase práctico para Cuervo, pero Han se sentía invadido. Con frecuencia lo hacía cuando a Han casi no le quedaba poder.

A veces, después de sus sesiones, Han se sentía como si hubiese estado bebiendo sidra con hierba de tortuga. Tenía grandes lagunas de memoria: tiempo transcurrido del que no podía dar cuenta. Se sentía como si le hubiesen pisoteado la mente hasta reestructurarla.

«Tengo que descubrir cómo impedir que se meta en mi cabeza», decidió Han. Pero era poco probable que Cuervo le enseñara ese truco.

Siempre se reunían en el mismo lugar: el campanario de Mystwerk Hall. Las primeras veces Bailarín había montado guardia junto a Han, pero Han no tardó en pedirle que dejara de hacerlo. Bailarín tenía mucho trabajo que hacer. No podía pasarse la noche en vela sujetando la mano de Han.

Han halló un nuevo refugio entre las polvorientas estanterías del desván de la Biblioteca Bayar, donde se guardaban textos y archivos tan viejos y extraños que nunca los consultaba nadie. Se instaló en un cuarto con un camastro y una mesa que subió de tres pisos más abajo. Era más fácil llegar allí que a la torre de Mystwerk, no tenía que preocuparse de que un campanero tropezara con su cuerpo inerte. Le divertía haberse adueñado de un trozo de la Biblioteca Bayar.

Tres o cuatro noches por semana Han se iba a hurtadillas a su escondrijo, cruzaba al Aediion y trabajaba como un esclavo hasta que su amuleto quedaba prácticamente agotado.

Esto constituía un problema dado que sus clases diurnas requerían poder. Lo más que podía hacer era rellenar el talismán entre las sesiones nocturnas. Gryphon nunca perdía la ocasión de lanzarle una pulla cuando su amuleto vacío no daba la talla.

Cuervo daba la impresión de poseer energía ilimitada. Tampoco era de extrañar: Han hacía todo el trabajo.

Por las mañanas con frecuencia se levantaba completamente agotado; recordaba a medias sueños que aún circulaban por su cabeza y tenía la sensación de haber pasado toda la noche trabajando. En ocasiones se despertaba tarde y tenía que ir a clase desde la biblioteca con la misma ropa que llevaba el día anterior. Había llegado varias veces con retraso a la clase de Gryphon, que, por desgracia, era la primera del día.

Como Han permanecía fuera toda la noche, Bailarín suponía que estaba viendo a una chica y que no deseaba compañía. «Te equivocas —pensaba Han—. Llevo una vida monacal».

Si Han y Cuervo acordaban una sesión de cuatro horas, Cuervo lo retenía seis. No dejaba que se marchase hasta que el amuleto estaba casi seco y Han, mareado, y entonces se quejaba, diciendo a Han que la próxima vez debería cargarlo con más poder.

Las pullas de Cuervo siempre dolían porque Han tenía muchas ganas de aprender. Nunca había trabajado tan duro. «Podríamos hacer mucho más —pensaba Han— si confiáramos el uno en el otro. Si no pasáramos tanto tiempo criticándonos mutuamente. Es como si ambos quisiéramos ser los cabecillas de la misma banda».

—¡Alister! —La voz de Cuervo irrumpió en sus pensamientos—. Estás aletargado.

—Lo siento. Nos vemos mañana por la noche —dijo Han—. Gracias por la lección.

Agarrando el amuleto, pronunció el hechizo que cerraba el portal.

Y al abrir los ojos se encontró con que la luz entraba por las ventanas de la biblioteca.

Se incorporó de golpe, maldiciendo. ¿Qué hora era, a todas éstas? Lo último que le faltaba era llegar tarde a la clase de Gryphon una vez más.

Como respondiendo a esa pregunta, las campanas de la Torre de Mystwerk comenzaron a sonar. Ding dong, ding dong... Eran las ocho.

Huesos. Volvía a estar en apuros.

No tenía tiempo de hacer el recorrido por los tejados. Bajó disparado las angostas escaleras, dando vueltas y más vueltas hasta la planta baja. Por suerte, todavía no había ningún diplomado de guardia. Salió a la carrera por la puerta principal y chocó de pleno con Fiona Bayar, faltando poco para que la tirara al suelo.

Le agarró el brazo para ayudarla a incorporarse.

—Lo siento. Es que..., no te había visto.

«Mamá tenía razón —pensó Han—. Me maldijo el demonio».

Fiona era casi tan alta como Han, de modo que lo miró directamente a los ojos.

—Que llegues tarde a clase, Alister, no significa que puedas ir atropellando a la gente —dijo Fiona. Miró la mano que le sujetaba el brazo y enseguida se soltó.

Han señaló con la cabeza hacia Mystwerk Hall.

—Vamos, ya llegamos tarde.

—¿Qué hacías en la biblioteca? —preguntó Fiona.

—Madrugo para leer.

—Si ni siquiera está abierta —señaló Fiona.

—Así hay más paz y tranquilidad.

Han echó a caminar sin volverse para ver si lo seguía.

—Las marcas de la cara han mejorado —dijo Fiona, avivando el paso para alcanzarlo. Al ver que Han no contestaba, insistió—: Ya no llevas cabestrillo, así que supongo que el brazo se te ha curado.

—Era la clavícula, en realidad —dijo Han. De vez en cuando aún sentía punzadas de dolor.

—¿Qué sucedió exactamente? —preguntó Fiona mientras entraban a Mystwerk Hall.

—Tropecé en la escalera. —Fiona dio un resoplido—. En serio. Pregunta a tu hermano.

Enfilaron la escalera hacia el aula.

—Eso no tendría que haber ocurrido nunca —dijo Fiona—. Mi hermano no siempre medita lo que hace.

Han se agarró a la barandilla para no dar un traspié. ¿Le estaba diciendo que lo sentía?

—Nuestro padre no estará nada contento cuando se entere —prosiguió Fiona, como si le leyera el pensamiento—. Quiere que te lleven de vuelta vivo para interrogarte antes de que te ahorquen por asesinato.

—Eh, un momento, seamos justos —dijo al abrir la puerta del aula—. Si a mí me cuelgan por asesinato, también deberían colgar a lord Bayar.

Su voz pareció retumbar en la silenciosa aula. Los alumnos volvieron la cabeza. Micah Bayar dejó de estar repantigado y se irguió, abrazándose las rodillas, con la mirada fija en ellos.

Gryphon había estado hablando, pero su voz fue bajando hasta convertirse en un elocuente silencio mientras Han y Fiona se dirigían a sus respectivos asientos.

—Principiante Alister, lady Bayar. Llegan tarde.

Y un espíritu demoníaco hizo decir a Han:

—Mis disculpas, señor. Lady Bayar necesitaba ayuda para hacer los deberes.

Fiona le lanzó una mirada de incredulidad.

Gryphon la observó un buen rato; sus extraños ojos turquesa destacaban sobre la tez pálida.

—Alister, ha llegado tarde cuatro veces en las últimas dos semanas. Según parece prefiere dormir antes que asistir a clase. A lo mejor piensa que esto es una pérdida de tiempo. Quizá crea usted que está por delante de sus compañeros.

—No, señor, no es verdad —dijo Han—. Es que me he quedado despierto hasta tarde, estudiando, y...



—Pues entonces resúmanos el capítulo nueve —interrumpió Gryphon, adelantando la cabeza como un ave de presa.

—El capítulo nueve. —Han se humedeció los labios. No había ni abierto el Kinley, en realidad. Había pasado toda la noche con Cuervo—. Lo siento, señor —dijo—. No lo he leído.

—¿No? —Gryphon enarcó una ceja. Garabateó algo en un papel, lo dobló y lo empujó hasta el borde del atril—. Queda expulsado de esta clase hasta el final del trimestre. Por favor, lleve esta nota al despacho de la decana Abelard. Quinta planta.

El despacho de la decana Abelard estaba tres pisos más arriba que el aula. Han arrastró los pies todo el camino como un niño enviado a que le den unos azotes. Había visto a la decana en sus sesiones de estudio en grupo, semana tras semana, pero había evitado más reuniones a solas con ella.

De todas sus clases, la de Gryphon era la que más le interesaba. Amuletos, hechizos, uso de talismanes... Aparte de las sesiones de Abelard, le parecía lo más afín a su propósito. Ciertamente era que con Cuervo aprendía, pero no quería tener que depender de él para su formación como mago. Quería ir más allá de los hechizos de ataque y defensa.

Cuando el diplomado le hizo pasar al despacho de Abelard, ella estaba terminando de despachar la correspondencia.

—Siéntese, Alister —dijo, indicándole una silla.

Se sentó.

Abelard se retrepó en su sillón, apoyando las manos en el borde del escritorio.

—¿Y bien? ¿Qué sucede esta vez? ¿No se supone que debería estar en clase?

Han le pasó la nota.

—El maestro Gryphon me ha echado de clase por llegar tarde.

Abelard leyó la nota.

—Ya veo. ¿Tiene algo que decir en su defensa?

—He llegado tarde. Me quedé dormido.

—Vaya. —Abelard dejó caer la nota sobre el escritorio—. Tengo entendido que su asistencia a clase se ha vuelto un tanto errática. Llega tarde constantemente. Y sin embargo su rendimiento en los exámenes y las prácticas es muy superior al de sus compañeros. ¿Cómo se explica eso?

Han se encogió de hombros.

—Trabajo duro. Y por eso me quedé dormido. Me acosté tarde.

—Y luego llega a clase agotado y con el amuleto prácticamente desprovisto de energía —dijo Abelard.

—Intento recargarlo. Quizá no tengo tanto poder como creo.

Han bajó la vista al escritorio.

—¿Es posible que no se sienta motivado en sus clases? —preguntó Abelard,

tamborileando con los dedos sobre la nota de Gryphon.

—No, no es eso. Saco mucho provecho de la clase de Gryphon. Tenía la intención de ser puntual pero calculé mal el tiempo.

—¿Con quién más está trabajando, Alister? —dijo Abelard en voz baja—. ¿Acaso tiene un mentor?

Han procuró mostrarse perplejo.

—Tengo los mismos profesores que todos los demás: Gryphon, Leontus, Firesmith...

—No me mienta —dijo la decana, sacando chispas por los ojos—. Puedo hacer que su vida sea muy complicada.

—Leo mucho —dijo Han—. Pregunte a cualquiera. Me paso el día en la biblioteca. —Levantó la vista hacia ella—. Si voy a hacerle de matón, tengo que estudiar mucho para mantenerme con vida.

Se sostuvieron la mirada un buen rato y, al cabo, fue Abelard quien la apartó primero.

—¿Le gustaría que rescindiera la orden del maestro Gryphon? —preguntó, acercándose un tintero y cogiendo una pluma.

Han negó con la cabeza.

—No, gracias.

Abelard ladeó la cabeza.

—¿Por qué no?

—Gryphon lleva razón —dijo Han—. No puedo llegar tarde a clase cada dos por tres. Lo que ha hecho Gryphon es justo, por más que no me guste.

Abelard se inclinó hacia delante.

—Si le preocupa que el maestro Gryphon se enfade porque yo intervenga, permítame asegurarle que...

—Pero me gustaría volver a clase en el trimestre de primavera —interrumpió Han—. Quizá podría solicitar eso.

—Por supuesto —dijo Abelard, anotándolo.

—Bien. —Han sonrió—. ¿Requiere algo más?

Hizo ademán de ponerse de pie.

—Quiero que el próximo trimestre enseñe al grupo de estudio —dijo Abelard bruscamente—. El tema será viajar al Aediion.

Huesos.

—Decana Abelard, no creo que eso sea...

Abelard levantó la mano para hacerle callar.

—Entiendo que su éxito quizá se deba a su amuleto. Aun así, quisiera que diera clases a los demás miembros del círculo. Aunque sólo unos pocos de nosotros logremos dominar la técnica, resultará muy útil para comunicarse a través de los Siete Reinos. Quizás un día no muy lejano dispongamos de mejores herramientas en nuestro arsenal.

—Es una pérdida de tiempo —protestó Han—. El maestro Gryphon ya lo ha cubierto y casi todos los miembros del grupo de estudio lo han probado.

—No le estoy dando elección —dijo Abelard—. Tendrá un montón de tiempo para prepararse. Pero esté listo en primavera.

Han se tragó otros argumentos y asintió.

—De acuerdo.

Abelard seguía mirándolo fijamente, tamborileando con los dedos sobre el cartapacio del escritorio.

—Alister, a usted es difícil interpretarlo. Salta a la vista que por sus venas corre sangre de mago. Parece un purasangre. No ha mencionado a su padre. ¿Es posible que su madre se emparejara con...?

—No —dijo Han, de súbito ansioso por marcharse del despacho—. No es posible. Mi padre era soldado y murió en Arden. —Se levantó—. Si no ordena nada más...

—Eso es todo.

Abelard le indicó que se retirase con un gesto de la mano.

—¿Qué ha pasado con la decana Abelard? —preguntó Bailarín cuando salieron de la clase de Fulgrim y se dirigían al comedor.

—Me han echado de la clase de Gryphon hasta el final del trimestre —dijo Han—. Sólo será una semana. Hará que me vuelva a admitir en primavera.

Bailarín asintió.

—Podría ser peor.

«Y lo es», pensó Han. Le dolía la cabeza. Estaba muy preocupado.

—Si durmieras en Hampton, podría asegurarme de que te levantas —se ofreció Bailarín.

—No tienes por qué hacerme de niñera —gruñó Han. Se sentía tan frágil como un cristal hecho pedazos que ya no encajan entre sí.

—Soy tu amigo —dijo Bailarín, dando grandes zancadas para no rezagarse—. Es mi deber ayudarte si puedo. Tú harías lo mismo conmigo.

Han suspiró.

—Perdona. Tienes razón. Gracias. Quizá lo probemos después de las vacaciones de invierno.

Gata los aguardaba delante del comedor. Dos o tres veces por semana, como mínimo, Han almorzaba con Gata y Bailarín. Al principio se sentía como un árbitro, desviando las pullas e insultos de Gata. Pero eso terminó cuando Gata se dio cuenta de que afrentar a Bailarín no era nada gratificante. A él, sus ofensas parecían resbalarle.

Gata estaba cada día mejor. Había dejado de mostrar sus puñales por fuera de la túnica, aunque Han sabía que todavía tenía alguno escondido. Su mirada era clara, sin rastro de hierba de tortuga ni de *razorleaf*, como tampoco de los efectos de beber en exceso.

«Me alegra que la convenciéramos para que viniera —pensó Han—. Ocurra lo que ocurra, al menos esto lo he hecho bien».

En aquel momento tenía la cara arrugada como si se muriera de ganas de contar un secreto o de formular una pregunta pero no se atreviera a desembuchar. Se sirvieron el almuerzo y fueron a sentarse a la mesa de costumbre, junto a la ventana.

Han no tenía energías para entrometerse, de modo que comía en silencio, frotándose la frente con el pulpejo de la mano.

Y Bailarín no le preguntaría. Fingía no darse cuenta, aunque había muy pocas cosas de las que no se percatara a propósito de Gata. De ahí que optara por lanzarse a una detallada descripción del talismán que estaba haciendo con el maestro Firesmith, y que servía para proteger una vivienda de las llamas.

Gata puso los ojos en blanco y miró a Han con la esperanza de cambiar de tema.

—¿Qué te pasa?

—Me han echado de la clase de Gryphon hasta el final del trimestre —dijo Han.

—¿Eso es todo? —Gata escrutó el rostro de Han, entornando los ojos como si no le creyera.

Han se encogió de hombros.

—Para eso vine aquí. Para aprender magia.

—Pensaba que a lo mejor tu chica aristócrata te había partido el corazón —repuso Gata, con una sonrisita de complicidad.

Esto sí que llamó la atención de Han. Levantó la vista hacia Gata.

—¿Qué chica aristócrata?

—Bueno, sabía que estabas saliendo con alguien porque estás fuera casi cada noche, dejándome con este cabezacobriza todo el rato. —Señaló a Bailarín con la cabeza—. Anoche, por fin descubrí quién es.

—¿Quién? —preguntó Han, desconcertado. Miró a Bailarín, que estaba tan perplejo como él.

—Rebecca —dijo triunfante Gata.

—¿Qué Rebecca?

Gata le dedicó una mirada sardónica.

—Rebecca Morley, traidor. ¡La vi fuera de la Escuela del Templo ayer noche!

—¿Está aquí? ¿En Vado de Oden?

Han la miró de hito en hito, el corazón le palpitaba contra las costillas tan fuerte que daba la impresión de que los otros dos tuvieran que oírlo.

—Bueno, aquí es donde está la Escuela del Templo, ¿no? —Gata juntó las cejas—. ¿No te estás viendo con ella?

Han negó con la cabeza.

—No. Ni siquiera sabía que estuviera aquí.

—Vaya —dijo Gata. Hizo una mueca y se puso a comer patatas, como si el asunto hubiese quedado zanjado.

Han creyó haber visto a Rebecca cerca de los establos el día que llegaron a Vado

de Oden. Pero había descartado la idea porque carecía de sentido.

—¿Estás segura de que era ella?

Gata asintió, masticando.

—¿Por qué estaba allí? —preguntó Han—. ¿Acaso va a la Escuela del Templo?

Era posible, aunque él hubiese pensado que iría a la de Puente del Sur o a la Escuela de la Catedral.

Gata meneó la cabeza.

—Llevaba uniforme de soldado.

—¿Está en Casa Wien? Me parece muy raro.

Aunque podía tener un genio temible, Rebecca era menuda y ligera. No estaba hecha para ser soldado.

—¿Qué quieres que te diga —dijo Gata, poniendo mala cara—. Es lo que llevaba puesto.

—¿Qué estaba haciendo en la Escuela del Templo? —preguntó Han.

Gata se revolvió en la silla.

—Bueno, me alegra haberte levantado el ánimo —dijo—. Ya no se te ve tan abatido como antes.

—Gata.

—Estaba..., estaba espiando al cabo Byrne.

«¿El cabo Byrne también estaba allí?»

—Dices que lo estaba espiando. ¿Qué hacía?

Gata se dio por vencida.

—El cabo Byrne ha estado saliendo con Annamaya. La conociste, ¿te acuerdas? ¿En la Escuela del Templo? Viene a verla regularmente, dos veces por semana. Nunca hacen nada más que cogerse de la mano, todo muy formalito. —Puso los ojos en blanco, como diciendo «¿para qué?».

—Total, que yo iba por el sendero hacia la residencia y vi que había alguien agazapado detrás del macizo de arbustos, atisbando el salón. Miré por la ventana y vi al cabo Byrne sentado con Annamaya. Y la chica que los espiaba era Rebecca.

—El cabo Byrne de Puente del Sur, ¿verdad?

—Es el único que conozco.

Han no lograba imaginarse a aquel cabo Byrne engañando a Rebecca. Ni saliendo con dos chicas a la vez.

—¿Le dijiste algo?

—¿A Annamaya?

—A Rebecca.

—Le pregunté qué hacía allí —contestó Gata esquivando la mirada de Han.

—¿Y bien? —dijo Han impaciente—. ¿Qué te dijo?

—Que estudiaba aquí.

—¿Le dijiste algo sobre mí? —preguntó Han.

Gata le miró torciendo el gesto.

—¿Por qué tendría que decirle algo sobre ti? ¿Te crees que todo el mundo anda olisqueando tu culo?

Han lanzó una hosca mirada a Bailarín, que estaba sonriendo.

—Pensé que a lo mejor te estaba engañando con el cabo Byrne y que por eso le estaba espiando engañándola a ella —prosiguió Gata—. Huyó sin darme tiempo a preguntárselo.

—¿Por qué huyó? —preguntó Han.

Gata podía hablar por los codos sin llegar a decirte lo que querías saber.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —Hizo una pausa y luego agregó a regañadientes—. Bueno, yo había sacado mi puñal.

Han y Bailarín cruzaron una mirada.

—¿Tu puñal? —dijo Bailarín, arrugando la frente.

—Bueno, la vi merodeando y al principio no la reconocí, y no sabía qué intenciones tenía, y luego no me di ni cuenta de que lo había sacado.

—Ya me imagino cómo pasó —dijo Han secamente.

—He hablado con Annamaya y dice que se va a casar con el cabo Byrne. Aunque eso será dentro de mucho tiempo. Lo que es yo, pienso que si vas a casarte, lo mejor es hacerlo cuanto antes.

Han carraspeó.

—¿Sabes dónde vive...?, Rebecca, quiero decir.

—No lo sé. Prueba en Grindell House. Al otro lado del río. Ahí es donde vive el cabo Byrne.

## Una reunión de exiliados

Raisa descubrió que tener amigos tenía una desventaja: siempre intentaban alegrarte cuando lo único que querías era sentir pena de ti misma.

Las semanas posteriores a que Raisa siguiera a Amon a su cita se convirtieron en un vago recuerdo doloroso, y luego comenzaron los exámenes del final del trimestre. Raisa estuvo demasiado atareada para deprimirse, y Hallie y Talia estuvieron demasiado atareadas para darse cuenta. Pero cuando los Lobos Grises terminaron sus exámenes hubo tiempo de sobra para aplastarse. Y para darse cuenta. Comenzaron las fiestas de fin de trimestre, que culminarían con la celebración del solsticio.

Raisa no sabía exactamente qué habían contado Hallie y Talia a los demás, pero las conversaciones solían interrumpirse cuando ella entraba en una habitación. Cada uno intentaba ayudarla a su manera. Garrett se ofreció a compartir con ella la petaca de Whisky que guardaba escondida debajo de una tabla del suelo, y Mick intentó regalarle una silla de montar de los clanes que Raisa siempre había admirado.

Ahora era Raisa quien estaba fuera de Grindell Hall tanto tiempo como podía. Cuando Amon estaba en la residencia se encerraba en su habitación. Si tenían que estar juntos, se mostraba cortés, bien dispuesta y serena.

No estaba enfadada con él, pero no soportaba la sombría expresión de culpabilidad de su rostro, como si deseara decirle algo pero no supiera cómo hacerlo. Y tampoco las elocuentes miradas que cruzaban los demás.

Tal vez sintiera pena de sí misma pero no quería que la compadecieran.

En una ocasión, mientras los demás estaban fuera, Amon llamó a la puerta de su habitación.

—Rai —dijo—. No aguanto más. Sal y habla conmigo.

—Ahora mismo no puedo —contestó Raisa con aplomo—. Estoy estudiando.

—Rai —dijo Amon otra vez, y Raisa supo que estaba apoyando la cabeza contra la puerta—. Por favor. Eres mi mejor amiga.

—Y tú el mío. Pero ahora mismo no puedo atenderte, ¿de acuerdo?

Se le atragantó un sollozo y se quedó sin habla, de modo que permaneció sentada, con los puños apretados, respirando profundamente hasta que Amon se marchó.

La tarde de la víspera del solsticio la sala común rebosaba de conversaciones sobre planes para las fiestas que se celebrarían aquella noche y que culminarían con el castillo de fuegos artificiales. Amon, al parecer, los vería desde el Templo con Annamaya. Daba vueltas por la sala contigua fingiendo no escuchar cómo los demás intentaban convencer a Raisa de que saliera.

—Ven con nosotras —insistió Talia—. Hemos quedado con Pearlie en la Calle del

Puente. Cenaremos y cogeremos un buen sitio para verlos fuegos artificiales.

—Has estado trabajando como una esclava todo el trimestre —agregó Hallie—. Mañana me voy a casa, así que será la única ocasión que tendremos de salir juntas.

Hallie era el único Lobo Gris que viajaría a su tierra durante las vacaciones del solsticio. Aunque el viaje de ida y vuelta duraría más que la visita, a ella le merecía la pena con tal de celebrar las fiestas con su hija.

Raisa aguardó a que Talia fuese al lavabo y entonces se llevó a Hallie a un lado.

—Hallie, ¿te importaría llevarte a los Páramos una carta para mi madre? —dijo en voz baja—. Ya casi la tengo escrita, y puedo terminarla y dejarla encima de tu cama para que te la lleves.

—Pues claro —dijo Hallie—. ¿Pero cómo daré con ella? ¿Dónde vive?

—Lord Averill es amigo suyo —dijo Raisa—. Si se la llevas, él se encargará de que la reciba. Y si hay respuesta, me la puedes traer cuando regreses. —Raisa hizo una pausa—. Pero asegúrate de que la entregas a quien corresponde. A nadie más. ¿De acuerdo?

—Entendido —dijo Hallie, asintiendo.

—Y, por favor, no se lo digas a nadie —dijo Raisa. «Sobre todo a Amon», pensó Raisa.

Hallie se encogió de hombros.

—Dalo por hecho, si es lo quieres. Bueno, ¿y qué hay de la cena? Ya sé que no te gusta ir a las tabernas, pero al fin y al cabo hoy se trata de una fiesta.

Raisa negó con la cabeza.

—Gracias por pedírmelo, pero cenaré en el comedor, leeré un rato y me acostaré temprano. —Bostezó exageradamente—. Si a medianoche todavía estoy despierta saldré al patio a verlos fuegos artificiales.

—Pues entonces nos quedaremos a cenar contigo —dijo Talia—. Te haremos compañía. A lo mejor cambias de idea sobre lo de los fuegos.

—Ni hablar —espetó Raisa—. Estoy bien, de verdad. Os ruego que no cambiéis de planes por mi culpa.

Levantó la vista. Amon estaba en el umbral. Sus ojos grises reflejaban sufrimiento.

Finalmente se marcharon, volviendo la vista atrás varias veces pero sin más intentos por convencerla.

Raisa fue al comedor casi vacío. Por una vez había carne en abundancia y pastelillos de caramelo hilado e incluso galletas del solsticio glaseadas como pequeños soles. Regresó a Grindell y pasó a limpio la carta para la reina Marianna. Después de dejarla encima de la cama de Hallie, puso sus libros sobre la mesa de la sala común y abrió la *Historia abreviada de la guerra en los Siete Reinos*. Pese al título, tenía ochocientas páginas. Menos mal que no tenía que leer la versión completa.

Seguro que el trimestre siguiente tendría otra vez a Tourant en las clases de



exposición oral sobre Historia de la Guerra II. Suponiendo que consiguiera aprobar la primera parte. Le parecía imposible suspender en un tema que le resultaba tan fascinante. Ojalá los exámenes los pusiera el maestro Askell en lugar de Tourant.

Raisa abrió el libro y pronto quedó absorta en la lectura. Varios de los capítulos sobre el uso de la magia en la guerra aludían a Hanalea, que había utilizado una táctica de tres flancos después del Quebrantamiento para luchar contra los piratas, los bandidos y la invasión desde el sur. La reina guerrera había sido una innovadora y había corrido sus riesgos. Su legado todavía perduraba.

¿Qué clase de legado dejaría ella, Raisa? ¿Sólo dolor y decepción?

Raisa se apoyó en el respaldo, frotándose los ojos. La residencia estaba más silenciosa que una tumba. Fuera, las campanas del templo daban la hora. Las nueve en punto.

De repente no soportó la idea de quedarse sola en su habitación la noche más festiva del año; una noche sin toque de queda. «Estamos dando la bienvenida al año nuevo —pensó—. Un tiempo de nuevas oportunidades. Quizás una noche para arriesgarse».

Decidió que no le haría ningún daño un poco de aire fresco y cogió la capa del perchero de la pared.

Una vez en la calle, Raisa torció hacia el río. Oía la música de la Calle del Puente, donde al cabo de unas horas comenzarían los fuegos artificiales. ¿Tan arriesgado sería ir sólo una vez? Buscaría a Hallie y Talia y brindaría con ellas, al menos. Hacía mucho tiempo que no veía fuegos en el cielo. Y sería una lástima no pasar con Hallie su última noche en la academia.

Mientras se dirigía hacia el río no podía quitarse de encima la sensación de que alguien la observaba. Pero cuando dio media vuelta no vio a nadie. Había un montón de gente en las calles, más atestadas cuanto más se acercaba al río.

La academia había atado ramas verdes alrededor de las farolas y colgado linternas a lo largo de las calles para guiar la luz hacia los Siete Reinos. Los templos estaban vivamente iluminados, engalanados con brillantes guirnaldas y velas para ahuyentar la oscuridad. En el interior, los oradores y los coros cantaban himnos a la Hacedora y bebían cuencos de cerveza especiada, igual que en su tierra. Raisa se fue animando poco a poco.

Mientras se abría paso por las estrechas calles adoquinadas de la ciudad vieja, unos lobos grises la adelantaron al trote, aullando como si quisieran llamarle la atención. Se detuvo y miró en derredor. No vio nada. Procuró calmar su palpitante corazón.

Los lobos a veces significaban un momento crucial. Quizás aquella víspera de solsticio le brindara nuevas oportunidades.

«Se ha terminado el tiempo de hacerte ilusiones», se dijo a sí misma, procurando no pensar en Amon. No podía casarse con Amon Byrne; ni siquiera estar simplemente con él. Ese camino quedaba cerrado. ¿Qué otro podía tomar?

Podía casarse con alguien de fuera de los Páramos. Liam Tomlin de Tamron había dejado claro que estaba interesado, aunque no sabía con qué propósito. Liam tal vez fuese la mejor opción de matrimonio desde un punto de vista político, pero necesitaba más información para saberlo con certeza.

Nada había de malo en que Liam fuese más joven, más guapo y más atractivo que cualquiera de los demás principitos con los que era más probable que la emparejaran. No lo amaba, pero era infinitamente preferible a Gerard Montaigne, que le provocaba escalofríos.

Podía hacer lo que su madre tenía en mente y casarse con Micah Bayar, matrimonio que sin duda precipitaría una avalancha de consecuencias entre las que posiblemente se contaría una guerra con los clanes. Pero ella era más fuerte que su madre, más obstinada. Las sogas mágicas dispuestas por los oradores quizá la protegerían. Una unión entre la dinastía Lobo Gris y el Consejo de Magos sería poderosa. La Guardia y el ejército permanecerían leales a la reina. Probablemente.

Podía casarse con un miembro de la realeza de los clanes tal como había hecho su madre. Eso complacería a los clanes y enfurecería al Consejo de Magos. Reid Demonai era un pretendiente posible, aunque no faltarían candidatos en cualquiera de los demás campamentos.

Hanalea no se había casado por amor. Nadie sabía nada acerca del consorte con quien se había casado después del Quebrantamiento. Se había concentrado en salvar el reino. Constituía un ejemplo a seguir.

Raisa estaba inmersa en tal maraña de estrategias que faltó poco para que chocara contra una pared de ladrillo. Miró en derredor y se dio cuenta de que apenas se oía la música. Se había extraviado en un laberinto de callejones de ladrillo. Dio media vuelta y comenzó a desandar lo andado pero se encontró con que alguien le cortaba el paso.

—Vaya, mira quién está paseando sola la víspera del solsticio —dijo—. ¿Nadie con quien salir de fiesta?

Era Henri Tourant, borracho como una cuba y apestando a cerveza, vestido con su habitual chabacanería.

Raisa se quedó paralizada un momento, decidiendo qué hacer. Finalmente asintió y le dijo:

—Diplomado Tourant, feliz Año Nuevo. Salga el sol otra vez.

Trató de apartarlo para ir hacia la calle, pero Tourant la agarró del brazo, le dio un tirón hacia él y la empujó contra la pared, apretándole el cuello con un brazo.

—¡Suélteme! —intentó gritarle Raisa, pero la presión sobre la tráquea le impidió imprimir mucho volumen a su voz.

El callejón estaba atestado de lobos grises con el pelo del lomo erizado. Sus aullidos reverberaban contra las paredes de ambos lados.

—A lo mejor te gustaría salir conmigo —dijo Tourant arrastrando las palabras—. Estoy... disponible.

Raisa tiró del brazo de Tourant con ambas manos.

—He dicho que me sueltes.

—Tienes que aprender a guardarte para ti tus opiniones —dijo Tourant—. Me causaste problemas con el maestro Askell y ahora resulta que el próximo trimestre no doy clase.

—Así —dijo Raisa jadeando, cegada por la ira— a lo mejor tendrás ocasión de reflexionar sobre lo cretino que eres.

No fue un paso muy inteligente. El brazo de Tourant le apretó más la garganta, como para cortar el aire que alentaba tales opiniones. A Raisa comenzó a darle vueltas la cabeza.

¿Qué era lo que Amon siempre decía? «Si alguien te agarra en la calle, golpea duro y deprisa porque tal vez no tengas una segunda oportunidad».

Apoyándose contra los ladrillos, clavó el tacón de su bota con todas sus fuerzas en uno de los ridículos esarpines de terciopelo de Tourant. Se oyó un crujir de huesos.

Tourant dio un alarido y aflojó la presión del brazo lo suficiente para que Raisa pudiera respirar. Acto seguido le estampó la cabeza contra la pared. Raisa vio las estrellas.

—Desprecio a las mujeres norteñas —dijo Tourant, dándole una sacudida—. Sois todas unas rameras. Voy a mostrarte cómo tratamos a las rameras en el sur.

Y aplastó su rostro contra el de Raisa, dándole un beso de borracho, usando su cuerpo para mantenerla erguida contra la pared.

Le sujetó la cara con las dos manos para inmovilizarla. Raisa agarró un dedo rosáceo de la mano derecha de Tourant y lo retorció con saña, rompiéndolo. Tourant chilló y se apartó trastabillando, sujetándose la mano lastimada, y Raisa le asestó una patada en la rótula. Tourant se desmoronó sobre el adoquinado, rodando de un lado al otro, aullando de dolor.

Raisa sabía que había tenido suerte de que la bebida hubiese ralentizado los reflejos de Tourant; sabía que tenía que salir huyendo pero no pudo resistirse. Toda la rabia y la frustración de las últimas semanas salieron a flote. Sacó su puñal y lo apretó contra la garganta de Tourant.

—Cuando te hablaron de las mujeres del norte, ¿mencionaron que llevan puñales? —preguntó.

Tourant no apartaba los ojos de la hoja, bizqueando.

—No —susurró.

—Como me vuelvas a tocar, arrogante cerdo ardeniense, te castro. ¿Lo entiendes?

Tourant asintió con vehemencia. Tenía la frente perlada de sudor. Raisa se apartó de él, dio media vuelta y echó a correr por el callejón hacia la calle.

Había alguien en la entrada del callejón, una figura alta recortada contra la luz de las farolas. A Raisa le dio un vuelco el corazón. ¿Sería uno de los compinches de Tourant que venía a echarle una mano?

—Apártate de mi camino —le advirtió, avanzando a grandes zancadas— o recibirás el mismo trato que él.

—¿Castración incluida? —dijo el desconocido en la lengua de los Páramos—. Sé que hay ladrones que pierden un guante, pero eso es muy severo.

El miedo devino confusión. Era de los Páramos. No ardeniense.

—¿Perder un guante? —dijo Raisa.

Hizo un gesto como si se cortara la muñeca.

—La peculiar justicia de la reina. Hace que un ladrón no pueda ganarse la vida de otra manera.

Raisa se estremeció. Tenía la impresión de conocerle. Escrutó la oscuridad.

—¿Quién eres?

—Yo nunca contrariaría a una chica norteña. Sé muy bien lo de los cuchillos. —La voz le resultaba familiar pero sus rasgos seguían ocultos en las sombras—. Iba a sacarte a ese cerdo inmundo de encima, Rebecca, pero está visto que no necesitabas mi ayuda.

Raisa aflojó el paso hasta detenerse. El corazón le latía deprisa y con fuerza.

—¿Alister? —susurró. Y luego, en voz más alta—: ¿Alister, eres tú?

—Ven a la luz y juzga por ti misma.

El desconocido retrocedió dos pasos para que la luz de las farolas le alumbrara las facciones.

Raisa salió del callejón, levantó la vista y miró un par de ojos azules que creía que no volvería a ver nunca más. El corazón estuvo a punto de estallarle y se esforzó por respirar, por hacer pasar el aire a través del nudo que se le había hecho en la garganta.

—Bendita Hanalea, ¡eres tú! —susurró, con los ojos arrasados en lágrimas tan repentinas que no las pudo contener.

—Hola, Rebecca —dijo *Pulseras Alister*, que enseguida agregó—. Vamos, vamos. No te pongas tan pálida. No soy un espectro, si es lo que estás pensando.

—Pero si me dijeron que habías muerto —dijo Raisa, casi en tono acusador—. Encontraron tu ropa ensangrentada en la orilla del río.

Pulseras se encogió de hombros.

—Tenía que librarme de los chaquetas azules. De modo que lo simulé. —Sonrió, y su sonrisa fue extrañamente triste—. Veo que dio resultado.

La resurrección parecía haberle sentado bien. Iba mejor vestido de lo que ella recordaba. Sin extravagancias. Pero llevaba ropa nueva y de buena calidad. Le caía muy bien, realzando un cuerpo alto y delgado de hombros anchos bajo una capa de paño.

La última vez que Raisa lo había visto tenía el pelo enmarañado, teñido de un marrón sucio, y llevaba el atuendo de los clanes. Ahora lucía un corte de pelo reciente. Los cabellos le brillaban como hilos de oro bajo las farolas. Era como una de esas novelas antiguas en las que el indigente se despoja de sus harapos y se convierte en príncipe.

El rostro también le había cambiado. La última vez que lo había visto lo tenía magullado y amoratado de resultas de la paliza que le habían dado los Guardias de la Reina. Ahora veía que tenía los pómulos altos y una larga nariz recta con un pequeño bulto, como si se la hubiese roto. Había sombras labradas en sus facciones que antes no tenía; delataban una historia y una expectativa de sufrimiento.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Raisa, con el pecho repleto de preguntas que pugnaban por salir.

—Estudio aquí, lo mismo que tú. —Pulseras miró por encima del hombro, hacia el callejón—. Escabullámonos antes de que tu amigo se recupere. —Hizo una pausa yladeó la cabeza—. ¿O prefieres avisar a la guardia del rector?

Seguramente no tenía costumbre de recurrir a la autoridad.

Raisa se imaginó la escena, la muchedumbre que atraería, y negó con la cabeza.

—Pues marchémonos.

La dirigió a la izquierda, hacia el río, apoyando una mano entre sus omoplatos. Su contacto produjo una especie de zumbido, un calor y un cosquilleo casi como...

—¿Te apetece que vayamos a la Calle del Puente? —preguntó Pulseras—. Podríamos tomar una sidra y charlar. —Raisa paró en seco y faltó poco para que se resbalara. Pulseras la miró como si le preocupara haberse pasado de la raya—. A no ser que tengas otros planes, claro. Es sólo... que me gustaría hablar contigo.

—Prefiero no ir a la Calle del Puente —dijo Raisa—. Después de lo que ha ocurrido, no quiero estar rodeada de gente.

—Muy bien —dijo Pulseras, pasándose los dedos por el pelo—. También puedo acompañarte de regreso a Grindell.

En la cabeza de Raisa se dispararon todas las alarmas.

—¿Cómo sabes dónde vivo? —inquirió.

—Bueno, verás..., te he seguido desde allí —dijo Pulseras.

—¿Me has seguido?

Pulseras levantó las dos manos, mirando a la muchedumbre que los rodeaba como si temiera que los oyeran.

—Te lo explicaré. Cuando hablemos.

Raisa se imaginó de regreso en su residencia, expuesta a las miradas entrometidas de los Lobos Grises. Por no mencionar la posibilidad de tropezarse con Amon Byrne.

Lo más probable era que no hubiese nadie a aquellas horas, pero aun así..., no había garantías.

—Yo también quiero hablar contigo, pero no podemos regresar a Grindell.

Para sorpresa de Raisa, Pulseras no hizo preguntas.

—Pues vayamos a mi casa. A la sala común —propuso—. Vivo en Hampton Hall, al otro lado del puente.

—¿Hampton? No conozco esa residencia. ¿En qué patio está?

Pulseras carraspeó, pero no apartó los ojos, como si no quisiera perderse nada.

—En Casa Mystwerk.

«¡Mystwerk! Pero eso es... la escuela de magos».

Le dolía la cabeza por el golpe contra la pared. Quizá no lo había entendido bien.

—Han pasado muchas cosas —dijo Pulseras. Rebuscó bajo la capa y sacó un colgante reluciente: una serpiente tallada en una piedra verde traslúcida. La envolvió con la mano. La piedra resplandeció a través de sus dedos, absorbiendo poder.

Raisa dio un paso atrás sin querer.

—¿Eres mago?

Pulseras asintió, casi disculpándose, y enseguida escondió el amuleto otra vez.

—Pero..., pero... ¿Cómo es posible? —preguntó Raisa levantando la voz, y Pulseras agitó las manos intentando acallarla—. ¿Quién te ha enviado aquí? —inquirió—. ¿Has venido a buscarme?

—No —dijo Pulseras—. Como te he dicho, he venido a estudiar. Es... complicado. Te lo explicaré —miró en derredor otra vez—, pero no en medio de la calle, ¿de acuerdo?

—Bien, pero no puedo ir a Hampton —espetó Raisa, todavía perpleja ante aquella revelación—. No quiero que nadie de Mystwerk me vea en tu compañía.

Pulseras hizo una mueca y su expresión se endureció, y Raisa cayó en la cuenta de que la había interpretado mal: Pulseras creía que se avergonzaba de que la vieran con él.

—No lo he dicho en ese sentido —dijo, tocándole el brazo—. Vamos a ver, ¿hay algún sitio donde podamos hablar a solas?

Pulseras enarcó las cejas, estudiando el semblante de Raisa como si quisiera desentrañar lo que quería decir.

—Bueno, tengo un sitio en la biblioteca del patio de Mystwerk —dijo—. Es un poco difícil llegar, pero en cualquier caso es privado.

—¿En la biblioteca? —Aquello parecía bastante seguro—. ¿Pero no está cerrada?

—No para mí. —Sonrió con la malicia que la había encandilado desde el principio—. Pero tenemos que confiar el uno en el otro. Tengo que confiar en que no se lo dirás a nadie. Y tú..., bueno, ya lo verás.

Para llegar allí tendrían que cruzar la zona prohibida de la Calle del Puente.

«Quizá sea el momento de arriesgarse», se repitió a sí misma. Echó un vistazo y no vio ni rastro de los lobos.

—De acuerdo —dijo—. Vamos allá.

Pulseras la observó en silencio mientras se cubría la cabeza con la capucha y se tapaba la cara con un pañuelo pese a que la lluvia había remitido.

La Calle del Puente estaba llena de juerguistas. Muchos bebían en la calle, alzando sus copas por el regreso del sol. De los portales salía música y en los balcones, marionetas emplumadas retozaban en actuaciones improvisadas. Raisa se quedó boquiabierta. Allí estaba Hanalea *la Guerrera*, toda de blanco cremoso, dando muerte al rey Demonio emplumado de rojo.

Pulseras cogió la mano de Raisa y se abrió paso entre el gentío. Raisa sentía el

caliente hormigueo de poder mágico que le transmitían sus dedos.

«Esto es un sueño —pensó—. Un sueño de solsticio». Se decía que lo que soñabas en el solsticio siempre se hacía realidad.

—¡Eh, Alister! —gritó alguien desde el porche de una taberna—. ¿Quién es la chica? ¿No vas a presentarnos?

Pulseras negó con la cabeza y siguió adelante. Y de pronto salieron del puente por el lado de Mystwerk. Era la segunda vez que cruzaba el río desde el día de su llegada. La última vez la había conducido a que le partieran el corazón. Esta vez... ¿Quién sabía?

Delante de ella, Raisa vio la mole de la Torre de Mystwerk y su reloj iluminado, que marcaba las diez de la noche. Dos horas hasta los fuegos artificiales. Unas galerías conectaban los edificios, entrecruzándose en los patios, para resguardar a los estudiantes de las lluvias torrenciales del sur.

Al final del puente, Pulseras torció por una calle lateral y luego por un callejón más estrecho. La aprensión de Raisa se disparó vertiginosamente. Tenemos que confiar el uno en el otro, había dicho Pulseras. ¿Y si estaba saliendo de un aprieto para meterse en otro?

Un lado del callejón lo formaba un muro de piedra áspera. Pulseras se detuvo para anudarse el dobladillo de la capa a la altura de las caderas de modo que no se le enredara entre las piernas. Indicó a Raisa que hiciera lo mismo. Luego trepó como un gato por la pared del edificio, desapareciendo al llegar al tejado.

—¡Oye! —susurró Raisa, mirando hacia arriba, parpadeando a causa de la llovizna—. ¿Qué estás...?

Pulseras apareció por el borde y extendió los brazos.

—Ven. Dame las manos.

Raisa se puso de puntillas con los brazos en alto, procurando compensar su corta estatura. Pulseras la agarró por las muñecas, tiró de ella hacia arriba y la dejó encima del tejado a su lado, sin soltarla. El poder la embriagó como una bebida fuerte.

—Ya puedes soltarme —susurró Raisa, apontocando los talones e intentando liberarse.

—Cuidado —susurró Pulseras—. Está resbaladizo por la lluvia. —La arrastró para separarla del borde y la soltó—. ¿Prometes que no te caerás y te partirás la crisma?

Raisa asintió en silencio, frotándose los codos.

Pulseras miró hacia el sur, por encima de un mar de tejados interconectados.

—Se puede ir caminando por las galerías hasta la biblioteca, pero tienes que andar con pies de plomo, ¿de acuerdo?

Raisa lo siguió mientras él saltaba confiadamente al tejado de una galería que conducía al edificio siguiente. Se agachó al recorrerla para que no se le viera desde abajo, y ella lo imitó. Cruzaron el aguilón del edificio siguiente. Las tejas de pizarra vibraban al ser pisadas, y a Raisa se le encogió el corazón, pero seguía soplando

viento y sin duda aquel ruidito pasaría inadvertido.

Al otro lado del tejado, Pulseras saltó ágilmente al de otra galería sin hacer el menor ruido. Se volvió y abrió los brazos para coger a Raisa.

—Salta.

Raisa saltó y él la cogió, dando un paso atrás, estrechándola contra su pecho y con el rostro de ella apretado contra su hombro húmedo. Una vez más sintió el calor de la magia. La capa de Pulseras casi soltaba vapor y olía a lana mojada caliente. Pulseras metió la mano entre ambos, agarró el amuleto y el calor remitió un poco.

—Perdona —dijo—. A veces aún tengo fugas si no lo voy vaciando.

Subieron a gatas un empinado tejado en la otra punta de la galería. Raisa comenzó a resbalar sobre la pizarra mojada y Pulseras la agarró del brazo. Cuando llegaron arriba, Raisa miró en derredor para orientarse. Se hallaban en lo alto de lo que tenía que ser la biblioteca.

—Por aquí —dijo Pulseras. Saltó al espacio que quedaba entre dos aguilonos que formaban ángulo, donde sería imposible que los vieran desde la calle. Raisa se deslizó sobre el culo y aterrizó con un gran salpicón. Para entonces ya estaba empapada.

—Por la sangre del Demonio —farfulló, poniéndose de pie.

Un ventanuco de cristal emplomado se abría en la pendiente del tejado. Pulseras lo forzó.

—Paso yo primero —dijo. Se deslizó por el ventanuco con los pies por delante y Raisa oyó el ruido sordo que hizo al caer.

Se asomó a la abertura y lo vio justo debajo, con el rostro vuelto hacia ella, recibiendo la luz y la lluvia.

—Adelante.

Raisa se deslizó sobre el alféizar y Pulseras le cogió los brazos, sosteniéndola cuando llegó al suelo.

Pulseras revolvió en su bolsillo, sacó una vela y la encendió con los dedos. Dejó que ardiera un momento y luego derramó un poco de cera en un plato de hojalata. Clavó la vela en la cera y la dejó encima de una mesa.

La estancia estaba forrada de librerías que el polvo había plateado. La mesa, sin embargo, la habían limpiado. Había papel, un tintero y una pluma, así como libros con puntos metidos en muchas páginas. En una pared había una pequeña chimenea con un montón de leña apilada al lado. En un rincón había un revoltijo de mantas con una almohada de plumas encima.

«Duerme como un pendenciero», pensó Raisa, recordando la noche que habían pasado juntos en el Mercado de los Harapos. Le pareció demasiado íntimo el saber aquello sobre él.

Habían ocurrido muchas cosas desde entonces. Parecía que hiciese una vida entera.

—Tenías razón, es difícil llegar aquí —dijo Raisa.



—Si no llueve es menos complicado —respondió Pulseras—. Y cuando la biblioteca está abierta, subo por la escalera.

—No debes de recibir invitados con frecuencia.

—Eres la primera.

Pulseras se quitó la capa y la colgó en un perchero cerca de la chimenea. Acarició el paño de lana y éste crepitó al secarse. Luego puso leña en la chimenea y la encendió con un ademán y una palabra.

«Está alardeando —pensó Raisa—. Haciendo trucos de magia». No paraba de meter la mano debajo de su camisa y de pronunciar encantamientos. ¿Dónde había aprendido hechicería?

En *Mystwerk*, por supuesto.

Pulseras se irguió y se volvió hacia ella. Parecía que no supiera qué hacer a continuación.

—¿No hemos hecho esto antes? —dijo Raisa, despojándose de su capa, lacia y pesada por el agua—. ¿Te acuerdas? En el Mercado de los Harapos. Me raptaste en el Templo de Puente del Sur y me arrastraste bajo la lluvia.

—Se diría que llevas la lluvia allí donde vas —respondió Pulseras.

—Pues yo pensaba que era cosa tuya —dijo Raisa con altivez, pasándole la capa. Pulseras escurrió el agua sobrante y la secó con las manos. Luego la colgó al lado de la suya.

En cierto modo resultaba más fácil discutir con él que permitir que el atronador silencio que mediaba entre ellos aumentara en un *crescendo*. Le había pasado por la cabeza que Pulseras Alister no era de fiar, que ir allí con él había sido un paso de lo más estúpido y temerario.

El corazón le latía con fuerza. Pulseras Alister era mago. Un señor de la calle de banda callejera, un ladrón, quizás un asesino..., y ahora mago. ¿Había mostrado algún indicio de ello la última vez que se vieron?

Se sonrojó al recordar cada vez que la había tocado. La había sujetado con el brazo estrechándola contra él, poniéndole el puñal en el cuello. La había llevado en volandas, registrado en busca de armas, agarrado de la mano y tirado de ella a través del puente de Puente del Sur. La piel le hormigueaba y ardía al recordar, pero no recordó ningún signo de hechicería. Nada como lo de ahora.

¿Y los pandilleros? Los habían quemado y torturado; cosa de los demonios, decían algunos. Pero ¿y si lo había hecho un mago, el señor de la calle de una banda rival?

No. Se negaba a creerlo.

La melancolía se adueñó de ella, como si le hubiesen robado a *Pulseras Alister* por segunda vez. Primero estaba muerto. Ahora era mago y, por consiguiente, intocable. El terreno había cambiado de nuevo, y la puerta que abría posibilidades entre ellos estaba cerrada.

«¿Qué posibilidades? ¿Lo preferías muerto antes que mago?»

—Rebecca.

Sobresaltada, Raisa levantó la vista hacia Pulseras. Éste le lanzó una moneda y ella la cogió al vuelo en un acto reflejo. Era de cinco peniques.

—Por tus pensamientos —dijo Pulseras. Pero no sonreía.

—¿Dónde estamos exactamente? —preguntó. Tiritando, acercó las manos al fuego. Al menos aquel sitio era mejor que la guarida de Pulseras en el Mercado de los Harapos.

—Estamos en las buhardillas, sexto piso, Biblioteca Bayar —dijo Pulseras.

—¿La Biblioteca Bayar?

Raisa se estremeció y se abrazó a sí misma.

Pulseras ladeó la cabeza, escrutándola con los ojos entornados.

—No temas. Nadie sube aquí a no ser que tenga ganas de leer archivos de mil años antes del Quebrantamiento.

—De modo que éste es tu nuevo escondrijo —dijo Raisa.

—Siempre hay que tener una guarida —dijo Pulseras. Se lo veía incómodo, casi tímido. Se metió las manos en los bolsillos y se balanceó sobre los talones, evitando mirarla a los ojos.

—Me pareció verte —dijo Raisa—. A principios del trimestre de otoño. A caballo, cerca de los establos de Casa Wien, al otro lado del río.

—Era yo —reconoció Pulseras—. Pensé que eras tú. —La miró entrecerrando los ojos—. Llevas el pelo diferente —dijo, toqueteándose el suyo.

Raisa eligió un libro al azar y lo sacó de la estantería.

—No sabía que eras mago —dijo, hojeando el libro, un tratado sobre la avena y la cebada.

—Porque no lo era.

—Mago se nace —repuso Raisa—. Jamás he oído de alguien que se haya convertido en mago de mayor.

Devolvió el libro a la estantería. Pulseras se encogió de hombros, como quitándole hierro al asunto.

—Es extraño, ¿eh? Por favor, siéntate. —Le indicó la única silla que había—. ¿Quieres un té? Para entrar en calor.

Daba la impresión de que se esforzaba en ser un cortés anfitrión pese a sus rudos modales.

—El té me vendrá muy bien —dijo Raisa. Y luego, incapaz de contenerse, añadió—: ¿Cómo has terminado aquí?

Pulseras se sonrojó.

—Estudio aquí, ya te lo he dicho —contestó, un poco a la defensiva.

—¿Cómo puedes permitirte? —espetó Raisa. Lo lamentó de inmediato, pensando que la pregunta sonaba arrogante y entrometida.

Pulseras la miró detenidamente, como debatiendo lo que iba a contestar. Al cabo, dijo:

—Vendí mis pulseras. Conseguí un buen precio.

Mostró las muñecas. Las pulseras habían sido su seña de identidad. Costaba creer que se hubiese desprendido de ellas.

«Debe de tener grandes ansias de recibir una buena educación», pensó Raisa.

Pulseras hurgó en una caja que había en el rincón y sacó una taza, le puso té de una lata, calentó una jarra de agua con las manos y vertió un poco en la taza. Se la pasó a Raisa.

—Has aprendido mucha magia —dijo Raisa, antes de tomar el primer sorbo de té. Era una mezcla de las tierras altas, de sabor ahumado, y sintió una punzada de añoranza—. Estoy impresionada. Debes de ser un estudiante avisado.

Pulseras se encogió de hombros, restando importancia al cumplido.

—Me he aplicado mucho. Es lo único que tengo que hacer aquí. Y además tengo un..., un tutor que me está ayudando.

Se calló de repente y se humedeció los labios.

Raisa buscó alguna otra cosa que decir, deseosa de que Pulseras siguiera hablando de sí mismo.

—Escucha, Pulseras. Me estaba preguntando si...

—Aquí ya no me llamo así —interrumpió él—. Desde..., bueno, desde que me quedé sin pulseras. Mi verdadero nombre es Hanson Alister. Han.

Raisa recordó una escena en el estudio del Orador Jemson: *Pulseras* Alister sujetándola por la cintura, con el puñal apoyado en su garganta y notando en la espalda que el corazón del muchacho palpitaba alocadamente en el pecho. Y al Orador Jemson diciendo: «¡Hanson! ¡Esto es impropio de ti! Suelta a la chica».

Jemson creía en Hanson Alister. ¿Acaso tenía fe en quien no debía?

Raisa levantó la vista y se encontró con Pulseras/ Han aguardando expectante la pregunta que ella había comenzado a formular. Se le había ido de la mente mientras pasaba a toda prisa de sus pensamientos privados a lo que decía en voz alta.

«Sin duda piensa que soy una atolondrada», se dijo.

—¿La escuela os proporciona amuletos o tenéis que traerlos vosotros? —preguntó.

—Los traemos nosotros —contestó Han—. El mío lo compré de segunda mano a un mercader antes de venir al sur.

Sonaba como una historia bien ensayada. No hizo ademán de volver a mostrarlo.

Raisa tenía ciertas nociones sobre artefactos mágicos por haber trabajado con su padre. Le fascinaba el embrujo de aquel maridaje de magia, metal y piedra. Muchos de ellos eran en sí mismos espléndidas obras de arte.

—¿Podría volver a verlo? —pidió.

—Bueno, si quieres... —dijo Han, como si en realidad no quisiera mostrárselo, pero no se le ocurriera un motivo para no hacerlo. Metió la mano en el torso, se lo quitó y lo dejó colgando delante de ella—. Daba vueltas ante los ojos de Raisa, con brillos verdes y naranjas como un ópalo de fuego expuesto a la luz del sol.

Era una serpiente delicadamente tallada en una gema con ojos de rubíes y el cuerpo enroscado en torno a un báculo de oro. La serpiente tenía la boca abierta, y estaba trabajada con tanto detalle que Raisa pudo ver las gotas de veneno en las puntas de los dientes.

—¡Oh! —exclamó Raisa, que sintió el impulso de tocarlo.

Han lo apartó.

—Es mejor que no lo toques. Muerde —dijo, protegiéndolo con la mano libre.

—¿Qué? ¿Te refieres a... la serpiente...?

Han negó con la cabeza.

—Es impredecible. Ha chamuscado unos cuantos dedos.

Raisa observó el talismán, tirando de un hilo de recuerdo.

—Me parece que ya lo había visto antes. ¿Es una reproducción de una pieza antigua? ¿De antes del Quebrantamiento?

Han asintió.

—Eso me dijeron. —Volvió a colgarse el amuleto al cuello. Luego, como para cambiar de tema, dijo—: ¿Y tú, qué haces aquí? Si se me permite preguntarlo.

Eso ya sonaba más como su antiguo yo.

Raisa estornudó, tapándose la nariz. El polvo de la habitación se estaba ensañando con ella.

—Lo mismo que tú. Voy a la escuela. Estoy en Casa Wien.

—¡Casa Wien! —Han la miró de arriba abajo. El escepticismo y el humor dulcificaron su semblante, haciendo que pareciera más joven, más como el chico arribista que había conocido en el Templo de Puente del Sur—. ¿Vas a ser chaqueta azul o miliciano de las Tierras Altas?

—Bueno, no. En realidad, no. —Raisa intentó recordar con apremio las historias que ya había explicado—. Verás, mi patrono se ofreció a enviarme aquí a estudiar si me matriculaba en Casa Wien.

La expresión de Han se endureció; sus ojos devinieron esquirlas de zafiro.

—¿Te refieres a lord Bayar?

Raisa casi se atragantó con el té.

—¿Qué?

—¿Por qué enviarían a su tutora a Casa Wien? La Escuela del Templo..., aún lo entendería.

Raisa se quedó perdida un momento. De pronto lo recordó. Aquella noche en el Mercado de los Harapos había contado a Pulseras que trabajaba para los Bayar. ¿Por qué Han *Pulseras* Alister tenía que tener una memoria tan puñeteramente perspicaz?

Raisa lo miró de soslayo. Han la miraba fijamente, con los labios prietos, y su mano derecha se había deslizado hasta el puñal que llevaba al cinto. «Un acto inconsciente», pensó Raisa.

—¿Sigues trabajando para los Bayar, Rebecca? —preguntó, con dulzura y firmeza. Hubo algo en su voz que la hizo estremecer.

—Bueno, no, no exactamente. Estoy... intentando mejorar —dijo Raisa—. El comandante de la guardia personal de lord Bayar pensó que tenía potencial. Fue quien pagó mi matrícula. Dijo que si lo hacía bien me daría la oportunidad de... —Dejó de hablar. Han parecía distraído, perdido en sus recuerdos—. ¿Por qué? —preguntó Raisa—. ¿Conoces a los Bayar?

Han se demoró un instante antes de contestar.

—Voy a clase con dos de ellos. En Mystwerk. Micah y Fiona. Antes Micah vivía en mi residencia.

«Hanalea encadenada —pensó Raisa—. De modo que están aquí». Ya sólo faltaba que Han comentara a los Bayar que se había tropezado con Rebecca, su antigua tutora. O que les propusiera quedar en la Calle del Puente para tomar una sidra.

Aunque aquello era poco probable. Conociendo a Micah y Fiona, tratarían con sumo desprecio a un mago criado en el Mercado de los Harapos.

—Escucha —dijo Raisa, inclinándose hacia él, juntando las manos—. Por favor, te ruego que no les digas que estoy aquí. Resultaría incómodo, ¿sabes? No me consideran una igual.

Han la miró, pestañeando desconcertado.

—Pero tú eres de sangre azul —dijo—. Hablas igual que ellos y eres...

—Soy mestiza —interrumpió Raisa—. Mi padre era de los clanes y mi madre Vivía en el Valle. Tal vez hayas reparado en que la gente de los clanes no es muy del agrado de los Bayar.

—Sí —dijo Han, asintiendo con la cabeza como si su confusión se despejara una pizca—. Ya me he dado cuenta.

«Vaya —pensó Raisa—. Quizá la clave para mentir bien consista en decir la verdad de manera engañosa».

—Te toca a ti —dijo Raisa—. ¿Has dicho que me has seguido?

—Bueno, sí. Verás, Gata me dijo que te había visto. Fuera del Templo. —Han carraspeó—. También dijo que a lo mejor vivías en Grindell porque..., porque el cabo Byrne vive allí.

—¿Eso te dijo?

Raisa apretó los labios con fuerza, notando que la sangre le bullía en las mejillas. ¿Qué le habría dicho Gata después de verla espiando a Amon?

—Así que..., quise averiguar si realmente eras tú. He montado guardia fuera de Grindell y he visto salir a todos los demás.

«¿No tenías nada mejor que hacer la víspera del solsticio?», pensó Raisa.

—Luego he visto que salías sola. Y he seguido tus pasos.

—Me has acechado, querrás decir. Eso ha sido muy poco apropiado, Alister. Tienes suerte de que el dedo no te lo haya roto a ti.

Han enarcó las cejas de un modo que venía a decir que eso no habría ocurrido jamás.

—Mira. Quería ponerte en contacto contigo —dijo Han—. Pero no sabía..., no

sabía si sería bien recibido. Ni cómo estaban las cosas entre el cabo Byrne y tú.

—¿Qué tiene que ver contigo mi relación con el cabo Byrne? —dijo Raisa con mucha frialdad.

—¿Quieres más té? —preguntó Han, haciendo ademán de cogerle la taza como si estuviera ansioso por disipar la tensión que chisporroteaba entre ambos. Sus manos chocaron y Raisa apartó la suya bruscamente, derramando lo que quedaba de té.

—Perdona —dijo—. Estoy torpe esta noche.

Raisa era sumamente consciente de que estaban a solas, midiendo sin cesar el espacio que los separaba. Los ojos se le iban una y otra vez a las mantas del rincón. ¿Qué tenía Alister para hacerle pensar en esas cosas cada vez que estaban juntos?

Las campanas de la Torre de Mystwerk sonaron. Raisa contó. Once. Una hora hasta los fuegos artificiales.

Han pareció tomárselo como una señal para entrar en materia.

—Escucha, Rebecca —dijo—. El motivo por el que te he seguido es que tengo que pedirte un favor.

Raisa levantó la mirada con sorpresa y vio que Han tenía la cabeza gacha.

Estaba claro que no tenía costumbre de pedirle favores a nadie. O de conseguirlos cuando lo hacía.

—Bueno —dijo Raisa perpleja—. Si está en mi mano... ¿Qué puedo hacer por ti?

—Me preguntaba..., si serías... ¿Me darías clases particulares?

—¿Darte clases?

Raisa estudió el rostro de Han para ver si le estaba gastando una broma. Parecía muy serio, pero no la miraba a los ojos.

—Creía que ya tenías un tutor —dijo.

—Sí. Es verdad. Pero tengo que aprender cosas que él no enseña.

—Pero..., sabes muy bien que yo no sé nada sobre hechicería —dijo Raisa—. No puedo ayudarte en eso.

—Eso no es..., eso no es lo que quiero —dijo Han, tocándose la muñeca donde solía llevar las pulseras.

Raisa no sabía qué más decir que no resultara insultante. ¿Acaso tendría mucha base un señor de la calle de una banda callejera? De no ser así, debía de estar esforzándose mucho para seguir las clases en Vado de Oden.

—Bien... ¿En qué necesitas ayuda? ¿Historia? ¿Gramática y retórica? ¿Idiomas? ¿Aritmética? —Raisa enumeró las materias que se le daban bien. Era especialmente buena con los números gracias al tiempo que había pasado en los mercados de los clanes—. Tengo algunos libros que...

Han agitó la mano con impaciencia para interrumpirla.

—No, en todo eso voy bien. El Orador Jemson me dio una buena base. Y me hago un hartón de aprender cada día en clase.

—Entonces, ¿qué sería lo que yo...?

—Rebecca. —Han se inclinó hacia delante y la miró de hito en hito. Sus ojos eran

claros y azules como el hielo de las aguas profundas—. Quiero que me enseñes a pasar por aristócrata.

—¿Qué? —repuso Raisa, sosteniéndole la mirada.

—Te pagaré —agregó Han enseguida—. Tengo dinero. El precio lo pondrás tú. Y no te robaré mucho tiempo de tus estudios. Podríamos vernos un par de veces por semana, y tú podrías, ya sabes, ponerme deberes para que los hiciera por mi cuenta.

—¿Por qué quieres hacerte pasar por aristócrata? —preguntó Raisa—. Quiero decir, ¿tanto te interesa que pagarías por las clases?

El señor de la calle de banda callejera se puso a caminar de un lado a otro de la habitación, como si estuviera demasiado nervioso para quedarse quieto.

—Mira, sólo tengo dos amigos en la academia: uno es hijo de los clanes y la otra se crió en la calle. Bailarín y yo no encajamos en Casa Mystwerk. Los demás principiantes son unos hijos de papá. Aristócratas de nacimiento. Pero tendremos que tratar con ellos si queremos llevar algo a cabo. Serán ellos los que manden en el Consejo de Magos cuando volvamos a casa. Serán los que tendrán la última palabra.

Han dejó de ir de un lado al otro y se apoyó contra la chimenea.

—Yo sabía hacer negocios en el Mercado de los Harapos; sacaba lo suficiente para mantener a mi familia y a una docena de harapientos. Era más listo que cualquier señor de la calle de la ciudad. Pero esto es diferente. Ahora tengo que ser capaz de enfrentarme con magos. Así que necesito hablar con su lenguaje, bailar sus bailes, coger el tenedor adecuado y saber qué ropa ponerme porque, si no, nunca me tomarán en serio.

Raisa no se había detenido a imaginar al antiguo *Pulseras Alister* relacionándose con magos. En el Mercado de los Harapos su reputación de violento lo protegía. ¿Cómo sería para él compartir el aula con la nobleza de los magos? Lo despreciarían y se burlarían de él. Le recordarían a diario su origen barriobajero. El profesorado lo trataría con condescendencia. Se desprestigiaría cada vez que abriera la boca.

—¿Por qué quieres que te tomen en serio? —preguntó Raisa, pensando que de todos modos nunca lo aceptarían—. ¿Qué es lo que quieres llevar a cabo?

Han miró al fuego.

—Estoy harto de que la gente muera porque haya nacido en Puente del Sur o en el Mercado de los Harapos. Me enferma que los que tienen el poder se ceban en los débiles. Voy a ayudarlos.

Se frotó los ojos con los pulpejos de las manos y carraspeó.

¿Estaba llorando? Raisa dio un paso hacia él alargando el brazo pero Han le dio la espalda y atizó el fuego con un palo.

—En realidad no necesitas un tutor para esas cosas, ¿sabes? —dijo Raisa, tocándole el hombro—. El lenguaje y los modales, quiero decir. Aquí, en la escuela, te mezclarás con toda clase de gente. Eres listo. Aprenderás con naturalidad al cabo de un tiempo.

Han negó con la cabeza.

—Eso será demasiado lento. Además, si quieres que te diga la verdad, los de sangre azul no se mueren de ganas de mezclarse con gente como yo fuera del aula. — Volvió a mirarla y puso los ojos en blanco—. Tengo que sacar el máximo provecho mientras me encuentre aquí, porque no sé cuánto tiempo podré quedarme.

¿Por qué? ¿Es por el dinero?, estuvo a punto de decir Raisa. Pero por suerte no lo hizo. Una cosa no había cambiado. Han Alister todavía la trastornaba, haciéndole perder su habitual compostura.

¿Será porque es malvado?, se preguntó. ¿Igual que Micah Bayar? ¿Igual que Liam Tomlin y Reid Nightwalker? ¿Igual que todos los demás muchachos que le habían resultado atractivos?

¿Acaso porque le estaba vedado? ¿Igual que Amon? ¿Eres como tu antepasada Hanalea, cuya concupiscencia por el hombre equivocado conllevó el desmoronamiento de los Siete Reinos?

No. Ella no se pasaría la vida tonteando por miedo a repetir los errores de un milenio atrás. Había un montón de errores nuevos por cometer.

—De acuerdo —dijo Raisa—. Si piensas que te será útil, te daré clases.

Han apartó la vista del fuego y la miró.

—¿De verdad? ¿Lo dices en serio?

«Creía que iba a rehusar», pensó Raisa.

Asintió con la cabeza.

Han de pronto le dedicó una cautivadora sonrisa, tan radiante que iluminó la habitación, más peligrosa que cualquier cuchilla.

«Lo único que necesitabas era esa sonrisa —pensó Raisa—. Me habría rendido de inmediato».

Cruzando la habitación hacia ella, Han hurgó impaciente en el bolsillo de sus bombachos y sacó un monedero.

—¿Cuánto...?

Raisa levantó una mano.

—No voy a cobrarte por las clases —dijo Raisa, acordándose de Dimitri y del concepto del gylden—. Pero estarás en deuda conmigo. Algún día te pediré que la saldes.

Han se quedó un rato mirándola.

—Preferiría pagarte —dijo finalmente—. No sé si entonces estaré en condiciones de devolver favores.

—Correré ese riesgo —dijo Raisa—. Lo que sí me pagarás serán cinco peniques cada vez que digas algo en tu jerga. Sólo con eso seré rica cuando termine el trimestre.

—Eh, un momento —dijo Han, levantando ambas manos a modo de protesta—. Paso total de...

Raisa abrió la mano y movió los dedos.

—Cinco peniques, por favor. Un trato es un trato. Lo tomas o lo dejas.



Refunfuñando con poco entusiasmo, hurgó en el monedero y sacó otra moneda fellsiana de cinco peniques. Se la lanzó a Raisa, que la metió en su monedero.

La nueva moneda tenía grabada la imagen de Mellony. Raisa no se habría atrevido a pedir una corona, que en la calle llamaban perra gorda. Llevaban su propio retrato de perfil.

—Necesitamos un lugar para reunirnos —dijo Raisa—. No quiero que Micah o Fiona me vean en este lado del río.

—Podemos quedar en la otra punta de la Calle del Puente —propuso Han. Hizo una pausa—. En el piso de arriba de La Tortuga y el Pez hay una habitación que se alquila por horas.

«¿Y tú cómo lo sabes?», quiso preguntar Raisa.

—No me convence la Calle del Puente —dijo Raisa—. Seguro que los Bayar cenan allí cada noche.

Han se rió.

—En La Tortuga, desde luego, no. Allí todos son de Casa Wien. Me juego el pellejo yendo allí. —Hizo otra pausa, arrugando la frente—. Tendrías que saberlo. ¿No sales nunca?

—No —admitió Raisa—. Lo cierto es que no.

—¿Qué tal los martes y los jueves? —dijo Han.

—Martes y jueves, por ahora —aceptó Raisa, preguntándose cómo encajaría aquello en su apretado programa de estudios—. Entretanto, hay un libro que quiero que busques en la biblioteca. Se llama *Heráldica y tradición en los Páramos*, de Hadron Faulk. Lee todo lo que puedas antes del martes. Y no pongas esa cara. Tuve que leérmelo entero y recitarlo cuando era mucho más joven que tú.

—Parece fascinante —dijo Han, apuntando el nombre del autor en un trozo de papel.

Un estruendo hizo vibrar las ventanas. Entró luz por los cristales, iluminando la penumbrosa habitación como si fuese pleno día.

—Los fuegos artificiales —dijo Raisa—. Será mejor que bajemos. —Señaló la ventana, demasiado alta para alcanzarla—. ¿Hay que regresar por donde hemos venido?

—Subamos —dijo Han—. Se me ha ocurrido un buen sitio para ver el espectáculo.

Han descolgó la capa de Raisa y la sostuvo mientras ella se la ponía, en una torpe intentona de galantería. Situándose detrás de ella, la agarró por la cintura y la levantó para que pudiera alcanzar la ventana. Raisa se encaramó al alféizar y se deslizó hasta el tejado. Han dio un salto, se sujetó en el alféizar y pasó limpiamente por la abertura.

—Por aquí —indicó. La condujo alrededor de la base del campanario hasta el otro lado, donde el tejado se inclinaba hasta unirse con una de las alas. Extendió su capa sobre la pizarra rugosa. Se tumbó sobre el tejado, apoyándose en los codos de cara al cielo. Dio unas palmadas en el trozo libre de capa.

—Ven aquí.

Raisa se recostó a su lado.

¡Bum! El cohete estalló casi encima de sus cabezas, derramando serpentinas de chispas de colores.

—Es espectacular —dijo Raisa, que volvió la cabeza para sonreír a Han.

—Sabía que daría en el clavo —dijo Han, mostrándose satisfecho de sí mismo.

Los cohetes surcaban el aire y emitían destellos rojos, púrpuras, verdes, plateados y dorados. Grandes cuadrigas cruzaban el firmamento, arrastrando el sol a sus espaldas. Los dragones rugían en lo alto y arrojaban llamas, encendiendo el entusiasmo de la multitud. Los fuegos artificiales los manufacturaban, en su mayoría, los clanes. La reina Marianna presidía los fuegos artificiales de Fellsmarch, cuyos cohetes estallaban sobre Hanalea, Lissa y todas las demás montañas. Se acudía al Templo a la luz de las velas y se daba las gracias a la Señora por el regreso del sol.

«Que el sol vuelva a salir, Madre», pensó; y lo deseó de verdad.

—¿Qué te gustaba más del solsticio en casa? —preguntó Raisa, mirando a Han.

—La comida —contestó él, sin el menor titubeo.

—¿Qué clase de comida? —preguntó Raisa, recordando las sobrecargadas mesas de palacio.

—La suficiente como para hartarte —dijo Han simplemente. Apoyó la cabeza en un brazo, le cogió la mano.

«Eres muy atrevido», pensó Raisa, pero no la retiró.

—Antes de que la guerra empeorase las cosas, siempre había montones de comida para el solsticio. Los templos cocinaban de más, y algunas casas ricas daban las sobras de sus banquetes. Desde que comenzó la guerra ya no hay tanta abundancia, pero sigue habiendo más comida que la necesaria.

»En los mercados había juguetes y caramelos, pastelillos fritos de miel y estrellas de azúcar glaseadas que no se veían el resto del año. A mi hermana Mari le encantaban esos pastelillos de miel y los soles de azúcar. Ya podía yo birlar el carrito entero de un panadero, que ella aún quería más. Siempre acababa con la cara toda llena de azúcar.

Suspiró y guardó silencio, sumido en sus propios pensamientos.

—Yo extraño la nieve —dijo Raisa, secándose la fría llovizna del rostro con la manga de la capa—. Hacía que la ciudad pareciera el país de las hadas.

Su familia paseaba por las calles en trineos tirados por caballos, envueltos en pieles y en el cascabeleo de los arreos.

—Y el río no olía tan mal, una vez que se helaba —dijo Han.

Raisa se rió.

—Es verdad.

Pese a lo diferentes que eran sus vidas, tenían en común la pestilencia del río.

—Por las noches nos escabullíamos y nos lanzábamos por la Cuesta de la Cantera usando tapaderas de cubos de basura hasta que los chaquetas azules venían a

espantarnos —prosiguió Han—. A veces había aristócratas que bajaban en grandes trineos. Nos encaramábamos a la parte trasera de los patines hasta que los lacayos nos echaban a palos.

Raisa contuvo el aliento.

—¿Os aporreaban?

—Bueno. —La miró de reojo—. Si eras un poco hábil, no te daban.

Una sucesión de explosiones atrajo su atención hacia el cielo. Era el momento culminante del espectáculo, una sinfonía de luz y sonido. De pronto terminó, dejando brillantes imágenes en las retinas de Raisa que resonaban en sus oídos.

Notó que Han cambiaba de postura a su lado, acercándose. Ella se quedó tendida, reacia a moverse. Deseando poder quedarse allí arriba sin más y eludir la confusión de su vida cotidiana.

Finalmente abrió los ojos y vio que Han volvía a estar apoyado en el codo, mirándola fijamente aunque indeciso. Mirándole los labios, para ser más concretos.

«Quiere besarme —constató Raisa—. Pero está pensando en lo que ha sucedido antes con Tourant y no quiere atosigarme».

—Gracias —dijo Raisa, incorporándose, y el momento pasó—. Mi víspera del solsticio ha resultado mucho mejor de lo que esperaba. Pero más vale que regrese.

Han se levantó y la ayudó a ponerse de pie, sosteniéndola sobre la resbaladiza pizarra.

—Te acompaño para asegurarme de que llegues bien.

Antes de aquella noche, Raisa habría rehusado el ofrecimiento. Pese a la presencia de Micah, Vado de Oden le había parecido un lugar seguro, aislado del mundo real. Se había equivocado.

Cruzaron el puente, que seguía atestado, cada cual sumido en sus propios pensamientos. Durante todo el camino de regreso, Raisa se replanteó la decisión de impartir clases a Han Alister. ¿Acaso la frustración por lo de Amon la había llevado a decir que sí? ¿El deseo de hacer algo que sabía que él no aprobaría? Primero la carta a la reina Marianna. Ahora aquello.

¿No sería mejor mantener las distancias con cualquier persona vinculada a los Páramos? ¿No sería mejor mantenerse alejada de alguien que le aceleraba el pulso y le trababa la lengua? ¿Alguien que la inducía a saltarse las normas?

¿Había alguien en todos los Siete Reinos con más puntos en contra que él? ¿Alguien que fuese menos aceptable que Han Alister para cualquiera de las facciones de los Páramos?

Bueno. Tampoco era que tuviera intención de casarse con él.

Al llegar al patio de Casa Wien, Raisa se detuvo.

—Hemos llegado —dijo, señalando—. Mi residencia está justo ahí.

—¿Te preocupa que el cabo Byrne nos vea juntos? —preguntó Han, ladeando la cabeza hacia Grindell.

Y eso era exactamente lo que le preocupaba.

—¿Qué te hace suponer que eso me preocupa? —le espetó.

—Sólo ha sido una suposición.

—Se diría que piensas que hay alguna clase de..., de cosa entre nosotros —dijo Raisal—. No sé qué te habrá contado Gata pero, sea lo que sea, no es verdad.

—Bueno —dijo Han, rascándose el mentón—, está claro que hay algo. Sólo que no estoy seguro sobre qué clase de «algo» es.

Raisal dio un resoplido para mostrarle lo que opinaba al respecto.

—Gracias, principiante Alister, por el té y los fuegos artificiales —dijo, inclinando la cabeza—. Lo he pasado de maravilla. Ahora, si tiene la bondad de excusarme. —Se dirigió a grandes Zancadas hacia Grindell, con la cabeza bien alta. Cuando casi hubo llegado, Han le gritó a voz en cuello:

—¡Hasta mañana por la noche, principiante Morley!

Raisal giró sobre sus talones.

—¿Qué?

—Mañana es martes —dijo Han. Hizo una profunda reverencia, dio media vuelta y desapareció en la noche.

Raisal se quedó mirándolo, con ganas de soltarle una docena de réplicas sarcásticas que, no obstante, murieron en sus labios.

## Noticias de casa

Cuando Raisa subió chapoteando la escalinata de Grindell Hall y abrió la pesada puerta principal, había una única luz encendida en la sala común que dejaba en penumbra los rincones. Amon Byrne estaba sentado muy tieso a la mesa de la biblioteca con un libro sin abrir delante de él. Al ver que se trataba de Raisa relajó un poco su postura, reflejando alivio.

—Por fin —dijo Amon—. ¿Dónde te has metido? He enviado a Mick y a Talia en tu busca. Tenía miedo de que te hubiese ocurrido algo.

—He estado viendo los fuegos artificiales —dijo Raisa—. Y luego he regresado.

—¿Los fuegos artificiales? Pensaba que no ibas a salir.

Amon se frotó la frente con la palma de la mano.

—Cambié de parecer —dijo Raisa. Se quitó la capa y la colgó cerca de la chimenea.

Amon levantó la vista hacia el reloj de la repisa.

—Los fuegos artificiales se han terminado hace una hora —señaló—. ¿Tanto has tardado en regresar?

—¿Y tú por qué estás aquí tan pronto? —replicó Raisa, fastidiada. Para ser el día más corto del año, aquélla estaba siendo la noche más larga de su vida, y aún no había terminado—. ¿Acaso tú y Annamaya os habéis peleado o qué?

—Rai —dijo Amon—. No.

—Bueno, tú me estás interrogando a mí.

La culpabilidad siempre le hacía perder los estribos. Imágenes de Amon y Han reverberaban en su dolorida cabeza.

Amon suspiró.

—Hemos cenado, pero he decidido no quedarme a ver los fuegos. Ambos estábamos cansados.

Y en efecto se lo veía cansado. Y triste. Raisa sintió remordimientos en el acto.

—Esta noche no hay toque de queda —dijo Raisa con más amabilidad—. Todavía había mucha gente en la Calle del Puente cuando regresaba.

—¿La Calle del Puente? —Amon entornó los ojos—. ¿Ahí es donde estabas?

Raisa estaba demasiado cansada para mentir, o incluso para explicar la versión completa.

—Decidí ir en busca de Hallie y Talia. Por el camino, Henri Tourant me ha agredido en un callejón. Consideraba que debía darme una lección.

—¿Qué? —Amon se puso de pie de un salto y la agarró por los codos, mirándola de hito en hito. Estaba pálido hasta los labios, de modo que sus ojos grises parecían

casi negros—. Sabía que había sucedido algo. Por eso me he ido después de la cena, para ir a buscarte. Pero luego me ha parecido... ¿Estás bien? ¿Qué te ha...? ¿Estás...?

—Estoy bien —dijo Raisa enseguida para acallar aquel torrente de palabras—. Sólo unas magulladuras y un chichón en la cabeza. Y te lo debo a ti, que me enseñaste a manejarme en una pelea callejera. Me parece que era lo último que se esperaba de mí.

Amon la sostuvo a la distancia de un brazo, mirándola de arriba abajo para ver si estaba lastimada.

—¿Has avisado a la guardia del rector? ¿Está en el calabozo? ¿Por qué no me has hecho llamar, Rai? —La voz casi se le quebró al decir la última frase—. Me consta que últimamente la situación es difícil, pero debes saber que yo...

Raisa negó con la cabeza.

—No he querido llamar la atención —explicó—. Además, creo que ha aprendido la lección.

Amon seguía mostrándose acongojado, como si todos sus temores, los peores, se hubiesen hecho realidad.

—Se acabó. No puedes ir por ahí sin escolta, esto va a cambiar.

—Escúchame —dijo Raisa, levantando la barbilla—. Esto podría haberle ocurrido a cualquier chica que hubiese herido el orgullo de Tourant. No tiene nada que ver con quien soy. Una escolta no es la solución. ¿Cómo se lo explicaríamos a los Lobos Grises, por no mencionar a los demás estudiantes?

Se miraron un rato, desafiándose.

—Hablaré con el maestro Askell —dijo Amon finalmente—. Se encargará de Tourant. Askell no tolerará una conducta semejante. —Con ternura, pasó los dedos por la nuca de Raisa, buscando el chichón resultante del golpe contra la pared de ladrillo—. ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien. Menos mal que soy tan cabezota.

—O sea que después de que ocurriera todo esto ¿te fuiste tan campante a ver los fuegos artificiales? —preguntó Amon, enarcando una ceja.

—Entonces ha aparecido *Pulseras Alister*.

Amon volvió a apretarse las sienes con los dedos.

—Estoy soñando, ¿verdad? Me he quedado dormido y esto es una pesadilla.

Regresó a la mesa y se sentó.

—Alister fingió su propia muerte para que la Guardia de la Reina dejara de perseguirlo —explicó Raisa, dejándose caer en la silla de enfrente de la de Amon—. ¿Recuerdas que me pareció haberlo visto cerca de los establos? Pues era él. —Le dio cierta satisfacción decir esto, después de que Amon la hubiese convencido de que se había equivocado—. Estudia en Casa Mystwerk.

A Amon plantó ambas manos sobre la mesa.

—¿En Mystwerk? Pero... ¿Qué hace...?

—*Pulseras* Alister es mago —dijo Raisa—. Y ya no se llama Pulseras. Vendió sus pulseras de plata para pagar sus estudios, y ahora responde al nombre de Han.

Amon se quedó pensativo, con la frente arrugada.

—Aquí ocurre algo raro. La gente no se convierte en mago. Tiene que haberlo sido desde siempre. —Levantó la vista hacia Raisa—. ¿A cuento de qué viviría en el Mercado de los Harapos un mago?

Raisa se encogió de hombros.

—Yo no había percibido ningún indicio de magia hasta ahora. Y no había notado el poder que emana de sus dedos hasta esta noche.

Al oír esto, Amon levantó la cabeza de golpe.

—¿Te ha... tocado?

«Si esperas que te dé explicaciones, vas a llevarte un buen chasco», pensó Raisa.

—Hemos visto juntos los fuegos artificiales y luego me ha acompañado hasta aquí.

—Vuestra Alteza, perdonadme, ¿pero habéis perdido el juicio? —La fatiga de Amon se esfumó, sustituida por la inquietud. Se levantó y comenzó a caminar de un lado al otro—. Ha sido la idea más estúpida que has...

—¿Qué esperabas que hiciera? ¿Arrearle con una porra en la cabeza y arrojarlo al río? Me conoce como Rebecca Morley, que es el nombre que uso aquí. ¿Qué crees que habría levantado más sospechas? ¿Salir huyendo o continuar siendo quien ya estoy fingiendo ser?

—No tenías por qué verlos fuegos artificiales con él. Ni..., ni dejar que te acariciara.

—¿Acariciar? —Raisa enarcó las cejas—. ¿Desde cuándo he dicho que me haya acariciado?

Amon dejó de caminar y dio media vuelta.

—¿Estás haciendo esto para resarcirte por lo de Annamaya?

Lo digo porque si es así, tienes...

—¿Piensas que todo se debe a ti? —Raisa negó con la cabeza—. Al contrario, espero que tú y Annamaya seáis muy... ¡felices!

Habría resultado mucho más convincente si hubiese sido capaz de decirlo sin que le temblara la voz.

Alguien carraspeó a los pies de la escalera, haciendo que ambos se sobresaltaran. Raisa miró a ver quién era. Hallie estaba en la entrada en camisón.

—Lamento interrumpir —dijo—. Pero levantáis mucho la voz y yo estoy intentando dormir porque tengo que marcharme dentro de un par de horas.

—Perdona —dijo Raisa, roja como un tomate—. Enseguida subo a acostarme.

Ambos se quedaron mirando hasta que Hallie hubo desaparecido otra vez.

—Sabes bien que Alister se trae algo entre manos —rezongó Amon, atizando el fuego con saña—. Estoy seguro. Quizá nos ha seguido hasta aquí.

—¿Por qué iba a seguirnos si luego ha estado escondido cuatro meses? —

preguntó Raisa irritada—. Es más, ¿por qué razón iba a seguirnos?

«Te ha seguido esta noche —dijo una voz insidiosa dentro de la cabeza de Amon—. Ha venido a buscarte».

—No lo sé —dijo Amon—. Lo único que digo es que las cosas se están enredando cada vez más y que alguien tirará de un hilo y todo se aclarará.

Se sentó en el borde de la chimenea y apoyó la cara en las manos.

Todo el enojo de Raisa se disipó como si alguien hubiese pinchado la burbuja de su indignación, dejando tan sólo un rastro de sufrimiento.

Raisa se sentó a su lado, le puso una mano en la rodilla y apoyó la cabeza en su hombro.

—Amon, lo siento. Lo siento mucho. Intento llevar todo esto con gentileza, de verdad. Sólo que no se me da muy bien. Sería más fácil si no tuviéramos que estar juntos continuamente. Y si no tuviéramos todos estos problemas pendiendo sobre nuestras cabezas.

Se estremeció. El fuego se había apagado y la habitación estaba helada. Sólo tenía ganas de meterse en una cama caliente y dormir.

—Deberías quitarte esa ropa húmeda —dijo Amon de súbito, como si hubiese tenido la mente en otra parte—. Pero..., quería decirte una cosa: hay noticias de los Páramos.

—¡Oh! —exclamó Raisa, repentinamente despierta. Aquello explicaba la distracción de Amon. Eran las primeras noticias que recibían desde su llegada hacía ya cuatro meses.

—He recibido carta de mi padre —dijo Amon—. Es de hace dos meses, enviada por barco desde los Acantilados de Caliza, lo cual supongo que le pareció más seguro que enviarla por tierra.

Esbozó una sonrisa al reparar en la anhelante expresión de Raisa. Sacó de la guerrera de su uniforme una carta arrugada, timbrada con un simple sello de cera, no con la insignia de la espada y el lobo del Capitán de la Guardia de la Reina. El sello estaba roto.

—Tendría miedo de que cayera en manos de quien no convenía —dijo Amon.

«Como un vasallo de la reina», pensó Raisa con culpabilidad.

Amon le alcanzó la carta.

—Léela y entenderás por qué estoy preocupado. Después será mejor que nos vayamos a la cama.

Raisa cogió la carta de la mano de Amon. La desdobló y reconoció en el acto la meticulosa caligrafía del capitán Edon Byrne.

Hijo:

Espero que al recibir esto tú y tus compañeros cadetes estéis sanos y salvos. Confío en que no hayas pasado mucho tiempo en la Calle del Puente y que te hayas aplicado en tus estudios, a fin de que tu conducta acredite el buen nombre de tu familia.

He recibido tu mensaje acerca de los marismeños. Estoy haciendo cuanto está en mis manos por resolver esa situación. El teniente Gillen ha sido llamado a Fellsmarsh. El cabo Sloat fue muerto en una



refriega cerca de la Muralla Occidental. He seleccionado cuidadosamente el relevo de Gillen. La obra de la Misión Rosa Silvestre ha asignado recursos para comprar alimentos para los Álamos así como para Puente del Sur y el Mercado de los Harapos. De modo que las relaciones con los Álamos han mejorado, aunque, como puedes figurarte, todavía son algo tensas.

Aquí, en la capital, hemos pasado una temporada difícil. Su Majestad sufre una extrema presión por parte del Consejo de Magos y otros miembros de la nobleza, debido a la continuada ausencia de la princesa Raisa y de las especulaciones acerca de su paradero.

Las relaciones entre Su majestad y el Gran Mago se han resentido. El Gran Mago da a entender que al marcharse de los Páramos contra el expreso deseo de la reina, la princesa heredera ha perdido el derecho a reclamar el trono del Lobo Gris. También especula con que la princesa Raisa puede estar muerta o bajo el control de una potencia extranjera. Lord Bayar argumenta que la incertidumbre en lo relativo a la sucesión pone a los Páramos en peligro. Defiende el nombramiento de la princesa Mellony como princesa heredera hasta y a no ser que la princesa Raisa regrese a los Páramos a reclamar sus derechos de nacimiento.

Raisa miró a Amon horrorizada.

—¿Mellony como princesa heredera? ¿Por qué iban...?

Amon dio un toque a la carta con el dedo índice y se desplazó un poco hasta que su cadera quedó pegada a la de ella.

—Sigue leyendo —dijo.

Es posible que esto sólo sea una mera amenaza cuya intención sea que llegue a oídos de la verdadera heredera para que regrese a la corte. Desde luego, el Gran Mago y otros miembros del Consejo de Magos no han guardado en secreto sus opiniones. Los clanes, por su parte, han manifestado su rechazo a cualquier cambio en la sucesión. Averill Demonai, el consorte real y padre de ambas princesas, ha dejado clara su postura. La nobleza está dividida en lo que atañe a la sucesión. La tensión es palpable.

Este debate público ha tenido como resultado un efecto inesperado. Cuando corrió la voz de que la princesa Raisa podía ser apartada del trono, hubo disturbios por todo el Mercado de los Harapos y Puente del Sur. Gracias a la Misión Rosa Silvestre, la princesa goza de un gran apoyo entre la gente común de la capital, que la ven como su paladín. El Gran Mago, hoy en día, es objeto de considerable sospecha y desdén. No puede salir a la calle sin una escolta armada.

«¡Ja!», rió Raisa para sus adentros. Se lo merece. Aun así, no se hizo ilusiones de que los habitantes de los barrios bajos pudieran prevalecer sobre Gavan Bayar.

Han seguido llegando fondos a la Misión Rosa Silvestre pese a la ausencia de la princesa.

Raisa volvió a levantar la vista.

—¿Quién te parece que envía dinero al Templo de Puente del Sur? —preguntó Raisa.

Amon se encogió de hombros.

—No lo sé. Podrían ser ciudadanos corrientes, algún noble, y tal vez tu padre.

Tenía sentido. Averill era una de las pocas personas, aparte del Orador Jemson, que sabía cómo se había fundado su obra benéfica.

Retomó la lectura de la carta.

Los clanes han amenazado con interrumpir el comercio con los otros seis reinos si se prescinde de la princesa. Tal vez no tengan capacidad para controlar el comercio por mar, pero sin duda la pérdida de las rutas comerciales de Arden, Tamron y los demás reinos reduciría notablemente el flujo de impuestos que nutre el tesoro real. También han restringido las remesas de amuletos y otros artefactos mágicos con destino a los magos del reino. El Consejo de Magos protesta amargamente contra esas medidas, dando a

entender que esas acciones de los clanes ponen en peligro la seguridad del reino. Las relaciones entre el Consejo de Magos y los clanes están en su punto más bajo.

Hasta la fecha, Su Majestad la reina se ha resistido a efectuar cambio alguno en la sucesión. Pasa más tiempo en el templo con los oradores y, según parece, así repone fuerzas. De modo que cabría decir que las cosas se hallan en un *impasse* y, por consiguiente, impera una estabilidad relativa. No obstante, parece claro que hay personas en el reino cuyos planes se verían respaldados por la muerte o la desaparición permanente de la princesa Raisa. Dan la impresión de considerar que la princesa Mellony sería una heredera más manejable.

Raisa miró a Amon, que atizaba el fuego. Le palpitaba un músculo de la mandíbula. Aquello explicaba la partida de búsqueda, su alivio al verla regresar y las sospechas a propósito de Han Alister.

Siguió leyendo.

Me disculpo por transmitirte noticias tan inquietantes por correo. Sé que te regirás por tu buen juicio en cuanto a lo que decidas compartir con tus compañeros cadetes. Quisiera preveniros a todos para que no actuéis de forma impulsiva. Si después de leer esto te sientes inclinado a regresar a los Páramos de inmediato, debo aconsejarte firmemente lo contrario. Quédate donde estás, estudia mucho, mantén los ojos bien abiertos y prepárate para las arduas tareas que te aguardan en el futuro. Si te necesitamos aquí, te mandaré aviso.

Y recemos para que la princesa heredera, esté donde esté, siga bajo la protección de la Hacedora hasta que pueda reunirse sana y salva con su madre la reina.

Con afecto, tu padre.

La carta no llevaba firma.

Raisa se quedó mirándola. Los ojos se le llenaron de lágrimas que hicieron borrosas las palabras del papel. Todo aquello era fruto de su decisión de huir de los Páramos. En retrospectiva parecía una decisión precipitada y cobarde. Ahora la reina Marianna estaba sola, con la excepción del capitán Byrne y la ayuda que Averill pudiera prestarle. Ayuda que Marianna quizá no estuviera dispuesta a aceptar.

Raisa había estado lamentándose de su vida amorosa, aprendiendo historia y jugando a la guerra, disfrutando de la independencia que le confería ser la anónima Rebecca Morley. Entretanto, su madre, su padre y Edon Byrne habían estado luchando para mantener unido el reino.

Y ahora quizá corriera el peligro de perder el trono.

—Todo esto es culpa mía —dijo, estremeciéndose al tomar aire.

—Vamos, Raisa. No lo es —dijo Amon, dándole palmaditas en la espalda con cierta torpeza.

—Sí que lo es —insistió Raisa, como un niño pequeño que no se deja consolar—. He complicado las cosas. Tendría que haberme quedado.

Apartó la mano de Amon, se levantó y lo miró.

—Deberíamos regresar a casa —dijo—. Jamás debí dejar sola a mi madre.

—La reina es ella, Rai —dijo Amon en voz baja—. No tú. Y todos estuvimos de acuerdo en que no podías arriesgarte a quedarte en casa y acabar casada con Micah.

—Podría haber manejado a Micah —dijo Raisa—. Quizá no hubiese sido tan grave.

—Tal vez sea joven, pero es poderoso —repuso Amon—. E incluso si manejaras a Micah, ¿habrías podido manejar a lord Bayar y al resto del Consejo de Magos?

—Tarde o temprano tendré que manejarlos —dijo Raisa—. Ya puestos, podría comenzar ahora mismo.

—¿A tus dieciséis años? —objetó Amon, enarcando una ceja.

—Algunas reinas Lobo Gris eran incluso más jóvenes cuando las coronaron.

—Pero tú no eres reina —señaló Amon—. Tu madre es la reina y ha tomado algunas decisiones erróneas.

—Sigue siendo la reina —replicó Raisa con acritud. Acto seguido suspiró—. Perdona. Es que no puedo evitar defenderla. No se ha rendido, ¿no te das cuenta? Hace cinco meses que me fui y se ha mantenido firme. Debería regresar y tranquilizarla.

—La carta es de hace dos meses —observó Amon—. ¿Quién sabe cómo es la situación actual? Padre dice que nos quedemos aquí, que es demasiado peligroso ir a casa. Yo le creo.

—La carta es de hace dos meses —repitió Raisa—. Tal vez las cosas hayan cambiado.

«¡Ajá! —pensó Raisa—. Para bien o para mal, no podemos evitar defender a nuestros padres».

—¿Qué me dices de los clanes? —insistió Amon—. Nunca aceptarían que te casaras con un mago. Bastaría para que declarasen la guerra. Los Demonai matarían a Micah.

En aquello seguramente llevaba razón. Raisa se masajeó el cuello dolorido. ¿Cómo podría regresar a casa y velar por su derecho sucesorio al tiempo que evitaba un matrimonio forzoso?

Con un poco de suerte Hallie le traería respuesta de Marianna.

Miró a Amon, que la observaba como si pretendiera adivinar lo que haría a continuación.

—Si insistes en ir —dijo Amon—, nos vamos todos contigo.

—Lo pensaré —dijo Raisa, devolviendo la carta a Amon.

Éste la arrojó al rescoldo del fuego, donde humeó hasta convertirse en cenizas.

## Modales aristocráticos

—¿Qué aspecto tengo? —preguntó Han, dando una vuelta sobre sí mismo con su ropa nueva. La modista había tomado bien las medidas. La chaqueta y los bombachos le quedaban como una segunda piel. Lo único difícil había sido librarse de ella.

Bailarín levantó la vista de su libro. Al regresar de cenar se había instalado en un cómodo sillón con uno de los viejos libros de Firesmith.

—Despampanante —dijo—. ¿Qué se celebra?

—Voy a ver a una chica.

—Es la primera vez que veo que te vistes así para salir con una chica o Bailarín, —enarcando una ceja—. No irás a casarte, ¿verdad?

Han negó con la cabeza.

—Hoy empiezo las clases de modales aristocráticos con esa chica de la que te hablé, Rebecca Morley.

—Bueno, un aire sí tienes. Sólo te falta echar la cabeza un poco para atrás y mirar por encima de la nariz. —Han obedeció—. Eso es. Perfecto. Pareces de buena cuna.

—Será por mi parte de sangre Aguabaja.

Los ojos de Bailarín brillaron divertidos.

—Y ahora di: «Los cabezacobriza son poco más que sanguijuelas en el cuerpo de la sociedad; un mal necesario».

Han se rió.

—No creo que pueda. Supongo que no estoy hecho para esto.

Bailarín se encogió de hombros.

—¿Cuánto va a durar esa clase? Gata actúa en otro recital esta noche, en la Escuela del Templo. Yo voy a ir. ¿Te vienes?

Han negó con la cabeza.

—No puedo. Tengo un montón de trabajo.

Levantó su ejemplar de la *Heráldica* de Faulk; un tocho de libro. ¿Cuántos maestros tenía: Cuervo, Abelard y ahora Rebecca? Y el nuevo trimestre aún no había comenzado.

Bailarín marcó el punto de su libro con un dedo y suspiró. Observó a Han un momento y luego dijo:

—Estoy preocupado por Gata.

—¿Por qué?

Han intentó recordar la última vez que la había visto. Hacía ya bastante tiempo. Era casi como si ella lo estuviera evitando. O quizá tan sólo fuese que él nunca estaba allí.

—Parecía que le gustaba realmente estar aquí, le estaba yendo bien en la Escuela del Templo —dijo Bailarín—. Pero de repente vuelve a parecer descontenta. Me preguntaba si te habría dicho algo a ti.

—No —dijo Han—. ¿Sabes si ha sacado malas notas?

Él y Bailarín acababan de recibir las notas finales del trimestre. Incluso Gryphon les había dado un aprobado, si bien el maestro había añadido un comentario en el boletín de Han: «El principiante Alister debería hacer un esfuerzo para llegar a clase preparado y puntual, y luego intentar mantenerse despierto».

Bailarín negó con la cabeza.

—No creo que se trate de eso. Sólo he oído cosas buenas sobre las clases de Gata, y es una intérprete muy buena. Por eso esperaba que pudieras venir. Seguro que estará más dispuesta a hablar contigo sobre lo que la está fastidiando.

—Ojalá pudiera. Pero te prometo que intentaré hablar con ella pronto.

Las campanas de la Torre de Mystwerk sonaron una vez dando los cuartos.

—Sangre y huesos, tengo que irme —dijo Han, con un súbito pánico—. Llego tarde. Dile a Gata que lamento perderme el recital.

Mientras corría escaleras abajo, oyó que Blevins le gritaba:

—¡Si sigues corriendo así, no tardarás en caerte otra vez por la escalera!

El bar de La Tortuga y el Pez no estaba muy concurrido. El camarero estaba desplomado sobre la barra con el aspecto de haber probado en exceso su mercancía. Cuando Han entró, levantó la cabeza y dio un repaso a su atuendo con los ojos amarillentos.

—La chica está arriba esperándote —dijo. Intentó guiñarle el ojo pero se le cerraron los dos—. No ha querido esperar aquí abajo.

Varias cabezas se volvieron hacia él. Han subió la escalera de dos en dos con el libro debajo del brazo.

Rebecca levantó la vista cuando él entró, y sus ojos verdes repararon en su atuendo sin hacer comentario alguno. Ella llevaba una falda larga de lana oscura y una blusa blanca de manga larga, como si fuese una de las profesoras más estrictas de Jemson.

—Llegas tarde, Alister —dijo sin más preámbulo. Parecía malhumorada.

—Lo siento —dijo Han—. Me he visto enredado en...

—Algunas de las reglas de etiqueta más importantes están relacionadas con la puntualidad —dijo Rebecca, haciendo caso omiso de sus excusas—. En las citas de trabajo, hay que llegar a la hora fijada o con unos minutos de antelación. En los compromisos sociales, nunca debes llegar temprano. Es preferible llegar unos minutos tarde. Cuanto más importante eres, más tarde llegas. —Hizo una pausa—. Y ésta es una cita de trabajo.

Han se quedó mirándola, pestañeando. A decir verdad, la puntualidad nunca había sido una de sus prioridades. En el Mercado de los Harapos él se organizaba a su antojo. Ser el señor de la calle de una banda significaba que las personas y los

acontecimientos te aguardaban. Un cálculo aproximado basado en la inclinación del sol y las sombras era más que suficiente. Ni siquiera Jemson era estricto con los horarios de clase. Siempre se alegraba cuando te presentabas.

—Lo entiendo —dijo Han, eligiendo con cuidado las palabras—. Me disculpo. A partir de ahora procuraré ser puntual.

—A partir de ahora serás puntual —precisó Rebecca, levantando la nariz y sacudiendo su melena negra—, o ésta será nuestra última sesión de tutoría.

¿Dónde está la chica del tejado?, quiso preguntar Han. La que se había tumbado a su lado para contemplar los fuegos artificiales. La que por poco había besado.

Con intención de cambiar de tema, echó un vistazo en derredor. Había una mesita puesta para dos, con platos, cuencos, copas, servilletas y un puñado de tenedores, cucharas y cuchillos para cada comensal.

—¿Has encargado cena? —preguntó—. Creía que habíamos quedado en cenar antes de reunirnos.

—En realidad no vamos a comer nada —dijo Rebecca—. He pensado cuál sería el mejor método para enseñarte y he decidido que deberíamos fingir una situación real. Hoy hablaremos sobre llegadas y despedidas, y sobre modales en la mesa.

«¿Llegadas y despedidas?», pensó Han. ¿Qué podía tener de complicado aquello?

Resultó ser muy complicado. Los aristócratas parecían dar más importancia a las idas y venidas que a lo que sucedía en medio. Había toda clase de normas sobre quién llegaba y en qué orden, y sobre quién y cuándo se inclinaba o hacía una reverencia; quién decía qué a quién; quién tenía que salir primero de una habitación y cómo debía retirarse. Por ejemplo, si estabas ante alguien más importante que tú, retrocedías, inclinándote, hasta que alcanzabas la puerta.

Las únicas veces en que Han salía retrocediendo de una habitación era cuando la persona que se quedaba podía atacarlo por la espalda.

También había reglas para establecer quién era más importante que tú, lo que venía a incluir a casi todo el mundo.

Rebecca pasaba de un papel a otro: a veces interpretaba a una sirvienta, otras a una anfitriona, otras a un señor, otras a una señora, primero a una persona más importante que él, luego a otra menos importante.

—Eres muy buena actriz —dijo Han—. Tan buena como cualquiera de las que he visto en el Palisade. —Se trataba de un teatro al aire libre que había en Puente del Sur, donde podías adquirir una localidad de pie por cinco peniques. O colarte gratis.

—Verás —dijo Rebecca—. Actuar es una de las cosas que todo aristócrata debe saber hacer bien.

Finalmente pasaron a los modales en la mesa. Había mucho que aprender sobre levantarse y sentarse, el tamaño de las raciones a servirse, cuánto dejar en el plato, qué cosas comer y en qué orden, qué utensilios emplear, dónde poner la servilleta y sobre el modo de limpiarse la boca. En todo momento debías estar conversando. Y cada vez que a Han se le escapaba una palabra de los bajos fondos, Rebecca abría la

palma de la mano.

Al final de la sesión, Han era considerablemente más pobre y la cabeza le daba vueltas.

—¿Nunca te quedas paralizada porque no sabes qué te toca hacer? —preguntó—. ¿Nunca tienes tanto apetito que coges la comida con las manos? ¿Ni te quedas atrancada sin que se te ocurra decir algo apropiado?

—Bueno —dijo Rebecca muy seria—, algunas damas recurren a los desmayos. Los hombres tienen que apañarse.

Han se rió.

—Y yo que pensaba que la vida en la calle era dura —dijo—. No me imaginaba que esto fuese así.

Fuera, las campanas sonaron diez veces. Habían transcurrido dos horas volando.

—Bien, nos veremos de nuevo el jueves, y confío en que seas puntual —dijo Rebecca—. Lee los capítulos cuatro, cinco y seis de Faulk. El jueves hablaremos de las reglas de herencia y las clases de nobleza, y te preguntaré sobre modales en la mesa.

—¿Puedo hacer una pregunta? —dijo Han, aun sabiendo que debía marcharse a la Biblioteca Bayar para reunirse con Cuervo.

—Bueno, aunque se nos ha acabado el tiempo..., sí, ¿de qué se trata?

—¿Cuáles son las normas para salir con alguien? —preguntó Han, pasando las páginas de su libro—. ¿Hay algún capítulo que trate sobre eso?

—¿A qué te refieres? —preguntó Rebecca, aunque sospechaba que conocía la respuesta.

—Salir con alguien. Ya sabes, cortejar. Tiene que haber reglas para eso. Quién sale con quién. Quién puede casarse con quién. A quién puedes besar, y con qué frecuencia, y quién empieza.

La miró de hito en hito y Rebecca se ruborizó.

—Por supuesto que hay reglas —respondió—. Siempre hay reglas.

Se levantó de repente e hizo una profunda reverencia, dando a entender que no iba a explicarle cuáles eran.

Han también se levantó e hizo una reverencia a su vez.

—Gracias, Rebecca. Has sido muy gentil al dedicar este tiempo a enseñarme —dijo—. He aprendido muchas cosas.

Rebecca bajó la escalera delante de él, con la cabeza bien alta y la espalda muy tiesa. Ya casi habían llegado abajo cuando alguien gritó:

—¡Eh, Rebecca!

Rebecca se detuvo tan abruptamente que Han chocó con ella. La agarró de los brazos para que no cayera.

Dos cadetes de Casa Wien ocupaban una mesa cercana. Eran dos chicas, y sonreían de oreja a oreja. Una lucía en el uniforme bandas de profesora.

—Hola, Talia —dijo Rebecca, casi atragantándose—. Hola, Pearlie.

Ambas alzaron sus jarras.

—¿Quién es tu amigo? —preguntó Talia, guiñándole el ojo.

—¿Mi amigo? —dijo Rebecca, fingiendo que no sabía a quién se refería—. Oh. —Miró por encima del hombro a Han, como si le sorprendiera verle justo a sus espaldas—. Éste es... Han Alister. Lo conozco de casa.

—Encantado de conoceros —dijo Han, inclinando la cabeza ante Pearlie y Talia.

—¿Antes no te llamabas Pulseras? —preguntó Talia.

Han asintió.

—Eso era antes.

—Caramba, Rebecca —dijo Talia, sonriendo más abiertamente—. ¿Corriéndonos una aventura?

A juicio de Rebecca la situación requería más explicaciones.

—Verás..., le estoy dando clases particulares.

—Así es —dijo Han con aire de gravedad—. Es muy buena. Estoy aprendiendo mucho.

Pearlie se rió por lo bajo.

—¿Qué te está enseñando?

—Bueno —dijo Han—, cambiamos mucho de asignatura.

Las dos cadetes se desternillaron de risa, cosa que a Rebecca no le hizo ninguna gracia. Se dirigió sin más dilación a la puerta, haciendo caso omiso de sus amigas.

Cuervo demostró un interés un tanto arrogante sobre las sesiones con Rebecca.

—¿Quién es esa joven? —preguntó—. ¿Cómo la conociste?

—Es Rebecca Morley —dijo Han—. Trabajaba como tutora en una casa noble. La conocí en mi tierra antes de venir aquí.

—Una tutora —dijo Cuervo, arrugando la nariz—. ¿Sabes algo sobre su familia?

—No está tan bien relacionada como yo quisiera —dijo Han, en tono sarcástico—. Pero la reina Marianna estaba ocupada.

—¿La reina Marianna? —preguntó Cuervo, desconcertado. Luego se le aclaró el semblante—. Ah, sí. Por supuesto.

Con lo brillante que era, Cuervo a veces parecía ir un paso por detrás, sobre todo en lo que atañía a comprender las bromas de Han. Quizás el humor aristocrático fuese diferente. Cuervo era divertido, pero siempre mordaz.

Cuervo insistió.

—¿Estás seguro de que esta Rebecca realmente...?

—Era la tutora de los Bayar —dijo Han—. Según parece era lo bastante buena para ellos.

—¿Los Bayar? —preguntó Cuervo, poniéndose tenso—. ¿Trabaja para la Casa de Aerie?

—Trabajaba —dijo Han—. Ahora estudia aquí.



—¿Cómo sabes que no es una espía? —preguntó Cuervo—. ¿O una asesina?

—No lo sé —dijo Han—. Pero tampoco tenía una multitud de candidatos entre los que elegir. Prácticamente tuve que arrodillarme para que accediera. Llevamos un mes viéndonos y no estoy muerto.

—Bien —concedió Cuervo—, ya veremos. Espero que por lo menos vayas con cuidado. —Observó a Han con ojo crítico—. Tu vestimenta está mejorando. Y también tu manera de hablar.

Han puso los ojos en blanco. Al principio le daba lo mismo convertirse en un aristócrata; era el precio que le imponía Cuervo para proseguir con las clases. Pero ahora se daba cuenta de que había mucho que aprender, de las muchas puertas que se le abrirían.

Por el motivo que fuese, cada vez se llevaba mejor con Cuervo. Desde hacía algún tiempo las pullas de su profesor eran menos hirientes. También había ampliado el programa de estudios, incluyendo otros aspectos más intrincados de la magia, más allá de los maleficios. Han había constatado que a Cuervo le encantaba todo aquello, y que disfrutaba al tener a alguien con quien compartirlo. Cuando Han salía airoso de un hechizo complicado, Cuervo levantaba la cara al cielo y decía:

—¡El chico es brillante! ¡Tiene verdadero talento!

Y pese al matiz sarcástico, no dejaba de ser un cumplido.

Han comparaba a Cuervo con Rebecca, su otro profesor particular. De ella admiraba la firmeza de carácter, incluso cuando iba contra su propio interés. Procuraba no pensar demasiado en sus ojos verdes ni en los tobillos que entreveía debajo de sus faldas largas. Se fijaba en todo: el modo en que juntaba las cejas y se mordía el labio cuando pensaba; el modo en que gesticulaba al hablar; su figura bajo el uniforme de soldado.

Él le daba a entender que estaba interesado. Habitualmente con eso le bastaba, pero ella hizo caso omiso de sus señales durante semanas. Tal vez los aristócratas llevaran esos asuntos de otra manera.

O quizá no tuviera interés en salir con una rata de alcantarilla convertida en mago.

—Hablemos sobre la administración del poder —dijo Cuervo, sacando a Han de su ensimismamiento e indicando que ya era hora de ponerse a trabajar—. Existen dos maneras de apalancar el poder que tienes de modo que no lo despilfarres todo haciendo tareas relativamente sencillas.

—Apalancar... —repitió Han, diligentemente.

—Por ejemplo, se requiere menos poder para convencer a alguien de que haga una tarea por ti que usando la magia para hacerla tú mismo. Puedes hacer explotar una roca, o puedes influir mágicamente sobre alguien para que la haga pedazos con un pico. La segunda opción requiere menos poder, sobre todo si la persona en cuestión tiene poca fuerza de voluntad.

—Menos poder para ti —señaló Han—, pero no para la persona que maneje el pico.

—Por supuesto —dijo Cuervo, descartando el comentario como algo obvio—. Veamos otro ejemplo. Podrías hacer arder al joven Bayar, cosa que requeriría bastante poder, sobre todo si opusiera resistencia, que es lo más probable. Sería mucho menos agotador, aunque menos certero, prender fuego a su dormitorio mientras duerme.

Allí estaba de nuevo la constante incitación a actuar contra los Bayar antes de que ellos fueran a por él otra vez. Han procuraba sacar el máximo provecho de sus sesiones con Cuervo sin dejarse acosar. No tardaría en interponerse a los planes de los Bayar, pero su objetivo principal se encontraba en los Páramos. Ahora que no se alojaban en la misma residencia, le resultaba más fácil ignorarlos.

Por otra parte, Han tenía preguntas que hacer.

—A veces, cuando regreso del Aediion, me cuesta despertar —dijo—. Cuando por fin lo consigo, todavía estoy agotado, ¿es normal que me quede tan exhausto?

Cuervo le estudió con los ojos entornados.

—¿Con qué frecuencia te ocurre?

Han se encogió de hombros.

—Casi cada vez.

Cuervo se rascó la barbilla.

—Es posible que los Bayar cargaran alguna clase de maleficio en tu amuleto antes de que cayera en tus manos.

—Pero sólo sucede después de venir al Aediion —insistió Han.

—La otra posibilidad es que esté sucediendo porque la magia que estamos practicando es mucho más exigente que cualquier otra de las que haces en clase —dijo Cuervo—. Sea como fuere, la solución es cargar tanta magia como puedas antes de venir. Así no sólo contrarrestarás lo que los Bayar hayan hecho, sino que te permitirá trabajar conmigo sin agotar por completo tus reservas.

Ésa era siempre la respuesta de Cuervo: cargar más poder.

Para él era fácil decirlo.

—Existen maneras de chupar magia a los demás —prosiguió Cuervo—, sin que se den cuenta. Puedo enseñarte a hacerlo.

Miró a Han a los ojos, pendiente de su reacción.

—No necesito robar poder a los demás —dijo Han—. Ya no soy un ladrón.

Cuervo se encogió de hombros.

—Todos somos ladrones de un modo u otro.

La próxima clase con el ejército de Abelard también lo tenía preocupado.

—¿Recuerdas que te comenté que la decana Abelard es la mentora de un grupo de estudiantes? —dijo Han.

Cuervo asintió.

—Lo recuerdo bien, sí —contestó—. Me dijiste que los gemelos Bayar forman parte del grupo.

Han asintió.

—Ahora Abelard quiere que les enseñe a viajar al Aediion. Piensa que resultaría

útil que pudieran ir a guerrear contra los clanes de las Montañas de los Espíritus.

—Tiene razón, por supuesto —dijo Cuervo—. Pero me parece poco probable que alguno de ellos vaya a tener éxito, con los amuletos que tienen. Lo cual está muy bien, puesto que no queremos que se entrometan en nuestras sesiones.

—La verdad es que no quiero hacerlo —dijo Han—. Sobre todo con los Bayar. Su talismán puede ser más potente de lo que pensamos. Pero no tengo alternativa. Abelard ha amenazado con expulsarme si no lo hago.

—Vaya —dijo Cuervo, frunciendo el ceño—. Hay un sistema para que los traigas contigo en lugar de dejar que vengan por su cuenta. Lo estudiaremos la próxima vez.

Cuando Han abrió los ojos estaba envuelto en una polvorienta luz gris. Parpadeó, confundido y desorientado. ¿Había vuelto a quedarse dormido en la biblioteca? Se incorporó balanceándose y apoyó las manos en el suelo para mantenerse erguido. Supo, sin necesidad de comprobarlo, que su amuleto estaba completamente vacío, aunque él estuviera recuperando poder.

Frotándose los ojos con las manos, miró en derredor, desconcertado. Estaba en la biblioteca, rodeado de estanterías que iban del suelo al techo, pero en una habitación desconocida. El aire estaba viciado, como si nadie lo hubiese respirado en mucho, mucho tiempo.

Se puso de pie con dificultad, fue hasta la ventana y limpió el polvo del mugriento cristal. Fuera era de día, y él estaba en lo alto de la Biblioteca Bayar, más alto de lo que había estado nunca, y la ventana daba al norte, al patio de Mystwerk. ¿Cómo había llegado hasta allí?

Tras sacudirse el polvo de los bombachos, inspeccionó los libros de los estantes. Eran antiguos, muy antiguos. Hacían que los libros de Firesmith parecieran recién estrenados. Han sacó uno de su estante y pasó las páginas con cuidado. Estaban escritas a mano, a tinta, en un idioma arcaico que Han no logró descifrar. Las ilustraciones estaban difuminadas. Era un texto mágico: páginas de encantamientos y descripciones de gestos.

Lo último que recordaba era haber estado en el Aediion con Cuervo. Había entrado en el mundo de los sueños por el lugar de costumbre, varios pisos más abajo de donde se encontraba ahora.

Echó un vistazo a las otras estanterías. Casi todos los libros eran sobre hechizos y encantamientos. En una balda había una colección de diarios: cada entrada llevaba una fecha de la época del Quebrantamiento. Muchos de aquellos libros estaban limpios de polvo, y en el polvo del suelo ante las estanterías había marcas de pies. Alguien los había consultado hacía poco. Todos presentaban el mismo símbolo; Han lo resiguió con el dedo. Una serpiente enroscada, un báculo y una elaborada corona. «Debe de pertenecer a una de las casas de magos —pensó Han—. Quizá donaron los libros a la biblioteca».

Quienquiera que hubiese estado allí, ya se había marchado.

Han se tocó el amuleto, dejando que el poco poder que aún tenía fluyera mientras debatía las posibilidades. ¿Estaba sonámbulo? ¿Loco? En varias ocasiones se había quedado dormido en la Biblioteca Bayar pero, hasta entonces, siempre se había despertado en el mismo lugar.

En el suelo había una maltrecha trampilla de madera que estaba abierta. Al asomarse vio una escala metálica que bajaba hasta el piso inferior. Poniendo mucho cuidado, bajó por la escala sin soltar el amuleto. El piso de abajo era semejante al de arriba: hileras de estanterías cargadas de libros antiguos. Otra trampilla, otra escala replegable, y se encontró en terreno conocido: la sexta planta de la Biblioteca Bayar, donde se encontraba su escondrijo.

Sin embargo, esa vez había acabado en el piso octavo. ¿Desde cuándo sabía cómo llegar hasta allí arriba?

Justo entonces oyó unos pasos que subían desde el quinto piso.

Han se agazapó entre las librerías, situándose de modo que pudiera ver el hueco de la escalera entre los estantes. Momentos después, alguien surgió desde el quinto piso.

Era Fiona Bayar, con un macuto en bandolera. Echó un vistazo en derredor, paseando la vista por el escondite de Han, y luego cruzó hasta la escala que conducía al séptimo piso.

Han maldijo en silencio. No la había recogido.

Fiona se detuvo al pie de la escala y miró en derredor otra vez, con la cabeza ladeada, escuchando.

Han permaneció quieto y callado.

Fiona se encogió de hombros, se agarró a la escala y comenzó a subir.

Han sabía que lo que debía hacer era aprovechar aquella oportunidad para escabullirse sin ser visto. Pero le picaba la curiosidad. ¿Qué hacía Fiona Bayar en aquella parte de la biblioteca, merodeando como si no quisiera ser vista? Han aguardó unos instantes y luego subió por la escala detrás de ella.

Cuando asomó la cabeza con cuidado por la abertura del séptimo piso no vio ni rastro de Fiona. Salió de la trampilla y se deslizó entre dos hileras de estantes, dirigiéndose hacia la parte trasera de la biblioteca.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Han giró sobre sus talones, agarrando su inútil amuleto.

Fiona estaba plantada entre Han y la trampilla abierta. Su ropa siempre inmaculada estaba sucia de polvo, y llevaba una mancha de tizne en la mejilla derecha.

—Estudiar —dijo Han—. Leer. ¿Qué otra cosa iba a hacer en una biblioteca?

—¿Sin cuadernos? ¿Sin papeles?

Han se miró las manos vacías como si no las hubiese visto nunca.

—Lo he dejado todo abajo. Pesaba demasiado para traerlo.

No fue una de sus mejores mentiras.

Fiona puso los brazos en jarras.

—¿Me estabas siguiendo?

—Sin querer —dijo Han—. He oído un ruido y he subido a ver qué era. —Eso estaba mejor—. ¿Qué haces tú aquí, a todo esto?

Con un ademán abarcó los estantes de libros enmohecidos.

—Estudiar —dijo Fiona, imitándole—. Leer. ¿Qué, si no?

Han no iba a regresar a su guarida; no estando ella presente. De modo que se volvió hacia el estante que tenía detrás y fingió echar un vistazo a los títulos. La vigilaba por el rabillo del ojo por si Fiona se acercaba a él.

Tampoco era que estuviera en condiciones de defenderse, con lo agotado que estaba. Confió en que ella no se percatara.

Fiona dio un paso hacia él.

—¿*Registro de diezmos para la Iglesia de la Catedral?* —leyó Fiona por encima de su hombro. Han notó su aliento en la nuca.

—¿Te importa? —dijo Han—. Me estás molestando.

—Alister —dijo Fiona en voz baja—. ¿Por qué te protege la decana Abelard?

Han dio media vuelta y se quedó cara a cara con ella, casi tocándole la nariz, con la espalda contra la estantería.

—¿Qué te hace suponer que me protege?

—Micah me dijo que le había ordenado que te dejara en paz —dijo Fiona.

—A lo mejor sólo está haciendo su trabajo —dijo Han—. Ya sabes, evitar que los estudiantes se maten entre sí.

—Micah y yo no estamos de acuerdo en todo, por si no lo sabes —dijo Fiona, toqueteándose el amuleto—. Nuestros intereses no siempre coinciden. —Hizo una pausa como meditando si agregar algo más—. ¿Nunca has pensado que tendría sentido que nosotros trabajáramos juntos?

—¿Nosotros? —repitió Han—. ¿Quieres decir tú y yo?

Fiona asintió.

—No —dijo Han, demasiado asombrado para mentir—. Nunca he pensado que pudiera tener sentido.

—Eres diferente de cuando nos conocimos —dijo Fiona, juntando sus pálidas cejas—. Tu forma de hablar, tu ropa..., es como si hubieras pulido las aristas. —Alargó el brazo hacia Han y le recorrió la mandíbula con la yema de los dedos. El contacto de Fiona pareció quemar la piel fría de Han—. Aunque tenemos orígenes muy distintos, quizá nos parezcamos más de lo que crees. Te saltas las reglas del juego. Y yo también.

Han se mantuvo firme, negándose a achicarse.

—Según esa lógica, los harapientos y los sureños tendrían que llevarse bien porque ni unos ni otros acatan la ley de la reina —dijo.

—Escúchame bien —insistió Fiona—. Algunos miembros del Consejo de Magos

sostienen que quieren introducir cambios. Pero tal vez no llegan lo bastante lejos.

Han estaba perdido, pero no iba a dejar que se le notara.

—¿Qué sugieres?

—Mi padre quiere casar a Micah con la dinastía Lobo Gris —dijo Fiona.

—Algo he oído —dijo Han, encogiendo los hombros como si le diera igual—. ¿Y qué?

—Quiere establecer una nueva dinastía de reyes magos casados con reinas Lobo Gris —prosiguió Fiona.

—Si eso sucede los clanes no se quedarán de brazos cruzados —dijo Han.

—Exacto —dijo Fiona, asintiendo—. Si vamos a hacer esto ¿por qué no llegar hasta el final? ¿Por qué tenemos que aferrarnos a la dinastía Lobo Gris? ¿Qué ventaja sacamos? Los clanes irán a la guerra igualmente.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó Han, curioso a su pesar.

—¿Por qué no una reina maga?

Han por fin lo captó. La confabulación de lord Bayar dejaba a la pobre Fiona fuera de juego. Ser una acaudalada aristócrata maga no le bastaba, según parecía.

—Apuesto a que tienes a alguien en mente —dijo Han, enarcando las cejas.

Fiona agarró los antebrazos de Han, mirándolo de hito en hito.

—¿Por qué no puedo ser yo en lugar de Micah? Siempre he sido mejor estudiante. Siempre he estado más concentrada. Micah siempre está distraído con su última conquista. Yo pienso con la cabeza, no con...

—¿Por qué me estás contando todo esto? —interrumpió Han—. Me parecería más normal que no me dijeras ni pío. No es que seamos amigos, precisamente.

—Podríamos serlo —susurró Fiona—. Podríamos ser muy buenos amigos. —Tiró de él y le dio un beso. Sus labios crepitaron contra los de Han y sus manos le revolvieron el pelo—. Podríamos ayudarnos mutuamente, tú y yo —murmuró, estrechándose contra él.

Han le agarró los hombros y la apartó.

—Todavía no has contestado a mi pregunta —dijo—. ¿Por qué yo? ¿Por qué no tu enamorado...? ¿Por qué no Wil?

—No lo sé. —Fiona carraspeó, sin apartar los ojos de debajo de la nariz de Han—. Hay algo en ti... Algo tan..., irresistiblemente peligroso...

Intentó acercarse de nuevo, pero Han la detuvo sujetándola por los hombros.

—¿Hay algo en mí? —dijo Han—. ¿Algo irresistiblemente peligroso? —Soltó uno de los hombros de Fiona y agarró el amuleto que colgaba delante de sus ojos—. ¿Esto, tal vez?

Fiona lo miró fijamente un momento.

—Bueno —admitió a regañadientes—, esto es parte de ello. Pero no lo es todo.

—¿Quién te piensas que soy? —dijo Han, metiendo el amuleto de la serpiente debajo de la camisa—. ¿Un palurdo de campo que está de fiesta en la ciudad? Tendrás que jugar mejor tus cartas.

—Tengo información sobre el amuleto —dijo Fiona apurada—. La información que necesitas. El amuleto es la clave. Es más importante de lo que crees, pero también es peligroso. Por eso mi padre pone tanto afán en recuperarlo. Puedo ayudarte a sacarle todo el partido.

—No necesito tu ayuda.

—¿De veras? —repuso Fiona, escéptica—. ¿Estás diciendo que ese amuleto no te ha causado ni un solo problema? ¿No has tenido ninguna... experiencia inusual?

Ladeó la cabeza.

—Mi vida está llena de experiencias inusuales —dijo Han—. Pero me las voy arreglando por mí mismo.

—El amuleto no es el único riesgo —dijo Fiona—. Si alguna vez regresas a los Páramos, mi padre te aplastará como si fueses una cucaracha.

—¿Y tú crees que puedes detenerlo?

—Te sorprendería saber lo que soy capaz de hacer —susurró Fiona, mirándolo a los ojos.

—¿Y cómo acabo yo en toda esta historia? —preguntó Han—. ¿Enterrado con las reinas Lobo Gris?

—Claro que no —dijo Fiona, dando un paso hacia atrás, un poco enfurruñada—. Habría un papel para ti, por supuesto. Un cargo en mi corte. Serías bien recompensado.

—¿Como chico de los recados? ¿Como agente de la ley? ¿Como pensionista a tu costa? —Han negó con la cabeza—. Tengo mis propios planes. No seré tu sirviente ni tu matón.

La dejó allí plantada, en medio de las viejas estanterías de libros.

Han salió de la Biblioteca Bayar por la ruta de costumbre, evitando al diplomado que devolvía los libros a los estantes del segundo piso.

Durante todo el camino de regreso estuvo dándole vueltas a lo que había ocurrido. La oferta de Fiona sólo era una parte de ello. ¿Realmente sabía algo útil sobre el amuleto? ¿Era posible que los Bayar le hubiesen echado una maldición? ¿Había sido obra de ella que terminara en el octavo piso? ¿O estaba perdiendo la cabeza?

## Un baile peligroso

El trimestre de primavera había comenzado hacía tiempo y Hallie seguía sin regresar de los Páramos. «Hay un largo camino hasta Fellsmarch —se decía Raisa a sí misma—. Más largo aún en estos tiempos agitados».

Tal vez Hallie había decidido no regresar a la escuela. Tal vez, después de ver a su hija, le faltaron ánimos para abandonarla de nuevo.

—¿Por qué no hay un sitio para niños aquí? —preguntó a Amon un buen día mientras entrenaban con las varas.

—¿Qué?

Amon paró un golpe rápido contra el vientre y blandió la vara contra la cabeza de Raisa, casi rozándole una oreja. Aprovechando su desequilibrio, Raisa penetró sus defensas y le asestó un buen porrazo en el trasero.

A Raisa le alegraba poder pasar aquellos ratos juntos. Era una manera relativamente segura de aliviar la tensión que había entre ellos. Sólo tenía que poner cuidado en no pegarle demasiado fuerte.

—¿Quieres decir clases? —dijo Amon jadeando, girando sobre sí mismo y levantando su vara para parar el siguiente golpe de Raisa, que al chocar con la de Amon hizo que notara la vibración subiéndole por los brazos.

—Bueno, sí, y un lugar para que las estudiantes vivan con sus hijos.

—¿No te parece que sería una distracción? —preguntó Amon. Dio un barrido bajo y faltó poco para que la hiciera caer.

—¿No te parece que aún distrae más echar de menos a tu hijo?

—Se supone que los cadetes tienen que establecer vínculos entre sí —dijo Amon—. ¿Crees que lo harían si estuvieran cuidando de una familia?

—Creo que no podemos ignorar el hecho de que algunos estudiantes tienen familia —dijo Raisa—. Si la hija de Hallie estuviera aquí, no habría viajado sola a su casa. —Enjugándose el sudor de la frente, levantó la mano para indicar el final del asalto.

La Escuela del Templo podría organizarles clases, tal como hace la de Puente del Sur. Pero no hay ningún alojamiento apropiado en la ciudad.

—Hummm —dijo Amon—. Bueno, si quieres ahondar en el asunto, comienza por el maestro Askell. Está en el consejo de gobierno de la academia.

El trimestre de primavera era más llevadero que el anterior. Para empezar, Raisa no tenía que enfrentarse al diplomado Tourant, que había abandonado la academia sin que nadie diera muestras de echarlo en falta.

El entrenamiento de infantería se había sustituido por la equitación, disciplina en



la que Raisa sobresalía. Disfrutaba montando a *Switcher*, que se había vuelto gordo y perezoso durante el trimestre anterior. Le gustaba salir a cabalgar al campo, pese a que era tan llano.

Askell apenas visitaba su clase últimamente. De modo que tuvo que pedir audiencia para hablar con él sobre su idea a propósito del alojamiento para familias.

—Siéntese, principiante Morley —dijo Askell, cuando su ordenanza la hizo pasar a su despacho—. Póngase cómoda. ¿Le apetece un té?

Señaló la tetera que había sobre un hornillo.

—No, señor —dijo Raisa—. Gracias. No quisiera robarle mucho tiempo.

Se sentía distinta, más confiada que la última vez. En ambas ocasiones había acudido como suplicante. Pero esta vez creía que su presencia tenía fundamento y que, por lo tanto, no necesitaba disculparse. Había sacado notas altas en todas las materias salvo en la de Tourant. Ésa la había suspendido.

Como si le leyera el pensamiento, Askell dijo:

—Si ha venido a propósito de sus notas en Historia de la Guerra, debe saber que el boletín ha sido rectificado.

—¡Oh! —dijo Raisa, sorprendida—. No he venido por esa razón, pero gracias, señor.

—¿A qué ha venido entonces?

Raisa le expuso su idea y los motivos por los que la creía acertada.

Askell frunció el ceño.

—Hasta ahora nunca se ha hecho y, no obstante, nos las hemos arreglado para sobrevivir más de mil años.

—Las solicitudes para matricularse en Casa Wien han caído en picado —dijo Raisa.

Askell enarcó una ceja.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Arden siempre ha enviado más cadetes a Vado de Oden que el resto de los Siete Reinos —dijo Raisa—. Pero está en guerra desde hace una década, de modo que los jóvenes que habrían venido a estudiar aquí ya están combatiendo. Para contar con suficientes estudiantes competentes han estado aceptando alumnos mayores, menos acostumbrados. Y muchos de ellos tienen familia.

Askell se apoyó en el respaldo.

—Me cuesta imaginar que eso afecte a muchos de nuestros estudiantes —dijo.

—A uno de cada cinco —dijo Raisa—. Uno de cada tres en el caso de los diplomados y los estudiantes de maestría.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Askell—. Tal como lo dice, no parece una mera suposición.

—He hecho un sondeo entre las seis clases de cadetes —dijo Raisa—. Por descontado, no he podido interrogar a quienes no estaban aquí porque no podían arriesgarse a abandonar a sus familias. —Se inclinó hacia delante—. Las residencias

de Casa Wien están medio vacías. Habría sitio para albergar a unas cuantas familias. Podríamos comenzar por Casa Wien y, si da resultado, ampliarlo a las demás escuelas.

—Ha estado con mucho trabajo, Morley —dijo Askell—. Salta a la vista que este trimestre dispone de demasiado tiempo libre. —Mojó la pluma en el tintero y garabateó unas notas—. No puedo prometer nada —dijo—. El ejército es una organización muy conservadora, en particular en lo que atañe a mis paisanos. Pero ha presentado argumentos sólidos para que se emprenda una investigación.

—Es cuanto puedo pedir —dijo Raisa, aunque no supo resistirse a agregar—: Confío en que la investigación no se demore mucho tiempo.

—Permítame una pregunta —dijo Askell, mirándola por encima del borde de su taza de té—. La conducta del diplomado Tourant fue abominable durante todo el trimestre y, sin embargo, usted nunca se quejó —dijo—. ¿Por qué no lo hizo?

Raisa se encogió de hombros.

—Si no puedo manejar a los Tourant de este mundo, es poco probable que tenga éxito como reina de los Páramos. Hay días en que tengo la impresión de estar rodeada de muchos Tourant.

—Pensaba que regresaría a los Páramos para el solsticio —dijo Askell.

—Estoy esperando noticias de casa —dijo Raisa—. Lo más probable es que me vaya en cuanto me garanticen que es seguro hacerlo.

«Si es que eso llega a suceder algún día», pensó Raisa.

—¿Existe alguna posibilidad de que regrese el año que viene? —preguntó Askell, tamborileando con la pluma sobre el cartapacio.

Raisa negó con la cabeza.

—Me figuro que no. He aprendido muchas cosas pero llevo demasiado tiempo lejos, me temo.

—Entiendo —dijo Askell. Carraspeó—. Quería que supiera que si regresara el año que viene, tengo previsto ofrecerle el mando de un terno de principiantes. Su rendimiento este año ha sido impresionante. —Esbozó una sonrisa—. Y no sólo porque mis expectativas fuesen muy bajas.

—Gracias, señor —dijo Raisa, un poco aturullada—. Me siento honrada. Y, si regresara, sería un honor servirle.

—Entiendo que el puesto de cabo es algo inferior al de princesa —dijo Askell—, pero quería que supiera lo que tenía en mente.

—Gracias —dijo Raisa—. Quisiera que supiera que nunca olvidaré el tiempo que he pasado en Vado de Oden. Ha sido un regalo increíble poder abandonar el papel de princesa para adoptar el de estudiante.

Askell se levantó, indicando así que ya era hora de que se marchara.

—Si todavía sigue aquí, espero verla en el Baile de los Cadetes.

—Ah. Sí. Claro. En realidad no he hecho planes con tanta antelación.

Raisa no había oído hablar de otra cosa durante las últimas semanas: la fiesta de

fin de trimestre en Casa Wien. Era una especie de objetivo al que apuntar, una excusa para saltarse el trabajo que quedaba por hacer.

—No falta tanto —dijo Askell, sonriendo—. Confío en que si se marcha antes de entonces, venga a despedirse.

—Gracias, señor. Así lo haré.

Saludó a Askell, llevándose el puño al corazón, y se fue.

«El maldito Baile de los Cadetes —pensó Raisa mientras bajaba la escalera—. No voy a ir».

Amon seguía con su formal cortejo de Annamaya. Cada fin de semana que no estaba de guardia se ponía el uniforme de gala y cruzaba el río para visitarla en la Escuela del Templo. Raisa se los imaginaba sentados muy tiesos en el jardín. Al menos no tenía que verlos en vivo. Pero en el baile sería inevitable.

Talia y Pearlie iban a ir juntas. Como Hallie no había regresado, Raisa se quedaría colgada. Una princesa sin carné de baile.

Eso no le sucedería nunca en su tierra.

Aunque en su tierra tampoco tenía amigos; amigos de verdad que le dieran la lata hasta sacarla de quicio.

—No entiendo por qué no se lo pides a Han —dijo Talia, como si ella y Han fuesen viejos amigos. Últimamente, ella y Pearlie solían aparecer por La Tortuga y el Pez los martes y los jueves por la noche. A veces Mick y Garret también iban. Cuando la sesión de tutoría con Han concluía, éste invitaba a una ronda y Raisa acababa acostándose tarde.

—Es muy guapo y encantador, y te mira de una manera... que me hace estremecer. —Talia suspiró—. Las chicas se peleaban con puñales por *Pulseras Alister* en el Mercado de los Harapos, ¿sabes? No es mi tipo, pero si lo fuera...

—Tampoco es mi tipo —dijo Raisa, y enseguida agregó—: quiero decir que me gusta y todo eso pero... Sé que a la larga no funcionará.

Talia enarcó una ceja como diciendo: «Oh, ¿en serio?»

—Ya sé que eres de sangre azul, pero tampoco es como si tuvieras que casarte con él.

Eran casi las seis. Hora de reunirse con el increíble Han Alister para darle clase.

—Tengo que irme —dijo Raisa.

—¡Saludos de mi parte! —respondió Talia, guiñándole el ojo.

Han la esperaba en la habitación de arriba de La Tortuga y el Pez. Siempre llegaba pronto desde aquella primera clase en que había llegado tarde y ella se ensañó con él. (Desde luego era buen alumno.) Le había dado por pedir que les sirvieran cena (según él, a modo de pago), de modo que habían adoptado la costumbre de cenar juntos antes o después de sus sesiones. Han sostenía que necesitaba practicar sus modales con comida de verdad.

—¿Y si uso el tenedor correcto pero me meto una salchicha entera en la boca o me trago la cerveza como un borrachín? —decía—. Todo el trabajo que has hecho se

iría al traste.

Han se aplicaba. Leía lo que Raisa le indicaba y participaba sin rechistar en el teatro improvisado de Raisa. Su forma de hablar había mejorado notablemente durante los dos últimos meses, si bien todavía usaba jerga de ladrones de vez en cuando porque eso no entraba en el trato de los cinco peniques. Si prestaba atención, sus modales en la mesa eran casi perfectos.

Había veces, no obstante, en que se le veía muerto de sueño; bostezaba después de cenar y en dos ocasiones se quedó literalmente dormido.

—¿Todavía crees que debes dedicar tanto tiempo a esto? —preguntó Raisa una noche al darse cuenta de que estaba exhausto—. Como te he dicho, puedes aprender modales por tu cuenta.

—Perdona —dijo—. No es por la compañía. Si hay alguien con quien quiero estar bien despierto, ese alguien eres tú. Lo único que pasa es que anoche me acosté tarde.

Al parecer se acostaba tarde cada noche. «¿Está saliendo con alguien? —se preguntó Raisa—. En cualquier caso, no es asunto mío».

Era evidente que estaba acostumbrado a triunfar con las chicas, y le daba a entender de mil maneras distintas que estaba interesado por ella. Raisa percibía la intensidad de su mirada y al volverse lo encontraba observándola como uno contemplaría un cuadro complicado, con varias capas de óleo. La vehemencia de su atención resultaba muy seductora.

A veces ponía su silla al lado de la de Raisa para leer juntos un pasaje. Se sentaba a escasos centímetros de ella, manteniendo siempre esa minúscula distancia, como si en todo momento supiera dónde estaba ella.

Al inclinar la cabeza sobre el Faulk, se sorprendía a sí misma mirándole la curva de la mandíbula con su pálida barba crecida, la sinuosa cicatriz que casi le llegaba al ojo derecho, sus antebrazos musculosos surcados de venas.

Reparaba en todo; en la manera que tenía de bostezar y estirarse, arqueando la espalda como un gato, tardando en taparse la boca con la mano. Los múltiples colores de su pelo: pálidos crema, oro rojizo y platino. Cómo solía repetir una pregunta, ganando tiempo para evocar la respuesta. El hecho de que siempre se sentara de cara a la puerta, tal vez un vestigio de su vida en el Mercado de los Harapos, y el modo en que se llevaba la mano al puñal cuando se asustaba. Cómo deslizaba constantemente la mano dentro de la camisa para soltar el excedente de poder en su amuleto.

No era orgulloso ni arrogante, pero su confianza en sí mismo anunciaba que sabía lo que quería y que más valía no cruzarse en su camino. Seguramente le había resultado muy útil cuando era el señor de la calle de los harapientos.

¿Cómo era posible que se fijara en Han Alister cuando aún tenía el corazón partido por culpa de Amon Byrne? ¿Acaso la destrucción de un sueño dejaba un vacío que requería ser llenado con otro?

«¿Es más vulnerable un corazón partido? —se preguntó Raisa—. ¿Soy veleidosa o autodestructiva? No pienso pasar por esto otra vez».

Pero el caso era que aguardaba las dos citas semanales con más impaciencia de la que osaría admitir.

Con frecuencia proseguían más allá de las dos horas convenidas. Al principio Raisa había intentado que se ciñeran al horario establecido, pero terminó dándose por vencida. Alister siempre la engatusaba para que se quedara más tiempo.

Aquella noche, cuando Raisa llegó, había emparedados y sidra en la mesa. Junto a una caja de música decorada con bellos esmaltes y piedras preciosas.

—Qué bonita —dijo, abriendo la tapa y examinando el intrincado mecanismo con ojos de experta. Era una pieza hecha por los clanes, seguramente una antigüedad. Levantó la vista hacia él, desconcertada—. ¿Para qué es?

—Es para ti —dijo Han, un tanto incómodo—. Un regalo.

—No puedo aceptarlo —dijo Raisa, notando que se ponía roja. Intentó devolvérsela, pero él puso las manos en la espalda, de modo que la dejó encima de la mesa.

—La he traído por motivos egoístas —dijo Han—. Quiero que me enseñes a bailar.

Raisa lo miró perpleja.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Siempre cabe la posibilidad de que me inviten a una fiesta —dijo Han—. Quiero estar preparado por si acaso —agregó con los ojos azules muy abiertos e inocentes.

—Todavía hay muchos temas que no hemos abordado —protestó Raisa—. Los cargos de la corte, la vestimenta apropiada para las ocasiones sociales, los protocolos de la caza, pautas para la correspondencia...

—Tengo entendido que en las fiestas se hacen muchos negocios —dijo Han, levantando la barbilla—. Conozco algunos bailes de los clanes pero tengo que aprender a bailar al estilo de la ciudad.

—¿Qué clase de bailes quieres aprender? —preguntó Raisa, poniendo los ojos en blanco.

—Los agarrados —dijo, dando cuerda a la caja de música—. ¿Cómo se llama éste?

«Se llama problema», pensó Raisa cuando la música comenzó a sonar.

Era una canción norteña, «Flor de las Montañas». La añoranza se adueñó de Raisa.

—¡Oh! —dijo—. Me encanta esta canción. ¿De dónde has sacado esto?

—Hay una tienda de música en el lado de Mystwerk, cerca de la Escuela del Templo —explicó Han. Se plantó delante de ella, alargando las manos, con la cintura en alto.

Raisa le apartó las manos.

—Primero deja que te muestre los pasos. Éste se llama Paso de la Tierra Alta. —Hizo una demostración—. Ahora prueba tú. —Lo observó mientras lo intentaba—.

Casi lo tienes, pero es punta, punta, tacón, punta y deslizamiento. —Han lo probó de nuevo—. Y ahora hacia delante.

Después de unos cuantos pasos de prueba, Raisa levantó las manos.

—Ahora intentémoslo juntos. Sígueme.

Puso la mano derecha de Han en su cadera izquierda y le cogió la izquierda con su mano derecha. La magia de las manos de Han estaba bajo control, era sutil y potente a un tiempo. Le subió a la cabeza como el vino de Bruinswallow.

—Vamos: punta, punta, tacón, bien, bien, adelante...

Ensayaron una y otra vez, volviendo a dar cuerda a la caja de música cuando era necesario, aprovechando para tomar tragos de sidra y bocados de emparedado.

«Menos mal que me gusta esta canción», pensó Raisa.

Cuando Han ya dominaba el Paso de la Tierra Alta, pasaron al Corro Cuadrado, con canciones como «Si mi verdadero amor fuese verdadero» y «Rosa entre espinos». La última era complicada y, aunque Han parecía un bailarín nato, los pies se les enredaron repetidas veces.

—¡Espera! ¡Espera! —exclamó Raisa cuando creyó que iban a caerse—. ¡Para, para, para!

Terminaron agarrados para no perder el equilibrio, sofocados y riendo, jadeando por el esfuerzo.

—Me parece que necesito practicar más —dijo Han, meneando la cabeza.

—A casi nadie le sale bien —contestó Raisa—. No te preocupes. Creo que ya estás preparado para bailar.

—Bien —dijo Han, sonriendo—. Pues ahora invítame al Baile de los Cadetes.

—¡El Baile de los Cadetes! ¿Quién te ha hablado de...? —dijo Raisa desconcertada, y de pronto cayó en la cuenta—. ¡Ha sido Talia! Seguro que ha sido ella. —Negó con la cabeza—. No voy a ir.

—Por favor, Rebecca —dijo Han persuasivamente—. En un baile no sólo se baila. Tendría la oportunidad de poner en práctica todo lo que me has enseñado; modales en la mesa, conversación refinada, todo. Y no es sólo eso. Quiero ir contigo. —Apoyó las manos en los hombros de Raisa—. A no ser que ya estés saliendo con alguien.

Raisa pensó en mentir, pero le constaba que Talia ya le había contado la verdad.

—No. —Negó con la cabeza, evitando sus ojos—. No estoy saliendo con nadie.

«No te atrevas —pensó Raisa—. No te atrevas a decirme que me harás olvidar a Amon Byrne».

Pero no lo hizo. En cambio, le puso los dedos debajo de la barbilla y le levantó la cabeza para que le mirara.

—Qué suerte —murmuró, y la besó. Despacio y a conciencia, como alguien que supiera lo que estaba haciendo.

A Raisa le había encantado besar a Amon Byrne, pero parecía que nunca hubieran podido besarse sin que los interrumpieran.

Con Micah, cada beso había sido una escaramuza de su guerra sinfín. Excitante pero brutal.

Reid Demonai tenía bastante talento y, desde luego, no le faltaba experiencia...

Pero nunca la habían besado así.

Y, como una tonta, correspondió al beso. Le besó de manera que no quedara ninguna duda sobre lo que sentía por él. Le besó porque sabía que era hartamente improbable que volvieran a besarla así en toda su vida.

Cosa bien triste cuando sólo se tienen diecisiete años.

Han retrocedió hasta que chocó con la silla y se sentó, poniéndola en su regazo. Y hubo más besos; besos ávidos que parecían haberse ido almacenando a lo largo de las semanas que llevaban viéndose. Raisa se abandonó a ellos por completo, enroscando sus dedos en el pálido pelo de Han, arrimando la cabeza como si pidiera más.

Había magia en sus besos, pero era sutil, como el regusto de algo sabroso y embriagador.

Terminó abrazada a él, temblando, con la mejilla apretada contra su pecho, respirando profundamente, sin ganas de soltarse. Aunque sabiendo que tenía que hacerlo.

—No podemos hacer esto —susurró Raisa, casi para sus adentros—. No hará más que empeorar las cosas.

Han le acariciaba el pelo movió su cuerpo debajo de ella, haciendo que el corazón le palpitará.

—¿Por qué? ¿De qué tienes miedo? ¿De los ladrones o de los magos?

—De ambos —dijo Raisa.

—¿Es porque no soy de sangre azul?

Lo preguntó con total naturalidad, como si realmente quisiera saberlo.

—Eso es lo de menos —dijo Raisa, que se estremeció al suspirar—. Esto sólo conseguirá que se me parta el corazón, y me niego a que me ocurra otra vez. —Levantó la vista hacia él—. Creía que podía jugar con el amor. Pensaba que tenía tanto derecho como..., como cualquier cortesana o un..., amo de la calle.

Han meneó la cabeza.

—Escucha, Rebecca, yo...

—Pero he descubierto que no estoy hecha de esa pasta —interrumpió Raisa—. No sé jugar a este juego si no pongo el corazón. Es un asunto personal. No estoy juzgando a nadie.

—Lo entiendo —dijo Han. Estrechó su abrazo y le acarició la clavícula, poniéndole los nervios a flor de piel—. ¿Qué te está diciendo ahora el corazón?

Raisa quería ser sincera con él, aunque seguramente lo pagaría caro.

—Que estoy en un aprieto —susurró.

Han no dijo nada durante un buen rato.

—No puedo garantizar que no te haré daño —dijo finalmente—, porque hay muchas cosas que escapan a mi control. Lo que sí puedo decirte es que hacerte daño

es lo último que quiero.

—No podrás evitarlo —dijo Raisa, enjugándose los ojos—. Y no se trata sólo de que tú me hagas daño a mí. Yo también te haré daño, aunque no sea mi intención. No soy la chica que crees que soy. Y recordarás esta conversación, y desearás haberme escuchado. —Metió las manos entre las de Han—. ¿Cómo puedes querer esto si desde el principio sabes que terminará mal?

«Dile la verdad», decía una voz en su cabeza. Pero simplemente no podía. No se atrevía.

Han le escrutó el semblante como intentando descifrar la historia que ocultaban las palabras. Luego le besó los párpados, la punta de la nariz y, una vez más, los labios. A cada beso, la resistencia de Raisa cedía un poco más.

—Yo vivo el presente —dijo Han—, porque el futuro siempre es arriesgado. Tratándose de estar contigo, estoy dispuesto a correr el riesgo que sea. ¿Y tú?

Ahora parecería una cobarde si decía que no. Raisa se apoyó contra él. Levantó los ojos hacia su rostro y con el índice resiguió la cicatriz de encima del ojo.

—¿Cómo te hiciste esto? —preguntó.

—Corrí un riesgo —dijo Han, con sus ojos azules clavados en ella.

—¿Mereció la pena?

Han lo pensó un momento.

—Sí.

—De acuerdo —dijo Raisa, dándose por vencida—. Arriesguémonos. Pero iremos despacio.

Han volvió a estrecharla entre sus brazos. Raisa notó los latidos de su corazón en la espalda.

—No quiero ir despacio —le susurró Han al oído—. Como he dicho, yo vivo el presente. Cada vez que intento dejar algo para el futuro, me lo arrebatan.

—Ya lo sé —dijo Raisa—. Pero de todos modos iremos despacio.



## Cuando los sueños devienen pesadillas

Han abrió los ojos y se encontró mirando al techo de su guarida en la biblioteca.

Se hallaba en el suelo de madera noble y supo de inmediato, por el entumecimiento de las articulaciones, que hacía horas que estaba tendido. Se frotó la cara. Tenía una barba incipiente. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Como de costumbre, había grandes lagunas de tiempo de las que no podía dar cuenta.

Dándose masaje en las sienes, intentó recordar qué había sucedido durante el último encuentro con Cuervo. Éste le había enseñado cómo llevar a otros magos al Aediion con él. Tras efectuar una demostración de la técnica le había hecho memorizar el hechizo.

Han se incorporó, aguardó a que la cabeza dejara de darle vueltas y luego se puso de pie. Algo crujió debajo de su chaqueta. Metió la mano y sacó varias hojas dobladas. Las desdobló con cuidado. Amarillentas y frágiles, parecían páginas arrancadas de uno de los libros antiguos de los pisos de arriba.

Una era un mapa con la tinta desvaída y manchas de agua. Un título ondulado encabezaba el dibujo: «Dama Gris». Se puso en cuclillas. Dama Gris era una montaña del Valle donde se ubicaba la Casa del Consejo de Magos, así como los hogares de los magos más prominentes del Valle. Echó un vistazo al dibujo. En el mapa, el interior de la montaña era un laberinto de túneles con varias entradas bien destacadas.

En el reverso de la hoja había una nota garabateada con su propia caligrafía. *Mantener oculto; guardar a buen recaudo. —H. Alister.*

Le resultaba del todo ajena. ¿De dónde había salido? ¿Qué significaba?

¿Acaso el Aediion se estaba filtrando en la vida real?

Ojeó las demás páginas. Contenían hechizos escritos en un lenguaje tan arcaico que apenas lograba entenderlos. Al final había unas iniciales rotuladas con mucha floritura: *HRMAW*. Y un emblema: la serpiente, el báculo y la corona que había visto antes.

¿HRMAW?

Han se acercó a la ventana y se asomó. Los faroleros estaban encendiendo las linternas que colgaban de los edificios de la academia. Lo cual significaba que se había perdido la cena. Se sentía débil, hambriento y completamente despojado de poder.

Pero aquello no tenía ningún sentido. Se había reunido con Cuervo después de cenar. Las farolas las habrían encendido hacía mucho rato. ¿El amuleto estaría cargado de tanto poder maligno como para hacer que enfermara?

Sudando, recogió sus libros y papeles y los metió sin miramientos en el macuto,

poniendo las páginas antiguas encima de todo. Prefirió no utilizar la ruta larga que discurría por los tejados y arriesgarse a bajar por la escalera trasera hasta la planta baja de la biblioteca. El diplomado de la recepción levantó la vista de su libro de texto, perplejo.

—La biblioteca está cerrada, Alister. Creía que ya no quedaba nadie.

—Perdón —dijo Han—. Me he quedado dormido. —Se detuvo junto al mostrador—. ¿Qué día es hoy?

El diplomado sonrió.

—Deberías dejar de trabajar tan duro. Es domingo.

Domingo. Se había reunido con Cuervo el sábado por la noche. De modo que había perdido un día entero. Y ganado un mapa de Dama Gris; Y unos cuantos hechizos.

Y de pronto cayó en la cuenta de lo que estaba ocurriendo. Sin duda había sido un idiota.

Han se marchó a toda prisa sin despedirse siquiera del diplomado.

Cruzó el patio de Mystwerk a la carrera y subió la escalinata de Hampton Hall de dos en dos peldaños, confiando en que Bailarín estuviera allí. Pero la residencia parecía desierta. ¿Estaban todos cenando?

Se detuvo delante de su puerta, se agachó y recogió la cerilla que había puesto en el pestillo. Alguien había abierto la puerta de su habitación mientras él estaba fuera.

Han metió la mano debajo de la capa y la apoyó en el mango del puñal que seguía llevando consigo a todas partes. Su agotado amuleto de poco le serviría ahora mismo. Abrió la puerta con cuidado y echó un vistazo a la habitación. Nada fuera de su lugar. Nadie en el interior.

Entró, cerró la puerta, echó el cerrojo y volvió a mirarlo todo con más detenimiento. A primera vista no parecía que hubiesen tocado nada. Luego se fijó en que algunos objetos no estaban como los había dejado. Lo papeles que tenía encima del escritorio habían cambiado ligeramente de sitio. Abrió un cajón de la cómoda. Las lentejas que había dispuesto cuidadosamente en el raíl habían caído dentro del cajón. Alguien había tocado los polvos con los que había cubierto el pasador del baúl.

Durante las últimas semanas, Han había dejado de poner barreras mágicas con vistas a ahorrar poder para sus sesiones con Cuervo. Dos días antes, después de regresar a su habitación y encontrar abierta una ventana que debería estar cerrada, había tendido sus pequeñas trampas.

Se rascó el mentón. ¿Micah se arriesgaría, después de lo que les había ocurrido a sus primos? Sólo si hubiese encontrado algún encantamiento o talismán que desbaratara sus hechizos.

También era posible que Bailarín hubiese entrado a buscar algo.

Alguien llamó a la puerta y el corazón le dio un vuelco.

—¡Caza Solo! —gritó Bailarín desde el pasillo.

Han abrió la puerta de golpe y vio a Bailarín en el umbral, ataviado con la

vestimenta formal de Mystwerk.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Bailarín—. La Cena de la Decana era esta noche. Abelard se ha molestado al ver que no asistías. Me ha dicho que te recordara que tienes que ir a su despacho el próximo miércoles a la siete, y que si no ya sabías a qué atenerte.

Ésa sería la «clase» sobre el Aediion.

Han renegó, se dejó caer en la cama y hundió la cara entre las manos, sintiéndose acosado.

Bailarín apoyó una mano en el hombro de Han.

—¿Te encuentras bien? ¿Estás enfermo?

Han negó con la cabeza.

—El problema es que no sé dónde he estado todo el día.

Le explicó lo que había ocurrido.

Bailarín meneó la cabeza, adoptando una expresión de «ya te lo advertí».

—Creo que eres un idiota si vuelves a ir. No me importa si Cuervo te ha enseñado a convertir el estiércol en oro, eso no compensa que pierdas la cabeza. No me fío de él. Creo que está tramando algo.

—Tengo que regresar al Aediion el próximo miércoles, ¿recuerdas? Abelard insiste en que enseñe a sus protegidos a ir, o me expulsará.

Bailarín se echó el pelo hacia atrás.

—Me alegra no ser más que un cabezacobriza y pasar desapercibido.

—Cuervo piensa que no serán capaces de hacerlo con los amuletos que tienen. Me enseñó cómo llevarlos conmigo. —Han permaneció sentado en silencio un momento—. ¿Quieres oír mi teoría?

Bailarín se sentó en la silla del escritorio de Han, apoyando las manos en los brazos.

—Adelante.

—En un par de ocasiones Cuervo se ha deslizado en mi mente para demostrarme un hechizo o una técnica. No sé describirlo de otra manera.

—¿Se ha deslizado en tu cabeza? —Bailarín enarcó las cejas—. ¿Te ha poseído?

Dicho en voz alta, sonaba aún peor.

Han asintió, mirándose las manos.

—Ahora creo que lo está haciendo justo cuando cierro el portal para regresar. Creo que cruza conmigo. Y entonces se hace con el control. —Levantó la vista hacia Bailarín—. Una vez me encontré en el octavo piso de la Biblioteca Bayar sin saber cómo había llegado hasta allí. Esta noche tenía debajo de la camisa unos documentos que nunca había visto.

—¿Qué clase de documentos?

—Papeles y mapas antiguos. De la biblioteca, según parece.

Han sacó los extraños papeles de su macuto y los extendió sobre la cama.

Bailarín los miró por encima y meneó la cabeza.

—No vuelvas a ir —dijo—. Es la mejor solución.

—Pienso volver —dijo Han—. No permitiré que Cuervo me impida viajar al Aediion. No es su territorio. Pero tengo que encontrar la manera de impedir que se meta en mi mente.

—Lo que necesitas es un talismán —dijo Bailarín, estirando las piernas. Llevaba mallas y botas de clan debajo de la toga de mago—. Un talismán que te proteja contra la magia mental.

Han recordó lo que había dicho Mordra; que los clanes habían desarrollado talismanes contra la posesión, haciendo que esta táctica perdiera eficacia.

—¿Sabes dónde puedo encontrar uno? —preguntó Han, un tanto más esperanzado.

Bailarín negó con la cabeza.

—En casa, tal vez. Aquí tendré que investigar y hacerlo yo mismo. Hablaré con Firesmith.

Las esperanzas decayeron de nuevo.

—¿De verdad puedes hacerlo?

Bailarín se encogió de hombros.

—No lo he hecho nunca. Y no habrá manera de probarlo con antelación. —Echó la cabeza hacia atrás—. Por eso no tendrías que ir.

—Como he dicho, no tengo alternativa.

—¿Regresas pasado mañana?

Han asintió. Bailarín se puso de pie de un salto.

—Pues manos a la obra.

Han levantó la mano.

—Bailarín. Una cosa más. ¿Hoy has entrado en mi habitación?

Su amigo negó con la cabeza.

—No. Hasta ahora, no. ¿Por qué?

—Alguien ha estado aquí. Pensé que a lo mejor habías venido a buscar algo.

Bailarín negó con la cabeza.

—A lo mejor estabas aquí y no lo sabías —dijo, poniendo los ojos en blanco.

—¿Has visto a alguien merodeando? ¿A los Bayar?

Bailarín negó con la cabeza.

—Estaban en la Cena de la Decana. Ha sido la primera vez que los he visto en todo el día. He estado con Gata hasta que he venido a cambiarme.

—¿Estabas con Gata? —preguntó Han, sorprendido. ¿Desde cuándo se veían por voluntad propia?

Bailarín asintió.

—Dice que a lo mejor abandona la academia.

Lanzó una mirada a Han. No exactamente acusadora, pero casi.

Han le sostuvo la mirada.

—¿Por qué?

—¿Por qué no se lo preguntas a ella? —dijo Bailarín, lanzándole una clara indirecta.

—Vayamos a verla ahora mismo —dijo Han, sintiéndose culpable.

—Ve tú —replicó Bailarín—. Yo tengo que investigar lo de tu talismán.

Pero cuando Han fue a la Escuela del Templo, Gata no estaba allí.

## Noticias de casa

Después de una discreta visita de tres meses a Vado de Oden, el invierno regresó hacia el norte, dejando tras de sí infinidad de bulbos florecientes, como una estela de fuegos de artificio.

Ya hacía tanto calor que tres horas de extenuante cabalgada dejaron a Raisa húmeda y colorada y a *Switcher* sudoroso y resoplando. Raisa cepilló a la yegua, murmurándole ternezas y cantando retazos de «Flor de las Montañas».

«Normalmente no eres tan atolondrada —se dijo Raisa a sí misma—. ¿Será porque estás enamorada?»

Aquella noche vería a Han Alister. El pulso se le aceleró con sólo pensarlo.

Al conducir a *Switcher* a su compartimento, Raisa vio que el contiguo lo ocupaba un peludo caballito gris de las montañas con una mancha blanca en la cara.

El macho castrado de Hallie.

Raisa se apuró en terminar la tarea, echando paladas de grano con manos temblorosas y rellenando el abrevadero de *Switcher*. Hallie podía traer cualquier clase de noticias. Buenas o malas. O ninguna en absoluto.

Raisa cruzó corriendo el patio de los establos, recortando entre los edificios hasta el prado de Grindell Hall. Subió la escalinata como una exhalación. Mick estaba sentado junto a la ventana abierta de la sala común, mirando con mala cara sus ejercicios de matemáticas. Levantó la vista cuando Raisa irrumpió en la estancia.

—Está arriba, en vuestra habitación, guardando sus cosas. —Hizo una pausa muy breve y agregó—: Ha traído pastelillos de miel.

Raisa subió corriendo la escalera, dando vueltas y más vueltas hasta llegar al tercer piso. Hallie estaba de rodillas ante su baúl, doblando ropa. Cuando Raisa entró, se levantó y abrió los brazos.

Abrazar a Hallie era como abrazar a un robusto roble.

—¡Qué contenta estoy de que hayas vuelto! —dijo Raisa—. Te he echado mucho de menos, y ya estaba empezando a preocuparme. ¿Cómo está Asha?

—Yo también te he extrañado —dijo Hallie, ruborizándose—. Asha está bien. Está enorme, es más alta que los demás niños de dos años. —Soltó a Raisa y hurgó en el morral que había encima de su cama—. Mira. Lydia, la hermana del cabo Byrne, le hizo otro retrato.

Le pasó un bosquejo a lápiz enmarcado de una niña con un mentón que le daba un aspecto solemne y testarudo, y una cinta en el pelo.

—Es muy guapa —dijo Raisa, devolviéndole el dibujo—. Se parece a ti.

—Bueno, tan guapa no será, si se parece a mí —dijo Hallie, sonriendo—. Pero es

la mar de lista. Aprendió a decir «mamá» mientras estuve allí. —Hallie hizo una pausa—. Ya he hablado con el comandante Byrne sobre mi demora en regresar. Me he perdido casi todo el trimestre. No tendría que haber sucedido, pero me costó mucho dejarla cuando llegó el momento de hacerlo. Apuré demasiado mi estancia y encontré muy mal tiempo en el camino de vuelta.

«Confío en que el maestro Askell tomará buena nota de lo que le dije sobre las estudiantes con hijos», pensó Raisa.

—He traído unos cuantos pastelillos de miel —dijo Hallie, señalando un saquito de tela que había encima de la cama de Raisa. Levantó la vista al techo—. Vamos a ver, había otra cosa...

—¡Hallie! No me tomes el pelo —dijo Raisa.

—Te he traído una carta. De tu madre. —Hallie buscó a tientas en su talego y sacó una cartera militar. Se la alcanzó a Raisa—. Lord Averill dijo que te la entregara en mano.

Raisa se quedó paralizada, estrechando la cartera contra el pecho.

—Voy abajo a charlar un rato con Mick —dijo Hallie—. Léela y vente cuando hayas terminado.

Raisa se sentó en su cama, todavía acunando la cartera. Con dedos temblorosos desabrochó las hebillas y levantó la solapa.

Dentro había otro sobre, muy grande, en el que ponía «Lightfoot, lord Demonai». Estaba sellado. Lo abrió.

Y dentro había un sobre más en cuyo anverso habían escrito «lady Rebecca Morley». Dentro había otro sobre, sellado con el emblema Lobo Gris.

Sirviéndose de su daga, Raisa lo abrió y sacó la carta que contenía. Las páginas lucían la elegante letra de su madre.

Hija:

No es fácil para quienes somos de sangre real decir que lo sentimos. Las estrellas se realinean y el mundo se rehace de modo que nuestros errores parezcan proféticos en retrospectiva.

Nunca tuve intención de ahuyentarte. Mi intención era salvarte la vida, y tal vez lo haya conseguido, por ahora. Hay varios miembros del Consejo de Magos que no quieren verte en el trono Lobo Gris. Pese a tu corta edad, te consideran difícil, testaruda y demasiado próxima a los clanes.

El gobierno de los Páramos siempre ha sido una cuestión de equilibrio, y cada paso estratégico ha precipitado consecuencias imprevistas. Mi matrimonio con Averill acalló a los clanes pero instó al Consejo de Magos a forjar una alianza con el ejército. El general Klemath está confabulado con el Consejo. Ha llenado el ejército de mercenarios que sólo a él son leales.

Tu padre te envió al Campamento Demonai para que aprendieras a ser guerrera. Él y los demás Demonai te ven como uno de ellos porque llevas sangre Demonai. Elena *Cennestre* en particular cree que tu sangre Demonai prevalece en tu carácter. Una facción de guerreros es partidaria de hacerme abdicar y coronarte porque serías una reina más de su agrado.

Cuando el Consejo de Magos se enteró, urdieron un complot para asesinarte. Iban a llevarlo a cabo a tu regreso del Campamento Demonai.

Tuve miedo de que lo consiguieran. Para impedirlo, propuse un casamiento entre tú y Micah Bayar, a sabiendas de que lord Bayar lo vería como una oportunidad para extender su poder y tal vez, con el tiempo, poner a su hijo en el trono. Los conspiradores desaparecieron.

Esto nos concedió tiempo, al menos hasta el día de tu onomástica. El capitán Byrne ha estado trabajando para ampliar la Guardia y deshacer el daño que Klemath ha hecho al ejército, pero se trata de un

proceso lento y difícil de llevar a cabo con discreción. Abrigaba esperanzas de posponer vuestras nupcias hasta que hubiese terminado, pero como tu onomástica se acercaba, lord Bayar me presionaba para que mantuviera nuestro acuerdo.

De modo que decidí dejar que la boda se celebrara. Erróneamente creí que tú aceptarías a Micah porque ya lo estabas viendo a hurtadillas. Me equivoqué. Somos tan diferentes. Siempre me cuesta predecir lo que harás.

Tu ausencia ha aplacado a la oposición por ahora. Los Demonai no tienen una candidata a la que apoyar con unanimidad. Lord Bayar es reacio a dar paso alguno sin saber dónde estás. Mientras sigas viva, yo vivo, porque una Marianna es preferible a una Raisa.

No me vuelvas a escribir; el riesgo de que intercepten nuestra correspondencia es muy grande. Como habrás visto por el contenido de esta carta, aquí corres peligro. Me pondré en contacto contigo cuando sea seguro que regreses. Entretanto, no te fíes de nadie. Recuerda que estamos rodeadas de enemigos.

Con amor, tu madre.

La carta se deslizó de los dedos laxos de Raisa, que se desplomó contra la pared con los ojos arrasados en lágrimas.

«¿No podrías habérmelo dicho, madre? ¿No podrías haber confiado un poco en mí? Podríamos haber trabajado juntas en lugar de mantener un diálogo de sordos».

Así estaban las cosas. Quizá fuese por influencia de lord Bayar, pero Marianna no confiaba en su hija. Cabía incluso que hubiese sospechado que Raisa conspiraba con los Demonai para derrocarla. Ni quería imaginar qué ocurriría si supiera que Amon Byrne ya estaba ligado a ella.

Quizás ése fuera el verdadero propósito del matrimonio con Micah. Habría puesto freno a la confabulación Demonai. Una reina Marianna era preferible a una Raisa casada con Micah.

Y los Demonai, ¿realmente habían planeado derrocar a su madre para poner a Raisa en el trono? ¿Creían que ella se avendría a semejante ultraje? ¿Acaso su padre y su abuela estaban implicados?

Un recuerdo acudió a su mente: Reid Demonai insistiéndole en que fuera con él al Campamento Demonai en lugar de huir del país. «Nadie te pondrá un dedo encima en Demonai, había dicho. Nadie te arrebatará tus derechos de nacimiento».

¿Toda su vida era una sucesión de mentiras? ¿Era eso lo que le deparaba el porvenir, una vida entera manipulando a los demás para cumplir con sus objetivos?

«No es sólo lo real lo que cuenta, sino la percepción que se tiene de lo real, madre —pensó—. Si la gente te ve débil, eres débil, aunque se trate de una estrategia de supervivencia».

Qué curioso que su madre no hubiese mencionado a Mellony, como tampoco la presión que ejercía el Consejo de Magos para nombrarla princesa heredera. ¿No quería preocuparla? ¿No quería que regresara enseguida por el peligro que correría?

¿O era que Marianna prefería mantener a Raisa en el sur hasta que se llevara a cabo un cambio en la línea sucesoria?

«No te fíes de nadie». Su madre nunca había pronunciado palabras más acertadas.

Raisa tenía más confianza en su amistad con Talia y Hallie que en cualquier miembro de la corte, aparte de Amon.

¿Acaso Raisa había hecho algo para alentar las intrigas que se arremolinaban en



torno a ella? ¿Por qué estaba tan convencido el Consejo de que sería problemática?

¿Y ahora qué? El trimestre casi había terminado. ¿Debía aguardar dócilmente hasta que su madre la reclamara? Si regresaba a casa, ¿derrumbaría el frágil castillo de naipes en que se había convertido su reinado?

¿Cabía estar más sola?

Raisa se tumbó boca arriba, derramando lágrimas que le mojaron el pelo.

## Un niño perdido en el bosque

Han tomó un atajo por el césped, dirigiéndose a la Calle del Puente. Era martes, el día antes de su clase con la decana Abelard. Había pasado la mitad de la noche en vela por segunda vez consecutiva. Él y Bailarín habían dedicado la tarde a experimentar con un talismán que Bailarín había tallado en una corteza de serbal. Constituía todo un reto fabricar un talismán que no interfiriera con la magia del propio Han mientras lo protegía de la de los demás.

Y ahora llegaba tarde a la reunión con Rebecca.

Las floristas flanqueaban la calle que conducía al puente. Eso era algo que abundaba más en Vado de Oden que en casa: las flores. Cultivaban pensamientos todo el invierno, los escarlatas que llamaban sangre de Hanalea, estrellas blancas del solsticio, cactus de flor de toda clase procedentes de We'enhaven, magnolias de grandes pétalos con forma de plato en los que se podría comer, orquídeas de todos los colores y tamaños. Y ahora tulipanes, narcisos y lirios.

A Rebecca le encantaban las flores. Decía que añoraba las de su jardín.

Llevado por un impulso, Han se detuvo un momento para comprar un ramo a una florista.

Cuando entró en La Tortuga y el Pez, la sala común estaba llena a medias de cadetes, pero Hallie y Talia no se encontraban allí. Han saludó con una inclinación de cabeza a Linc, el camarero, pasó de largo la barra y subió la escalera hasta la segunda planta.

Justo cuando apoyaba la mano en el pomo, la puerta se abrió de golpe y Rebecca se plantó ante él, con el macuto en bandolera y las mejillas rojas de ira, obviamente dispuesta a marcharse.

—¡Caramba! —dijo, mirándolo de arriba abajo—. Nada más y nada menos que Han Alister. —Hizo una pausa que no presagiaba nada bueno—. El tardío Han Alister.

Había un matiz desgarrado en su voz, una vibración exaltada que Han no le había oído hasta entonces. Aristócrata o no, podía darle un rapapolvo mejor que cualquier chica que hubiese conocido antes.

Buscó algo apropiado que decir.

—Rebecca, escucha. Sé que llego tarde. Lo siento. He estado..., trabajando en un proyecto..., y he perdido la noción del tiempo.

—Te lo advertí —le espetó Raisa—. ¿Crees que las reglas han cambiado porque nos hayamos besado?

—Mañana me reuniré con la decana —dijo Han—. Estaba preparando la reunión.

—Hizo una pausa y, al ver que Raisa no decía nada, agregó—: Perdóname, por favor. No volverá a ocurrir.

—Eso fue lo que dijiste la última vez. —Lo fulminó con la mirada—. Eras tú quien quería clases particulares. ¿Piensas que no tengo nada mejor que hacer? Eres muy libre de derrochar tu tiempo pero en lo que concierne al mío...

—Es muy valioso. Lo entiendo.

Normalmente podía encandilarla y engatusarla para levantarle el ánimo pero ese día estaba de un humor de perros; tensa, irritable y desmoralizada.

Acordándose de las flores con retraso, las sacó de debajo de la capa y se las ofreció. Lirios y sangre de Hanalea atados con una cinta.

—Toma. Dijiste que te gustaban las flores.

Raisa miró estupefacta las flores y luego levantó la cara como si Han se hubiese convertido en otra persona.

—¿Otro regalo?

Bien, había que admitir que Han no era muy dado a hacer regalos y comprar flores. Nunca había tenido necesidad de hacerlo.

—Para compensarte por el tiempo perdido —dijo—. Y, si te soy sincero, el último regalo fue para mí tanto como para ti.

Raisa cogió las flores a regañadientes y las olió.

—Gracias.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó Han, aprovechando la tregua en las hostilidades para abrir la puerta.

Raisa dejó que la hiciera pasar de nuevo al interior.

—Lo malo es que llegas tarde —dijo.

—Te invitaré a cenar cuando hayamos terminado —propuso Han—. Donde tú elijas.

Raisa soltó el macuto encima de una silla y se sentó a la mesa en la que solían trabajar.

—Ya veremos. Primero quiero ver pruebas de que has leído el capítulo doce.

Por suerte, Han en efecto había leído el capítulo doce, que trataba sobre el protocolo en la corte de los Páramos y que resultaba tan interesante como leer un informe sobre las cosechas. No obstante, de un modo u otro, cuando Rebecca hablaba de ello, cobraba vida. A Han le asombraba que conociera tan bien la historia y los entresijos de la corte de la Marca de los Páramos. Lo interrogó sobre las funciones del Consejo de Nobles, el Consejo de Magos y del Senescal.

Algunos aspectos tuvo que explicarlos ella porque no estaban recogidos en los libros de Han. Faulk tendía a centrarse demasiado en la familia real.

—¿Qué diferencia hay entre la Asamblea de Magos y el Consejo de Magos? —preguntó Han—. Por ejemplo, ¿cómo se eligen los miembros del Consejo?

Rebecca se apoyó en el respaldo, entornando los ojos, como si se preguntara qué se proponía hacer Han con aquella información.

—La Asamblea la constituyen todos los ciudadanos que poseen el don y que figuran en el registro de Dama Gris. En realidad todo el poder lo ostenta el Consejo. A las grandes casas de magos les fue conferido un escaño en el Consejo de Magos en tiempos anteriores al Quebrantamiento —explicó Raisa—. El primogénito que tiene el don, sea hombre o mujer, reemplaza a su padre a no ser que renuncie. Además hay un escaño que vota la Asamblea y un miembro elegido por la reina. El Consejo elije al Gran Mago entre quienes lo forman.

—Si la reina muere, ¿el Gran Mago conserva el cargo? —preguntó Han.

—No —contestó Rebecca—. Cada Gran Mago está ligado a una reina en concreto, de modo que cuando la princesa heredera es coronada reina, se nombra a un nuevo Gran Mago.

—Entonces no es un cargo hereditario —observó Han—. Cualquier mago puede ocuparlo, ¿no es así?

—Bueno, teóricamente, sí —dijo Rebecca—. Pero casi todos, si no todos los Grandes Magos, han salido de las casas de magos con escaño propio.

—Que son...

Daba la impresión de que Han cada día era más consciente de lo poco que sabía y de lo mucho que necesitaba saber.

—Los Bayar, los Mathis, los Abelard, los Gryphon —dijo Raisa con vaguedad—. Y algunas más.

—¿Qué impide que el Gran Mago domine a la reina? —preguntó Han—. Con magia, quiero decir.

Rebecca levantó la cabeza bruscamente y lo miró de hito en hito.

—¿Por qué lo preguntas?

Han se encogió de hombros.

—Bueno, es lógico que podría ser un problema. ¿No fue lo que ocurrió después de la invasión?

Raisa se humedeció los labios.

—Se supone que el Vínculo lo impide.

—¿Qué quieres decir con lo de «se supone»? —dijo Han, tras captar una inflexión extraña en su voz.

Rebecca apartó la mirada.

—El Vínculo controla al Gran Mago —dijo, asintiendo como para convencerse a sí misma—. Los oradores celebran una ceremonia que vincula al Gran Mago tanto con la voluntad de la reina como con el bien del reino.

Han dio unos golpecitos a la cubierta de su libro.

—Aquí dice que el Gran Mago sirve a la reina como consejero sobre asuntos mágicos, que la representa en el Consejo de Magos y que utiliza la magia para proteger el ejército, el reino y el trono.

Rebecca asintió, encorvando un poco los hombros, y la cortina de su melena le ocultó el rostro.

—Así es.

—Pero no ostenta el mando —dijo Han—. El mando lo ostenta la reina, ¿correcto?

Rebecca asintió.

—La reina gobierna sola. Las reinas de los Páramos tienen prohibido casarse con magos, e incluso el hombre con quien se casan sólo adquiere el título de consorte.

—Pero antes hubo reyes que eran magos —insistió Han—. ¿Verdad?

—Verdad —dijo Rebecca—. Pero no los ha habido desde el Quebrantamiento. Después de que casi destruyeran el mundo, decidieron que era una mala idea. —Hizo ademán de coger el libro de Han, como si tuviera ganas de cambiar de tema—. No sabía que te interesara tanto la política. Bien, ahora repasemos las reglas que atañen a la sucesión real y los logros de algunas reinas en concreto.

—¿Cómo puedes recordar todos esos nombres? —preguntó Han.

—Mi familia lleva varias generaciones en la corte, como bien sabes —dijo Rebecca—. Algo tienes que absorber. Habrás oído esas canciones que nombran a las reinas Lobo Gris por orden de sucesión, ¿no?

En realidad, Han conocía algunas canciones de taberna que mencionaban a las reinas, pero no eran apropiadas para los oídos de una aristócrata.

—No tengo que aprenderlos de memoria, ¿verdad? —preguntó—. Preferiría saltarme todo esto. Si quieres que te diga la verdad, me importan un comino las reinas.

Rebecca arrugó el semblante como si le hubiese dado una bofetada.

—De acuerdo, pero yo creía...

—Las reinas, la nobleza, toda esa chusma, no son más que sanguijuelas que chupan la sangre de la gente común. Les trae sin cuidado lo que ocurre en las calles.

—No sabes lo que dices —protestó Rebecca, sonrojándose—. No sabes nada sobre la reina Marianna y lo que ella...

—Tú eres la que no se entera de nada —replicó Han—. Perdona si me pongo cínico, pero yo sí que sé cómo tratan a la gente fuera del recinto del castillo.

—¿Qué te hace pensarlo? —dijo Rebecca, levantando la voz—. Yo estaba en la Cárcel Militar de Puente del Sur, ¿recuerdas? Vi la paliza que te dieron. Vi lo que les sucedió a tus amigos. Pero no tienes derecho a pensar que la reina tuviera...

Han la interrumpió sin miramientos.

—La reina ha tenido mucho que ver con todas las cosas malas que me han ocurrido este último año.

Raisa se quedó inmóvil, con los ojos verdes clavados en el rostro de Han, por una vez enmudecida.

«¿Por qué le estás contando esto, Alister? —pensó Han—. Cierra el pico. No toca decir esto después de las flores». Pero abrió la boca y la historia le salió a borbotones.

—Mi madre, mi hermana pequeña y yo vivíamos encima de un establo en el Mercado de los Harapos —dijo—. Mi madre hacía la colada para la reina hasta que la

despidieron por estropearle un vestido. Yo había dejado de robar, de manera que no teníamos un centavo. Eso sólo fue el comienzo.

Rebecca se inclinó hacia delante, entrelazando los dedos.

—No sabía que tu madre trabajara para la reina —dijo—. Tal vez..., tal vez haya algún modo de reincorporarla. Yo... conozco a algunas personas y...

Han negó con la cabeza.

—No intentes arreglarlo. Esto no tiene arreglo. Límitate a escucharme. La reina es responsable de las obras públicas, ¿verdad? Del suministro de agua y cosas por el estilo. Bien, pues los pozos del Mercado de los Harapos se echaron a perder y mi hermana, Mari, cogió la fiebre. Mientras yo estaba fuera intentando reunir el dinero necesario para comprarle medicinas, los chaquetas azules fueron a buscarme a mi casa, pensando que yo sabía cómo habían muerto los sureños. Al no encontrarme, prendieron fuego al establo con ellas dentro.

—¿Qué? —susurró Rebecca, pálida como la nieve.

—Las quemaron vivas, Rebecca —dijo Han, en voz grave y furibunda—. Y lo hicieron los chaquetas azules, obedeciendo órdenes de la reina. Mari tenía siete años, ¿sabes?

Rebecca lo miraba fijamente, negando con la cabeza.

—Oh, no —susurró—. ¡No! No puede ser verdad.

Sus labios siguieron formando la palabra «no» incluso cuando dejó de pronunciarla.

—Has dicho que la reina está al mando. —Han sabía que debía parar, pero hacía tanto tiempo que tenía todo aquello metido en el corazón que fue como si se hubiera abierto una esclusa—. Después de eso, alguien regresó y mató a los harapientos y a los sureños. Algunos también eran críos. Los que tú salvaste de la Cárcel Militar de Puente del Sur... están todos muertos.

Los ojos de Rebecca se arrasaron en lágrimas.

—Entonces..., Sarie, Velvet y Flinn están...

—Todos muertos, que yo sepa —dijo Han—. Gata fue la única que escapó.

—¿Todo eso por nada? —dijo Rebecca con voz temblorosa—. ¿Por qué no me lo habías contado? Lo de tu familia y..., y todo lo demás.

—No me preguntaste nada —respondió Han—. Cada día muere gente en el Mercado de los Harapos y Puente del Sur. Ellos no cuentan en el mundo de la aristocracia. Sólo son una historia triste más.

—Pero..., es que no todos somos así —dijo Rebecca, mordiéndose el labio.

—Claro que no. —Han dio un resoplido—. Su maldita Alteza la princesa heredera nos tira su calderilla y se supone que tenemos que arrodillarnos y darle las gracias.

—Eso no es lo que quiere —susurró Rebecca afligida—. No busca gratitud. Ella sólo...

—Naturalmente, la defenderás —dijo Han—. Los de sangre azul siempre os

mantenéis unidos.

Esta vez Rebecca no intentó contestar. Se quedó sentada, dando vueltas al anillo de oro que llevaba en el dedo índice, con la mirada al frente y el rostro pálido como el papel de un escriba.

A medida que el silencio fue creciendo, la culpabilidad se adueñó de Han. Por supuesto que los defendería. Se había criado en la corte y sus amigos eran aristócratas.

—Oye, lo siento —dijo Han—. No quería meterme contigo. Quizá seas aristócrata pero no tienes la culpa de lo que sucedió.

Le estrechó las manos. Nada de lo que dijo consiguió que ella se sintiera mejor.

No era culpa de Rebecca que su vida fuese un desastre. Estaba buscando la manera de decírselo cuando corrió la silla bruscamente, casi volcándola, y se levantó.

—Tengo que irme. —Recogió su macuto de un tirón—. Te ruego que aceptes mis... sinceras... condolencias por la pérdida de tu familia —dijo con voz entrecortada—. Lo siento... muchísimo.

Se abalanzó hacia la puerta como si la persiguieran mil demonios, olvidándose las flores. Han la oyó bajar la escalera pisando fuerte. Luego nada.

Se quedó quieto un momento.

—Rebecca —gritó—. ¡Espera!

Juntó sus libros y papeles, los metió en su morral y se precipitó escaleras abajo.

Cuando llegó a la sala común, Rebecca ya se había marchado. Los parroquianos miraron a Han con ávido interés. Salió corriendo a la Calle del Puente, miró en ambas direcciones y la vio, con la cabeza gacha, dirigiéndose a grandes zancadas hacia Casa Wien y su residencia.

Corrió detrás de ella, esquivando estudiantes y docentes que paseaban por la calle disfrutando del templado clima primaveral.

Sus piernas largas resultaron una ventaja; eso y el hecho de que Rebecca estuviera llorando a moco tendido y seguramente no viera por dónde iba. La alcanzó y le agarró el brazo.

—Rebecca, por favor, por favor, no salgas corriendo —dijo Han—. Perdóname. No tendría que haber dicho las cosas que he dicho.

Rebecca negó con la cabeza, apretando los ojos como si así pudiera hacerlo desaparecer. Del rabillo de los ojos le brotaban lágrimas que le resbalaban por las mejillas.

—Déjame en paz. Me voy a mi habitación.

Pero no dio ni un paso, quedándose en medio de la calle, con los puños cerrados, mientras la muchedumbre pasaba por ambos lados de ella, mirándola y dándose codazos.

—Vamos —dijo Han, rodeándola con un brazo y dirigiéndola de regreso al puente. Miró un letrero que colgaba encima de un umbral: El Estudiante y el Sabueso—. Entremos aquí.

Rebecca no dijo que sí ni que no, de modo que la hizo pasar al cálido y luminoso interior. El local estaba atestado, pero Han vio que dos estudiantes con cara de sueño dejaban libre una mesa del rincón. Se abrió paso entre los clientes que estaban de pie y la reclamó, mirando fijamente a un cadete grandote con la toga salpicada de cerveza que se tambaleaba hacia el rincón.

—La chica necesita sentarse —dijo Han—. Atrás.

El cadete se retiró, lanzándole miradas de odio. Han acomodó a Rebecca en una silla de cara al rincón para que su rostro lloroso fuera menos visible. Él se sentó de cara a la sala, en su posición habitual, e hizo una seña a la camarera. Levantó dos dedos y se dio unas palmadas en el vientre. La muchacha asintió, dirigiéndose de inmediato a la cocina.

Han volvió a mirar a Rebecca, que se había transformado por completo. Se había enjugado las lágrimas y ya no jadeaba al respirar. Incluso el pelo se veía más ordenado. Las mejillas y la punta de la nariz todavía estaban rojas pero, de no ser así, Han nunca hubiese sabido que había estado llorando. Había recurrido a su corazón de acero para recobrar la compostura y adoptar una expresión que ocultara el sufrimiento que anidaba en su fuero interno.

«La chica es fuerte, para ser aristócrata —pensó Han—. Quizá lo bastante fuerte para estar conmigo. Pero algo la reconcome. ¿Debería preocuparme que sea tan buena guardando secretos?»

—Lo siento —dijo Rebecca—. No quería desmoronarme de esta manera. Es sólo que... ya tengo muchas cosas en la cabeza..., y cuando... me he enterado de lo de tu familia y..., y los harapientos, he tenido la sensación de que todo lo que he hecho, o he intentado hacer, ha sido una pérdida de tiempo.

—A mí también me supera —dijo Han—. Es como que te atropelle un carretón.

—¿Cómo puedes soportarlo? —preguntó Rebecca, estudiándole el semblante como si realmente quisiera saberlo.

—No tengo elección —contestó Han, encogiendo los hombros y pensando que, en cierto modo, le hacía bien compartir el secreto que lo carcomía. Era como reventar un forúnculo; aliviaba el dolor y la presión—. Pero no voy a achicarme. Por eso he venido aquí. Para la próxima vez.

Rebecca frunció el ceño y se mordió el labio.

—¿Qué te...?

Dio un respingo y levantó la vista cuando la camarera dejó las jarras de sidra encima de la mesa, junto con dos humeantes cuencos de estofado.

—Espero que te apetezca el estofado —dijo Han—. No he comido nada en todo el día.

—Me parece estupendo. Yo tampoco he comido.

Bajó la vista al plato pero no hizo ademán de probar un bocado.

Con la intención de predicar con el ejemplo, Han tomó unas cucharadas de estofado.



—Está bueno —dijo, con la boca llena—. Perdón —agregó, limpiándose la boca con la servilleta. A veces, cuando estaba cansado, simplemente no podía interpretar el papel de aristócrata—. No puedo obligarte, Rebecca, pero seguro que te encontrarás mejor si comes.

Rebecca asintió mecánicamente y tomó un bocado, y luego otro. Una vez que empezó, se terminó todo el plato, acompañándolo de sidra hasta que ésta también se terminó.

—Has dicho que tenías cosas en mente —dijo Han una vez que Rebecca había dejado la cuchara en el cuenco—. ¿Qué está pasando?

Rebecca se frotó las sienes con las yemas de los dedos.

—No sé qué tengo que hacer. Tengo la impresión de que debería regresar a casa. Mi madre... me necesita.

—¿Por qué? ¿Está enferma? —preguntó Han, pidiendo más sidra.

—Bueno —dijo Rebecca—, no exactamente. Pero no es ella misma. E incluso si es ella misma, está...

Se calló, como si de repente se hubiese dado cuenta de que había hablado demasiado.

—O sea que te ha pedido que regreses a casa.

—No —dijo Rebecca—. Me dijo que me mantuviera a distancia. Pero es posible que no piense con claridad. Y quizá no sea lo que más me conviene.

—Vaya —dijo Han—. Apenas sé nada sobre tu familia pero estar aquí, en Vado de Oden, es una oportunidad fantástica para ti, ¿no?

Rebecca asintió, apartando su jarra vacía y acercándose la llena de Han.

«Más te vale tomarlo con calma —pensó Han—. La sidra no es una bebida fuerte pero tú eres menuda».

—¿No hay nadie más con quien puedas hablar para averiguar lo que está sucediendo? —preguntó Han—. ¿Qué hay de tu padre?

—Verás, él y mi madre no siempre se llevan muy bien —dijo Rebecca—. Y además viaja mucho por trabajo.

—¿Hermanos y hermanas?

—Tengo una hermana —dijo Rebecca—, pero me parece que puede ser parte del problema. —Hizo una pausa—. Lo que me da miedo de no regresar enseguida es que podría perderlo todo.

Han frunció el ceño, un tanto confundido. Entonces cayó en la cuenta. Las familias como la de Rebecca tenían legados.

—¿Quieres decir que pueden dejarte de lado? ¿Desheredarte?

Rebecca asintió.

—Tal vez. En cualquier caso es posible.

El instinto de Han le dijo que Rebecca no se lo estaba contando todo. Era como mirar por el ojo de la cerradura una habitación en la que querías entrar. Podías ver parte de lo que ocurría dentro, pero quizás hubiese una sorpresa desagradable

aguardándote en la parte de la habitación que no alcanzabas a ver.

—No sé qué consejo puedo darte —dijo Han—. Y tampoco sé qué es lo que te arriesgas a perder. —Alargó el brazo y le acarició un mechón de pelo—. Si no sabes lo que quiere tu madre, deberías pensar en lo que quieres tú y en la mejor manera de ir a por ello, tanto si tienes que quedarte aquí o regresar y arreglar las cosas con tu madre.

El semblante de Rebecca se ensombreció otra vez.

—No se trata de lo que yo quiera —replicó—. Hay un montón de personas que dependen de mí.

—¿Por qué no puede tratarse de lo que tú quieras algunas veces, al menos? —dijo Han, estrechándole una mano—. Sólo tienes que reclamarlo. He aprendido que en la vida nadie te regala nada. Sólo obtienes lo que persigues.

Rebecca bajó la vista a sus manos entrelazadas.

—No sé en quién confiar —susurró.

—Confía en mí —dijo Han, que se inclinó sobre la mesa y la besó.

Lo cierto era que deseaba que Rebecca se quedara en Vado de Oden, y no sólo porque le estuviera enseñando cosas que no podría aprender con nadie más.

Rebecca era irritable y orgullosa, estaba acostumbrada a dar órdenes a diestro y siniestro y a salirse con la suya. Era inteligente y dogmática y podía tener mucha labia. Pero tenía un corazón de oro; cruzaba la calle para darle una moneda a un mendigo, y en una pelea siempre defendía al más desvalido. Había llorado por su madre y por Mari aunque ni siquiera las había conocido.

Era muy exigente, pero aún exigía más de sí misma.

Han todavía le estrechaba una mano entre las suyas. Las manos de Rebecca eran bastante pequeñas pero callosas. Manos que no temían trabajar duro. Llevaba un anillo de oro en el dedo índice, grabado con unos lobos que se perseguían.

Han quería ver una de aquellas sonrisas que le iluminaban el semblante. Quería verla contenta otra vez. Quería ser él quien la hiciera feliz.

Deseaba a Rebecca Morley en todos los sentidos. Llevaba meses viviendo como un monje.

Al final, acompañó a Rebecca hasta Grindell Hall. Estaba muerta de sueño y daba algún que otro traspié, de modo que esta vez se aseguró de que llegara sana y salva.

Aún faltaba bastante para el toque de queda cuando llegaron a su residencia. Han tenía intención de dejar a Rebecca y despedirse en la puerta, pero la sala común estaba vacía.

—¿Dónde está vuestro prefecto? —preguntó. Si apareciera en Hampton llevando a una chica del brazo, Blevins ya les estaría dando la lata.

—No tenemos —masculó Rebecca, bostezando—. Sólo a Amon. Quiero decir el comandante Byrne.

—¿Y él dónde está?

Rebecca se frotó las sienes con el pulpejo de las manos.

—Seguramente ya se habrá acostado. O en la Escuela del Templo, visitando a Annamaya —dijo sin la menor emoción.

La residencia tenía un aspecto marcadamente militar. Para empezar, estaba mucho más ordenada que Hampton Hall.

—¿Quién más vive aquí? —preguntó Han.

—El resto de mi compañía —dijo Rebecca. Lo agarró de la mano y tiró de él hacia la escalera—. ¿Subes conmigo?

Han titubeó, si bien el corazón le decía a gritos que sí.

—¿Estás segura? No quiero causarte problemas.

—No pasa nada —dijo Rebecca, ruborizándose un poco—. Comparto habitación con Hallie y Talia. Talia se alegrará de verte; ya sabes que ha estado ejerciendo de casamentera. Hallie acaba de regresar de los Páramos. Si está despierta, puede darnos noticias de casa.

«Hombre —pensó Han—, desde luego me interesa tener noticias».

Subieron por la angosta escalera, todavía cogidos de la mano, dejando atrás los ronquidos que sonaban en el segundo piso, hasta que llegaron al rellano del tercero.

Allí había una pequeña sala de estar con unas cuantas sillas en torno a una chimenea. Una arcada daba a una habitación adyacente. Era la clase de sitio que debería ocupar un comandante. O el prefecto.

—Esto hace que uno se avergüence de Hampton —dijo Han, mirando a su alrededor.

Rebecca se rió.

—Se supone que es para el prefecto. Hay tres mujeres cadete en Grindell, de modo que lo compartimos.

Abrió la puerta del dormitorio, llamando:

—¿Hallie? ¿Talia?

Han esperaba que no estuvieran durmiendo. Esperaba que no estuvieran y punto. Rebecca le hizo pasar.

—No están aquí.

Han titubeó en el umbral, mirando la habitación. Había tres camas individuales alineadas contra la pared, las tres hechas con precisión militar, cada una con un baúl a los pies. Tres escritorios estaban apretujados debajo de la ventana para aprovechar la luz natural.

El macuto de Rebecca estaba encima de uno de ellos, con el recado de escribir al lado y la caja de música centrada en un sitio de honor sobre el cartapacio.

—Esto es muy elegante —dijo Han. Para que luego dijeran que la vida en el ejército era dura.

El pañuelo púrpura de Rebecca colgaba de un perchero junto a la puerta. Colgó su bolsa en otro gancho y tendió la mano para que Han le pasara la suya.

—¿Seguro que no tendría que largarme? —dijo Han, entregándosela—. Ya es casi la hora del toque de queda.

¿Qué diablos le pasaba? Él nunca se comportaba tan bien.

Rebecca se sentó en su cama, casi rebotando en el cobertor. Dio unas palmadas a su lado. Han se sentó junto a ella y la abrazó. La besó y ella se apartó sorprendida, apretándose los labios con los dedos y con los ojos muy abiertos.

—Tus labios parecen muy... potentes esta noche.

—Perdona —dijo Han. Agarró el amuleto y dejó que absorbiera poder—. Probemos otra vez.

Con mucha cautela, puso sus labios sobre los de ella, con los ojos abiertos para ver su reacción.

—Eso está mejor —dijo Rebecca, rodeándole el cuello con los brazos. Se dejó caer de espaldas, tirando de él y arrojándosele de un modo que hizo que el corazón de Han se pusiera al galope. Volvió a besarla y luego comenzó a desabrocharle los botones de la guerrera del uniforme. El ejército tenía una afición desmedida por los botones.

—¿Sabes una cosa? Ninguna chica me había dicho esto hasta hoy —murmuró Han, quitándole la guerrera y lanzándola al suelo—. Lo de que mis labios son potentes.

—Se lo digo a todos los magos a los que beso —repuso Rebecca—. Creo que deberías saberlo.

—Ya veo —dijo Han, haciendo un esfuerzo por no preguntarse a qué magos habría besado. «A Micah Bayar seguro que no —pensó—. Que no sea a Micah Bayar».

—¿Cómo es? —preguntó Han.

—¿Qué quieres decir? —respondió Rebecca escrutándolo recelosa.

—Que te bese un mago.

—¿Por qué? ¿A ti no te han besado? —preguntó, mostrándose sorprendida.

Estaba Fiona. Han apartó aquel recuerdo de su mente.

—Me refiero a que te bese un mago cuando tú no lo eres.

—Hummm. —Rebecca arrugó el semblante, pensativa—. Es como una especie de calor que te baja por la garganta, como un trago de coñac.

Han se apretó la boca con la mano.

—¿Como coñac? ¿En serio?

—Y a veces se te sube a la cabeza y... —Rebecca se calló y entornó los ojos—. Por la sangre del demonio —gruñó, recomponiendo la blusa—. Te estás burlando de mí.

—No, no —dijo Han, desternillándose—. Quiero saberlo. Es fascinante.

Rebecca agarró la almohada y se puso a pegarle. Lo que siguió fue un combate de lucha libre en toda regla que deshizo la cama y que casi fue la perdición de Han en varias ocasiones. Terminaron entrelazados, sofocados y riendo.

Tomándola con una mano por la nuca y otra en la cadera, Han volvió a besarla, despacio y sin prisas. Hacía mucho tiempo que no besaba así a nadie y no sabía

cuándo tendría ocasión de volver a hacerlo.

Le dio besitos a lo largo de la mandíbula, le apartó la blusa de los hombros y besó su piel desnuda, poniéndole la carne de gallina. Rebecca llevaba una camisola de seda debajo de la blusa. Han no pudo evitar fijarse en la pequeña rosa tatuada encima del pecho izquierdo.

Se apartó un momento, intentando respirar más despacio, controlar el martilleo de los latidos de su corazón. «Tranquilo, Alister..., que tú estés ansioso no significa que ella también lo esté», se dijo.

—Rebecca —dijo Han, apoyando la frente en la de ella—, ¿podemos cerrar la puerta? Como he dicho, cuando pospongo las cosas, acaban por desaparecer.

—Ya lo sé —dijo Rebecca—. Pero yo..., bastante complicadas son las cosas ya. No estoy tomando hierba doncella y aquí no sé dónde conseguirla. Y Hallie y Talia pueden regresar en cualquier momento.

Como desmintiendo sus palabras, alargó la mano y le desabrochó el cuello de la camisa, deslizó la mano dentro y le acarició la piel. Al cabo de nada estaba toqueteando el amuleto.

—Esto es precioso —susurró, con la pieza encendida en su mano. Ardía con una luz verdosa que hacía que sus dedos parecieran traslúcidos—. No me había fijado...

—¡Rebecca! —exclamó Han angustiado, cogiéndole la mano—. ¿Te ha quemado o...?

Rebecca negó con la cabeza.

—Ni siquiera me ha dolido. Yo sólo...

Oyeron un retumbar de pasos en la escalera. La puerta se abrió de golpe y el cabo Amon Byrne se plantó en el umbral, sin camisa, respirando pesadamente, espada en mano.

—¡Por la sangre del demonio! —renegó Han, poniéndose de pie de un salto.

—¡Apártate de ella! —gritó Byrne, avanzando espada en mano.

Han retrocedió. Byrne se hallaba entre él y la puerta, pero la ventana la tenía detrás.

—Rebecca, ¿estás bien? —preguntó Byrne, que siguió avanzando hasta situarse entre Han y Rebecca.

—Estoy perfectamente, Amon —dijo Rebecca, mirando a uno y a otro—. Escucha, todo esto es...

—¿Qué sucede, señor?

Otros tres cadetes despeinados se asomaron al umbral. Cuando vieron que Amon había desenvainado la espada y mantenía a raya a Han, se apelotonaron para cruzar la puerta como cerdos en una pocilga.

—Llebad a Morley abajo y escondedla en un lugar seguro —ordenó Byrne, sin apartar los ojos de Han—. Y buscadle una blusa.

—¡Comandante Byrne! —gritó Rebecca, de pie con su camisola como si fuese el general de todos los ejércitos—. ¡Pare de una vez! Han Alister es mi invitado.

Han no sabía casi nada sobre el ejército, pero algo le decía que los cadetes no estaban autorizados a gritar a sus comandantes. Y mucho menos a darles órdenes.

Byrne apartó la vista de Han un momento para mirar a Rebecca. Por un momento pareció desconcertarse, pero acto seguido recobró su resolución.

—Cadete Morley, sabe de sobras que después del toque de queda no se admiten visitas en Grindell Hall. Le ordeno que baje de inmediato a la sala común y que aguarde allí las medidas disciplinarias mientras yo me encargo de su invitado.

A Han no le satisfacían demasiado las probabilidades que tenía de salir airoso de un enfrentamiento con el cabo Byrne.

—Todo va bien, cabo Byrne —dijo—. No es preciso que se encargue de mí. Ha sido un placer volver a verlo, pero yo ya me iba.

—Han —dijo Rebecca—. ¡Espera! No tienes que marcharte.

—Yo siempre obedezco al hombre que empuña la espada —dijo Han.

Para entonces ya tocaba el marco de la ventana con la espalda. Dio media vuelta y abrió los postigos. Se agarró al dintel, sacó las piernas por la abertura y rezó para que hubiera un aguilón debajo. Miró hacia abajo, vio el tejado picudo del piso inferior y se soltó.

Aterrizó con poco garbo, torciéndose un tobillo y pelándose las manos. Al menos no había atravesado el tejado.

—¡Nos vemos el jueves! —gritó Rebecca por la ventana. La capa de Han cayó sobre las tejas junto a sus pies.

Envolviéndose con ella, Han se batió en retirada, renqueando por el tejado hasta una de las galerías. En lo alto oyó cómo se cerraban los postigos de golpe.

La mente le iba más deprisa de lo que él avanzaba a pie.

Allí había algo más que la preocupación del comandante por el toque de queda o por la virtud de sus cadetes. ¿Acaso Byrne lo quería todo para él? ¿A Rebecca y Annamaya a la vez?

Byrne no parecía un tipo avaricioso, aunque Han tampoco lo conocía muy bien.

¿Era posible que Rebecca lo hubiese utilizado para poner celoso a Byrne? De ser así, estaba dispuesta a llegar bastante lejos para conseguirlo. Pese a lo cínico y espabilado que era, Han no se lo podía creer.

Se rió, meneando la cabeza. «Pobre Alister. Quizá seas un ladrón, un pendenciero y un bribón. Quizá seas una leyenda viva en el Mercado de los Harapos, pero entre estos aristócratas estás más perdido que un niño en el bosque».

En resumidas cuentas, aunque hubiesen jugado con él, no tenía motivos de queja. Tampoco era que Rebecca le hubiese prometido nada. Y tampoco le había reclamado nada. Se habían besado. Habían bailado unas cuantas veces. Habían montado una guerra de almohadas.

Aunque lo cierto era que había gozado con aquellos besos. De hecho, quería más. Llevaba consigo el recuerdo de sus caricias. Rebecca lo excitaba más que cualquier otra chica que recordara.

El cabo Byrne había arruinado la velada de Han, pero tenía la impresión de que le devolvería el favor. La idea lo animó.

«¡Nos vemos el jueves!», había dicho ella.

«Sólo obtienes lo que persigues», había dicho él.

En algún lugar cercano, las campanas de un templo dieron las doce.

Había confiado en que el tobillo se le aflojara pero en cambio parecía irse anquilosando mientras renqueaba. Eso dificultaría dejar atrás a los guardias del rector si lo veían. De modo que fue por calles secundarias y oscuras siempre que le fue posible.

Cruzó el puente, evitando a los guardias que buscaban estudiantes rezagados. Mientras se dirigía hacia Hampton notó un hormiguelo en la nuca, como si alguien lo estuviera vigilando. En un momento dado se dio media vuelta al oír un paso detrás de él, pero no vio a nadie.

«Seguro que Byrne no enviaría a nadie a vengarse», pensó Han. No. Byrne era un tipo honorable, lleno de escrúpulos.

Además, quizás él y Rebecca estuvieran atareados besándose y montándose. Sintió una punzada de celos.

Cuando Han llegó a Mystwerk Hall decidió no cruzar el patio, donde sería fácil que lo vieran, y se mantuvo pegado al edificio para pasar inadvertido mientras se acercaba a Hampton. Quizá volvería a encaramarse al tejado. Ya había tenido bastante dramatismo aquella noche. No le apetecía nada otro atropello.

Torció por el sendero adoquinado que conducía a los jardines traseros. Había un rincón oculto entre los edificios que ofrecía buen agarre para trepar.

Han encajó una bota en una grieta y se dio impulso hacia arriba, agarrándose a las piedras rugosas de ambos lados. Deseó que el tobillo no le causara problemas durante el ascenso.

En ese instante alguien dijo a sus espaldas:

—No muevas las manos. Tengo un arma y la usaré.

La voz era grave y áspera. Quienquiera que fuese, era lo bastante listo para no tocar a Han, revelando así su posición.

—¿Qué quieres? —preguntó Han, pensando que si la estupidez fuese un crimen sancionado con la pena capital, no tardaría en pagarlo.

—¿Llevas monedero encima?

Han llevaba su monedero encima, pero no quería dárselo.

—Qué va —dijo Han—. Ya es casi el final del trimestre. Estoy sin blanca.

—Farsante.

Un soplo de aire, un escozor en la oreja, y la sangre le goteaba por el cuello. El ladrón le había rajado el lóbulo con una hoja tan afilada que apenas la notó.

—El monedero —repitió el ladrón—. O lo próximo que te corte será una mano.

La voz le temblaba un poco, como si estuviera nervioso. Parecía joven, además. Aquello no resultaba nada tranquilizador. Un ladronzuelo con un arma afilada era

muy peligroso. Y Han no podía correr con el tobillo en tan mal estado.

—De acuerdo. Llevo un monedero —admitió Han—. ¿Quieres que lo saque? No tenía intención de hacer ningún movimiento repentino.

—Dime dónde está —dijo el ladrón.

—Lo llevo en una bolsa atada al cinturón, por dentro de la parte delantera de los bombachos —dijo Han. Era un escondite a prueba de ladrones. Sería difícil que un ratero o un carterista le metieran mano allí sin que él se diera cuenta. Si el ladrón intentaba cogerle la bolsa, quizá le abriría una salida.

Pero el ladronzuelo no lo hizo. Han notó el susurro del acero deslizándose muy cerca y la capa le cayó al suelo, cortada de arriba abajo y de un hombro al otro.

Una buena treta, empezar por quitar de en medio toda aquella tela. Confió en que el atracador no le cortara también los bombachos.

—¿Qué llevas en el cuello? —preguntó el ladrón.

El amuleto de Han relucía débilmente, iluminando el rincón.

—Nada —dijo Han, agachando la cabeza para ocultarlo—. Una tontería que compré en la calle, para el festival. Da luz.

—A mí me parece caro —dijo el ladronzuelo—. Debe de costar un buen dinero.

—Te lo vendo —dijo Han—. Pagué cinco peniques, te lo vendo por una perra gorda.

«Tienes una pulsión de muerte», pensó, deseando poder tragarse lo que acababa de decir. El gran mago paladín de los clanes moriría rajado por un ladronzuelo callejero. El asesino caería a manos de un vulgar atracador.

—Sácatelo y tíramelo —dijo el ladronzuelo—. Muévete despacio.

—Oye —dijo Han—. ¿Y si en vez de esto te paso mi monedero? Mi chica me regaló este colgante y me despellejará vivo si lo pierdo.

Si le dejaba bajar las manos hasta los bombachos, podría sacar su puñal.

—Yo sí que te despellejaré vivo si no me lo das ahora mismo —dijo el ladrón.

—De acuerdo. Ahora voy a desabrocharlo. Allá voy.

Han bajó los brazos lentamente hasta el cogote e intentó abrir a tientas el cierre de la cadena.

Se preguntó cuánto poder quedaría en el talismán, si distraería al atracador lo suficiente para arriesgarse a arremeter contra él. Había reaccionado al tocarlo Rebecca, por lo menos.

—Sácate la cadena por la cabeza —dijo el ladrón—. No tienes que desabrocharlo.

«¿Cómo lo sabe?», pensó Han. A no ser que el verdadero objetivo del asalto fuera apoderarse del talismán. El miedo le recorrió el espinazo.

Han levantó la cadena por encima de la cabeza. Palpó el amuleto y notó que vibraba levemente al tocarlo. Poco con lo que trabajar. Comenzó a volverse.

—No te vuelvas —dijo el ratero bruscamente—. Lánzalo por encima del hombro. Sí. Había algo que le resultaba familiar en aquella voz.

Han lanzó el amuleto por encima de su hombro izquierdo con la mano derecha.



Mientras la pieza volaba junto a su oreja siguió volviéndose, sacándose el puñal del cinto. Tal como había esperado, el ratero se distrajo un momento, siguiendo con la mirada la estrella fugaz del amuleto.

Han se abalanzó contra el atracador, clavándole el hombro con todo su peso detrás. El ladrón se cayó y se golpeó la cabeza contra el muro de piedra. Se desplomó bocabajo sobre los adoquines, con los brazos extendidos, inconsciente.

Han lo miró. Iba todo de negro, con pantalones estrechos negros, botas negras y una chaqueta con capucha que se ceñía a su cuerpo delgado. Vestido como un asesino. Siendo así, ¿por qué no le había cortado el cuello para robarle a su antojo?

Todo había ocurrido casi en silencio. Han recogió su amuleto y se pasó la cadena por la cabeza, sosteniéndola con la mano. Se quedó agazapado, contando con que los cómplices del ladrón aparecieran en cualquier momento.

Pero una única figura se separó de las sombras del lado del edificio y se dirigió hacia él.

—Lárgate —dijo Han, blandiendo el puñal—. O te lo clavo a ti y a tu amigo.

—No la mates —dijo Bailarín, entrando en la parte del sendero hasta donde llegaba la luz' de la calle—. Tenemos que saber por qué lo ha hecho y para quién trabaja.

¿La? Han se desplomó contra el muro, con el puñal colgando y la cabeza dándole vueltas. «Esto es un sueño», pensó.

Bailarín se arrodilló junto al ladrón y le quitó el puñal. Con delicadeza dio la vuelta al cuerpo.

Era *Gata Tyburn*.

## Maldita magia

Mick y Garret sujetaron a Raisa por los brazos, tratando de sacarla a rastras de su habitación mientras Han retrocedía hacia la ventana. Amon avanzaba hacia él empuñando la espada.

—Todo va bien, cabo Byrne —dijo Han—. No es preciso que se encargue de mí. Ha sido un placer volver a verlo, pero yo ya me iba.

Raisa y él se miraron, los ojos azules de Han eran duros y brillantes como Zafiros. Dio media vuelta, abrió los postigos de golpe y se deslizó por la ventana, con los pies por delante, como una anguila. Amon soltó la espada y se abalanzó sobre él con intención de retenerlo, pero fue en balde.

Zafándose de Mick y Garret, Raisa corrió a la ventana y se hizo un hueco al lado de Amon. Éste la cogió del brazo como si temiera que fuera a saltar detrás de Han.

Raisa se asomó a la ventana a tiempo de ver a Han renqueando por el tejado de la galería.

—¡Nos vemos el jueves! —gritó Raisa. Descolgó la capa de Han y la tiró por la ventana. Han la recogió y siguió caminando, sin volverse cuando Amon cerró los postigos con violencia.

—Muy bien —dijo Amon—. Se ha ido. Los demás, fuera. Quiero hablar con Morley en privado. Si Abbott y Talbot regresan, que esperen abajo.

Mick y Garret lanzaron sendas miradas compasivas a Raisa antes de salir en tropel de la habitación. Raisa oyó sus botas en la escalera. Luego, silencio.

Raisa apoyó la cadera contra el alféizar de la ventana y fulminó a Amon con la mirada, echando chispas. Los ojos de Amon eran como nubarrones de tormenta. Cada cual aguardaba a que el otro comenzara.

Finalmente, Amon se rindió.

—¿De verdad has invitado a *Pulseras Alister* a tu habitación?

—Han —dijo Raisa.

—¿Qué?

—Ahora se llama Han Alister.

Amon puso los ojos en blanco.

—Pues Alister.

—¿Y qué, si lo he hecho? —dijo Raisa, furiosa, avergonzada y frustrada, todo a la vez.

—Conoces las reglas —dijo Amon—. Que no tengamos prefecto no significa que no debamos acatarlas. No se permiten visitas en los pisos segundo y tercero. Y ninguna después del toque de queda. Prometí a Taim Askell que...

—¡Taim Askell no tiene nada que ver con esto y lo sabes de sobra! —dijo Raisa—. Si hubieras encontrado a una chica escondida en la habitación de Mick, no la habrías echado a punta de espada.

—Si estuviera acurrucado con un conocido ladrón y jefe de banda, quizá lo habría hecho —dijo Amon—. Sobre todo si ese ladrón ya lo hubiese raptado a punta de puñal y lo hubiese tenido cautivo una noche entera. Sobre todo si ese ladrón se hubiese convertido de repente en mago. —Adelantó la cabeza como una tortuga sacándola del caparazón—. La verdad es que me habría preguntado muy seriamente si Mick había perdido el juicio.

—Sé lo que me hago —dijo Raisa, poniéndose la blusa—. Nadie puede acusarme de mantenerlo en secreto ni nada por el estilo. Te dije que estaba aquí, en Vado de Oden.

«Deja de hablar —pensó Raisa—. No hay motivo para que te sientas culpable».

—Me dijiste que no fingirías que no lo conocías —puntualizó Amon—. No me dijiste que ibas a..., a... —Con un gesto de la mano, abarcó la cama deshecha—. Rai, apenas lo conoces. Y lo poco que sabes no es muy recomendable.

—Sé más sobre él de lo que te imaginas —respondió Raisa—. Llevo meses dándole clases particulares.

—¿Clases particulares? —Amon enarcó una ceja—. ¿Eso es lo que estabais haciendo? —Recogió la espada y la envainó bruscamente, como si estuviera ensartando a un enemigo, mascullando algo sobre «clases».

—¿Qué has dicho? —preguntó Raisa—. No lo he oído bien.

—He dicho: si estás dando clases, ¿de qué maldita asignatura?

—No es asunto tuyo —dijo Raisa—. Además, cada dos por tres cruzas el puente para visitar a Annamaya.

—Eso es diferente. Nosotros no...

Volvió a indicar la cama de Raisa con un ademán.

Raisa se llevó las manos a la boca.

—¿Acaso lo deseas siquiera? No deberías casarte con alguien de quien no estés enamorado.

—Bueno, no tengo alternativa, ¿no?

Se sentó en el borde de la chimenea y hundió la cabeza entre las manos.

Raisa se quedó un rato mirándolo y luego fue a sentarse a su lado en el hogar. Apoyó una mano en su rodilla.

—Ya lo sé —dijo Raisa—. Perdona.

—Ninguno de los dos puede dejar de ser quien es —dijo Amon entre los dedos—. Se supone que debes fingir que soy tu comandante pero, en cuanto doy una orden, te conviertes en princesa heredera. Entretanto, los demás Lobos Grises nos observan. ¿Debería culparlos si comienzan a pensar que las órdenes que doy son optativas?

—Perdona —repitió Raisa—, pero no me ayuda mucho que eches a mis invitados a punta de espada.

Amon dejó caer las manos en el regazo y se puso a toquetear el anillo de los lobos. Miró a Raisa, y sus ojos grises traslucían pesar.

—No tengo derecho a preguntarte esto, pero ¿qué hay entre tú y Alister? Se trata..., se trata sólo de una aventura o...

—No lo hago para desquitarme, si eso es lo que preguntas —le espetó Raisa.

Amon se puso colorado.

—No estaba sugiriendo...

—Tuve la tentación, pero no —dijo Raisa. Se quedó un rato meditabunda—. No sé qué decir. Es brillante, y no permite que siempre me salga con la mía. He aprendido mucho de él..., creo que me hace ser mejor persona.

Amon puso los ojos en blanco.

—Suenas como si fuese tu sacerdote, no tu amante.

—¡No es mi amante! —replicó Raisa—. Bueno, no exactamente.

—¿No exactamente? ¿O todavía no?

—Amon.

Amon se frotó los ojos cansinamente.

—Por la Señora, Raisa. Lo hago lo mejor que puedo.

—Me consta.

Raisa se mordió el labio. «¿Qué podía decirle? Me fijo en todo su ser, desde la nariz imperfecta a las cicatrices de peleas, pasando por sus ojos tan azules como un lago de montaña en verano. A veces veo al chico que habría sido de no haber vivido en el Mercado de los Harapos. Cuando baja la guardia, lleva el sufrimiento pintado en el rostro; en otros momentos, reparo en lo peligroso que es. No, no podía decirle nada de aquello».

—Me va a llevar al Baile de los Cadetes —dijo Raisa—. Que lo sepas.

—Rai —dijo Amon, tomando sus manos entre las suyas—. Hagas lo que hagas, no te enamores de él.

Raisa asintió, sabiendo que ya era demasiado tarde.

## Traición

Han, en cuclillas, miraba fijamente a Gata. Encima del ojo derecho le estaba saliendo un moretón a causa del golpe contra la pared. Tenía un chichón en la frente que le torcía la cara. Había faltado muy poco para que perdiera el ojo.

Levantó la vista hacia Bailarín.

—¿Tú sabías que me estaba acechando? —inquirió.

—Chist. —Bailarín se llevó un dedo a los labios, mirando a un lado y otro del sendero—. Sabía que tramaba algo, por eso la he seguido —dijo Bailarín—. No habría dejado que te cortase el cuello, no te preocupes.

—¡Qué tranquilizador! —Han se levantó y le mostró la capa destrozada—. ¿Cuándo tenías previsto intervenir?

—Llémosla adentro antes de que aparezca la guardia del rector —dijo Bailarín.

—¿Por qué? Dejemos que la metan en el calabozo —dijo Han—. Ya estoy harto.

A Han le había atacado por la espalda alguien a quien consideraba un amigo. Nunca se hubiera imaginado que Gata intentara apuñalarlo para robarle. Después de todo lo ocurrido, había llegado a su límite.

Bailarín no se dignó contestar a su comentario.

—Vamos —dijo—. No podemos arrastrarla por el tejado hasta la ventana. Yo cargaré con ella, tú pasa delante y distrae a Blevins si está despierto.

Bailarín guardó el puñal de Gata y la cogió en brazos. La muchacha gruñó pero no abrió los ojos.

Han entró en la residencia delante de ellos y echó un vistazo a la sala común para comprobar si estaba Blevins. El prefecto dormía como un tronco en un sillón junto al fuego. Aguardándolos. Le fastidiaría no haberlos pillado regresando después del toque de queda. Han hizo una seña a Bailarín para que entrara, pasaron de puntillas por delante de Blevins y subieron la escalera, pisando los márgenes de los peldaños para que no crujieran.

Afortunadamente, llegaron al cuarto piso sin encontrarse con nadie. Han abrió la puerta de su habitación. Bailarín entró detrás de él y depositó a Gata en la cama de Han.

—Traeré agua fría para el golpe de la cabeza —dijo Bailarín. Cogió la palangana y se fue al cuarto de baño del tercer piso.

«Es la mar de considerado con alguien que me ha destrozado la capa buena y me ha amenazado con un puñal hace un momento», pensó Han.

Han encendió dos velas para disipar las sombras. Todavía faltaban varias horas para el amanecer.

Gata gimió y se apretó la frente con las manos. Han le palpó todo el cuerpo a conciencia y encontró otros tres cuchillos. Bailarín regresó con la palangana, mojó un trapo y lo puso encima del chichón que Gata tenía en la cabeza. Gata se lo quitó de un tirón y Bailarín se lo volvió a poner. Gata le apartó el brazo y abrió los ojos.

—Aléjate de mí, cabezacobriza de mier... —se calló de golpe al recobrar la memoria—. Sangre y huesos —susurró. Al enfocar el rostro de Han, se estremeció y volvió a cerrar los ojos.

—¿Por qué no me has matado? —susurró Gata, humedeciéndose los labios.

—Aún es posible que lo haga —dijo Han—. Pero Bailarín ha pensado que antes nos tenías que decir algo.

—No tengo nada que decir —susurró Gata—. Córtaame el cuello y asunto resuelto.

Echó la cabeza para atrás, extendiendo el cuello, como un lobo sometándose al jefe de la manada.

Bailarín se sentó en la cama junto a ella.

—No. Tú nos salvaste la vida en Arden. Tienes derecho a explicarte. Quiero saber qué te pasa. Estas últimas semanas te he visto distinta. Como desesperada.

—¿Pero qué estás diciendo? —dijo Han irritado—. Apenas la conoces, así que no entiendo que hayas podido...

—Tú siempre estás ausente —dijo Bailarín—. No tienes ni idea de lo que les pasa a tus amigos.

Han señaló a Gata con la mano.

—¿Esto es un amigo? —Puso los ojos en blanco—. Los amigos no te asaltan en los callejones.

—Pulseras tiene razón —dijo Gata, abriendo los ojos para mirar a Bailarín—. No me conoces muy bien. Soy una ladrona. Traiciono a mis amigos. Merezco morir. —Las lágrimas se le derramaban por el rabillo del ojo, humedeciéndole las sienes—. Tendría que haberme largado sin más, pero necesitaba dinero para volver a casa —dijo—. Aquí no pinto nada. No estoy hecha para estudiar.

—¿Para qué querías el amuleto? —preguntó Han, que comenzaba a abrigar una terrible sospecha—. Si necesitabas dinero, tendrías que haberte quedado con mi bolsa.

—Sí, hombre, y hurgar en tus bombachos, ¿no? —dijo Gata—. Si no recuerdo mal, solías llevar todo un arsenal ahí dentro.

—Querías el amuleto desde el principio —dijo Han—. ¿No es cierto?

Después de una prolongada pausa, Gata asintió.

—Pensé..., que podía venderlo —dijo Gata—. Te comportabas como si fuese muy valioso. Y siempre lo llevabas encima, así que tenía que quitártelo.

Han parpadeó mientras las piezas del rompecabezas fueron encajando.

—Fuiste tú quien revolvió mi habitación —dijo—. Lo estabas buscando.

—Yo nunca he revuelto tu habitación —replicó Gata, furiosa. Al ver que Han

enarcaba una ceja, masculló—: ¿Cómo lo sabes? Lo dejé todo tal como estaba.

—Fue la noche de la Cena de la Decana, de modo que sabías que ninguno de nosotros estaría aquí —dijo Bailarín. Miraba a Gata, y ella lo miraba a él, y de pronto Han se sintió ajeno a la situación, como un espectador en su propia habitación.

—Vine aquí porque pensé que podía ayudar —dijo Gata, con los ojos fijos en el semblante de Bailarín como si estuviera hechizada—. Pensé que podría... compensar por lo que ocurrió en Fellsmarch. —Tragó saliva—. No tendría que haber venido.

—¿A qué te refieres con lo que ocurrió en Fellsmarch? —preguntó Bailarín, en voz baja y tranquilizadora, como si fuese un hechicero.

—A Pulseras. A su madre y a su hermana. A los..., los harapientos —susurró Gata.

Bailarín retiró el trapo, lo volvió a mojar, lo escurrió y se lo puso de nuevo.

—¿Por qué creías que tenías que compensar eso? —preguntó.

Gata tiró al suelo el trapo que le cubría la frente.

—Porque fue culpa mía.

Han la miraba fijamente. Gata tenía que responder de muchas cosas, pero no iba a permitir que cargara con la culpa de aquello.

—No —dijo—. Ésta es mía. Es culpa mía.

Recordó lo consternada que había estado Gata la noche del incendio, cómo ella y otros harapientos le habían impedido entrar al establo en busca de su madre y de Mari. Aquella noche también le había salvado la vida.

—No había forma de salvarlas, si es eso lo que estás pensando —dijo, ablandándose un poco—. No debes culparte.

Gata meneó la cabeza.

—Tú no sabes nada.

—Se incorporó y, al ver que se tambaleaba, Bailarín la rodeó con el brazo para sostenerla y, por una vez, Gata no lo rechazó.

—¿A quién creías que se lo podías vender? —preguntó Han—. El amuleto, quiero decir.

Gata puso los ojos en blanco como si Han fuese idiota.

—El hechicero Bayar fue a verme hace unas semanas. Me amenazó. Dijo que me delataría si no robaba el talismán para él. Dijo que, para empezar, era suyo, y que tú se lo habías robado a él.

Eso habría sido después de que Bayar y sus primos fueran desalojados de Hampton. Después de que la decana dijera a Bayar que se estuviera quieto.

Faltaba algo, algo a lo que Gata daba vueltas sin llegar a contarlo.

—¿Qué iba a decirme Bayar? —preguntó Han—. ¿De qué no querías que me enterara?

Gata inspiró profundamente y las palabras le salieron a borbotones, como si llevara siglos esperando confesar.

—Fui yo —dijo—. Fui yo quien le dijo al joven Bayar dónde vivías cuando te

estaban buscando en el Mercado de los Harapos. Habían cogido a Velvet, dijeron que lo matarían si no se lo decía. Así que lo hice. Tenía que elegir entre él y tú, y yo amaba a Velvet, y a ti no te amaba. Me figuré que pondrían la casa patas arriba, que encontrarían lo que fuese que les habías robado y que ahí acabaría todo. Nunca imaginé..., no me esperaba que...

Se le quebró la voz. Le saltaban las lágrimas.

—Nunca imaginaste que fueran a quemar vivas a mi madre y a Mari —dijo Han.

Se apartó de Gata hasta que chocó contra la pared. Se pegó a ella, deseando desaparecer, apagarse como una pavesa para no tener que oír nada más.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No sabías con quién te enfrentabas.

—Lo descubrí después —dijo Gata, con una voz más amarga que la hiel—. Mataron a Velvet. Luego volvieron y mataron a todos los demás. Fue una carnicería. Te buscaban a ti, intentaban que alguien les dijera dónde estabas. Si hubiese estado allí, también estaría muerta. —Suspiró estremeciéndose—. Ojalá hubiese estado.

Han tendría que haberlo sabido desde el principio. Había creído que el chivato era Taz Mackney, pero no. Tenía más sentido que lo hubiese traicionado alguien próximo a él, alguien capaz de conducir a la Guardia de la Reina a través del laberinto del Mercado de los Harapos, alguien que pudiera señalar el establo en un lugar sin números ni nombres en las calles.

—Luego quise matarlos —dijo Gata—. Quería matarlos a todos. —Sonrió con amargura—. Siempre había pensado que era buena con el puñal. Pero soy lo bastante lista para saber que, como asesina, no valgo nada comparada con ellos.

»Así que acepté la oferta de Jemson para venir a Vado de Oden. No quería volver al Mercado de los Harapos nunca más. Llegué hasta Delphi y me quedé atascada. Me daba mucho miedo seguir, y no podía regresar. Cuando me tropecé contigo, cuando descubrí que aún estabas vivo, se me ocurrió que a lo mejor no estaría tan mal vivir en el sur porque te tendría cerca. Sabía que te lo montarías, fueras adonde fueses. Eras el mejor jefe de banda que había conocido en mi vida. Pero también sabía que si alguna vez descubrías que yo era quien se había ido de la lengua me arrancarías el corazón. —Miró a Han, bastante esperanzada—. Ya está. Mátame. Tienes derecho. Así no tendré que seguir pensando en cosas que tendría que haber hecho de otra manera.

Han se deslizó por la pared hasta quedar sentado en el suelo. Recogió las rodillas y las rodeó con los brazos. Estaba aturdido. Había guardado su culpa durante tanto tiempo que no iba a cederle ni un ápice a Gata.

—No voy a matarte, Gata —dijo—. Lo siento, pero no voy a hacerlo. Lo único que ocurrió fue que te cruzaste en el camino de los Bayar cuando iban a por mí, eso es todo. Tú y todos los demás. Y tendré que cargar con eso hasta el fin de mis días.

Los tres permanecieron callados un rato.

—¿Y ahora qué? —dijo Bailarín, sin dirigirse a nadie en concreto. Tomó la mano



de Gata entre las suyas y la acarició. Una vez más, Gata no opuso resistencia.

—Me marcharé, si eso es lo que quieres —dijo Gata, mirándose las manos—. Serías un idiota si confiaras otra vez en mí. —Levantó la vista hacia él—. Pero yo quiero quedarme y ayudarte. Sé a lo que te enfrentas, y prometo que haré todo lo que tú digas.

—No —dijo Bailarín—. Ésta es nuestra guerra; no podemos evitarla. Pero tú no estás en ella.

—Claro que estoy en ella —gruñó Gata—. Por Velvet, por Jonas, por Sweets, por Sarie y... por todos los demás. Mari sólo era una cría. Y quemaron...

—Basta —dijo Han, levantando la mano—. Por favor, basta. —Aguardó hasta que se vio capaz de controlar la voz—. Muy pronto voy a estar en guerra, seguramente contra los Bayar y muchos otros hechiceros —dijo—. Será muy diferente a lo que estás acostumbrada. No se tratará de peleas callejeras, aunque es posible que haya alguna que otra. Se tratará de política, de espionaje, de decir cosas donde sean de mayor provecho. Y será en todo el reino: en las montañas, en el Mercado de los Harapos y Puente del Sur, y también en el recinto del castillo.

—Necesitarás ayuda —dijo Gata—. No puedes hacerlo todo tú solo.

—Deberías quedarte aquí —dijo Han—. Es asombroso lo que has conseguido en tan poco tiempo. Jemson llevaba razón. Podrías convertirte en doncella o en gobernanta. Podrías enseñar música. Es tu oportunidad de salir del Mercado de los Harapos para siempre.

—¿Crees que estaría tranquila entre las sábanas de una mansión, sabiendo que tú estás en una guerra? —dijo Gata—. Quiero jurarte lealtad otra vez. Quiero ayudarte. No puedo enfrentarme sola a los Bayar pero, a lo mejor, contigo sí podré.

Han le escrutó el semblante, debatiéndose. La esperanza asomó al rostro de Gata.

—Si lo haces, pondrás en peligro a Gata —argumentó Bailarín—. Tendrá que vérselas con magos. Estará indefensa.

—¡Sé defenderme de sobras! —le espetó Gata, sacando un puñal de otro escondite y amenazando a Bailarín con él. Bailarín echó la cabeza hacia atrás para salvar la nariz.

Han se rascaba el mentón.

—Necesitaré gente que haga lo que yo diga, tanto si es ir a la escuela como hurtar en la calle o vigilar a una persona. No tendré tiempo de discutir contigo. No podrás elegir los trabajos que más te gusten.

Gata asintió, mirándolo de hito en hito.

—Prometo que haré todo lo que tú digas.

—Tendrás que seguir estudiando —dijo Han—. Música, arte, lenguaje, todo eso. Tienes que estar en condiciones de mezclarte con los de sangre azul. Si puedo hacerlo yo, puedes hacerlo tú.

—Ya hablas como un aristócrata —murmuró Gata.

—No habrá reparto de botines como antes —prosiguió Han—. Tengo algo de

dinero, pero es posible que se acabe, según lo que tenga que hacer. Y no podrás hacer trabajillos por tu cuenta mientras trabajes para mí. Puedes abandonar cuando quieras, pero si decides marcharte con otro, tendrás que decírmelo sin rodeos.

—Lo capto —dijo Gata—. Nada de trabajos por mi cuenta.

—Al menos ya sabes el riesgo que corres —dijo Han, casi para sí mismo—. No me importa pedírtelo porque te metes en esto con conocimiento de causa.

—Caza Solo —dijo Bailarín—. No dejes que arruine su vida.

Gata miró a Bailarín para hacerlo callar. Luego se deslizó por el borde de la cama y se puso de rodillas.

—Yo, *Gata Tyburn*, te juro lealtad, *Pulseras Alister* —dijo Gata—. Prometo solemnemente poner mi fidelidad, mis puñales y mis armas a tu servicio, y acogerte a tu protección. Haré lo que tú digas. Tus enemigos son mis enemigos. No haré trabajos por mi cuenta. Prometo entregarte cualquier botín que consiga y aceptaré la parte que a tu juicio me corresponda.

Y exhibió su radiante y peligrosa sonrisa.

## Alianzas inciertas

El grupo de Abelard fue llegando a la sala de reuniones de la decana y se apiñó al otro lado de la mesa donde aguardaba Han, mirándole con desconfianza. Micah suspiró y puso los ojos en blanco, como si no contara con sacar ningún provecho de aquella sesión, pero bajo su pose de aburrimiento Han percibió miedo. Nadie parecía tener ganas de ir a parte alguna con Han Alister en aquel preciso momento.

Excepto Abelard y Gryphon. Y tal vez Fiona. Su expresión de serena valoración dijo a Han que aún no había renunciado a ganarlo para su causa.

El amuleto del rey Demonio pendía del cuello de Han. Junto a él colgaba un talismán Demonai tallado en serbal y roble. Se suponía que éste debía protegerlo de la posesión. Por descontado, Han y Bailarín no habían tenido ocasión de probarlo porque, pese al seminario de Mordra, ninguno de ellos sabía cómo se poseía a una persona.

El amuleto de Han estaba cargado al máximo de poder. Cuervo le había sugerido que robara poder a un tercero, pero Bailarín había encontrado un hechizo que le permitió dar poder a Han juntando sus amuletos.

—No hay problema —había dicho Bailarín, sonriendo—. De todos modos no tengo previsto ningún plan mágico de envergadura.

En cuando todos estuvieron reunidos ante Han, los ojos de Micah se fijaron en el amuleto de la serpiente. Lo miró detenidamente y luego buscó los ojos de Han. Seguramente preguntándose si Gata ya había intentado robárselo. Era harto posible que Micah hubiese esperado que Han se presentara ante la decana sin él.

—Ahora que ya estamos todos aquí, comenzaremos —dijo la decana Abelard—. Cuando Alister se unió a nuestro grupo de estudio, les dije que había logrado viajar al Aediion. Esta tarde compartirá su experiencia con nosotros. Confío en que hayan traído sus amuletos bien cargados. —Con una inclinación de cabeza, se dirigió a Han—. Tiene la palabra.

—Muy bien —dijo Han, sin saber si debía levantarse o quedarse sentado. Decidió ponerse de pie—. Seguramente ya saben que no es fácil viajar al Aediion. Hay magos que piensan que ni siquiera existe. Pero existe. La primera vez que fui fue durante la clase del maestro Gryphon, pero desde entonces he vuelto a ir varias veces.

—Y siempre ha regresado, según parece —dijo Micah, arrastrando las palabras como si hubiese preferido que no fuera así.

—Bueno, eso es importante, desde luego —dijo Han, echando la cabeza para atrás y mirando a Micah por encima de la nariz—. Dudo que alguien quiera quedarse atrapado allí. Sería un mal asunto. —Siguió mirando a Micah hasta que éste apartó la

vista—. Hay quien piensa que la clave para ir al Aediion reside en el amuleto que se use —prosiguió—. Otros piensan que una vez que has estado allí, la siguiente resulta más fácil. Como si abrieras un camino que puedes usar una y otra vez. —Miró a los presentes—. ¿Cuántos de ustedes han intentado ir al Aediion?

Todos levantaron la mano.

—¿Cuántos lo han conseguido?

—Ahora sean sinceros —terció Abelard.

Nadie levantó la mano, ni siquiera Micah o Fiona.

—¿Cómo sabemos que tú has estado? —preguntó Mordra, toqueteándose el amuleto.

Han inclinó la cabeza hacia Abelard, que dijo:

—Yo estoy convencida de ello, y con eso debe bastar.

Mordra se encogió de hombros y Han continuó.

—Hoy los llevaré allí, usando mi amuleto y el camino que he abierto —dijo—. No puedo garantizar que sean capaces de regresar por su cuenta, pero quizá les resultará más fácil la próxima vez.

Todo aquello eran tonterías, una historia que habían inventado él y Cuervo, pero Han era un mentiroso consumado y todos asintieron, incluso Gryphon, si bien un tanto desconcertado.

—Bien, tenemos que tocarnos —dijo Han—. Vamos a tendernos en círculo.

Había pedido a Abelard que dispusiera siete colchones de paja formando un círculo junto a la ventana. Todos se tumbaron, con las cabezas casi juntas en el centro. Han oyó murmuraciones y resoplidos mientras ocupaban sus sitios. Ayudó a Gryphon a tenderse y luego hizo lo propio en el colchón que quedaba libre.

A Han le constaba que se encontraban ridículos, pero no quería que los cuerpos desocupados se desplomaran contra el suelo.

—¿Lo ven? —dijo—. Igual que en una sesión de espiritismo en la Escuela del Templo.

Una risa nerviosa recorrió el círculo.

—De acuerdo, ¿todo el mundo se está tocando?

Han notaba el poder que emanaba de Gryphon en un lado y de Abelard en el otro. Supuso que habían querido ponerse a su lado para estar más seguros de que no les dejarían atrás.

—Bien, hay unas cuantas cosas que es importante no olvidar —dijo Han, mirando al techo—. Seguramente ya están al tanto pero no está de más repetirlas. En el Aediion pueden cambiar de apariencia; la ropa, los rasgos físicos. De modo que pruébenlo. Pueden crear ilusiones a voluntad; recuerden que se trata del mundo de los sueños. La magia funciona, así que tengan cuidado con ella. Y no usen todo el poder almacenado haciendo experimentos. Lo necesitarán para regresar.

»Vamos a ir todos al mismo lugar para que podamos encontrarnos. Nos quedaremos unos diez minutos. Necesitarán de mi ayuda para regresar, de manera

que nos reuniremos y regresaremos juntos. Si el amuleto de alguien comienza a agotarse, que me avise enseguida. —Hizo una pausa—. ¿Alguna pregunta?

—¿Adónde vamos? —preguntó Gryphon.

—A la Calle del Puente —dijo Han—. ¿Alguno de ustedes no sabe dónde está? —La broma fue recibida con risas nerviosas—. Nos encontraremos debajo del reloj que hay delante de La Corona y el Castillo —dijo—. No se alejen mucho de allí. Diez minutos pasan muy deprisa en el Aediion. ¿Listos? Suelten sus amuletos. Éste es el hechizo que van a usar.

Han lo pronunció e hizo que lo repitieran. Era el mismo hechizo que Gryphon les había enseñado en otoño. Han usaría otro diferente, más potente, que sería el que los llevaría al otro lado.

—De acuerdo, ¿preparados? —dijo Han—. Abran sus portales.

Han agarró su amuleto y pronunció el hechizo de Cuervo. La brecha entre ambos mundos fue más larga y profunda esta vez; lo bastante larga como para que diera miedo quedarse atrapado en medio.

Cuando por fin se disipó la oscuridad, se encontró solo bajo el reloj de la Calle del Puente. Gryphon se materializó acto seguido delante de él, con los ojos cerrados, estrechando con fuerza su amuleto.

—¡Gryphon! —exclamó Han en voz baja.

Gryphon abrió los ojos. Era un Gryphon en plena forma, sin aparatos ortopédicos ni muletas. Se miró a sí mismo, y una sonrisa de satisfacción le iluminó el semblante. Dio unos pasos vacilantes y luego cambió de forma, volviéndose más alto y musculoso, con una pinta más acorde con sus atractivos rasgos.

Apareció Abelard seguida de Hadron, De Villiers y finalmente los Bayar. Cuando Micah y Fiona llegaron, la ropa de Gryphon se volvió un poco más lujosa y bien cortada.

—De acuerdo —dijo Han—, ya estamos todos aquí. Ahora intenten cambiar un poco el escenario. —Han hizo un gesto y unas grandes flores púrpura brotaron de la acera, altas hasta la cintura—. Pero tómenselo con calma; no conviene que acabemos enmarañados.

Los demás conjuraron flores y fuegos de artificio, campos y cascadas, aunque Micah no se unió a la diversión. Se mantuvo al margen, con la mano en el amuleto y los ojos clavados en Han como si esperase que de pronto le atacara.

—También pueden cambiar de ropa, si quieren, o la ropa de quienes les rodean.

Se inició una batalla de atuendos ya que todos se pusieron a alterar las prendas de los demás. Incluso Abelard se unió a ellos.

Al cabo de nada todos estaban riendo.

—Según mi experiencia —dijo Han—, lo único real en el Aediion son los magos, los amuletos y la magia. El resto es pura ilusión. Todos hemos salido de la misma habitación —prosiguió—, pero podríamos diseminarnos por todos los rincones de los Siete Reinos y aun así volver a juntarnos en un mismo lugar, siempre que se hubiese

planeado de antemano. De lo contrario, nunca se encontrarían unos a otros.

—¿Se acerca mal tiempo? —preguntó Mordra, estremeciéndose al mirar al cielo—. Eso parece muy real.

Un viento frío se coló entre los edificios, erizando el vello de la piel de Han. Sobre ellos se cernieron unos nubarrones negruzcos que convirtieron el día en una especie de crepúsculo.

Han hizo aparecer una chaqueta de piel de ciervo forrada de lana. Los demás siguieron su ejemplo, poniéndose prendas de abrigo ante la brusca caída de la temperatura.

—¿Lo ha hecho usted? —preguntó Gryphon, ojeando el cielo—. Me refiero al cambio de tiempo.

Han negó con la cabeza, sin saber qué explicación dar. ¿Era posible que lo hubiese hecho uno de los demás? ¿Micah o Fiona? Seguían aferrados a sus amuletos pero ambos miraban hacia el cielo con aprensión, de modo que parecía poco probable. Han nunca había visitado el Aediion acompañado. Costaba saber quién tenía realmente el control.

Un relámpago partió el cielo, pintándolo en estridentes tonos verdosos y púrpuras. El estrépito del trueno hizo que se taparan los oídos.

—Ya basta, Alister —dijo Mordra, hundiendo la cabeza como una tortuga—. Ye hemos visto la demostración.

Han agarró su amuleto e intentó conjurar un tiempo más benigno, pero de nada sirvió. Ilusión o no, era imposible ignorar la inminente tormenta.

—¿Quién es ése? —preguntó la decana Abelard, entornando los ojos para mirar detrás de Han.

Al volverse, Han se quedó boquiabierto.

Era Cuervo, ataviado más elegante que nunca, con prendas de tela de oro que hacían resaltar su cabellera negra y una espada con piedras preciosas incrustadas. En ese momento el día era tan oscuro como la noche cerrada, pero eso era lo de menos. Cuervo iluminaba la calle entera.

Caminó resueltamente hacia ellos empuñando la espada, con una sonrisa que helaba sangre y llamas que bailaban a su alrededor como el aura de un santo.

Han se interpuso entre Cuervo y el grupo de Abelard.

—¿Qué estás haciendo aquí? —inquirió. No había dicho nada a Cuervo sobre la hora ni el lugar de su viaje. ¿Cómo había dado con ellos?

—¡Alister! —gritó Abelard—. ¡Explíquenos esto de inmediato! ¿Esta persona la ha creado usted o es alguien a quien conoce?

Cuervo hizo una mueca de fastidio. Se volvió, sacudió la mano y un gigantesco muro de llamas se alzó en medio de la calle, separando de los demás a Han y a los Bayar. Al otro lado del fuego, Han oyó gritos y chillidos.

Han giró sobre sus talones para encararse de nuevo con Cuervo.

—¿Qué estás haciendo?

—Mi asunto es contigo y los Bayar —dijo Cuervo—. No quiero interferencias. — Se plantó delante de los gemelos Bayar, aumentando de tamaño y luminosidad hasta que parecieron enanos—. Ah —dijo, refocilándose—, por fin. Hacía mucho tiempo que esperaba este momento.

—¿Qué estás diciendo? —inquirió Micah, protegiéndose los ojos con el antebrazo—. No te conozco.

—En cambio yo a ti sí —dijo Cuervo—. Sé quién y qué eres.

Con un ademán perezoso, hizo brotar una llama de la punta de su espada. Salió disparada hacia Micah, que la esquivó echándose a un lado.

Fiona miró a Han, a Cuervo y de nuevo a Han.

—¿Por qué estás haciendo esto? —dijo.

Han negó con la cabeza.

—Vamos —le dijo a Cuervo—. Vete de aquí. No estás invitado.

—Estoy cumpliendo una promesa —dijo Cuervo—. Prometí destruir la Casa de la Aguilera. Voy a comenzar por estos dos.

—Alister, si esto es lo que consideras una broma, no me estoy divirtiendo nada —dijo Micah—. Tendría que haberme figurado que todo esto era un ardid.

—¡Qué arrogante! Haces honor a tu casta —dijo Cuervo. Lanzó otra llamarada hacia Micah y Fiona. Cada uno saltó hacia un lado, rodando por el suelo. Fiona respondió arrojándole fuego a su vez, pero Cuervo dejó que crepitara a través de su cuerpo sin inmutarse.

Micah levantó un muro brillante, como de luz solidificada, dejando a Cuervo a un lado y a él, Fiona y Han en el otro. Era como si Cuervo estuviese jugando con ellos, fallando por poco en cada nuevo ataque.

Han se interpuso entre Cuervo y los Bayar, con el vello erizado por miedo a las llamas, sabiendo que era probable que lo friera en un abrir y cerrar de ojos. Se sentía traicionado, utilizado.

—Acaba con esto, Alister —dijo Fiona—, o acabaré yo contigo.

Agarró su amuleto y extendió el brazo hacia Han.

—¡Cuervo! —gritó Han—. Olvídalo. No voy a dejar que los mates.

—¿Por qué no? —inquirió Cuervo. Iba de un lado al otro, buscando un buen ángulo de tiro—. Han intentado matarte varias veces. Y no puede decirse que hayan derramado una sola lágrima por ti.

—Tengo un plan —dijo Han—. Y no es éste.

—¿Quizá deseas darte el gusto de matarlos tú mismo? —Cuervo hizo una pequeña reverencia—. Me parece justo. Adelante.

Y desapareció.

Han notó una especie de presión, luego un brusco empujón mental, como si le estrujaran la cabeza. Luego otro y otro más, como si alguien le estuviera golpeando el cráneo. Era Cuervo, que intentaba entrar y era rechazado. Han tocó el talismán de serbal y en silencio dio las gracias a Bailarín.

—Ríndete —dijo Han, al tiempo que sorteaba las bolas de fuego que Fiona le lanzaba—. Esta vez no te dará resultado.

Cuervo chocaba contra su mente una y otra vez.

—Venga, no puedo luchar contra tres de esta manera —dijo Han—. ¿Quieres que me maten?

Dio un alarido cuando una de las ráfagas de Micah lo rozó, encendiéndole la ropa. Han se puso a golpear frenéticamente la ropa en llamas y de pronto, con un gesto, convirtió el suelo que pisaban Micah y Fiona en un pozo de lodo. Se hundieron hasta la cintura.

—Mátalos, Alister —le susurró Cuervo al oído—. O ellos te matarán.

—Mátalos tú, soplagaitas chupóptero —dijo Han, levantando un escudo para repeler una serie de pequeños tornados cargados de trozos de vidrio—. No pienso librar tus batallas por ti.

¿Por qué no los mataba el propio Cuervo? Sabía más de magia que ellos tres juntos. Sin duda conocía un hechizo mortífero contra el que los Bayar no se podrían defender. Sus ataques con llamas parecían atravesar todas las defensas de Micah, pero cada lanzamiento había errado el blanco, desviándose de la trayectoria letal. Han, Micah y Fiona se estaban haciendo más daño entre sí del que Cuervo le había hecho a cualquiera de ellos.

Una sospecha comenzó a fraguarse en la mente de Han.

Cuervo cambió de estrategia. Mientras Micah y Fiona bregaban por salir del lodazal, Micah se tambaleó hacia atrás como si hubiese recibido un golpe, abriendo los ojos, estupefacto. Se quedó paralizado un momento y luego agarró su amuleto, se volvió y extendió el brazo hacia Fiona.

—¿Micah? —dijo Fiona perpleja—. ¿Qué estás...?

—¡Fiona! ¡Cuidado! —gritó Han, empujando a Fiona al tiempo que Micah lanzaba su hechizo y las llamas rugían sobre sus cabezas.

—¡Micah! —chilló Fiona, »poniéndose de pie con presteza—. ¿Qué estás haciendo?

El siguiente disparo de Micah alcanzó el brazo de Fiona antes de que ésta tuviera tiempo de esquivarlo.

Mientras Micah se concentraba en reducir a su hermana a cenizas, Han le hizo un placaje y ambos salieron despedidos, cayendo de bruces al fango.

—¡Corre, Fiona! —gritó Han, escupiendo fango—. Vete de aquí o te matará.

—¡No voy a abandonar a mi hermano! —le chilló Fiona—. ¡Lo matarás!

—¡No es tu hermano! —gritó Han a su vez—. ¿No lo ves? Está poseído.

Han arrancó las manos de Micah de su amuleto por tercera vez.

Fiona titubeó, agarrada a su amuleto, con la mano extendida, buscando sin éxito un ángulo de tiro para disparar a Han sin darle a su hermano.

—Mátame, y nunca más saldrás de aquí —gritó Han, exasperado.

Micah forcejeaba y le daba patadas, poniendo todo su empeño en zafarse de Han



para poder liquidar a su hermana. Pero tenía mucho que aprender sobre peleas callejeras.

Han no estaba seguro de cómo desalojar a Cuervo sin matar a Micah, pero tenía una teoría.

Sin soltar a Micah, le arrancó el amuleto.

Cuervo se materializó al instante, enloquecido como un gato bajo un chaparrón. Acto seguido su consciencia golpeó de nuevo a Han. Y una vez más fracasó en el intento de penetrar en su mente.

Aprovechando la distracción de Han, Micah le dio un puñetazo en la sien que le hizo ver las estrellas.

—¡Devuélveme el amuleto, rata de alcantarilla!

Han lo inmovilizó por medio de un hechizo, y Micah finalmente se quedó tendido boca arriba, mirando al cielo. Dio tan buen resultado, que Han le hizo lo mismo a Fiona.

—Ahora mátalos, Alister —dijo Cuervo, alzándose sobre los gemelos Bayar como el Quebrantador ansioso por llevarse unas almas—. Mátalos de una vez.

—Ni hablar —dijo Han, limpiándose la sangre que le chorreaba por un lado de la cara. Indicó con la cabeza a Micah y Fiona—. Si quieres verlos muertos, hazlo tú.

—Date prisa —dijo Cuervo—. Te estás quedando sin poder. Pronto tendrás que regresar.

Han afianzó su postura y cruzó los brazos con un aire de desafío.

—No puedes hacer magia por tu cuenta, ¿verdad? Me has estado utilizando desde el principio.

Cuervo se estremeció, y Han supo que había dado en el clavo.

—¿Cómo te atreves a decir que no puedo hacer magia? —dijo Cuervo—. ¿Cómo habría venido aquí, de ser cierto? ¿Cómo podría hacer esto?

Y lanzó una llama que trazó una espiral a lo largo de la calle.

—Eso son meras ilusiones —dijo Han—. Me lo enseñaste el primer día. Pero no puedes hacer magia en el mundo real. Sin mí no puedes hacer la magia que los mataría —señaló a los Bayar.

—No me dignaré contestarte —dijo Cuervo con altivez—. He olvidado más magia de la que nunca aprenderás.

—La conoces —dijo Han—. Pero no puedes llevarla a cabo.

—Has perdido el juicio —dijo Cuervo—. ¿Vas a matar a los indeseables Bayar o no?

Los ojos de Micah seguían la discusión entre Cuervo y Han, observándolos con interés y no poca inquietud.

—Enséñame cómo se hace —dijo Han, señalando.

Cuervo hizo otro intento cansino por penetrar la mente de Han.

—¿Cómo haces para protegerte? —inquirió.

—Eres tú quien debería explicar este juego —dijo Han—. No yo. ¿Vas a

liquidarlos o no? Como bien has dicho, ya llevamos demasiado rato aquí.

Cuervo miró fijamente a Han, como si intentara ver a través de su piel.

—Te he menospreciado —dijo finalmente, meneando la cabeza.

—Me sucede a menudo —respondió Han—. Sobre todo con los aristócratas.

Cuervo se apagó como un ascua.

Han aguardó un momento para ver si reaparecía. Luego se agachó junto a Micah y Fiona.

—Escuchadme bien los dos. Voy a soltaros. Iremos en busca de los demás y regresaremos. Tenemos una disputa pendiente, pero puede esperar hasta que salgamos de aquí. Como le digáis algo a Abelard, no os llevo de vuelta. Si me matáis o anuláis mis poderes, no volverá ninguno de nosotros, y lo digo de verdad. ¿Lo habéis entendido?

Han aguardó, pero, naturalmente, no hicieron ni dijeron nada, inmovilizados como estaban. Pero no eran idiotas, de modo que les concedió el beneficio de la duda y rompió el hechizo.

Se pusieron de pie, se aprestaron a agarrar sus amuletos y lo miraron como si fuese una fiera salvaje.

—Venga.

Sin volver la vista atrás, Han se dirigió a grandes zancadas hacia la pared de llamas de Cuervo que se había extinguido al desaparecer él.

—¡Alister! —Una figura alta y angulosa caminaba hacia él, cruzando cuidadosamente la parte chamuscada de la calzada—. Más vale que tenga una explicación para esto.

Era la decana Abelard, con el amuleto bien sujeto en la mano. Los demás la seguían en fila, excepto Gryphon, que corrió a tomar las manos de Fiona entre las suyas y a escrutarle con inquietud el rostro.

—¿Estás bien? —le preguntó. Fiona asintió sin decir palabra. Gryphon la rodeó con el brazo por miedo a que pudiera caerse.

—¡Alister! —repitió Abelard con suma dureza—. ¿Qué ha ocurrido?

Han meneó la cabeza.

—No lo sé —dijo—. Ojalá lo supiera. No me había sucedido nunca, ninguna de las otras veces que he cruzado. Nunca he visto a nadie con quien no hubiese planeado encontrarme o llevar conmigo.

—Están heridos —señaló la decana, mirándolos uno por uno con el ceño fruncido.

—Ese tipo ha intentado matarnos —dijo Han—. Nos ha metido en una vorágine de llamas mientras pronunciaba un hechizo tras otro. Lo hemos rechazado, pero incluso siendo tres contra uno, nos hemos zafado por los pelos. —Se estremeció—. Finalmente se ha apagado sin más, ha desaparecido. Casi no nos queda poder.

Abelard frunció el ceño.

—¿No conoce a ese hombre? ¿Tampoco lo había visto nunca en el mundo real?

—Nunca —dijo Han. Lanzó a Micah y Fiona una mirada de advertencia—. ¿Y vosotros?

Se limitaron a negar con la cabeza, pálidos como la nieve.

—No sabíamos dónde estaban ni si..., ni si aún seguían con vida —dijo Hadron, levantando la vista hacia el reloj de la Calle del Puente—. Han pasado más de diez minutos; media hora, como mínimo.

—Los diplomados DeVilliers y Hadron han intentado regresar por su cuenta cuando ya pasaba de la hora de regresar —dijo Abelard—. No lo han conseguido.

Estaban todos muy pálidos y muertos de miedo, excepto Gryphon y Abelard.

La decana arrugaba el rostro con una mezcla de desconcierto y recelo. Gryphon se veía más contento que nunca, como si se hubiera desprendido de toda su frustración y amargura. Parecía un novicio que hubiese visto el rostro de la Hacedora.

Peculiar.

—Me encantaría seguir charlando —dijo Han, apartando la mirada de Gryphon—, pero llevamos demasiado rato aquí y no quiero correr el riesgo de otra emboscada.

—Vayámonos —dijo Mordra, mirando inquieta en torno a sí.

—Acérquense todos y agárrenme. —Los otros seis formaron un círculo alrededor de Han, empujándose para situarse hasta que cada cual encontró dónde agarrarse—. Ahora pronuncien el hechizo para abrir el portal mientras yo pronuncio el mío.

El mundo se oscureció con la mezcolanza de voces. Han los condujo a la sala de reuniones de Abelard y notó el peso de alguien encima de él. Era Fiona. Estaban enmarañados sobre los colchones. Han se apartó enseguida y se levantó.

Los contó. Todos habían regresado. Soltó un suspiro de alivio.

Abelard los contó a su vez.

—Bien —dijo con brío—, al menos no hemos perdido a nadie aunque haya algunos heridos. —Su tono daba a entender que no se podía hacer una tortilla sin cascar los huevos—. Felicidades por el viaje al Aediion, son muy pocos quienes pueden decir que lo han hecho. Ya les comunicaré en su debido momento si vamos a proseguir con esto. Entretanto, supongo que huelga decir que no deben decir nada de esto a nadie.

—Perdonad, decana Abelard —dijo Han—, podéis hacer como gustéis, pero yo no voy a regresar. El riesgo no merece la pena.

Varios de los demás asintieron, manifestando que estaban de acuerdo.

Abelard apretó los labios, pero no dijo palabra mientras salían en silencio de la sala.

Micah y Fiona esperaron a Han al pie de la escalera.

—Quiero hablar contigo —dijo Fiona, cogiéndole bruscamente del brazo.

—Suelta —dijo Han, presionando con el puñal el cuello de Fiona—. Contaré hasta tres. Uno.

Fiona se apartó. El puñal de Han desapareció.

—Que no os haya liquidado en el Aediion no significa que seamos amigos —dijo Han—. Quiero aclarar unas cuantas cosas con vosotros. Vayamos al centro del patio; estaremos tranquilos y a la vista de todos. No pienso reunirme en un callejón con un par de maniobreros como vosotros.

Fue hasta el medio del patio y se sentó en un banco del pabellón que rodeaba la Fuente Bayar.

Los Bayar lo siguieron. Han les indicó un banco cercano. Se sentaron.

—Micah, ¿cómo se te ocurre enviar a una simple descuidera contra un mago? —dijo Han, que iba lanzando al aire su puñal para cogerlo al vuelo con desenvoltura—. Es un enfrentamiento desigual. Tiene traza, lo admito; no hay muchas novicias del Templo que puedan arrancarte el corazón a través de la ropa. Pero siempre le ha faltado firmeza a la hora de robar.

—No sé de qué estás hablando —dijo Micah al mismo tiempo que Fiona decía:

—¿Quién?

—*Gata* Tyburn ya no trabaja para ti —dijo Han—. Lo siento.

—¿Quién es *Gata* Tyburn? —preguntó Fiona, mirando a Han y a Micah con los ojos entornados.

Micah lo miraba de hito en hito, a todas luces debatiéndose entre la curiosidad y el seguir negando lo que Han ya sabía.

—¿Qué ocurrió? ¿Dónde está? —preguntó finalmente Micah.

—¿Tú qué crees?

Han seguía jugueteando con el puñal.

—¿La mataste? —preguntó Micah, con horrorizada fascinación.

Han se encogió de hombros.

—No quiero hablar de *Gata*.

—Bien, pero yo sí —espetó Fiona, fulminando a su hermano con la mirada—. ¿Qué has estado tramando, Micah?

—Luego —dijo Micah—. Hablemos de lo que ha sucedido en el Aediion. ¿Quién es Cuervo? ¿O sólo ha sido un juego de magia que has montado para nuestro deleite?

Han probó la punta del puñal contra su dedo pulgar.

—A decir verdad, no tengo ni idea de quién es Cuervo ni sé qué se lleva entre manos. Me he quedado tan sorprendido como vosotros cuando ha aparecido.

—Pero lo conoces —insistió Fiona—. Eso es evidente.

—Me he visto con él alguna vez —dijo Han, guardando el cuchillo—, pero no puedo decir que lo conozca. Digamos que vuestra visita al Aediion ha sido una buena lección. De magia, quiero decir. —Han agarró el amuleto del rey Demonio—. Bien. Hay una cosa que tenemos que resolver. Ya estoy harto de ir guardándome las espaldas sin tregua, atento a que alguien me robe, me lance un hechizo o me clave un puñal entre las costillas. —Han agitó su amuleto—. Si queréis esto, venid a cogerlo.

Micah negó con la cabeza.

—No somos idiotas. Nos atacarás. O harás que nos expulsen por agredirte.

—Lo prometo. ¡Lo juro! No os atacaré. Si podéis cogerlo, os lo quedáis. —Han sonrió oblicuamente—. Cualquiera de los dos. Vamos. ¿Quién prueba primero?

—Lánzanoslo —dijo Fiona.

—Eso sí que sería una estupidez, ¿no? —dijo Han—. Vosotros, tres amuletos y yo, ninguno. —Sostuvo el amuleto por la cadena—. No. Venid a cogérmelo.

Micah volvió a negar con la cabeza.

—No, no me fío de ti.

Han suspiró.

—Supongo que eres demasiado listo para mí. Verás, este talismán es muy quisquilloso en cuanto a quién lo utiliza. Apuesto a que si lo tocas te conviertes en un montoncillo de cenizas.

—Olvidas que ya lo he usado antes —dijo Micah.

—Pues ven a por él —insistió Han sonriendo, acariciando la cabeza de la serpiente—. Ahora o nunca.

Fiona frunció los labios.

—¿Estás diciendo que tú puedes manejarlo y nosotros no? Pero si somos los propietarios legítimos.

—Los Bayar no paráis de decir que este talismán os pertenece —dijo Han—. No es así. Se lo robasteis a *Alger Aguabaja* hace mil años. Se suponía que había que destruirlo, pero vuestra familia posee todo un alijo de armas mágicas ilegales, ¿me equivoco?

Los dos Bayar permanecieron inmóviles, sin parpadear, acariciando sus respectivos amuletos de dudosa procedencia.

—No puedes demostrar nada —dijo Fiona finalmente.

—Claro que puedo. Lo único que tengo que hacer es entregar el amuleto a los clanes y decirles dónde lo he encontrado. Me creerán. Para ellos mi palabra vale más que la vuestra. Además, *Hayden Bailarín de Fuego* estaba presente aquel día en Hanalea, y tiene buenos contactos con los clanes de las Espíritus.

—No se lo entregarás —dijo Micah—. Los clanes lo destruirán.

—Tal vez sí —dijo Han—, tal vez no. Pero una cosa os prometo: no lo vais a recuperar. Vuestro padre asesinó a mi hermana y a mi madre. La Guardia de la Reina las encerró en un establo y le prendió fuego. Las quemaron vivas. Lord Bayar no encendió el fuego, pero es como si lo hubiese hecho. Mi hermana tenía siete años.

Micah apartó la vista.

—Estabas en busca y captura por asesinato. La reina...

Han levantó la mano para hacerlo callar.

—Asesinatos que no cometí. Oh, hay muchos culpables por ahí. La reina también está en la lista. Pero no soy idiota, no cometáis nunca el error de creer lo contrario.

Fiona negó con la cabeza, mirando fijamente a Han.

—No. No lo haré.

—Después de eso volvió alguien, vuestra gente o la de la reina, que asesinó a mis

amigos del Mercado de los Harapos al no poder sonsacarles dónde me encontraba yo. Algunos también eran críos. No habían elegido vivir en la calle, ¿sabéis? O lo hacían o morían de hambre. —Han ladeó la cabeza—. ¿Vais a decirme que la reina puso precio a mi cabeza por un puñado de sureños muertos?

—Apuñalaste a nuestro padre cuando intentó negociar contigo la devolución del amuleto —dijo Fiona—. Faltó poco para que mataras al Gran Mago del Reino. Yo diría que es razón suficiente para que la Guardia te buscara.

—¿Negociar? —Han la miró de hito en hito—. ¿Negociar? Vosotros, los aristócratas, tenéis mucha labia. En la calle lo llamamos «tomar el té con los cerdos». Me dijo claramente que me iba a llevar a vuestra casa para torturarme hasta que muriera.

Micah se revolvió inquieto.

—¿Qué estás tratando de decir?

—Lo que quiero decir es que he pagado un precio muy alto por este amuleto —dijo Han—. Es imposible que alguno de vosotros pueda usarlo. Y preferiría que lo fundieran antes que verlo en vuestras manos. ¿Me creéis?

—Yo te creo —susurró Fiona, más pálida aún que de costumbre—. Pero eres un loco si sigues usándolo. No sabes lo peligroso que es.

—Correré el riesgo —respondió Han—. ¿Sabes una cosa, Micah? Aquella primera noche, cuando te vi en la Calle del Puente, tuve ganas de liquidarte. Quería cortarte el cuello y ver cómo tu sangre empapaba la tierra. Quería atarte una cuerda al cuello y estrangularte mientras pateabas y te cagabas encima.

—Mira cómo tiemblo —replicó Micah, mirando a Han a los ojos.

Han se levantó y dio un paso hacia él.

—Yo soy lo que se oculta en los callejones cuando vuelves a casa desde de Los Cuatro Caballos —dijo—. Soy la sombra del callejón de Greystoke Alley cuando sales a mear. Soy el asaltante agazapado en el pasillo cuando visitas a esa chica de Grievous Hall.

Micah entrecerró los ojos, perdiendo parte de su compostura. Han tuvo claro que Micah estaba recordando un sinfín de visiones y ruidos sospechosos.

—¿Me has estado siguiendo?

—Puedo entrar y salir de tu habitación cuando quiero —dijo Han—. Puedo decirte lo que dices cuando hablas en sueños. Sé lo que te susurra al oído tu chica. —Se rió—. No puedes impedir que vaya adonde se me antoje. Podría haberme enterado de lo de Gata mucho antes, pero siempre hablabas con ella cuando yo estaba en clase.

Micah se humedeció los labios.

—Tal vez encuentres alguna clase de perverso placer en acecharme, pero...

—Lo que te estoy diciendo es que si te quisiera ver muerto, a estas alturas habrías muerto de diez maneras distintas. Te dejo vivir porque ahora tengo otro plan. Vosotros, los Bayar, necesitáis aprender que no podéis tener todo lo que queréis. Y yo os daré esa lección. Esto sólo es el principio.

Micah entornó los ojos.

—¿Me estás amenazando?

—Por supuesto. —Han sonrió—. Cada vez que empieces una lucha, deberías saber contra quién te vas a enfrentar. —Se levantó—. Hasta la vista.

## Matrimonio o asesinato

Era un jueves gris y sombrío, aunque más cálido y húmedo que cualquier día de abril. Raisa había acabado las clases de la jornada, pero no tenía ganas de regresar a Grindell Hall y ver cómo la miraba Amon, que llevaba días con los nervios de punta, incluso desde antes del episodio con Han.

—¿Qué te sucede? —le había preguntado Raisa la noche anterior en el patio de entrenamiento—. Nunca te había visto tan nervioso.

—Tengo la sensación de que estás en peligro —dijo Amon—. No consigo quitármela de encima.

—¿Es por Han Alister? —preguntó Raisa, deteniéndose con la vara en posición horizontal.

Amon negó con la cabeza.

—No. Al menos no del todo. Es algo que me ronda desde que Hallie regresó. Como si fuera a sucederte algo malo. —Ajustó la sujeción de su vara, situando las manos con precisión—. Ten cuidado, Rai.

Raisa había sopesado si debía mostrar a Amon la carta de la reina Marianna, y su decisión fue no hacerlo. ¿Era posible que la inquietud de Amon guardara relación con eso? ¿Acaso percibía su incertidumbre, la tentación que tenía de volver a casa?

Por si no bastara con eso, Raisa tenía que estudiar para los exámenes y decidir qué hacer a propósito del Baile de los Cadetes. Las cadetes tenían la opción de llevar el uniforme de gala o un vestido. El uniforme de gala sería más sencillo, pero Raisa temía que la tomaran por un joven escudero a quien hubiesen dado permiso para acostarse tarde.

Lo cierto era que a veces echaba de menos ponerse elegante. Aun así, seguramente ya sería tarde para contratar a una modista y poco probable que encontrara algo adecuado en las tiendas de segunda mano de la Calle del Puente.

Aquella noche iba a ver a Han. El pulso se le aceleró. Le había enviado un mensaje a Hampton Hall.

Han, mis disculpas por el modo tan brusco en que terminó nuestra velada. Hasta entonces fue maravillosa. AB también se disculpa. Bueno, no exactamente, pero lo hago yo en su nombre. Aguardo con impaciencia el jueves..., y el baile.

REBECCA

No había recibido respuesta.

«Quizá debería ver si acude a la clase de esta tarde antes de buscar un vestido», pensó Raisa con tristeza. Estuvo tentada de cruzar el puente y buscar a Han en su



residencia, pero eso podía acabar mal por muchas razones.

La tensión nerviosa de Amon resultaba contagiosa. Raisa se encontró volviendo la vista atrás constantemente: cada dos por tres notaba un hormigueo en la nuca que le avisaba de que alguien la estaba vigilando. Los lobos grises se congregaban en el patio con las orejas hacia atrás, y Raisa oía sus lastimeros aullidos hasta bien entrada la noche.

Finalmente se escondió en una sala de lectura de la biblioteca de Casa Wien con el propósito de estudiar. Pero Han Alister se entrometía en sus pensamientos. Igual que Amon Byrne. Y que Marianna, su madre. En un momento dado decidía regresar a los Páramos en cuanto finalizaran los exámenes y acto seguido le preocupaba que su regreso pudiera precipitar una crisis. Leyó el mismo párrafo una y otra vez hasta que cayó dormida, con la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados.

—¿Principiante Morley?

Raisa levantó la vista y vio a un cadete que parecía nervioso de pie en el umbral. Lo miró parpadeando adormilada.

—¡Oh! ¡Debo de haberme quedado dormida! ¿Qué hora es?

—Son más de las nueve —dijo el cadete—. La biblioteca está cerrada. —Eché un vistazo a la sala, como para asegurarse, y agregó—: Todos los demás se han marchado.

Entonces cayó en la cuenta. ¡Las nueve! Se suponía que debía reunirse con Han a las ocho en la Calle del Pente. Recogió alocadamente sus papeles y libros y los metió de cualquier manera en el macuto. ¿La habría esperado? ¿Se habría presentado?

El ruido del pestillo de la puerta le hizo levantar la mirada. El cadete había entrado y cerrado la puerta.

Mirándolo mejor, no acababa de tener aspecto de cadete. Quizá se debiera a que el uniforme le caía mal y al hecho de que era mayor que casi todos los compañeros de clase de Raisa. Tal vez fuese por sus apagados ojos negros y el modo en que su nerviosismo lo envolvía como si llevara una capa porque hiciera mal tiempo.

Acaso era por el modo en que caminaba hacia ella, como un depredador.

—Gracias por despertarme, cabo —dijo Raisa, con el corazón palpitando debajo de la chaqueta—. ¿Cómo se llama?

—Me llamo Rivers —contestó él—. Cabo Rivers. Rodeó la mesa hacia ella, al parecer sin darse cuenta de que llevaba pañuelo de cadete. No de cabo.

Los lobos merodeaban junto a las paredes, gañendo inquietos.

Cuando tuvo a Rivers a su alcance, Raisa cogió el tarro de arena secante y se lo arrojó a la cara.

Fue rápido. Casi logró esquivarlo, pero parte de la arena le entró en los ojos. Se los frotó con el dorso de las manos y entonces fue cuando Raisa vio el garrote que le pendía de un puño. Raisa agarró la lámpara de estudio, se la incrustó contra una sien y echó a correr hacia la puerta.

Pero lo tuvo encima antes de llegar a abrirla. Agarrándole un puñado de pelo, le

echó la cabeza hacia atrás y le envolvió el cuello con la cuerda para estrangularla. Cuando tiró para tensarla, Raisa metió una mano entre el garrote y la tráquea, otro truco que le había enseñado Amon Byrne, apoyó los pies contra la puerta y se dio impulso hacia atrás, golpeando con la cabeza la barbilla del asesino, que crujió con un sonoro chasquido.

La cabeza del asesino chocó contra el canto de la mesa y, acto seguido, ambos cayeron de espaldas. Raisa se quitó la cuerda del cuello y se levantó de un salto, buscando a tientas su daga.

Pero Rivers permanecía inmóvil, con la cabeza torcida en un ángulo imposible.

Raisa se volvió para quitar el pestillo, pero las manos le temblaban tanto que le costó trabajo conseguirlo. Finalmente, la abrió de un tirón y se topó de bruces con Micah Bayar.

Micah la agarró, sujetándole los brazos en la espalda. La levantó y la metió de nuevo en la sala, dándole la vuelta para estrecharla contra él, pegando la espalda de Raisa a su pecho.

Raisa peleaba con denuedo; gritaba, asestaba patadas, se retorció y daba codazos, empleando todos los ardidés de las peleas callejeras que Amon le había enseñado. Micah la sujetaba de tal manera que le impedía arremeter con el ímpetu necesario para hacerle daño. Le clavó el tacón en la rótula y Micah soltó un siseo de dolor, pero no aflojó ni un instante. Lo que sí hizo fue golpear contra la pared la mano con la que Raisa empuñaba la daga hasta que la soltó. Le dio una patada y el arma hizo un ruido metálico al chocar con la pared. Raisa intentó memorizar su ubicación por si tenía ocasión de recuperarla.

El poder fluía hacia ella, un flujo que le recorría el brazo hasta el anillo talismán de Elena. Una fracción de la emanación habitual de Micah.

—¿Sólo eres capaz de hacer esto? —dijo Raisa, todavía luchando por liberar sus brazos—. ¿Estamos bajos de magia, hoy?

Inesperadamente, Micah se rió.

—Ando un poco escaso de poder, debo admitirlo —dijo Micah—. Te he echado de menos —murmuró, estrechándola más, con los labios pegados a sus cabellos—. De verdad. Y pienso que tenías razón desde el principio. ¡Qué desperdicio de citas clandestinas, a escondidas de esa desdichada niñera tuya!

—Pues yo no te he añorado lo más mínimo —replicó Raisa—. Márchate y ya te avisaré cuando te extrañe. Si antes no me corto el cuello.

—Tenemos que hablar —dijo Micah—. Podría quedarme sujetándote así durante horas, pues no te figuras cuánto lo disfruto, pero es complicado hablar con tu nuca. Preferiría mirarte a la cara. Si te suelto, ¿podemos mantener una conversación civilizada sin que yo corra el riesgo de acabar como ese desgraciado del suelo?

Bueno. Si iban a hablar, Raisa también quería ver el rostro de Micah e intentar discernir lo que ocultaban sus palabras.

—De acuerdo —dijo Raisa—. Prometo escucharte.

Micah la soltó y dio un paso atrás. Cuando Raisa se volvió hacia él, la miró de arriba abajo, fijándose en su guerrera de soldado, el pelo enmarañado y el emblema bordado de Casa Wien.

—Estáis transformada, Vuestra Alteza —dijo Micah—. ¿De verdad estás en Casa Wien?

—Estoy en un programa especial para la realeza en el exilio —dijo Raisa—. Para princesas que se niegan a casarse a punta de espada. Estamos aprendiendo a rechazar pretendientes no deseados.

—No hubo ninguna espada en escena, que yo recuerde —dijo Micah. Hizo una pausa muy breve—. Mi padre se contrarió mucho conmigo cuando dejé que escaparas en la que se suponía iba a ser nuestra noche de bodas. Ojalá hubieses estado allí para verlo.

—¿A tu padre contrariado o tu noche de bodas? —preguntó Raisa.

Micah se volvió a reír.

—Ambas cosas. El mundo ha sido mucho menos interesante sin ti.

Micah tenía un aspecto distinto desde la última vez que le había visto. Llevaba el pelo más corto, al estilo de los estudiantes. Su rostro parecía más delgado, como si hubiese perdido peso, aunque costaba cerciorarse dado que llevaba la capa puesta. Pero estaba tan arrebatadoramente guapo como siempre, con sus ojos morenos matizados por las cejas negras y las sombras que resaltaban la bella estructura ósea de su rostro.

También presentaba marcas y magulladuras, como si hubiese participado en una pelea recientemente.

Micah bajó la vista al hombre que yacía en el suelo.

—Bravo, Vuestra Alteza —dijo—. Este tipo es muy bueno.

Se quitó los guantes de cuero y se golpeó la palma con ellos. Intentaba irradiar confianza en sí mismo, pero las manos le temblaban un poco.

—Hombre, tan bueno no será —dijo Raisa, procurando dar la impresión de tomárselo a la ligera. Procurando controlar sus propios temblores.

—Al contrario, lo es. Sólo que te ha subestimado. Todos lo hicimos. Llevamos meses buscándote. Tendría que haber supuesto que estarías aquí con el cabo Byrne. Y que tu padre cabezacobriza estaba metido en la conspiración.

—No sé de qué me estás hablando —dijo Raisa. «Maldita sea», pensó. Los Bayar aprovecharían la menor ocasión para librarse de los Byrne y de lord Averill, apartando así sus voces de los oídos de la reina.

—Nos pareció extraño que una cadete de Vado de Oden visitara a lord Demonai y que luego Demonai fuera a ver a la reina —dijo Micah—. De modo que cuando la chica se marchó, pensamos que merecía la pena hacer que la siguieran. Vino derecha aquí, a Grindell Hall. En un marco tan reducido, fue fácil localizarte.

—Y entonces enviasteis a un asesino a matarme —dijo Raisa.

—A cuatro, en realidad —dijo Micah—. Los otros tres esperaban abajo mientras

Rivers entraba a buscarte. Los desconcertó que no salieras cuando cerraron la biblioteca.

—¿Por qué matarme? —preguntó Raisa, pensando que bien tenía derecho a saberlo antes de morir—. ¿Es porque te dejé plantado en altar o...?

—Bueno —dijo Micah—, los Bayar somos muy sensibles a los plantones desde aquel incidente con la reina Hanalea. Pero a mi padre también le preocupa tu naturaleza rebelde y tu estrecha relación con los clanes. Incluso pareces mestiza.

—Es que resulta que soy mestiza —dijo Raisa, levantando la barbilla.

—Mellony también, pero no tiene aspecto de cabezacobriza. Se parece a tu madre. Por eso mi padre ha puesto los ojos en ella. Le gustaría ver a una reina más maleable en el trono. No ha conseguido convencer a la reina de que te desherede, de modo que necesita quitarte de en medio para que sus planes de casarme con Mellony puedan llevarse a cabo.

Micah explicó todo esto con total naturalidad, sin apartar sus ojos negros del rostro de Raisa.

Raisa le sostenía la mirada, con el estómago encogido. Era una suerte que no hubiese cenado porque de lo contrario vomitaría allí mismo.

Se sentía impotente, sumamente frustrada; y asustada. Como bien habían demostrado los Montaigne, nadie corría más peligro que alguien que compitiera por el trono y perdiera. Los Bayar le cortarían el cuello o la estrangularían y la abandonarían en cualquier callejón para que pareciera haber sido víctima de un ladrón callejero. Qué lástima que la rebelde Raisa hubiese abandonado la protección de los Páramos para acabar asesinada.

—Mellony tiene trece años —dijo Raisa—. Espero que tengas experiencia como niñera, Micah, porque la vas a necesitar. Suponiendo que los Demonai no te asesinen antes. Casada a los trece, viuda a los catorce. Pobre Mellony. —Lágrimas de ira le asomaron a los ojos—. Aunque sobrevivas, estarás gobernando un país dividido por la guerra civil. Los Páramos se convertirán en el Arden del norte. Nunca vencerás a los clanes en las montañas, tenlo claro desde ahora.

Extendió el brazo hacia Micah y escupió una maldición digna de cualquiera de sus antepasados de los clanes.

—Por la sangre y los huesos de Hanalea, si te casas con Mellony *ana'*Marianna y asciendes al trono Lobo Gris, que sigas luchando hasta el último día de tu corta y desdichada existencia. Y que todos los hijos de Mellony sean cabezacobriza.

Micah, estupefacto, parpadeó en silencio. Su mirada bajó a la mano extendida de Raisa y abrió mucho los ojos. Le cogió la mano y la arrastró hasta el haz de luz que proyectaba un aplique de la pared. Tocó el anillo de lobos de Elena con el dedo índice, girando la mano de Raisa para que le diera la luz.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó.

Raisa se encogió de hombros, fingiendo indiferencia, aunque el corazón le palpitaba.

—Creo que me lo regaló un pretendiente. El día de mi onomástica.

—Parece un trabajo de los clanes —señaló Micah, frunciendo el ceño.

—Casi todas mis joyas están hechas por los clanes —respondió Raisa, tratando sin éxito de liberar la mano—. Tampoco es para sorprenderse. Son los mejores orfebres de los Siete Reinos.

Micah tiró del anillo, primero tentativamente y luego con más fuerza. El anillo no se movió.

—Quítatelo —ordenó, devolviéndole la mano con brusquedad.

—¿Te has vuelto ladrón además de asesino? —preguntó Raisa—. ¿No sois suficientemente ricos los Bayar?

—Ese anillo parece un talismán —dijo Micah—. Quizás explique tu resistencia a mi magia.

—No es más que un anillo —dijo Raisa, tirando de él. Aunque lo hubiese intentado con toda su alma, cosa que no hizo, no conseguiría nada—. Y me parece que se ha atascado. De modo que a no ser que quieras cortarme el dedo, tendrás que dejarlo correr.

—De acuerdo —dijo Micah—. Lo dejaremos correr. Por ahora.

—¿Por qué estás aquí, a todo esto? —preguntó Raisa—. ¿Querías mojar tus manos en mi sangre y maldecirme por el crimen de haberme negado a casarme contigo? ¿Querías comprobar si tu asesino hacía bien el trabajo, o tal vez ayudarle?

Micah dio un puntapié a la cabeza del hombre que yacía en el suelo.

—Para ser exactos, es el asesino de mi padre —dijo—. No el mío.

Raisa se quedó muda, mirándolo de hito en hito.

—He venido a ofrecerte una alternativa —dijo Micah, haciendo girar su propio anillo—. Puedo llevarte abajo y entregarte a los asesinos que aguardan fuera —dijo—. O puedes regresar a los Páramos y casarte conmigo.

Raisa se desplomó en una silla.

—¿Qué?

Micah sonrió sin separar los labios.

—Creo que tienes toda la razón. Los cabezacobriza no tendrán ninguna duda sobre quién es el responsable de tu asesinato. Aunque estés muerta, nombrar princesa heredera a Mellony y casarla conmigo provocaría un aluvión de protestas. Se alzarían en rebelión, empañando nuestro reinado y a los hijos que tuviéramos.

«Nuestro reinado —pensó Raisa—. ¿Nuestros hijos? ¿Micah y Mellony?» La mera idea le puso la piel de gallina.

—Tú tienes vínculos con los cabezacobriza —prosiguió Micah—. Pasaste temporadas con ellos y llevas su sangre. Mi padre lo ve como algo negativo, yo lo veo como una ventaja. Eres la heredera por linaje, y eres persuasiva. Si salieras en defensa de nuestro matrimonio, quizá no tardemos tanto en convencerlos para que lo secunden.

«No —pensó Raisa—. Nunca aceptarán a un consorte mago, y menos a un rey.

Nunca jamás». Ahora bien, dadas las circunstancias, no veía motivo alguno para decirlo en voz alta.

Micah no apartaba los ojos de Raisa, como si intentara leerle el pensamiento.

—Todo el asunto de la boda estuvo muy mal llevado. Supliqué a mi padre que me diera tiempo para convencerte de que te casaras conmigo de buen grado, pero tenía prisa. Nunca consideró que tu consentimiento fuese importante. No te conoce tan bien como yo.

Sin duda Micah estaba rememorando su aventura secreta en los meses precedentes al día de su onomástica. Sin duda había dado por descontado que su encanto bastaría para convencerla.

«Podríamos estar muy bien, juntos», había dicho.

«No me conoces tan bien como crees —pensó Raisa—. El reino siempre es lo primero, antes incluso que los asuntos del corazón».

Raisa se humedeció los labios y eligió las palabras cuidadosamente mientras las ideas se agolpaban en su mente.

—Bien, debo admitir que me sentí traicionada. La reina no había mencionado ni una sola vez nuestra boda hasta aquella noche. Yo no tenía previsto casarme tan joven. No comprendí por qué se esperaba que me casara el día de mi onomástica.

«¿Por qué estás haciendo esto, Micah? —pensó Raisa—. ¿Por qué no dejas que las cosas sigan su curso según estaban planeadas? Contrariar a tu padre es tan peligroso como contrariar a los clanes. ¿Por qué correr un riesgo semejante?»

De pronto cayó en la cuenta. «Micah quiere casarse conmigo, no con Mellony».

Aquello era asombroso. Mellony era la guapa de la familia: rubia, alta y esbelta, el vivo retrato de su madre. Su hermana pequeña todavía era una niña, pero no lo sería para siempre. Entretanto, seguro que Micah continuaría con sus merodeos por los pasillos.

Si Micah se casaba con Mellony, no podía dejar que Raisa viviera. Aunque le faltaran agallas para asesinarla, de ninguna manera querría dejar con vida a una aspirante al trono Lobo Gris, a alguien capaz de cohesionar un movimiento de oposición.

Raisa tenía clara una cosa: ella no era la reina Regina, dispuesta a arrojarse por un precipicio con tal de no casarse con un mago. Regresaría a los Páramos y se casaría con un carnicero, un traperero o un limpiador de retretes si ése era el precio de seguir viva y aferrarse al trono Lobo Gris.

Si lograba vivir, hallaría la manera de vencer.

—Muerte o matrimonio —dijo Raisa, poniendo los ojos en blanco—. Desde luego, los Bayar sabéis cómo cautivar a una chica.

Micah se encogió de hombros.

—No es la propuesta que hubiese preferido, pero no depende de mí.

—¿Crees que tu padre lo aceptará? —preguntó Raisa—. ¿O simplemente aguardará hasta que se presente otra ocasión para asesinarme?»

Micah endureció su expresión.

—Mi padre sabe tan bien como yo que un matrimonio entre nosotros es lo más sensato desde un punto de vista político. Lo aceptará.

«¿Estás intentando convencerme, o intentas convencerte a ti mismo?», pensó Raisa.

—De acuerdo —dijo—. Tú ganas. Me casaré contigo si eso garantiza que la sucesión al trono no se modificará.

Micah se detuvo a mirarla un buen rato, como para descubrir a la chica oculta detrás de la máscara.

—Tal vez —dijo Micah finalmente, con una sonrisa torcida—, deberíamos sellar nuestro acuerdo con un beso.

Apoyó las manos en sus hombros y la atrajo hacia sí, abrazándola y doblando el cuello para unir sus labios a los de ella.

«Esto es una prueba», pensó Raisa, e hizo cuanto pudo para superarla. Micah también puso mucho de su parte en el beso. La dejó sofocada y sin aliento, y él se tranquilizó.

—Nos vamos dentro de pocas horas —dijo Micah—. Tengo que hacer mi equipaje y avisar al mozo de cuadras. ¿Sigues montando aquella yegua picaza?

Raisa asintió, concibiendo una pizca de esperanza. ¿Era posible que Micah estuviera tan seguro de sí mismo como para permitir que ella fuera a recoger sus cosas?

—Traeré tu caballo —dijo Micah, como si le hubiese leído el pensamiento—. La ropa que llevas puesta tendrá que bastarte. Fiona puede prestarte lo que necesites. Viajaremos ligeros de equipaje.

«Como si la ropa de Fiona fuera a sentarme bien», pensó Raisa.

Micah rebuscó bajo su capa y sacó un frasco lleno de un líquido púrpura. Una cadena sujetaba un vaso minúsculo. Agitó la botella para mezclar el contenido, le quitó el tapón y llenó el vasito.

—Toma —dijo, pasándoselo a Raisa—. Bébetelo.

Raisa olió el brebaje con tristeza. Tenía un aroma dulce y penetrante, como el vino de postre.

—¿Qué es?

—Algo para hacerte callar hasta que nos marchemos, dado que mi magia parece que ya no surte efecto en ti. —Al ver que Raisa lo miraba con cara de pocos amigos, se encogió de hombros—. No soy tan idiota como para fiarme de ti, Raisa.

—¿Por qué debería fiarme yo? No sé qué hay aquí dentro. Quizá te propones envenenarme.

Micah puso los ojos en blanco.

—La verdad, no estás en posición de imponer condiciones —dijo Micah.

—¿Qué pasa con los asesinos de abajo? —preguntó Raisa—. Si esto me deja noqueada, tendrás las manos ocupadas y yo no serviré para nada.

—Yo me encargaré de ellos —dijo Micah—. Venga, bébetelo antes de que suban a buscarnos.

Al no ver escapatoria, Raisa se bebió la poción púrpura. También sabía a vino de postre, aunque con un regusto amargo.

—¿Hierba de tortuga? —aventuró.

Micah asintió.

—Lo siento. Luego te dolerá la cabeza.

—¿Siempre llevas un frasco de este brebaje encima?

Micah negó con la cabeza.

—En realidad no lo he necesitado hasta ahora.

La hierba de tortuga actuaba deprisa, y Raisa era una persona de complexión menuda. Al cabo de un rato la cabeza comenzó a darle vueltas. Los lobos se apiñaban a su alrededor, como si quisieran sostenerla de pie. Raisa clavó los dedos en su pelaje, tratando de aferrarse a la conciencia.

¿Estaría esperándola Han? ¿Habría ido a buscarla a su residencia?

Nadie sabía dónde estaba.

¿Amon sería capaz de adivinar adónde había ido y vendría en su busca?

—No tengas ocurrencias mientras esté dormida, Bayar —farfulló.

Micah suspiró.

—No puedo controlar las ideas que tengo al respecto —dijo—. Pero no te preocupes, tenemos toda una vida para llevarlas a cabo.

La cogió en brazos y la tapó con su capa. Raisa se sentía grogui, desmadejada y flexible, mientras el sopor se adueñaba de ella. El corazón de Micah latía junto a su oído mientras bajaban por la escalera y salían a la calle.

Raisa intentó levantar la cabeza para echar un vistazo, pero le flaquearon las fuerzas.

—¿Dónde están los asesinos?

—Ya están muertos —le susurró Micah al oído—. Los he matado antes de subir. De no haber sido por ellos, habría llegado antes.



## Palmadas en el hombro

Han aguardó una hora a Rebecca en La Tortuga y el Pez. «Quizás esté teniendo problemas para salir —pensó—. Quizás el comandante Byrne la haya retenido en la residencia».

O tal vez Rebecca y su cabo se habían besado y hecho las paces, y volvía a estar enemistada con él.

Han no era idiota, pero hubiese dicho que los besos que se habían dado él y Rebecca habían sido sinceros. Y Rebecca no parecía la clase de chica que te dejaba plantado sin una explicación.

¿Y qué pasaba con el Baile de los Cadetes? ¿Debía suponer que todo seguía en pie mientras no le dijera lo contrario?

Finalmente, dejó una nota en la mesa y bajó pesadamente la escalera. Linc lo miró compasivo.

—¿Problemas?

Han se encogió de hombros.

—No lo sé.

Pensó en ir a Grindell pero no quería causar más dificultades a Rebecca. Ni presentarse donde no era bien recibido.

De modo que regresó a Hampton, saludó a Blevins en la sala común y subió a su habitación. Esperaba que Bailarín estuviera en casa. Había pasado fuera la noche anterior, aunque eso no era inusual. A veces, cuando estaba enfrascado en terminar un trabajo, dormía en la fragua de Firesmith. Han ni siquiera le había contado lo sucedido en el Aediion.

Cuando Han llegó al cuarto piso, encontró piedras preciosas y metales nobles esparcidos encima de la mesa junto a una taza de té que aún estaba templada, pero ni rastro de Bailarín, Saltaba a la vista que había estado trabajando allí no hacía mucho rato.

En realidad, había dos tazas.

La puerta de Bailarín estaba cerrada.

—¡Eh! ¡Bailarín!

Quiso abrir la puerta pero estaba trancada por dentro.

—No entres —dijo Bailarín. Han oyó movimientos y un frufnú de sábanas al otro lado de la puerta.

—Bueno, tampoco es que pueda, con el pestillo echado —dijo Han—. ¿Ya te has acostado, tan pronto?

Oyó susurros amortiguados y apartó la mano del picaporte.

—¡Perdona! —dijo, retrocediendo—. Lo..., lo siento.

Ni siquiera sabía que Bailarín estuviera saliendo con alguien, aunque, a decir verdad, era bastante reservado en esas cuestiones.

Han se sentó a su escritorio y hojeó con desgana su ejemplar del Faulk. Supuso que podría estudiar por su cuenta, pero no sería lo mismo. Dejó el libro de lado y sacó los apuntes de la clase de Gryphon. Tenía un examen al día siguiente, pero no lograba apartar de la mente a Rebecca.

Al cabo de un rato, la puerta de Bailarín se abrió y éste asomó la cabeza.

—Creía que esta noche tenías clase particular —dijo Bailarín—. Has vuelto temprano.

—Rebecca no se ha presentado —dijo Han, encogiendo los hombros—. Quizá por el incidente del martes en su residencia con el comandante Byrne.

Bailarín se apoyó en la jamba de la puerta.

—Hummm.

—¿No vas a presentarme? —dijo Han, señalando con la cabeza hacia el umbral.

Bailarín miró por encima del hombro hacia su habitación.

—¿Quieres que te presente? —preguntó.

Momentos después, la chica asomó la cabeza.

Era Gata.

—Vaya —dijo Han—. Muy bien. ¿Cuándo pensabais decírmelo?

—Es bastante reciente —dijo Bailarín—. Queríamos esperar a ver si salía bien.

Han reprimió una sonrisa.

—¿Y?

—Cierra el pico, *Pulseras Alister* —dijo Gata. Pasó por delante de él levantando la nariz y ahuecándose los rizos.

—Venga, va, quiero saberlo todo —insistió Han—. Que yo supiera, lo odiabas. Y dado que ambos sois amigos míos, me parece que...

—Si quieres saberlo, nos va bien —dijo Gata, y se dejó caer en una silla, estiró las piernas y encogió los dedos de los pies. Echó la cabeza para atrás y miró a Bailarín con los ojos entornados—. Servirá.

—Me alegra saber que lo vuestro esté resuelto —dijo Han. Bailarín tenía razón: Han tendría que prestar más atención a sus amigos.

—¿Cómo te fue con Abelard y los Bayar? —preguntó Bailarín.

—De eso quería yo hablarte. Ayer tuve ocasión de probar el talismán de serbal —dijo Han, señalando un pájaro esmaltado con el dedo índice.

Bailarín ladeó la cabeza.

—¿Y?

Han le refirió lo acaecido en el Aediion.

—O sea que no crees que Cuervo tenga poderes propios —concluyó Bailarín.

Han negó con la cabeza.

—Es un parásito. O cualquier otra clase de hechicero por el estilo. Me dijo que

sabía cómo chupar magia de los demás. Tendría que haberme dado cuenta.

Bailarín frunció el ceño.

—Y entonces, ¿qué es? ¿Cómo llegó allí?

—Bueno, no es sólo un fantasma que me haya imaginado porque dejó muertos de miedo a todos los demás. —Se mordió el labio—. Me pregunto si habrá algo útil en la Biblioteca Bayar.

—Yo lo dejaría correr —dijo Bailarín, sentándose a su mesa de trabajo—. Dime que no volverás a ir.

—Nunca volveré a ir —dijo Han.

Bailarín escogió una barra de plata, la estrujó con la mano hasta licuarla y la vertió en un molde.

—Bien...

—Más vale que Blevins no te pille haciendo eso aquí arriba —dijo Han—. Si no existe una regla que lo prohíba, se la inventará.

—Ahora dices eso, pero espera a ver lo que he hecho para ti.

Bailarín desdobló un paño de gamuza. Dentro había una espléndida réplica del amuleto del Cazador Solitario que Elena *Cennestre* había hecho para Han, el que le había prestado a Bailarín.

Bailarín puso los dos amuletos de lado sobre la gamuza. Era casi imposible distinguirlos.

—Es asombroso —dijo Han—. No sabía que hicieras trabajos tan finos. Ni que tuvieras los materiales apropiados.

—No funciona muy bien —dijo Bailarín, restando importancia al elogio—. Se me da bien trabajar la piedra y el metal, pero aún no domino la parte mágica. Quería devolverte el amuleto, pero me parece que tendré que quedármelo una temporada más.

—No hay prisa. Quédatelo.

Han acarició la réplica del talismán con el dedo. Se encendió un poco, pero mucho menos que el original. Aunque seguramente engañaría a cualquier mago que no lo tocara.

—¿Por qué no has hecho un Bailarín de Fuego como el que perdiste? —preguntó Han.

Bailarín se encogió de hombros.

—No lo podía copiar del original. Pensé que el diseño quizás influyera en la función. Espero que este verano el maestro Firesmith me aclare unas cuantas dudas.

Han y Bailarín tenían planeado pasar el verano trabajando con mentores de la academia; Bailarín con Firesmith y Han con Abelard. Han también había previsto visitar con más frecuencia a Cuervo, pero había cambiado de opinión.

—Haces un trabajo magnífico, Bailarín —dijo Han. Sopesó la intrincada talla en la palma de la mano, girándola para que reflejara la luz. Aparte de la magia, la artesanía y los materiales la convertían en una pieza valiosa. Hizo además de

devolverla pero Bailarín negó con la cabeza.

—Guárdalo —dijo—. Lo hice para ti. Pensé que quizás habría ocasiones en las que querrías esconder el amuleto Aguabaja.

La mañana siguiente, Han se despertó al oír unos pesados pasos en la escalera que anunciaban que Blevins estaba subiendo a la cuarta planta. Han saltó de la cama y se puso los bombachos apresuradamente. Gata se había quedado a dormir con Bailarín y Han quería asegurarse de que no hubiera ningún indicio revelador en su improvisada sala común. Extendió una tela sobre las herramientas de orfebre de Bailarín justo cuando la cabeza de Blevins asomaba en lo alto de la escalera.

—No entiendo por qué hacen casas de cuatro pisos, de verdad que no —dijo jadeando—. En mi opinión, deberían construir más edificios, cosa que nadie hace.

—¿Necesita alguna cosa? —preguntó Han, mientras Bailarín se unía a ellos, cerrando la puerta de su habitación.

—No estarás usando fuego aquí arriba, ¿verdad? —inquirió Blevins, echando un vistazo a la mesa de trabajo de Han—. No está permitido.

—Nada de fuego —dijo Bailarín.

—Ya —dijo Blevins, mirando a Bailarín torvamente—. Bien, ha venido alguien a verte, Alister. No ha querido decirme cómo se llama, pero es cabezacobriza.

Desvió los ojos hacia Bailarín, como si él tuviera la culpa.

Bailarín y Han se miraron. Muy pocos miembros de los clanes viajaban hasta Vado de Oden.

—Bueno, ¿por qué no le ha dicho que subiera? —preguntó Han.

—Porque es una chica, ahí tienes el por qué —dijo Blevins—. Y si quieres saber mi opinión, da miedo verla.

—¿Ha preguntado por mí por mi nombre? —preguntó Han.

—Primero te ha llamado de otra manera. Luego, cuando le he dicho que aquí no había ningún Caza Solo, ha pasado a Alister. Tienes que reunirte con ella en la sala común. —Blevins se inclinó hacia él—. Yo que tú, me andaría con cuidado. Si la has contrariado, saldría por la puerta de atrás y echaría a correr. Dicen que si fastidias a un cabezacobriza, te cortan...

—Tendré cuidado —dijo Han—. Gracias.

—Voy contigo —afirmó Bailarín.

Bajaron al trote la escalera, dejando que Blevins lo hiciera a su ritmo detrás de ellos.

Han iba un poco por delante de Bailarín, de modo que la vio primero. Paró en seco a mitad del último tramo de escalera y se agarró a la barandilla, mirando hacia la sala común.

Era Pájaro.

## Viejos amigos

Pájaro merodeaba inquieta por la sala común con las manos entrelazadas en la espalda. Echó un vistazo a los libros de encima de la mesa y observó los cuadros de las paredes, en su mayoría estandartes de casas de magos y retratos de antiguos maestros de Mystwerk.

Por el modo en que se conducía, Han dedujo que estaba tratando de disimular su nerviosismo.

Bailarín se detuvo detrás de Han y miró por encima de su hombro.

—¿Pájaro? —susurró.

Entonces ella se volvió y los vio. Su piel cobriza estaba bronceada por el sol y llevaba los rizos más cortos de lo que Han recordaba. Iba vestida con el atuendo de viaje Demonai: mallas y guerrera de piel de ciervo y botas muy usadas, con el arco y el carcaj colgados en bandolera. Se la veía más delgada y musculosa que antes.

El reluciente amuleto Demonai que llevaba al cuello atrajo la mirada de Han.

—Hola, Pájaro Cavador —dijo Han—. Qué sorpresa.

No hizo ademán de bajar el resto de escalera. Le gustaba tener la ventaja de la altura.

Pájaro inclinó la cabeza con fría formalidad.

—Caza Solo —dijo—. Y Bailarín de Fuego. Ahora me llamo Pájaro Nocturno.

«Su nombre Demonai. ¿Habrá elegido ese nombre para que haga juego con Reid Nightwalker? —se preguntó Han, aguijoneado por los celos—. ¿O se lo habrá puesto Reid?»

—Prima —dijo Bailarín, adelantando a Han—. Me alegra verte. Por favor, comparte nuestro fuego y todo lo que tenemos.

El saludo ritual a un visitante.

Dirigiéndose hacia Pájaro, Bailarín abrió los brazos y sonrió. Ella pareció debatirse entre correr a su encuentro y echarse para atrás.

—No pasa nada —dijo Bailarín—. El amuleto lo chupa todo. Ni siquiera lo notarás.

Se abrazaron. Pájaro apoyó la cabeza en el hombro de Bailarín y cerró los ojos.

«Vaya, supongo que Bailarín le ha perdonado lo mal que lo trató —pensó Han—. Y si espero una disculpa, me parece que será en balde».

—Has hecho un duro viaje para venir aquí, prima —dijo Bailarín—. Pondré agua a hervir para preparar té de las montañas. ¿Tienes hambre? ¿Has desayunado?

Ese torrente de palabras, tan impropio de Bailarín, revelaba que también él estaba nervioso.

—Me apetece el té —dijo Pájaro, desviando los ojos hacia Han, que seguía en la escalera.

Bailarín bombeó agua de la cisterna y llenó el caldero, lo arrimó al fuego para que se calentara y echó unas cuantas cucharadas de té en la tetera de cerámica. Aquel despliegue de hospitalidad daba a entender que Bailarín sabía que Han no haría la parte del anfitrión.

—Si el camino te ha abierto el apetito, hay queso en la despensa, y también galletas que he traído del comedor —dijo Bailarín. Señaló las butacas agrupadas junto a la chimenea—. Ven, sentémonos cerca del fuego.

Pájaro no fue a sentarse sino que se quedó donde estaba, cambiando el peso de pie.

—Tengo que hablar a solas con Caza Solo.

Han no estaba muy seguro de desear un vis a vis con Pájaro.

—Bailarín puede oír cualquier cosa que hayas venido a decirme —dijo—. No me importa.

Sabía que sonaba petulante, pero se sentía herido y quería herirla a su vez.

Pájaro miró a Han y luego a Bailarín.

—No —dijo—. No puede.

—Vamos, mujer. Acabas de llegar y Bailarín está contento de verte —dijo Han, poniendo énfasis al decir «Bailarín».

—No pasa nada —dijo Bailarín—. Ya conversaré con Pájaro después. Además, estaba ensamblando una pieza complicada. Seguiré con lo mío.

Bailarín subió la escalera al trote, haciendo caso omiso de la mirada acerada de Han.

—Bien —dijo Han cuando Bailarín se hubo ido—, estamos solos.

No sabía qué pensar ni qué esperanzas abrigar.

Pájaro cruzó los brazos y se cogió los codos en un gesto característico de ella.

—No pienso gritar. ¿Vas a bajar o tengo que subir ahí?

Sintiéndose un poco tonto, Han bajó la escalera y fue hasta la chimenea, donde el caldero ya estaba humeando. Sirviéndose de un trapo, cogió el recipiente y vertió agua sobre las hojas.

—Siéntate —dijo, indicándole una butaca junto al fuego.

Pájaro por fin se sentó y lo mismo hizo Han, apoyando las manos en los brazos del asiento.

Han sentía la pérdida de su amistad como un doloroso y enorme vacío en el vientre. Él, Bailarín y Pájaro habían sido inseparables todos los veranos de su infancia. El último verano su relación con Pájaro se había convertido en algo más. Los recuerdos lo asaltaban pese a su esfuerzo por apartarlos de la mente; besos pausados y el calor del verano en la piel, la adormilada voz de Pájaro mientras estaban tendidos en la orilla del río. Había creído ver el futuro en sus ojos.

Ahora había secretos entre ellos, la desconfianza y la traición abrían una brecha

tan ancha que Han dudaba poder salvarla alguna vez. Pájaro era una guerrera Demonai, comprometida en una lucha milenaria contra los magos. Había elegido esa vocación pese al hecho de que Han era mago. La había elegido en lugar de elegirlo a él.

—¿Así que ahora eres una guerrera Demonai hecha y derecha? —dijo Han, acariciando el raído damasco del brazo del sillón.

Pájaro asintió.

—Desde noviembre. —El silencio fue creciendo entre ambos otra vez hasta que ella dijo—: Tienes buen aspecto. ¿Eres más alto que antes?

Han se encogió de hombros.

—Tal vez. —En una ocasión habían comparado sus estaturas—. Parece que ser guerrera te viene como anillo al dedo.

—Así es —dijo Pájaro, con los ojos radiantes de entusiasmo—. Creía que era una experta en seguir rastros y viajar deprisa, pero he aprendido mucho sobre armamento y estrategias de combate. Nightwalker es un maestro maravilloso, muy paciente y...

Se calló al dirigir la mirada al rostro de Han.

Han procuró que su expresión sólo trasluciera educado interés para disimular sus pensamientos, que eran: «Lo llaman Nightwalker<sup>[3]</sup> porque visita a todas sus amiguitas ahí donde haya acampado».

Pájaro cambió de tema.

—Dime, ¿cómo te ha ido? ¿Estás yendo a clases de magia?

Han asintió.

—Acabamos de terminar los finales. Los exámenes. O sea que ya me falta un año menos de los tres o cuatro que dura la formación.

—¿Has aprendido mucho, o ha sido todo muy... preliminar? —preguntó Pájaro. Algo en su expresión advirtió a Han que aquello no era una conversación trivial. Notó un hormigueo de aprensión entre los omoplatos.

—He aprendido muchas cosas —dijo Han, pensando en Cuervo—, pero aún me queda mucho por aprender.

«Parecemos enemigos enfrentados en el mercado, compitiendo por una buena posición en el torneo», pensó Han.

Intentó pensar en algo más que decir.

—¿No ha venido contigo Nightwalker?

Pájaro negó con la cabeza.

—He venido sola. Está atareado organizando la estrategia de este verano. Ya estábamos muy desplegados debido a los problemas a lo largo de la frontera con Arden. Y ahora ha estallado una nueva crisis. Por eso he venido a verte.

«Nada de disculpas, pues —pensó Han—. Y mucho menos un renacer de nuestro idilio».

—¿Reid necesita consejo? —preguntó Han—. ¿O es que han surgido problemas entre vosotros?

Pájaro frunció el ceño.

—Estás distinto —dijo Pájaro—. No sé si me gustas tanto como antes.

—¿Qué quieres, Pájaro? Tengo cosas que hacer.

Pájaro se inclinó hacia delante, apoyando las manos en las rodillas y adoptando una expresión grave.

—Nos han informado de que la reina Marianna ha cedido a las presiones del Gran Mago y que tiene previsto nombrar heredera a la princesa Mellony.

Se apoyó contra el respaldo, dejó caer las manos en su regazo y miró a Han como si esperase que éste se pusiera de pie de un salto y gritara: «¡Antes muerto!»

—¿Quién es la princesa Mellony? —preguntó Han, fingiendo ignorancia.

Pájaro arrugó la frente.

—La hermana menor de la princesa Raisa.

—Oh, vaya. Bien, ¿y qué dice la princesa Raisa al respecto?

—Está escondida. Huyó a mediados de verano, el día de su onomástica.

Aquello le sonaba.

—Ajá. Corrieron rumores de que se había peleado con la reina.

—Intentaron casarla con Micah Bayar, el hijo del Gran Mago.

Una vez más, Pájaro lo miró expectante, como si previera una reacción violenta.

«Caramba —pensó Han—. Esto sí que es interesante. De modo que al pobre Micah lo dejaron plantado en el altar. Ojalá lo hubiese sabido ayer».

—¿Por qué les importa tanto quién es la princesa heredera a los Demonai? —preguntó Han.

—La princesa Raisa es la heredera legítima. Es de la dinastía de Hanalea. No podemos permitir que el Consejo de Magos ponga a una usurpadora en el trono.

Han se encogió de hombros.

—Ambas tienen el mismo linaje, ¿verdad? No veo que haya tanta diferencia.

Pájaro puso los ojos en blanco.

—Una vez que nombren princesa heredera a Mellony, la casarán con Micah Bayar. El Consejo de Magos conseguirá lo que antes no ha podido conseguir: un mago casado con la reina de los Páramos. Eso está prohibido desde el Quebrantamiento.

Otro dato la mar de interesante. Han recordó lo que le había contado Rebecca, agradecido por sus enseñanzas.

—Aunque eso suceda, ¿no existen cadenas mágicas que los oradores usan para controlar al Gran Mago? ¿No se podrían usar con Micah?

Pájaro dio un resoplido.

—No están dando muy buen resultado con el Gran Mago actual. Los Bayar deben de haber encontrado la manera de sortearlas.

«Quizás estén usando algo de su alijo de herramientas mágicas ilegales —pensó Han—. Podría mencionárselo a Pájaro. O no».

—Estamos convencidos de que el joven Bayar se autoproclamará rey —dijo



Pájaro.

«El rey Micah». A Han no le gustó mucho cómo sonaba.

—Está aquí, ¿sabes? —dijo Han—. Micah Bayar.

—¿Aquí?

Pájaro miró a su alrededor, llevándose la mano a la espada.

—Bueno, no está aquí dentro ahora mismo —dijo Han—. Aunque antes vivía en esta residencia.

Pájaro se mordió el labio.

—No podrá casarse con Mellony si está muerto —dijo.

Han la miró fijamente.

—¿Lo matarías sólo porque sospechas que los Bayar tienen ese plan?

—¿Por qué te pones de su parte? —inquirió Pájaro—. ¿Os habéis hecho amigos aquí, en las llanuras? ¿Has olvidado lo que...?

—Yo no olvido nada —dijo Han, dejando que ella misma eligiera el significado de «nada»—. Pero el mundo está lleno de magos, si lo que quieren es casar a la princesa con uno, matar a Micah Bayar no resolverá vuestro problema. Si realmente es preciso matar, creo que deberíais apuntar más alto. —La miró de hito en hito, desafiante. Pájaro apretó los labios pero no contestó—. ¿Tenéis pruebas? —prosiguió Han—. ¿O se trata sólo de una teoría de Reid Demonai?

—Nightwalker tiene una red de informadores en el Valle. Le han dicho que lo anunciarán muy pronto. Lord Demonai y Elena *Cennestre* también están preocupados —dijo Pájaro, un poco a la defensiva—. Creen que ha llegado la hora de llevar de vuelta a casa a la princesa, si se encuentra una manera segura de hacerlo.

Han se sintió extrañamente ajeno a todo. Era como una mosca en la pared mirándose a sí mismo y a Pájaro, un fullero sin más dinero encima de la mesa.

—Bueno, pues que tengáis suerte —dijo.

Pájaro se miró las manos, luego se arremangó y se arrancó una postilla. «Está nerviosa —constató Han—. No sabe cómo decirme lo que me ha venido a decir».

—¿Has hecho este viaje tan largo sólo para traerme noticias?

—Los Demonai requieren que cumplas con tu parte del acuerdo —dijo Pájaro, mirando al frente—. Quieren que regreses a los Páramos para proteger a la princesa heredera y que te unas a ellos en su lucha contra el Gran Mago.

Han se quedó sin habla un buen rato. Notaba su rostro paralizado, los labios entumecidos.

—¿Qué? —susurró—. ¿Ahora? Si acabo de comenzar.

—Se te necesita ahora —dijo Pájaro—. No podemos permitir que el Consejo de Magos ponga a un títere en el trono Lobo Gris. Iremos a la guerra para impedirlo. Necesitamos tu ayuda.

Han negó con la cabeza.

—Ni hablar. Nuestro acuerdo era que los clanes financiarían mis estudios en Vado de Oden a cambio de mi ayuda.

—Lo hemos hecho —dijo Pájaro, aunque seguía sin mirarlo a los ojos—. Hemos cumplido nuestra parte del trato. Hubiésemos preferido que tuvieras más formación, pero no tenemos control sobre lo que hace el Consejo de Magos.

«Es culpa tuya —pensó Han—. Nunca debiste cerrar un trato con un mercader».

Tardó un momento en soltar la lengua.

—A ver si lo he entendido bien: ¿tenéis intención de enviarme contra lord Bayar y el Consejo de Magos, en su mayoría magos con el grado de maestro, tras dos semestres de estudios?

—No estarás solo —dijo Pájaro—. Los Demonai trabajarán contigo para...

—Espera un momento —interrumpió Han—. Dices que has venido a buscarme a mí, pero a Bailarín no.

Pájaro asintió, todavía sin mirarlo a la cara.

—A Bailarín no.

—No es que quiera meterlo en esto, pero ¿por qué sólo a uno de nosotros?

Pájaro jugueteaba con la empuñadura de su puñal. El ojo sin párpados de los Demonai estaba grabado en el mango de asta.

—Porque a los Demonai les gustaría que Bailarín se quedara en la escuela y siguiera estudiando. Sabemos que tu falta de formación te pone en desventaja. Por eso esperamos que más adelante Bailarín de Fuego pueda ayudarte mejor.

—Si aún estoy vivo —gruñó Han.

—Es normal tener miedo, Caza Solo —dijo Pájaro—. Nightwalker dice...

—¡Por la sangre del demonio! —gritó Han—. Deja ya de citar a Reid Demonai. Tengo mis propias razones para ir contra el Gran Mago. Cuando lo haga, me gustaría tener más posibilidades de ganar. Yo no empezaría una guerra entre bandas así, contra un adversario despiadado, cuando desconozco el juego, me superan en número y apenas dispongo de armas. Me gustaría ganar, y me gustaría sobrevivir. No creo que sea pedir demasiado.

—Lo siento, Caza Solo —dijo Pájaro, trezando y destrenzando los flecos de su morral—. Éste es el mensaje que me ordenaron traerte. ¿Hay respuesta?

Han recordó la noche en que habían acordado el patrocinio de los clanes. Él había preguntado qué ocurriría si se negara a cumplir las condiciones del acuerdo. Averill Lightfoot Demonai le había dicho que los clanes le darían caza y lo matarían.

«¿Encomendarían esa misión a Pájaro?», se preguntó, echándole un vistazo. Quizá ya lo habían hecho. Su rostro era una máscara de piedra pero el labio inferior le temblaba un poco. La habían enviado sola a hacer aquel trabajo. Si se negaba, ¿acabaría muerto uno de los dos?

¿Eso era lo único que Pájaro significaba para Nightwalker: una herramienta desechable?

Lo mismo que Han para los jefes de los clanes.

Los clanes velaban por sus apuestas. Si Han no sobrevivía al enfrentamiento con el Consejo de Magos, tendrían a Bailarín de reserva, con suerte para entonces mejor

preparado.

Los dedos de Han buscaron su amuleto y lo agarraron. Suspiró, notando la bienvenida liberación de la magia que se acumulaba en su ser.

—Bailarín es amigo mío —dijo Han—. ¿Qué te induce a pensar que estará de acuerdo en quedarse y dejar que me vaya solo?

—No se lo diremos —dijo Pájaro—. Por eso quería hablar a solas contigo. Si Bailarín se entera de que regresas a los Páramos para luchar contra magos, insistirá en venir con nosotros.

—No es estúpido —dijo Han—. ¿No crees que se lo imaginará? Está al corriente del trato que hice con los clanes. ¿Apareces de repente, hablamos y nos vamos juntos?

—Bueno... —Pájaro buscaba una solución—. Podemos inventarnos un cuento. Le decimos a Bailarín que volvemos a estar juntos y que regresas conmigo al Campamento Demonai.

—Bailarín sabe qué pienso de los Demonai —dijo Han, sin molestarse en suavizar sus palabras—. Y cómo reaccionarían ante algo así. No se tragará ese cuento.

Han se devanaba los sesos. Realmente no quería que Bailarín ni Gata fueran con él, quizá para desperdiciar su vida por una causa perdida. En segundo lugar, no estaba dispuesto a que lo arrastraran de regreso a los Páramos como a un niño huido de su casa. Iría *motu proprio* y según sus condiciones.

—Iré solo —dijo Han—. Me inventaré un cuento, diré que tengo que ir a alguna parte por alguien del profesorado. Tú te quedarás aquí, como mínimo una semana, para que Bailarín no se huela nada. Cuando caiga en la cuenta de que no voy a volver, será demasiado tarde para que me siga el rastro.

«Y también demasiado tarde para que me lo sigas tú», pensó.

Pájaro negó con la cabeza.

—Se supone que debo escoltarte hasta el Campamento de los Pinos de Marisa —adujo Pájaro—. Nightwalker dijo...

—¿Y eso por qué? —preguntó Han en voz baja, mirándola a los ojos—. ¿Crees que no conozco el camino? ¿O piensas que saldré corriendo? ¿Qué te dijo que hicieras Nightwalker si me negaba a acompañarte? Si intento escapar, ¿cuenta con que me persigas?

Pájaro se humedeció los labios, estupefacta y, por una vez, sin habla.

—Yo...

—Cumpliré mi palabra —dijo Han—. Te estoy pidiendo que me creas.

Permanecieron mirándose un buen rato. Al cabo, Pájaro asintió.

—De acuerdo. Lo haremos a tu manera, Caza Solo. Pero debes saber que los Demonai... no perdonan. Y yo... estoy arriesgando mucho.

—Yo también —dijo Han.

Pájaro se mordió el labio.

—¿Alguien sabe que trabajas para nosotros? —preguntó.

Han se encogió de hombros.

—Yo no se lo he dicho a nadie. —Hizo una pausa, y al ver que Pájaro no decía nada más, se levantó—. De acuerdo. Me voy. Tengo que ocuparme de unos asuntos. Dile a Bailarín que he ido a ver a la decana Abelard para un trabajo. Voy a pasar los próximos dos días en la biblioteca. Pasado mañana pasaremos una agradable velada los tres, como en los viejos tiempos. Luego me marcharé.

Pájaro se removió en el sillón, entrelazando las manos.

—No tenemos mucho tiempo. Nos espera un viaje muy largo hasta...

Han hizo un esfuerzo por no perder los estribos.

—Ya lo he captado. Escucha, me gustaría tener una oportunidad de ganar. Quiero investigar el Consejo de Magos y hablar con algunos maestros antes de marcharme. Seguro que puedes concederme ese tiempo. Suponiendo que yo no sea sólo de usar y tirar.

Pájaro también se levantó.

—Caza Solo —dijo, con expresión preocupada, mirándolo a la cara—. Siento mucho que las cosas... hayan terminado así. Entre nosotros.

No era una gran disculpa, pero sí más de lo que había esperado.

—Yo también lo siento. —Han le puso una mano en el hombro y ella hizo una mueca—. Volveré Dio media vuelta, cogió su capa del perchero que había junto a la puerta y se marchó.

Enfiló a grandes zancadas la calle que conducía al río. Cruzaría al lado de Casa Wien y hablaría con el mozo de cuerdas sobre su caballo. Luego regresaría a su escondrijo en la Torre de Mystwerk y recogería algunos libros y otras cosas que quería llevarse consigo.

Iba distraído, haciendo listas mentales, pensando en todo lo que tenía que hacer, de modo que llevaba la guardia baja cuando cruzó al territorio de Casa Wien. Al pasar por un callejón, alguien le dio un tirón del brazo y lo metió en el hueco que había entre dos edificios. Forcejeó y dio patadas, tratando de agarrar su amuleto, pero sus agresores sabían lo que se hacían. Dos de ellos le sujetaron los brazos a los lados, inmovilizándolo.

Las manos que lo sujetaban no le transmitían el cosquilleo propio de la magia y, cuando levantó la vista, se encontró frente a frente con el cabo Byrne. Su rostro era duro, resuelto y concentrado. Volviendo la cabeza hacia ambos lados, Han vio que lo sujetaban Hallie y Talia, con expresión adusta.

«Por la sangre del Demonio —pensó—. Justo lo que necesito para colmar el vaso: una paliza a manos del celoso..., ¿comandante de Rebecca?»

Han recordó lo que le había dicho a Rebecca la noche del solsticio a propósito de Byrne: «Hay algo entre vosotros. Sólo que no sé qué clase de cosa es».

¿Qué hacían Hallie y Talia implicadas en aquello? En todo momento lo habían alentado a salir con Rebecca.

—Eh, un momento —dijo Han, tratando de zafarse—. ¿A qué viene todo esto?

—¿La has visto? —inquirió Byrne—. ¿Has visto a Rebecca?

Se lo veía desaliñado y ojeroso, como si no se hubiese afeitado ni dormido en dos días.

—¿A Rebecca? —Han negó con la cabeza—. No la he vuelto a ver desde que..., desde la última vez que te vi —dijo—. En su..., en su habitación.

Byrne agarró a Han por debajo de la mandíbula, le aplastó la cabeza contra la pared y lo dejó prácticamente sin respiración.

—¿Estás seguro? ¿Seguro de que no la has visto? —Entrecerró los ojos—. ¿Qué le ha pasado a tu cara? ¿Te has peleado con alguien?

Maltratar a un prisionero resultaba impropio de Byrne.

—Suéltame —dijo Han, sin alterarse—, y hablaremos. No soy culpable de nada, ¿de acuerdo?

Byrne miró fijamente los ojos de Han un momento y luego lo soltó, dando una indicación con la cabeza a Hallie y Talia, que también lo soltaron pero permanecieron cerca por si intentaba escapar.

—Anoche habíamos quedado para una clase particular —dijo Han—. No se presentó. Pensé que quizá le habías impuesto un arresto domiciliario o comoquiera que lo llaméis los soldados.

—Pero no fuiste a buscarla —señaló Byrne.

Han negó con la cabeza.

—Después de la última vez, no estaba muy seguro sobre cómo sería recibido en Grindell. —Se frotó los brazos por donde Hallie y Talia lo habían agarrado—. Y la cara me la pusieron así durante..., esto..., una práctica de magia. ¿Por qué? ¿Rebecca ha desaparecido? ¿Cuándo?

—Nadie la ha visto desde ayer por la tarde —dijo Byrne—. Sus cosas siguen en su habitación, pero su caballo no está en la cuadra.

—¿Desde ayer? —Han se rascó la barbilla, preguntándose si Byrne controlaba con la rienda tan corta a todos sus cadetes—. Al ver que no asistía a nuestra cita, supuse que no estaba autorizada a venir, que no quería venir o que estaba enfadada conmigo.

Byrne meneó la cabeza como si Han fuese tonto de remate.

—Está en peligro —dijo, con los ojos grises relumbrando como ágatas—. Tengo que encontrarla. —Se llevó la mano a la empuñadura de la espada—. ¿Dónde estuviste anoche y durante el día de hoy?

Han reconstruyó las últimas horas. Bien, había librado una batalla desigual en el Aediion, se las había tenido con los Bayar, había descubierto que su mejor amigo y su ex novia estaban saliendo juntos, y otra antigua novia le había encomendado una misión suicida.

—He estado en mi residencia —dijo Han—. He estado allí casi todo el tiempo salvo para esa práctica de magia con la decana Abelard. Tengo testigos que pueden

corroborarlo.

Byrne lo fulminó con la mirada y luego meneó la cabeza.

—Lo siento —dijo, frotándose la frente cansinamente—. ¿Alguna idea sobre dónde pudo haber ido? ¿La has visto con alguna otra persona? ¿Es posible que saliera a montar con alguien?

Han negó con la cabeza.

—Nos reuníamos para mis clases dos veces por semana, pero la otra noche fue la primera vez que... vi dónde vivía.

—¿Conoces a Micah Bayar? —preguntó Byrne de improviso.

A Han se le erizó el vello del cogote.

—Lo conozco —dijo Han—. ¿Por qué?

—También se ha marchado —dijo Byrne—. Él, su hermana y sus primos se han largado de Vado de Oden aunque los exámenes no han terminado. ¿Sabes adónde han ido?

Han negó con la cabeza.

—No somos muy amigos —dijo, con un nudo en el estómago—. ¿Por qué es tan importante todo esto? Quiero decir, Rebecca había trabajado para él, pero de eso hace tiempo.

Byrne se quedó mirándolo como si no tuviera respuesta para aquello. Al menos, no una respuesta que quisiera dar.

Han agarró a Byrne por las solapas y lo acercó de un tirón.

—He preguntado que por qué es tan importante. ¿Qué pasa con Bayar? ¿Qué es lo que sabes?

—Eh —intervino Hallie, apoyando una mano en el brazo de Han—. No toques al comandante.

No levantó la voz, pero lo dijo muy en serio.

Han lo soltó a regañadientes.

—¿Por qué iba Micah Bayar a tener algo que ver con la desaparición de Rebecca? —insistió Han, mirando sucesivamente a Amon, a Talia y a Hallie.

Comenzó a recordar algunas cosas. Cómo le había suplicado Rebecca que no dijera a los Bayar que ella estaba en Vado de Oden. Cómo se negaba a cruzar al lado de Mystwerk por miedo a tropezarse con ellos. Cómo había dicho que no cuando Han le preguntó si alguna vez salía a divertirse.

Se le ocurrió una posibilidad espantosa.

—¿Bayar le hizo daño cuando trabajaba para él? —preguntó Han, con el corazón desbocado bajo las costillas—. ¿Por eso tenía tanto miedo de él?

El rostro de Byrne podría haber sido una lápida de piedra.

—Pregunta todo lo que quieras, pero sólo voy a decirte una cosa: si ha desaparecido, es posible que tenga algo que ver con ello.

Riachuelos de llama recorrían las manos y los brazos de Han, que agarró su amuleto para descargarse. Recordó lo que le había dicho a Bayar al despedirse.

«Los Bayar tenéis que aprender que no podéis conseguir todo lo que queréis. Yo os daré esa lección».

Tal vez se equivocó. Tal vez los Bayar siempre conseguirían lo que quisieran. Todo lo que era importante para Han. Incluida Rebecca. ¿Había descubierto Micah que estaban saliendo juntos? ¿Tan lejos llegaría para vengarse de Han?

Parecía cosa del destino, una pesadilla repetida sin cesar.

—¿Adónde la llevaría? —preguntó Han—. Bayar, quiero decir.

—Eso es lo que trato de averiguar —dijo Byrne. Escrutó a Han—. Hay algo distinto en ti —susurró, casi para sí mismo—. Algo que me recuerda... —Se contuvo—. Si ves a Rebecca, si te enteras de cualquier cosa que pueda ser útil, ven a buscarme. No importa a qué hora.

Hizo una seña a Talia y Hallie.

Han vio alejarse al trío de cadetes.

Camino de los establos, Han daba vueltas a la desaparición de Rebecca como un perro que royerá un hueso. La última vez que la había visto estaba tensa y descontenta, preocupada por su madre, y hablaba de regresar a casa. Quizá lo había hecho.

Ahora bien, ¿dejaría abandonadas sus cosas? No.

¿Era posible que el propio Byrne fuese responsable de la desaparición de Rebecca y que intentara cargarle las culpas a otro? Al fin y al cabo, había sido él quien echara a Han a punta de espada.

No. Han no había vivido tanto tiempo por juzgar mal a las personas. Byrne mentía mal, y parecía sinceramente angustiado.

¿Cómo iba Han a marcharse de Vado de Oden, habiendo desaparecido Rebecca?

Han saldó su cuenta en el establo y encargó que *Ragger* y *Simon*, su caballo de refresco, estuvieran herrados y listos para viajar al cabo de un par de días.

—No reasigne mis compartimentos. Regresaré —dijo Han para cubrir su rastro si alguien preguntaba—. Me voy a Tamron Court a investigar unas cosas.

El mozo de cuadras gruñó, haciendo patente que le traía sin cuidado y que, probablemente, no se acordaría de nada si alguien le preguntaba.

Mientras regresaba hacia el puente, Han vio una muchedumbre de cadetes con sus uniformes de faena delante de la biblioteca de Casa Wien, salpicada aquí y allí por los colores de las escuelas de Casa Wien y de Mystwerk. Vio a la decana Abelard con un grupo de maestros y diplomados de Mystwerk, al parecer dirigiendo una investigación sobre el terreno.

La muchedumbre murmuraba excitada, como el populacho congregado en Chatt's Hill un día de ejecución.

Mientras Han contemplaba la escena, dos sanadores bajaron la escalinata de la biblioteca cargando con un cuerpo envuelto en una manta, seguidos por un puñado de guardias del rector.

«No —pensó, con el corazón desbocado en el pecho—. Oh, no».

Han se abrió camino a codazos y empujones entre los mirones, ignorando las maldiciones y los insultos de que era objeto, hasta que estuvo junto al sendero cuando los sanadores pasaron. Agarró de la manga a una de las guardias.

—¿Señora? ¿Quién es? ¿Quién ha muerto?

La guardia soltó el brazo de un tirón.

—Déjalo correr, chico. Emitiremos un comunicado.

—Pero mi amiga... ha desaparecido —dijo Han—. Desde ayer.

La guardia se detuvo tan de golpe que la persona que llevaba detrás por poco chocó contra ella. Se apartó del sendero, tirando del brazo de Han.

—¿Cómo se llama tu amiga? —preguntó.

—Rebecca Morley.

—Ven conmigo.

La guardia se llevó a Han hacia la biblioteca. Al cruzarse con Abelard, la decana le clavó una mirada muy penetrante.

Cruzaron la pesada puerta principal y se dirigieron a la escalera. Comenzaron a subir y a subir mientras el corazón de Han se hundía y hundía.

Finalmente llegaron a lo alto de la escalera y discurrieron por un laberinto de pequeñas salas de lectura. La puerta de una de ellas estaba entornada.

—Aquí —dijo la guardia.

Han se detuvo en cuanto cruzó el umbral, medio muerto de miedo. La habitación era pequeña, con un escritorio debajo de la ventana de una pared, una chimenea en la otra y una mesa de trabajo de cara a la puerta. En el suelo había una lámpara destrozada, y los trozos de cristal relucían con el sol que entraba por la ventana. Entre la puerta y la mesa, el suelo estaba salpicado de sangre.

Un hombre bajo y fornido con toga de maestro de Casa Wien miraba por la ventana.

—Maestro Askell —dijo la guardia del rector—. Este chico dice que es amigo de Rebecca Morley.

El maestro Askell se volvió hacia Han. Su amplio rostro estaba grabado por muchos años de exposición al sol y completamente impasible.

—¿Quién es usted? —preguntó sin más preámbulo.

—Han Alister. Principiante de Casa Mystwerk —dijo Han.

—¿De qué conoce a Rebecca? —preguntó Askell.

—Me daba clases particulares —dijo Han—. Nos conocimos en nuestra tierra.

Askell señaló la mesa de trabajo.

—Dígame si lo que hay en la mesa pertenece a Rebecca.

Arena y cristal chirriaron bajo las botas de Han. También había arena secante esparcida por la mesa, junto al tarro volcado. Vio varias páginas de apuntes escritas con la angulosa letra de Rebecca que tan bien conocía. Ahí estaban su pluma y su tintero esmaltado.

Han cerró los ojos y tragó saliva. «Sangre y huesos —pensó—. Malditos,



malditos huesos. ¿Es que nunca cesarían las matanzas en su vida?»

—Todo esto es suyo —dijo Han, mirando a Askill, con la voz ronca por el desconsuelo.

El maestro levantó una daga sujetándola por la punta.

—Hemos encontrado esto junto a la pared —dijo.

—También es suyo —dijo Han. Cruzó la habitación para mirar la daga de cerca. No había sangre en la hoja. De modo que Rebecca no había hecho daño a su agresor.

«Tendría que haber liquidado a Bayar cuando tuve ocasión —pensó—. Tendría que haberme ceñido a la ley de la calle».

—Más vale que enviéis a alguien a avisar al comandante Byrne —dijo Han con la voz empañada de pena.

—Viene de camino.

Askill dejó la daga de Rebecca encima de la mesa.

—¿Cómo murió? —preguntó Han, apoyando las manos en el alféizar de piedra y mirando por la ventana—. ¿Qué la mató?

¿Acaso Bayar habría sido tan arrogante como para servirse de la magia?

Como Askill no le contestó, Han se volvió hacia él, apoyando la espalda contra el marco de la ventana. El maestro estaba perplejo.

—¿Se refiere a Rebecca? —preguntó.

—Pues sí, claro —dijo Han—. He visto cómo sacaban el cuerpo.

Askill negó con la cabeza.

—Hemos hallado cuatro cuerpos, en realidad: dos hombres y dos mujeres, ninguno de ellos estudiante aunque todos llevaban uniforme de cadete. Uno estaba aquí. Parece que se golpeó la cabeza contra la mesa durante un forcejeo. Los otros tres estaban fuera, y todo indica que los mataron con magia.

—¿Qué? —Han miró fijamente a Askill—. No tiene sentido.

Askill se encogió de hombros.

—Hay muchas cosas que no tienen sentido en este mundo —dijo—. Rebecca tal vez esté muerta, pero no hemos encontrado su cuerpo.

## Dando rodeos

Cuando Raisa abrió los ojos se encontró a oscuras, en movimiento y envuelta en apesosa lana húmeda. Estaba marcada y confusa. Tenía un tremendo dolor de cabeza y en la boca un sabor como a posos de barril de sidra mala. Intentó levantar los brazos, pero los tenía sujetos con telas, pegados al cuerpo, y llevaba una capucha que le tapaba la cabeza, impidiéndole ver.

Iba montada a caballo con otra persona. Notaba el calor de otro cuerpo contra su espalda. Forcejeó para liberar los brazos y así poder quitarse la capucha, y Micah Bayar le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia sí.

—Por fin te has despertado —dijo, con los labios pegados a la oreja de Raisa—. Cuidado, no vayas a caerte. Vamos montados en *Raider* y el suelo queda muy lejos.

Mientras el resto de sus sentidos despertaba, cobró conciencia del ruido de caballos en marcha que la rodeaba: cascos sobre un camino compactado, el crujido del cuero de las sillas, un murmullo de voces.

Raisa sacudió la cabeza de un lado al otro, intentando apartar la capucha. El movimiento hizo que la cabeza le martilleara con el dolor típico de una resaca de hierba de tortuga. Por un espantoso momento pensó que iba a vomitar.

—¿Dónde estamos? —preguntó, cuando hubo pasado el peligro.

—Al norte de Vado de Oden, en el camino de Vado de Fetters —dijo Micah. Le quitó la capucha para que pudiera ver, y el aire fresco fue un alivio. Cabalgaban a través de un bosque denso, las copas de los árboles casi se tocaban en lo alto.

Raisa miró en derredor. *Switcher* los seguía atado a una cuerda, cargado de provisiones. Delante vio al resto del grupo, otros cuatro jinetes que debían de ser los hermanos Mander, Fiona y un mago más.

—¿Quién es ése? —preguntó—. ¿El que va con Fiona y los Mander?

—Wil Mathis —dijo Micah—. Pidió venirse al norte con nosotros.

Raisa conocía a Wil de la corte. Era sensible y tenía buen carácter, cosa poco habitual en un mago. Dos años mayor que los gemelos Bayar, estaba enamorado de Fiona desde donde alcanzaba el recuerdo de Raisa.

Cada uno llevaba un caballo de refresco cargado de equipaje y provisiones. Por la derecha, entre los árboles, Raisa entreveía un curso de agua. Debía de ser el ramal izquierdo del río Tamron.

—¿Qué día es? —preguntó.

Micah se rió.

—No habéis dormido tanto, Vuestra Alteza. Ayer nos vimos en la biblioteca de Casa Wien. Partimos en plena noche.

Calculo que estamos a cuatro días de Fetters.

—¿Subiréis..., subiremos por el Valle Demonai, entonces? —preguntó. Eso le daría otra oportunidad, suponiendo que lograra fugarse.

—No —dijo Micah—. Iremos por el este, bordeando las montañas, y luego derechos a Delphi. No me apetece encontrarme con ningún Demonai.

Sacudió las riendas y el caballo avivó el paso para alcanzar a los demás. Aunque Raisa era menuda, *Raider* se resentía de cargar con dos jinetes.

¿Había alguna posibilidad de que Amon viniera en busca de ella? Parecía poco probable. Hasta ahora se las había arreglado para evitar a Micah Bayar y a los demás magos de la Marca de los Páramos. Amon no tendría motivo para sospechar de ellos. Quizás incluso pensara que había decidido irse a casa por su cuenta. Sin duda la estaría buscando pero no sabría dónde buscar.

¿Acaso su conexión mágica le diría que estaba en apuros? ¿Cabía que lo dirigiera hasta ella? Rezó para que así fuera, aunque le preocupaba lo que sucedería en tal caso.

Pararon para almorzar en un pequeño claro entre el camino y el río. No encendieron fuego. De pie entre los árboles, Raisa, Micah y Fiona comieron carne fría, pan y queso regados con sidra mientras Wil y los hermanos Mander daban forraje a los caballos y los conducían a la orilla del río para abrevarlos.

—Ahora que estoy despierta, quizá debería montar a *Switcher* para que *Raider* no se canse —dijo Raisa.

—Oh, no, Vuestra Alteza, me encanta que viajemos juntos —dijo Micah, que le acarició una mejilla con los labios—. Me parece que *Raider* lo comprende.

Micah tal vez fuese arrogante, pero nunca había sido estúpido.

Hacía un día de primavera un tanto fresco, con el aire tan cargado de humedad que daba la impresión de que se respiraba bajo el agua. Raisa se estremeció y se le puso la carne de gallina, aunque tampoco hacía tanto frío. Inquieta, se apartó de la frente unos mechones de pelo mojado.

Fiona hacía lo posible por ignorar la presencia de Raisa, pero su desaprobación era palpable. Estaba claro que, a su juicio, habrían tenido que dejar que los asesinos terminaran su trabajo.

Raisa contemplaba el bosque que los rodeaba, procurando ignorar a Fiona. El pan seco y el queso eran duros y costaba tragarlos. Bajo los árboles se movían unas sombras. Parpadeó, y allí seguían aquellas formas grises que se deslizaban entre la neblina. Lobos grises.

Tuvo la impresión de que cada vez veía más lobos, pero quizá fuese un reflejo de cómo le estaba yendo la vida. ¿Estaban allí por el aprieto en que se encontraba? ¿O significaban una nueva amenaza?

Los lobos la rodearon con la lengua colgando y las orejas gachas, le golpeaban el vientre con la cabeza y faltó poco para que la derribaran.

—Flaco favor me hacéis —rezongó Raisa—. ¿Por qué no puedo enseñaros a

atacar a los magos cuando yo lo ordene?

—¿Cómo dices, Raisa? —dijo Micah. Le tocó el brazo, un tanto desconcertado—. ¿Hablabas conmigo?

—Nada. No era nada.

Raisa dio media vuelta y escudriñó el bosque circundante. Incluso en primavera, cuando algunos árboles aún no habían brotado, el Bosque de Tamron se veía denso, tupido y opresivo por todos lados. Demasiado espeso.

—¿Ocurre algo malo, Vuestra Alteza? —preguntó Micah—. No estás comiendo.

—¿Oyes algo? —preguntó Raisa. En el bosque reinaba un silencio inquietante, incluso los pájaros se habían callado. Se le erizó el vello de los brazos.

—Micah —dijo Raisa, apoyando la mano en su brazo—. Vayámonos. Noto algo raro. Creo que sería mejor...

Su voz enmudeció cuando los soldados salieron del bosque por todos los lados con los arcos a punto para disparar.

—¡Venga, las manos arriba! —gritó un joven de pelo moreno y ojos de color marrón barro. Llevaba atado al cuello un pañuelo rojo de oficial, y su guerrera lucía un blasón con un halcón rojo.

Micah y Fiona cruzaron una mirada y levantaron las manos poco a poco. Los demás, Raisa incluida, siguieron su ejemplo.

Los soldados iban ataviados con uniformes de lana muy usados. Algunos llevaban trozos de armaduras dispares, otros, nada. A juzgar por su apariencia demacrada, hacía meses que estaban de campaña. ¿Se trataría de una de las bandas errantes de mercenarios de cuya existencia le había advertido Amon?

—Ni se os ocurra tocar esos talismanes —prosiguió el oficial.

Micah se inclinó hacia Fiona.

—Tiene el don —dijo sin apenas mover los labios.

—Ya me he dado cuenta —le espetó Fiona—. ¿Qué significa todo esto? —inquirió Fiona, fulminando al oficial con la mirada—. ¿Quién eres?

—Recoged sus talismanes y cualquier otra arma que encontréis —dijo el oficial a sus hombres, haciendo caso omiso de Fiona—. No toquéis los colgantes directamente. Cogedlos por la cadena.

Los soldados fueron de uno a otro y recogieron los amuletos, dagas y espadas de los magos. Cuando le tocó el turno a Raisa, ésta negó con la cabeza.

—Yo no llevo amuleto —dijo—. Ni armas. Lo siento.

El soldado miró a su oficial, que respondió:

—Es normal que no lleve. No tiene el don.

De todos modos, el soldado la palpó de la cabeza a los pies sin encontrar nada, por supuesto, dado que Raisa había perdido su daga en la biblioteca.

Una vez que estuvieron todos desarmados, el oficial indicó a sus hombres que bajaran los arcos, aunque mantuvieron la mano en la empuñadura de sus espadas.

—Permitid que me presente. Soy Marin Karn, comandante en jefe de los ejércitos

del rey de Arden.

«¿Cuál de ellos?», quiso preguntar Raisa, aunque se abstuvo de hacerlo.

—¡Arden! —Micah ladeó la cabeza—. Pero estamos en Tamron. Arden queda al otro lado del río.

—¡Maldita sea! —dijo el comandante Karn, sonriendo—. Me parece que hemos vuelto a perdernos, chicos.

Los soldados soltaron risotadas.

—Esto no tiene sentido —dijo Fiona—. Eres mago, y la magia está prohibida en Arden. Quemáis a los magos en...

—Sí —interrumpió Karn, asintiendo—. Así es. La iglesia ha dictado normas muy estrictas contra la magia.

Fiona frunció el ceño.

—Entonces, ¿por qué hay magos en el ejército del rey de Arden? —insistió.

Karn meneó la cabeza.

—Oh, no, jamás admitiríamos eso. La mayoría de quienes vienen contra nosotros no vive para contarlo. Los que sobreviven no se acuerdan de nada. Y sólo los magos reconocen a otras personas que posean el don.

—De modo que estáis usando magia en las guerras ardenienses —susurró Raisa.

—Acabamos de empezar —dijo Karn—. Contamos con más de una docena de hechiceros. Muchos son jóvenes, reclutados cuando iba de camino a Vado de Oden. En su mayoría no han estudiado. Algunos ni siquiera tienen amuleto. Ahí es donde entráis vosotros.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Micah.

—Deduzco que sois estudiantes de Vado de Oden. Habéis recibido formación de primera en la academia. Queremos que enseñéis hechicería a nuestros reclutas.

—Me temo que no va a ser posible —dijo Micah, echando un vistazo a Raisa—. Nos reclaman asuntos urgentes en los Páramos, y no podemos arriesgarnos a vernos envueltos en vuestra guerra civil.

Karn no se inmutó.

—Pensadlo bien antes de decir que no —advirtió Karn—. Tenemos cientos de soldados acampados en esta orilla del río, y un ejército de varios miles en la otra. —Miró hacia el río y se puso firme—. Aquí llega el rey.

Un reducido grupo de hombres caminaba hacia ellos desde la orilla. Cuatro soldados fornidos, con armas y armadura, rodeaban a un hombre esbelto que llevaba una guerrera con la insignia del halcón rojo, guanteletes de plata y peto, y una espada al cinto. Lucía un aro de oro en su pelo castaño claro, y sus ojos azules eran pálidos y fríos como el hielo de la bahía del Invasor.

Era el príncipe Gerard Montaigne, el menor de los hermanos Montaigne enfrentados, el pretendiente despechado en la fiesta de su onomástica.

—Hanalea encadenada —musitó Raisa. ¿Podían ir peor las cosas? Se quitó la capucha de la cabeza y miró al suelo, esperando que no la reconociera. Seguramente

no lo haría, tan fuera de contexto como estaban.

¿Qué hacía en Tamron Gerard Montaigne? ¿Y por qué había reunido a su ejército al otro lado de la frontera? Debería estar en Ardencourt, combatiendo contra sus hermanos.

Karn hizo una reverencia a su rey.

—Vuestra Majestad. Hemos capturado a cinco hechiceros de Mystwerk.

—Bien —dijo Montaigne, echando un vistazo a Micah y los demás—. ¿Les habéis explicado los servicios que precisamos?

—La respuesta es no —dijo Fiona, irguiéndose en toda su estatura—. Ahora soltadnos de inmediato.

Montaigne se movió más deprisa que la luz. Le dio tal bofetada con el guantelete que la tiró al suelo.

Micah saltó en su defensa, pero Wil Mathis estaba más cerca. Con un grito de furia, arremetió contra el príncipe de Arden, que desenvainó la espada y lo atravesó con toda calma.

Wil y Montaigne quedaron frente a frente, separados poco más de un palmo, Wil, con los ojos fuera de las órbitas de puro asombro. Entonces Montaigne lo apartó de sí empujándolo con una bota, liberando así su espada. Wil trastabilló y se cayó de espaldas, se dio un trompazo contra el suelo donde quedó tendido inmóvil mientras la sangre se encharcaba en torno a él.

—¡Wil! —Chilló Fiona, intentando ponerse de pie. Pero Micah se arrodilló a su lado, la agarró por los hombros y la mantuvo en su sitio.

—No —dijo ferozmente—. No puedes hacer nada por él.

—¿Alguien más desea conversar sobre este asunto? —preguntó Montaigne.

Nadie se movió ni dijo nada. Raisa tuvo que morderse el labio para mantener a raya su lengua mordaz. Mago o no, Wil siempre se había contado entre los mejores de su clase. Y además era ciudadano de los Páramos y, por tanto, responsabilidad suya.

Montaigne caminaba de un lado al otro delante de ellos, empuñando la espada.

—Ahora que nos entendemos, tal vez podamos entrar en materia. El capitán Karn me ha convencido de que los hechiceros resultarán útiles para poner fin a esta guerra tan larga. Si lleva razón, es posible que sólo requiramos de vuestros servicios por una breve temporada.

«Nunca los soltará —pensó Raisa—. Gerard Montaigne siempre tendrá un uso que dar a su ejército».

—Como he dicho, pensadlo bien antes de decir que no —dijo Karn, mirando a los cautivos—. Así pues, ¿qué decís?

—De acuerdo —dijo Micah de repente, poniéndose de pie—. Enseñaremos a vuestros hechiceros y os ayudaremos en todo lo que podamos. Cuanto antes alcancéis la victoria, antes podremos seguir nuestro camino. Tened presente que sólo somos estudiantes de primer año, de modo que nuestros conocimientos son limitados.

Avanzó un poco y apoyó una mano caliente en el hombro de Raisa.

—No obstante, quisiera pedirlos que liberéis a nuestra criada. No posee el don y, por tanto, no puede ser de ayuda.

Raisa se quedó paralizada, apenas si respiraba. ¿Micah realmente estaba tramando su liberación? Volvió un poco la cabeza para verle la cara. Su expresión no se alteró, pero notó la presión de los dedos que le estrujaban el hombro.

—¿Vuestra... criada, decís? —dijo Montaigne. Miró a Karn, y éste asintió.

—No tiene el don, Vuestra Majestad. Me ha extrañado que viajara con ellos.

Montaigne volvió a meter la espada en la vaina sin molestarse en limpiar la sangre. Raisa mantuvo la cabeza gacha, escrutando entre las pestañas al príncipe de Arden, que jugueteaba con el puño de su espada, mordiéndose el labio.

—Bien —dijo finalmente—, veamos qué cara tienes.

Alargó el brazo y le quitó la capucha a Raisa.

Raisa levantó la cabeza y se miraron a los ojos. Se sostuvieron la mirada un momento y luego Gerard Montaigne sonrió de aquella manera tan suya que helaba la sangre. A Raisa le dio un vuelco el corazón.

—Caramba, Karn —dijo en voz baja—. Ha pasado por alto el premio más alto de todos.

Karn miró a Raisa y a Montaigne.

—¿Qué queréis decir, Vuestra Merced? ¿Quién es?

Montaigne no apartaba los ojos del semblante de Raisa. Le tomó la mano y se la llevó a los labios.

—Princesa Raisa *ana'*Marianna —murmuró—. Bienvenida al nuevo Reino de Arden.

Karn miró a Raisa y a Montaigne.

—¿Es una princesa?

Montaigne asintió.

—Nos conocimos en su fiesta de debutante hace cosa de un año. Es la heredera del trono de los Páramos. —La miró de arriba abajo—. La última vez que la vi iba vestida de otra manera, pero no cabe duda de que es ella. —La cogió de la muñeca—. Pero ¿qué hace la princesa heredera de los Páramos cabalgando a través de Tamron en compañía de aprendices de mago?

Raisa sabía que carecía de sentido seguir negando su identidad.

—He estado estudiando en la academia de Vado de Oden —dijo—. Regreso a casa para pasar el verano.

Montaigne meneó la cabeza con incredulidad.

—¿Los Páramos enviarían a una dama de alta cuna a través de Tamron sin más escolta que ésta? —preguntó, señalando a los Bayar y a los Mander.

—Tamron no está en guerra, Vuestra Alteza —dijo Raisa, mirándolo de hito en hito con una confianza que no sentía—. No me esperaba que me atacaran unos forajidos por el camino. —Señaló con la cabeza el cuerpo de Wil—. Ya habéis

asesinado a un miembro de mi guardia. Ahora que sabéis quién soy, confío en que permitáis que prosigamos nuestro viaje sin problemas.

Montaigne sonrió, y la sensación de triunfo le iluminó el rostro.

—Ah, no, Vuestra Alteza —dijo—. Eso es demasiado arriesgado, como habéis visto. —Tiró de ella hacia sí y la cogió por debajo de la barbilla—. Me parece que ya es hora de que continuemos nuestra conversación sobre una alianza entre Arden y los Páramos, una alianza consolidada mediante nuestra boda. —Sonrió—. Tendré Tamron, Arden y los Páramos. Todas las riquezas de las minas de las montañas, y acceso a un suministro ilimitado de hechiceros y objetos mágicos. Al final gobernaré sobre los Siete Reinos.

—Eso no ocurrirá nunca —dijo Raisa, levantando el mentón.

—Ya lo veremos. —Montaigne entregó a Raisa a Karn—. Lleva a los aprendices de mago y a la princesa al otro lado del río y vigíladlos estrechamente. Llevaos sus caballos. Seguiremos hablando esta noche. —El príncipe de Arden se estiró los guanteletes de plata—. Ay, Karn, esto lo cambia todo.

Karn agarró a Raisa del brazo y la arrastró hacia la orilla del río. Los demás soldados ardenienses se encargaron de Micah y el resto de los prisioneros.

Un silbido en el aire. Justo detrás de Raisa un soldado cayó y agarró con ambas manos la flecha que le habían clavado en medio del pecho.

Más silbidos. El agudo zumbido de los arcos. Más soldados cayeron.

—¡Vuestra Alteza! ¡Poneos a cubierto!

Karn soltó a Raisa y corrió a situar su mole delante de Montaigne, que empuñaba la espada.

Los soldados ardenienses se desperdigaron buscando cobijo mientras una tropa de soldados surgía del bosque, amenazando con arrollarlos. Caballos sin jinete corrían en todas direcciones. Raisa salió corriendo hacia los árboles, en dirección al camino, alejándose del río. Por el rabillo del ojo vio que Micah agarraba la mano de Fiona y que se escondía con ella detrás de un tronco caído.

La caballería lucía una insignia con una garza real púrpura y gris, con las alas abiertas, posándose en el agua. El emblema del rey de Tamron.

—¡A mí! —gritó Montaigne. Aparecieron más soldados ardenienses a la carrera, procedentes del río. Se armó una batalla campal: el Halcón Rojo de Arden contra la Garza de Tamron.

Raisa corría a ciegas a través del bosque, saltando árboles caídos y otros obstáculos, con la intención de alejarse lo máximo posible de la refriega. Montaigne estaba preparando la invasión de Tamron, eso estaba claro. Si miles de soldados de Arden cruzaban el río, no había dudar de cuál sería el resultado de la escaramuza. Desarmada como iba, se hacía pocas ilusiones sobre su eventual participación.

Cuando volvió la vista atrás por encima del hombro para ver si la seguían, faltó poco para que chocara de cabeza contra el costado de un caballo.

—¡Hanalea encadenada! —dijo, patinando al frenar.



Era *Ghost*, el caballo de Fiona, un enorme y brioso semental gris. Raisa dio un salto y agarró las riendas. El caballo echó las orejas para atrás y respingó, pero aun así Raisa consiguió trepar hasta la silla. Los estribos le quedaban muy bajos pero Raisa se enganchó a su lomo como un cardo y le hincó los talones en los ijares. *Ghost* extendió el cuello y se lanzó al galope sorteando los árboles.

«Seguramente ni siquiera sabe que estoy aquí en lugar de Fiona», pensó Raisa.

Agachada sobre el cogote del semental para evitar que la derribaran las ramas bajas, le dio rienda suelta y lo dejó correr.

Tenía que poner tanta distancia como pudiera entre ella y quienes no tardarían en perseguirla. Eso significaba cabalgar recto al oeste hasta llegar al camino. El tráfico disimularía su paso y avanzaría a buen ritmo, fuera en la dirección que fuese.

¿Cuál sería?

Tenía las alforjas de Fiona, pero no sabía qué contenían. Llevaba un poco de dinero en el monedero remetido bajo la guerrera.

Si Micah y Fiona se librarán de la batalla, supondrían que regresaría al sur, a Vado de Oden, para reunirse con Amon y los demás. No contarían con que viajara sola hacia el norte, sobre todo después de lo que acababa de ocurrir.

Montaigne, por otra parte, quizá confiaría en que prosiguiera hacia el norte, camino de casa, o hacia el oeste, en dirección a Sede de Tamron, en busca de asilo. Con un poco de suerte el ejército de Tamron los mantendría ocupados un buen rato. Seguro que Montaigne no saldría a darle caza, con una invasión en ciernes. Sin duda proseguiría su avance sobre la capital.

De modo que al norte. Si lograra llegar hasta Vado de Fetters, quizá podría enviar aviso al capitán Byrne para que le enviara una escolta. Luego irían hacia el norte a través del Valle Demonai o al este vía los Pinos de Marisa, en función de las noticias del momento.

*Ghost* no necesitaba que lo alentaran a alejarse del fragor de la batalla. Raisa le daba órdenes con las rodillas y las manos mientras iba revisando algunos recuerdos y sopesando sus perspectivas de futuro.

Había añorado la simple seguridad de la infancia, la facultad de ceder su responsabilidad a los capitanes Byrne de este mundo, amparándose en su protección.

Luego la edad adulta te pillaba por sorpresa, y tenías que asumirla tanto si te gustaba como si no. Raisa había cambiado. No era la misma persona que había huido con Amon Byrne hacía sólo diez meses.

Ahora era más capaz pero menos confiada. Estaba mejor preparada para juzgar a la gente y menos convencida de su habilidad para hacerlo. Cuando se marchó de los Páramos, pensaba que las personas se dividían en grupos de dos; buenas y malas, valientes y cobardes, virtuosas y malvadas. Ahora se daba cuenta de que había un poco de cada en casi todas las personas, y que los elementos que prevalecían a menudo dependían de las circunstancias.

Micah Bayar, pese a todos sus defectos, era una mezcla de bueno y malo. Quizás

estaría muerta a manos de un asesino de no haber sido por él. Había intentado liberarla tras ser capturados por Gerard Montaigne. Pero mostraba caras distintas a personas distintas, y su esfuerzo por mantenerla con vida probablemente tuviera un origen egoísta.

Con una educación romántica, Raisa habría dicho que era imposible amar a dos hombres a la vez. Que había un amor verdadero para cada persona, si tenías la suerte de encontrarlo.

Pero no era verdad. Seguía amando a Amon Byrne. Sus sentimientos hacia él estaban demasiado vivos para examinarlos a conciencia. Y amaba a Han Alister, si es que algo entendía de amor.

¿Volvería a verlo alguna vez y, en tal caso, podrían establecer una relación fundamentada sobre una mentira?

¿Y qué esperaba construir sobre tan inestables cimientos? «Por cierto, Alister, llevo más de un año mintiéndote; en realidad soy un miembro de la familia real a la que tanto desprecias. No tenemos futuro pero, aun así, me gustaría que fuésemos amigos».

¿Acaso la propia Raisa se daría por satisfecha con su amistad, cuando el recuerdo de los besos y caricias de Han la rondaba sin tregua?

¿Serían Amon y Han capaces de dejar a un lado su mutua antipatía para juntar las piezas de su desaparición?

Su madre era una reina débil, pero estaba agobiada por las circunstancias. Cuando Raisa regresara, tal vez hallaría la manera de conectar con ella, de unirse a ella, de ayudarla y convertirse en una reina mejor algún día.

Vio entre los árboles que se aproximaba al camino. Frenando a *Ghost* con cierta dificultad, aminoró su marcha hasta ir al paso. Se detuvo en el borde del bosque y miró hacia ambos lados del camino. No vio a nadie.

—Adelante —dijo a *Ghost*, hincándole los talones—. Tenemos que ir mucho más lejos antes de descansar.

Torcieron hacia el norte y se lanzaron a un medio galope.

Después de casi un año, regresaba a casa. La decisión le había sido impuesta. Sin embargo, cada vez veía más claro que era la más acertada.

## Caminos divergentes

Han había previsto dedicar sus últimos días en Vado de Oden a preparar su misión en el norte. En cambio los dedicó a buscar pistas para esclarecer la desaparición de Rebecca.

Los muertos de la biblioteca de Casa Wien eran desconocidos en Vado de Oden. Ninguno era mago. Habían sido vistos por la academia desde hacía varios días, haciendo preguntas. O no llevaban nada en los bolsillos, o quien los había matado los había despojado de cualquier cosa que los identificara.

Han se coló en la residencia de Micah, que conocía bien de sus numerosas visitas, y registró sus habitaciones. Se habían marchado con prisa, abandonando muchas de sus pertenencias.

Imposible que fuese mera coincidencia. ¿Habían huido porque la habían matado? ¿O se la habían llevado con ellos? Por más vueltas que Han le diera, no conseguía dar sentido al rompecabezas. A tres de los fallecidos los habían matado con magia. ¿Acaso Rebecca había sido testigo de los asesinatos y por eso la habían matado o raptado?

Han fue a Grindell Hall la mañana del día previo a su partida. La residencia bullía de actividad; los cadetes corrían escaleras arriba y abajo, haciendo sus equipajes.

Byrne se reunió con él en la sala común. El chaqueta azul había perdido parte de su porte militar; tenía ojeras y no se había afeitado en varios días.

—Veo que os marcháis —dijo Han.

—Rebecca ya no está en la zona —dijo Byrne—. Creo que se ha ido al norte. Nos han enviado novedades desde Sede de Tamron: alguien que se parece a Rebecca se vio envuelta en una escaramuza con fuerzas ardenienses en la frontera entre Tamron y Arden. Nos vamos a Sede de Tamron a investigar. Es posible que esté allí, en la capital.

Han titubeó un momento antes de lanzarse a decir:

—Entonces piensas que está viva.

—Claro que está viva —dijo Byrne, como si no albergara la menor duda. Se pasó las manos por el pelo—. Pero tengo que encontrarla. Si está en Tamron, corre grave peligro. Gerard Montaigne ha invadido desde el este. Tiene la capital sitiada y exige la rendición.

—¿Y vas a ir de todos modos? —Han meneó la cabeza—. Eres muy atrevido, cabo. —Han hizo una pausa—. Si Bayar se llevó a Rebecca y ella sigue viva, me figuro que se la llevaría de regreso a los Páramos, ¿no te parece? Y si se marchó sola también regresaría a casa.

Byrne asintió.

—Si no la encontramos en Tamron, seguiré hacia el norte para buscar indicios de que siguiera esa ruta. Si encuentro su rastro, lo seguiré. De lo contrario, cruzaré a los Álamos y entraré en los Páramos por la Puerta del Oeste. Si te enteras de algo, envía un mensaje allí.

—Lo haré —dijo Han—. Pero he venido para hacerte saber que mañana también me marchó a los Páramos. No quería que pensaras que te dejo en la estacada.

—¿Qué ruta seguirás? —preguntó Byrne.

—Primero al norte hasta Vado de Fetters, luego al este hasta Delphi —dijo Han—. Buscaré a Rebecca en ese camino, terminando en el Campamento de los Pinos de Marisa. Si averiguas algo o recibes noticias de la capital, mándame aviso allí.

Tras un momento de titubeo, Byrne le tendió la mano.

—Ten cuidado —dijo.

Han estrechó la mano que le ofrecía Amon.

—Tú también —dijo—. Nos vemos en casa.

Abelard envió un recadero en busca de Han por la tarde. Cuando entró en su despacho, la encontró de pie, mirando por la ventana.

—¿Sabías que los Bayar han abandonado la escuela? —preguntó sin más preámbulo.

—Sí, ya me he enterado —dijo Han—. Se fueron con prisas. Con sus primos. Y Wil Mathis.

Le contó lo que había encontrado en su residencia.

—Siéntate —ordenó Abelard, indicando una silla.

Han se sentó.

—Ese incidente en la biblioteca de Casa Wien, esa gente que mataron... Creo que los Bayar tuvieron algo que ver —dijo Han.

—¿De veras? —Abelard jugueteaba con una pequeña daga cubierta de piedras preciosas. El sol se reflejaba en el arma, emitiendo destellos que se paseaban por las paredes—. ¿Qué te induce a pensarlo?

—Desaparecieron la misma noche. Junto con una amiga mía.

—¿Amiga? —Abelard enarcó una ceja—. ¿Qué amiga?

—Una cadete de Casa Wien. Rebecca Morley. Antes trabajaba para los Bayar. Desapareció la misma noche que ellos.

—No la conozco —dijo Abelard, descartando a Rebecca—. Pero en efecto es probable que los Bayar tuvieran algo que ver con los asesinatos de la biblioteca, aunque sea indirectamente. —Hizo una pausa y sus grandes ojos verdes le escrutaron—. Los cuatro muertos eran asesinos a sueldo de la Casa de la Aguilera.

—¿Asesinos? —Han se rascó la cabeza, como si así pudiera reordenar sus ideas para esclarecerlas un poco—. ¿Por qué vendrían aquí? ¿Y quién los mataría?

—Creía que a lo mejor me lo dirías tú —dijo Abelard, acariciando el filo de la hoja con el pulgar.

—¿Yo? —Han meneó la cabeza—. Creo que me he perdido.

Abelard le dedicó una mirada como diciendo «no me vas a engañar».

—Trabajaban para los Bayar —dijo—. Los mataron con magia.

Enarcó las cejas. Han por fin lo captó.

—¿Piensa que lo hice yo?

—¿A quién querrían matar los Bayar en Vado de Oden? —dijo Abelard—. Un atentado contra el Gran Mago no puede quedar impune para siempre. —Se encogió de hombros—. ¿Y quién tendría más probabilidades de sobrevivir a semejante ataque?

Han se inclinó hacia delante, con las manos en las rodillas, deseoso de que la decana le creyera.

—Escuche, no sé qué hacían aquí ni quién los liquidó, pero yo no tuve nada que ver.

—Dice mucho de tu reputación que Bayar enviara a un equipo de cuatro para hacer el trabajo. Me parece que cuando Micah y Fiona descubrieron lo que les había ocurrido a los asesinos de su padre decidieron marcharse antes de que fueras a por ellos.

Han negó con la cabeza.

—No fui yo. Como le he dicho, mi amiga Rebecca desapareció de la biblioteca donde encontraron a uno de los asesinos.

—Tal vez viera algo que no debía haber visto —dijo Abelard.

Han se levantó.

—Esto es una pérdida de tiempo —dijo, reprimiendo su cólera—. Si piensa que podría tener algo que ver con...

—¡Siéntate, Alister! —ordenó Abelard—. Te conviene escucharme bien.

A regañadientes, Han se sentó, cruzó los brazos y la fulminó con la mirada.

Abelard puso los ojos en blanco.

—Venga, no te hagas el consternado. En la escena del crimen no había nada que permita relacionarte. Y debo decir que estoy más impresionada que nunca con tu capacidad.

Han se dio por vencido. No habría manera de convencer a la decana de que él no había liquidado a los cuatro asesinos; todo encajaba demasiado bien y él no tenía otra historia que contar.

—Sin embargo, creo que los Bayar se marcharon de la ciudad por otra razón —dijo Han—. Y eso es lo que deberíamos estar investigando.

Abelard asintió, dando golpecitos con su daga contra el escritorio.

—Tal vez lleves razón. Preferiría tener al joven Micah Bayar a la vista puesto que es una pieza clave para las ambiciones de su padre.

—Yo también me marcho —anunció Han—. Mañana. Finalmente no pasaré aquí el verano.

Levantó el mentón y la miró a los ojos.

Apoyando los codos sobre el escritorio, Abelard entrelazó los dedos y apoyó la barbilla en las manos.

—Si estás pensando en vengarte de los Bayar, te aconsejaría no hacer nada precipitado —dijo la decana.

—No hay de qué preocuparse —respondió Han—. Si me vengo, lo haré con mucha premeditación y alevosía.

La decana se rió.

—Eres asombroso, Alister. Tu ropa, tu forma de hablar... Te has transformado de rata callejera a cortesano en menos de un año. —Hizo una pausa—. Te recomiendo que te quedes. Si regresas ahora, estarás solo. No puedo ofrecerte demasiada protección desde aquí.

—Me marchó de todos modos —dijo Han. Abelard se encogió de hombros—. Tengo aliados, no obstante, y les pediré que estén al quite. Mi intención es volver a casa para una estancia prolongada. Todo se está acelerando tanto que me parece preciso que le dedique más atención en persona.

Abelard abrió el cajón de su escritorio y sacó un abultado monedero. Lo dejó caer delante de Han.

—Esto te mantendrá a flote mientras tanto.

Y la decana procedió a darle una lista de trabajos que hacer y personas a las que visitar una vez que llegara a destino.

—Lo más importante es evitar que los Bayar sigan consolidando la influencia que ejercen sobre la reina —dijo Abelard—. Me han contado que, en ausencia de la princesa Raisa, esperan ver nombrada heredera a Mellony y casarla con Micah. Quizá por eso haya regresado a casa tan repentinamente. Tienes que hacer todo cuanto esté en tu mano para impedirlo.

—¿Todo? —dijo Han, enarcando una ceja.

Abelard sonrió.

—Adiós, Alister. Sigue con vida hasta que yo llegue.

Mientras bajaba la escalera, a Han le daba vueltas la cabeza. ¿Era concebible que Micah Bayar se hubiese largado a casa para casarse? Y, en tal caso, ¿qué podía hacer Han al respecto? ¿Asesinar a la novia y al novio? ¿Planear una masacre en el banquete de bodas?

Gata y Bailarín ayudaron a Han a llevar sus alforjas a la cuadra para cargar sus caballos.

—Todavía no entiendo por qué la decana Abelard te envía a Sede de Tamron —dijo Bailarín—. Aunque tengan, una gran biblioteca, dudo que albergue muchos volúmenes sobre magia.

—Es más por política —dijo Han—. Tengo que tenerla contenta si quiero regresar a la escuela en otoño.

Han rascó la cabeza de *Ragger* entre las orejas, y el caballo las echó para atrás y mostró los dientes, malhumorado como de costumbre.

—Has estado haciendo el perezoso, zampano heno en un establo caliente, ¿verdad? —murmuró Han—. Pues ahora tendrás que ponerte a trabajar otra vez. Igual que yo.

Había dispuesto de poco tiempo para montar durante los últimos meses. Ahora tendrían que volver a familiarizarse el uno con el otro.

—¿No podrías quedarte al menos hasta que Pájaro Cavad..., Nocturno se marche? —preguntó Bailarín—. Se habrá ido para cuando tú regreses.

—De un tiempo a esta parte, Pájaro Nocturno y yo no tenemos gran cosa que decirnos —dijo Han. La velada que habían pasado juntos los tres había sido incómoda, por no decir algo peor. Los separaban demasiados secretos.

—Vino hasta aquí para vernos —dijo Bailarín—. Me parece que se está acostumbrando a la idea de que seamos magos. Quiero decir que lamenta haber reaccionado como lo hizo cuando...

—Los Demonai son como todo el mundo: olvidan sus principios cuando les conviene —dijo Han.

Bailarín frunció el ceño y escrutó el semblante de Han.

—Estamos hablando de nuestra Pájaro —dijo—. Tendrías que darle una oportunidad.

A Han no le apetecía lo más mínimo una charla íntima y franca a propósito de Pájaro Cavad, Pájaro Nocturno o quienquiera que fuese esos días.

—Por otra parte, tú has estado trabajando constantemente desde que se terminaron los exámenes —dijo Han.

—Porque he estado haciendo amuletos —dijo Bailarín—. Tengo que trabajar la parte mágica durante el verano. No está incluido en el protocolo de Casa Mystwerk.

Gata se había mostrado agitada durante aquella conversación tan larga, peinándose el pelo hacia atrás, caminando de un lado a otro, dando a entender que tenía algo que decir.

—Sigo diciendo que deberías dejarme ir contigo —dijo Gata—. No podré guardarte la espalda si tu espalda está en Tamron y yo aquí.

—Quiero que sigas buscando a Rebecca —dijo Han, atando las correas de su saco de dormir—. Sigue haciendo preguntas. Averigua si alguien sabe algo. Es posible que hubiera algún testigo. Y guarda la espalda de Bailarín. Eso es lo que debes hacer mientras yo esté fuera.

Cuando todo estuvo listo, Han apoyó la espalda contra su caballo, extrañamente reacio a marcharse. Tendría que haber más lugares como aquél, lugares donde leer y escribir, estudiar y debatir con toda clase de personas sin tener que mirar constantemente por encima del hombro. Lugares donde el deseo de conocimiento borrara fronteras y diferencias.

En parte por eso se había resistido a liquidar a Micah durante aquellas primeras

semanas en que su ira amenazó en convertirse en violencia.

Su primera tarea era llegar al Campamento de los Pinos de Marisa sin que lo mataran o reclutara un ejército. Buscaría a Rebecca por el camino. El cabo Byrne parecía convencido de que estaba viva, pero Han no lograba alentar tantas esperanzas.

Una vez en casa, buscaría a los Bayar y les haría hablar.

Abrazó a Bailarín, luego a Gata, y montó a lomos de *Ragger*.

—Viaja seguro —dijo Bailarín, en la lengua de los clanes—. Regresa a nuestro hogar.

Han asintió, preguntándose si alguna vez regresaría a Vado de Oden.



# Notas

[1] **Glitterhair:** «Pelobrilante». <<

[2] **Talksalot:** «Hablamucho». <<

[3] **Nightwalker:** Caminante nocturno. <<